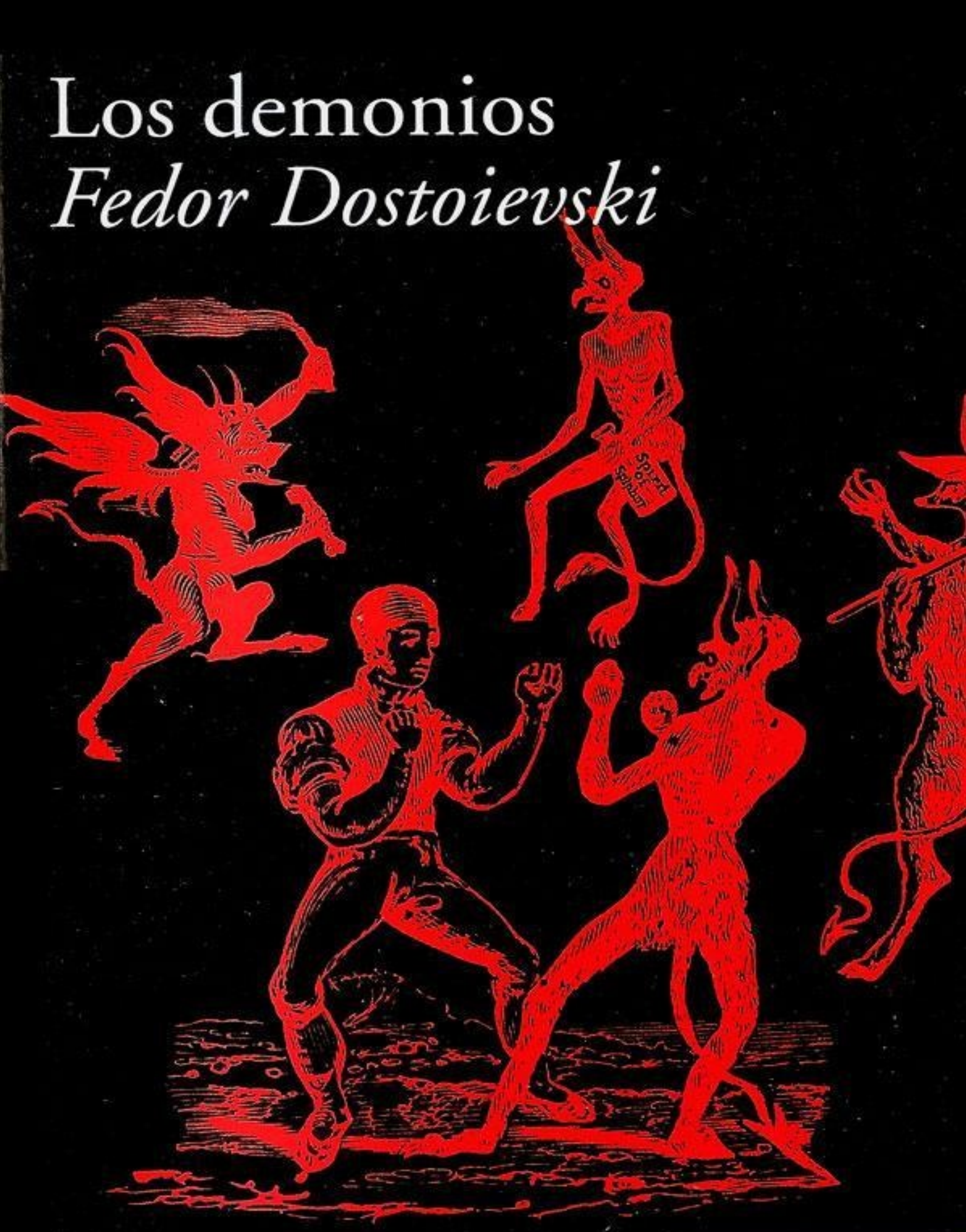
Los demonios

Fedor Dostoievski



Página/12

Lectulandia

Dostoievski escribió *Los demonios*, su novela deliberadamente política, entre 1871 y 1872. Tomaba como punto de partida una noticia aparecida en la Rusia contemporánea: uno de los grupos nihilistas terroristas de la época, «La venganza del pueblo», comandado por un tal Nechaev, asesinaba a uno de sus miembros, acusado de soplón y, muy probablemente, por desobedecer las directivas del líder.

Dostoievski, en esta ficción, calificada por la crítica como «el libro de la gran ira», se lanza con toda la vehemencia de la que es capaz a combatir la existencia de estos grupos revolucionarios. Profetiza a su vez sobre las organizaciones del terror que el siglo siguiente conoció en sus más perversas y variadas versiones.

En los años ’50, Albert Camus dijo que los argelinos que enfrentaban a los militares franceses le recordaban a los nihilistas de *Los demonios*. Medio siglo más tarde, cuando cayeron las Torres Gemelas, volvieron a corporizarse los personajes de Dostoievski, esta vez como los terroristas islámicos que se inmolaron dentro de aquellos aviones. *Los demonios* tiene y seguirá teniendo ese efecto porque retrata como ninguna otra novela lo más electrizante, terrorífico y paradigmático de toda conjura: ese lugar donde la fe se cruza con el fanatismo, los fines se cruzan con los medios y los poseídos se topan con los vulgares mortales.

La noticia de que un grupo nihilista de Moscú había asesinado a uno de sus miembros hizo que Dostoievski se sentara a escribir *Los demonios*, una novela que es un terrible ajuste de cuentas, tanto con los jóvenes que querían hacer la revolución en la Rusia de 1870 como con el pasado como revolucionario del propio Dostoievski, que había sido enviado a Siberia veinte años antes. Máximo Gorki dijo alguna vez: «*Los demonios* es el más perverso, y el más talentoso, de todos los intentos por difamar el movimiento revolucionario de la década del 70».

Es la tercera incursión de Fedor Dostoievski en la novela trágica. Las dos anteriores fueron *Crimen y castigo* y *El idiota*. Al poco tiempo su imaginación afiebrada, militante y perseguida por acreedores completaría el conjunto con *El adolescente* y *Los hermanos Karamazov*.

J. M. Coetzee pone en boca de Dostoievski esta sentencia que bien puede dar una clave para ingresar a sus demonios: «Escribo perversiones de la verdad. Escojo los caminos más tortuosos, me llevo a los niños a los rincones oscuros. Sigo la danza de la pluma. La lectura consiste en ser el

brazo y ser el hacha y ser el cráneo que se parte; la lectura es entregarse, rendirse, no mantenerse distante ni burlón. La verdad puede llegarnos por caminos tortuosos, llenos de misterio».

Algunos dirán que *Los demonios* es una «novela panfleto», otros la festejarán como una de las más macabras y a la vez sarcásticas invenciones del genio ruso. Nadie puede negarle su vigencia.

Lectulandia

Fedor Dostoievski

Los demonios

ePub r1.0
Ninguno, Blok 19.11.13

Título original: *Бесы*
Fedor Dostoievski, 1872
Traducción: S/D
Retoque de portada: Ninguno

Editor digital: Ninguno, Blok
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO
Hermanados por el terror

por Juan Forn

En 1869, Dostoievski y María Grigorievna recibieron en su exilio en Dresde la visita del hermano menor de María. El joven Snitkin, estudiante de agronomía en Moscú, hechizó a Dostoievski con sus relatos sobre el movimiento nihilista en las universidades rusas. Por esos días una noticia de la capital rusa escandalizaba a los socialistas de Europa: uno de aquellos grupúsculos secretos, comandado por un tal Nechaev y autobautizado «La Venganza del Pueblo», había ajusticiado a uno de sus miembros, por considerarlo un soplón de la policía. El cadáver del estudiante Ivanov había aparecido flotando en el Reservorio de Moscú, con las manos y los pies atados, cuatro balazos en el pecho y uno en la frente (el tiro de gracia).

Snitkin, que había conocido bien a Ivanov, le aseguró a Dostoievski que no lo habían matado por soplón sino por cuestionar las ideas de Nechaev. El episodio terminó de decidir a Dostoievski a hacer un ajuste de cuentas con su propio pasado revolucionario. En los cuadernos de notas de *Los demonios* dice que fue su propia generación, con su europeísmo libertario de juventud, la que había engendrado a la joven generación terrorista. Y que en su novela confluirán los relatos del joven Snitkin, la cobertura de prensa del asesinato de Ivanov y sus propios recuerdos de la célula que integró en 1849. «Lo que escribo es tendencioso. Transmite sin ambages mi opinión a la juventud actual. Que me llamen retrógrado y vociferen contra mí, pero voy a expresar con fuego cuanto pienso», escribe en una carta de 1870.

Es tan intenso y personal el duelo que libra Dostoievski contra Nechaev durante la escritura de *Los demonios*, que en ninguno de los borradores del libro figura el nombre que le daría después al protagonista (Piotr Verhovenski): siempre lo nombra como Nechaev, directamente. Esto llevó al Nobel sudafricano J. M. Coetzee a escribir la novela *El maestro de Petersburgo*, donde el estudiante asesinado no es Ivanov sino Pavel Isaev (aquel hijo adoptado por Dostoievski en su primer matrimonio), y Nechaev y su grupo cometen el crimen con el propósito de atraer a Dostoievski hacia

ellos: hacerlo abandonar su exilio, lograr que entre clandestinamente en Rusia y que acepte convertirse en el líder de todas las facciones nihilistas rusas. Recordemos que *Crimen y castigo* y *Memorias del subsuelo* eran parte del combustible que inclinó al nihilismo a muchos de los jóvenes pobres que desde 1865 habían logrado acceder a la universidad, llamados con sorna «el proletariado del pensamiento».

Lo cierto es que ningún otro escritor ruso de la época dio a aquellos grupúsculos nihilistas la importancia que les daba Dostoievski. Ni siquiera Turgueniev, que era quien había acuñado el término «nihilista» en su novela *Padres e hijos*, adjudicaba la menor capacidad de cambiar al mundo a aquellos jóvenes conspiradores. Dostoievski, en cambio, sostenía que, así como Occidente había perdido a Cristo por culpa del catolicismo, Rusia iba a perderse por culpa de los nihilistas. Y los grandes culpables eran «esos liberales en pantuflas, esos miopes que se acercan al pueblo sin entenderlo», todos aquellos «intelectuales terratenientes» que simpatizaban con los jóvenes extremistas, con Turgueniev a la cabeza. (Aunque *Padres e hijos* es más ambigua que favorable al fenómeno nihilista, Dostoievski hace una parodia feroz de Turgueniev en *Los demonios*: lo pinta como un autor de moda de espesa melena, voz dulzona y vestuario impecable, que escribe únicamente para lucirse y que, relatando un naufragio que ve frente a la costa inglesa, dice: «Miradme mejor a mí, cómo no pude soportar la vista de aquel niño muerto en brazos de su madre muerta»).

La publicación de *Los demonios* recibió críticas hostiles de gran parte de la prensa rusa: el furibundo ataque contra las ideas liberales les parecía doblemente inaceptable por provenir de un ex presidiario político que se había pasado al bando contrario. Y las dimensiones y el extremismo que dio Dostoievski a los conjurados de su novela les parecieron, a todos sin excepción, excesivos, exagerados, inverosímiles.

Sí: excesivos, exagerados, inverosímiles. A pesar de que en el juicio a los asesinos de Ivanov —que fue contemporáneo a la publicación de *Los demonios*— se supo, por ejemplo, que el propósito oculto de Nechaev al ordenar el crimen fue unir más al grupo a través del terror. También se citó profusamente de *El catecismo del revolucionario*, un panfleto redactado a medias por Nechaev y el mismísimo Bakunin en Ginebra un año antes, que dice cosas como ésta: «El revolucionario es un hombre sin intereses propios, sin sentimientos, sin hábitos y sin propiedades; no tiene siquiera nombre. Todo en él está absorbido por un solo propósito: la revolución».

En aquel juicio se condenó a casi la totalidad de los procesados (ochenta y cuatro estudiantes) al exilio en Siberia. Nechaev no estaba entre ellos: fue el único de los asesinos que logró huir de Rusia (capturado en Ginebra a los pocos meses, permaneció una década en prisiones suizas). En el juicio en Moscú, sus reclutas contaron que una de las primeras tareas que tenían al ingresar en la sociedad secreta era memorizar un poema dedicado a la muerte del gran revolucionario Nechaev.

Por esa clase de paralelismos entre los nihilistas de carne y hueso y los inventados

por Dostoievski, Máximo Gorki escribió en 1906 (cuando Dostoievski llevaba ya veinticinco años muerto y no era nada fácil en Rusia agenciarse un ejemplar de la novela): «*Los demonios* es el más perverso, y el más talentoso, de todos los intentos por difamar el movimiento revolucionario de la década del ’70».

Lo cierto es que aquella burguesía ilustrada que había respondido con escarnio a aquel pronóstico de Dostoievski en 1870 es la misma que, en 1917, huyó al extranjero y allí se sentó a esperar el fin de la pesadilla bolchevique, jurando que Dostoievski lo había vaticinado en su novela (tal como había anunciado su advenimiento): «*Los demonios* no permanecerán en el cuerpo que han penetrado. Llegará el día en que Dios los expulsará», se recitaban unos a otros.

Cuarenta años después, Albert Camus dijo que los argelinos que enfrentaban a los militares franceses le recordaban a aquellos nihilistas de *Los demonios*. Medio siglo más tarde, cuando cayeron las Torres Gemelas, volvieron a corporizarse los personajes de Dostoievski, esta vez como los terroristas islámicos que se inmolaron dentro de aquellos aviones. *Los demonios* tiene y seguirá teniendo ese efecto porque retrata como ninguna otra novela lo más electrizante, terrorífico y paradigmático de toda conjura: ese lugar donde la fe se cruza con el fanatismo, los fines se cruzan con los medios y los poseídos se topan con los vulgares mortales (a propósito, *Los poseídos* y *Los endemoniados* son los otros dos títulos que ha recibido esta novela en su traducción a nuestro idioma).

PRIMERA PARTE

COMO INTRODUCCIÓN:
Algunos entretelones de la vida del querido Stepan Trofimovich Verhovenski.

1

Puestos a dar comienzo al relato de los recientes y muy particulares sucesos ocurridos en nuestra ciudad —que hasta el momento no ha recibido ni ha merecido el mote de notable—, considero oportuno, por falta de pericia, retroceder hasta una época algo anterior y aportar ciertos detalles biográficos a propósito del querido e ingenioso Stepan Trofimovich Verhovenski. Estos datos deben ser entendidos como una introducción a la crónica que aquí se ofrece mientras queda para más adelante la historia que me propongo referir.

Dicho sin rodeos: Stepan Trofimovich siempre había desempeñado entre nosotros un rol en cierto modo especial y, por así decirlo, cívico; rol que disfrutaba con pasión, hasta un punto tal que me atrevo a decir que sin él no habría podido vivir. No quiero decir con esto que fuera un histrión; Dios no lo permita, ya que le tengo un gran respeto. Es posible que todo sea cuestión de costumbre o, mejor dicho, de una propensión suya, tan notable como pertinaz, a fantasear, desde la infancia y con agrado, sobre lo bello y lo cívico de su posición. Por dar un ejemplo, se vanagloriaba siempre de su condición de «perseguido» y, si se permite la expresión, de «exiliado». Estas dos palabritas encierran cierto fulgor clásico que lo había deslumbrado de una vez para siempre y que, elevándolo gradualmente en la opinión que de sí mismo tenía, terminó ubicándolo en un pedestal tan alto como lisonjero para su vanidad. Hay una escena en cierta novela satírica inglesa del siglo pasado, en el que un tal Gulliver, que antes ha estado en el país de los liliputienses donde los habitantes no pasaban de tres pulgadas y media de altura, al volver a su tierra llegó a considerarse como un gigante hasta el punto de que, caminando por las calles de Londres, gritaba maquinalmente a los transeúntes y los carruajes que se quitasen de delante y cuidasen de que no los atropellase, imaginándose que él seguía siendo gigante y los otros liliputienses. Por eso se convirtió en el hazmerreír y en objeto de tremendos improperios. Más de un cochero zafio midió con su látigo las espaldas del gigante. ¿Eso estaba bien? ¿Hasta qué extremos puede conducirnos la costumbre? La costumbre llevó a un lugar similar al pobre Stepan Trofimovich, pero de un modo más inocente e inofensivo, si así cabe decirlo, porque se trataba de un buen hombre.

Yo me inclino a creer que hacia el final todos y en todas partes le olvidaron; y, sin embargo, no cabe decir que antes fuera enteramente desconocido. No hay duda de que también él compartió algún tiempo el glorioso ideal de algunos prohombres de nuestra generación precedente y de que en cierto momento —aunque sólo en un breve instante— muchos irreflexivos de aquella época pronunciaban su nombre casi a la par de los de Chaadayev, Belinski, Granovski y Herzen —éste último acababa de irse a vivir al extranjero—. Ahora bien, la actividad de Stepan Trofimovich concluyó casi en el minuto mismo en que había empezado, como consecuencia, por así decirlo,

de un «torbellino de circunstancias coincidentes». Bueno, ¿y qué? Pues que, como luego se vio, no solo no hubo «torbellino» sino ni siquiera «circunstancias», al menos en esa ocasión. Con gran asombro mío, pero de fuente absolutamente fidedigna, supe hace días que Stepan Trofimovich no solo no vivía entre nosotros, en nuestra provincia, en calidad de exiliado, como solíamos creer, sino que nunca estuvo vigilado. Después de esto, ¡júzguese de lo vigorosa que es la propia fantasía! Durante toda su vida creyó con sinceridad que era temido en ciertas esferas, continuamente, que sin pausa se le seguían y contaban los pasos, y que cada uno de los tres gobernadores que en nuestra provincia se habían sucedido en los últimos veinte años ya traía consigo, al llegar a ella para ocupar el cargo, cierta opinión preconcebida respecto de él, sugerida «desde arriba» al dársele posesión del gobierno. Si alguien hubiese asegurado entonces a Stepan Trofimovich que nada tenía que temer, se habría ofendido sin duda. Era, no obstante, hombre de aguda inteligencia y dotes sobresalientes, hombre de ciencia, si cabe definirlo así, aunque, bien mirado, en ciencia…, bueno, para decirlo de una vez, en ciencia no había hecho gran cosa, y según parece, nada en absoluto. Pero así sucede bastante a menudo con los hombres de ciencia aquí en Rusia.

Regresó del extranjero y consiguió distinguirse como profesor de una cátedra universitaria hacia fines de la década de los cuarenta. No llegó a explicar más que unas pocas clases, aparentemente sobre los árabes; pero alcanzó a defender una brillante disertación sobre la creciente importancia civil y hanseática de la ciudad alemana de Hanau entre los años 1413 y 1428, así como sobre los motivos oscuros y singulares de que tal importancia no llegase a cuajar. La mentada disertación fue un sutil y punzante ataque contra los eslavófilos de entonces, entre los cuales se ganó al punto un sinfín de enemigos acérrimos. Más tarde —después de perder la cátedra— logró publicar (en cierto modo por venganza y para hacerles ver lo que se habían perdido) en una revista progresista mensual, que imprimía traducciones de Dickens y artículos de propaganda de George Sand, el comienzo de un estudio sumamente profundo sobre las causas, al parecer, de la insólita rectitud moral, o algo por el estilo, de ciertos caballeros de no sé qué época. En fin, que desarrollaba conceptos de alto vuelo y excelencia nada común. Andando el tiempo se dijo que la continuación del estudio había sido prohibida deprisa. Tal vez haya sido así y también es posible que la revista misma hubiera sido perseguida por haber publicado la primera mitad. Pensemos que en aquellos tiempos todo era posible. Pero en el caso presente lo más probable es que no fuese eso lo ocurrido, sino que el autor mismo, por pura pereza, no llegara a concluir el ensayo. Puso fin a sus lecciones de cátedra sobre los árabes porque alguien (por lo visto uno de sus enemigos retrógrados) había interceptado, no se sabe cómo, una carta a no se sabe quién, en la que se exponían ciertas «circunstancias» en virtud de las cuales alguna persona le pedía explicaciones. No sé

si es cierto, pero se afirmaba además que en Petersburgo había sido descubierta por esas fechas una sociedad subversiva y antigubernamental de gran alcance, compuesta de unas trece personas, dispuesta a quebrantar los cimientos del Estado. También se decía que habían proyectado traducir incluso las obras del mismísimo Fourier. Sucedió que por aquel entonces fue interceptado en Moscú un poema de Stepan Trofimovich, escrito unos seis años antes en Berlín, en su primera juventud, que circulaba manuscrito entre dos aficionados y un estudiante. Ese poema lo tengo ahora en mi mesa. Lo recibí este año pasado, manuscrito de puño y letra del propio Stepan Trofimovich, con una dedicatoria suya y bellamente encuadernado en marroquí rojo. Por lo demás, no carece de lírica y hasta se vislumbra cierto talento; poema extraño, pero entonces (a saber, en los años treinta) era parte del estilo. Me resulta difícil explicar el argumento, porque, a decir verdad, no lo comprendo. Se trata de una especie de alegoría en forma lírico-dramática que recuerda la segunda parte de *Fausto*. La escena se abre con un coro de mujeres, al que sucede un coro de hombres, seguido a su vez de un coro de cierta clase de espíritus y, al final, de todo un coro de almas que no viven aún, pero que tienen ganas de vivir. Todos estos coros cantan de algo indefinido, por lo general de la maldición para algunas personas, pero con unos matices muy graciosos. La escena cambia de pronto y se inicia un «Festival de la Vida», en el que hay hasta insectos que cantan, aparece una tortuga con ciertas palabras sacramentales latinas y, si mal no recuerdo, también canta sobre no sé qué un mineral, quiero decir, algo aún enteramente inanimado. En general, todos cantan a más y mejor, y si hablan es para injuriarse vagamente, pero, repitámoslo, con cierto matiz de algo muy significativo. Por último, la escena cambia una vez más: aparece un lugar agreste y entre los riscos pasa corriendo un joven civilizado que arranca y chupa unas hierbas y que preguntado por un hada por qué chupa esas hierbas, responde que, sintiéndose rebosante de vida, busca el olvido y lo encuentra chupando esas hierbas, pero que su deseo principal es el de perder cuanto antes la razón (tal vez también un deseo superfluo). Entonces aparece de pronto un mancebo de belleza indescriptible montado en un corcel negro y seguido de la imponente muchedumbre de todos los pueblos. El mancebo representa la Muerte y todos los pueblos van tras ella con ansia. Y, por último, en la escena final surge la torre de Babel y unos a modo de atletas que completan su arquitectura entre cantos de nueva esperanza; y cuando la han terminado hasta la cúpula misma, el señor (supongo que del Olimpo) se fuga de la manera más ridícula y la humanidad, que adivina lo que pasa y ocupa su puesto, inicia enseguida una nueva vida con una nueva mirada. Ese poema también fue tildado de peligroso entonces. Yo propuse el año pasado a Stepan Trofimovich que lo publicara, dado que ahora sería considerado absolutamente inofensivo, pero él rechazó la propuesta con evidente desagrado. La opinión de que el poema era completamente inofensivo no le gustó, y a ella achaco cierta frialdad que me mostró

durante un par de meses. Bueno, ¿y qué? Pues inopinadamente, y casi cuando yo le proponía que lo publicase aquí, lo publicaron allá, esto es, en el extranjero, en una de las colecciones revolucionarias y sin decirle a Stepan Trofimovich. Tuvo miedo al principio, fue muy asustado a encontrarse con el gobernador y escribió a Petersburgo una carta dignísima de justificación que me leyó dos veces, pero que no envió por no saber a quién dirigirla. En resumen, que anduvo preocupado un mes entero; pero yo estoy seguro de que en las recónditas entretelas de su corazón se sentía extraordinariamente halagado. Casi dormía con el ejemplar de la colección que se había procurado y de día lo escondía bajo el colchón, sin permitir siquiera que la criada le hiciese la cama; y que aunque de un día para otro esperaba la llegada de un telegrama de Dios sabe dónde, miraba a todo el mundo por encima del hombro. Ningún telegrama llegó. Se amigó conmigo entonces y dejó demostrada su falta de rencor y la bondad infinita que guardaba en su corazón.

2

No estoy diciendo que no sufriera. Sólo que ahora tengo la plena seguridad de que hubiera podido seguir hablando de los árabes cuanto hubiera querido a cambio de dar las explicaciones necesarias. Pero entonces se subió a la parra y con ligereza singular se persuadió de una vez para siempre de que su carrera había sido desbaratada para toda la vida por «el torbellino de las circunstancias». Pero, la verdad sea dicha, la causa real de la interrupción de la carrera se encuentra en la delicada propuesta, seguida antes y reiterada ahora, que le hizo Varvara Petrovna Stavrogina, esposa de un teniente general y conocida ricachona, de encargarse de la educación y el desarrollo intelectual de su único hijo, en calidad de supremo profesor y amigo y casi sin honorarios. Se lo había propuesto primero en Berlín, para cuando Stepan Trofimovich había enviudado por vez primera. Su primera mujer había sido una muchacha frívola de nuestra provincia. Se habían casado muy jóvenes; y, según parece, no lo había pasado bien con ella —joven agraciada, por lo demás— por falta de medios para mantenerla, amén de otros motivos algo delicados. Falleció en París (estuvo los últimos tres años separada del marido), y le dejó un hijo de cinco años, «fruto de un primer amor, gozoso y aún limpio», como dijo el mismo Stepan Trofimovich en un arranque de congoja. Al niño lo enviaron en seguida a Rusia, donde se crió en lugar apartado bajo el cuidado de unas tías lejanas. Stepan Trofimovich rehusó la propuesta hecha entonces por Varvara Petrovna y volvió a casarse en seguida, en menos de un año, con una berlinesa taciturna y, lo más curioso, sin que mediara necesidad de hacerlo. Surgieron, sin embargo, otros motivos para que renunciara a su puesto de profesor. Lo subyugaba en esa época la fama clamorosa de un profesor inolvidable, y él, a su vez, voló a la cátedra, para la que se preparó con el fin de probar en ella sus propias alas de águila. Y he aquí que, después de quemarse las alas, se acordó naturalmente de la propuesta que una vez lo había hecho dudar de aceptar o no. Con su segunda esposa no alcanzó a vivir un año: ella murió de pronto, hecho que terminó de resolver la cosa. Lo diré con elegancia: las cosas se resolvieron con viva simpatía y gracias a la valiosa —clásica, podría decirse— amistad que le profesó Varvara Petrovna, si es que así puede hablarse de la amistad. Él se arrojó en brazos de tal amistad, que se fue fortaleciendo durante más de veinte años. He usado la expresión «se arrojó en brazos de tal amistad», pero Dios perdone a quien piense en algo deshonesto o superfluo —esos abrazos hay que entenderlos sólo en un sentido altamente moral—. Un vínculo sumamente sutil y delicado unía a estos dos notabilísimos seres —y los unía para siempre.

También aceptó el puesto de profesor porque la finca —muy pequeña— que le había quedado en herencia de su primera esposa estaba al lado de Skvoreshniki, magnífica hacienda cercana a la ciudad que los Stavrogin tenían en nuestra provincia.

Así, pues, en el silencio del despacho y sin tareas universitarias, cabía consagrarse al cultivo de la ciencia y enriquecer el saber patrio con las más profundas investigaciones. Esas investigaciones nunca se produjeron, pero sí la posibilidad de considerarse el resto de su vida —más de veinte años— como una especie de «reproche en persona» ante la patria, según la expresión de un poeta popular:

Como reproche en persona
te erguiste ante la patria,
……
¡oh, idealista liberal!

Tal vez la persona a quien se refiere el poeta popular tuviera derecho a pretender estar, si así lo deseaba, con esa postura erguida, por más aburrido que le resultara. Ahora bien, nuestro Stepan Trofimovich no pasó de un imitador en comparación con persona semejante; la postura erguida lo cansaba y se acostaba a cada rato. Pero aun tirado, la personificación del reproche se conservaba en posición yacente —hay que decirlo en justicia— tanto más cuanto que ello bastaba a la sociedad provinciana. ¡Si lo hubieran visto ustedes cuando se sentaba a jugar a las cartas en el club! Su aspecto entero decía: «¡Cartas! ¡Me siento a jugar con ustedes a las cartas! ¿A esto he llegado? ¿Quién es el responsable de esto? ¿Quién ha destruido mi carrera y la ha modificado en una partida de cartas? ¡Ah, perezca Rusia!». Y con dignidad ganaba una mano con el as de copas.

Y de veras que se desvivía por jugar a las cartas, lo que le causó —y últimamente más que nunca— frecuentes y enojosas escaramuzas con Varvara Petrovna, mayormente porque perdía una vez y otra también. Pero quédese esto para más tarde. Diré sólo que era un hombre escrupuloso (mejor dicho, de vez en cuando) y que por ello se entristecía a menudo. Durante los veinte años de amistad con Varvara Petrovna caía regularmente tres o cuatro veces al año en lo que nosotros solíamos denominar «melancolía cívica», o más sencillamente, abatimiento, pero la frasecilla ésa agradaba a la muy respetable Varvara Petrovna. Más adelante, además de caer en esa melancolía, se zambulló en el champán, porque la vigilante Varvara Petrovna lo protegió siempre de las tentaciones vulgares. Y la verdad es que andaba necesitado de alguien que lo protegiese, porque a veces se ponía muy raro: en medio de la melancolía más refinada soltaba de pronto a reír del modo más ordinario. A veces hasta empezaba a hablar de sí mismo en tono zumbón. Ella era la mujer clásica, la mujer-Mecenas, que obraba sólo guiada por los más altos pensamientos. Cardinal fue la influencia que durante veinte años ejerció esta excelente dama sobre su pobre amigo. A ella hay que consagrar un comentario especial y a eso voy.

3

A veces existen unas amistades muy particulares en las que da la impresión de que un amigo quiere devorar al otro y viceversa, pasan así casi toda la vida y, sin embargo, nunca se separan. Peor, la separación resulta inconcebible: el primero de los amigos que se enfada y rompe el vínculo cae enfermo y acaso muere cuando ello ocurre. Sé muy bien que algunas veces, después de las más íntimas confidencias con Varvara Petrovna, cuando ésta se retiraba, Stepan Trofimovich se levantaba de un salto del diván y empezaba a dar puñetazos a la pared.

Así como lo cuento, sucedía, hasta el punto de que una de esas veces hizo saltar el estuco de la pared. Tal vez alguien quiera saber cómo puedo conocer un detalle tan nimio. ¿Y qué, si yo mismo fui testigo? ¿Y qué, si el propio Stepan Trofimovich lloró más de una vez apoyado en mi hombro mientras describía en vivos colores sus secretos? (¡Lo que no me contaría!). Pero he aquí lo que pasaba casi siempre después de esos arrebatos: al día siguiente estaba dispuesto a crucificarse a sí mismo por su ingratitud. Me mandaba llamar aprisa y corriendo o venía volando a verme con el solo fin de hacerme saber que Varvara Petrovna era «un ángel de honorabilidad y delicadeza y él justamente lo contrario». No sólo venía corriendo a verme, sino que con frecuencia se lo decía a ella misma en cartas elocuentes, con su firma y todo. Le confesaba que la víspera, sin ir más lejos, había dicho a algún —pongamos por caso — amigo que ella lo retenía por vanidad y lo envidiaba por su sabiduría y talento; más aún, que lo odiaba y que no se atrevía a manifestar abiertamente su odio por miedo a que él se fuera, con lo que perjudicaría la reputación literaria de la dama; que como consecuencia de esto se despreciaba a sí mismo y había decidido darse muerte violenta y que esperaba de ella una palabra final que lo resolviera todo, etc, etc, y así por el estilo. Dicho lo cual, no resulta gran trabajo imaginarse hasta qué punto de histeria llegaban a veces los ataques de este hombre, el más inocente de todos los adolescentes de cincuenta años. Yo mismo leí en cierta ocasión una de esas misivas, escrita a raíz de un altercado entre ambos por un motivo baladí, pero que fue envenenándose gradualmente. Quedé aterrado y le supliqué que no enviase la carta.

—Imposible…, es más honorable…, el deber…, ¡me muero si no le confieso todo, todo! —respondió casi enfebrecido. Y envió la carta.

Allí estaba la diferencia entre ambos. Varvara Petrovna nunca habría mandado carta semejante. Es cierto que a él le gustaba con pasión escribir, que aunque vivía bajo el mismo techo que ella le escribía, y en momentos de histeria hasta dos cartas al día. Sé de buena fuente que ella leía las cartas con grandísima atención, hasta cuando recibía dos al día, y después de leerlas las encerraba en un cofrecillo especial pulcramente anotadas y clasificadas; además, las apreciaba en alto grado. Luego, sin responderle nada a su amigo en todo el día, volvía a reunirse con él como si tal cosa,

como si el día anterior no hubiera ocurrido nada de particular. Con el tiempo llegó a domesticarlo de tal modo que ni él mismo se atrevía a aludir a la víspera, limitándose a mirar a su amiga fijamente durante algún tiempo. Ella no olvidaba y él olvidaba a veces demasiado pronto, y además, alentado por la calma que ella mostraba, volvía, a veces el mismo día, a las risotadas y a los tumbos bajo los efectos del champán si venían amigos de visita. ¡Con qué ojos cargados de veneno lo miraba ella en tales ocasiones! Y él seguía sin darse por aludido. Tal vez una semana más tarde, o un mes, o a veces hasta seis meses, en un momento dado, recordando de pronto alguna frase de la susodicha carta y después la carta entera en todos sus detalles, se sentía morir de vergüenza y su tormento llegaba a producirle ataques de gastritis. Estos ataques, típicos en él, eran a menudo la consecuencia natural de su tensión nerviosa y un rasgo peculiar de su complexión física.

A decir verdad, lo probable es que Varvara Petrovna lo aborreciera bastante a menudo. Él, sin embargo, nunca llegó a percatarse de que había acabado por convertirse en hijo de ella, en su creación, cabe decir que en su adquisición; que se había hecho carne de su carne, y que no era sólo por «envidia de su talento» por lo que ella lo mantenía consigo. ¡Cuán ofendida se habrá sentido! Ella encubría, por lo visto, un amor intolerable por él, mezclado con odio continuo, celos y desprecio. Lo resguardaba de todo grano de polvo, actuó como su niñera durante veintidós años, y no habría pegado los ojos noches enteras si hubiera creído que su fama de poeta, de erudito y de prohombre público corría peligro. Era ella quien lo había inventado y era la primera en creer su propia invención. Era algo así como un sueño suyo. Pero a cambio de ello exigía de él demasiado, a veces hasta esclavitud. Era rencorosa a más no poder. A propósito de esto último voy a compartir aquí un par de anécdotas.

4

Cuando los rumores de que se liberaría a los siervos comenzaron a circular por Rusia, visitó a Varvara Petrovna un barón que venía de Petersburgo, hombre muy relacionado en la alta sociedad y muy cercano al gran acontecimiento. Varvara Petrovna apreciaba mucho tales visitas, porque desde la muerte de su marido sus contactos con la alta sociedad habían ido languideciendo y habían acabado por interrumpirse por completo. El barón estuvo tomando el té con ella. Estaban solos, salvo por Stepan Trofimovich, a quien Varvara Petrovna había invitado y deseaba exhibir. El barón ya había oído hablar algo de él o fingió haber oído, pero durante el té habló poco con él. Stepan Trofimovich quiso, por supuesto, quedar bien, amén de que sus modales eran exquisitos. Aunque de familia no muy encopetada, según parece, tuvo la suerte de criarse desde la niñez en una casa humilde de Moscú y, por consiguiente, con bastante esmero. Hablaba francés como un parisiense. De este modo, el barón debió de comprender desde el primer momento de qué clase de gente se rodeaba Varvara Petrovna aun en el aislamiento de la provincia. Pero no fue así. Cuando el visitante confirmaba sin reservas la absoluta autenticidad de los primeros rumores que entonces empezaba a circular sobre la gran reforma, Stepan Trofimovich no pudo contenerse, gritó de pronto «¡Hurra!» e hizo con la mano un gesto de entusiasmo. No fue un grito muy agudo ni careció de decoro. Tal vez el entusiasmo fuese premeditado y el gesto ensayado ante el espejo media hora antes del té; pero algo debió de fallarle, porque el barón se permitió una ligera sonrisa aunque, al momento y con exquisita cortesía, se puso a hablar de la emoción general y natural que embargaba todos los corazones rusos ante el magno acontecimiento. Poco después se despidió, sin olvidar al marcharse alargar un par de dedos a Stepan Trofimovich. De regreso a la sala, Varvara Petrovna se quedó callada unos minutos como si buscara algo en la mesa hasta que de pronto miró a Stepan Trofimovich, pálida y con ojos centelleantes, y le dijo en voz baja:

—¡Nunca le perdonaré lo que ha hecho!

Al siguiente día se reunió con su amigo como si nada hubiera pasado. Nunca aludió a lo ocurrido. Pero trece años después, en un momento trágico, lo recordó y se lo reprochó de nuevo, palideciendo como trece años antes cuando lo había dicho por vez primera. Sólo dos veces en la vida le había dicho «¡Nunca le perdonaré lo que ha hecho!». Lo del barón era ya la segunda; pero la primera fue a su modo tan característica y vino, por lo visto, a significar tanto en el destino de Stepan Trofimovich que he decidido referirme a ella.

Ello sucedió en la primavera de 1855, en el mes de mayo, justamente después de recibirse en Skvoreshniki la noticia del fallecimiento del teniente general Stavrogin, viejo frívolo, muerto de una afección al estómago cuando iba camino de Crimea para

incorporarse al servicio activo. Varvara Petrovna quedó viuda y se puso de luto riguroso. Verdad es que no debió de sentir mucho dolor porque, por incompatibilidad de caracteres, llevaba cuatro años separada del marido, a quien venía pasando una pensión (el teniente general contaba sólo con centenar y medio de siervos y la paga militar, además de una alta graduación y relaciones, porque todo el dinero, así como Skvoreshniki, pertenecía a Varvara Petrovna, hija única de un rentista riquísimo). Ello no obstante, quedó impresionada con lo inesperado de la noticia y determinó vivir en completa soledad. Ni que decir tiene que Stepan Trofimovich fue su compañero inseparable.

Mayo estaba a pleno. Los atardeceres eran maravillosos. Florecían los cerezos silvestres. Los dos amigos se reunían a última hora de la tarde en el jardín y, sentados en el cenador hasta entrada la noche, compartían sus ideas y pensamientos. Había momentos poéticos. Afectada por el cambio de vida, Varvara Petrova hablaba más que de ordinario. Parecía querer apretarse contra el corazón de su amigo y así transcurrieron varios días. De pronto se le ocurrió a Stepan Trofimovich un pensamiento extraño: «¿No contaba con él la viuda inconsolable y no esperaría de él una propuesta de matrimonio al cabo del año de luto?». Era un pensamiento cínico, pero cuando más excelso es un espíritu tanto más contribuye a la preferencia por los pensamientos cínicos, tal vez sólo por las múltiples posibilidades que ofrecen. Empezó a examinar el asunto detenidamente y llegó a la conclusión de que así parecía ser. Se decía «sí, es una hacienda enorme, pero…». En realidad, Varvara Petrovna no tenía pizca de hermosa. Era alta, amarilla de tez, huesuda, de rostro desmesuradamente largo con un no sé qué caballuno. Stepan Trofimovich vacilaba cada día más, lo atormentaba la duda y hasta lloró de indecisión un par de veces (lloraba con bastante frecuencia). Sin embargo, a la caída de la tarde, su semblante empezó a reflejar algo equívoco e irónico, una pauta de coquetería al par que de altivez. Esto sucede a menudo sin querer, involuntariamente, y es tanto más perceptible cuanto más honrado es un hombre. Quién sabe cómo juzgar el caso, pero lo más probable es que en el corazón de Varvara Petrovna no hubiera nada que justificase las sospechas de Stepan Trofimovich. Por otra parte, ella no habría modificado el apellido Stavrogina por el de él, por muy famoso que éste fuera. Tal vez todo se redujo a un pasatiempo de parte de Varvara Petrovna, la revelación de una inconsciente exigencia de mujer, muy natural en algunas circunstancias excepcionales. Pero no puedo poner las manos en el fuego por ello. Hasta hoy sigue siendo un misterio el corazón femenino. Pero continúo con mi relato.

Es posible suponer que ella, más observadora y sagaz, adivinó enseguida por detrás de la extraña expresión del semblante de su amigo, que con frecuencia demostraba una inocencia excesiva. No obstante, los encuentros vespertinos seguían su curso acostumbrado y los coloquios eran igual de líricos e interesantes. Ocurrió

que en cierta ocasión, después de un diálogo animado y poético, se separaron llegada la noche, dándose un cordial apretón de manos a la puerta de la casita en donde residía Stepan Trofimovich. Los veranos se instalaban en esa dependencia, situada casi en el jardín de la enorme mansión señorial de Skvoreshniki. Acababa de entrar en su vivienda y, en desabrida meditación, se disponía a encender un cigarro y, sin encenderlo aún, se había detenido vencido por el cansancio, paralizado ante la ventana abierta, mirando las nubes blancas y tenues como pulmón de ave que se desliza en torno a la brillante luna. De pronto, un ligero susurro lo sobresaltó. Allí estaba otra vez Varvara Petrovna, de quien se había separado sólo cuatro minutos antes. El rostro amarillo de la dama había tomado un matiz casi azulado y le temblaban las comisuras de los labios apretados. Durante diez segundos por lo menos le clavó la mirada, en silencio, con mirada dura e implacable, y de pronto musitó con rapidez:

—¡Jamás le perdonaré lo que ha hecho!

Cuando transcurridos diez años de esta escena Stepan Trofimovich me contaba su melancólica historia en voz baja y a puerta cerrada, juraba que fue tal la impresión que aquello le produjo que no vio ni oyó desaparecer a Varvara Petrovna. Dado que más tarde ella no aludió jamás a lo ocurrido y las cosas siguieron como antes, llegó a pensar que todo había sido una alucinación, un amago de dolencia, tanto más cuanto que esa misma noche cayó en efecto enfermo y lo estuvo quince días, lo que muy a propósito vino a interrumpir las entrevistas en el cenador.

Pero lejos de pensar en una alucinación, todos los días de su vida aguardó la continuación o, si se prefiere, el desenlace de este acontecimiento. No creía que pudiese terminar así. Y si así terminó, motivo tuvo para mirar de reojo a su amiga más de una vez.

5

El traje que llevó siempre se lo había diseñado ella. Era elegante y con estilo: levita negra de amplios faldones abrochada casi hasta el cuello, pero que le sentaba muy bien; sombrero blando (en verano de paja) de alas anchas; corbata blanca de batista con nudo grueso y puntas colgantes; bastón con puño de plata; y, como si esto fuera poco, cabello hasta los hombros. Era de pelo castaño oscuro que sólo en los últimos años había empezado a encanecer. Siempre afeitado por completo. Me han dicho que cuando era joven era muy buen mozo, y según mi opinión, aun en la vejez resultaba de veras impresionante. ¿Quién dice vejez a los cincuenta y tres años? Pero por cierta coquetería de hombre público no sólo no presumía de joven, sino que hasta hacía alarde de la solidez de sus años. Alto, delgado, con su traje y el cabello hasta los hombros, se parecía a un patriarca, o, mejor aún, al retrato del poeta Kukolnik, litografiado allá por los años treinta con motivo de cierta edición, sentado en un banco del jardín un día de verano, bajo un lilo en flor, con las manos apoyadas en el bastón, un libro abierto a su lado y entusiasmado poéticamente ante la puesta de sol. En cuanto a libros diré que últimamente tenía la lectura algo abandonada, pero sólo últimamente. Lo que leía sin descanso eran periódicos y revistas, a los que en gran número estaba suscripta Varvara Petrovna. Se interesaba también de continuo por los éxitos de la literatura rusa, pero sin perder un ápice de su dignidad. Hubo un momento en que estuvo a punto de entusiasmarse por el estudio de nuestra alta política contemporánea, de nuestros asuntos interiores y exteriores, pero pronto abandonó la idea con un gesto de desdén. Ocurría a veces que salía al jardín con un libro de Tocqueville y llevaba oculto en el bolsillo otro de Paul de Dock. Pero esto no tiene gran importancia.

Agregaré un paréntesis acerca del retrato de Kukolink. Varvara Petrovna se encontró por primera vez con esa litografía cuando, todavía muy joven, residía en un distinguido pensionado de Moscú. Se enamoró del retrato en el acto, como es costumbre entre jóvenes pensionistas, que se enamoran de lo primero que se presenta y, en particular, de sus profesores, sobre todo de los de caligrafía y dibujo. Pero lo curioso no es la manía de las muchachas, sino que, ya en la cincuentena, Varvara Petrovna conservaba aún esa litografía entre sus alhajas más preciadas, de modo que tal vez por eso diseñó para Stepan Trofimovich un traje algo semejante al del retrato. Pero, claro, esto también es nimiedad.

En los primeros años, o, más precisamente en la primera mitad de su residencia con Varvara Petrovna, Stepan Trofimovich pensaba aún en alguna obra y todos los días se disponía seriamente a escribirla. Pero hacia la segunda mitad pareció olvidar hasta las cosas más sabidas. Con creciente frecuencia nos decía: «Estoy, según creo, dispuesto para el trabajo, tengo reunidos los materiales. No hago nada». Y bajaba la

cabeza en señal de gran preocupación. No hay duda de que esto lo engrandecía ante nuestros ojos como un mártir de la ciencia, pero él pensaba en otra cosa. «¡Me han olvidado; nadie me necesita!», exclamaba más de una vez. Esta pronunciada melancolía lo gobernó sobre todo al final de la década de los cincuenta. Varvara Petrovna lo advirtió cuando el asunto ya era grave. Además, no podía tolerar la idea de que su amigo hubiera sido postergado y olvidado. Para conseguir distraerlo e incluso hacer reverdecer sus laureles lo llevó entonces a Moscú, donde ella contaba con algunas amistades entre eruditos y hombres de letras; pero, por lo visto, la visita a Moscú tampoco resultó satisfactoria.

Era aquélla una época singular. Despuntaba algo nuevo, algo en nada análogo a la calma anterior, algo raro, perceptible por doquier, incluso en Skvoreshniki. Circulaban rumores de toda clase. Los hechos eran, por lo general, más o menos conocidos, pero era evidente que iban acompañados de ciertas ideas y, lo que era aún más significativo, en cantidad muy considerable. Lo desconcertante era que no había medio de acomodarse a esas ideas, de enterarse de en qué consistían precisamente. Varvara Petrovna, por su condición de mujer, ansiaba averiguar el secreto. Púsose a leer por su cuenta periódicos y revistas, publicaciones extranjeras prohibidas, y hasta proclamas revolucionarias que a la sazón empezaban a aparecer (pudo agenciarse todo ello), pero sólo consiguió calentarse la cabeza. Decidió entonces escribir cartas, pero recibió pocas respuestas. Cuanto más tiempo pasaba, más incomprensible resultaba todo ello. Invitó solamente a Stepan Trofimovich a que le explicara «todas esas ideas» de una vez para siempre, pero quedó muy descontenta con sus explicaciones. La opinión de Stepan Trofimovich sobre la totalidad del movimiento fue arrogante en extremo: todo se reducía a que él había sido olvidado y a que ya nadie lo necesitaba. Llegó por fin la hora de que hasta de él se acordaban, primero en publicaciones extranjeras, como de un mártir exiliado, y después en Petersburgo, como antigua estrella de una constelación conocida. Llegaron a compararlo con Radischev, vaya uno a saber por qué. Luego dijo alguien en letras de molde que ya había muerto y prometió publicar su necrología. Stepan Trofimovich resucitó al instante y levantó la cresta. La altivez con que miraba a sus contemporáneos se esfumó como por ensalmo y en su lugar surgió el ardiente afán de sumarse al movimiento y patentizar sus fuerzas. Varvara Petrovna recobró al punto su confianza y comenzó a trajinar sin descanso. Quedó acordado que se trasladarían sin demora a Petersburgo para ponerse al corriente de todo lo tocante al movimiento, examinar las cosas personalmente y, de ser posible, entrar en acción en cuerpo y alma, indivisiblemente. Entre otras cosas, Varvara Petrovna se declaró dispuesta a fundar su propia revista y consagrarle, desde luego, su vida entera. Al ver hasta dónde iban las cosas, Stepan Trofimovich se mostró aún más que arrogante y, ya en camino, empezó a tratar a Varvara Petrovna casi con condescendencia, lo que ella grabó en su corazón

para no olvidarlo. Pero es el caso que ella tenía otro motivo relevante para hacer el viaje, a saber: la reanudación de relaciones con la alta sociedad. Era necesario, en la medida de lo posible, hacerse recordar en el mundo, o al menos intentarlo. El pretexto que venía a cuento era que el viaje se haría por su necesidad de ver a su único hijo, que por entonces terminaba sus estudios en el liceo de Petersburgo.

6

En Petersburgo pasaron todo el invierno. Pero al llegar la Pascua de Resurrección todo se deshizo como una irisada pompa de jabón. Los sueños se esfumaron y la confusión, lejos de despejarse, se acentuó. Para empezar, las relaciones con la alta sociedad no pasaron de mero conato, como mucho digamos que fueron escasas y a costa de esfuerzos humillantes. Ofendida, Varvara Petrovna se entregó de cuerpo y alma a las «nuevas ideas» y abrió un salón. Hizo un llamamiento a los literatos y acudió una muchedumbre de ellos. Luego acudieron sin que nadie los llamara; unos traían a otros. Nunca había visto ella a literatos como ésos. Eran increíblemente vanidosos, pero a cara descubierta, como cumpliendo una obligación. Otros (aunque no todos, ni mucho menos) llegaban borrachos, pero como si reconocieran en ello un encanto singular descubierto sólo la noche antes. Eran excesivamente orgullosos absolutamente todos. En sus rostros se leía que acababan de hallar algún secreto de fenomenal importancia. Reñían entre sí, teniéndolo a mucha honra. Difícil era averiguar qué era precisamente lo que escribían: había críticos, novelistas, dramaturgos, satíricos, denunciadores de abusos. Stepan Trofimovich consiguió ingresar en el más alto de sus círculos, cabalmente en el que llevaba la dirección del movimiento. Se le hizo muy difícil llegar a esas alturas, pero lo recibieron con alborozo, aunque nadie, en realidad, sabía nada de él, ni había oído decir nada de él, sino que «representaba una idea». Él se las arregló para invitarlos, a pesar de sus aires olímpicos, al salón de Varvara Petrovna un par de veces. Eran personas muy serias y corteses, de porte muy decoroso. Los demás visiblemente les tenían miedo, pero bien se notaba que no tenían tiempo que perder. También se presentaron dos o tres figuras literarias notables de años atrás que se hallaban por casualidad en Petersburgo y con quienes Varvara Petrovna mantenía desde hacía tiempo muy finas relaciones. Pero, con asombro de la dama, a estas genuinas e indudables notabilidades no les llegaba la camisa al cuerpo; algunas de ellas no tenían reparo en hacer la rueda a esa nueva chusma y adularla de manera vergonzosa. Al principio le fue bien a Stepan Trofimovich; se adueñaron de él y empezaron a exhibirlo en reuniones literarias públicas. La primera vez que subió a la tribuna en uno de los recitales literarios para leer algo, fue una ovación del público que duró unos cinco minutos. Nueve años más tarde se acordaba de esta escena con lágrimas en los ojos, aunque más por lo artístico de su pose que por su gratitud. «¡Juro y apuesto —me confesó él mismo (pero sólo a mí y en secreto)— que en todo ese público no había una sola persona que supiera realmente de mí!». Confesión interesante, porque bien se ve que el hombre tenía entendimiento agudo si en aquella ocasión, en la tribuna, se dio tan clara cuenta de su posición, a pesar del arrobamiento que debió de sentir; y, por otra parte, bien se ve que carecía de entendimiento agudo: años después no podía recordar estos hechos sin

experimentar un sentimiento de agravio. Le reclamaron que firmase dos o tres protestas colectivas (sin que supiera contra qué se protestaba) y firmó. A Varvara Petrovna también la conminaron a firmar contra cierta «acción abominable», y ella también firmó. Esto no quitaba que la mayoría de esa gente nueva que visitaba a Varvara Petrovna se creyera obligada por algún motivo a mirarla con desprecio y a reírse de ella en su mismísima cara. Luego de unos años, me dio a entender Stepan Trofimovich que ella le había tenido envidia desde entonces. La dama sabía, por supuesto, que le era imposible alternar con esas gentes, pero seguía recibiéndolas con ansia, con histérica impaciencia femenina y —esto es lo principal— esperaba sacar algún provecho de ello. En las reuniones de su casa hablaba poco, aunque habría podido hacerlo, pero prefería escuchar. Allí se charlaba de la abolición de la censura y la reforma de la ortografía, de la sustitución del alfabeto ruso por el latino, del destierro de Fulano de Tal ocurrido el día antes, de algún escándalo en las galerías donde estaban las tiendas de lujo, de la conveniencia de desmembrar a Rusia en comarcas étnicas con libre organización federal, de la abolición del ejército y la marina, de la reestructuración de Polonia hasta el Dniéper, de la reforma agraria y propaganda revolucionaria, de la abolición de la herencia, la familia, los hijos y el clero, de los derechos de la mujer, de la casa de Krayevski, cuya suntuosidad nunca se le perdonará a Krayevski, etc, etc. Era evidente que en esa caterva había muchos pícaros, pero también, sin duda, muchas personas honradas, más aún, encantadoras, no obstante las sorprendentes diferencias de carácter. Las honradas eran más incomprensibles que las perversas y groseras, pero nadie sabía quién manipulaba a quién. Cuando Varvara Petrovna declaró su intención de fundar una revista, el número de visitantes aumentó, pero también es cierto que al poco tiempo comenzaron a acusarla de capitalista y explotadora del trabajo. El descaro de las acusaciones corría parejo con lo inesperado de ellas. El anciano general Iván Ivanovich Drozdov, antiguo amigo y compañero de servicio del difunto general Stravrogin, hombre dignísimo (aunque a su manera) y a quien todos conocíamos aquí, pero sobremanera terco y atrabiliario, glotón consumado a quien espantaba el ateísmo, riñó en una de las reuniones en casa de Varvara Petrovna con un conocido joven. Éste, a la primera de cambio, exclamó: «Por lo que dice, se ve que usted es general», queriendo significar que no había insulto mayor que ése. Iván Ivanovich se encolerizó en grado sumo: «¡Sí, señor, soy general, teniente general, y he servido a mi soberano, y tú eres un mocoso y un ateo!». Se produjo un escándalo impresionante. Al día siguiente apareció el suceso en letras de molde y se procedió a la redacción de una queja colectiva contra la «conducta abominable» de Varvara Petrovna por no haber expulsado en el acto al general. Una revista ilustrada publicó una caricatura en la que, junto a un maligno retrato satírico de Varvara Petrovna, figuraban el general y Stepan Trofimovich como tres amigos retrógrados. Acompañaban al dibujo unos versos de

un poeta popular, escritos ex profeso para tal coyuntura. Yo añadiré por mi parte que hay, en efecto, muchas personas en el generalato que tienen la ridícula costumbre de decir: «He servido a mi soberano…», esto es, como si no tuvieran el mismo soberano que nosotros, simples súbditos, sino uno especial para ellos.

Era, por supuesto, imposible continuar en Petersburgo, tanto más cuanto que Stepan Trofimovich sufrió un descalabro final. Sin poder contenerse, empezó a perorar sobre los derechos del arte, con lo que la gente, por su parte, empezó a reírse más ruidosamente de él. En su última conferencia decidió recurrir a la oratoria cívica, creyendo tocar por este medio el corazón de sus oyentes y contando con el respeto a su condición de «perseguido». Se mostró desde luego conforme con la inutilidad y comicidad de la palabra «patria» y con lo perjudicial de la religión, pero afirmó enérgica y sonoramente que un par de botas vale mucho menos que Pushkin, mucho menos. Lo silbaron sin piedad, hasta el extremo de que allí mismo, ante el público, sin bajar de la tribuna, rompió a llorar. «*On m'a traité comme un vieux bonnet de coton!*», balbuceaba con desvarío. Ella lo atendió toda la noche y hasta el amanecer estuvo repitiendo en su oído: «Usted es útil todavía. Ya volverá a la tribuna. Lo van a apreciar como se merece… en otro lugar».

A primera hora de la mañana siguiente se presentaron en casa de Varvara Petrovna cinco literatos, tres de ellos enteramente desconocidos y a quienes nunca había visto. Con semblante severo le hicieron saber que habían estudiado el asunto de la revista y llegado a un acuerdo. Por cierto Varvara Petrovna nunca había encargado a nadie que estudiara ni acordara nada acerca de su proyecto. El acuerdo consistía en que, una vez fundada la revista, la señora se la entregaría a ellos con el capital correspondiente, a título de libre asociación, y ella se marcharía a Skvoreshniki, sin olvidarse de llevarse consigo a Stepan Trofimovich, que «estaba pasado de moda». Por delicadeza, convenían en reconocerle el derecho de propiedad y en enviarle anualmente la sexta parte de los beneficios netos. Lo más conmovedor de todo era que cuatro de los cinco literatos no tenían probablemente interés mercenario en el asunto y se aprestaban a la tarea sólo en nombre de la «causa común».

—Nos fuimos como atontados —contaba Stepan Trofimovich—. Yo no podía pensar en nada, y recuerdo que iba repitiendo unos versos sin sentido al compás del traqueteo rítmico del vagón. No sé qué diablos era, sólo que así fui hasta Moscú. No volví en mí hasta llegar a Moscú, como si efectivamente fuera a encontrar algo diferente allí. ¡Ay, amigos míos! —exclamaba a veces, como inspirado, en nuestra presencia—. No pueden figurarse la rabia y melancolía que se apodera del espíritu cuando una idea grande, que uno viene venerando solemnemente de antiguo, es arrebatada por unos necios y difundida por esas calles entre otros imbéciles como ellos. Y uno tropieza inopinadamente con ella en un baratillo, toda desfigurada, cubierta de lodo, en ridículo atavío, de través, sin proporción ni armonía, juguete de

una chiquillería estúpida. ¡No, no era así en nuestro tiempo! ¡No era a eso a lo que aspirábamos! ¡No, no era eso, en absoluto! No reconozco nada… Nuestro tiempo intentará una y otra vez apuntalar todo lo que se bambolea. De lo contrario, ¿qué será del mundo?

7

Al poco tiempo de haber regresado de Petersburgo, Varvara Petrovna decidió enviar a su amigo al extranjero «a descansar», ya que era evidente que necesitaba ausentarse por algún tiempo. Stepan Trofimovich partió con gran alegría. «¡Voy a resucitar allí! —decía a los cuatro vientos—. ¡Me podré concentrar en mis estudios!». Pero ya en las primeras cartas que envió desde Berlín empezó a entonar la canción de siempre: «Tengo el corazón destrozado —escribió a Varvara Petrovna—. No puedo olvidar nada. En Berlín todo me recuerda a mi pasado, mis primeros entusiasmos, mis primeras penas. ¿Dónde estará ella? ¿Dónde estarán las dos ahora? ¿Dónde, mis dos ángeles que jamás merecí? ¿Dónde está mi hijo, mi hijo idolatrado? ¿Dónde en fin, estoy yo, yo mismo, mi yo de antes, fuerte como el arco cuando hoy día un Andreyev cualquiera, un bufón barbudo y ortodoxo, *peut briser mon existence en deux*, etc., etc.?». En cuanto al hijo, Stepan Trofimovich lo había visto en total dos veces en su vida: la primera cuando nació, y la segunda no hacía mucho en Petersburgo, donde el joven se preparaba para ingresar en la Universidad. Como ya queda apuntado, el muchacho se había criado desde su nacimiento en casa de unas tías en la provincia de O* (a costa de Varvara Petrovna), a setecientas verstas de Skvoreshniki. En cuanto a Andreyev, era sencillamente un comerciante, nuestro tendero local, un tipo raro, arqueólogo autodidacta, coleccionista apasionado de antigüedades rusas, que a veces discutía con Stepan Trofimovich por cuestiones de erudición y, principalmente, por cuestiones de ideología. Este respetable mercader, de barba gris y grandes anteojos de plata, debía aún a Stepan Trofimovich cuatrocientos rublos por la tala de unas hectáreas de arbolado en la finca de éste lindante con Skvoreshniki. Aunque al enviar a su amigo a Berlín Varvara Petrovna le había provisto generosamente de fondos, Stepan había contado especialmente con esos cuatrocientos rublos para el viaje, seguramente para sus gastos secretos, y estuvo a punto de llorar cuando Andreyev le rogó que aguardara un mes, prórroga a la que, de otro lado, tenía derecho, porque había pagado los primeros plazos casi con medio año de antelación para ayudar a Stepan Trofimovich, que entonces andaba necesitado de dinero. Ávidamente leyó Varvara esta primera carta y, después de subrayar con lápiz la frase «¿Dónde están las dos ahora?», le puso un número y la metió en el cofre. Él, por supuesto, se refería a sus dos mujeres difuntas. En la segunda carta recibida de Berlín la canción se había modificado: «Trabajo doce horas por día (“si al menos hubiera dicho once”, protestó Varvara), hurgo en las bibliotecas, compulso datos, tomo notas, corro de la ceca a la meca. He visitado a los profesores. He vuelto a entablar relaciones con la excelente familia Dundasov. ¡Qué encanto, incluso ahora, es Nadezhda Nikolayevna! Le manda a usted saludos. Su joven marido y sus tres sobrinos están todos en Berlín. Las noches las pasamos de cháchara con la gente joven, hasta el alba; son casi noches

áticas, pero sólo por su belleza y refinamiento; todo se hace como Dios manda: mucha música, motivos españoles, rehabilitación de la humanidad entera, idea de la eterna belleza, la madonna de la Capilla Sixtina, luz con estrías de tiniebla, pero también manchas en el sol. ¡Oh, amiga mía! ¡Noble y fiel amiga! Con el corazón estoy junto a usted, de una vez para siempre, *en tout pay* y hasta *dans le pays de Makar et de ses Meaux*, del que recordará usted que hablábamos estremecidos en Petersburgo antes de la partida. Lo recuerdo con una sonrisa. Aquí en el extranjero me siento a salvo, sensación nueva, extraña, por vez primera al cabo de tantos años…», etc., etc.

—¡Todas tonterías! —dijo Varvara guardando también esta carta—. ¿Cuándo había escrito esto? ¿Bebido? ¿Y cómo se atreve esa Dundasova a mandarme saludos? Bueno, que se divierta…

La frase «*Dans le pays de Makar et de ses Meaux*» quería decir «A donde Makar no llevó nunca a sus carneros» (esto es, Siberia). Stepan traducía a veces al francés, adrede y tontamente, dichos y refranes rusos, aunque sin duda podía entenderlos y traducirlos mejor; pero lo hacía por darse tono y creyéndolo cosa de ingenio.

Pero no se divirtió mucho. Al cabo de cuatro meses no pudo resistir más y volvió corriendo a Skvoreshniki. Sus últimas cartas no fueron otra cosa que una efusión del más sentido amor por la amiga ausente y llegaban literalmente humedecidas por las lágrimas de la separación. Hay personalidades tan caseras y apegadas al hogar como sólo llegan a estarlo los perros caseros. Los amigos volvieron a reunirse con entusiasmo. Al cabo de dos días todo volvió a ser como antes, incluso más fastidioso que antes.

—Amigo mío —me dijo como quien guarda un secreto, unas semanas más tarde —. Amigo mío, he descubierto… algo terrible de mí: *je suis un simple gorron et rien de plus! Mais r-r-rien de plus!*

8

A todo esto le siguió un lapso de prosperidad que se extendió durante los últimos nueve años. Los arranques de histeria y llanto, apoyado en mi hombro, que se sucedían a intervalos regulares, no alteraron nuestro contento en lo más mínimo. Me extraña que Stepan no engordara durante ese tiempo, pero sí se le puso un poco colorada la nariz y aumentó su pachorra. Un grupo de amigos que iba creciendo constituyó su apoyo. En esos días poco a poco se fue apiñando en torno de él un pequeño grupo de amigos. A Varvara, aunque apenas tenía contacto con el grupo, la reconocíamos todos como nuestra patrona. Después de la lección de Petersburgo vino a instalarse definitivamente en nuestra ciudad, pasando el invierno en una casa que en ella tenía y el verano en su finca de las cercanías. Nunca logró tanto ascendiente e influencia en nuestra sociedad como en los últimos siete años, esto es, hasta que fue nombrado el que es ahora nuestro gobernador. El gobernador anterior, el inolvidable y apacible Iván Osipovich, era pariente cercano de ella y de ella había recibido en el pasado dádivas considerables. Su esposa temblaba nada más que de pensar en que no podría complacer en algo a Varvara, y la adoración de la sociedad provinciana llegó al extremo de parecer pecaminosa. Ello, por consiguiente, favoreció también a Stepan. Era socio del club, perdía con dignidad a las cartas, y se hacía merecedor de respeto, a pesar de que muchos lo consideraban sólo «un erudito». Más adelante, cuando Varvara le permitió vivir en otra casa, todos nos sentimos más libres. Nos reuníamos con él un par de veces por semana y lo pasábamos bien, sobre todo cuando no escatimaba el champán. El vino se compraba en la tienda del susodicho Andreyev. La cuenta la saldaba Varvara cada seis meses y el día del saldo era casi siempre día de rabieta.

El más antiguo del grupo era Liputin, empleado de la administración provincial, gran liberal, hombre maduro en años, con fama de ateo en la ciudad. Estaba casado en segundas nupcias con una joven bonita que le había aportado una dote. Tenía además tres hijas crecidas. Educaba a toda la familia en el encierro y el temor de Dios, era sobremanera avariento, y con lo ahorrado del sueldo había comprado una casita y juntado algún capital. Era hombre inquieto, no muy adelantado en su carrera. En la ciudad se lo estimaba poco y no era recibido en la mejor sociedad. Era, por añadidura, un chismoso impenitente, castigado más de una vez, y castigado duramente, en una ocasión por un militar y en otra por un terrateniente, respetable padre de familia. Pero nosotros apreciábamos su agudo ingenio, su curiosidad, su buen humor teñido de malicia. Varvara no lo estimaba, pero él se las arreglaba para darle gusto.

No era de su estima tampoco Shatov, que ingresó en el grupo sólo este último año. Shatov había sido antes estudiante, expulsado de la Universidad a raíz de ciertos

disturbios. De niño fue discípulo de Stepan. Había nacido siervo de Varvara, hijo de su difunto ayuda de cámara Pavel Fiodorov, y la señora le había dispensado su protección. No lo estimaba por su orgullo e ingratitud, no podía perdonarle el que, al ser expulsado de la Universidad, no acudiera inmediatamente a ella; peor aún, no contestó siquiera a la carta que ella le escribió sobre el particular, prefiriendo entrar al servicio de cierto comerciante ilustrado como profesor de sus hijos. Con la familia del comerciante hizo un viaje al extranjero, más como niñero que como profesor, pero ya entonces con vivos deseos de ver mundo. Para atender a los niños había también una institutriz rusa, muchacha lista que había entrado en la casa poco antes de la partida, dispuesta a trabajar por poco salario. Un par de meses después el comerciante la despidió por «librepensadora». Tras ella salió también Shatov y se casaron al poco tiempo en Ginebra. Vivieron juntos unas tres semanas, al cabo de las cuales se separaron como personas libres, sin vínculo entre sí; y también, por supuesto, por falta de medios. Durante algún tiempo anduvo Shatov vagabundeando por Europa, viviendo Dios sabe cómo. Se decía que había trabajado como limpiabotas callejero y como estibador en no sé qué puerto. Por fin, hará cosa de un año recaló por aquí, su nido natal, y fue a vivir con una tía anciana a la que dio sepultura al cabo de un mes. Con su hermana Dasha, criada también por Varvara, considerada por ésta como favorita y tratada como una igual, Shatov sólo tenía relaciones ligeras e infrecuentes. Entre nosotros se mostraba por lo común sombrío y taciturno; pero de tarde en tarde, cuando le tocaban a las ideas, montaba en cólera y revelaba una notable soltura de lengua: «A Shatov hay que atarlo primero y discutir con él después», dijo una vez en broma Stepan, pero a pesar de ello lo estimaba. En el extranjero Shatov cambió radicalmente alguna de sus antiguas ideas socialistas y pasó a tener otras diametralmente opuestas. Era uno de esos rusos idealistas de quienes se apodera de pronto una generosa idea que acaba por esclavizarlos para siempre. Son incapaces de sobreponerse a ella, la abrazan con pasión y pasan el resto de su vida como en las últimas convulsiones bajo un peñasco que se ha desplomado sobre ellos y los tiene medio aplastados. En su aspecto físico, Shatov correspondía exactamente a sus convicciones: era desmañado, velludo, rubio y crespo de pelambre, corto de talla, ancho de hombros, grueso de labios, hirsuto y blancuzco de cejas, fruncido de frente, hosco de mirada, que tenía siempre baja como avergonzado de algo. Un mechón nunca dócil al peine asomaba en punta entre sus cabellos. Tendría veintisiete o veintiocho años. «No me choca que le diera esquinazo su mujer», dijo en cierta ocasión Varvara mirándolo fijamente. Hacía lo posible por vestir con decencia, pese a su pobreza. Una vez más decidió rehuir la ayuda de Varvara y se las arregló como pudo, trabajando para los comerciantes. Una vez se colocó de dependiente en una tienda; otra determinó ir como ayudante de un viajante de comercio en un vapor fluvial, pero cayó enfermo en la víspera de la partida. Era increíble su aguante para la

pobreza; sencillamente había dejado de pensar en ella. Cuando Varvara se enteró de su enfermedad le mandó, en secreto y anónimamente, cien rublos. Él, no obstante, adivinó el secreto, meditó el caso, aceptó el dinero y fue a dar las gracias a su bienhechora. Ésta lo recibió con simpatía, pero él la decepcionó: estuvo sólo cinco minutos, sentado en silencio, con los ojos clavados en el suelo y sonriendo estúpidamente. De improviso, sin escuchar hasta el final lo que ella le decía, y en lo más entretenido de la conversación, se levantó como aturdido, se inclinó un poco torcidamente como si fuera chueco, tropezó en la mesa de trabajo —cubierta de incrustaciones— de la señora, la desbarató con estrépito, y salió más muerto que vivo. Liputin lo colmó más tarde de reproches por no haber devuelto con desprecio los cien rublos, donativo de su antigua y despótica ama, y no sólo por haberlos aceptado, sino por haber ido arrastrándose a dar las gracias. Shatov vivía solo, en un extremo de la ciudad. No le gustaba que ninguno de nosotros fuera a visitarlo. Asistía puntualmente a las reuniones vespertinas en casa de Stepan y le pedía prestados libros y periódicos.

También asistía a esas reuniones un joven de apellido Virginski, funcionario local, que recordaba un poco a Shatov, aunque de aspecto físico completamente diferente en todo respecto. Pero él también era «hombre hogareño». Se trataba de un joven —aunque, en realidad, había cumplido ya treinta años— parco de palabras y digno de lástima, bien educado aunque principalmente autodidacta. Era pobre, estaba casado, trabajaba en la administración pública y mantenía una tía y una cuñada. Su mujer, mejor dicho, las tres señoras, profesaban las ideas más avanzadas, pero todo en ellas resultaba algo burdo, «una idea con la que se tropieza en la calle», como dijo Stepan alguna vez y con otro motivo. Lo sacaban todo de los libros, y al primer rumor que llegaba de cualquier grupo progresista de Petersburgo o Moscú estaban dispuestas a echarlo todo por la ventana si así se lo aconsejaban. Madame Virginskaya trabajaba de comadrona en nuestra ciudad. Antes de casarse había vivido largo tiempo en Petersburgo. El propio Virginski era hombre de insólita pureza de espíritu; raras veces he visto un fervor emocional más acendrado. «Nunca, nunca abandonaré estas luminosas esperanzas», decía siempre con voz apagada, con dulzura, en un semimurmullo que parecía sugerir un secreto. Era bastante alto, pero flaco y estrecho de hombros, y de cabello muy ralo, de matiz rojizo. Recibía con mansedumbre las burlas que, con tono de superioridad, hacía Stepan de algunas de sus opiniones; a veces le objetaba con mucha seriedad y a menudo lo dejaba aturdido. Stepan, que a todos nos trataba con cierta paternidad, lo miraba también con afecto.

—Todos ustedes son «los de medio pelo» —decía en broma a Virginski—, todos los que son como usted, aunque en usted, Virginski, no he notado la estrechez de miras que hallé en Petersburgo *chez ses séminaristes*. No obstante, son ustedes «los del medio pelo». Shatov bien quisiera ser «de pelo entero», pero él también es de «los

de medio pelo».

—¿Y yo? —preguntó Liputin.

—Usted representa sólo el justo medio, que se encuentra a gusto en todas partes…, a su manera.

Liputin se ofendió.

Se contaba de Virginski —y era, por desgracia, digno de crédito— que su esposa, sin haber pasado un año de vivir con él en coyunda legal, le anunció de repente que quedaba cesante y que ella prefería a Lebiadkin. Este Lebiadkin, de paso en nuestra ciudad, resultó después ser un sujeto muy sospechoso. No era siquiera capitán ayudante, como se titulaba. Todo lo que sabía era retorcerse el bigote, emborracharse y decir las sandeces más desagradables que puede uno imaginarse. Con una falta de delicadeza poco común, este hombre se instaló en casa de los Virginski, contento de vivir a costa ajena; comía y dormía allí, y acabó por tratar con altivez al dueño de casa. Se aseguraba que, al declararle su mujer que quedaba cesante, Virginski le contestó: «Querida, hasta ahora sólo te amaba; ahora te respeto», pero, a decir verdad, parece que no fue pronunciada tal frase, propia de un romano clásico; muy por el contrario, se dice que rompió a llorar a lágrima viva. En otra ocasión, unos quince días después de la cesantía, todos ellos, «en familia», fueron, en compañía de unos amigos, a merendar a un bosque de las afueras. Virginski se hallaba en un estado de alegría febril, o algo semejante, y tomó parte en el baile; pero de súbito, sin altercado previo de alguna clase, agarró del pelo con ambas manos al gigante Lebiadkin, que estaba dando zapatetas por su cuenta, lo obligó a agacharse y empezó a arrastrarlo entre patadas, chillidos y lágrimas. El gigante estaba tan acobardado que ni siquiera se defendía y guardó completo silencio mientras lo arrastraban; pero más tarde, después del arrastre, se defendió con todo el fervor que puede esperarse de un hombre pagado de su honra. Virginski estuvo toda la noche de rodillas pidiendo perdón a su mujer, pero su súplica no fue atendida porque se negó a presentar excusas a Lebiadkin.

Fue acusado, además, por su corta imaginación y por su notable estupidez, demostrada en el episodio en que se había puesto de rodillas cierta vez para dar explicaciones a su mujer. El capitán ayudante desapareció en un tris y no volvió a aparecer en nuestra ciudad hasta hace poco, cuando llegó en compañía de una hermana y con nuevos planes; pero de él se hablará más adelante. Nada de extraño tiene que nuestro «hombre hogareño» se desahogara con nosotros y hubiera menester de nuestra compañía. De sus asuntos domésticos, sin embargo, nunca hablaba en nuestra presencia. Sólo en una ocasión, volviendo conmigo de visitar a Stepan, empezó a aludir vagamente a su situación, pero, de pronto, agarrándome del brazo exclamó con ardor:

—Eso no tiene importancia. No es más que un asunto privado que de ninguna,

repito, de ninguna manera afecta a la «causa común».

Al grupo acudían también visitantes casuales: iba el judío Liamshin, iba el capitán Kartuzov. Asistió durante algún tiempo un anciano aficionado a hacer preguntas, pero murió. Liputin trajo a un sacerdote polaco, un tal Sloczewski, que fue recibido por una cuestión de principios pero con quien después de un tiempo dejamos de tratarnos.

9

Hubo una época en la que cundió por la ciudad el rumor de que nuestro grupo era un foco de librepensamiento, depravación y ateísmo; y fue corriendo de boca en boca. Pero, la verdad, lo que reinaba entre nosotros era una palabrería liberal muy ingenua, amable y alegre, a la vez que muy rusa. El «liberalismo de altura» y el «liberal de altura», el liberal sin objeto de ninguna índole, son posibles únicamente en Rusia. Como todo hombre de ingenio, Stepan necesitaba a alguien dispuesto a escucharle y convencerlo de que cumplía con el deber de propagar ideas. Necesitaba además, por supuesto, a alguien con quien beber champán y con quien, entre trago y trago, cambiar las consabidas impresiones halagüeñas sobre Rusia y el «alma rusa», sobre Dios en general y el «Dios ruso» en particular; y repetir por centésima vez esas historietas escandalosas rusas que todos conocen y todos repiten. Tampoco teníamos nada que objetar a los chismes que circulaban por la ciudad, aunque de vez en cuando nos permitiéramos los más severos juicios morales. Discurríamos sobre cuestiones relativas a la humanidad en general; meditábamos gravemente sobre el destino futuro de Europa y del género humano; pronosticábamos dogmáticamente que, después del cesarismo, Francia bajaría rápidamente al nivel de una potencia de segundo orden y estábamos, en efecto, convencidos de que ello podía suceder fácil y apresuradamente. Al Papa, desde tiempo atrás, le habíamos profetizado el papel de simple arzobispo en la unificación de Italia, y estábamos plenamente persuadidos de que ese problema milenario resultaba sólo trivial en nuestro siglo de humanitarismo, industria y ferrocarriles. Pero, como es sabido, el «liberalismo ruso de altura» ve las cosas un poco a la ligera. Stepan hablaba a veces de arte, y muy bien por cierto, aunque de un modo un tanto abstracto. Hacía mención de vez en cuando de los amigos de su mocedad —todos ellos personajes notables de la historia de nuestro progreso—; los recordaba con ternura y veneración, pero también con algo así como envidia.

Si la reunión resulta aburrida, el judío Liamshin (empleado de correos de poca categoría), cumplido pianista, se sentaba a tocar y, entre pieza y pieza, hacía imitaciones del cerdo, de una tormenta, de un parto en el primer grito de recién nacido, etc., etc. Sólo para eso se lo invitaba. Si se había bebido mucho —y ello ocurría, aunque no a menudo— el entusiasmo se adueñaba de nosotros, y hasta llegó a suceder que en una ocasión cantásemos *La Marsellesa* acompañados al piano por Liamshin, aunque no sé si resultó bien. El gran día del 19 de febrero, el de la emancipación de los siervos, lo recibimos con júbilo y mucho antes de su llegada empezamos a brindar por él. De esto hace ya mucho tiempo, cuando aún no había venido Shatovni Virginski, y cuando Stepan vivía en casa de Varvara. Algún tiempo atrás, antes del gran día, Stepan tomó la costumbre de murmurar para sus adentros unos versos tan conocidos como inapropiados, escritos acaso por algún liberal de

vieja cepa:

Van los campesinos con hachas en la mano,
Algo tremebundo sin duda pasará.

O algo así, según parece; no recuerdo exactamente. Varvara lo oyó una vez y exclamó: «¡tonterías, tonterías!», y se largó furiosa. Liputin, que por casualidad estaba presente, dijo con sarcasmo a Stepan:

—Sería una lástima que los antiguos siervos dieran un disgusto a los señores propietarios a la hora del triunfo.

Y se pasó la punta del dedo índice por el cuello.

—*Cher ami* —apuntó Stepan con dignidad—, créame que eso —y repitió el gesto del dedo índice en el cuello— no será de ninguna utilidad a nuestros terratenientes ni, en general, a ninguno de nosotros. Sin cabeza no podremos construir nada, aun teniendo presente que son nuestras cabezas las que por lo común nos impiden comprender las cosas.

Debo señalar que en la ciudad muchos sospechaban que el día de la proclamación ocurriría algo inaudito, por el estilo de lo que vaticinaba Liputin; y eran, dicho sea de paso, los que se consideraban peritos en asuntos del campesinado y del Estado. Por lo visto, también Stepan compartía esa sospecha, hasta el punto de que casi en vísperas del gran día empezó a pedir permiso a Varvara para ir al extranjero; en suma, empezó a intranquilizarse. Pero pasó el gran día, pasó algún tiempo más, y una sonrisa altiva apareció de nuevo en los labios de Stepan. Ante nosotros expuso algunas ideas capitales sobre el carácter del hombre ruso en general y del campesinado ruso en particular.

—Como gente apresurada que somos, hemos obrado con demasiada prisa en lo que respecta a nuestro campesinado —dijo, terminando con este aluvión de grandes ideas—; lo pusimos de moda y, desde hace algunos años, todo un sector literario lo trata como si fuera una piedra preciosa. Hemos coronado de laurel cabezas piojosas. En mil años la aldea rusa no nos ha dado más que la danza de Komarinski. Un conocido poeta ruso, nada falto de ingenio, viendo por vez primera en escena a la famosa Rachel, dijo, exaltado: «¡No cambio a Rachel por un campesino ruso!». Yo estoy dispuesto a ir más lejos. Yo daría y cambiaría a cada uno y todos los campesinos rusos por una sola Rachel. Ya es hora de ver las cosas sobriamente y de no confundir el alquitrán de nuestra tierra con *bouquet de l’impératrice*.

Liputin asintió al instante, pero hizo notar con hipocresía que elogiar a los campesinos había sido un modo de proceder indispensable a la buena marcha del movimiento; que incluso las damas de la alta sociedad habían llorado emocionadas ante la novela de Grigorovich *El desgraciado Antón* y que algunas de ellas habían

escrito a sus administradores desde París recomendando que en adelante trataran a los campesinos con la mayor humanidad posible.

Como a propósito, después de los rumores sobre el caso de Antón Petrov, sucedió que en nuestra provincia, y a sólo quince verstas de Skvoreshniki, hubo un alboroto, y en la agitación del momento fue enviado allá un pelotón de soldados. Esta vez la alarma de Stepan fue tan grande que hasta a nosotros nos asustó. Dijo a gritos en el club que hacían falta más soldados y que debían ser llamados de otro distrito por telégrafo; corrió a ver al gobernador para asegurarle que él no se había metido en nada; pidió que no se le implicara por lo de antaño en el asunto de ahora; y propuso escribir en el acto a quien fuera menester en Petersburgo dando explicaciones. Por fortuna, todo ello pasó y quedó en nada, pero confieso que me maravilló entonces la conducta de Stepan.

Tres años más tarde, como es notorio, se empezó a hablar de nacionalismo y surgió la «opinión pública». Stepan se reía mucho.

—Amigos míos —nos aleccionaba—, nuestro nacionalismo, si efectivamente ha nacido, como ahora aseguran por ahí los periódicos, está todavía en la escuela, en alguna *Peterschule* alemana, con un manual alemán delante, repitiendo su eterna lección alemana; y el maestro alemán lo pone de rodillas cuando le place. Para el maestro alemán no tengo sino alabanzas. Pero es casi seguro que no ha sucedido nada ni ha nacido nada, y que todo sigue como antes, es decir, como Dios quiere. A mi modo de ver, eso es bastante para Rusia, *pour nôtre sainte Russie*. Además, todos esos paneslavismos y nacionalismos…, todo eso es demasiado viejo para ser nuevo. Entre nosotros, el nacionalismo, con permiso de ustedes, no ha existido nunca sino en forma de pasatiempo de club de postín, mejor aún, de club moscovita. No hablo, por supuesto, de los tiempos del príncipe Igor. Bien mirado, todo resulta de la ociosidad. Aquí todo resulta de la ociosidad, lo bueno tanto como lo bello. Todo resulta de nuestra sociedad aristocrática, amable, culta y antojadiza. Vengo repitiéndolo desde hace treinta mil años. No sabemos vivir de nuestro trabajo. ¿Y qué es eso de armar barullo con esa opinión pública que ha «surgido» ahora, así de repente, en un santiamén, como algo llovido del cielo? ¿Es que no se dan cuenta de que para tener opinión se necesita ante todo trabajar, el trabajo propio, la propia iniciativa, la propia experiencia? Nada se obtiene de balde. Trabajemos y tendremos opinión propia. Pero como no trabajaremos nunca, quienes tendrán opinión serán los que hasta ahora vienen trabajando en nuestro lugar, esto es, toda esa Europa, todos esos alemanes, nuestros maestros de doscientos años a esta parte. Encima de todo, Rusia es un problema demasiado confuso para que podamos resolverlo nosotros solos, sin alemanes y sin trabajo. ¡Ya son veinte años los que llevo tocando a rebato y llamando al trabajo! ¡He consagrado mi vida a ese llamamiento y, como loco que soy, tenía fe! Ahora ya no lo tengo, pero sigo tocando a rebato y tocaré hasta el fin, hasta la tumba.

Seguiré tirando de la cuerda hasta que doblen las campanas por mi funeral.

¡Ay! Nos limitábamos a hacer coro. Aplaudíamos a nuestro maestro, ¡y con qué fervor! Bueno, señores, ¿acaso no se oyen ahora, y con frecuencia a veces, esas mismas majaderías, tan «agradables», tan «ingeniosas», tan «liberales» y tan sempiternamente rusas?

Nuestro maestro creía en Dios.

—No entiendo por qué todos me toman aquí por ateo —decía alguna vez—. Creo en Dios, *mais distinguons*, creo en Él como en un ser consciente de sí mismo sólo en mí. Yo no puedo creer a la manera de mi criada Natasya, ni a la de un buen señor que cree «por si las moscas», o como cree el bueno de Shatov…, pero, no, Shatov no entra en la cuenta. Shatov cree *a la fuerza*, como un defensor de la esclavitud de Moscú. En lo tocante al cristianismo, no obstante mi sincero respeto por él, no soy cristiano. Soy más bien un pagano de antaño, como el gran Goethe, o como un griego antiguo. Por otra parte está el hecho de que el cristianismo no ha comprendido a la mujer, cosa que George Sand ha demostrado magistralmente en una de sus novelas geniales. En cuanto al culto, los ayunos y todo lo demás, no entiendo a quién puede importarle lo que hago. A pesar de las maquinaciones de nuestros soplones locales, no aspiro a ser jesuita. En 1847 Belinski mandó a Gogol desde el extranjero aquella famosa carta en la que le reprochaba vivamente creer «en cierta especie de Dios». *Entre nous soit dit*, no puedo imaginar nada más cómico que el momento en que Gogol (¡el Gogol de entonces!) leyó esa frase… y toda la carta. Pero, risas aparte, y puesto que estoy de acuerdo con lo esencial del caso, diré y probaré que esos eran hombres. Sabían amar a su pueblo, sabían sufrir por él, sabían sacrificarlo todo por él, y sabían al mismo tiempo mantener la distancia cuando era menester, sin cortejar sus favores en ciertas materias. ¿Cómo podía Belinski buscar la salvación en el aceite de Cuaresma o en los rábanos con guisantes?

Ahí saltó Shatov.

—Los hombres que menciona jamás amaron al pueblo, ni sufrieron por él, ni le sacrificaron cosa alguna, aunque así lo imaginasen para su propia tranquilidad de ánimo —murmuró sombríamente, bajando los ojos y removiéndose con impaciencia en la silla.

—¿Cómo que no amaban al pueblo? —vociferó Stepan—. ¡Oh, cómo amaban a Rusia!

—¡Ni a Rusia ni al pueblo! —gritó también Shatov con ojos chispeantes—. ¡Es imposible amar lo que no se conoce, y ellos no sabían ni jota del pueblo ruso! Todos ellos, sin exceptuar a usted, hacían la vista gorda en todo lo tocante al pueblo ruso. Y sobre todo Belinski; su misma carta a Gogol lo demuestra. Belinski, como «el curioso» de la fábula de Krylov, no vio al elefante en el museo y se fijó únicamente en los insectos socialistas franceses. De ahí no pasó. Y eso que era tal vez el más

inteligente de todos ustedes. A ustedes no les bastó con dar esquinazo al pueblo; ustedes lo trataron con repugnante desprecio; y sólo porque entendían por pueblo únicamente al francés, mejor dicho, el parisiense, y les daba vergüenza que el pueblo ruso no fuera como él. ¡Eso es así! ¡Y quien no tiene pueblo, no tiene Dios! Que quede claro que aquellos que se alejan de su pueblo también se alejan de la fe paterna y acaban siendo ateos o indiferentes. ¡Digo la verdad! Está demostrado. ¡Es la razón por la cual todos ustedes, y ahora todos nosotros, somos viles ateos o simple canalla depravada y escéptica! ¡Usted también, Stepan! ¡Sepa usted que no lo excluyo y que lo que he dicho lo he dicho por usted!

De ordinario, tras monólogo semejante (y ello acontecía a menudo), Shatov cogía la gorra y se lanzaba a la puerta, plenamente convencido de que todo había concluido y de que había roto para siempre sus relaciones amistosas con Stepan. Pero éste lograba detenerlo a tiempo.

—Pero, Shatov, ¿no vamos a hacer las paces después de esta amable discusión? —proponía alargándole la mano desde el sillón.

El desmañado y tímido Shatov no reaccionaba ante blanduras. Su tosquedad de aspecto ocultaba, al parecer, gran delicadeza de espíritu, y aunque a veces se pasaba de la raya, era el primero en sufrir las consecuencias. Murmurando algo entre dientes en respuesta al ruego de Stepan y arrastrando los pies como un oso, se sonreía levemente, inesperadamente, se quitaba la gorra y volvía a su silla y a clavar de nuevo los ojos en tierra. Debo acotar que en esas veladas aparecía entonces el vino ante el cual siempre Stepan proponía un brindis acorde con las circunstancias, por ejemplo, a la memoria de alguno de los prohombres de antaño.

SEGUNDO CAPÍTULO:
El Príncipe Harry. La casamentera

1

Varvara estaba tan ligada a Stepan como a otra persona en este mundo: su único hijo, Nikolai Vsevolodovich Stavrogin. Fue para éste para quien Stepan fue invitado como profesor. El muchacho tenía entonces ocho años, y el irresponsable de su padre, el general Stavrogin, vivía ya entonces separado de la madre, de modo que el chico se crió enteramente bajo el cuidado de ésta. Hay que ser justo con Stepan: supo ganarse la adhesión de su discípulo. Y el secreto estaba en que él era también un niño. Hasta el momento yo no había hecho mi entrada en escena y él necesitaba en todo momento un amigo de verdad. No dudó entonces en convertirse en amigo en cuanto la criatura hubo crecido un poco. No había diferencia entre ellos. Más de una vez durante la noche despertaba a su amiguito de diez u once años con el solo objeto de desahogar con él sus sentimientos lastimados o revelarle algún secreto doméstico, sin parar mientes en que no debía ser tal cosa. Se abrazaban y lloraban. El muchacho sabía que su madre lo quería mucho, pero él no la quería tanto a ella. Ella hablaba poco con él y raras veces lo estorbaba en lo que hacía, pero lo seguía fijamente con la mirada, lo que producía en el chico una sensación de malestar. Ahora bien, en todo lo concerniente a la educación de éste y a su desarrollo moral la madre lo confiaba plenamente en Stepan, en quien aún creía a pies juntillas. Es inevitable pensar que el pedagogo afectó en alguna medida el sistema nervioso de su discípulo. Cuando al cumplir los dieciséis años lo llevaron al liceo era un chico pálido y endeble, excesivamente callado y abstraído (más adelante se destacó por su extraordinaria fuerza física). Cabe suponer, asimismo, que los amigos lloraban en la noche, abrazados, y no sólo por causa de alguna desavenencia doméstica. Stepan supo pulsar las más recónditas fibras del corazón de su amigo y despertar en él un temprano, y aun indefinido, sentimiento de ese eterno y sagrado anhelo que, una vez gustado y conocido, los espíritus selectos jamás cambiarán por una satisfacción vulgar. (Hay también los que dan a ese anhelo un valor superior al de una satisfacción completa, suponiendo que ésta fuera posible). Pero, en todo caso, fue conveniente que maestro y discípulo acabaran por separarse aunque no lo bastante pronto.

En sus dos primeros años de liceo el joven volvió a casa de vacaciones. Cuando Varvara y Stepan estuvieron en Petersburgo asistió algunas veces a las tertulias literarias de su madre, y en ellas escuchaba y observaba. Hablaba poco y seguía siendo silencioso y reservado. Trataba a Stepan con la cariñosa consideración de antes, pero ahora con un poco de encogimiento: estaba claro que rehuía hablar con él de temas edificantes y de recuerdos del pasado. Después de concluir los estudios, por deseos de la madre, sentó plaza y fue pronto aceptado en uno de los regimientos de guardias montados más prestigiosos. No vino a ver a su madre vestido de uniforme y raras veces escribía desde Petersburgo. Varvara le enviaba dinero sin regatear, a pesar

de que con la emancipación de los siervos las rentas de su hacienda habían mermado hasta el punto de que al principio no percibía ni la mitad de lo de antes. Gracias, sin embargo, a grandes economías había ahorrado un capital de consideración. Le interesaban mucho los triunfos de su hijo en la alta sociedad de Petersburgo: lo que ella nunca pudo conseguir lo había conseguido el joven oficial, rico y con esperanzas de serlo más. Él hizo amistades con las que ella ni siquiera habría podido soñar, y era recibido en todas partes con satisfacción. Pero muy pronto empezó Varvara a oír rumores harto extraños. El joven comenzó de improviso a vivir escandalosamente. No se trataba de jugar o beber demasiado, se hablaba de cierto desenfreno salvaje, de personas atropelladas por los caballos que montaba, de su conducta brutal con una dama de la buena sociedad con quien había estado en relaciones y a quien después había insultado públicamente. Algo repugnante había, sin duda, en este asunto. Como si ello no fuese bastante, se afirmaba que era un matón que insultaba y provocaba a la gente por el mero gusto de insultar. Varvara estaba preocupada y triste. Stepan le decía que ésos eran sólo los primeros arranques impetuosos de una naturaleza demasiado pujante, que la naturaleza se calmaría y que todo ello hacía pensar en la mocedad del príncipe Harry y sus francachelas con Falstaff, Poins y mistress Quickly, según nos las pinta Shakespeare. Esta vez Varvara no exclamó «¡Tonterías, tonterías!», como solía hacer últimamente cuando hablaba con Stepan; al contrario, escuchó atenta, pidió más detalles y ella misma leyó puntualmente en Shakespeare la crónica inmortal. Pero ni la crónica la tranquilizó ni halló mucha semejanza entre los dos casos. Con ansiedad esperaba respuesta a unas cartas suyas, que no se hizo esperar. Pronto llegó la cruel noticia de que el príncipe Harry se había batido en duelo dos veces, en rápida sucesión, que en ambas había sido el culpable, que había dado muerte en el acto a uno de sus adversarios y mutilado al otro, y que a resultas de tales fechorías había sido procesado. El proceso concluyó con su degradación a soldado raso, pérdida de derechos civiles y traslado, en calidad de destierro, a un regimiento de infantería de línea. Y aun eso fue muestra especial de clemencia.

En 1863 tuvo ocasión de distinguirse: se le concedió una cruz y fue ascendido a suboficial, y poco después a oficial. Durante ese tiempo Varvara escribió hasta un centenar de cartas a Petersburgo con ruegos y súplicas. En tan insólita situación no le importaba humillarse un tanto. Después del ascenso, el joven pidió inopinadamente el retiro, pero tampoco esta vez regresó a Skvoreshniki y cesó por completo de escribir a su madre. Por vía indirecta se supo que estaba de nuevo en Petersburgo, pero que ya no se lo veía en la sociedad de antes. Parecía como si viviera oculto. Se averiguó que andaba en extraña compañía, relacionado con la gente maleante de la capital, con empleados andrajosos, con militares retirados que vivían de limosna, con borrachos; que visitaba a sus miserables familias, que pasaba días y noches en oscuros tugurios y en sabe Dios qué madrigueras; que se rebajaba y envilecía y que, por lo visto, se

complacía en ello. No pedía dinero a su madre; tenía su hacienda propia, una pequeña finca que había pertenecido al general Stavrogin, arrendada, según se decía, a un alemán de Sajonia y que le producía una exigua renta. Finalmente la madre le suplicó que volviera a casa, y el príncipe Harry se presentó en nuestra ciudad. Aquí tuve ocasión de verlo por primera vez, pues hasta entonces no le había echado la vista encima.

Era un joven de veinticinco años, de muy buen parecer, y confieso que me impresionó. Yo esperaba encontrar un tipo repulsivo, minado por el libertinaje y estropeado por la bebida. Muy al contrario, era el gentleman más atildado que he conocido en mi vida, vestido con gusto exquisito y con un porte como sólo cabe esperar en un caballero habituado a la respetabilidad más escrupulosa. No fui yo el único sorprendido; quedó sorprendida también toda la ciudad, a la que, por supuesto, le era conocida la biografía del señor Stavrogin, y aun con tales pormenores que uno se preguntaba de dónde podían proceder. Lo extraño era que la mitad de ellos parecían ser verdad. Todas nuestras damas perdieron la chaveta con la llegada del nuevo residente. Dividiéronse netamente en dos facciones: una lo adoraba y otra lo odiaba mortalmente; pero en cuanto a la chaveta las dos la habían perdido por igual. A unas les subyugaba sobre todo la creencia de que en el alma del recién llegado se escondía algún secreto fatal; otras se estremecían al pensar que era un asesino. Parecía, asimismo, que estaba muy bien educado y que poseía conocimientos nada comunes. La verdad es que no hacían falta muchos conocimientos para que nosotros nos maravillásemos, pero el caso es que podía opinar sobre temas interesantes de actualidad y con notable perspicacia. Subrayaré como particularidad curiosa que casi desde el primer día todos lo consideramos como hombre extraordinariamente juicioso. Hablaba poco, era elegante sin afectación, sobremanera modesto, pero al mismo tiempo osado y seguro de sí mismo, más, en realidad, que ninguno de nosotros. Nuestros pisaverdes le miraban con envidia y quedaban turulatos en su presencia. Me impresionó también su semblante: tenía el cabello algo más negro de lo conveniente, los ojos algo más claros y serenos de lo que cabría desear, la piel algo más tierna y blanca y su tinte algo más limpio y radiante de lo adecuado, los dientes como perlas, los labios como el coral. Se diría que era el modelo del hombre hermoso, pero al mismo tiempo con algo casi repulsivo. Se decía que su rostro hacía pensar en una máscara, y entre las muchas cosas que se comentaban de él se señalaba su insólita fuerza física. Era más bien alto de talla. Varvara lo miraba con orgullo, aunque siempre con zozobra. Pasó entre nosotros unos seis meses, haciendo vida tranquila, distraída y un poco sombría. Frecuentaba la sociedad y se adaptaba a nuestra etiqueta provinciana con atención esmerada. Por línea paterna estaba relacionado con el gobernador, en cuya casa era recibido como pariente cercano. Pero al cabo de unos meses la fiera mostró de pronto sus garras.

A propósito, diré ente paréntesis que el manso y amable Iván Osipovich, nuestro gobernador anterior, tenía algo de comadre, aunque de buena familia y bien relacionado, lo que explica que estuviera tantos años entre nosotros sacudiéndose de encima toda clase de asuntos oficiales. Por su largueza y hospitalidad merecía haber sido decano de la nobleza en el buen tiempo viejo y no gobernador en una época tan agitada como la nuestra. En la ciudad se insistía en que no era él, sino Varvara, quien tenía las riendas del gobierno, comentario sarcástico que era, no obstante, mentira palpable. ¡Y cuántos chistes se contarían en la ciudad sobre ese tema! Muy al contrario, en estos últimos años Varvara se había alejado adrede de toda función pública, a pesar del respeto excepcional que le rendía toda la sociedad, y se había recluido voluntariamente dentro de los límites que ella misma se había fijado. En lugar de ocuparse en la administración pública empezó a dedicarse a la administración de su hacienda, y en dos o tres años levantó los ingresos de sus propiedades casi al nivel de antes. En lugar de los entusiasmos poéticos anteriores (viaje a Petersburgo, propósito de fundar una revista, etc.), comenzó a ahorrar y suprimir gastos superfluos. Alejó de sí hasta al mismo Stepan, permitiéndole alquilar un piso en otra casa (cosa que desde tiempo atrás él mismo venía solicitando con varios pretextos). Con frecuencia creciente Stepan la llamaba mujer prosaica, o, más festivamente, «mi prosaica amiga». Huelga decir que se permitía esas cuchufletas sólo con la mayor deferencia y escogiendo cuidadosamente el momento oportuno. Todos nosotros, los amigos más cercanos de Varvara, comprendíamos —Stepan más agudamente que nadie— que el hijo venía ahora a ser para ella algo así como una nueva esperanza, como un nuevo ensueño. La pasión por el hijo empezó en la época en que éste triunfaba en la sociedad de Petersburgo, y subió de punto cuando se recibió la noticia de su degradación a soldado raso. No obstante se veía que le tenía miedo y que se comportaba ante él como una esclava. Pero cualquiera podía advertir que había algo escondido, muy en el fondo, tal vez algo que ni ella habría podido definir. Pero de pronto sacó las garras.

2

Sin aparente necesidad, nuestro príncipe hizo dos o tres afrentas intolerables a otras tantas personas. Lo notable era que tales afrentas resultaban totalmente fuera de todo lo que se pudiese prever. Estaban fuera por completo de las pautas usuales incluso en lo que a iniquidad respecta, afrentas repugnantes y pueriles en sumo grado, y sabe dios con qué propósito, pues carecían en absoluto de motivo. Uno de los directivos más respetados de nuestro club, Piotr Pavlovich Gaganov, hombre de edad avanzada y muy digno de estima, había tomado la inocente muletilla que consistía en decir a cada palabra con apasionamiento: «¡No señor, a mí no se me lleva de la nariz!». Una tontería. Pero ocurrió que estando en el club en ocasión de algún comentario el señor empleó este aforismo ante un grupo de socios (todos ellos hombres de pro) reunidos en torno de él. Nikolai, que estaba solo y algo apartado y de quien nadie se ocupaba, se acercó de pronto a Piotr y, vigorosa e inesperadamente, le pellizcó la nariz con dos dedos y le hizo dar dos o tres pasos tras él por el salón. No estaba movido por ningún odio ni rencor hacia el señor Gaganov. Cabía pensar que era sencillamente una chiquillada, imperdonable por supuesto. Más tarde se contaba, sin embargo, que en el momento mismo del incidente Nikolai se mostraba raro, con una actitud extraña, «como si hubiera perdido el juicio»; pero la gente no se acordó de esto o lo tomó en cuenta mucho después. En la indignación inicial recordaban sólo el momento siguiente, cuando él seguramente se hizo cargo de lo hecho y no solo abochornó, sino que sonrió con malicia y regocijo, «sin ninguna muestra de arrepentimiento». Fue un tremendo escándalo. Todos los presentes lo rodearon, Nikolai giró sobre los talones y miró a su alrededor sin contestar a nadie, pero ojeando con curiosidad a los que gritaban. Por fin, como si volviese en sí —así, al menos, lo contaban—, frunció las cejas, se acercó con paso firme al injuriado Piotr, y con voz rápida y enojo ostensible dijo entre dientes:

—Usted me perdonará, por supuesto… francamente no sé por qué de pronto me entraron ganas de… una necedad…

La tibieza de la excusa equivalía a un nuevo insulto. La gritería arreció aún más. Nikolai se encogió de hombros y salió del club.

Todo esto fue extremadamente estúpido además de repugnante, de una repugnancia estudiada, calculada, como pareció desde el primer momento. Por consiguiente, fue una ofensa premeditada y sumamente provocativa a toda nuestra sociedad. Así lo entendió todo el mundo. Se procedió en primer lugar a la exclusión inmediata y unánime del señor Stavrogin de la nómina de socios del club; se acordó en segundo lugar apelar al gobernador en nombre de todo el club para que inmediatamente (sin esperar a que el asunto pasara formalmente a los tribunales), usando de la autoridad administrativa que le estaba encomendada, parase los pies al

nocivo salvaje, al «matón cortesano», y protegiese así la tranquilidad de las personas decentes de nuestra sociedad contra infames agresiones. Con malicioso candor se agregaba que «tal vez pudiera encontrarse alguna ley incluso para el señor Stavrogin», frase dirigida con cálculo contra el gobernador a fin de hostigarlo por su amistad con Varvara. Se explayaron a sus anchas. Daba la casualidad de que, como adrede, no estaba entonces en la ciudad; había ido a un lugar cercano para apadrinar el bautismo del niño de una bonita viuda que había quedado embarazada al morir su marido; pero se sabía que regresaría pronto. Durante la espera hicieron objeto al respetable y ofendido Piotr de una gran ovación. Toda la ciudad se acercó a verlo. Proyectaron incluso una comida por suscripción en su honor, proyecto que fue abandonado a petición reiterada del interesado. Tal vez los organizadores comprendieron que, al fin y al cabo, al buen señor le habían tirado de la nariz y que, por consiguiente, no había nada que celebrar.

Pero ¿cómo sucedió tal cosa? ¿Cómo pudo ocurrir? Lo curioso del caso era que ninguno de nosotros, en la ciudad entera, achacaba este brutal comportamiento a un acceso de locura; ello hace pensar que tendíamos a esperar conducta semejante de Nikolai hasta en su sano juicio. Yo, por mi parte, no sé hasta la fecha cómo explicarlo, aun tomando en consideración el incidente que ocurrió poco después, que acabó por explicarlo todo y que, por lo visto, devolvió la calma a todo el mudo. Añadiré que cuatro años después, en respuesta a una discreta pregunta mía sobre ese incidente del club, Nikolai dijo: «Sí, no estaba yo entonces muy bien de salud». Pero no hay por qué adelantar las cosas.

Me pareció curiosa la explosión de aborrecimiento general de que todos hicieron entonces objeto al «salvaje y matón cortesano». Querían ver, sin duda, el propósito estudiado y la intención preconcebida de ofender de un golpe a la sociedad entera. Indudablemente, el joven no agradaba a nadie, antes bien, se hacía odiar por todos, pero ¿cómo se las arreglaba para ello? Hasta que se produjo ese incidente no había reñido nunca con nadie ni a nadie había ofendido; al contrario, se había mostrado cortés como un figurín de revista de modas, si un figurín pudiese hablar. Supongo que lo detestaban por su orgullo. Nuestras damas mismas, que habían comenzado por adorarlo, lo denigraban mucho más que los hombres.

Varvara estaba con el alma en la garganta. Más adelante confesó a Stepan que ella de algún modo sabía que algo de esto iba a ocurrir en algún momento —confesión notable en boca de una madre—. «¡Ya llegó el día!», pensó con un escalofrío. A la mañana siguiente de la tremenda escena en el club decidió pedir, discreta pero resolutamente, una explicación a su hijo, pero la pobre estaba destruida a pesar de su determinación. No pudo dormir en toda la noche. A primera hora de la mañana fue a pedir consejo a Stepan, pero al llegar no pudo contener el llanto, cosa que nunca había hecho en presencia de nadie. Deseaba que Nikolai le dijera algo al menos, que

se dignara a dar una explicación. Siempre muy cortés y respetuoso con su madre, Nikolai la escuchó un rato con la frente fruncida, pero seriamente; de pronto se levantó sin decir palabra, le besó la mano y se fue. Y ese mismo día, ya entrada la noche, produjo un segundo escándalo, no tan rimbombante como el primero, pero que dado el estado de ánimo general no pudo menos de aumentar el enojo ciudadano.

Fue por entonces cuando hizo su ingreso nuestro amigo Liputin. Se presentó a Nikolai inmediatamente después de la entrevista de éste con su madre y le rogó con empeño que lo honrara con su presencia ese mismo día en la recepción que ofrecía para celebrar el cumpleaños de su esposa. Hacía tiempo que Varvara había notado y había aborrecido las malas compañías de Nikolai. Pero no se había animado a decirle nada. Aun sin Liputin, contaba ya con algunos conocidos en ese tercer estamento de nuestra sociedad y en otros más bajos aún, pero tal era su inclinación. Hasta entonces no había estado aún en casa de Liputin, aunque ya se conocían. Barruntaba que Liputin lo invitaba a conciencia del escándalo del día anterior en el club y que, como liberal local, se alegraba del alboroto, pensando que así había que proceder con los directivos del club y que todo ello había estado muy bien. Nikolai se rió y prometió asistir.

Fueron muchos invitados, gente de medio pelo pero no del todo reprobable. Fatuo y envidioso, Liputin no invitaba más que un par de veces al año, pero en ambas echaba la casa por la ventana. El invitado de más campanillas, Stepan, no pudo asistir por estar enfermo. Sirvieron té, gran variedad de fiambres y bebidas alcohólicas. Se jugaba a las cartas en tres mesas, y la gente joven, en espera de la cena, organizó un baile a los acordes de un piano. Nikolai sacó a bailar a madame Liputina —joven muy bonita y muy tímida ante su pareja—, dio un par de vueltas con ella, se sentó a su lado, le dio conversación y le sacó unas cuantas sonrisas. Al advertir la belleza que le daba a su rostro la alegría la tomó de la cintura y delante del resto, la besó en los labios tres veces con el mayor deleite. La pobre mujer, asustada, se desmayó. Nikolai tomó el sombrero, se acercó al marido, que estaba atónito en medio de la confusión general, murmuró en voz baja «¡No se enfade!» y se fue. Liputin corrió tras él hasta el vestíbulo, lo ayudó a ponerse el gabán y lo acompañó hasta la escalera haciendo reverencia. Pero al día siguiente hubo una continuación bastante festiva de este suceso —en realidad inocente, relativamente hablando—, continuación que desde entonces dio cierto prestigio a Liputin, del que supo sacar muy buen partido.

Serían las diez de la mañana cuando se presentó en casa de Varvara una sirvienta de Liputin, Agafya, mujer de treinta años, desenvuelta, jovial y colorada de mejillas, enviada por su amo con un recado para Nikolai, que deseaba dar «al señor mismo». Éste salió a verla a pesar de tener un fuerte dolor de cabeza. Por casualidad, Varvara estuvo presente cuando se daba el recado:

—Sergei Vasilich —(esto es Liputin) anunció Agafya con desenfado— me ha

dicho que después de saludarle en su nombre le pregunte por su salud: que cómo durmió usted y como se siente después de lo de anoche.

Nikolai soltó una carcajada.

—Lleva un saludo mío a tu amo y dale las gracias, Agafya. Y dile que es el hombre más juicioso de la ciudad.

—Sí, a eso ya me dio la orden —acotó Agafya con total desparpajo— que conteste que ya lo sabe sin que usted se lo diga, y que quisiera poder decir lo mismo de usted.

—¡Bueno! ¿Y cómo sabría lo que yo te iba a decir?

—Eso no lo puedo saber, lo que sé es que estaba yo saliendo y estaba ya en la calle cuando advierto que me sigue, se acerca jadeante sin su gorra, y me dice: «mira, Agafya, si por casualidad te dice que me digas que soy el más juicioso de la ciudad, tú le contestas, ¡no lo olvides!, que yo ya lo sé muy bien y que quisiera poder decir lo mismo de él».

3

Se le dio además todo un discurso al gobernador. Cuando nuestro amable y blando Iván Osipovich regresó por fin se encontró con las quejas de los socios del club. Era menester, sin duda, hacer algo, pero el hombre estaba confuso. Nuestro hospitalario anciano parecía, como los demás, temer a su joven pariente. Aun así decidió obligar al joven a que presentara una disculpa pública en el club a la víctima de la ofensa. Una disculpa que también debería darse por escrito. Determinó también que se le persuadiría con buen modo de que abandonara la ciudad y marchara, por ejemplo, a Italia en viaje de estudios o a cualquier otro sitio del extranjero. En la sala adonde salió a recibir en esta ocasión a Nikolai (que otras veces, por derecho de parentesco, circulaba libremente por toda la casa), un funcionario, Aliosha Teliatnikov, caballero educado y buen amigo de la familia del gobernador, estaba abriendo paquetes postales en una mesa que había en un rincón; y en la habitación contigua, sentado junto a la ventana más próxima a la puerta de la sala, se hallaba un visitante, un coronel grueso y de aspecto saludable, amigo y antiguo compañero de servicio de Iván Osipovich, que estaba leyendo *La Voz* sin prestar atención, por supuesto, a lo que ocurría en la sala; a decir verdad, estaba de espaldas a la puerta. Iván empezó a hablar con rodeos, en voz muy baja, pero de manera algo confusa. Nikolai parecía ofuscado, pálido, con la cabeza gacha, y escuchaba con la frente arrugada como sobreponiéndose a un fuerte dolor.

—Nikolai, has demostrado tener un noble corazón —dijo, en su largo discurso el buen viejo—; regresas con una excelente educación, te has relacionado con lo mejor de la sociedad, y aun aquí mismo tu conducta hasta ahora ha sido ejemplar, con lo que has tranquilizado a tu madre, tan querida de todos nosotros… ¡Y he aquí que ahora, una vez más, las cosas vuelven a empeorar aquí entre los tuyos! Te hablo como amigo de tu casa, como alguien que te quiere, como alguien mayor que tú y pariente tuyo con quien no cabe enfadarse por lo que te dice… Dime, ¿qué es lo que te hace cometer actos tan insensatos, tan fuera de las normas y convenciones aceptadas? ¿Qué significan tales arrebatos, que parecen productos de delirio?

Nikolai escuchaba evidentemente nervioso hasta que de modo imprevisto se dibujó en su semblante una expresión maligna y burlona:

—Más vale que le diga lo que los causa —dijo sombríamente y, mirando en torno, se inclinó al oído de Iván. Aliosha Teliatnikov, como persona bien educada, dio tres pasos hacia la ventana y el coronel tosió, oculto tras su periódico. El desventurado Iván acercó rápida y confiadamente el oído como hombre extremadamente curioso que era. En ese instante ocurrió algo verdaderamente inconcebible, aunque en otro sentido harto fácil de prever. El anciano pudo advertir enseguida que Nikolai no se le había acercado para decirle ningún secreto sino para

pegarle un fuerte mordisco en la oreja.

—¡Nikolai! ¿Qué broma es ésta? —gimió maquinalmente con voz que no parecía la suya, deformada por el dolor.

Aliosha y el coronel aún no habían tenido tiempo de enterarse de lo que pasaba porque no lo veían, y creyeron hasta el fin que el gobernador y su pariente cambiaban impresiones en voz baja. Sin embargo, el rostro desesperado del anciano los alarmó. Se miraron fijamente sin saber si correr en su auxilio, como parecía indicado, o esperar un poco más. Nikolai, notándolo tal vez, apretó aún más los dientes.

—¡Nikolai, Nikolai! —gimió la víctima otra vez—. ¡Basta ya de bromas…!

Un momento más y el pobre hombre sin duda habría muerto de espanto; pero el monstruo se ablandó y soltó la oreja. Ese espanto mortal duró un minuto entero y fue seguido de una especie de síncope que sufrió el anciano. Media hora después Nikolai fue detenido y conducido de momento al cuerpo de guardia, donde quedó encerrado en una celda especial con un centinela especial a la puerta. Fue una decisión severa, pero a nuestro benévolo jefe le entró una furia tal que determinó cargar con la responsabilidad incluso frente a la mismísima Varvara. Ante el asombro general, a esta señora, que fue inmediatamente a ver al gobernador para pedir explicaciones, le fue negada la entrada en la residencia y, sin apearse del carruaje, tuvo que volver a su casa sin poder creer lo que veían sus ojos.

¡Ahora sí se comprende todo! A las dos de la madrugada el detenido, que hasta entonces había estado notablemente tranquilo y hasta había logrado dormirse, armó de pronto un estrépito infernal, golpeó la puerta con todas sus fuerzas, arrancó con fuerza sobrehumana la rejilla metálica del tragaluz, rompió el cristal y se cortó ambas manos. Cuando el oficial de guardia llegó corriendo con las llaves acompañado de un piquete de soldados y mandó abrir la celda para que cayeran sobre el lunático y lo ataran, éste parecía víctima de una fiebre cerebral. Lo llevaron a casa de su madre. Todo quedó aclarado de una vez. Nuestros tres médicos estuvieron unánimemente de acuerdo en que durante los tres días precedentes el enfermo podía haber estado ya delirante y que, sin perder el conocimiento, podía haber perdido el juicio y la voluntad, cosa que, por otra parte, confirmaban los hechos. Así, pues, resultó a la postre lo que Liputin había adivinado antes que nadie. Iván Osipovich, hombre delicado y sensible, quedó avergonzado, aunque, cosa rara, también él, por lo visto, juzgaba a Nikolai capaz de una acción vesánica aún en su sano juicio. Los socios del club se pusieron colorados a la vez que se preguntaban cómo no habían advertido algo tan evidente y no habían dado con la única explicación posible de tan extraños acontecimientos. Ni que decir tiene que no faltaron los escépticos, pero éstos no tardaron en cambiar de opinión.

Nikolai permaneció en cama algo más de dos meses hasta que trajeron desde Moscú a un importante especialista. Toda la ciudad visitó a Varvara y ella perdonó a

cada uno. Cuando en la primavera Nikolai quedó restablecido por completo y aceptó sin chistar la propuesta de su madre de ir a Italia, ella le pidió además que nos hiciera visitas de despedida a todos y ofreciera sus disculpas donde fuera posible y necesario. Nikolai accedió con sumo gusto. En el club se supo que había tenido una delicadísima entrevista con Piotr en la casa de éste y que el buen señor había quedado plenamente satisfecho. En sus visitas, Nikolai estuvo muy serio y aun algo sombrío. Según parece, todos lo recibieron con mucha simpatía, pero no sin cierto encogimiento, y parecían contentos de que se fuera a Italia. Iván hasta derramó alguna lágrima, pero no pareció inclinado a abrazarlo en los últimos momentos de la despedida. Verdad es que algunos seguíamos convencidos de que el truhán se reía bonitamente de todo el mundo y de que la enfermedad no había tenido nada que ver con el asunto. También fue a ver a Liputin.

—Dígame —le preguntó—, ¿cómo pudo usted prever lo que yo iba a decir de su buen juicio e indicarle a Agafya lo que tenía que responder?

—Porque como, en efecto, le tengo a usted por hombre juicioso —respondió Liputin riendo—, pude anticipar su respuesta.

—De todos modos, es una coincidencia extraña. Pero, por favor, ¿quiere eso decir que cuando mandó usted a Agafya me consideraba usted cuerdo y no loco?

—Como muy cuerdo y racional, sólo que hice como si creyera que no estaba usted en su sano juicio… Usted mismo adivinó en seguida mis pensamientos de entonces y por conducto de Agafya me envió prueba de mi agudeza de ingenio.

—Pues en eso se equivoca usted un tanto, porque estuve definitivamente… enfermo… —murmuró Nikolai frunciendo las cejas—. ¡Santo Dios! Pero ¿qué objeto tendría eso?

Liputin se desconcertó un poco y no supo qué contestar. Nikolai palideció ligeramente o así lo creyó Liputin.

—En todo esto, tiene usted una manera de pensar muy divertida —continuó Nikolai—. En cuanto a Agafya, lo que yo pienso es que usted la mandó para que me rete.

—¿Y no para un duelo?

—¡Claro que no! Me han dicho que a usted no le gustan los duelos…

—¿Para qué traducir del francés? —Liputin se desconcertó una vez más.

—¿Usted prefiere las costumbres del país?

Liputin parecía aún más desconcertado.

—¡Bueno, bueno! ¿Qué ven mis ojos? —preguntó Nikolai al notar de pronto en el sitio más visible de la mesa un ejemplar de *Considérant*—. ¿Es usted por casualidad fourierista? No me chocaría. ¿No es ésta una traducción del francés? —dijo riendo y golpeando el libro con los dedos.

—No, esto no es una traducción del francés —replicó Liputin algo enfurruñado

—. Esto es una traducción de la lengua humana universal y no solamente de la francesa. ¡De la lengua de la república y armonía humanas y universales! ¡Es traducción de eso y no sólo del francés!

—Bueno, hombre. ¡Pero si esa lengua no existe! —dijo Nikolai sin dejar de reír.

Hay veces que hasta el detalle más nimio se lleva la atención del resto. Falta contar lo más importante acerca de Nikolai; pero guiado por la curiosidad subrayaré ahora que de todas las impresiones que recibió durante el tiempo que pasó en nuestra ciudad, la más indeleble fue la que le produjo la esmirriada y casi abyecta figura de este empleaducho del Estado, marido celoso y tosco, déspota de familia, avaro y prestamista, que encerraba bajo llave restos de comida y cabos de vela, y que era, no obstante, secuaz ferviente de sabe Dios qué venidera «armonía social», hombre que pasaba las noches extasiado ante imágenes fantásticas de un futuro falansterio, en cuya inminente implantación en Rusia y en nuestra provincia creía como en su propia existencia. Y todo eso allí, donde había ahorrado lo suficiente para hacerse una mísera casucha, donde se había casado por segunda vez y tomado, junto con su mujer, unos centenares de rublos de dote, y donde tal vez en cien verstas a la redonda no había un solo hombre, empezando por él mismo, remotamente semejante al futuro miembro de la «república y armonía sociales y universales».

«Sabe Dios de dónde salen estos hombres», pensaba perplejo Nikolai, recordando a veces al insólito fourierista.

4

Transcurrieron más de tres años durante los cuales nuestro príncipe estuvo viajando y en su tierra casi se olvidaron de él. Nos enteramos por Stepan de que recorrió toda Europa, que estuvo incluso en Egipto y llegó hasta Jerusalén; a su vez participó en una expedición científica a Islandia y llegó a pasar una temporada allí. Se dijo también que un invierno estuvo asistiendo a clases en una universidad alemana. Escribía poco a su madre: una vez cada seis meses o menos aún, pero Varvara ni se enfadaba ni se ofendía. Aceptaba sin una queja y con humildad las relaciones que había establecido con su hijo de una vez para siempre, echaba de menos a su Nikolai y soñaba con él de continuo. No comunicaba a nadie sus sueños ni sus quejas. Llegó hasta apartar un poco de sí a Stepan. Rumiaba algunos planes, se volvió al parecer más tacaña que antes, empezó a ahorrar con más ahínco y a enojarse cada día más con las pérdidas de Stepan en el juego.

Por último, en abril del año en curso recibió una carta desde París de una amiga de la infancia, Praskovya Ivanovna Drozdova, viuda de un general. En su carta, Praskovya —a quien Varvara no había visto y con quien no se había carteado en los últimos ocho años— le decía que Nikolai había entablado estrecha amistad con su familia y en particular con Liza (su hija única) y pensaba acompañarlas en el verano a Suiza, a Verney-Montreux, a pesar de que en la familia del conde K… (persona muy influyente en Petersburgo), que a la sazón se hallaban en París, se le recibía como si fuera hijo propio, hasta el punto de que casi vivía con el conde. La carta era breve y descubría claramente su propósito, aunque salvo los datos mencionados, no contenía conclusiones de ninguna especie. Varvara no lo pensó mucho; al momento tomó una determinación, hizo sus preparativos y, acompañada de su protegida Dasha (hermana de Shatov), fue a París a mediados de abril y luego a Suiza. Volvió sola en junio, dejando a Dasha con la familia Drozdov; ésta, según la noticia que trajo, prometía venir a nuestra ciudad a fines de agosto.

Los Drozdov tenían también propiedades en nuestra provincia, pero al general Iván Ivanovich (antiguo amigo de Varvara y compañero de armas de su marido) el servicio activo le impedía de continuo visitar su excelente finca. A la muerte del general, ocurrida el año pasado, la inconsolable Praskovya marchó con su hija al extranjero, con la mira, entre otras, de hacer una cura en Verney-Montreux durante la segunda mitad del verano. Al regresar pensaba instalarse definitivamente en nuestra provincia. En nuestra ciudad tenían una casa grande y vacía desde hacía muchos años. Era una familia de gente rica. Praskovya (Rushina, por el apellido del primer marido) era, como Varvara, compañera suya de pensionado, hija de un contratista y había aportado a su matrimonio una rica dote. Tushin, capitán de caballería en la reserva, era a su vez hombre adinerado y no sin algún talento. A su muerte dejó a

Lizaveta, su hija única de siete años, un bonito capital. Ahora, cuando Liza contaba cerca de veintidós años, se le podían suponer, sin grave error, doscientos mil rublos de su propio peculio, sin contar lo que le correspondería a la muerte de su madre, que no había tenido hijos de su segundo matrimonio. Varvara quedó, al parecer, muy contenta de su viaje. Creía haber llegado a un entendimiento con Praskovya y a su regreso se apresuró a contárselo todo a Stepan; más aún, estuvo con él muy expansiva, algo que no sucedía desde hacía largo tiempo.

—¡Hurra! —exclamó Stepan aplaudiendo.

Estaba muy contento, sobre todo porque durante la ausencia de su amiga se había sentido muy triste. Ella se había ido del país sin despedirse como Dios manda, ni había confiado a «esa comadre» ninguno de sus movimientos por temor a que los echara a correr. Pero estando todavía en Suiza sintió en su corazón que a su regreso tendría que recompensar al amigo desatendido, dado que desde tiempo atrás venía tratándolo con rigor. La repentina y secreta separación afectó y desgarró al asustadizo corazón de Stepan y, como si ello no bastara, descargaron sobre él otras dificultades. Lo atormentaba una deuda muy considerable contraída hacía tiempo, deuda que no podría saldar sin la ayuda de Varvara. Por añadidura, en mayo de ese año llegó a su término el gobierno de nuestro blando y amable Iván; fue relevado y aun con ciertos pormenores desagradables. Seguidamente, en ausencia de Varvara llegó nuestro nuevo gobernador, Andrei Antonovich von Lembke, y al punto se produjo un cambio perceptible en las relaciones de casi toda nuestra sociedad provinciana con Varvara y, por lo tanto, con Stepan. Por lo menos, éste tuvo ocasión de hacer algunas observaciones desagradables aunque valiosas y, por lo visto, se sintió intimidado por la presencia de Varvara. Sospechaba con alarma que ya lo habían denunciado ante el nuevo gobernador como sujeto peligroso. Se enteró positivamente de que algunas de nuestras damas habían acordado dejar de visitar a Varvara. De la futura gobernadora (que no llegaría hasta el otoño) se decía que, aunque orgullosa, según lenguas, era una aristócrata genuina y no «una de tantas, como la pobre Varvara». De buena fuente se sabía, y con todo detalle, que la nueva gobernadora y Varvara ya se habían conocido en sociedad y se habían separado de tan mal talante que bastaba sólo aludir a madame Von Lembke para dar un sofoco a Varvara. El aire vigoroso y triunfante de ésta, la indiferencia desdeñosa con la que se enteraba de la opinión de nuestras damas y la conmoción de la sociedad, resucitaron el desfallecido espíritu de Stepan, que cambió de humor repentinamente. Con su peculiar gracejo, mitad gozoso, mitad servil, empezó a pintar con varios colores la llegada del nuevo gobernador.

—Usted conoce, sin duda, *excellente amie* —dijo coqueteando y arrastrando con afectación las palabras—, lo que significa en términos generales un administrador ruso y, en particular, un administrador ruso de nueva hornada, es decir, recién cocido, recién puesto a punto… *ces interminables mots russes…!* Pero a duras penas podría

usted saber lo que es en la práctica el entusiasmo administrativo, lo que eso significa exactamente.

—¿El entusiasmo administrativo? No sé lo que es eso.

—Es decir… *Vous savez, chez nous… En un mot*, ponga usted a una perfecta nulidad a vender unos miserables billetes de ferrocarril y esa nulidad se cree al momento Júpiter y se porta con usted como si de veras lo fuese cuando va usted a comprar un billete, *pour vous montrer son pouvoir*. «¡Espera y verás quién manda aquí…!». Y esto es lo que les produce entusiasmo administrativo… *En un mot*, acabo de leer que el sacristán de una de nuestras iglesias en el extranjero —*mais c'est très curieux!*— expulsó, así como suena…, expulsó de la iglesia a una distinguida familia inglesa, *les dames charmantes*, antes de comenzar los oficios de Cuaresma —*vous savez, ces chants et le livre de Job*… con el solo pretexto de que «el ir y venir de los extranjeros por las iglesias rusas causa desorden, y que debían volver a las horas indicadas…», lo que casi les hizo desmayarse… Ese sacristán padecía un ataque de entusiasmo administrativo *et il a montré son pouvoit*:…

—Un poco más rápido por favor, Stepan.

—El señor Von Lembke viaja ahora por la provincia. *En un mot*, este Andrei, aunque ruso-alemán y hasta de religión ortodoxa (eso se lo reconozco), y aunque hombre muy apuesto que anda por la cuarentena…

—¿Quién le dijo que es apuesto? Tiene ojos de carnero.

—Me someto al parecer de nuestras damas…

—Basta, Stepan, se lo ruego. A propósito, ¿hace mucho que lleva usted corbatas rojas?

—Pues… sólo hoy…

—¿Está haciendo su caminata diaria? ¿Recorre las seis verstas diarias que le ha recomendado el médico?

—No, no siempre…

—¡Lo sabía! —exclamó irritada—. ¡Sepa que a partir de ahora tendrá que recorrer no seis, sino diez verstas! ¡Está usted muy abandonado, pero muchísimo! No ya sólo envejecido, sino decrépito… Me quedé pasmada cuando lo vi hace rato, a pesar de su corbata roja… *quelle idée, rouge!* Siga contando de Von Lembke si, en efecto, hay algo que contar. Y acabe pronto, que estoy cansada.

—*En un mot,* sólo quería decir que es uno de esos administradores que debutan cuando llegan a la cuarentena; de los que hasta esa edad han vivido sin pena ni gloria, y de improviso hacen carrera por vía de un buen casamiento o por otro medio igualmente deformado… Bueno, está ahora de viaje…, lo que quiero decir es que ya le han ido con el cuento de que soy un corruptor de la juventud y el vivero del ateísmo de la provincia… empezó en seguida a tomar medidas…

—¿En serio?

—Yo también he tomado las mías. Cuando le dijeron que usted «gobernaba la provincia», *vous savez*, se permitió declarar que «eso no sucedería en adelante».

—¿Eso dijo?

—Que «no sucedería en adelante», y *avec cette morgue*… A su esposa tendremos el gusto de verla por aquí a fines de agosto. Viene directamente de Petersburgo.

—Del extranjero. Nos encontramos allí.

—¿*Vraiment*?

—En París y en Suiza. Es parienta de los Drozdov.

—¿Parienta? ¡Qué coincidencia tan extraña! Dicen que es ambiciosa…, y parece que está bien relacionada.

—¡Bah, nada del otro mundo! Fue solterona hasta los cuarenta y cinco años y sin tener dónde caerse muerta. Ahora le ha echado el guante a Von Lembke con el único objeto, por supuesto, de darle carrera. Los dos son unos intrigantes.

—Dicen que tiene dos años más que él.

—Cinco. Su madre me estuvo adulando en Moscú. Casi de limosna me pedía que la invitara a los bailes que daba en casa cuando vivía mi marido. Y la hija, Iulia, se pasaba la noche entera sentada en un rincón sin que la sacaran a bailar, con su mariposa de turquesa en la frente, hasta que a las tres de la mañana, de pura lástima, le mandaba yo a su primera pareja. Ya por entonces tenía sus veinticinco años y aún la traían y llevaban vestida de corto, como una mocita. Daba vergüenza recibirlas.

—Parece que ya la veo a esa mariposa.

—Le digo a usted que, nada más llegar, me vi envuelta en una intriga. Usted acaba de leer la carta de la señora Drozdova, ¿hay nada más claro? ¿Y qué encontré? Que esa tonta de Drozdova (toda su vida lo ha sido) me miraba como preguntando a qué había venido. ¡Ya puede usted figurarse cómo me quedé! Miro y veo a esta Von Lembke haciéndose la desentendida y, junto a ella, a ese pariente, sobrino del difunto Drozdov…, ¡todo más claro que el agua! Huelga decir que al momento lo cambié todo y que Praskovya está otra vez de mi parte. ¡Pero cuánta, cuánta intriga!

—Usted, sin embargo, ganó la partida. ¡Oh, es usted Bismarck!

—No seré Bismarck, pero soy capaz de reconocer la falsedad y la estupidez cuando tropiezo con ellas. Lembke es la falsedad y Praskovya la estupidez. Raras veces he conocido a una mujer más floja. Y para colmo tiene las piernas hinchadas y es buena persona. ¿Hay algo más estúpido que una buena persona estúpida?

—Un imbécil mala persona, *ma bonne amie*, es aún más estúpido —objetó Stepan noblemente.

—Tal vez tenga usted razón. ¿Recuerda usted a Liza?

—*Charmant enfant!*

—Ya no es una *enfant*, sino una mujer, y una de gran carácter. Es generosa y apasionada, y lo que me gusta de ella es que no se deja dominar por esa tonta crédula

de la madre. Casi llegamos a pelearnos por ese pariente.

—¡Pero, Dios santo, si no tiene ningún parentesco con Liza! ¿Es que la mira con ojos tiernos?

—Mire, se trata de un joven oficial del ejército, muy reservado, incluso modesto. Quiero ser justa siempre. Me parece que él se opone a esa intriga, y que la única que anda embrollando es la Von Lembke. Él respeta mucho a Nikolai. Ya comprenderá usted que todo depende de Liza, pero la he dejado en excelentes relaciones con Nikolai. Él, por su parte, me ha prometido venir sin falta a vernos en noviembre. En fin, que la única intrigante de este asunto es la Von Lembke y que Praskovya no es más que una mujer ciega. De pronto va y me dice que todas mis sospechas eran pura fantasía. Yo le dije en su mismísima cara que era una tonta, y estoy dispuesta a confirmarlo en el Juicio Final. De no haberme suplicado Nikolai que dejara el asunto por el momento, no me habría venido sin quitarle la máscara a esa mujer hipócrita. Trató de congraciarse con el conde K. por medio de Nikolai, quería separar al hijo de la madre. Pero Liza está de nuestra parte y con Praskovya llegaré a un acuerdo. ¿Sabe usted que Karmazinov es pariente de ella?

—¿Cómo? ¿Pariente de madame Von Lembke?

—Sí, de ella. Pariente lejano.

—¿Karmazinov?, ¿el novelista?

—Sí, el escritor. ¿De qué se asombra? Él, por supuesto, se considera una gran persona. ¡Tipo más superficial! Ella vendrá con él, pero por ahora, allá está, de acá para allá sirviéndolo. Viene aquí con toda la intención de armar un salón, reuniones literarias o algo así. Él viene por un mes y quiere vender lo que queda de su finca. Estuve a punto de encontrarme con él en Suiza, aunque maldita la gana que tenía de hacerlo. Por otra parte, espero que se digne reconocerme aquí. En tiempos pasados me escribió cartas y se alojó en mi casa. Quisiera que se vistiese usted mejor, Stepan, está usted más desaseado cada día… ¡Ay, cómo me atormenta usted! ¿Qué lee usted ahora?

—Pues…

—¡Ah, entiendo! Antes que nada, los amigos; antes que nada, la bebida, el club, las cartas y la fama de ateo. Esa fama no me gusta nada, Stepan. No quisiera que lo tomasen a usted por ateo, sobre todo ahora. Antes tampoco me gustaba, porque eso no es más que hablar por hablar. No tengo más remedio que decírselo.

—*Mais, ma chère*…

—Escuche, Stepan. En lo referente a erudición, yo, ni que decir tiene, soy una ignorante comparada con usted. Pero cuando venía he pensado mucho en usted y he llegado a una conclusión.

—¿A cuál?

—Que no somos más inteligentes que el resto de los mortales y que incluso hay

mejores que nosotros.

—Brillante. Los hay más listos, digamos más justos que nosotros; por lo tanto, también nosotros podemos equivocarnos, ¿no es eso? *Mais, ma bonne amie*, pongamos que me equivoco, pero ¿no sigo teniendo derecho a mi humana, eterna y suprema libertad de conciencia? Sigo teniendo derecho a no ser hipócrita ni fanático, si así lo deseo, y por ello mucha gente me odiará por los siglos de los siglos. *Et puis, comme on trouve toujours plus de moines que de raison* y como yo estoy absolutamente de acuerdo con eso…

—¿Cómo? ¿Cómo dijo?

—He dicho que *on trouve toujours plus de moines que de raison*… y que como yo con eso…

—Eso, por supuesto, no es de usted. Eso lo sacó de algún lado…

—Lo ha dicho Pascal.

—Ya sabía yo… que no podía ser usted. ¿Por qué no habla usted así, usted mismo, de manera tan breve y precisa, en lugar de estirar tanto las frases? Es mucho mejor que eso que decía antes del entusiasmo administrativo…

—*Ma foi, chère*…, ¿que por qué no? Primero, probablemente, porque a fin de cuentas no soy Pascal, *et puis*…, y segundo, porque nosotros los rusos no sabemos decir nada en nuestra propia lengua… al menos hasta ahora no hemos dicho nada todavía…

—Bueno, eso tal vez sea verdad. De todos modos, debería usted apuntar y recordar esas palabras para hacer uso de ellas, ¿sabe usted?, en la conversación… ¡Ay, Stepan, venía pensando en hablar con usted seriamente, pero muy seriamente!

—*Chère, chère amie!*

—Ahora que estos Von Lembke y estos Karmazinov… ¡ay, Dios mío, cómo está usted de desastrado! ¡Ay, cómo me atormenta! Yo quisiera que esa gente le tuviera a usted respeto, porque no vale lo que un dedo de usted, ni el meñique siquiera, y usted ¿cómo se presenta? ¿Qué van a decir? ¿Qué les voy a mostrar? En vez de servir noblemente de ejemplo, de continuar la tradición, vive usted ahora rodeado de esa chusma, ha tomado unas costumbres imposibles, está avejentado, no puede prescindir del vino y de los naipes, no lee más que a Paul de Dock y no escribe nada, ahora que escribe todo el mundo. Se pasa usted el día dándole a la sin hueso. Pero ¿es posible alternar con gentuza como su inseparable Liputin?

—¿Por qué dice usted que es mío e indispensable? —respondió Stepan con timidez.

—¿Dónde está ahora? —continuó severa y mordaz.

—Bueno… siente por usted un gran respeto. Ha ido a S* a recoger una herencia, ya que ha muerto su madre.

—Ya se ve, no hace más que ir tras el dinero ¿Y Shatov? ¿Como siempre?

—Irascible, *mais bon*.

—No puedo aguantar a ese Shatov de usted. Es rencoroso y piensa demasiado en sí mismo.

—¿Cómo va la salud de Daria Pavlovna?

—¿Dasha? ¿Por qué me pregunta por ella? —Varvara lo miró con curiosidad—. Está bien. La dejé en casa de los Drozdov. En Suiza oí decir algo del hijo de usted, nada bueno por cierto.

—*Oh, c'est une histoire bien bête! Je vous attendais, ma bonne amie, pour vous raconter*…

—Basta, Stepan, déjeme en paz, que estoy destruida. Ya habrá ocasión para hablar, sobre todo de lo malo. Empieza usted a rociar de saliva a la gente cuando se ríe; señal de senilidad. ¡Y qué manera más rara tiene usted ahora de reírse…! ¡Dios mío, qué malas costumbres ha tomado usted! ¡Karmazinov no irá a verle! De todos modos, aquí quedarán contentos de todo… Ahora se revela usted como es. Bueno, basta, basta, estoy cansada. ¡A ver si deja usted a una en paz!

Stepan «dejó a una en paz», pero se alejó muy nervioso.

5

Era cierto, en los últimos tiempos nuestro amigo había adoptado muy malos hábitos. Se había echado a perder rápida y visiblemente, y era verdad que llevaba un aspecto desaliñado. Bebía más, se había vuelto más llorón y débil de nervios a la vez que sensible en demasía a todo lo exquisito. Su rostro adquirió la extraña facultad de alterarse con inusitada rapidez; pasaba, por ejemplo, de la expresión más exaltada a la más ridícula y aun estúpida. No podía aguantar la soledad y ansiaba continuamente que lo entretuvieran. Era absolutamente imprescindible contarle algún chisme, algún incidente de la ciudad, y que fuera nuevo cada día. Si pasaba algún tiempo sin que fueran a verlo, deambulaba tristemente por las habitaciones, se acercaba a la ventana, se mordía abstraído los labios, suspiraba hondamente y acababa llorando. Tenía presentimientos, sentía miedo de algo inesperado e inevitable, se volvió asustadizo y empezó a prestar cuidadosa atención a los sueños.

Todo ese día, hasta llegada la noche, lo pasó en aguda melancolía, me mandó llamar, estuvo muy agitado, habló largo y tendido pero de manera inconexa. Varvara sabía ya desde hacía tiempo que no tenía secretos conmigo. Se me figuró, por último, que le preocupaba algo especial, algo que tal vez él mismo no podía explicarse. Antes, por lo común, cuando estábamos solos y empezaba a lamentarse, se traía una botella al cabo de un rato y con ello se consolaba muy eficazmente. En esta ocasión no había vino y se echaba de ver que más de una vez reprimió el deseo de mandar por él.

—¿Por qué está enojada conmigo? —se quejaba a cada instante, como un chicuelo—. *Tous les hommes de gènie et de progrès en Russie étaient, sont et seront toujours* jugadores de cartas y borrachines que beben como camellos…, y yo aún no soy un jugador ni un bebedor de ésos… Me recrimina porque no escribo nada. ¡Singular idea…! ¿Que por qué estoy acostado? «Debiera usted (me dice) estar de pie como un ejemplo y un reproche». *Mais, entre nous sois dit,* ¿qué puede hacer un hombre predestinado a estar de pie como «un reproche» sino sentarse? ¿Sabe ella eso?

Por fin me resultó patente el motivo de la principal y especial congoja que de modo tan persistente lo atenaceaba en esa ocasión. Varias veces esa noche se acercó al espejo y estuvo ante él largo rato. Luego le volvió la espalda y me dijo con extraño desaliento:

—*Mon cher*, soy un hombre echado a perder.

Y efectivamente, hasta entonces, hasta ese mismo día sólo de una cosa había estado completamente seguro, a pesar de las «nuevas opciones» y «cambios de ideas» de Varvara, a saber, que seguía hechizando su corazón de mujer, y no sólo como perseguido o como erudito famoso, sino también como hombre guapo. Veinte años

llevaba arraigada en él esta lisonjera y tranquilizadora convicción, y tal vez a ella, más que a otra ninguna, le costaba sumo trabajo renunciar. ¿Presentía él esa noche la prueba colosal a que sería sometido en un futuro muy próximo?

6

En este momento damos ingreso a la circunstancia, en un punto divertida, con la que propiamente empieza mi crónica.

A fines de agosto regresó por fin la familia Drozdov. Su regreso precedió en breves días a la llegada, largo tiempo aguardada por toda la ciudad, de su pariente, nuestra nueva gobernadora, y en general produjo una notable impresión en los medios sociales. De estos curiosos acontecimientos hablaré, sin embargo, más tarde; aquí me limitaré a decir que Praskovya trajo a Varvara, que con tanta impaciencia la esperaba, sólo un enigma enojoso: Nikolai se había separado de ellas en julio y, habiéndose reunido en el Rin con el conde K., había ido con éste y su familia a Petersburgo. (N. B.: las tres hijas del conde estaban en edad de casarse).

—Dado el orgullo y la obstinación de Liza, nada pude sacar de ella —dijo Praskovya—, pero pude ver con mis propios ojos que entre ella y Nikolai algo había ocurrido. Desconozco la causa, pero a mi parecer, querida Varvara, debe usted preguntársela a su protegida Daria. Si no me equivoco, Liza estaba ofendida. Estoy muy contenta de devolverle al fin a su protegida. Se la entrego en propia mano y buen provecho le haga.

Estas palabras cargadas de ponzoña fueron pronunciadas con gran irritación. Era obvio que «la floja» las había ensayado de antemano y anticipaba con gusto el efecto que habían de producir. Pero no era Varvara mujer que se dejase aturdir por enigmas y efectos sentimentales. Exigió con severidad aclaraciones más precisas y satisfactorias. Praskovya en seguida amainó velas y acabó por romper a llorar y a deshacerse en las efusiones más amistosas. Al igual que Stepan, esta señora, tan irascible como sentimental, precisaba de amistades sinceras, y la principal queja que tenía de su hija Liza era que ésta «no era para ella una amiga».

Pero de todas sus explicaciones y efusiones lo único que se puso en claro fue que, efectivamente, había habido una desavenencia entre Liza y Nikolai, pero ¿de qué género? De eso Praskovya no tenía, al parecer, idea cabal. En cuanto a las acusaciones que había hecho contra Daria, no sólo acabó por retirarlas, sino que rogó que se desestimaran sus palabras anteriores porque las había pronunciado «en un momento de irritación». En resumen, había en todo ello algo oscuro, acaso sospechoso. Según sus comentarios, el problema había sido causado por ese carácter «terco y sarcástico» de Liza; «y el orgulloso Nikolai, aunque muy enamorado, no pudo aguantar el sarcasmo de ella y se puso sarcástico a su vez».

—Poco después conocimos a un joven que, por lo visto, es sobrino del «profesor» ése de usted y que tiene el mismo apellido…

—Hijo y no sobrino —corrigió Varvara.

Praskovya nunca podía recordar el apellido de Stepan y le llamaba siempre «el

profesor».

—Bueno, hijo, mejor; da lo mismo. Un joven como cualquier otro, muy desenvuelto y vivaz, pero nada del otro mundo. Pues bien, Liza no se portó bien y trató de atraérselo para dar celos a Nikolai. No creo que fuera nada serio: una cosa de chicas, lo corriente, algo incluso bonito. Lo malo fue que, en vez de ponerse celoso, Nikolai hizo amistad con el joven, como si no se diera por entendido o no le importara. Liza se puso furiosa. El joven se marchó poco después (tenía que irse corriendo a no sé dónde) y Liza empezó a hostigar a Nikolai en toda ocasión oportuna. Notó que él hablaba algunas veces con Dasha y le entró una rabieta fenomenal. A mí me hizo la vida imposible. Los médicos me han prohibido que me enfade, y yo ya estaba tan harta de aquel dichoso lago que me dolían las muelas por causa de él, además de que cogí un reumatismo tremendo. He leído, sí, en alguna parte, que el lago de Ginebra causa dolor de muelas; parece ser una de sus peculiaridades. Y cabalmente entonces Nikolai recibe una carta de la condesa, hace en un día los preparativos para el viaje y se va. Se despidieron amistosamente, y Liza, al decirle adiós, estaba alegre y casquivana y riéndose a carcajadas. Aunque todo era para despistar. Cuando él se marchó, se quedó muy ensimismada. Dejó de hablar por completo de él y a mí tampoco me permitía hacerlo. Yo aconsejo a usted, mi querida Varvara, que no diga de momento nada a Liza sobre este asunto, porque lo echaría todo a perder. Guarde silencio y ella misma será la primera en hablar con usted. Así se enterará usted de más cosas. Si no me equivoco, volverán a hacer pareja, con tal que Nikolai no tarde en venir, como ha prometido.

—Le escribiré en seguida. Si así están las cosas, ha sido un enfurruñamiento sin importancia, una fruslería. Y lo de Daria también. La conozco demasiado bien.

—En cuanto a la buena Dasha, confieso que me he sobrepasado. No fueron más que conversaciones corrientes y hasta en voz alta. Pero todo eso me trastornó mucho entonces. Yo misma vi que hasta Liza volvió a estar con ella tan afectuosa como antes…

Ese mismo día Varvara le escribió a Nikolai pidiéndole que llegara un mes antes de lo que éste había propuesto. En todo caso, quedaba aún algo que le resultaba oscuro e inexplicable. Estuvo devanándose los sesos toda esa tarde y esa noche. El parecer de Praskovya se le antojaba demasiado inocente y sentimental. «Praskovya ha sido toda su vida demasiado sensible, desde los días del pensionado —pensaba—. No es Nikolai de los que escurren el bulto a causa de las burlas de una chicuela. Aquí hay otro motivo si, efectivamente, hubo un disgusto entre ambos. Ese oficial, sin embargo, está aquí, ha venido con ellas y en casa de ellas vive como miembro de la familia. En lo de Daria, Praskovya se disculpó demasiado de prisa. Lo probable es que se dejara algo dentro, algo de lo que no quería hablar…».

Bien temprano a la mañana, Varvara maduró el proyecto de poner fin a una

perplejidad, proyecto digno de consignar aquí, por lo inesperado. ¿Qué sentimientos albergaba en su corazón cuando lo formuló? Difícil es decirlo, amén de que no me comprometo a elucidar de antemano todas las contradicciones de que estaba compuesto. Como cronista, me limito a presentar los acontecimientos con fidelidad, exactamente como ocurrieron, y no tengo la culpa de que parezcan improbables. Sin embargo, debo certificar una vez más que de las sospechas acerca de Dasha no quedaba huella alguna en la mañana; a decir verdad, nunca las había tenido, de tan segura que estaba de ella. Además, no le cabía en la cabeza que su *Nicolas* pudiera enamorarse de ella…, de Dasha. Cuando ésta, en la mañana, servía el té, Varvara la estuvo mirando larga y fijamente, y tal vez por vigésima vez desde la víspera se dijo con firmeza para sí: «¡Tonterías!».

Llegó a notar que Dasha parecía algo cansada y que estaba más sosegada que antes, más apática. Después del té, según costumbre establecida de una vez para siempre, ambas se sentaron a coser. Varvara le ordenó que le diera cuenta detallada de sus impresiones en el extranjero, sobre todo del paisaje, los habitantes, las ciudades, las costumbres, el arte, la industria, etc., en suma, de todo lo que había tenido ocasión de ver. No hizo una sola pregunta sobre la familia Drozdov o su vida con ella. Dasha, sentada a la mesa de trabajo con su señora, ayudaba a ésta con el bordado y llevaba ya contando media hora con su voz igual, monótona y algo opaca cuando, de pronto, Varvara la interrumpió:

—Daria, ¿algo para contarme?

—No, nada —dijo Dasha después de cavilar un momento y mirando a Varvara con sus ojos claros.

—¿No hay nada en tu alma, en tu corazón, en tu conciencia?

—Nada —repitió Dasha con calma, pero con firmeza algo sombría.

—Yo sabía ya que no. Has de saber, Daria, que nunca dudaré de ti. Siéntate ahora y escucha. Múdate a esta silla y ponte enfrente de mí, que quiero verte de cuerpo entero. Así, oye, ¿quieres casarte?

Dasha contestó con una larga mirada interrogante, pero no muy atónita.

—Debes esperar y callar. Para empezar, hay una diferencia de edad y muy grande, pero tú sabes mejor que nadie que eso es insignificante. Eres una muchacha juiciosa y en tu vida no debe haber errores. Además, es aún un hombre guapo… en una palabra, se trata de Stepan, a quien tú siempre has respetado. Bueno, ¿qué?

Dasha la miraba con ojos aún más inquisitivos, y esta vez no sólo mostró asombro, sino que se ruborizó un tanto.

—Debes esperar y callar. No apurarte. Aunque te dejo dinero en mi testamento, cuando yo muera ¿qué va a ser de ti aunque tengas dinero? Te engañarán, te quitarán lo que tienes y te dejarán sin nada. Con él serás la mujer de un hombre famoso. Mira ahora el asunto desde otro punto de vista. Si yo muriera ahora, aunque le he

asegurado su porvenir, ¿qué sería de él? Yo pongo mi esperanza en ti. Espera, que aún no he terminado. Él es frívolo, irresoluto, insensible, egoísta, de costumbres ruines, pero debes apreciarle, sobre todo porque los hay mucho peores que él. No pienses que quiero deshacerme de ti casándote con cualquier sinvergüenza. ¿O es que así lo piensas? Pero lo principal es que lo apreciarás porque yo te lo pido —dijo, cortando con irritación su prédica—, ¿me oyes? ¿Por qué me miras con ese pasmo?

Dasha seguía callada y escuchando.

—Aguarda un poco más. Él es una comadre, pero tanto mejor para ti; una comadre que da lástima. No merece ni tanto así que una mujer lo quiera. Pero sí merece que se lo quiera por su vulnerabilidad, y tú lo querrás porque es vulnerable. ¿Qué, me entiendes? ¿Entiendes?

Dasha hizo con la cabeza un gesto de asentimiento.

—Ya lo sabía yo; no esperaba menos de ti. Él te querrá porque debe quererte. Debe quererte. ¡Debe adorarte! —gritó Varvara con redoblada irritación—. Pero es que, aun sin obligación de hacerlo, se enamorará de ti; lo conozco bien. Además, yo misma estaré allí. No te preocupes, que allí estaré siempre. Él se quejará, te calumniará, murmurará de ti con el primero que se presente, gimoteará…, gimoteará todo el santo día, te escribirá cartas de una habitación a otra, hasta dos cartas al día, pero no podrá vivir sin ti, y eso es lo principal. Haz que te obedezca; si no lo haces eres una tonta. Dirá que quiere ahorcarse, amenazará con hacerlo; no le creas, son tonterías suyas. No le creas, pero, por si acaso, ten los ojos bien abiertos, porque a lo mejor se ahorca. Con hombres así pasa eso: se cuelgan por debilidad, no porque son fuertes. Por eso conviene no llevar las cosas demasiado lejos; ésa es la primera regla del matrimonio. Por encima de todo, me darás una gran satisfacción, y eso es lo principal. No pienses que hablo por hablar; sé lo que me digo. Soy una egoísta; sélo tu también. Pero no quiero violentarte, todo está en tus manos. Lo que digas se hará. ¿Qué haces ahí mano sobre mano? ¡Di algo!

—A mí me da igual, Varvara, si es absolutamente necesario que me case —dijo Dasha con firmeza.

—¿A qué te refieres? —preguntó Varvara mirándola fijamente.

Dasha callaba, rayando con la aguja el marco del bastidor.

—Tú, aunque eres inteligente, dices muchas tonterías. He pensado, sí, que es ahora cuando debes casarte, pero no es por necesidad, sino sólo porque se me ha ocurrido, y únicamente con Stepan. Si no fuera por él no hubiera pensado en casarte, aunque ya tienes veintidós años… Bueno, ¿qué?

—Como usted diga, Varvara.

—Con eso se da por entendido que aceptas. Espera, calla, ¿por qué tanta prisa? Todavía no he concluido. En mi testamento te dejo quince mil rublos que te daré el día de tu boda. De esa cantidad le darás a él ocho mil; mejor dicho, no a él, sino a mí.

Él tiene una deuda de ocho mil; yo se los pagaré, pero es preciso que sepa que el dinero es tuyo. Te quedarán siete mil, y de ésos nunca debes darle un céntimo. No le pagues nunca una deuda, porque si lo haces una vez tendrás que hacerlo siempre. De todos modos, yo estaré allí siempre. Cada uno de vosotros recibirá de mí una pensión anual de mil doscientos rublos, más un suplemento de mil quinientos, sin contar casa y comida, que seguiré pagando igual que hasta ahora. La servidumbre correrá de vuestra cuenta. El dinero anual te lo entregaré a ti, en propia mano y todo de una vez. Pero sé buena con él: dale algo de vez en cuando. Déjale recibir a sus amigos una vez por semana, pero mándalos de paseo si vienen más a menudo. Pero yo estaré allí.

Y si muero seguiréis recibiendo la pensión hasta la muerte de él, ¿me oyes?, sólo hasta la muerte de él, porque la pensión es de él y no tuya. Y a ti, además de los siete mil ahora, que si no haces tonterías seguirán intactos, te dejaré en mi testamento ocho mil más. No recibirás un céntimo más de mí; te lo digo para que lo sepas. ¿Qué, de acuerdo? ¿Tienes algo que decir?

—Lo dijo ya, Varvara.

—Sabes que se trata de tu voluntad. Se hará lo que tú quieras.

—Déjeme preguntarle una cosa, Varvara. ¿Es que Stepan ya le ha dicho a usted algo?

—No, no me ha dicho nada, ni nada sabe… ¡Pero bien pronto hablará!

Se levantó de un salto y se echó por los hombros el chal negro. Una vez más Dasha se ruborizó ligeramente y siguió con mirada interrogante a Varvara. De improviso ésta se volvió y con el rostro rebosante de enojo, dijo:

—¡Eres tonta! —y cayó sobre Dasha como un halcón—. ¡Una tonta ingrata! ¿En que estás pensando? ¿Crees por ventura que yo te comprometería por cualquier cosa? ¿Por lo más mínimo? ¡Pero si él mismo vendrá arrastrándose a pedir tu mano! ¡Si debería morir de felicidad! ¡Si es así como se va a arreglar la cosa! ¡Si tú bien sabes que siempre cuidaré de ti! ¿O es que crees que él carga contigo por esos ocho mil rublos y que yo quiero venderte cuanto antes? ¡Tonta, más que tonta, todos sois unos tontos ingratos! ¡Dame el paraguas!

Salió corriendo hasta la casa de Stepan, tropezando en las aceras enladrilladas cubiertas de humedad, subiendo y bajando por los puentes de madera.

7

Era verdad que siempre iba a cuidar a Daria; más aún, en ese momento se consideraba su bienhechora. Sentía en el alma una noble y virtuosa indignación cuando, al ponerse el chal, vio sobre sí la mirada incrédula y turbadora de su protegida. La quería sinceramente desde que era niña. Praskovya tenía razón en llamar a Daria la «favorita» de Varvara. Ésta había llegado mucho antes a la conclusión de que «el carácter de Daria no se parecía al de su hermano» (es decir, al de Iván Shatov), de que era dulce y tranquila, capaz de los mayores sacrificios, de que descollaba por su devoción, por su modestia nada común, rara discreción y, principalmente, por su gratitud. Al parecer, Dasha había justificado hasta entonces todas sus esperanzas. «En esta vida no habrá equivocaciones», decía Varvara cuando la muchacha no superaba aún los doce años. Y como era manía suya la de aferrarse tenaz y apasionadamente a cada uno de sus sueños seductores, a cada nuevo plan, a cada idea que juzgaba luminosa, decidió al punto educar a Dasha como hija propia. Para eso apartó inmediatamente una cantidad de dinero, trajo a casa una institutriz, miss Griggs, que permaneció en ella hasta que la educanda cumplió dieciséis años; entonces la despidió, no se sabe por qué. Vinieron también profesores del liceo, entre ellos un francés auténtico que enseñó el francés a la muchacha; éste también fue despedido de improviso, y con cajas destempladas. Una pobre señora forastera, viuda y de buena familia, le dio lecciones de piano. Pero el maestro principal fue Stepan. Fue él, en realidad, quien primero descubrió a Dasha, quien empezó a instruir a esa niña apacible cuando Varvara no pensaba aún en ella. Vuelvo a repetir que era cosa de ver el apego que le tenían los niños. Liza estudió con él desde los ocho hasta los once años (por supuesto, sin remuneración alguna, pues nada habría aceptado de los Drozdov). Él se encariñó con la encantadora niña y le contaba leyendas sobre la creación del universo y de la tierra y sobre la historia de la humanidad. Las lecciones acerca de los pueblos primitivos y el hombre primitivo eran más sugestivas que los cuentos árabes. Liza, a quien cautivaban esas narraciones, hacía en casa imitaciones divertidísimas de Stepan. Éste se enteró y en una ocasión la sorprendió. Liza, avergonzada, se echó en sus brazos llorando, y él, por su parte, rompió a llorar de deleite. Liza, sin embargo, se marchó pronto y quedó Dasha sola. Cuando empezaron a venir profesores para dar lecciones a ésta, Stepan interrumpió las suyas y poco a poco llegó a desentenderse por completo de la chica. Así transcurrió largo tiempo. Un día, cuando ella ya tenía diecisiete años, él cayó de pronto en la cuenta de lo bonita que era. Esto ocurrió un día en que estaba comiendo en casa de Varvara. Entabló conversación con la muchacha, quedó muy satisfecho de sus respuestas y acabó por proponerle un curso amplio y serio de historia de la literatura rusa. Varvara lo colmó de agradecimiento y alabanzas por tan excelente idea y Dasha quedó entusiasmada.

Stepan se preparó con especial cuidado para sus lecciones y éstas comenzaron por fin. Empezaron con la época antigua. La primera lección resultó muy bien. Varvara estuvo presente. Cuando Stepan concluyó y anunció al salir que en la reunión siguiente harían un análisis del *Cantar de la hueste de Igor*, Varvara se levantó de repente y dijo que no habría más lecciones. Stepan hizo una mueca de desagrado, pero guardó silencio; Dasha se ruborizó; así, pues, terminó la empresa. Esto ocurrió tres años justo antes del actual e inesperado antojo de Varvara.

El pobre Stepan se hallaba solo, sentado en su cuarto, y no presentía nada. Llevaba un rato junto a la ventana, en triste meditación, mirando si iba a visitarlo alguno de sus amigos. Pero nadie iría. Lloviznaba y hacía frío; era preciso encender la estufa. Suspiró. De pronto se alzó ante sus ojos una extraña visión: Varvara venía a verlo, con el mal tiempo que hacía y a una hora tan intempestiva. ¡Y a pie! Quedó tan atónito que olvidó cambiarse de atavío y la recibió tal como estaba, a saber, en su vieja chaqueta acolchada color de rosa.

—*Ma bonne amie*… —exclamó enérgicamente al ir a su encuentro.

—Me alegro de que esté usted solo. ¡No aguanto a sus amigos! ¡No para usted de fumar! ¡Santo Dios, cómo está esto de humo! ¡No ha acabado usted con el té y son ya las doce! Para usted la felicidad es el desorden y el placer es la mugre. ¿Qué hacen esos papeles hechos pedazos en el suelo? ¡Nastasya, Nastasya! ¿Qué está haciendo Nastasya? ¡Mujer, abre la ventana, los cristales, la puerta, todo de par en par! Y nosotros vamos a la sala. Vengo a verlo para un asunto.

—¡El señor lo ensucia todo, señora! —chilló Nastasya con una voz en la que había tanta queja como irritación.

—¡Pues tú barre, barre quince veces al día! Esta sala está asquerosa —dijo cuando entraron en la habitación—. Cierre bien la puerta, porque ésa se va a poner a escuchar. Hace falta cambiar el papel. ¿No le mandé al empapelador con muestras? ¿Por qué no escogió? Siéntese y escuche. ¡Siéntese, vamos, haga el favor! Pero ¿a dónde va usted? ¿A dónde va? ¿A dónde?

—Yo… en seguida —gritó Stepan desde el cuarto vecino—. ¡Ya estoy aquí otra vez!

—¡Ah, se ha cambiado usted de traje! —dijo mirándolo burlonamente (se había puesto la levita encima de la chaqueta)—. Eso va mejor con… el asunto de que vamos a hablar. ¡Vamos, siéntese, por favor…!

Se lo explicó todo de un tirón, escueta y persuasivamente. Aludió asimismo a los ocho mil rublos que necesitaba con tanta urgencia. Habló detalladamente de la dote. Stepan, con ojos desorbitados, se movía convulso. Lo oía todo, pero era evidente que no comprendía nada. Quiso hablar, pero se le quebró la voz. Sólo sabía que habría de ser como decía ella, que le iban a casar sin remedio.

—*M-mais, ma bonne amie*, ¡por tercera vez y a mis años…! ¡Y con una niña! —

dijo por fin—. *Mais, c'est une enfant.*

—¡Una niña de veinte años, gracias a Dios! Por favor, no ponga los ojos en blanco, se lo ruego, que no estamos en el teatro. Es usted inteligente, pero de la vida no entiende usted nada; tras usted tiene que ir siempre alguien que lo cuide. Si yo muero, ¿qué va a ser de usted? Ella lo cuidará admirablemente. Es una chica modesta, decidida, juiciosa. Además, yo misma estaré allí, pues no voy a morirme tan pronto. Es mujer de su casa, un ángel de mansedumbre. Esta feliz idea se me ocurrió estando todavía en Suiza. Pero ¿no lo ve? ¡Si le digo que es un ángel de mansedumbre! —gritó de pronto con furia—. Esta casa está espantosa; ella la limpiará, la pondrá en orden, la dejará como un espejo… Santo Dios, pero ¿cree usted que voy a rogarle que se case con un tesoro como éste? ¿Que cuente una por una las ventajas? ¡Pero si debiera usted ponerse de rodillas…! ¡Ay, qué hombre tan inútil, tan inútil, qué hombre tan apocado!

—¡Pero… si ya soy viejo!

—¿Qué significan cincuenta y cinco años? Cincuenta y cinco años no son el fin, sino la mitad de la vida. Es usted un hombre guapo, bien lo sabe. También sabe cuánto lo respeta ella. Si yo muero, ¿qué será de ella? Casada con usted, ella quedará tranquila y yo lo mismo. Usted es un hombre importante, lleva un nombre conocido y tiene un corazón amante. Tendrá usted una pensión, que considero que es mi obligación. Usted la salvará, quizá la salvará, pero en todo caso, la honrará. Podrá usted prepararla para la vida, ensanchar su espíritu, guiar sus pensamientos. ¡Cuántos se arruinan hoy día por falta de orientación en sus pensamientos! Para entonces habrá terminado usted su libro y con ello volverán a acordarse de usted de manera inmediata.

—A decir verdad —murmuró halagado por la hábil adulación de Varvara—, a decir verdad, estoy preparándome ahora para escribir mis relatos, basados en la historia de España…

—Bueno, pues ya lo ve usted…

—Pero ¿y ella? ¿Se lo ha dicho usted?

—De ella no tiene por qué preocuparse ni por qué querer saber nada. Claro que usted mismo deberá pedírselo, suplicarle que le haga a usted el honor… ¿entiende? Pero no se preocupe, que yo estaré allí. Además, la quiere usted…

A Stepan la cabeza le daba vueltas y le parecía que las paredes giraban. En todo aquello había una extraña idea con la que no se sentía con fuerzas de lidiar.

—*Excellente amie*! —dijo con voz trémula—, ¡no puedo…, no hubiera podido nunca suponer que usted alguna vez fuera a… casarme… con otra mujer!

—No es usted una mocita, Stepan, y sólo casan a las mocitas. Es usted mismo quien decide que se casa —dijo con encono Varvara.

—*Oui, j'ai pris un mot pour un autre. Mais… c'est égal* —dijo mirándola

fijamente.

—Ya veo que *c'est égal* —pronunció ella con lentitud y deliberación—. ¡Dios mío, se ha desmayado! ¡Nastasya, Nastasya, trae agua!

Pero no hizo falta el agua. Volvió en sí. Varvara tomó su paraguas.

—Veo que con usted no se puede hablar ahora…

—*Oui, oui, je suis inlasable*.

—Descanse y reflexione hasta mañana. Quédese en casa, y si pasa algo mande recado aunque sea de noche. No me escriba cartas, que no he de leerlas. Mañana a esta hora vendré yo misma, sola. Espero una respuesta definitiva, y espero sea satisfactoria. Vea usted el modo de que no haya nadie y de que todo esté limpio, porque ahora todo está hecho una porquería. ¡Nastasya, Nastasya!

Ni que decir tiene que al día siguiente dio su consentimiento; y no podía menos de darlo. Porque había además una circunstancia singular…

8

Lo que hasta aquí hemos denominado «la finca de Stepan» (cincuenta siervos según el sistema antiguo y lindando con Skvoreshniki) en verdad no le pertenecía, había pertenecido a su primera esposa y era ahora, por lo tanto, de su hijo, Piotr. Stepan era sólo fideicomisario, y cuando su hijo llegó a la mayoría de edad continuó, por autorización expresa de éste, como administrador de la hacienda. El acuerdo resultó bueno para el joven: recibía del padre hasta mil rublos de renta al año, cuando, según el nuevo régimen, no daba quinientos (y quizá menos). Sabe Dios cómo se había establecido tal relación. Ahora bien, era Varvara quien pagaba la totalidad de estos mil rublos, sin que Stepan contribuyera ni siquiera un poco. Muy por el contrario, se embolsaba toda la renta que percibía por la finca; y no sólo eso, sino que acabó por arruinarla, dándola en arrendamiento a un industrial y, sin decir nada a Varvara, vendiendo la madera, es decir, lo que en ella valía más. Hacía ya tiempo que venía vendiendo la madera en lotes pequeños. En conjunto valía por lo menos unos ocho mil rublos y él había cobrado por ella sólo cinco mil. Lo que pasaba era que perdía demasiado dinero en el club y no se atrevía a pedírselo a Varvara. Cuando ésta por fin se enteró, se puso como una fiera. Y ahora, de improviso, anunciaba el hijo que venía a vender su finca por lo que le dieran y encargaba al padre que se encargara de su rápida venta. Bien claro estaba que a Stepan, por su honradez y escrupulosidad, lo avergonzaba haberse portado así con *ce cher enfant* (a quien había visto por última vez cuando el chico estudiaba en Petersburgo). Originalmente la finca pudo valer unos trece o catorce mil rublos; ahora sería difícil que dieran por ella cinco mil. No había duda de que Stepan tenía pleno derecho, según la escritura de poder, de vender el bosque, y habida cuenta de lo excesivo de los mil rublos anuales que había señalado como renta y que durante tantos años había enviado puntualmente a su hijo, habría podido defenderse con éxito de toda acusación de fraude al hacerse la liquidación final. Pero Stepan era honrado y de muy elevados principios. Pero por su mente cruzó un pensamiento bellísimo, a saber, que cuando llegase Petrusha le pondría noblemente en la mesa quince mil rublos, lo que representaba el valor absolutamente máximo de la finca, sin la menor alusión a las cantidades enviadas hasta entonces, y luego estrecharía contra su pecho a *ce cher fils*, con lo que quedarían saldadas todas las cuentas. Ya hacía tiempo que venía esbozando tentativamente ese cuadro a Varvara, apuntando que ello daría un matiz noble y especial a las relaciones de amistad entre ambos…, a su «idea», y que, por añadidura, presentaría a los padres, y en general a la generación anterior, bajo un aspecto irreprochable y magnánimo, en contraste con la nueva juventud, frívola y socialista. Mucho más habló sobre el asunto, pero Varvara guardaba obstinado silencio. Por fin le dijo con sequedad que consentía en comprar el predio y dar por él el precio

máximo, es decir, seis o siete mil rublos (y se habría podido comprar por cuatro). De los ocho mil restantes, que habían volado con el bosque, no dijo una sola palabra.

Esto había sucedido un mes antes de la propuesta de matrimonio. Stepan quedó desconcertado y empezó a cavilar. Anteriormente podía haber tenido la esperanza de que el hijo amado quizá no viniese, esto es, la esperanza que un extraño hubiera podido tener; pero, como padre, Stepan habría rechazado con indignación el mero pensar en tal esperanza. Sea como fuere, lo cierto es que hasta entonces venían llegándonos rumores muy extraños acerca de Piotr. Como preámbulo, después de terminar sus estudios universitarios hacía seis años, estuvo haciendo vida de holgazán en Petersburgo sin aplicarse a ningún trabajo. De pronto recibimos noticia de que había estado implicado en la redacción de cierta propaganda clandestina y había sido procesado. Más tarde se oyó decir que había aparecido de repente en el extranjero, en Suiza, en Ginebra…, y tuvimos miedo de que se hubiese dado a la fuga.

—Me parece raro —nos sermoneó entonces Stepan, sumamente turbado—. Petrush, *c'est une si pauvre tête!* Es bueno, noble, muy sensible, y yo en Petersburgo sentía gran satisfacción en compararlo con los jóvenes de hoy día, pero *c'est un pauvre sire tout de même*… ¿Y saben ustedes? Todo eso resulta de cierta falta de madurez, de cierto sentimentalismo. Lo que los cautiva no es el realismo, sino el lado sentimental, ideal, del socialismo, su matiz religioso, por así decirlo, su poesía…, por supuesto, todo de segunda mano. Y, sin embargo, ¡hay que ver lo que eso significa para mí! Tengo aquí tantos enemigos, y aún más allá, que lo atribuirán a influencia del padre… ¡Santo Dios! ¡Petrusha cabecilla revolucionario! ¡En qué tiempos vivimos!

Pero Petrusha dio a conocer muy pronto desde Suiza su dirección exacta para que se procediera al envío acostumbrado de dinero; luego no era precisamente un refugiado político. Y he aquí que ahora, después de vivir cuatro años en el extranjero, reaparecía súbitamente en su país natal y anunciaba su llegada inmediata; luego no se lo acusaba de nada. Más aún, se diría que alguien se interesaba por él y lo protegía. Escribía ahora desde el sur de Rusia, adonde había ido a gestionar un asunto personal, pero importante, por encargo de alguien. Todo eso estaba muy bien, pero ¿dónde encontrar los restantes siete u ocho mil rublos para completar el «justo» precio de la finca? ¿Y qué, si en vez de la escena magnánima, su hijo pusiera el grito en el cielo y el asunto pasara a los tribunales? Algo le decía a Stepan que el sentimental Petrusha no renunciaría a sus intereses.

—¿Por qué, como he tenido ocasión de notar —me susurró Stepan una vez—, por qué todos estos socialistas y comunistas tan desesperados son al mismo tiempo avaros increíbles, acaparadores, capitalistas y cuanto más socialista es uno de ellos, cuanto más avanzadas son sus ideas, tanto más apegado es a la propiedad privada? ¿Por qué será eso? ¿Por sentimentalismo?

No sé qué fondo de verdad pueda haber en esa observación de Stepan; sólo sé que Petrusha tenía algunos informes acerca de la venta del bosque y de todo lo demás y que Stepan sabía que los tenía. Tuve también ocasión de leer algunas cartas de Petrusha a su padre; escribía muy raras veces, una vez al año o menos todavía. Pero últimamente había mandado dos cartas casi seguidas para anunciar su próxima llegada. Todas sus cartas eran breves, secas; contenían sólo instrucciones. Como, según era moda, padre e hijo se tuteaban desde los días de Petersburgo, las cartas de Petrusha eran de un tono muy semejante al de las que los antiguos señores escribían desde la capital a los siervos que habían designado para administrar las fincas. Ahora, inesperadamente, los ocho mil rublos que solucionarían el apuro se venían a las manos en la propuesta de Varvara Petrovna, que daba a entender, por otra parte, que no podrían venir de ningún otro lado. Stepan dio, por supuesto, su consentimiento.

No bien se hubo marchado Varvara, me mandó llamar y durante ese día cerró su puerta a toda otra persona. Ni que decir tiene que lloró, que habló mucho y bien, que desbarró a menudo y de lo lindo, que hizo algún juego de palabras del que quedó satisfecho; luego tuvo un ligero acontecimiento de gastritis; en suma, todo siguió la pauta habitual. Después quitó el retrato de su esposa alemana, muerta hacía ya veinte años, y empezó a decirle: «¿Me perdonarás?». En general, parecía confuso. Para calmar la pesadumbre bebimos un poco. Pronto, sin embargo, se quedó dulcemente dormido. A la mañana siguiente se anudó magistralmente la corbata, se vistió con esmero y se acercó varias veces al espejo para contemplarse. Roció ligeramente de perfume un pañuelo, pero así que vio a Varvara por la ventana cogió otro y escondió el perfumado debajo de la almohada.

—¡Excelente! —aprobó Varvara, al oír su consentimiento—. En primer lugar, es una digna determinación, y luego, ha dado usted paso a la razón, cosa que raras veces hace en nuestros asuntos particulares. No hay, sin embargo, por qué apresurarse —añadió examinando el nudo de la corbata blanca—: de momento, guarde silencio y yo haré lo propio. Se acerca el día del cumpleaños de usted y vendré entonces con ella. Dé una pequeña fiesta a la caída de la tarde, pero, por favor, sin vino ni cosas de comer; en fin, yo misma me encargaré de todo. Invite a sus amigos; usted y yo escogeremos quiénes han de venir. La víspera hablará usted con ella si es necesario; y en la fiesta no diremos nada concreto ni haremos un anuncio oficial, sino sólo alguna alusión, o lo daremos a conocer sin ninguna solemnidad. Unos quince días después será la boda, sin ningún bullicio, si es posible… Quizás incluso puedan ustedes irse de viaje por algún tiempo después de la boda, a Moscú, por ejemplo. Quizá vaya yo también con ustedes… Pero lo que importa es que guarde silencio hasta entonces.

Stepan estaba asombrado. Balbuceó que no le era posible obrar así, que necesitaba hablar con la novia, pero Varvara se revolvió irritada:

—Y eso ¿a santo de qué? En primer lugar, puede ser que no ocurra nada de lo

dicho…

—¿Cómo que nada? —murmuró el novio, que seguía completamente aturdido.

—Como lo digo. Ya veremos… de todos modos, todo se hará según lo dicho. No se preocupe, que yo misma prepararé todo; usted no tiene que meterse en nada. Se dirá y hará todo lo que sea menester y usted no tiene por qué verla a ella. ¿Para qué? ¿Qué papel haría usted? No vaya usted por allí ni escriba cartas. Y chitón, se lo ruego. Yo tampoco diré nada.

Era obvio que no quería dar ninguna explicación y que se marchó molesta. Parece que la buenísima disposición de Stepan le produjo asombro. ¡Ay, éste no se percataba, por supuesto, de la situación, ni todavía había considerado el caso desde otros puntos de vista! Al contrario, adoptó un nuevo tono algo petulante y triunfador.

—¡Me gusta esto! —exclamó, plantándose ante mí y abriendo los brazos—. Pero ¿ha oído usted? Ella quiere llevar las cosas al extremo de que yo diga por fin que no me da la gana. Porque yo también puedo perder la paciencia y… ¡decir que no me da la gana! «Siéntese, que no tiene usted que ir por allá»; pero, en fin de cuentas, ¿por qué tengo yo que casarme? ¿Sólo porque a ella se le ha metido en la cabeza una ridícula fantasía? Yo soy un hombre serio y puede que no me dé la gana de someterme a las ridículas quimeras de una mujer extravagante. ¡Tengo obligaciones para con mi hijo… y para conmigo mismo! Me sacrifico… ¿lo comprende ella? Puede que yo haya consentido porque la vida me aburre y porque todo me da igual; me ofenderé y me negaré a todo. *Et en fin le ridicule*… ¿Qué dicen en el club? ¿Qué dice… Liputin? «Quizá no ocurra nada de lo dicho». ¡Vamos, anda! ¡Esto es el colmo! Pero esto… ¿esto qué es? ¡*Je suis un forçat, un Badinguet*, un hombre entre la espada y la pared!

Y, sin embargo, a través de estas quejumbrosas exclamaciones se vislumbraba algo frívolo y travieso. Esa noche volvimos a beber.

TERCER CAPÍTULO:
Pecados ajenos.

1

Pasaron unos ocho días y las cosas empezaron a embrollarse un poco. Notaré de paso que tuve que sobrellevar muchas molestias durante esa desventurada semana, sin poder apartarme un poco de mi pobre amigo, comprometido para casarse, en mi calidad de confidente íntimo. Lo que más lo apenaba era la vergüenza que sentía, aunque esa semana no vimos a nadie y la pasamos solos; pero tenía vergüenza hasta de mí, de tal modo que cuanto más me revelaba, más contrariado se mostraba conmigo. Su suspicacia le hacía creer que todo el mundo conocía ya el asunto, toda la ciudad, y en consecuencia temía presentarse no sólo en el club, sino hasta en el pequeño círculo de sus amigos. Incluso los paseos que necesitaba para hacer ejercicio los daba entrada la noche, cuando reinaba la completa oscuridad.

Al cabo de ocho días no sabía aún si efectivamente era «novio», y por mucho que lo intentó no consiguió saberlo con toda seguridad. Todavía no se había entrevistado con la novia; más aún, no tenía la certeza de que fuera su novia, ni sabía siquiera si el asunto iba verdaderamente en serio. Por el motivo que fuese, Varvara se negaba rotundamente a que se acercase a ella. A una de sus primeras cartas (y le escribió muchas) ella contestó con el ruego de que no la importunase por el momento porque estaba ocupada; que ella tenía también muchas cosas importantes de su propia cosecha que comunicarle, pero que aguardaba para hacerlo a tener más tiempo libre del que con entonces contaba, y que en su tiempo y sazón le diría cuándo podía ir a verla. En cuanto a las cartas, aseguraba que se las devolvería sin abrir porque eran sólo «un capricho inútil». Yo leí esta nota de ella, que él mismo me enseñó.

Sin embargo, estas palabras tan bruscas como vagas no eran nada comparadas con su preocupación cardinal, preocupación que lo atormentaba de manera aguda e insistente y que lo hizo enflaquecer y acobardarse. Era algo que lo avergonzaba más que ninguna otra cosa, algo de lo que no quería hablar ni siquiera conmigo; al contrario, cuando aludía a ello me mentía y disimulaba como un chicuelo, lo que no impedía que me mandase llamar a diario, que no pudiera pasar sin mí un par de horas y necesitara de mí como del agua o del aire.

Semejante conducta hirió un poco mi amor propio. Valga decir que yo había adivinado hacía tiempo su secreto principal y que lo habría comprendido todo. Era entonces íntima convicción mía la de que la revelación de este secreto de Stepan, de esa preocupación cardinal, no redundaría en su honor, y, por lo tanto, como hombre todavía joven, me indignaban las groserías de sus sentimientos y la falta de delicadeza de algunas de sus sospechas. En mi irritación del momento —y también, lo confieso, por hastío de mi papel de confidente— quizá lo censuraba demasiado. En mi insensibilidad quería que me lo confesase todo, si bien, por otro lado, estaba dispuesto a admitir lo difícil que sería confesar ciertas cosas. Él también caló mis

intenciones, es decir, se dio clara cuenta de que yo había vislumbrado sus pensamientos y estaba, por eso, enojado con él, y él, por su parte, estaba enojado conmigo porque yo lo estaba con él y había vislumbrado sus pensamientos. Acaso mi irritación fuese mezquina y absurda, pero cuando dos personas conviven aisladas resulta perjudicada la amistad sincera. Desde cierto punto de vista, él comprendía rectamente algunos aspectos de su situación e incluso podía definirla con precisión en aquello en que no era menester mantener el secreto.

—¡Oh, qué diferente era ella entonces! —me decía alguna vez de Varvara—. ¡Qué diferente era entonces, cuando hablábamos de todo…! ¿Querrá usted creer que entonces todavía sabía hablar? ¿Querrá creer que todavía tenía ideas propias? ¡Ahora todo ha cambiado! Dice que esto no es más que palabrería anticuada. Desprecia nuestro pasado… ahora tiene aire de dependienta de comercio, de ama de casa, de mujer amargada, y está siempre enfadada…

—¿Y por qué está enfadada ahora que ha hecho usted lo que exige? —le pregunté.

Me miró de través.

—*Cher ami*, si no hubiera consentido se habría puesto furiosa conmigo, fu-rio-sa, pero en todo caso menos ahora que he consentido.

Quedó satisfecho con la paradoja, y esa noche dimos remate a una botella entre los dos. Pero eso fue sólo un instante. Al día siguiente se sentía más atribulado y abatido que nunca.

Sin embargo, lo que más me irritaba era que no se decidía a hacer una visita a la recién llegada familia Drozdov para renovar la amistad, algo que, según se decía, la familia misma deseaba, pues habían preguntado por él, y algo que él, por su parte, ansiaba un día tras otro. De Liza hablaba con un entusiasmo que me resultaba difícil de entender. Sin duda recodaba en ella a la niña a quien tiempo atrás había amado tanto. Pero, además, se figuraba por algún motivo que junto a ella encontraría en seguida alivio a todas sus penas de ahora y quizás el medio de despejar sus dudas más angustiosas. En Liza pensaba hallar una criatura de algún modo fuera de lo común. Pero, a pesar de ello, no iba a visitarla, aunque todos los días se disponía a hacerlo. Lo principal era que yo, por mi parte, tenía grandísimo empeño en conocerla, para lo cual sólo podía contar con Stepan. Por esos días me habían causado profunda impresión mis encuentros casuales con ella, por supuesto en la calle, cuando ella salía de paseo en un soberbio caballo, en traje de amazona, acompañada por aquél a quien llamaban su pariente, un apuesto oficial del ejército, sobrino del difunto Drozdov. Mi ofuscación duró un instante y no tardé en comprender lo imposible de mis sueños; pero sólo por un instante. Es posible comprender mi enojo con mi pobre amigo por su terca reclusión.

A todos los amigos se les había advertido oficialmente desde un principio que

Stepan no recibiría durante algún tiempo y se les había rogado que no le importunasen de ningún modo. Él insistió en que se les enviase una circular a tal efecto, a pesar de que yo me opuse. A requerimiento de él fui a verlos a todos para decirles que Varvara había encargado a nuestro «viejo» (así le llamábamos entre nosotros) un trabajo arduo, a saber, ordenar cierta correspondencia de varios años de duración; que se había encerrado en casa y que yo lo estaba ayudando, etc., etc. Al único que tuve tiempo de encontrar fue a Liputin, y decidí aplazarlo; en realidad, temía encontrarlo. Sabía de antemano que no creería una sola palabra mía, que comenzaría a gritar sin duda que allí había un secreto que sólo a él querían ocultarle, y que no bien me apartara de él recorrería toda la ciudad haciendo preguntas y propalando chismes. Así iba cavilando cuando por casualidad tropecé con él por la calle. Parecía haberse enterado ya de todo por medio de los amigos a los que yo había avisado lo que pasaba. Pero, cosa rara, no sólo no manifestó curiosidad ni hizo preguntas acerca de Stepan, sino que, al contrario, me cortó la palabra cuando empecé a disculparme por no haber ido antes en su busca y pasó seguidamente a otro tema. Verdad es que tenía muchas cosas que contar; estaba excitadísimo y muy contento de tropezar con alguien que lo escuchara. Empezó contando las noticias de la ciudad, la llegada de la gobernadora con «nuevos temas de conversación», la oposición que se estaba formando en el club, el hecho de que todo el mundo hablase de las nuevas ideas aunque no a todos les iban bien, etc., etc. Estuvo hablando un cuarto de hora y de manera tan divertida que no podía apartarme de él. Aunque no podía aguantarlo, confieso que tenía el don de hacerse escuchar, sobre todo si se ponía furioso por algún motivo. A mi juicio, este hombre era un espía auténtico y congénito. En todo momento sabía las últimas noticias y los secretos de nuestra ciudad, con preferencia los inconfesables, y era cosa de maravilla oír hasta qué punto consideraba de su incumbencia cosas que nada tenían que ver con él. Siempre pensé que el rasgo destacado de su carácter era la envidia. Cuando esa misma tarde conté a Stepan mi encuentro de la mañana con Liputin y la conversación que tuvimos, aquél, con gran sorpresa mía, se alarmó sobremanera y me hizo la absurda pregunta de si «Liputin sabía o no». Yo traté de probarle que era imposible que lo supiera tan pronto y que seguramente nadie se lo habría dicho, pero Stepan seguía en sus trece.

—Piense usted lo que guste —dijo al fin inesperadamente—, pero yo estoy convencido de que no sólo sabe todo lo tocante a nuestra situación, y con todos los detalles, sino que sabe todavía más, algo que ni usted ni yo sabemos y que quizá nunca sabremos, o que sabremos cuando sea demasiado tarde y la cosa ya no tenga solución.

Yo guardé silencio, pero esas palabras sugerían mucho. Después de esto pasaron cinco días sin que mencionáramos una sola vez el nombre de Liputin. Para mí estaba claro que Stepan se arrepentía de haberme confesado tales sospechas y de haberse ido

demasiado de lengua.

2

Una mañana —siete u ocho días después de que Stepan diera su consentimiento— alrededor de las once, cuando según costumbre corría a reunirme con mi atribulado amigo, tuve una aventura en el camino.

Tropecé con Kramazinov, el «gran escritor», como lo llamaba Liputin.

Yo lo he leído desde la niñez. Sus novelas son conocidas de todas las generaciones anteriores y aun de la actual. Yo gozaba con ellas; fueron la delicia de mi adolescencia y juventud. Más tarde mi interés por sus escritos se ha enfriado bastante; las novelas de tesis, que eran lo único que escribía últimamente, no me gustaban tanto como sus obras primeras, las tempranas, tan rebosantes de poesía espontánea; y sus obras más recientes no me gustaban nada.

Considerando el conjunto —si se me permite expresar una opinión en materia delicada—, estos talentos nuestros de segundo orden, a quienes por el común se mira en vida casi como genios, no sólo se borran, cuando mueren, de la memoria de todos sin dejar rastro y velozmente, sino que incluso en vida, apenas surge una nueva generación y reemplaza a aquella otra en que fueron influyentes, son arrinconados y olvidados con rapidez increíble. Esto parece suceder entre nosotros casi de manera instantánea, como si fuera un cambio de corazón en el teatro. No ocurre, por supuesto, con los Pushkin, los Gogol, los Molière, los Voltaire, con espíritus creadores, en suma, que tienen algo nuevo que decir. Es verdad también que estos talentos nuestros de segundo orden por lo común se agotan lamentablemente como escritores en el respetable ocaso de sus años y hasta sin darse cuenta de ello. A menudo resulta que el escritor a quien durante largo tiempo se había atribuido una insólita profundidad ideológica y de quien se esperaba un hondo y serio influjo en los movimientos sociales delata al cabo tal flojedad e insignificancia en su idea fundamental que nadie se lamenta de que se haya agotado tan pronto. Ahora bien, los viejos escritores no advierten esto y se enojan. Su amor propio, sobre todo al final de su carrera literaria, llega a extremos increíbles. Se diría que llegan a tomarse cuando menos por dioses. De Karmazinov se contaba que estimaba sus relaciones con gente de campanillas y con la alta sociedad casi más que su propio espíritu. Se decía que si se topaba con usted, pongamos por caso, se mostraba amable, lo atraía y cautivaba con su sencillez, sobre todo si le era usted útil para algún motivo y, por supuesto, si llevaba por delante una buena recomendación. Pero si estando con él se presentaba un príncipe, una condesa o cualquier persona que le infundiese temor, consideraba deber sagrado desentenderse de usted de la manera más ofensiva, como si fuera usted un guiñapo, una mosca, antes de que tuviera usted tiempo de alejarse; y juzgaba con perfecta seriedad que tal proceder era correcto e impecable en sumo grado. No obstante el pleno dominio que de sí tiene y su perfecto conocimiento de los buenos

modales, su vanidad llega a tal extremo de histeria que no logra disimular su hipersensibilidad de autor incluso en los círculos sociales que se interesan poco por la literatura. Si por ventura alguien se muestra indiferente hacia él, se ofende morbosamente y procura vengarse.

Hará cosa de un año que leí en una revista un artículo suyo escrito con desagradables pretensiones de ingenua poesía y aun de psicología. En él describía el naufragio que había presenciado de un vapor cerca de la costa inglesa. El rescate de los supervivientes y la recuperación de los cadáveres de los ahogados. Todo el artículo, que era bastante largo y palabrero, lo había escrito con el único fin de exhibirse a sí mismo. Entre líneas podía leerse: «Fíjense en mí; vean qué clase de hombre fui en ese momento. ¿Qué les importan a ustedes el mar, la tempestad, los acantilados, el casco destrozado del barco? Yo les he descrito de modo suficiente eso con mi pujante pluma. ¿Por qué se fijan ustedes en esa mujer ahogada, con el cadáver de un niño en sus brazos muertos? Mejor es que se fijen en mí, que vean cómo no pude soportar semejante escena y me aparté de ella. Le volví la espalda; estaba espantado y no tenía valor para mirar tras de mí; cerré los ojos. "¿Verdad que es interesante?"». Cuando expresé mi opinión sobre el artículo, Stepan me dio la razón.

No hace mucho corrieron por la ciudad rumores de que había llegado Karmazinov y me entró, por supuesto, grandísimo deseo de verle y, de ser posible, de conocerle. Sabía que podía lograrlo por medio de Stepan, pues habían sido amigos años atrás. Y he aquí que tropecé con él al cruzar la calle. Lo reconocí al momento. Me lo había mostrado tres días antes cuando pasaba en coche con la gobernadora…

Era un viejo bajito y remilgado, aunque no tendría más de cincuenta y cinco años, de rostro exiguo y rubicundo, pelo gris rizado y espeso que asomaba bajo un sombrero redondo, cilíndrico, y que circundaba unas orejitas limpias y rosadas. Su rostro pulcro y pequeño no era muy atrayente; tenía los labios largos, delgados y contraídos en un gesto de astucia; la nariz algo carnosa, y los ojos inteligentes, pequeños y de mirada aguda. Llevaba con cierto descuido una capa sobre los hombros, de un corte que estaría de moda esa temporada en Suiza o en el norte de Italia. Pero, por otra parte, todos los artículos menudos de su atuendo eran sin duda de los que usa la gente de gusto irreprochable: gemelos, cuello, botones, anteojos de carey sujeto con una cintita negra y sortija de sello. Yo estoy seguro de que en verano calza botines color uva cerrados por una hilera de botones de nácar. Cuando nos encontramos acababa de detenerse en el cruce de la calle y miraba en torno con atención. Al notar que yo lo miraba con curiosidad me preguntó, con una vocecita melosa, aunque un poco aguda:

—¿Sería tan amable de decirme cuál es el camino más corto para llegar a la calle Bykova?

—Sí, es aquí mismo, si se llega enseguida, —exclamé con agitación

desacostumbrada—. Todo derecho por esta calle y luego la segunda bocacalle a la izquierda.

—Muchas gracias.

Maldito sea ese minuto. Por lo visto me azoré y tomé un aire servil. Él se dio cuenta al momento, lo comprendió todo en seguida, esto es, comprendió que yo sabía quién era, que lo había leído y admirado en mi infancia, y que ahora estaba azorado y había tomado un aire servil. Se sonrió, inclinó una vez más la cabeza y prosiguió su camino hacia donde yo le había indicado. No sé por qué me volví para seguirlo; no sé por qué corrí unos pasos tras él. Él se detuvo de nuevo.

—¿Y no podría usted indicarme dónde podría encontrar un coche de punto por aquí cerca? —volvió a preguntarme con su voz chillona.

¡Chillido repelente, voz repelente!

—¿Un coche de punto? Muy cerca de aquí…, junto a la catedral; allí siempre hay —y estuve a punto de ir corriendo a buscarle el coche. Sospecho que eso era cabalmente lo que esperaba. Por supuesto recapacité al momento y detuve mis pasos, pero él interpretó bien mi movimiento y me siguió con la misma sonrisa repelente. Entonces sucedió algo que nunca olvidaré. De pronto dejó caer un bolso pequeño que llevaba en la mano izquierda; en realidad no era un bolso, sino una caja, o quizás una cartera, o, mejor aún, una retícula de ésas que solían llevar las señoras. En fin, no sé lo que era; sólo sé que, al parecer, corrí a recogerlo.

Estoy plenamente seguro de que no lo recogí, pero el primer movimiento que hice fue inequívoco; no había modo de ocultarlo y me ruboricé como un majadero. El muy taimado sacó de la situación todo el partido posible.

—No se moleste, que yo mismo lo recojo —dijo seductoramente. Cuando se dio perfecta cuenta de que yo no iba a recoger la retícula, la levantó como anticipándoseme, hizo otra inclinación de cabeza y siguió su camino dejándome en ridículo. Era lo mismo que si yo, en efecto, lo hubiera recogido. Durante cinco minutos me consideré deshonrado por completo y para siempre; pero cuando llegué a casa de Stepan solté de pronto a reír. El lance me pareció tan divertido que decidí entretener a Stepan con su relación e incluso representarle la escena con personajes y todo.

3

Para esta ocasión, con gran asombro mío, lo hallé extremadamente turbado. Es verdad que, no bien entré, corrió con ansia a mi encuentro y se dispuso a escucharme, peso su semblante se veía tan aturdido que era evidente que al principio no comprendía mis palabras. Sin embargo, cuando pronuncié el nombre de Karmazinov se puso como loco.

—¡No me hable de él! ¡No pronuncie su nombre! —gritó casi rabioso—, ¡vea, vea usted! ¡Lea, lea!

Trajo un cajón y arrojó sobre la mesa tres trocitos de papel escritos a la ligera con lápiz, todos de Varvara. La primera nota era de la antevíspera, la segunda de la víspera y la última había llegado ese mismo día, apenas una hora antes. El contenido era de lo más trivial, todo él sobre Karmazinov, y revelaba la agitación ambiciosa y exigente con que Varvara veía la posibilidad de que el escritor se olvidara de hacerle una visita. He aquí la primera nota:

Si por fin se digna a visitarlo hoy; le ruego que no diga una palabra de mí, ni haga la menor alusión. No le hable de mí ni le recuerde que existo VS.

La segunda:

Si por fin decide hacerle una visita esta mañana, lo más correcto a mi juicio es no recibirlo. Tal es mi opinión; no sé cuál es la de usted VS.

La última, del mismo día:

Estoy segura de que en su casa hay mugre hasta el techo y nubes de tabaco. Le mando a Mafra y Formushka; lo limpiarán todo en media hora. Le envío una alfombra de Bokhara y dos jarrones chinos; hace tiempo que quiero regalárselos; y, por añadidura, mi cuadro de Teniers (éste sólo como préstamo). Puede usted poner los jarrones en la repisa de la ventana y colgar el Teniers encima del retrato de Goethe; allí se podrá ver bien y hay siempre luz por la mañana. Si por fin se presenta, recíbalo con estricta cortesía, pero procure hablar de fruslerías, de algún tema erudito, y como si se hubieran separado ustedes sólo la víspera. De mí, ni una palabra. Quizá vaya a echar un vistazo a su casa esta tarde.

V. S. P. S. si no viene hoy, entonces ya no vendrá.

Leí y quedé sorprendido de que se turbara por tonterías semejantes. Mirándolo con cuidado advertí que mientras yo había estado leyendo él había trocado la sempiterna corbata blanca por la roja. Su sombrero y su bastón se hallaban en la mesa. Estaba pálido y hasta le temblaban las manos.

—¡No quiero saber nada de su agitación! —exclamó con frenesí en respuesta a mi mirada interrogante—. ¡Tiene la frescura de preocuparse por lo que hará él y ni siquiera contesta mis cartas! Mire, mire esa carta mía que me devolvió ayer sin abrir; mírela, ahí en la mesa, debajo del libro. ¿Qué me importa a mí que esté intranquila por la causa de su idolatrado Nikolai? He escondido los jarrones en el vestíbulo y el Teniers en la cómoda, y a ella le he exigido que me reciba inmediatamente. ¿Me oye? ¡Exigido! Le he mandado mi propio papelito con Nastasya, escrito a lápiz y sin sellar, y estoy esperando. Quiero que sea la misma Dasha la que se explique, oír la explicación de sus propios labios ante la faz del cielo o, por lo menos, ante usted. ¡No quiero ruborizarme, no quiero mentir, no quiero, y no tolero, secretos en el asunto! ¡Que se me confíe todo con franqueza, con candor, con nobleza, y entonces… quizá sorprenda a todos con mi magnanimidad…! ¿Soy o no soy un bribón, señor mío? —concluyó sin más, mirándome amenazadoramente como si yo, en efecto, lo tuviera por bribón.

Le rogué que bebiese un poco de agua; nunca lo había visto en tal estado. Mientras hablaba, corría de un extremo a otro de la habitación, pero de pronto se detuvo ante mí en postura extraña:

—¿Es que cree usted… —empezó de nuevo con altivez histérica, mirándome de pies a cabeza—, es que puede usted creer que yo, Stepan, carezco de suficiente fuerza moral para coger mi zurrón (mi zurrón de mendigo), echármelo sobre mis flojos hombros e irme de aquí para siempre, cuando así lo exigen el honor y el sagrado principio de la independencia? No sería la primera vez que Stepan ha combatido el despotismo con la magnanimidad, aun el despotismo de una mujer chiflada, esto es, el despotismo más ultrajante y cruel que puede darse en el mundo. Aunque usted, señor mío, parece que se ha sonreído de mis palabras hace un momento. ¿Conque no cree que puedo tener magnanimidad bastante para acabar mi vida como tutor en casa de un comerciante o morir de hambre al pie de un vasallo? ¡Contésteme, contésteme! Vamos, ¿lo cree o no lo cree?

Pero yo callaba adrede. Incluso puse cara de no querer agraviarlo con una respuesta negativa, pero sin querer contestar positivamente. En su irritación había algo que desde luego me había ofendido, y no personalmente, ¡oh, no! Pero… más tarde me explicaré.

Él se puso pálido.

—¿Es que se aburre usted conmigo, y acaso desea… no venir a verme más? —dijo con el tono de angustiado sosiego que de ordinario precede a una insólita

explosión. Yo di un respingo de alarma. En ese momento entró Nastasya y, sin decir palabra, entregó a Stepan un papelito en el que había algo escrito en lápiz. Él le echo un vistazo y me lo alargó—. En el papel sólo había tres palabras de puño y letra de Varvara: «quédese en casa».

Stepan cogió en silencio su sombrero y su bastón y salió rápidamente de la habitación; yo, mecánicamente, salí tras él. De improviso se oyeron en el pasillo voces y el ruido de pasos apurados. Él se detuvo como alcanzado por un rayo.

—Es Liputin, estoy perdido —murmuró cogiéndome del brazo.

En ese mismo instante Liputin entró en la habitación.

4

Por qué se consideraba perdido con la llegada de Liputin era algo que yo no sabía; además, tampoco daba mucho peso a sus palabras, achacándolas a su estado de nervios, *quelque chose dans ce genre*.

Stepan miró interrogativamente a Liputin, a quien acompañaba un desconocido, que nos fue presentado como el ingeniero Kirillov.

—Le agradezco mucho su visita, pero le tengo que confesar que en este momento… no estoy en condiciones… Permítame, sin embargo, preguntarle dónde se aloja.

—En la calle Bogoyavlenskaya, en casa de Filippov.

—¡Ah, ahí es donde vive Shatov! —dije involuntariamente.

—Justamente, en la misma casa —dijo Liputin—; ahora bien, Shatov vive arriba, en el desván, y este señor vive abajo, en el piso del capitán Lebiadkin. Este señor conoce también a Shatov y a la mujer de Shatov. Tuvo una estrecha relación con ella en el extranjero.

—¿De modo que sabe algo usted sobre el desgraciado matrimonio de *ce pauvre ami* y esa mujer? —preguntó Stepan dejándose arrastrar por la emoción—. Usted es el primero que encuentro que la ha conocido personalmente; y si al menos…

—¡Qué tontería! —interrumpió el ingeniero soliviantado—. ¡Cómo inventa usted, Liputin! No he visto a la mujer de Shatov, sólo una vez y de lejos. A Shatov sí lo conozco. ¿Por qué inventa usted todo eso?

Se revolvió abruptamente en el sofá, cogió el sombrero, lo volvió a soltar y, tomando la postura anterior, fijó sus ojos negros en Stepan con cierto aire provocativo. Yo no podía explicarme insolencia tan grande.

—Perdón —observó Stepan gravemente—, comprendo que puede tratarse de un asunto delicado.

—Aquí no hay asunto delicado alguno; y además es vergonzoso. Lo de «tonterías» no lo dije por usted, sino por Liputin y sus invenciones. Sentiría que creyera que fue por usted. Conozco a Shatov, pero no a la mujer. A ella no la conozco en lo más mínimo.

—Lo comprendí, lo comprendí. Si insistí fue sólo porque quiero mucho a nuestro pobre amigo y siempre me he interesado por… Es hombre que, en mi opinión, ha cambiado radicalmente sus ideas anteriores, quizás demasiado juveniles, pero en todo caso justas. Ahora vocifera tanto acerca de *nôtre sainte Russie* que yo hace tiempo que lo achaco a una crisis orgánica (no quiero llamarla de otro modo), a una aguda tirantez familiar, más precisamente, al fracaso de su matrimonio. Yo, que conozco a mi pobre Rusia como la palma de mi mano y he sacrificado toda mi vida al pueblo ruso, puedo asegurarle que él no conoce al pueblo ruso y, además…

—Yo tampoco conozco al pueblo y… tampoco tengo tiempo para estudiarlo —el ingeniero interrumpió de golpe a Stepan Trofimovich en medio de su discurso.

—Lo estudia, lo estudia —interpuso Liputin—. Ya empezó su estudio y está escribiendo un curioso artículo sobre las causas del número creciente de suicidios en Rusia y, más generalmente, sobre las causas del aumento o disminución en el número de suicidios en la sociedad. Ha llegado a conclusiones sorprendentes —el ingeniero se mostró terriblemente agitado.

—No tiene usted ningún derecho —balbuceó airado—. No hay tal artículo… yo no me meto en necedades… Le hice a usted una pregunta confidencial, por mera curiosidad. No hay artículo; yo no publico… y usted ya no tiene derecho…

Estaba claro que Liputin se divertía.

—Lo siento. Quizás hago mal en llamar artículo al trabajo literario de usted. Este señor recoge sólo observaciones sin llegar al fondo de la cuestión o, por así decirlo, sin tocar siquiera su aspecto moral. Más aún, rechaza la moralidad misma y adopta el nuevo principio de la destrucción universal como medio para lograr fines benéficos. Pide más de cien millones de cabezas para implantar el sentido común en Europa, más de las que se pidieron en el último Congreso de la Paz. En este asunto Aleksei Nilych va mucho más lejos que los demás.

El ingeniero escuchaba con una ligera sonrisa desdeñosa. Durante algunos minutos todos guardamos silencio.

—Eso es estúpido, Liputin —dijo por fin el señor Kirillov con cierta dignidad—. Si acaso le di algún detalle y usted lo cogió al vuelo, buen provecho le haga. Pero no tiene usted derecho, porque yo no digo nada a nadie. Detesto hablar… si hay convicciones, entonces está claro que… pero ha obrado usted estúpidamente. Yo no juzgo aquellos temas en que está todo resuelto. No puedo aguantar los juicios… Nunca quiero juzgar nada…

—Y quizá hace usted bien —dijo Stepan.

—Perdone, pero aquí no estoy enfadado con nadie —prosiguió el visitante en tono rápido y acalorado—. He visto poca gente durante cuatro años…, durante cuatro años he hablado poco y he procurado no tropezar. Liputin se ha enterado de ello y se ríe. Comprendo, y me da lo mismo. No soy quisquilloso, pero me molesta la libertad que se toma. Si no expongo a ustedes mi pensamiento —concluyó inesperadamente incluyéndonos a todos en la mirada firme— no es porque tema que me denuncien a las autoridades. ¡De ninguna manera! Por favor; no vayan a creer necedad semejante…

Nadie respondió a estas palabras; nos limitamos a cruzar miradas. Hasta Liputin olvidó reírse con su risa tonta.

—Señores, lo lamento mucho —dijo Stepan, levantándose del sofá con decisión —, pero no estoy bien, me siento indispuesto. Ustedes perdonen…

—¡Ah, usted quiere que nos vayamos! —secundó el señor Kirillov cogiendo su gorra—. Hace usted bien en decirlo porque soy distraído.

Se levantó y con gesto ingenuo alargó la mano a Stepan.

—Le deseo toda la suerte de triunfos —respondió Stepan estrechándole la mano con benevolencia y sin prisa—. Comprendo, por lo que dice, que si ha vivido tanto tiempo en el extranjero, huyendo de la gente por el motivo que sea y olvidando a Rusia, quizá nos mire usted a nosotros, que somos rusos hasta los tuétanos, con la misma extrañeza con que nosotros lo miramos a usted. Sólo me extraña una cosa: usted quiere construir nuestro puente, pero al mismo tiempo asegura que apoya el principio de la destrucción general. ¡No lo dejarán construir el puente!

—¿Cómo? ¿Qué dice? ¡Demonio! —exclamó Kirillov sorprendido; y de pronto soltó una carcajada sonora y alegre. Su semblante tomó al momento una expresión infantil que le sentaba muy bien. Liputin se frotó las manos de satisfacción al oír la frase de Stepan. Y yo seguía cavilando por qué éste temía tanto a Liputin y por qué había exclamado «¡Estoy perdido!» cuando lo oyó entrar.

5

Ya había llegado ese momento en que el anfitrión y sus invitados están en las últimas conversaciones antes de separarse. Estábamos todos en el umbral de la puerta.

—La razón por la cual el señor Kirillov está hoy tan sombrío —dijo Liputin volviéndose cuando ya salía de la habitación y, por así decirlo, de pasada— es que acaba de enojarse mucho con el capitán Lebiadkin por causa de la hermana de éste. El capitán Lebiadkin golpea día y noche a su bella hermana, que está loca. Parece que incluso llega a utilizar un auténtico látigo cosaco. Por eso, para verse libre de todo, Aleksei Nilych ha alquilado una casita junto a la casa de ellos. Bueno, señores, hasta la vista.

—¿Una hermana? ¿Enferma? ¿Con un látigo? —gritó Stepan como si fuera él a quién de repente dieran de latigazos—. ¿Qué hermana? ¿Qué Lebiadkin?

Su terror de antes regresó intacto.

—¿Lebiadkin? Es un capitán de reserva. Antes sólo se llamaba a sí mismo capitán de ayudante…

—¿Eh? ¿Qué importa su graduación? ¿Qué hermana? ¡Dios mío! ¿Dice usted que Lebiadkin? Pero si hubo aquí un Lebiadkin…

—Pues es el mismo, nuestro Lebiadkin ¿Se acuerda usted? ¿En casa de Virginski?

—¿Al que cogieron con billetes falsos?

—Pues ha vuelto hace casi tres semanas y en circunstancias muy especiales.

—¡Pero si es un granuja!

—¿Es que no puede haber un granuja entre nosotros? —preguntó de pronto Liputin con una sonrisa burlona y escudriñando a Stepan con sus ojos furtivos.

—Ay, ¡Dios, no quise decir eso…! Aunque, por otra parte, estoy en perfecto acuerdo con usted en lo de granuja; sobre todo con usted. Pero ¿qué más hay, qué más? ¿Qué quería decir usted con eso…? Porque sin duda usted quiso decir algo con eso.

—No son más que tonterías… Lo que quiero decir es que ese capitán, según todas las apariencias, no se marchó entonces de aquí por causa de unos billetes falsos, sino para buscar a su hermana que, por lo visto, se esconde de él en alguna parte; ahora la ha traído aquí…; ésa es la historia. ¿Por qué parece usted asustado, Stepan? A fin de cuentas, repito sólo lo que él me dijo cuando estaba borracho, porque cuando no lo está no dice esta boca es mía. Es hombre irritable, ¿cómo diría yo?, un militar con aires de esteta, pero de mal gusto. Y esa hermana suya no sólo está loca, sino que es coja por añadidura. Parece que alguien la sedujo y que desde hace muchos años Lebiadkin recibe del seductor un tributo anual en compensación por su mancillado honor. Al menos eso es lo que se saca de él cuando está bebido, aunque a mi juicio no son más que despropósitos de borracho, pura jactancia. Sin contar que esas

componendas pueden hacerse por mucho menos dinero. Ahora bien, que lleva mucho dinero encima es indudable. Hace diez días andaba descalzo y ahora tiene los billetes a puñados. Yo mismo lo he visto. A la hermana le dan ataques a diario, se pone a chillar y es entonces cuando la pone «en cintura» con el látigo. Dice que hay que enseñarles a las mujeres a tener respeto. No comprendo cómo Shatov puede seguir viviendo en la misma casa que ellos. Aleksei aguantó sólo tres días. Se conocen desde Petersburgo. Y ahora ha alquilado la casita para estar más tranquilo.

—¿Es eso verdad? —Stepan se volvió al ingeniero.

—Habla usted por los codos, Liputin —murmuró Kirillov enfadado.

—¡Enigmas! ¡Secretos! ¿Por qué hay de pronto tantos secretos entre nosotros? —preguntó Stepan sin poder contenerse.

El ingeniero frunció el ceño, se puso colorado, se encogió de hombros y salió de la habitación.

—Aleksei le quito el látigo, lo rompió y lo tiró por la ventana —agregó Liputin —. Tuvieron además una riña formidable.

—¿Por qué cotorrea usted tanto, Liputin? ¡Eso es estúpido! ¿Por qué? —preguntó Aleksei.

—Pero ¿qué se gana con ocultar por modestia los impulsos más nobles del propio espíritu? Del de usted, quiero decir, porque no hablo del mío…

—¡Qué estúpido es esto…, y además innecesario…! Lebiadkin es un necio, un perfecto tarambana, inútil para la causa y… enteramente perjudicial. ¿A qué viene tanta palabrería? Yo me voy.

—¡Qué lástima! —exclamó Liputin con una ancha sonrisa—. ¡Y yo que iba a hacerlo reír a usted, Stepan, con otra pequeña anécdota! Venía incluso con intención de contársela, aunque probablemente la ha oído usted ya. Bueno, otro día será. Aleksei tiene tanta prisa… Hasta la vista. La anécdota tiene que ver con Varvara. Me hizo reír mucho anteayer. Me mandó llamar expresamente. ¡Qué divertido!

Pero Stepan literalmente lo atrapó. Lo agarró de los hombros, lo hizo entrar de nuevo en la habitación y lo sentó en un silla. Liputin se acobardó o poco menos.

—¿Que qué paso? —empezó, mirando con cautela a Stepan desde su silla—. De repente me mandó a llamar para preguntarme «confidencialmente» si, en mi opinión, Nikolai está loco o cuerdo. Es para asombrarse, ¿no?

—¡Usted está loco! —murmuró Stepan; y de repente se puso furioso—. Liputin, usted sabe demasiado bien que ha venido aquí a contar alguna bajeza de esa índole… y quizás algo peor.

Al punto me vino a la memoria la sospecha que había expresado de que Liputin no sólo sabía de nuestro asunto más que nosotros, sino además algo que nosotros no sabríamos jamás.

—¡Por favor, Stepan! —musitó Liputin como poseído de terror—. ¡Por favor…!

—Calle y empiece. Le ruego encarecidamente, señor Kirillov, que también usted vuelva y esté presente, ¡muy encarecidamente! Tome asiento. Y usted, Liputin, hable con franqueza y sencillez… y sin excusas de ningún género.

—Si hubiera sabido que iba usted a ponerse así, no habría empezado siquiera… ¡Y yo que pensaba que usted lo sabía todo ya de Varvara!

—¡Usted no pensaba nada de eso! ¡Empiece, empiece, le digo!

—¡Al menos hágame el favor de sentarse también! No me parece bien estar yo sentado y tenerlo a usted corriendo delante de mí con tanto sofoco. Lo que tengo que decir me saldría todo revuelto.

Stepan se detuvo y con aire imponente se dejó caer en el sillón. El ingeniero fijó sombrío los ojos en tierra. Liputin nos miró a todos con frenético regocijo.

—Vamos a ver por dónde voy a empezar… me tienen ustedes tan azorados.

6

—Anteayer, me mandó decir con un criado que tenía que ir a visitarla a las doce. ¿Lo pueden creer? Dejé lo que tenía pensado hacer y ayer llamé a su puerta a las doce en punto. Me hicieron pasar a la sala y al cabo de un minuto apareció ella, me invitó a tomar asiento y se sentó frente a mí. Me senté sin poder creer lo que veían mis ojos; usted sabe muy bien cómo ella me ha tratado siempre. Empezó a hablar sin rodeos, según su costumbre. «Recordará que ya hace unos cuatro años, Nikolai, estando enfermo, hizo ciertas cosas extrañas que causaron confusión en toda la ciudad hasta que quedaron por fin aclaradas. Uno de esos hechos desgraciados tuvo que ver con usted personalmente. Cuando se recuperó, Nikolai fue a verlo, yo se lo exigí y además sé que varias veces él se había entrevistado con usted antes. Le ruego que me diga sinceramente cómo usted… (aquí titubeó un poco) cómo lo vio usted entonces a Nikolai… ¿Qué opinión, en general, tenía entonces de él? ¿Qué juicio pudo formarse de él entonces… y qué juicio tiene ahora…?». Ahí ya titubeó más, hasta el punto de que quedó callada un minuto entero, y de pronto se ruborizó. Quedé sobrecogido de temor. Retomó al cabo su plática, no en tono conmovedor, pero sí muy impresionante:

«Pretendo que pueda comprenderme bien: quise que viniera porque lo considero una persona aguda y perspicaz, capaz de formar impresiones imparciales (¡hay que ver qué cumplidos!). Usted deberá entender que es una madre la que habla… Nikolai ha tenido en su vida muchas desgracias y bastantes altibajos; todo ello (dijo) puede haber influido en su estado de ánimo. Ni que decir tiene (dijo) que no hablo de locura ¡eso es impensable! (esto lo dijo con firmeza y orgullo). Pero quizás hubiera algo extraño, peculiar, algún cambio de ideas, cierta preferencia por opiniones fuera de lo común (éstas son sus palabras textuales y quedé asombrado, Stepan, de la exactitud con la que Varvara sabe explicar un asunto. ¡Qué inteligencia tiene la señora!). Yo al menos (dijo) noté en él cierta inquietud, cierta inclinación a una melancolía muy peculiar. Pero yo soy su madre y usted es un extraño, es decir que usted, por su inteligencia, es capaz de formar una opinión independiente. Le suplico (así lo dijo: suplico), en fin, que me diga toda la verdad sin reticencias de ninguna clase, y si, por añadidura, me promete no olvidar nunca que he hablado con usted confidencialmente, podrá contar siempre con mi completa disposición a recompensar su bondad en toda posible ocasión». ¿Eh, qué le parece?

—Usted…, usted me deja tan asombrado… —murmuró Stepan— que no lo creo…

—No, no. Note usted —insistió Liputin como si ni hubiera oído a Stepan— cuál será su agitación e inquietud cuando, con todo lo señora que es, hace semejante pregunta a una persona como yo; y lo que es más, se rebaja a pedirme que guarde el

secreto. ¿Qué significa eso? ¿Es que ha recibido alguna noticia inesperada de Nikolai?

—No conozco… noticia alguna…; hace ya unos días que no nos vemos, pero… le advierto —balbuceó Stepan tratando de poner algún orden en sus ideas— que eso se lo ha dicho a usted confidencialmente, y que ahora, delante de todos…

—¡Confidencialmente, sí, por completo! Pero que me muera si…; y en lo de hablar aquí, ¿qué? ¿Es que no nos conocemos, aun incluyendo a Aleksei?

—No soy de esa opinión. Sin duda tres de nosotros guardamos el secreto, pero temo al cuarto, que es usted. No me fío de usted un pelo.

—Pero ¿qué dice, señor? En realidad lo que quiero en este particular es subrayar una circunstancia extraña, mejor dicho, más psicológica que extraña. Ayer tarde, influido por la conversación con Varvara (bien puede figurarse la impresión que me produjo), hice a Aleksei una pregunta discreta: «Usted (dije) conocía a Nikolai en el extranjero, y aún antes de eso en Petersburgo, ¿qué idea tenía usted (dije) de su estado mental y de sus facultades?». Él, según su costumbre, contestó lacónicamente que es una persona de aguda inteligencia y sano juicio. «¿Y no vio usted en el curso de los años (dije) algo así como un descarrío en sus ideas, algún desvarío mental, algún toque de locura, por así decirlo?». En resumen, repetí la pregunta que me hizo Varvara. Pues verán ustedes: Aleksei se puso pensativo y arrugó la cara, como ahora la tiene. «Sí (dijo), a veces me parecía que le pasaba algo raro». Tengan ustedes en cuenta, por lo tanto, que si a Aleksei le parecía que le pasaba algo raro, podía, en efecto, pasarle algo raro, ¿no?

—¿Es cierto? —preguntó Stepan a Aleksei.

—Preferiría no hablar de eso —respondió Aleksei levantando de pronto la cabeza y con ojos relampagueantes—. Liputin, quiero que quede claro que en este asunto no tiene usted derecho alguno a hablar de mí. No expresé toda mi opinión. Aunque hace mucho tiempo lo conocí en Petersburgo y aunque lo he visto hace poco, lo cierto es que apenas he tratado a Nikolai. Le pido, pues, que me deje fuera del caso…; además, todo eso no es más que chismorreo.

Liputin levantó los brazos con gesto de inocencia lastimada.

—¡Así que soy un chismoso! ¿Y qué tal si también soy un espía? A usted, Aleksei, no le cuesta nada criticar, puesto que insiste en quedarse fuera de todo. Stepan, no puede usted figurarse…, en fin, lo imbécil que es el capitán Lebiadkin, que es tan imbécil como… me da vergüenza decir lo imbécil que es. En ruso tenemos una comparación que indica el grado de imbecilidad…; pues bien, él también se considera ofendido por Nikolai, aunque reconoce su agudeza mental: «Me maravilla ese hombre (dice); es una serpiente sabia» (ésas son sus propias palabras). Yo le pregunté (bajo esa influencia de ayer y después de mi conversación con Aleksei): «Capitán (dije), ¿usted, qué opina? ¿Está loca esa serpiente sabia de usted o no?».

Créame, fue como si le hubiera propinado un latigazo en la espalda sin su permiso. Se puso de pie en un brinco: «Sí… (dijo), sí; ahora bien, eso no puede influir…» ; pero no llegó a decir qué no podía influir, y entonces se puso tan triste y tan hondamente pensativo que hasta se le pasó la borrachera. Estábamos entonces en la taberna de Filippov. Media hora después golpeó fuerte un puñetazo en la mesa: «Sí (dijo), quizás esté loco, aunque eso no puede influir…» sin decir una vez más en qué no podía influir. Por supuesto, les estoy dando sólo un resumen de la conversación, pero el pensamiento está claro: pregunte a cualquiera, y a todos se les ocurre la misma idea aunque no se les hubiera ocurrido antes: «Sí (dicen), loco; muy listo, pero quizá también loco».

Stepan seguía pensativo en su asiento, y cavilaba furiosamente.

—Pero ¿qué sabe Lebiadkin?

—¿No sería más útil preguntárselo a Aleksei, que acaba de decir que lo sabe? Yo, que soy un espía, no lo sé, pero Aleksei, que sabe todos los secretos, se calla.

—No, no sé nada, o sé poco —replicó el ingeniero con la misma irritación—. Usted emborracha a Lebiadkin para enterarse. Y usted también me ha traído aquí para que yo hable y usted se entere. Por eso digo que es usted un espía.

—Aún no me ocupé de emborracharlo y no vale el dinero que costaría hacerlo. He aquí lo que significan para mí todos sus secretos; lo que significan para usted no lo sé. Era él quien estaba derrochando el dinero cuando hace doce días vino a pedirme prestados quince kopeks; y es él el que me emborracha a mí con champán, y no yo a él. Pero me sugiere usted una cosa, y es que si me parece necesario lo emborracharé; y precisamente para enterarme de todos los secretos de ustedes, y puede que me entere de ellos —exclamó Liputin despechado.

Stepan miraba confuso a los dos querellantes. Los dos se delataban mutuamente y, además, sin ningún límite. Se me ocurrió que Liputin había traído a Aleksei con el único propósito de que entablara conversación, en provecho suyo, con una tercera persona; ése era uno de sus trucos favoritos.

—Aleksei conoce demasiado bien a Nikolai —prosiguió irritado—, aunque hace como que no. En cambio, a la pregunta sobre el capitán Lebiadkin, diré que conoció a Nikolai antes que todos nosotros, en Petersburgo, hará cinco o seis años, en esa época casi desconocida, si así cabe decirlo, de Nikolai, cuando ni siquiera pensaba todavía honrarnos con su visita. Es necesario dar por sentado que nuestro príncipe reunía entonces en torno de sí a gente extraña. Por lo visto fue entonces cuando conoció también a Aleksei.

—¡Cuidado, Liputin! Le prevengo que Nikolai piensa venir pronto y que sabe valerse por sí mismo.

—¿Y a mí qué me importa? Seré el primero en decir que se trata de una persona de escrupuloso juicio; sobre ese particular tranquilicé ayer por completo a Varvara.

«Ahora también es cierto (le dije), que no puedo responder por su carácter». Por su parte, Lebiadkin repetía ayer: «He sufrido por causa de su carácter». A usted, Stepan, le es fácil decir que eso es chismorreo y espionaje, pero tenga en cuenta que es usted quien me ha sonsacado todo, ¡y con qué curiosidad tan exagerada! Ayer Varvara se fue derecha al tema. «Usted (dijo) estuvo personalmente implicado en el asunto; por eso recurro a usted». ¿Y acaso podía ser de otro modo? ¿Qué móviles podían guiarme? ¿No fui yo quien tuvo que tragarse en público un insulto personal de Su Excelencia? ¡Claro que tengo razones para estar implicado, y no sólo por afición a los chismes! Hoy le estrecha a usted la mano y mañana, porque sí, cuando está de invitado en casa de usted, lo abofetea delante de todo el mundo porque le da la gana. ¡Todo muy a su gusto! Lo principal para estas mariposas y gallitos valientes es el bello sexo. ¡Hidalgos con alitas como cupidos antiguos! ¡Quebrantacorazones al estilo romántico! A usted, Stepan, que es un solterón empedernido, le es fácil hablar así y llamarme chismoso por decir cosas de Su Excelencia. Pero si se casara usted, pues aún es bastante joven para hacerlo, con una mocita guapa, quizás echaría usted el cerrojo a la puerta y levantaría barricadas en su propia casa para que no entrara el príncipe. Si esta *mademoiselle* Lebiadkina, la que recibe los latigazos, no fuera loca ni cojitranca, yo pensaría que había sido víctima de la pasión de nuestro príncipe, y que por eso ha sufrido el capitán Lebiadkin «en su dignidad familiar», como él dice. Quizás ello no vaya bien con el gusto exquisito de nuestro príncipe, pero para personas como él eso no es obstáculo. Toda fruta es buena cuando coinciden apetito y ocasión. Dice usted que yo cuento chismes, pero ¿cree de veras que soy yo quien los cuenta, cuando ya toda la ciudad está hablando de ello? Yo sólo escucho y apruebo. Y no está prohibido aprobar.

—¿Dice que la ciudad está hablando? ¿De qué?

—Más concretamente, es el capitán Lebiadkin quien lo vocifera por toda la ciudad cuando está borracho; pero ¿no es el equivalente a la ciudad entera cuando está borracho? ¿De qué soy culpable? Hablo de esto pero sólo entre amigos, porque al fin y al cabo creo estar entre amigos —y nos miró a todos con aire inocente—. Véanlo así: parece que Su Excelencia ha enviado desde Suiza, para ser entregados al capitán Lebiadkin, trescientos rublos con una muchacha muy honrada y, como si dijéramos, huérfana modesta a quien tengo el honor de conocer. Pero algún tiempo después Lebiadkin recibió informes precisos (no diré de quién, pero sí que era también una persona honradísima y, por lo tanto, digna de crédito) según los cuales no habían sido trescientos, sino mil rublos, los que se habían enviado. «Por consiguiente (clamaba Lebiadkin), la muchacha me ha robado setecientos rublos». Y aunque no quería reclamárselos recurriendo a la policía, sí amenazaba con hacerlo y fue diciéndolo por toda la ciudad…

—¡Eso que dice usted es una vileza…! —exclamó el ingeniero, levantándose de

un salto.

—¡Pero si usted mismo es esa honradísima persona que dijo a Lebiadkin de parte de Nikolai Vsevolodovich que se le habían enviado mil rublos y no trescientos! ¡Si fue el capitán mismo el que me lo dijo cuando estaba bebido!

—Eso…, eso es una confusión lamentable. Alguien se ha equivocado, y el resultado es que… ¡Eso es absurdo, y lo que usted dice es una vileza…!

—Quisiera creer que es absurdo. Me ha dado pena oírlo, porque, dígase lo que se diga, está implicada una muchacha absolutamente honrada; en primer lugar, en una cuestión de setecientos rublos y, en segundo lugar, en una intimidad evidente con Nikolai. Porque ¿qué le importa a Su Excelencia poner en la picota a una muchacha honrada o difamar a la esposa de alguien, como sucedió en mi propio caso? Si por casualidad encuentra a una persona de buen corazón, tratará de que cubra con su nombre intachable pecados ajenos. Eso ha sido cabalmente lo que ha pasado en mi caso; hablo, por supuesto, sólo de mí mismo…

—¡Cuidado, Liputin! —dijo Stepan Trofimovich levantándose a medias de su sillón y palideciendo—. ¡No crean lo que dice! Alguien se ha equivocado; y Lebiadkin es un borrachín… —exclamó el ingeniero, presa de indecible agitación—. Todo quedará aclarado; y yo ya no puedo…, considero infamante…, y ¡basta, basta!

Salió corriendo del cuarto.

—Pero ¿qué hace? ¡Si yo voy con usted! —gritó Liputin alarmado, dando un salto y saliendo atrás de Aleksei Nilych.

7

Stepan Trofimovich se quedó parado, pensativo. Me miraba con el rabillo del ojo, recogió su sombrero y su bastón y salió de la habitación sin hacer ruido. Yo salí tras él, como lo había hecho antes. Al pasar por la puerta del jardín y notar que iba acompañándolo dijo:

—¡Ah, sí! Usted puede hacer de testigo… *de l'accident. Vous m'accompagnerez; n'est-ce pas?*

—¿Otra vez va para allá, Stepan? Piénselo bien. ¿A qué puede conducir eso?

Con sonrisa patética y desalentada —sonrisa de vergüenza y de auténtica desesperación— murmuró, deteniéndose un instante:

—No puedo comprar «pecados ajenos».

Yo ya estaba esperando esas palabras. Por fin, después de una semana entera de muecas y remilgos salía esa frase secreta, esa frase que me venía ocultando. Yo perdí la paciencia:

—Pero ¿acaso es posible que un pensamiento tan ruin, tan… villano pueda pasar por la mente de Stepan, con su sano juicio, con su buen corazón… y que se le haya ocurrido aun antes que a Liputin?

Me miró sin responder y siguió su camino. Yo no quise quedarme atrás. Quería ser testigo de lo que pasase en presencia de Varvara Petrovna. Perdonaría a Stepan que, por su pusilanimidad de comadre, se hubiera enterado por Liputin, pero ahora resultaba que él había llegado a sus conclusiones mucho antes que Liputin, y que éste sólo había acentuado sus sospechas y echado leña al fuego. No había tenido empacho en sospechar de la muchacha desde el primer momento, cuando aún no había fundamento para ello, ni siquiera el fundamento sugerido por Liputin. Las acciones despóticas de Varvara las interpretaba sólo como un afán desesperado de echar tierra cuanto antes a los pecados aristocráticos de su idolatrado Nikolai mediante el matrimonio de Dasha con un hombre honrado. Yo quería que tuviera su castigo.

—*Oh, Dieu qui est grand et si bon!* ¡Oh, quién me consolará! —exclamó, dando un centenar de pasos más y deteniéndose de pronto.

—¡Vamos en seguida a su casa y se lo explicaré todo! —grité, poniéndole a la fuerza en camino de su casa.

—¡Es él! ¡Stepan Trofimovich! ¿Es usted? ¿Usted? —se oyó tras nosotros una voz joven, fresca y alegre como una música.

No vimos nada, pero de detrás de nosotros apareció de improviso una amazona, Lizaveta Nicolayevna, con su sempiterno acompañante. Ella detuvo su cabalgadura.

—¡Venga, venga aquí de prisa! —llamó en voz alta y gozosa—. Hace doce años que no lo veo y lo he reconocido, pero él… Pero ¿no me reconoce usted?

Stepan Trofimovich tomó aquella mano entre las suyas y la besó reverentemente.

Miraba a Lizaveta como si estuviese orando y no podía articular palabra.

—¡Me reconoció y está contento! ¡Mavriki Nikolayevich, está encantado de verme! ¿Por qué no ha venido usted a verme en estos quince días? La tía decía que estaba usted enfermo y que no se lo podía incomodar. Pero bien sabía yo que la tía mentía. Yo no hacía más que patalear y ponerle a usted como chupa de dómine; y quería absolutamente, absolutamente, que fuese usted el primero en venir y no tuviera que mandar a buscarle. ¡Santo Dios, no ha cambiado nada! —dijo escudriñándole de cerca, inclinada desde la silla—. ¡Pero qué risa, si no ha cambiado! ¡Ah, sí! Tiene arrugas, muchas arrugas, en los ojos y en las mejillas, y tiene canas, pero los ojos son los mismos de antes. Y yo, ¿he cambiado? ¿He cambiado? Pero ¿por qué calla usted?

Allí fue que recordé haber oído decir que había estado enferma cuando, a la edad de once años, la llevaron a Petersburgo; y que durante su enfermedad había llorado y preguntado por Stepan.

—Usted…, yo… —murmuró en voz quebrada por el júbilo—. Estaba diciendo «¿quién me consolará?» cuando oí su voz… Lo tengo por un milagro *et je commence à croire*.

—*En Dieu? En Dieu, qui est là-haut et qui est si grand et si bon?* Vea cómo aprendí de memoria todas sus lecciones. ¡Mavriki Nikolayevich, qué fe en Dios me predicaba entonces, en *Dieu qui est grand et si bon!* ¿Y recuerda usted sus historias de cómo Colón descubrió América y todos gritaban «¡Tierra, tierra!»? Mi niñera Aliona Frolovna dice que después de eso tuve calentura por la noche y gritaba en sueños «¡Tierra, tierra!». ¿Y se acuerda de cómo transportaban a los pobres emigrantes de Europa o América? Y nada de eso era verdad, porque después me enteré de cómo los transportaban…, ¡pero qué mentiras tan bonitas me contaba entonces, Mavriki… casi mejores que la verdad! ¿Por qué mira usted de ese modo a Mavriki? Es el hombre más bueno y más fiel de todo el mundo y no tiene usted más remedio que quererlo como me quiere a mí. *Il fait tout ce que je veux*. ¡Pero, Stepan, habrá vuelto usted a ser muy desdichado cuando pregunta a gritos en medio de la calle quién lo consolará! ¿Tan infeliz es usted? ¿Tan infeliz?

—Ahora soy feliz…

—¿Lo trata mal la tía? —siguió ella sin prestar atención—. ¡Siempre tan mala, tan injusta, siempre tan indispensable para todos nosotros! ¿Y recuerda usted cómo venía corriendo a abrazarme en el jardín y yo lloraba y lo consolaba…? No tema usted a Mavriki; él lo sabe todo, todo lo referente a usted, desde hace mucho tiempo. ¡Puede usted llorar cuanto quiera, con la cabeza apoyada en su hombro, y él lo aguantará todo el tiempo que sea preciso…! Levante su sombrero; quíteselo del todo un momento, alce la cabeza, póngase de puntillas, que voy a besarle la frente como lo besé una vez, cuando nos despedimos. Mire, esa señorita lo está admirando desde la ventana… Vamos, más cerca, más cerca. ¡Dios, cómo ha encanecido! —e

inclinándose desde la silla lo besó en la frente.

—¡Y ahora a casa de usted! Sé dónde vive. Allí voy ahora mismo, en un momento. Voy a hacerle a usted, hombre testarudo, la primera visita y luego le traeré a rastras a mi casa a pasar un día entero. Vaya a prepararse para darme la bienvenida.

Y partió al galope con su acompañante. Nosotros volvimos a casa. Stepan se sentó en el sofá y rompió a llorar.

—*Dieu!, Dieu!* —exclamaba—. *Enfin une minute de bonheur!*

No habían pasado diez minutos cuando, según lo prometido, llegó ella acompañada de Mavriki.

—*Vous et le bonheur, vous arrivez en même temps!* —y se levantó para ir a su encuentro.

—Aquí tiene un ramo de flores. Vengo de casa de madame Chevalier, que tiene *bouquets* todo el invierno para las fiestas onomásticas. Aquí tiene usted a Mavriki; quiero presentárselo. Quería traerle una tarta en lugar de un *bouquet*, pero Mavriki dice que eso va en contra del espíritu ruso.

El tal Mavriki era capitán de artillería, tenía treinta y tres años, era muy alto, muy atractivo, irreprochablemente correcto, fisonomía impresionante y a primera vista severa, a pesar de su rara y exquisita bondad, que todo el mundo advertía en el momento mismo de conocerle. Era, no obstante, taciturno, parecía imperturbable y no se esforzaba por hacer amistades. Más tarde dijo mucha gente de nuestra ciudad que su inteligencia era de corto alcance, juicio que no era enteramente exacto.

No voy a intentar describir la belleza de Lizaveta. Toda la ciudad proclamaba esa belleza, si bien no faltaban señoras y señoritas en desacuerdo con los que la proclamaban. Había también quienes odiaban a Lizaveta: en primer lugar, por su orgullo: madre e hija apenas habían empezado a hacer visitas, lo que pareció ofensa, aunque la culpa de la demora eran los achaques de Praskovya Ivanovna; en segundo lugar, la odiaban porque era pariente de la gobernadora; y en tercer lugar, porque se paseaba a caballo todos los días. Hasta entonces no había habido amazonas en nuestra ciudad; era natural, pues, que la aparición de Lizaveta paseándose a caballo sin haber hecho todavía las visitas de cumplido ofendiera a nuestra sociedad. Todos sabían, sin embargo, que montaba a caballo por prescripción médica, lo que dio pie a que hablaran con aspereza de su mal estado de salud. Estaba verdaderamente enferma. Al primer golpe de vista se echaba a ver en ella una inquietud enfermiza, nerviosa e incesante. ¡Ay!, la pobrecita sufría mucho, como llegó a saberse andando el tiempo. Ahora, cuando recuerdo el pasado, ya no diría que era la beldad que entonces se me antojaba. Quizá ni siquiera era guapa. Alta, delgada, aunque fuerte y cimbreante, impresionaba hasta por lo irregular de sus facciones. Tenía los ojos un poco oblicuos, como los de los mongoles; era pálida, de pómulos salientes, morena de tez y enjuta de cara; pero en esa cara había algo que atraía y cautivaba. Algo pujante se expresaba en

la mirada ardiente de sus ojos oscuros: había venido «como conquistadora y a conquistar». Parecía orgullosa y a veces hasta arrogante. No sé si pudo llegar a ser buena, pero sí sé que quiso desesperadamente serlo y que sufrió mucho en su afán de serlo por lo menos un poco. En un carácter como el suyo había sin duda nobles esfuerzos y justas iniciativas, pero se diría que en ella todo buscaba de continuo su nivel sin lograr encontrarlo, que todo acababa siendo caos, agitación, desasosiego. Quizás eran demasiado rigurosas las exigencias que se imponía a sí misma y nunca pudo encontrar energía bastante para satisfacerlas.

Se sentó en el sofá y recorrió la sala con la mirada.

—¿Por qué será que siempre me pongo triste en momentos como éste? ¿Qué respuesta da usted a eso, usted que es tan sabio? Toda la vida he pensado que me pondría la mar de contenta cuando lo viera y me acordara de todo; y ahora no estoy ni pizca contenta, a pesar de que lo quiero a usted… ¡Ay, Dios mío, pero si tiene aquí colgado mi retrato! A ver, ¡lo recuerdo, lo recuerdo!

La excelente miniatura, en acuarela, de Liza a los doce años había sido enviada por los Drozdov a Stepan desde Petersburgo nueve años antes. Desde entonces había estado colgada en la pared.

—¿De veras era yo una niña tan bonita? ¿De veras es ésta mi cara?

Se levantó y, retrato en mano, fue a mirarse en el espejo.

—¡Bueno, tómelo! —exclamó devolviendo el retrato—. No lo cuelgue ahora; mejor después; no quiero ni mirarlo —volvió a sentarse en el sofá—. Una vida termina, empieza otra y esta otra termina; empieza una tercera, y así indefinidamente. Todos los fines parecen como recortados con tijeras. Vea qué cosas tan viejas digo, pero ¡cuánta verdad hay en ellas!

Me miró sonriendo. Había puesto ya los ojos en mí varias veces, pero Stepan, en su agitación, había olvidado que había prometido presentarme.

—¿Por qué ha colgado mi retrato bajo esas dagas? ¿Y por qué tiene tantas dagas y sables?

Y así era. La pared estaba adornada con un par de yataganes, no sé por qué, y sobre ellos una espada circasiana auténtica. Cuando hacía esas preguntas me miraba tan directamente que casi respondo algo, pero me contuve. Stepan se dio cuenta por fin y me presentó.

—Lo conozco —dijo ella—. Encantada. Mamá también sabe de usted. Por mi parte le presento a Mavriki. Es una excelente persona. Me había hecho una idea absurda de su persona. ¿No es usted el confidente de Stepan?

Ahí me ruboricé.

—¡Ay, mil disculpas! No es eso lo que quise decir. No es nada absurdo, sino… —ahora era ella la que se ruborizaba y quedó confusa—. Pero ¿por qué avergonzarse de que diga que es usted una excelente persona? Bueno, ya es hora de que nos vayamos,

Mavriki. Stepan, lo esperamos en casa dentro de media hora. ¡Dios mío, cuánto vamos a hablar! De ahora en adelante soy yo su confidente; y para todo, *para todo*, ¿se entera usted?

Stepan se asustó.

—¡Oh, Mavriki lo sabe todo! ¡No le haga usted caso!

—¿Qué sabe?

—¡Ay, no me diga! —exclamó ella asombrada—. ¡Pero si es verdad que lo están ocultando! No quería creerlo. ¡Y también están ocultando a Dasha diciendo que le dolía la cabeza!

—Pero…, ¿pero cómo lo supo?

—¡Ay, Dios mío, lo sé como lo sabe todo el mundo! ¿Qué creía?

—Entonces, ¿quizá todos…,?

—¡Sin duda! Mamá, es verdad, se enteró primero por mi niñera Aliona Frolovna. A ésta fue corriendo a contárselo la criada de usted, Nastasya. ¿No se lo dijo usted a Nastasya? Ella dice que usted mismo se lo dijo.

—Yo… le dije en una ocasión… —murmuró Stepan con el rostro encendido—, pero… sólo una alusión… *j'étais si nerveux et malade et puis*…

Ella se rió estrepitosamente.

—Y como en ese momento no había por allí un confidente echó usted mano de Nastasya… ¡Eso fue bastante! Nastasya es amiga de todos los chismorreros de la ciudad. Bueno, da lo mismo. Si lo saben, tanto mejor. Venga cuanto antes, que comemos temprano… ¡Ah, se me olvidaba! —añadió volviendo a sentarse—. Diga, ¿qué clase de persona es Shatov?

—¿Shatov? Es hermano de Daria Pavlovna…

—Ya sé que es su hermano, sí. ¡Pero qué hombre! Lo que quiero saber es cómo es.

—*C'est un pense-creux d'ici. C'est le meilleur et le plus irascible homme du monde*…

—Me han dicho que es un tipo raro. Pero no es eso. Me comentaron que domina tres idiomas, entre ellos el inglés, y que puede trabajar en cosas literarias. Si es así, podría darle mucho trabajo. Necesito un ayudante y cuanto antes mejor. ¿Acepta trabajo o no? Me lo han recomendado.

—¡Oh, sin duda, *et vous ferez un bienfait*…!

—No se trata en absoluto de hacer un *bienfait*. De verdad estoy necesitando un ayudante.

—Yo conozco bastante bien a Shatov —intervine yo— y si usted me encarga que le diga algo, voy al momento.

—Dígale que venga a verme mañana a mediodía. ¡Magnífico! Muchas gracias. Mavriki, ¿está usted listo?

Se marcharon. Yo, por supuesto, fui corriendo a buscar a Shatov.

—*Mon ami* —dijo Stepan alcanzándome en el escalón de la puerta—, venga sin falta a verme a las diez o las once, cuando yo haya vuelto. ¡Ay, me siento culpable ante usted y… ante todos, ante todos!

8

Pero Shatov no estaba en su casa; volví en dos horas y tampoco estaba. Una vez más regresé a las ocho para al menos dejarle una nota, y una vez más no le hallé. Su departamento estaba cerrado; vivía solo, sin criado. Pensé en dar una vuelta por el piso de abajo, el del capitán Lebiadkin, y preguntar a éste por Shatov, pero también estaba cerrado; por el silencio y la oscuridad que en él reinaban parecía desierto. Pasé con curiosidad junto a la puerta de Lebiadkin a causa de las historias recientes que sobre él había oído. A fin de cuentas decidí volver a la mañana siguiente temprano. No confiaba mucho en lo de dejar una nota: Shatov, hombre terco y tímido, podía no hacer caso de ella. Maldiciendo iba de mi fracaso y ya llegaba a la calle cuando tropecé con el señor Kirillov, que entraba en la casa y me reconoció antes de que yo lo reconociera a él. Como empezó a hacerme preguntas, le conté a grandes rasgos de qué se trataba y le dije lo de la nota.

—Vamos —dijo—. Yo me encargo de todo.

Recordé que, según palabras de Liputin, había alquilado esa mañana la casita de madera que daba al patio. En esa casa, demasiado grande para él, vivía asimismo una vieja sorda que le servía de criada. El dueño de la casa tenía una taberna en un edificio nuevo de otra calle, y la vieja, al parecer pariente suya, se había quedado al cuidado de la casa antigua. Las habitaciones de la casita estaban bastante limpias, pero el papel de las paredes estaba cubierto de mugre. En el cuarto en que entramos los muebles eran de varias formas y tamaños y todos de baratillo: dos mesas de jugar a las cartas, una cómoda de madera de aliso, una mesa grande de pino procedente de alguna cocina o cabaña campesina, un sofá y unas sillas con respaldo de mimbre y duros cojines de cuero. En un rincón se veía un ícono antiguo ante el cual la vieja había encendido una lamparilla antes de nuestra llegada, y en las paredes colgaban dos retratos al óleo grandes y oscuros: uno, del difunto emperador Nicolás I, hecho, a juzgar por su aspecto, allá por los años veinte, y el otro, de un obispo.

El señor Kirillov encendió una bujía al entrar. De un baúl que tenía en un rincón y que estaba aún por vaciar sacó un sobre, lacre y un sello de cristal.

—Selle la nota y escriba el sobre.

Le dije que no era necesario, pero él insistió. Hice el sobre y recogí mi gorra.

—Me imaginé que querría té —dijo—. He comprado té. ¿Quiere?

No me pude negar. Enseguida vino la vieja con el té, mejor dicho, trajo una tetera grande con agua hirviendo, otra más pequeña con té muy fuerte, dos tazas grandes de loza cubiertas de dibujos toscos, pan blanco y un plato hondo lleno de terrones de azúcar.

—Me gusta mucho el té —dijo—; de noche. Ando de un lado para otro y bebo; hasta el amanecer. En el extranjero es incómodo beber té de noche.

—¿Y se acuesta al amanecer?

—Siempre. Desde hace mucho tiempo. Como poco, pero tomo mucho té. Liputin es astuto pero impaciente.

Me causó extrañeza que quisiera charlar. Decidí sacar partido de la ocasión.

—Esta mañana salieron a relucir algunos malentendidos desagradables —observé.

Frunció el ceño.

—Una estupidez. Importantes pavadas, puras pavadas. Lebiadkin es un borracho. No le dije nada a Liputin; sólo le expliqué esas tonterías porque estaba desbarrando. Liputin es un fantasioso y ve gigantes donde sólo hay molinos de viento. Yo ayer confié en Liputin.

—¿Y hoy en mí? —pregunté riendo.

—Bueno, usted ya lo sabe todo. Esta mañana Liputin se mostró débil, o impaciente, o herido en su amor propio, o… envidioso.

Me sorprendió que dijera envidioso.

—Usted establece tantas categorías que nada tiene de particular que entre en una de ellas.

—O en todas juntas.

—Sí, es verdad. Liputin es… ¡el caos! ¿No es cierto que mentía esta mañana cuando dijo que usted quiere escribir algo?

—¿Por qué había de mentir? —dijo volviendo a fruncir el ceño y fijando los ojos en el suelo.

Yo me excusé y traté de asegurarle que no quería meterme donde no me llamaban. Él se puso colorado.

—Dijo la verdad. Estoy escribiendo. Pero lo mismo da.

Guardamos silencio un momento. De pronto se sonrió con la sonrisa infantil de esa mañana.

—Lo de las cabezas no es de su propia cosecha; lo habrá sacado de un libro. Fue él quien primero me lo dijo. No entiende bien las cosas. Yo sólo busco el motivo de que las gentes no se atrevan a suicidarse. Eso es todo. En fin, da lo mismo.

—¿Cómo que no se atreven? ¿Acaso hay pocos suicidios?

—Muy pocos.

—¿Usted cree?

No respondió. Se levantó y se puso a pasear meditabundo de un extremo a otro de la habitación.

—Y, según usted, ¿qué es lo que impide a la gente suicidarse? —pregunté.

Me miró distraídamente, como si tratase de recordar lo que estábamos diciendo.

—Sé…, sé poco todavía… Dos prejuicios impiden a la gente, dos cosas; sólo dos: una muy pequeña y otra muy grande. Ahora bien, la pequeña es también grande.

—¿Cuál es la pequeña?

—El dolor físico.

—¿El dolor? ¿Es eso tan importante… en tales casos?

—Lo más importante. Hay dos clases: los que se matan por una congoja aguda, o por despecho, o por locura, o por lo que sea…, esos se matan de improviso. Esos apenas piensan en el dolor físico, y se matan de improviso. Hay otros que lo hacen por raciocinio…; ésos piensan mucho.

—Pero ¿de veras hay quienes lo hacen por raciocinio?

—Muchísimos. Si no fuera por el prejuicio que hay, habría más; muchísimos; todos.

—¿Cómo que todos?

Guardó silencio.

—¿Es que no hay modos de morir sin dolor?

—Figúrese —dijo parándose ante mí—, figúrese una piedra del tamaño de una casa grande; está suspendida en el vacío y usted debajo de ella; si se le cae encima, en la cabeza, ¿sentirá usted dolor?

—¿Una piedra como una casa? Horrible, claro.

—No hablo de horror. ¿Le causará dolor?

—¿Una piedra como una montaña, con un peso de millones de libras? Claro que no lo causará.

—Pero si está usted debajo de ella mientras está suspendida tendrá miedo de que le cause dolor. Todos tendrán miedo: el mayor sabio del mundo, el mejor médico, todos. Todos sabrán que no causará dolor y todos tendrán miedo de que lo cause.

—Bien, ¿y cuál es el motivo importante?

—El otro mundo.

—Es decir, el castigo.

—No importa eso. El otro mundo, nada más que el otro mundo.

—Pero ¿es que los ateos creen en el otro mundo?

Se quedó callado otra vez.

—¿Usted quizá juzga por usted mismo?

—Nadie puede juzgar por sí mismo —dijo encolerizado—. La libertad completa existirá cuando dé lo mismo vivir que no vivir. Esa es la meta que todo hombre persigue.

—¿La meta? Pero quizás entonces nadie querrá vivir…

—Nadie —sentenció sin vacilar.

—El hombre teme la muerte porque ama la vida; así es como lo entiendo yo —apunté— y así es como lo ordena la naturaleza.

—Eso es ruin y ahí es donde está todo el engaño —dijo con ojos chispeantes—. La vida es dolor, la vida es terror y el hombre es desdichado. Ahora todo es dolor y

terror. Ahora el hombre ama a la vida porque ama el dolor y el terror, y ahí está todo el engaño. Ahora el hombre no es todavía lo que será. Habrá un hombre nuevo, feliz y orgulloso. A ese hombre le dará lo mismo vivir que no vivir; ése será el hombre nuevo. El que conquiste el dolor y el terror será por ello mismo Dios. Y el otro Dios dejará de serlo.

—Entonces, según usted, ¿ese otro Dios existe?

—No existe, pero es. En la piedra no hay dolor pero sí lo hay en el horror de la piedra. Dios es el dolor producido por el horror a la muerte. Quien conquiste el dolor y el horror llegará a ser Dios. Entonces habrá una vida nueva, un hombre nuevo, todo será nuevo. Entonces la historia se dividirá en dos partes: desde el gorila hasta la aniquilación de Dios y desde la aniquilación de Dios hasta…

—¿Hasta el gorila?

—Hasta la transformación física de la tierra y el hombre. El hombre será Dios y se transformará físicamente; y el mundo se transformará, y se transformarán las cosas, y las ideas y todos los sentimientos. ¿Qué piensa usted? ¿Se trasformará entonces el hombre físicamente?

—Si todo da lo mismo, vivir o no vivir, todos se matarán, y en eso quizá consistirá la transformación.

—Da lo mismo. Matarán el engaño. Todo el que quiera la libertad suprema debe tener el atrevimiento de matarse. Quien se atreva a matarse habrá descubierto el secreto del engaño. Más allá de eso no hay libertad; ahí está todo; más allá no hay nada. Quien se atreve a matarse es un dios. Ahora cualquiera puede hacer que no haya Dios y que no haya nada. Pero nadie lo ha hecho hasta ahora.

—Ha habido millones de suicidas.

—Pero no ha sido por eso; ha sido por terror y no por eso; no ha sido para matar el terror. Quien se mate sólo por eso, para matar el terror, llega en ese instante mismo a ser Dios.

—Tal vez no tenga tiempo —observé yo.

—Da lo mismo —respondió con calma, con sosegado orgullo, diría que con cierto desprecio—. Lo lamento, pero usted parece reírse —agregó al rato.

—No comprendo muy bien el hecho de que esta mañana estuviera usted tan irritado y que ahora esté tan tranquilo, aunque habla acaloradamente.

—¿Esta mañana? Lo de esta mañana fue ridículo —contestó sonriendo—. No me gusta lanzar improperios a la gente y no me río nunca —añadió tristemente.

—Sí. Se ve que no pasa usted las noches muy alegremente con eso de beber té — me levanté y recogí la gorra.

—¿Eso piensa? —se sonrió con un aire de sorpresa—. ¿Y por qué no? No…, no sé —volvió a turbarse—, no sé de otros, pero yo tengo la sensación de que no puedo hacer lo que hacen otros. Cada cual piensa en algo y enseguida pasa a pensar en otra

cosa. Yo no puedo pensar en otra cosa; toda mi vida he pensado en lo mismo. Dios me ha atormentado toda mi vida —concluyó de pronto con notable candor.

—Pero dígame, por favor, ¿por qué habla el ruso tan incorrectamente? ¿Es que lo olvidó durante los cinco años que pasó en el extranjero?

—¿De veras incorrectamente? No sé. No, no es por haber vivido en el extranjero. Lo he hablado así toda la vida…; da lo mismo.

—Tengo una pregunta más delicada. Le creo por completo cuando dice que rehuye la compañía y que habla poco. Entonces, ¿por qué ha hablado conmigo ahora?

—¿Con usted? Esta mañana estaba usted tan tranquilo en su asiento y…, en fin, da lo mismo… Usted se parece mucho a un hermano mío, mucho, muchísimo —prosiguió ruborizándose—. Murió hace siete años; era mayor, mucho mayor.

—Por lo tanto, habrá tenido mucha influencia en la manera de pensar de usted.

—N-no. Hablaba poco. No decía nada. Entregaré a Shatov la nota de usted.

Me acompañó con un farol hasta la puerta de la valla para cerrarla tras de mí. «Sin duda está loco», dije para mis adentros. En la puerta tuve otro encuentro.

9

No había terminado de cruzar el umbral cuando sentí que una mano poderosa me agarraba del pecho.

—¿Quién es? —tronó una voz—. ¿Amigo o enemigo? ¡Responda!

—¡Que es uno de los nuestros, de los nuestros! —gritó ahí mismo la voz aguda de Liputin—. Es el señor G-v, joven que posee una educación clásica y que está relacionado con la mejor sociedad.

—Me gusta eso de la sociedad clási…, es decir, que está muy bien e-du-ca-do… capitán de reserva Ignat Lebiadkin, al servicio de todo el mundo y de los amigos…, si son leales, leales, ¡granujas!

El capitán Lebiadkin, hombre de más de seis pies de altura, grueso, carnoso, de pelo rizado, colorado de tez y extraordinariamente ebrio, apenas podía tenerse de pie ante mí y articulaba las palabras con dificultad. Yo, sin embargo, ya lo había visto antes desde lejos.

—¡Ah, y ése también! —rugió de nuevo al ver a Kirillov, que todavía no se había ido con su farol. Levantó el puño, pero lo bajó al momento—. Lo per-do-no por su educación. Ignat Lebiadkin es hombre edu-ca-dísi-mo…

Una bomba que pasión la inflama
Ambos brazos a Ignat arrancó;
Con un doble dolor ahora mismo
llora el sino de Sebastopol. [1]

—Aunque no estuve en Sebastopol, ni soy manco. ¡Pero hay que ver qué ritmo, qué ritmo! —dijo avanzando hacia mí su jeta de borracho.

—¡Pero ahora está apurado! ¡Se va a su casa! —le decía Liputin intentando persuadirlo—. Mañana se lo dirá a Lizaveta.

—¡Lizaveta…! —volvió a tronar—. ¡Espera, no te vayas! Aquí va una variante:

Y una estrella que pronto desfila
Cabalgando entre otras beldades
me sonríe con toda dulzura
y me obliga a pensar… necedades. [2]

¡Este sí que es un himno! ¡Un himno, pedazo de burro! ¡A una Estrella-Amazona! ¡Los gandules lo entienden! ¡Alto ahí! —me agarró del gabán, aunque yo forcejeaba por escaparme por la puerta—. Dile que soy un paladín del honor; y en cuanto a

Dasha…, esa sinvergüenza…, a Dasha, si llego a atraparla…, la sierva miserable…, no se atreverá…

En ese momento se cayó al suelo porque yo, haciendo un esfuerzo supremo, logré zafarme de sus garras y salir corriendo a la calle. Liputin salió conmigo.

—Aleksei Nilych lo levantará. ¿Sabe usted lo que acaba de decirme? —cotorreó con vivacidad—. ¿Ha oído usted los versitos? Pues bien, esos versos a la Estrella-Amazona los ha metido en un sobre y mañana se los envía a Lizaveta con su firma y todo. ¡Qué hombre!

—Apuesto a que ha sido usted quien se lo ha sugerido.

—¡Pierde usted la apuesta! —dijo con una carcajada—. Está enamorado, enamorado como un gato. Y, ¿sabe usted?, el enamoramiento empezó siendo odio. Al principio detestaba a Lizaveta porque se paseaba a caballo. Estuvo a punto de decirle palabrotas en la calle; mejor aún, se las dijo. Anteayer se las dijo cuando ella pasaba a su lado; afortunadamente no las oyó… ¡Y hoy, de pronto, los versos! ¿Querrá usted creer que piensa declararse? ¡En serio, en serio!

—Me asombra usted, Liputin. Dondequiera que hay un bribón de esa ralea, allí está usted azuzándole —dije con encono.

—¡No me diga! ¡Ya va usted un poco lejos, señor G-v! ¿A que lo que ocurre es que le pica a usted un poco el tener un rival?

—¿Qu-é-é dice usted? —grité haciendo alto.

—¡Pues para castigarlo no le voy a contar más cosas! ¡Y bien quisiera usted oírlas! Sólo le diré que ese tío imbécil ya no es un simple capitán, sino todo un propietario de nuestra provincia. Y de bastantes campanillas, por cierto, porque Nikolai acaba de venderle toda su finca, la que antes tenía doscientos siervos. ¡Bien sabe Dios que no miento! Acabo de enterarme, y de fuente absolutamente fidedigna. Bueno, ahora entérese usted del resto por su cuenta. No le digo más. ¡Adiós!

10

Stepan me estaba esperando impaciente. Hacía una hora que había vuelto a casa. Estaba como embriagado y durante los primeros cinco minutos pensé que efectivamente lo estaba. ¡Ay, la visita a la familia Drozdov lo había sacado definitivamente de las casillas!

—*Mon ami!* he perdido por completo el hilo… Liza…, quiero y respeto a ese ángel lo mismo que antes, lo mismísimo que antes; pero me parece que ambos me esperaban sólo para hacerme hablar, sólo para sonsacarme algo; y luego, vaya usted con Dios… Así fue.

—¿Cómo no le da a usted vergüenza? —grité sin poder contenerme.

—Amigo mío, ahora estoy completamente solo. *Enfin, c'est ridicule*. Figúrese, allí también no hay más que secretos. Me molieron a preguntas sobre lo de las narices y las orejas y sobre los secretos de Petersburgo. Ha sido aquí donde por primera vez se han enterado ambas de esas aventuras locales de Nikolai hace cuatro años. «Usted que estaba aquí, que lo vio todo, diga: ¿es verdad que está loco?». No comprendo de dónde puede haber salido esa idea. ¿Por qué desea tanto Praskovya que Nikolai esté loco? ¡Y lo desea, vaya si lo desea! *Ce Maurice*, o como se llame… Mavriki Nikolayevich, *brave homme, tout de même*, ¿no será acaso en provecho suyo? Y ella fue, al fin y al cabo, la primera en escribir desde París a *cette pauvre amie*… *Enfin*, esta Praskovya, como se la llama *cette chère amie*, es un personaje de novela, es la Korobochka de Gogol, la señora «Caja» de eterna fama, pero una Korobochka malévola, una Korobochka provocativa e infinitamente más grande de tamaño.

—Entonces será baúl más que «caja». ¿Dice usted que más grande?

—O más pequeña, da igual. Pero no me interrumpa, porque todo me está dando vueltas en la cabeza. Allí todos acabaron por pelearse, excepto Liza, que no hacía más que decir: «Tía, tía»; pero Liza es astuta y allí hay gato encerrado. Secreto. Riñó, sin embargo, con la vieja. La verdad es que *cette pauvre* tía los trata a todos tiránicamente… Y ahora tiene que vérselas con la gobernadora, con la falta de respeto de la sociedad, con la «falta de respeto» de Karmazinov. De pronto, también, esa idea de la locura de su hijo, *ce Liputine, ce que je ne comprends pas*; y dicen que se pone compresas de vinagre en la cabeza, y aquí estamos nosotros, con nuestras quejas y nuestras cartas… ¡Ay, qué malos ratos le he dado! ¡Y en una ocasión como ésta! *Je suis un ingrat!* Imagínese, vuelvo a casa y encuentro una carta de ella. ¡Lea, lea! ¡Oh, qué noble conducta la mía!

Me alargó una carta que acababa de recibir de Varvara. Ésta se arrepentía, al parecer, del «quédese en casa», de esa mañana. La carta era cortés y lacónica. Pedía a Stepan que fuese a verla dos días después, el domingo, a las doce en punto, y le aconsejaba que llevase consigo a cualquiera de sus amigos (daba mi nombre entre

paréntesis). Por su parte prometía llamar a Shatov, como hermano de Daria Pavlovna. «Puede usted recibir de ella la respuesta definitiva. ¿Tendrá usted bastante con eso? ¿No era ésa la formalidad que buscaba usted con tanto ahínco?».

—Observe esa frase final llena de enojo acerca de la formalidad. ¡Pobre, pobre mujer, amiga mía de toda la vida! Confieso que la resolución *repentina* de mi destino me dejó sin aliento… Confieso que aún tenía alguna esperanza, pero ahora *tout est dit* y sé que todo ha concluido. *C'est terrible!* ¡Ah, si no existiera ese domingo y todo quedara como antes! Usted vendría a verme y yo estaría aquí…

—Esos chismes e indirectas con que ha venido Liputin hoy lo tienen a usted trastornado.

—Amigo mío, con la mejor intención ha puesto usted su dedo en otra dolorosa llaga. Esos dedos bienintencionados suelen ser crueles y, a veces, torpes; *pardon*, pero créame que ya casi he olvidado todo eso; mejor dicho, no lo he olvidado del todo, pero, por estupidez mía, todo el tiempo que pasé en casa de Liza traté de ser feliz y llegué a persuadirme de que lo era. Pero ahora…, ahora pienso en esa mujer magnánima, generosa, paciente con todos mis defectos… bueno, lo que se dice paciente, no del todo, pero a fin de cuentas yo soy tan raro, con este carácter tan frívolo y ruin que tengo… Soy un niño consentido, con todo el egoísmo de un niño, pero sin su inocencia, ella viene cuidándome desde hace veinte años como una niñera, *cette pauvre* tía, como la llama Liza afectuosamente. Y de improviso, al cabo de veinte años, el niño quiere casarse y ¡hala, a casarse!; y carta tras carta y la cabeza empapada de vinagre y miren lo que he conseguido, el domingo estaré casado y ¡vaya broma!… ¿Y por qué insistí? ¿Por qué escribí esas cartas? ¡Ah, sí, se me olvidaba! Liza adora a Daria, o al menos eso dice. Dice que «*c'est un ange*, sólo que algo reservada». Ambos me aconsejaban que me casase, incluso Praskovya, aunque, no, Praskovya no lo aconsejaba. ¡Oh, cuánto veneno hay encerrado en la «caja»! En realidad, tampoco Liza me lo aconsejaba. «¿Para qué casarse cuando tiene usted bastante con los placeres intelectuales?», se reía a carcajadas, pero yo se lo perdoné porque a ella también le roe algo en el corazón. Sin embargo (me decía), es imposible vivir sin una mujer. Ya se acercan los achaques de la edad y ella puede arroparlo o lo que sea… *Ma foi*, yo mismo, sentado aquí con usted, estaba diciéndome que la Providencia me la enviaba en el ocaso de mis años turbulentos y que ella podía arroparme, o algo por el estilo…, *enfin*, que sería útil para llevar la casa. Por todas partes tengo tanta basura, ¡mire cómo está todo lleno de ella! Esta mañana envié a Natasya que arreglara la habitación y todavía hay un libro en el suelo. *La pauvre amie* siempre está enfadada conmigo por lo de la basura… ¡Y ahora ya no volverá a oírse su voz! *Vingt ans!* Ellas, por lo visto, han recibido cartas anónimas. Figúrese, se dice que Nikolai ha vendido su finca a Lebiadkin. *C'est un monstre; et enfin*, ¿quién es ese Lebiadkin? Liza escucha, escucha, ¡y cómo escucha! Yo le perdoné su carcajada

porque vi con qué cara estaba escuchando y *ce Maurice*… No quisiera estar yo ahora en su lugar, *brave homme tout de même*; aunque algo encogido; pero allá se las arregle…

Calló, al fin, cansado y confuso. Se sentó con la cabeza gacha, clavando en el suelo sus ojos fatigados. Yo aproveché la pausa para hablarle de mi visita a la casa de Filippov, y clara y secamente expresé mi opinión de que, en efecto, la hermana de Lebiadkin (a quien no había visto) muy bien podía haber sido alguna víctima de Nikolai, en un período misterioso de la vida de éste, como decía Liputin, y que bien podía ser que Lebiadkin recibiese dinero de Nikolai por algún concepto, pero que eso era todo. En cuanto a los rumores acerca de Daria, eran simplemente sandeces, despropósitos del canalla de Liputin; al menos así lo afirmaba rotundamente Aleksei Nilych y no había motivo para desconfiar de su palabra. Stepan escuchaba mis razones con semblante distraído, como si nada tuviera que ver con él. Yo, de paso, conté mi conversación con Kirillov y agregué que quizá estuviese loco.

—Loco no está, pero es gente de ideas mezquinas —musitó vagamente y a regañadientes—. *Ces gens-là supposent la nature et la société humaine autres que Dieu les faites et qu'elles le sont réellement*. Hay quien coquetea con esa gente, pero Stepan no es de los que lo hacen. Ya los vi en Petersburgo, en aquella ocasión, *avec cette chère amie* (¡oh, cuánto la ofendí entonces!), y no me asusté ni de sus insultos ni de sus alabanzas. Tampoco me asusto ahora *mais parlons d'autre chose*… Me parece que he hecho algo horrendo. Imagínese que ayer envié a Daria una carta… ¡y cómo reniego de haberlo hecho!

—¿Sobre qué le escribió usted?

—Amigo mío, créame que lo hice con una noble intención. Le dije que había escrito a Nikolai cinco días antes y también con una noble intención.

—¡Ya caigo! —exclamé sulfurado—. ¿Y qué derecho tenía usted de enlazar sus nombres de esa manera?

—Bueno, *mon cher*, no acabe usted por aplastarme del todo, no me grite, que bien aplastado estoy ya, aplastado como…, como una cucaracha; y, al fin y al cabo, sigo pensando que lo hice con una noble intención. Supóngase que efectivamente hubo algo… *en Suisse*… o que algo empezó allí. ¿No debo preguntar de antemano a los corazones de ambos para… *enfin*, para no entrometerme y no convertirme en un obstáculo en su camino…? Lo he hecho sólo con una noble intención.

—¡Ay, Dios, qué estúpidamente ha obrado usted! —exclamé sin querer.

—¡Estúpidamente! —confirmó hasta con ansia—; nunca ha dicho usted cosa más sensata, *c'etait bête, mais que faire, tout est dit*. De todos modos, me voy a casar, aun con «pecados ajenos». Así pues, ¿a santo de qué escribir? ¿No es eso?

—¡Vuelta a lo mismo!

—¡Ah, ahora no me asusta usted con sus gritos! ¡Ahora tiene usted delante a otro

Stepan, el anterior está enterrado! *Enfin, tout est dit*. ¿Y por qué grita? Sólo porque usted no tiene que casarse y no necesita llevar el consabido adorno en la cabeza. ¿Qué? ¿Acusa usted el golpe? Pobre amigo mío, usted no conoce a las mujeres y yo no he hecho más que estudiarlas. «Si quieres conquistar el mundo entero, conquístate a ti mismo», eso es lo único que ha logrado decir bien otro romántico como usted, Shatov, el hermano de mi prometida. Con gusto hago mía esa máxima suya. Pues bien, yo también estoy dispuesto a conquistarme a mí mismo y me casaré, pero ¿qué es lo que conquisto con eso, en lugar del mundo entero? ¡Oh, amigo mío, el matrimonio es la muerte moral de todo espíritu orgulloso, de toda independencia! La vida conyugal me corromperá, agotará mis energías, mi valor para servir a la causa común. Llegarán los hijos, quizá no míos, por supuesto no míos; al sabio no le aterra mirar la verdad cara a cara… Liputin habló esta mañana de protegerse de Nikolai con barricadas. Liputin es un necio. La mujer engañará al mismísimo ojo omnividente. *Le bon Dieu* ya sabía, por supuesto, a lo que se exponía cuando creó a la mujer, pero yo estoy seguro de que ella misma tomó cartas en el asunto y se hizo crear de esa manera y… con esos atributos. De otro modo, ¿quién habría querido echarse encima tantas molestias de balde? Bien sé que Natasya puede enfadarse conmigo por mi libre pensamiento, pero. *Enfin, tout est dit.*

No sería él si pudiese prescindir de ese librepensamiento barato y sofístico tan en boga en su época, pero ahora por lo menos la sofistica le servía de consuelo aunque no por mucho tiempo.

—¡Ay, si nunca llegase ese pasado mañana, ese domingo! —exclamó de pronto, pero con desesperación genuina—. ¿Por qué no podría haber una semana tan sólo, ésta, sin domingo… si *le miracle existe*? ¿Qué le costaría a la Providencia borrar del calendario este único domingo, aunque sólo fuera para demostrar su omnipotencia a un ateo *et que tout sois dit*? ¡Oh, cuánto la he amado! Veinte años, veinte años, nada menos, ¡y nunca me ha comprendido!

—Pero ¿de quién habla? ¡No le entiendo! —pregunté sorprendido.

—*Vingt ans!* ¡Y no me ha comprendido una sola vez! ¡Eso es cruel! ¿Y pensará que me caso por terror, por necesidad? ¡Qué error! Tía, tía, lo hago por ti… ¡Oh, que lo sepa, que sepa que ha sido la única mujer que he adorado durante veinte años! ¡Debes saberlo! ¡De lo contrario no habrá boda, como no me lleven arrastrando a *ce qu'on appelle* el pie del altar!

Fue la primera vez que le oí esa confesión, y hecha con tanta energía. Confieso que me produjo muchas ganas de reír. Pero no tenía razón.

—¡Ahora no me queda más que él, mi única esperanza! —dijo abriendo de improviso los brazos como agitado por un nuevo pensamiento—. Ahora sólo él, mi pobre muchacho, me podrá salvar y… ¡Ay! ¿Por qué no viene? ¡Ay, hijo mío, mi Petrusha…! Aunque soy indigno de llamarme padre y más bien debiera llamarme

tigre, pero… *laissez-moi, mon ami*, quiero echarme un ratito a ver si pongo mi cabeza en orden. Estoy tan cansado…, y también es hora de que se acueste usted… *voyez-vous*, son las doce…

CUARTO CAPÍTULO:
La cojita.

1

Shatov no se mostró terco y, de acuerdo con mi nota, se presentó a mediodía en casa de Lizaveta Nikolayevna. Llegamos casi al mismo tiempo, porque yo también fui a hacer mi primera visita. Todos ellos —a saber, Liza, su madre y Mavriki Nikolayevich— estaban cenando en el salón y discutían vivamente. La madre había pedido que Liza tocase al piano cierto vals y cuando ésta empezó a tocarlo la madre dijo que no era ése el que quería. Mavriki Nikolayevich, con su buena voluntad habitual, se puso de parte de Liza y aseguró que sí lo era, con lo que la vieja rompió a llorar de irritación. Estaba enferma y apenas podía moverse. Se le habían hinchado las piernas y desde días antes no hacía más que sulfurarse y echar broncas a todo el mundo, a pesar del ligero temor que le causaba Liza. Se alegraron de nuestra llegada. A Liza se le coloreó el rostro de contento, me dijo *merci* evidentemente por la venida de Shatov y se acercó a él mirándole con curiosidad.

Shatov, tímido como siempre, se había quedado en el umbral de la puerta. Después de darle las gracias por su venida, Liza le condujo a su madre.

—Éste es el señor Shatov, de quien ya te he hablado; y éste es el señor G-v, gran amigo de Stepan Trofimovich y mío. Mavriki Nikolayevich ya le conoció ayer.

—¿Y quién es el profesor?

—No hay ningún profesor, mamá.

—Sí que lo hay. Tú misma dijiste que habría un profesor. Seguramente es éste —dijo señalando a Shatov con desdén.

—Nunca te dije que habría un profesor. El señor G-v es funcionario público y el señor Shatov ha sido estudiante.

—Estudiante, profesor, es lo mismo; gente de universidad. No haces más que llevarme la contraria. Pero el de Suiza tenía bigote y barbita.

—Es que mamá llama siempre profesor al hijo de Stepan Trofimovich —dijo Liza llevando a Shatov a un diván al otro extremo del salón—. Cuando se le hinchan las piernas siempre se pone así, ¿comprende? Está enferma —dijo en voz baja a Shatov sin dejar de mirar, con intensa curiosidad, el mechón en lo alto de la cabeza.

—¿Es usted militar? —me preguntó la vieja, con quien Liza me había dejado tan poco caritativamente.

—No, señora, soy funcionario…

—El señor G-v es gran amigo de Stepan —dijo Liza en voz alta.

—¿Trabaja usted con Stepan? ¿No es él también profesor?

—¡Ay, mamá! Usted por lo visto sueña de noche con profesores —exclamó Liza exasperada.

—Bastantes hay en la vida real. No haces más que contradecir a tu madre. ¿Estaba usted aquí hace cuatro años cuando vino Nikolai Vsevolodovich?

Respondí que sí.

—¿Y no había un inglés con ustedes?

—No, no estaba.

Liza se rió.

—Ya ves que no hubo ningún inglés; por lo tanto todo es mentira. Varvara Petrovna y Stepan mienten. Todos mienten.

—Es que la tía, y ayer Stepan parece que hallaron cierta semejanza entre Nikolai y el príncipe Harry del *Enrique IV* de Shakespeare, y por eso dice mamá que hubo un inglés —nos explicó Liza.

—Si no hubo Harry, no hubo inglés. Y Nikolai fue el único que hizo tonterías.

—Les aseguro a ustedes que mamá dice eso a propósito, —Liza creyó necesario explicar a Shatov—. Sabe muy bien quién es Shakespeare. Yo misma le he leído el primer acto de *Otelo*. Pero es que ahora siente fuertes dolores. Oiga, mamá, están dando las doce y es hora de que tome su medicina.

—Ha llegado el médico —anunció la doncella desde la puerta.

La vieja se levantó y empezó a llamar a su perrita:

—¡*Zemirka*, *Zemirka*, vente tú al menos conmigo!

Zemirka, una perrita repulsiva, vieja y pequeña, no hizo caso y se coló debajo del diván donde estaba Liza.

—¿No quieres? Pues yo tampoco te quiero conmigo. Adiós, señor. No conozco su nombre —dijo volviéndose hacia mí.

—Antón Lavrentyevich…

—Es igual, porque me ha entrado por un oído y me ha salido por el otro. No me acompañe, Mavriki Nikolayevich, que sólo he llamado a *Zemirka*. Gracias a Dios, puedo valerme sola todavía y mañana saldré a dar un paseo en coche.

Salió enfurruñada del salón.

—Antón, hable usted con Mavriki. Le aseguro que los dos ganarán con conocerse mejor —dijo Liza sonriendo amablemente a Mavriki, que se puso orondo al recibir la mirada de ella. Yo no tuve más remedio que quedarme hablando con él.

2

Con gran sorpresa mía, el asunto del que Lizaveta Nikolayevna quería hablar con Shatov era, en efecto, literario. No sé por qué se me había ocurrido que le había llamado con otro propósito. Nosotros, es decir Mavriki y yo, viendo que no ponían atención a nuestra presencia y hablaban en voz alta, nos pusimos a escuchar; más tarde nos llamaron a consulta. El asunto consistía en que Lizaveta venía pensando desde hacía tiempo en publicar lo que, a juicio suyo, sería un libro útil, para lo cual, por falta de experiencia propia, precisaba de un colaborador. La seriedad con que se dispuso a explicar su proyecto a Shatov me sorprendió mucho. «Debe de ser una de estas mujeres nuevas —pensé—; por algo ha estado en Suiza». Shatov escuchaba atentamente, con la mirada clavada en el suelo, y sin asombrarse en lo más mínimo de que una señorita casquivana de la buena sociedad se ocupase de un negocio tan extraño, al parecer, a su condición.

El proyecto literario era de la índole siguiente: se publican en Rusia, así en la capital como en provincias, una multitud de periódicos y revistas de toda laya, en los que a diario se da cuenta de un gran número de acontecimientos. Al cabo de un año esos periódicos se amontonan en los armarios, o se tiran, o se destrozan, o se usan para envolver cosas o para otros fines. Muchos de los hechos publicados causan impresión y quedan grabados en la memoria de los lectores, pero acaban por olvidarse en el transcurso de los años. Andando el tiempo mucha gente quisiera enterarse de ellos, pero ¡hay que ver el trabajo que supone rebuscar en ese mar de papel, a menudo sin saber el día, ni el lugar, ni siquiera el año en que ha ocurrido el caso de que se trate! No obstante, si se recogieran en libro todos los hechos correspondientes a un año según un plan determinado y una idea bien definidea, con títulos e índices, ordenados por meses y días, esa colección podría bosquejar en un solo volumen lo típico de la vida rusa durante un año entero, a pesar de que sólo se publicaría una parte relativamente pequeña de los hechos ocurridos en tal año.

—En vez de un montón de hojas habría unos cuantos tomos gruesos; eso es todo —observó Shatov.

Pero Lizaveta justificaba ardorosamente su proyecto, no obstante la dificultad e impericia con que lo describía.

—Debería haber sólo un tomo —insistía— y no muy grueso. Pero aun si fuera grueso, debería ser de fácil manejo, pues lo importante sería el plan general y el modo de presentar los hechos. Por supuesto que no se recogería y publicaría todo. Edictos, disposiciones gubernativas, reglamentos locales, leyes, todo esto —aunque se trata de hechos, y aun muy importantes— podría quedar excluido por completo de una publicación de esa índole. Cabría omitir mucho y limitarse a escoger aquellos acontecimientos que, en mayor o menor medida, expresan la vida moral del pueblo,

la personalidad del pueblo ruso en un momento dado. Claro está que podrían incluirse muchas cosas: sucesos curiosos, incendios, suscripciones públicas, toda clase de acciones buenas y malas, declaraciones y discursos, quizá también noticias de inundaciones, quizás algunos decretos gubernativos, pero en todo caso sería presentado desde un punto de vista concreto, con indicaciones aclaratorias, con cierta intención, con una idea que esclareciera todo el conjunto, la compilación entera. Y, finalmente, el libro debería ser interesante como lectura ligera, amén de ser indispensable como libro de consulta. Resultaría, como si dijéramos, un cuadro de la vida espiritual, moral, íntima, de Rusia durante un año.

—Es necesario que todo el mundo lo compre; es necesario que se convierta en un libro de cabecera —afirmó Liza—. Comprendo que todo depende del plan y por eso recurro a usted —concluyó. Estaba enardecida, y aunque su explicación había pecado de oscura e incompleta Shatov empezó a entender.

—Es decir, que será algo con cierta tendencia, una selección de hechos con una tendencia determinada —murmuró sin alzar todavía la cabeza.

—No, en absoluto. No es menester hacer la selección con intención tendenciosa. No es necesaria ninguna tendencia, sólo imparcialidad; ésa es la tendencia.

—No hay nada malo en que tenga una tendencia —Shatov comenzó a agitarse—. Será imposible evitarla en cuanto se haga cualquier selección. En la selección de los hechos quedará patente cómo hay que entenderlos. La idea de usted no está mal.

—Entonces, ¿cree usted que un libro como ése sería posible? —preguntó Liza muy contenta.

—Habrá que ver la cosa con cuidado. Se trata de un asunto de mucho vuelo. Es imposible pensarlo de una vez; hace falta experiencia. Y para cuando llegue el momento de publicar el libro apenas habremos aprendido cómo hacerlo. Quizá después de muchas tentativas. Pero la cosa vale la pena. Es una idea útil.

Levantó por fin los ojos, que brillaban de satisfacción; tan interesado estaba.

—¿Ha sido usted misma quien lo ha pensado? —preguntó a Liza con ternura y con algo como timidez.

—No hay dificultad en pensarlo; lo difícil es el plan —Liza se sonrió—. Yo entiendo poco, no soy muy lista y persigo sólo lo que me resulta claro…

—¿Persigue?

—¿No es ésa la palabra? —preguntó Liza al punto.

—Puede que lo sea. Es igual.

—Ya en el extranjero se me figuraba que yo también podría ser útil para algo. Tengo mi propio dinero, que está ahí, sin producir nada. ¿Por qué no ponerme a trabajar para la causa común? Además, esa idea se me vino por sí sola, de repente; ni siquiera pensé en ella y me causó gran alegría. Pero comprendí en seguida que resultaría imposible sin un colaborador, porque lo que es saber, yo no sé nada. Ni que

decir tiene que el colaborador será también coeditor del libro. Iremos a medias: de usted serán el plan y el trabajo; la idea original y los fondos para la publicación serán los míos. ¿Se venderá el libro?

—Si lo preparamos con cuidado, se venderá.

—Le advierto que no lo hago por dinero, pero sí deseo que el libro se venda y estaré orgullosa de ganar dinero con él.

—¿Y cuál será mi papel?

—Lo nombro colaborador… a medias. Usted piense en un plan.

—¿Por qué cree usted que soy capaz de pensarlo?

—Me han hablado de usted y he oído decir aquí…, sé que es usted muy listo y… que trabaja en cosas útiles y… que piensa mucho. Piotr Stepanovich Verhovenski me habló de usted en Suiza —se apresuró a agregar—. Es un hombre muy inteligente, ¿verdad?

Shatov le dirigió una mirada fugaz y oblicua, pero en seguida volvió a bajar los ojos.

—También me habló mucho de usted Nikolai…

Shatov enrojeció de pronto.

—A propósito, aquí están los periódicos —Liza se apresuró a coger de una silla un paquete de periódicos preparados de antemano—. He tratado de señalar los datos que puedan incluirse, hacer algunas selecciones y numerarlas…; ya verá usted.

Shatov tomó el paquete.

—Lléveselo a casa y repáselo. ¿Dónde vive?

—En la calle Bogoyavlenskaya, en casa de Filippov.

—¡Ah, sí! Según dicen, allí vive también, y por lo visto junto a usted, un capitán, el señor Lebiadkin —dijo Liza hablando con la rapidez de antes.

Shatov permaneció sentado un minuto entero, con el paquete de revistas en la mano, mirando al suelo y sin decir palabra.

—Vale más que busque a otra persona para un asunto como éste. Yo no serviría para ello —dijo por fin, bajando la voz de manera extraña, casi al nivel de un murmullo.

Liza se crispó.

—¿De qué asunto habla usted? ¡Mavriki, traiga, por favor, la carta de esta mañana!

Yo también me acerqué a la mesa con Mavriki.

—Mire esto —de pronto se volvió hacia mí, desplegando la carta con gran agitación—. ¿Ha visto usted jamás algo parecido? Por favor, léala en voz alta. Necesito que también lo oiga el señor Shatov.

Con no poca consternación leí en voz alta la siguiente misiva:

A la señorita Lizaveta Tushina, dechado de belleza:
Distinguida señorita Lizaveta Nikolayevna:

¡Hay que ver qué bella está
Lizaveta Tushina
cuando cabalga a la inglesa con su pariente
y el viento juega con los rizos de su frente,
o cuando cae con su madre en la iglesia de hinojos y en ella convergen con devoción los ojos!
En espera del deleite nupcial me extasío y a ella y a su madre una lágrima envío

(compuesto por un ignorante durante una discusión).

Distinguida señorita: Lo que más me apena es no haber perdido un brazo en Sebastopol por amor a la gloria, pues ni siquiera estuve allí, ya que hice toda la campaña como proveedor de víveres de mala calidad, lo que tengo por oficio ruin.
Usted es una diosa de la antigüedad y yo no soy nada, pero entreveo el infinito. Considérelos como versos, pero nada más, porque al fin y al cabo los versos son una tontería y justifican lo que en prosa se consideraría una insolencia. ¿Puede el sol enfadarse con un infusorio si éste le escribe una poesía desde la gota de agua donde hay tantos, si se mira por un microscopio? Hasta la Sociedad Protectora de Animales de mayor tamaño, que existe en la altas esferas de Petersburgo y que siente justa compasión por el perro y el caballo, desprecia al ínfimo infusorio y ni siquiera lo menciona porque no es bastante grande. Tampoco lo soy yo. La idea del matrimonio podría parecer ridícula, pero pronto seré propietario de doscientos siervos según el cómputo antiguo, que he obtenido de un hombre que odia a la humanidad y a quien debe usted despreciar. Puedo revelar muchas cosas y hasta enviar a alguien a Siberia, para lo cual tengo documentos. La carta del infusorio es el poema.
Su muy atento servidor para lo que guste mandar.
CAPITÁN LEBIADKIN.

—Eso lo ha escrito un borracho y bribón —dije indignado—. Yo lo conozco.
—Esta carta la recibí ayer —empezó a explicar Liza con voz presurosa y rostro encendido— y comprendí al momento que era de algún necio. Todavía no se la he enseñado a mamá para evitarle más disgustos. Pero si él va a seguir con esto, no sé qué voy a hacer. Mavriki quiere ir a verle para prohibirle que vuelva a molestarme.

Como yo veía en usted a un colaborador —dijo volviéndose a Shatov— y como vive usted allí, quería preguntarle qué cabe esperar todavía de él.

—Es un borracho y un bribón —murmuró Shatov como a regañadientes.

—¿Tan imbécil es?

—No. No es imbécil cuando no está borracho.

—Yo conocí a un general —observé riendo— que escribía versos idénticos a ésos.

—Lo que más bien se echa de ver por esa carta es que es un hombre astuto —interpuso el taciturno Mavriki.

—Dicen que vive con una hermana —apuntó Liza.

—Sí, con una hermana.

—¿Y es verdad lo que dicen? ¿Que la maltrata?

Shatov volvió a mirar a Liza, frunció el ceño y murmurando «¿A mí qué me importa?» se dirigió a la puerta.

—¡Ay, espere! ¿A dónde va usted? —preguntó Liza alarmada—. ¡Pero si aún nos queda mucho por hablar…!

—¿Hablar de qué? Yo mañana le daré a conocer…

—¡Pues de lo más importante, de la imprenta! Créame que no es cosa de broma, que quiero trabajar en serio —aseguraba Liza con alarma creciente—. Si decidimos publicar, ¿dónde imprimir? Ésta es la cuestión más importante, porque para ello no iríamos a Moscú y aquí las imprentas no son lo bastante buenas para encargarse de una publicación como ésa. Yo ya decidí hace tiempo adquirir una imprenta. La pondría a nombre de usted si fuera necesario, porque sé que mamá daría su consentimiento sólo si estuviera a nombre de usted…

—¿Cómo sabe que puedo trabajar de tipógrafo? —pregunto Shatov en voz sorda.

—Porque en Suiza me habló precisamente de usted Piotr Stepanovich. Dijo que usted podría encargarse de una imprenta, que conoce el oficio. Quería incluso darme una nota para usted, pero se me olvidó pedírsela.

Según recuerdo ahora, el semblante de Shatov cambió de color. Permaneció inmóvil unos segundos más y de repente salió del salón.

Liza se enojó.

—¿Se marcha siempre así? —me preguntó.

Yo iba a encogerme de hombros cuando Shatov volvió inesperadamente, fue derecho a la mesa y depositó en ella el envoltorio de periódicos que había tomado.

—No puedo ser su colaborador. No tengo tiempo…

—¿Por qué no? ¿Es que se ha enfadado? —inquirió Liza con voz dolida y suplicante.

El sonido de esa voz pareció afectarlo. La miró fijamente unos instantes como si deseara bucear en su alma.

—Es igual —murmuró—. No quiero… —y se marchó definitivamente.

Liza quedó enteramente desconcertada, más, en verdad, de lo que cabría esperar. Al menos así me lo pareció a mí.

3

«Raro», sin duda, pero en todo ello había mucho que no me resultaba claro. Allí había algo de significado arcano. Yo, sencillamente, no creía en el proyecto editorial de marras. Luego, estaba esa carta estúpida en la que, sin embargo, se aludía con harta claridad a cierta denuncia «con documentos», sobre la que todos guardaban silencio, pasando a hablar de otra cosa. Por último, la cuestión de la imprenta y la repentina partida de Shatov, justamente porque de una imprenta se hablaba. Todo ello me hizo pensar que algo había ocurrido antes de mi llegada, algo que yo ignoraba; que, por lo tanto, yo estaba allí de sobra y que nada de aquello tenía que ver conmigo. Era hora de irse, tiempo bastante para una primera visita. Me acerqué a Lizaveta Nikolayevna para despedirme.

Parecía haberse olvidado de mi presencia en el salón y seguía en el mismo lugar, junto a la mesa, sumida en reflexiones, cabizbaja y mirando inmóvil un punto en la alfombra.

—¡Ah, usted también! Hasta la vista —dijo en el tono cordial que le era habitual —. Salude de mi parte a Stepan… Antón se va. Disculpe que mamá no salga a despedirse de usted…

Salí y ya había bajado la escalera cuando un criado me alcanzó en la entrada de la casa.

—Señor, la señora quisiera que volviese usted…

—¿La señora o Lizaveta?

—Lizaveta, señor.

No hallé a Liza en el salón donde habíamos estado antes, sino en un recibimiento contiguo. La puerta del salón, donde ahora Mavriki se había quedado solo, estaba cerrada.

Liza me dirigió una sonrisa, pero estaba pálida. Se hallaba de pie en medio de la habitación, evidentemente indecisa y en lucha consigo misma, pero de pronto me cogió de la mano y me llevó en silencio a la ventana.

—Quiero verla en seguida —dijo en voz baja y fijando en mí una mirada ardiente, enérgica e impaciente que no admitía la menor contradicción—. Tengo que verla con mis propios ojos y le pido a usted que me ayude.

Estaba verdaderamente arrebatada, desesperada.

—¿A quién quiere ver, Lizaveta? —pregunté alarmado.

—A esa Lebiadkina, a esa coja… ¿Es verdad que es coja?

Me quedé asombrado.

—Yo no la he visto nunca, pero he oído decir que es coja. Ayer, sin ir más lejos, lo oí decir —dije en rápido asentimiento y también en voz baja.

—Tengo que verla en seguida. ¿Podría usted arreglarlo para hoy?

—Eso es imposible —traté de convencerla—. Además, no tengo idea de cómo arreglarlo. Iré a ver a Shatov…

—Si no lo arregla usted para mañana, iré yo sola a verla, porque Mavriki se niega a ir conmigo. Confío en usted porque no tengo a nadie más. Ha sido una estupidez lo que le he dicho a Shatov… Estoy segura de que es usted un hombre honrado y quizá me tiene buena voluntad. Por favor, arréglelo.

Sentí un deseo apasionada de ayudarla en todo.

—Mire lo que voy a hacer —dije después de pensar un momento—. Iré yo mismo hoy, de seguro, y *de seguro* que la veré. Me las arreglaré para verla, palabra de honor. Pero permítame que recurra para ello a Shatov.

—Dígale que deseo verla, que no puedo esperar más, que no estaba engañándolo hace rato. Puede que se haya ido porque es honrado y no le gustó lo que parecía un engaño de mi parte. No lo engañaba. Quiero, efectivamente, publicar el libro y abrir un taller de imprenta…

—Es honrado, sí —afirmé con energía.

—Ahora bien, si la cosa no se arregla para mañana iré yo misma, pase lo que pase, y aunque se entere todo el mundo.

—Yo no podré venir mañana antes de las tres —dije tomando apenas conciencia de la enormidad de aquello.

—Quedamos, pues, que a las tres. ¿Verdad que no andaba equivocada cuando pensaba ayer en casa de Stepan que usted… me tiene bastante buena voluntad? —me alargó sonriendo la mano en gesto rápido de despedida y fue corriendo a reunirse con Mavriki.

Salí de la casa inquieto por la promesa que había hecho y sin clara noción de lo que había ocurrido. Había visto una mujer presa de verdadera desesperación, sin temor a comprometerse, confiando en un hombre que le era casi desconocido. Su sonrisa femenina en instantes tan penosos para ella, y la referencia a haberse percatado de mis sentimientos el día anterior, las había sentido como punzadas en mi corazón; sencillamente me daba lástima, mucha lástima, de ella. Sus secretos habían llegado a ser sagrados para mí; y si alguien tratara de revelármelos, en este momento creo que me taparía los oídos y me negaría a escuchar. Tenía un presentimiento de algo… Y, sin embargo, no sabía cómo arreglar la cosa, más aún, ni siquiera hoy sé exactamente lo que había que arreglar: si una entrevista, ¿qué clase de entrevista? ¿Y cómo hacer para que se vieran?

Toda mi esperanza se cifraba en Shatov, aunque de antemano sabía que no ayudaría en nada. Pero de todos modos fui sonriendo a verlo.

4

No lo hallé en casa hasta el anochecer, cerca de las ocho. Me sorprendió ver que tenía visita: Aleksei Nilych y otro sujeto que me era conocido a medias, un tal Shigaliov, cuñado de Virginski. Este Shigaliov llevaba al parecer un par de meses en nuestra ciudad. Ignoro de dónde había venido; lo único que había oído decir de él era que había publicado un artículo en una revista progresista de Petersburgo. Virginski nos presentó casualmente, en la calle. En mi vida he visto en el semblante de un hombre tanta lobreguez, abatimiento y tristeza. Por su aspecto se diría que aguardaba el fin del mundo, pero no en un futuro incierto, según profecías que pudieran no cumplirse, sino en fecha fija, por ejemplo, pasado mañana a las diez y veinticinco en punto de la mañana. En esa ocasión, sin embargo, apenas habíamos cruzado una palabra, limitándonos a darnos la mano como dos conspiradores. Lo que más me extrañó en él fueron las orejas, de tamaño colosal, largas, anchas, y gruesas, que sobresalían de la manera más peculiar. Era hombre de ademanes torpes y lentos. Si alguna vez Liputin juzgó posible fundar un falansterio en nuestra provincia, Shigaliov sabía seguramente el día y la hora en que ello tendría lugar. Produjo en mí una impresión siniestra. Me pareció raro encontrarlo en casa de Shatov, dado que éste no era amigo de recibir visitas.

Ya desde la escalera se notaba que hablaban alto, los tres a la vez y, a lo que parecía, en tono de querella; pero enmudecieron en cuanto entré. Habían estado discutiendo de pie, pero ahora se sentaron de improviso, por lo que yo también hube de sentarme. Durante tres minutos por lo menos no se rompió el estúpido silencio. Si bien Shigaliov me reconoció, hizo como si nunca me hubiera visto, y no por hostilidad, sino por sabe Dios qué motivo. Aleksei y yo nos saludamos, pero en silencio y sin darnos la mano. Shigaliov se puso, por fin, a mirarme, severo y hosco, en la creencia ingenua de que me levantaría y tomaría la puerta. Por fin Shatov abandonó su asiento y los demás se apresuraron a hacer lo propio. Salieron sin despedirse, pero Shigaliov, desde la puerta, dijo a Shatov, que los acompañaba:

—Recuerde que está obligado a presentar informe.

—¡Al diablo con sus informes! ¡No estoy obligado a nada! —contestó Shatov como despedida, cerrando la puerta con cerrojo.

—¡Sabandijas! —exclamó, lanzándome una mirada y sonriendo un poco oblicuamente.

Parecía irritado y me chocó que fuera el primero en hablar. Antes, por lo común, cuando había ido a visitarlo (por cierto raras veces), se sentaba en un rincón con gesto sombrío, respondía de mala gana y sólo al cabo de un largo rato empezaba a animarse y hablar con gusto. Sin embargo, a la hora de despedirse volvía indefectiblemente a arrugar el ceño y lo dejaba a uno marcharse como si se quitase de encima un enemigo

personal.

—Ayer estuve tomando el té con ese Aleksei Nilych —observé—. Parece que se ha vuelto loco con el ateísmo.

—El ateísmo ruso no ha pasado de ser un juego de palabras —murmuró Shatov poniendo una nueva vela donde antes no había sino un cabo.

—No. Ese hombre, si no me equivoco, no está haciendo juegos de palabras. Sencillamente no sabe hablar; mal podría hacer juegos de palabras.

—Es gente de papel. Todo eso resulta de sus pensamientos serviles —comentó Shatov con calma, sentándose en un rincón y apoyando ambas manos en las rodillas —. En eso también anda el odio —agregó tras un momento de silencio—. Esos hombres serían los primeros en llevarse una enorme desilusión si Rusia llegara de algún modo a transformarse, incluso a gusto de ellos; si de pronto llegara a ser superlativamente rica y feliz. ¡Entonces no tendrían nada que odiar, a nadie que insultar ni cosa alguna de que burlarse! En ellos no hay más que un odio animal e infinito a Rusia, un odio que les ha corroído las entrañas… ¡Y ahí no es cuestión de lágrimas que brillan a través de las sonrisas, lágrimas que el mundo no ve! ¡Nunca se han pronunciado en Rusia palabras tan mendaces como esas lágrimas invisibles! —dijo con ferocidad.

—Pero, hombre, ¿qué está haciendo? —pregunté riendo.

—Usted es un «liberal moderado» —dijo Shatov sonriendo a su vez con ironía; y agregó al momento—: ¿Sabe usted? Puede que lo que he dicho de «pensamientos serviles» sea una tontería y que usted me replique: «Eres tú y no yo el que nació de un lacayo».

—¡Vamos, hombre, yo nunca quise decir…!

—No se disculpe, que no me asusto. Entonces nací de un lacayo, y ahora me he vuelto lacayo, tan lacayo como usted. Nuestro liberal ruso es ante todo un lacayo que parece estar buscando a alguien para limpiarle los zapatos.

—¿Qué zapatos? ¿Qué alegoría es ésa?

—¡Pero si no es una alegoría! Veo que se ríe usted… Stepan tiene razón cuando dice que estoy debajo de un peñasco, estrujado pero no despachurrado y haciendo contorsiones. Es una buena comparación.

—Stepan dice que usted desatina en cuanto se habla de los alemanes —dije riendo—. Sin embargo, les hemos sacado algún provecho.

—Les hemos sacado unas cuantas monedas de cobre y les hemos dado a cambio cien rublos.

Guardamos silencio unos instantes.

—Eso lo cogió cuando estaba tumbado en América.

—¿Quién? ¿Qué cogió?

—Hablaba de Kirillov. Él y yo pasamos cuatro meses allí, tumbados en el suelo

de una cabaña.

—Pero ¿fueron ustedes a América? —pregunté sorprendido—. Nunca ha hablado de ello.

—No hay mucho que contar. Hace dos años, tres de nosotros fuimos a Estados Unidos en un barco de emigrantes. Nos gastamos hasta el último céntimo en «probar por nuestra cuenta la vida del trabajador americano y verificar por experiencia propia el estado del hombre en su situación social más agobiante». Ése fue el objeto de ir allá.

—¡Santo Dios! —repliqué riendo—. Para eso mejor hubiera sido ir a cualquier lugar de nuestra provincia en época de recolección. Quiero decir, para eso de «verificar por experiencia propia»; y no largarse a América aprisa y corriendo.

—Nos ajustamos para trabajar con un patrón de esos explotadores que hay por allí. Éramos seis los rusos que estábamos con él: estudiantes, propietarios que habían abandonado su finca, oficiales del ejército… y todos con ese mismo propósito loable. Pues bien, trabajamos, vivimos calados hasta los huesos, hasta que Kirillov y yo nos fuimos por fin. Estábamos enfermos, no podíamos aguantar aquéllo más. A la hora de pagarnos, el patrón que nos explotaba nos engañó, y en vez de los treinta dólares estipulados, me dio a mí ocho, y a Kirillov quince. Además, nos zurraron más de una vez. Total, que sin poder encontrar trabajo, Kirillov y yo pasamos cuatro meses en un poblacho, durmiendo juntos en el suelo. Él pensaba en una cosa y yo en otra.

—¿Cómo? ¿El patrón les pegaba? ¿Y eso en América? Me imagino cómo debieron de insultarlo ustedes…

—No, señor; nada de eso. Al contrario. Kirillov y yo llegamos a la conclusión de que «nosotros los rusos éramos como niños en comparación con los americanos, y de que era preciso haber nacido en América o, por lo menos, haber vivido allí muchos años para estar al mismo nivel que ellos». Más aún, cuando por algo que podía valer unos centavos nos pedían un dólar, lo pagábamos no sólo con gusto sino con entusiasmo. Alabábamos todo: el espiritismo, la ley de Lynch, los revólveres, los vagabundos. Una vez, cuando estábamos de viaje, un sujeto metió la mano en uno de mis bolsillos, me sacó el peine y empezó a peinarse con él. Kirillov y yo sólo cambiamos una mirada y decidimos que eso estaba bien y que nos gustaba mucho…

—Es curioso cómo esas cosas no sólo las pensamos, sino que también las hacemos —dije yo.

—Es gente de papel —repitió Shatov.

—Sin embargo, cruzar el mar en un barco de emigrantes para ir a un país desconocido, aunque sea para «verificar por experiencia propia», etc., revela sin duda un aguante nada común… Pero ¿cómo lograron ustedes salir de allí?

—Escribí a un individuo en Europa que me mandó cien rublos.

Según su costumbre cuando hablaba, Shatov mantenía la vista fija en el suelo,

hasta cuando se enardecía. Pero ahora alzó de pronto la cabeza.

—¿Quiere saber el nombre de ese individuo?

—¿Quién es?

—Nikolai Stavrogin.

Se levantó de improviso, fue a su escritorio de madera de tilo y se puso a buscar algo en él. Hasta nosotros había llegado el rumor, vago pero fidedigno, de que su mujer había sido durante algún tiempo amante de Nikolai Stavrogin en París precisamente dos años antes, y por lo tanto cuando Shatov se encontraba en América. Era verdad que eso había ocurrido mucho después de haber abandonado al marido en Ginebra. «Si es así, ¿por qué sacar a relucir ahora el nombre de Stavrogin y con tanto retintín?», me pregunté.

—Todavía no le he devuelto el dinero —dijo de pronto, encarándose de nuevo conmigo; y, mirándome con fijeza, volvió a sentarse en el sitio de antes, en el rincón. En tono diferente me preguntó bruscamente:

—Usted, sin duda, ha venido para algo. ¿Qué necesita?

Al momento le conté todo, en riguroso orden cronológico, y añadí que aunque había tenido ya tiempo de enfriarme la cabeza después de mi primer entusiasmo, estaba más perplejo que nunca. Me daba cuenta de que algo muy importante le iba en ello a Lizaveta Nikolayevna y quería ayudarla en la medida de mis fuerzas. El escollo estaba, sin embargo, en que no sabía cómo cumplir la promesa que le había hecho; más aún, no sabía ya qué era exactamente lo que había prometido. Por añadidura, le repetí con firmeza que ella no quería ni pensaba engañarlo, que había habido un equívoco y que había quedado mortificada por la manera insólita en que él se había marchado esa mañana.

Me escuchó muy atentamente.

—Bien. Puede ser que, como a menudo me pasa, haya metido la pata esta mañana… Pero si ella no comprendió por qué me marché de esa manera… tanto mejor para ella.

Se levantó, fue a la puerta, la abrió y se puso a escuchar en la escalera.

—¿Usted mismo quiere ver a esa persona?

—Sí quiero, pero ¿cómo lograrlo? —dije saltando de mi silla con alegría.

—Basta con que vayamos cuando está sola. Cuando él vuelva le dará una paliza si se entera de que hemos ido a verla. Yo a menudo entro a hurtadillas. El otro día reñí con él cuando se puso a pegarle de nuevo.

—¡No me diga!

—Sí, señor. Lo aparté de ella tirándole del pelo. Él quiso aporrearme, pero me tuvo miedo y con eso terminó la cosa. Temo que si vuelve borracho se acordará y le dará un soberbio vapuleo.

Fuimos sin más al piso de abajo.

5

La puerta de los Lebiadkin estaba cerrada, pero no con llave, y entramos sin dificultad. La vivienda se componía en total de dos habitaciones pequeñas y lóbregas de las que literalmente colgaban tiras de papel mugriento. En ella había estado instalada algún tiempo una taberna, hasta que su dueño, Filippov, la trasladó a una casa nueva. Las demás habitaciones de la antigua taberna estaban ahora cerradas con llave, y estas dos habían sido alquiladas a Lebiadkin. El mobiliario contaba sencillamente de bancos y mesas hechas de tablas, salvo un viejo sillón al que le faltaba un brazo. En un ángulo de la segunda habitación había una cama con una colcha de algodón que era la de *mademoiselle* Lebiadkina, ya que el capitán se tumbaba en el suelo, a menudo sin quitarse la ropa que llevaba puesta. Donde quiera que se mirara no había más que migajas, cochambre y humedad. En medio del suelo de la primera habitación se veía un pingajo grande empapado de agua y, junto a él, en el charco mismo en que yacía, una bota vieja usada. Era evidente que allí nadie se ocupaba de la casa: no se cargaba la estufa, no se preparaba la comida y, como después me dijo Shatov, ni siquiera había un samovar. El capitán había llegado como un mendigo, en compañía de su hermana, y según Liputin, había ido, en efecto, de casa en casa pidiendo limosna; pero habiendo recibido dinero inopinadamente se dio en seguida a beber, con lo cual había perdido la cabeza, y la facultad de atender el cuidado de la casa.

Mademoiselle Lebiadkina, a quien tanto deseaba ver, estaba sentada tranquila y en silencio en un rincón de la segunda habitación, en un banco junto a la mesa de pino de la cocina. No expresó sorpresa alguna cuando abrimos la puerta ni se movió de su sitio. Shatov me dijo que la puerta de la casa nunca se cerraba con llave y que alguna vez había estado toda la noche de par en par. A la leve luz de una flaca bujía sostenida por un candelabro de hierro pude distinguir a una mujer de unos treinta años, de una delgadez enfermiza, ataviada con un viejo y oscuro vestido de algodón, con el largo cuello al descubierto y los cabellos ralos y oscuros recogidos en la nuca en un moño que no era mayor que el puño de una criatura de dos años. Nos miraba con ojos bastante alegres. Además del candelabro tenía frente a sí, en la mesa, un espejillo, una baraja vieja, un manoseado libro de canciones y un panecillo alemán al que ya había dado un par de bocados. Era de notar que *mademoiselle* Lebiadkina usaba polvos y colorete y se pintaba los labios. También se ennegrecía las cejas ya de por sí largas, finas y oscuras. A pesar del maquillaje, tres largas arrugas se dibujaban con bastante claridad en su frente alta y estrecha. Yo ya sabía que era coja pero en esta ocasión no se puso de pie ni dio un paso. En su temprana juventud ese rostro enlaciado pudo ser bonito, e incluso ahora eran espléndidos los ojos grises, serenos y tiernos. En la mirada, sosegada y casi gozosa, brillaba algo ensoñador y sincero. Ese

gozo sereno y tranquilo, que también se translucía en su sonrisa, me sorprendió después de lo que había oído decir acerca del látigo cosaco y las vilezas del hermano. Es curioso que en lugar de la penosa aversión y aun el temor que se siente de ordinario ante esas criaturas abandonadas de Dios, me resultase casi agradable desde el primer momento poner los ojos en ella. Lo que después sentí no fue aversión, sino lástima.

—Mírela ahí sentada. Pasa días enteros absolutamente sola, así como suena. No se mueve, echa las cartas o se mira en el espejo —dijo Shatov mostrándomela desde el umbral—. El hermano ni siquiera le da de comer. Menos mal que la vieja de aquí al lado le trae algo de vez en cuando. ¡Cómo es posible que la dejen sola con una bujía!

Me extrañó oír a Shatov hablar en voz alta, como si no hubiera nadie en la habitación.

—¡Hola, Shatushka! —dijo *mademoiselle* Lebiadkina en tono acogedor.

—Te traigo a un visitante, María Timofeyevna —dijo Shatov.

—Bueno, bienvenido. No sé quién es. No recuerdo haberlo visto —me miró con fijeza desde detrás del candelera y seguidamente se volvió de nuevo a Shatov (ya no se ocupó más de mí durante el resto de la conversación; era como si no estuviese junto a ella).

—Bien se ve que te aburrías paseando por tu camaranchón, ¿no es eso? —preguntó riendo, con lo que descubrió dos hileras de dientes magníficos.

—Me aburría y quería hacerte una visita.

Shatov acercó un banquillo a la mesa, se sentó e hizo que me sentara a su lado.

—Me alegro siempre de charlar, Shatushka, pero además me das mucha risa. Eres como un ermitaño. ¿Cuándo te peinaste la última vez? Déjame que te peine —dijo sacando un peinecillo del bolsillo—. Quizá no has vuelto a peinarte desde la última vez que yo te peiné.

—Es que no tengo peine —dijo Shatov riendo.

—¿De veras? Pues yo te daré uno mío; no éste, sino otro. Pero recuérdamelo.

Con semblante muy serio se puso a peinarlo, le hizo incluso la raya a un costado, se echó un poco hacia atrás para ver si quedaba bien y volvió a meterse el peine en el bolsillo.

—¿Sabes, Shatushka? —dijo sacudiendo la cabeza—. Puede que seas una persona sensata y, sin embargo, te aburres. Me choca ver a gente como vosotros. No comprendo cómo puede haber gente que se aburre. La pena no es aburrimiento. Yo soy feliz.

—¿Eres también feliz con tu hermano?

—¿Lo dices por Lebiadkin? Ese es mi lacayo. Me da igual que esté aquí o no. Yo le digo: «¡Lebiadkin, trae agua; Lebiadkin, dame las botas!», y él lo hace corriendo. De vez en cuando no puede una contener la risa mirándolo.

—Y eso es precisamente lo que pasa —volvió a decirme Shatov en voz alta y sin disimulo—. Lo trata igual que a un lacayo. Yo mismo la he oído gritar «¡Lebiadkin, dame agua!» riéndose a carcajadas. Pero con una diferencia, y es que él no lo hace corriendo, sino que le propina una paliza. Ahora bien, ella no le tiene temor alguno. Le dan casi a diario unos ataques de nervios que le hacen perder la memoria, y después de ellos olvida todo lo que acaba de pasarle. Nunca sabe a ciencia cierta la hora que es. Usted pensará que se acuerda de cuando entramos; quizá, pero lo probable es que lo haya cambiado ya todo según su entender y que ahora nos tome por otros de los que somos, aunque bien puede acordarse de que yo soy Shatov. No importa que hable alto, porque se desentiende de quienes no hablan con ella y se entrega a sus ensueños. Y hay que ver cómo se entrega a ellos. Es una soñadora impenitente…; se pasa ocho horas o un día entero sentada en un mismo sitio. Mire ese panecillo: seguramente no le ha dado más de un mordisco desde esta mañana y no lo terminará hasta mañana. Ahora empieza a echar las cartas…

—Las echo, sí, una y otra vez, Shatushka, pero no sé por qué no me salen bien —confirmó María Timofeyevna, que había oído la última frase. Sin mirar, alargó la mano al panecillo (acaso también porque había oído la referencia a él). Lo cogió, por fin, pero después de tenerlo un rato en la mano izquierda, y absorta en lo que nos estaba diciendo, lo puso otra vez en la mesa sin darse cuenta y sin darle un solo bocado.

—Siempre me sale lo mismo: un viaje, un hombre malo, la traición de no sé quién, la cama de un difunto, una carta de no sé dónde, malas noticias…, tonterías todo eso, Shatushka. Y tú, ¿qué piensas? Si las personas mienten, ¿por qué no van a mentir las cartas? —dijo barajándolas—. Eso fue lo que le dije una vez a la madre Praskovya, una mujer muy buena que venía a mi celda a que le dijera la buenaventura a hurtadillas de la madre superiora. Y no era ella la única que venía. «¡Hay que ver!», exclamaban sacudiendo la cabeza y hablaban por los codos. Y yo ríete que te ríe. «Pero ¿cómo es que espera usted una carta, madre Praskovya (le pregunté un día), si en doce años no ha recibido ninguna?». A una hija suya la llevó el marido a no sé dónde en Turquía y no había tenido noticias de ella en doce años. Pues bien, al día siguiente, a última hora, estaba yo tomando el té con la madre superiora (que era princesa de nacimiento) y otra señora que estaba de paso (¡qué mujer tan fantasiosa!) y además, sí, un monjecillo del monte Atos que estaba de visita, hombre muy ocurrente, a mi parecer. Bueno, pues ¿querrás creer, Shatushka, que ese monjecillo había traído esa misma mañana a la madre Praskovya una carta de Turquía? (¡Ahí sale la sota de oros!). Ya ves, noticias inesperadas. Estábamos, pues, tomando el té cuando el monjecillo del monte Atos dice a la madre superiora: «Ante todo, reverenda madre, el señor ha bendecido vuestro convento haciendo que en él se encuentre tan precioso tesoro». «¿De qué tesoro se trata?», pregunta la madre

superiora. «De la beata madre Lizaveta». Esta bendita madre Lizaveta vivía en un jaula empotrada en el muro de nuestro convento, una jaula de siete pies de largo por cinco de alto y allí llevaba diecisiete años, tras una reja de hierro, sin más que un camisón de cáñamo en invierno y en verano, punzándose el camisón con una paja, o un palillo, con cualquier cosa que tuviera a su alcance, sin hablar palabra, ni peinarse, ni lavarse, en diecisiete años. En el invierno le metían por entre las barras una pelliza y, a diario, un mendrugo de pan y un jarro de agua. Los peregrinos la miraban, prorrumpían en gritos de admiración, suspiraban y aflojaban el dinero. «¡Conque ése es el tesoro! (respondió la madre superiora, que se había enfadado porque no podía aguantar a Lizaveta), Lizaveta está metida allí sólo por malicia, por pura terquedad, y todo eso no es más que pura hipocresía». No me gustó lo que dijo, porque yo entonces también tenía ganas de encerrarme: «Pues, a mi modo de ver (dije), Dios y la naturaleza son una y la misma cosa». Todos ellos dijeron a la vez: «¡Pues sí que está bueno!». La madre superiora se echó a reír, dijo algo al oído de la señora, me llamó a su lado, me acarició, y la señora me regaló una cinta de rosa. ¿Quieres que te la enseñe? Bueno, pues el monjecillo empezó a echarme un sermón. Hablaba muy bien y con mucha humildad, y sabía además lo que decía. Yo estaba sentada escuchándolo. «¿Ha comprendido usted?», preguntó. «No (le contesté), no he comprendido ni jota, y déjeme usted en paz». Desde entonces, Shatushka, me dejaron en paz. Y mientras tanto, una de las hermanas legas, una que vivía en nuestro convento haciendo penitencia por dárselas de profetisa, me preguntó en voz baja, cuando salíamos una vez de la iglesia: «¿Qué es la Madre de Dios?». Y yo le contesté: «Es la Madre Grande, la esperanza del género humano». «Sí, así es (dijo). La Madre de Dios es la Gran Madre Tierra y en ello hay un gran regocijo para la humanidad; y toda pena terrena y toda lágrima terrena son un regocijo para nosotros; y cuando empapes con tus lágrimas la tierra que pisas hasta la hondura de un pie, te regocijarás de todo y tus penas se irán para no volver. Ésa (dijo) es la profecía». Esas palabras me llegaron muy hondo. Desde entonces, cada vez que rezo y me inclino hasta el suelo beso la tierra. La beso y lloro y oye lo que te digo, Shatushka: no hay nada malo en esas lágrimas. Y no importa que no tengas ninguna pena; tus lágrimas correrán de puro gozo. Corren por sí mismas, así como lo digo. Iba yo a veces a la orilla del lago: a un lado estaba nuestro convento, al otro una montaña con su pico. Así la llamaban: la montaña del pico. Subía a la montaña, volvía la cara al oriente, caía en tierra y lloraba, lloraba, y no recordaba cuánto tiempo pasaba llorando, y no recordaba nada entonces y no sabía nada. Luego me levantaba para volver al convento y el sol se estaba poniendo tan grande, tan brillante, tan glorioso… ¿Te gusta mirar el sol, Shatushka? Es algo hermoso, pero triste. Volvía otra vez la cara al oriente y veía cómo la sombra de nuestra montaña corría como una flecha por el lago, larga y delgada, de una versta de largo, hasta la isla que había en el lago y parecía que

cortaba esa isla rocosa por la mitad, y cuando la cortaba por la mitad, el sol se ponía del todo y de pronto todo se apagaba. Entonces empezaba a ponerme triste y volvía a recordar las cosas. Me da miedo la oscuridad, Shatushka. Pero por lo que más lloraba era por mi niño…

—Pero ¿tuviste un niño? —preguntó Shatov tocándome con el codo. Su atención durante el relato había sido extraordinaria.

—Pues claro: pequeñito, sonrosadito, con unas uñitas tan menuditas. Pero de lo que más pena me daba era de no recordar si era niño o niña. Unas veces pensaba que era niño y otras que niña. Y cuando lo parí, lo envolví en seguida en batista y encaje, lo fajé con cintas de color rosa, lo cubrí de flores, lo dejé preparado, le recé una oración y, todavía sin bautizar, me lo llevé por el bosque. Le temo al bosque; me daba mucho miedo y lo que más me hacía llorar era que, aunque había tenido un niño, no sabía si estaba casada o no.

—Y quizá lo estuvieras, ¿no? —preguntó Shatov con cautela.

—¡Qué divertido eres, Shatushka! ¡Qué cosas dices! Quizá lo estuviera, pero ¿qué más da si era como si no lo estuviera? ¡Ahí tienes un acertijo fácil! ¡Adivínalo! —dijo ella riendo.

—¿A dónde llevaste a tu niño?

—Al estanque —contestó ella con un suspiro.

Shatov me volvió a tocar con el codo.

—¿Y qué si nunca hubieras tenido un niño y todo eso no fuera más que un delirio?

—Me haces una pregunta difícil, Shatushka —respondió pensativa y sin maravillarse en absoluto de la pregunta—. En cuanto a eso, no puedo decirte nada. Quizá no lo tuviera. A mí me parece que eso es sólo curiosidad tuya. De todos modos, no paro de llorar por él. ¿Quieres decir que quizá sólo fuera un sueño? —y en sus ojos brillaron gruesas lágrimas—. Shatushka, Shatushka, ¿es verdad que te dejó tu mujer? —preguntó poniéndole ambas manos en los hombros y mirándole con lástima —. No te enfades, que a mí me pasó lo mismo. ¿Sabes, Shatushka? He tenido un sueño: que él vuelve otra vez, me hace una seña y dice: «¡Gatita, gatita mía, vente conmigo!». Lo que más me gusta es que me llame «gatita». Creo que me quiere.

—Puede que vuelva de veras —murmuró Shatov a media voz.

—No, Shatushka, no es más que un sueño… No volverá nunca. ¿Conoces esta canción?

Quédate en tu casa alta,
que yo en mi celda me quedo;
viviré para salvarme
y a Dios rogaré por ti.

—¡Ay, Shatushka, Shatushka querido! ¿Por qué nunca me preguntas nada?

—Porque no me dirás nada; por eso no te pregunto.

—¡Y no diré nada, no lo diré! ¡Aunque me abras en canal no diré nada! —se apresuró a afirmar—. ¡Aunque me prendas fuego no diré nada! Y por mucho que haya sufrido no diré nada. ¡La gente no se enterará!

—Bueno, ya ves que a cada uno le toca lo suyo —comentó Shatov en voz todavía más baja y agachando aún más la cabeza.

—Pero si me lo preguntaras quizá te lo diría; quizá —repitió exaltada—. ¿Por qué no me lo preguntas? Pregunta, pregunta como Dios manda y quizá te lo diga. Ruégame, Shatushka, para que pueda consentir… ¡Ay, Shatushka, Shatushka!

Shatov, sin embargo, guardó silencio, y el silencio fue general durante un minuto. Por el rostro empolvado de ella corrían mansamente las lágrimas. Seguía sentada, con las manos apoyadas en los hombros de él, pero ya sin mirarlo.

—Bueno, ¿y a mí qué me importa? No tengo por qué meterme en tus cosas —dijo Shatov levantándose de pronto—. Vamos, levántense —dijo tirando del banco en que estábamos sentados, y alzándolo lo colocó en donde había estado antes.

—Cuando llegue no debe sospechar nada. Y ya es hora de que nos vayamos nosotros.

—¡Ah, conque sigues hablando de ese lacayo mío! —exclamó entre risas María Timofeyevna—. Le tienes miedo. Bueno, adiós, queridos visitantes. Escucha un momento lo que voy a decirte. Esta mañana vinieron aquí ese Kirillov y el dueño de la casa, Filippov, el de la barba roja grande, y llegaron justamente cuando mi hermano iba a pegarme. Entonces el casero lo agarró y lo arrastró por el cuarto, y mi hermano gritaba: «¡Yo no tengo la culpa! ¡Estoy sufriendo por causa de una infamia ajena!». ¿Querrás creer que nos partíamos todos de risa?

—Mira, María Timofeyevna, fui yo, y no el de la barba roja, el que te lo quitó de encima arrastrándolo del pelo. El casero vino anteayer a echaros una bronca. Estás confundida.

—Espera. Quizá, sí, esté confundida y puede que fueras tú. Pero no hay que reñir por tonterías. A él le es igual que lo arrastre éste o el otro —dijo riendo.

—Vamos, —Shatov me dio un empujón—. He oído chirriar la puerta de fuera. Si nos encuentra aquí le da una paliza.

Apenas tuvimos tiempo de subir la escalera cuando sonó en la puerta el grito de un borracho seguido de una sarta de juramentos. Después de hacerme entrar en su casa, Shatov cerró la puerta y echó el cerrojo.

—Tendrá usted que aguardar un rato si no quiere quebraderos de cabeza. Oiga cómo grita; parece un cochino. De seguro que ha tropezado otra vez en el umbral. Cada vez que lo cruza se da una costalada.

Sin embargo, no hubo modo de evitar los quebraderos de cabeza.

6

Shatov, de pie junto a la puerta cerrada, escuchaba lo que pasaba en la escalera. De pronto dio un salto atrás.

—¡Ya sabía yo que vendría aquí! —murmuró con rabia—. Ahora temo que lo tengamos encima hasta medianoche.

Descargaron sobre la puerta unos puñetazos fortísimos.

—¡Shatov, Shatov, abre! —aulló el capitán—. ¡Shatov, amigo mío!

He venido a saludarte
porque el sol ya está en lo alto
y con su luz cegadora
los bosques hace vibrar;
y a decir que estoy despierto
—y que te lleve el demonio—,
Despierto bajo las ramas…

—¡Bien puede ser un abedul, ja ja!

Toda avecilla muere de sed
y ahora, amigo, a beber tocan…,
beber…, pero ¡no sé qué!

… ¡Bueno, al diablo con la estúpida curiosidad! Shatov, ¿te das cuenta de lo hermoso que es vivir en este mundo?

—No conteste —susurró de nuevo Shatov.

—¡Vamos, abre! ¿Te das cuenta de que hay algo más noble que la riña… entre los hombres? Hay momentos en la vida de una persona hon-ra-da… ¡Shatov, que soy una buena persona! Te perdono… ¡Shatov, al diablo con la propaganda política! ¿Eh, qué dices?

Silencio.

—¿Te das cuenta, so asno, de que estoy enamorado y de que he comprado un frac? Míralo, el frac del amor, que me ha costado quince rublos. El amor de un capitán exige buenos modales… ¡Abre! —rugió de pronto como una fiera, volviendo a golpear la puerta con furia.

—¡Vete al infierno! —gritó Shatov a su vez.

—¡Es-cla-vo! ¡Esclavo miserable! ¡Y tu hermana también es una esclava, una sierva… y una ladrona!

—¡Y tú vendiste a tu hermana!

—¡Mentira! Vengo aguantando esa acusación falsa cuando con una sola palabra podría… ¿Te das cuenta de quién es ella?

—¿Quién? —Shatov se acercó con curiosidad a la puerta.

—¿Te das cuenta?

—Me la daré si me dices quién es.

—Pues me atrevo a decirlo. Nunca me muerdo la lengua en público.

—Lo dudo —dijo Shatov provocativamente, haciéndome una señal con la cabeza para que escuchara.

—¿Que no me atrevo?

—Digo que no.

—¿Que no me atrevo?

—Anda, habla, si no le tienes miedo a la vara de abedul de tu amo. ¡Eres un cobarde, por muy capitán que seas!

—Yo…, yo…, ella…, ella es… —tartamudeó el capitán con voz agitada y temblorosa.

—¡A ver! —Shatov aplicó el oído a la puerta.

Durante medio minuto por lo menos reinó silencio.

—¡Ca-na-lla! —retumbó al fin la voz detrás de la puerta. El capitán se batió en retirada escaleras abajo, resoplando como un samovar y tropezando estrepitosamente en cada escalón.

—No. Es hombre astuto y no hablará aunque esté borracho —Shatov se apartó de la puerta.

—¿De qué se trata? —pregunté.

Shatov se encogió de hombros, abrió la puerta y se puso de nuevo a escuchar si había ruido en la escalera. Estuvo escuchando un rato y hasta bajó con cautela unos cuantos escalones.

—No se oye nada —dijo al volver—. No hay paliza. Lo que significa que se quedó dormido en cuanto llegó. Ya es hora de que se vaya usted.

—Oiga, Shatov, ¿qué conclusión debo sacar de todo esto?

—Saque la que guste —respondió con voz de cansancio y hastío al tiempo que se sentaba a su escritorio.

Me marché. En mi mente iba arraigando cada vez más una idea inverosímil. De pensar en el día siguiente se me oprimía el corazón…

7

Ese «día siguiente», es decir, ese domingo en que había de decidirse irrevocablemente la suerte de Stepan, fue uno de los más notables de mi crónica: día de sorpresas, día en que concluyó lo antiguo y empezó lo nuevo, día de tajantes explicaciones y de aun mayores confusiones. Por la mañana, como ya sabe el lector, debía acompañar a mi amigo a casa de Varvara por indicación expresa de ésta, y a las tres de la tarde tenía que presentarme en casa de Lizaveta Nikolayevna para decirle…, no sabía qué y ayudarla…, tampoco sabía cómo. Sin embargo, las cosas terminaron de manera imprevista. En una palabra, fue un día de acontecimientos extrañamente coincidentes.

Comenzó del modo siguiente: cuando Stepan y yo llegamos a la residencia de Varvara a las doce en punto, hora fijada por ella, no la encontramos en casa; aún no había vuelto de misa. Mi pobre amigo se hallaba en tal disposición —mejor dicho, indisposición— de ánimo que esa circunstancia lo dejó anonadado; y casi falto de fuerzas se dejó caer en un sillón de la sala. Le ofrecí un vaso de agua, pero lo rechazó con dignidad a pesar de la palidez de su rostro y el temblor de sus manos. A propósito, en esta ocasión su atavío descollaba por un insólito atildamiento: camisa bordada de batista, que no estaría mal en un baile, corbata blanca, sombrero nuevo que no soltaba de las manos, guantes nuevos de color pajizo y hasta un poquitín de perfume. Ni bien nos hubimos sentado entró Shatov precedido por el mayordomo; era evidente que también acudía por invitación oficial. Stepan estuvo a punto de levantarse para estrecharle la mano, pero Shatov, después de echarnos una mirada escrutadora, fue a un rincón, se sentó y ni siquiera nos saludó. Stepan, inquieto una vez más, fijó sus ojos en los míos.

En profundo silencio transcurrieron unos minutos. Stepan empezó a decirme algo en voz baja y rápida, pero no comprendí sus palabras, amén de que, agitado como estaba, él mismo se interrumpió bruscamente. De nuevo entró el mayordomo con el ostensible propósito de arreglar algo en la mesa, pero seguramente para echarnos una ojeada. Shatov le preguntó en voz alta:

—Aleksei Yegorovich, ¿sabe usted si Daria Pavlovna fue con la señora?

—Varvara Pavlovna ha ido sola a la catedral, señor. Daria Pavlovna se ha quedado arriba en su habitación porque no se siente bien —informó el mayordomo en tono solemne y edificante.

Mi pobre amigo volvió a dispararme una mirada tan rápida e inquieta que acabé por volverle un poco la espalda. De improviso se oyó el chirrido de un carruaje a la puerta de entrada, y un ir y venir lejano en la casa nos hizo saber que su dueña estaba de vuelta. Todos nos incorporamos en nuestros asientos, pero he aquí otra sorpresa: el ruido de muchos pasos delataba que la señora no volvía sola, lo que de por sí era

harto extraño, puesto que ella misma nos había señalado esa hora. Por último, se oyó a alguien entrar apresuradamente, como a la carrera, lo que no cabía esperar de Varvara; y esta misma entró casi volando en la sala, jadeante y dando muestra de extraordinaria agitación. Un poco detrás de ella y con mucha más calma entró Lizaveta del brazo de ¡María Timofeyevna Lebiadkina! Si lo hubiera soñado, no lo habría creído.

Para explicar este suceso inesperado hay que retroceder una hora y relatar puntualmente la extraña aventura que tuvo Varvara en la catedral.

En primer lugar, a la misa de la mañana había asistido casi toda la ciudad, con lo que se quiere dar a entender la capa superior de nuestra sociedad. Se sabía que estaría presente la gobernadora, por primera vez desde su llegada. Mencionaré de paso que, según los rumores que ya circulaban, era librepensadora y profesaba «las nuevas ideas». Todas las señoras harían alarde a su vez de lujo y atildamiento. Sólo Varvara, como de costumbre, iba modestamente vestida de negro riguroso: así lo venía haciendo invariablemente en lo últimos cuatro años. Al llegar a la catedral se instaló en su sitio habitual, la primera fila de la izquierda, y un lacayo vestido de librea colocó ante ella un cojín de terciopelo a guisa de reclinatorio. En suma, todo seguía la pauta acostumbrada. Se observó, sin embargo, que en esta ocasión rezó con singular fervor durante los oficios, y más tarde, cuando se recordaba el caso, se afirmaba que incluso tenía lágrimas en los ojos. Terminó, por fin, la misa y nuestro arcipreste, el padre Pavel, salió a pronunciar un solemne sermón. A nosotros nos gustaban sus sermones y los apreciábamos en sumo grado; tratábamos de convencerlo de que los publicase, pero él no se resolvía a hacerlo. Esta vez el sermón se alargó más de la cuenta.

Durante el sermón llegó a la catedral una señora en un coche de alquiler de vieja estampa, uno de esos coches en que las señoras pueden ir sentadas sólo de lado, agarradas a la faja del cochero y balanceándose con cada vaivén del vehículo como brizna de hierba azotada por el viento. Tales coches siguen circulando todavía en nuestra ciudad. Deteniéndose en la esquina de la catedral —porque a la entrada de ella había una multitud de carruajes e incluso gendarmes a caballo—, la señora se apeó ágilmente del coche y dio al cochero cuatro kopeks de plata.

—¿Qué? ¿No es bastante, cochero? —preguntó al ver el gesto torcido de éste—. Es todo lo que tengo —agregó con voz quejumbrosa.

—Bueno, no importa. No le dije de antemano lo que costaría —el cochero se encogió de hombros y la miró como diciéndose: «Además no tendría perdón de Dios aprovecharse de alguien como tú».

Y metiéndose el bolso de cuero en el chaquetón se alejó seguido de las pullas de los demás cocheros que por allí andaban. Las pullas y aun las exclamaciones de pasmo acompañaron a la señora mientras se abría camino hasta el pórtico de la

catedral por entre los carruajes y los lacayos que aguardaban la próxima salida de sus amos. A todos les parecía singular y sorprendente la repentina aparición de aquella persona de Dios sabe dónde, en la calle, entre la gente. Daba lástima de ver lo demacrada que estaba; cojeaba, tenía la cara cubierta de polvos y colorete, el largo cuello enteramente desnudo, pues no llevaba pañoleta ni capota, sino sólo un viejo pañuelo de color oscuro, no obstante ser un día de septiembre frío y ventoso, aunque despejado. Tenía la cabeza descubierta por completo, el pelo sujeto por un moño minúsculo en la nuca, en el lado derecho del cual había prendido una rosa artificial de las que se usan para adornar los querubes de hojas de palma en Semana Santa. Cuando estuve en casa de María Timofeyevna había visto en un rincón precisamente uno de esos querubes, en una guirnalda de rosas de papel que estaba bajo los iconos. Para completar el cuadro, la dama, si bien avanzaba modestamente con la vista baja, tenía aire satisfecho y sonreía afablemente. Si se hubiera retrasado un instante más quizá no le habrían permitido entrar en la catedral… Pero tuvo tiempo de escurrirse y, una vez dentro del templo, se abrió paso imperceptiblemente hasta el altar mayor.

Aunque el sermón no iba más que mediado y la apretada muchedumbre que llenaba la catedral lo escuchaba absorta, algunos ojos se fijaron con curiosidad y sorpresa en la recién llegada. Ésta cayó de rodillas ante las gradas del altar mayor y tocó el pavimento con su cara empolvada. Permaneció en esa postura largo rato, por lo visto llorando; pero levantó de nuevo la cabeza, se puso de pie y pronto recobró su animación y buen humor. Alegremente, con gran satisfacción al parecer, paseó la vista por los rostros de los feligreses y los muros de la catedral. Miraba con especial curiosidad a algunas señoras, incluso poniéndose de puntillas para verlas mejor, y hasta riéndose un par de veces con risa extrañamente retozona.

Terminó el sermón y sacaron la cruz. La gobernadora fue la primera en ir a besarla, pero después de algunos pasos se detuvo con el claro propósito de dejar el camino libre a Varvara, que, por su parte, iba derecho al mismo fin, como si no tuviera nadie delante. La cortesía nada común de la gobernadora suponía, sin duda, un desaire palmario pero sutil. Así lo entendieron todos. Así, seguramente, lo entendió también Varvara. Pero sin cuidarse todavía de nadie y con un inmutable aire de dignidad besó la cruz y se encaminó directamente a la salida. El lacayo de la librea le fue abriendo camino, aunque todos se lo cedían naturalmente. Pero al llegar al pórtico, la muchedumbre allí congregada le impidió momentáneamente avanzar. Varvara se detuvo y, de improviso, una criatura extraña, estrafalaria, una mujer con una rosa de papel en la cabeza, se abrió paso entre la gente y cayó de rodillas a sus pies. Varvara, que no se aturdía fácilmente y menos aún en público, la miró grave y severa.

Me apresuro a hacer constar, con la mayor brevedad posible, que aunque Varvara, según las malas lenguas, se había vuelto ahorrativa en demasía y aun algo tacaña en

los últimos años, a veces no escatimaba el dinero, especialmente para obras de caridad. Pertenecía a una sociedad de beneficencia de la capital. En un año reciente de carestía había enviado quinientos rublos a la junta central encargada de recoger fondos para las víctimas del hambre, gesto del que se habló en nuestra ciudad. Por último, poco antes del nombramiento del nuevo gobernador, la señora había estado a punto de fundar una junta de damas locales para llegar fondos en ayuda de las parturientas más pobres de la localidad y la provincia. En la ciudad se la tildaba de ambiciosa, pero la impetuosidad notoria del carácter de Varvara, amén de su perseverancia, estuvieron a punto de vencer todos los obstáculos: la nueva junta estaba casi formada y la idea original fue adquiriendo cada vez mayor amplitud en la mente exaltada de su creadora, que soñaba ya con establecer una junta semejante en Moscú y extender gradualmente las actividades de ésta a todas las provincias. El repentino cambio de gobernadores puso, sin embargo, freno a todo eso; y, según se decía, la nueva gobernadora se había permitido hacer ya en los medios sociales algunas observaciones agrias y, sin duda, sagaces y sensatas sobre lo impráctico de la idea fundamental de semejante junta, lo que, por supuesto, había sido repetido con adornos a Varvara. Sólo Dios puede leer el fondo de los corazones, pero sospecho que en esta ocasión Varvara se detuvo un tanto satisfecha en el pórtico del templo sabiendo que junto a ella tendría que pasar pronto la gobernadora y con ésta desfilarían los demás. «Que vea —pensaba— por sí misma que no se me da un ardite de lo que opina y de que me río de sus agudezas acerca de la vanidad de mis obras de beneficencia. ¡Que se joroben todos!».

—¿Qué le pasa, querida? ¿Qué desea? —interrogó Varvara fijándose con más atención en la que estaba arrodillada a sus pies. Ésta, por su parte, la miraba con ojos tímidos, avergonzados, pero casi reverentes. De pronto prorrumpió en la risilla extraña de antes.

—¿Qué quiere? ¿Quién es? —Varvara incluyó a los circunstantes en una mirada inquisitiva e imperiosa. Todos callaron.

—¿Es usted infeliz? ¿Necesita ayuda?

—Necesito…, he venido… —murmuró la «infeliz» con voz entrecortada por la agitación—. He venido solamente para besarle a usted la mano… —dijo con la misma risilla. Con la expresión candorosa que adoptan los niños cuando quieren pedir algo, se inclinó para coger la mano de Varvara, pero, amedrentada, retiró de pronto las suyas.

—¿Ha venido usted sólo para eso? —Varvara se sonrió compasiva, pero al momento sacó del bolso su monedero de madreperla, extrajo de él un billete de diez rublos y se lo alargó a la desconocida. Ésta lo tomó. Varvara mostraba gran interés y al parecer no consideraba a la desconocida como una mendiga común y corriente.

—¡Anda, le ha dado diez rublos! —dijo alguien entre el gentío.

—La mano también, por favor —murmuró la «infeliz» sujetando con los dedos de la mano izquierda la punta del billete de diez rublos que acababa de recibir y que el viento quería arrancarle. Varvara frunció el ceño y con semblante grave y severo alargó la mano. La desconocida la besó. Sus ojos agradecidos brillaron de emoción. Y he aquí que en ese mismo instante llegó la gobernadora y tras ella salió apresuradamente el enjambre de nuestras damas y altos funcionarios. La gobernadora, a pesar suyo, tuvo que detenerse un momento entre el gentío. Otros muchos hicieron lo propio.

—Está usted temblando. ¿Tiene frío? —preguntó Varvara; y quitándose la capota, que un lacayo cogió al vuelo, se quitó de los hombros su chal negro (nada barato, por cierto) y con sus propias manos rodeó con él el cuello desnudo de la joven, que estaba de rodillas ante ella.

—¡Vamos, levántese, levántese, se lo ruego! —la joven se levantó.

—¿Dónde vive usted? ¿Es que nadie sabe dónde vive? —Varvara volvió a mirar con impaciencia en torno, pero ya no era el mismo grupo de antes. Los que ahora contemplaban la escena eran todos gente conocida, de la buena sociedad. Unos la veían con asombro y reprobación, otros con curiosidad maliciosa a la vez que con inocente deseo de escándalo, y otros, por último, con un conato de hilaridad.

—Parece ser la hermana de Lebiadkin, señora —dijo por fin un sujeto servicial en respuesta a la pregunta de Varvara. Éste no era otro que nuestro respetable y apreciado Andreyev, el comerciante, con sus anteojos, su barba gris, su gabán estilo ruso y su sombrero redondo, cilíndrico, que llevaba en la mano—. Viven en casa de Filippov en la calle Bogoyavlenskaya.

—¿Lebiadkin? ¿En casa de Filippov? Algo he oído decir… Gracias, Nikon Semionovich. Pero ¿quién es ese Lebiadkin?

—Se titula a sí mismo capitán. Es hombre (en fin, hay que decirlo) poco escrupuloso. Y ésta es seguramente su hermana. Es de suponer que se ha escapado de su vigilancia —dijo Nikon Semionovich bajando la voz y dirigiendo una mirada significativa a Varvara.

—Comprendo. Gracias, Nikon Semionovich.

—Querida, ¿es usted la señora Lebiadkina?

—No, no soy la señora Lebiadkina.

—Entonces quizá Lebiadkin sea su hermano.

—Lebiadkin es mi hermano.

—Mire, querida, lo que voy a hacer. Ahora la voy a llevar a usted a mi casa y desde allí la llevarán a la suya. ¿Quiere ir conmigo?

—¡Ay, sí, mucho! —dijo la joven batiendo palmas.

—¡Tía, tía! ¡Lléveme también a su casa! —exclamó Lizaveta Nikolayevna.

Debo explicar que Lizaveta Nikolayevna había ido a misa con la gobernadora y

que Praskovya Ivanovna había salido mientras tanto, por consejo del médico, a dar un paseo en coche llevando como acompañante a Mavriki Nikolayevich. De pronto Liza se separó de la gobernadora y fue corriendo a donde estaba Varvara.

—Pero, preciosa, ya sabes que por mí, encantada, pero ¿qué dirá tu madre? —dijo Varvara con aire importante, pero calló confusa al advertir la insólita agitación de Liza.

—¡Tía, tía, es absolutamente necesario que vaya con usted! —imploró Liza besando a Varvara.

—*Mais qu'avez-vos done, Lise?* —preguntó la gobernadora con evidente sorpresa.

—¡Oh, perdone, querida mía, *chère cousine*, voy a casa de la tía! —Liza se volvió rápidamente a su *chère cousine*, que parecía desagradablemente sorprendida, y la besó dos veces.

—Y dígale también a mamá que venga enseguida a buscarme a casa de la tía. Mamá quería ir sin falta a verla a usted. Ella misma me lo dijo esta mañana y se me ha olvidado darle a usted el recado —prosiguió Liza agitada—. Lo siento. No se enfade, *Julie, chère cousine*… ¡Tía, estoy lista! Si no me lleva usted consigo salgo corriendo y gritando tras el coche —murmuró rápida y desesperada al oído de Varvara. Menos mal que nadie la oyó. Varvara dio un paso atrás y dirigió una mirada penetrante a la enloquecida muchacha. Esa mirada fue decisiva. Al momento resolvió llevar a Liza consigo.

—¡Esto se debe acabar ya! —escupió sin querer—. Bueno, encantada de llevarte, Liza —agregó—, por supuesto, si Iulia Mihailovna te da permiso para ir conmigo —dijo mirando a la gobernadora con llaneza y dignidad.

—¡Oh, pues no faltaba más! No quiero privarla de esa satisfacción, tanto más cuanto que yo misma… —murmuró de pronto Iulia Mihailovna con notable amabilidad—, yo misma… sé bien qué cabecita tan fantaseadora y despótica descansa en estos hombros —Iulia Mihailovna sonrió seductoramente.

—Le estoy muy agradecida —repuso Varvara con una inclinación cortés y ceremoniosa.

—Y me es especialmente grato —murmuró Iulia Mihailovna medio enardecida y casi ruborizándose por la agradable agitación que sentía— porque, además del placer de estar con usted, Liza se siente movida por un sentimiento tan hermoso, tan noble, por así decirlo, de compasión… —lanzó una mirada a la «infeliz»— y… en las gradas mismas del templo…

—Ese parecer la honra a usted —aprobó con magnanimidad Varvara. En un arranque incontenible Iulia Mihailovna alargó la mano y Varvara se apresuró a tocarla con sus dedos. La impresión general fue muy positiva: los rostros de algunos de los circunstantes brillaron de contento y hasta hubo algunas sonrisas afectuosas y

complacidas.

En resumen, todo el mundo se enteró de que no había sido Iulia Mihailovna quien hasta entonces había hecho un desaire a Varvara no yendo a visitarla, sino todo lo contrario: había sido Varvara la que «había tenido a raya a Iulia Mihailovna, que seguramente habría ido volando a aquélla si hubiera tenido la seguridad de ser recibida». El prestigio de Varvara subió, pues, como la espuma.

—Súbase, querida —dijo Varvara a *mademoiselle* Lebiadkina cuando llegó el coche. La «infeliz» corrió gozosamente a la portezuela y un lacayo la ayudó a subir.

—¿Cómo? ¿Cojea usted? —gritó Varvara aterrorizada y poniéndose pálida. (Todos lo notaron entonces, pero nadie comprendió…).

El coche salió raudo hacia la casa de Varvara, situada a poca distancia de la catedral. Liza me contó después que la Lebiadkina se rió histéricamente durante todo el trayecto y que Varvara iba «como hipnotizada». Ésas fueron las mismísimas palabras de Liza.

QUINTO CAPÍTULO:
La sabiduría de la serpiente

1

Fatigada, Varvara Petrovna se sentó en el sillón que estaba al lado de la ventana inmediatamente después de hacer sonar la campanilla.

—Siéntese, mi querida —le dijo a María Timofeyevna mostrándole una butaca que estaba en el medio del salón, muy cerca de la gran mesa redonda.

—Stepan Trofimovich, mire usted a esta mujer y dígame qué significa esto.

—Yo…, yo… —apenas murmuraba Stepan Trofimovich…

En ese momento llegó un criado.

—Pronto, una taza de café. De prisa. No dejen que se vaya el coche.

—*Mais, chère et excellente amie, dans quelle inquiétude*… —dijo Stepan Trofimovich con voz claudicante.

—¡Oh, francés, en francés! ¡No hay duda de que se trata de gente presumida! —María Timofeyevna aplaudió y extática escuchó la conversación en francés. Espantada, Varvara Petrovna la miró fijo.

En ese momento todos enmudecimos esperando algún desenlace. Shatov no alzaba la cabeza y Stepan Trofimovich estaba desalentado como si se sintiera culpable de todo. El sudor le cubría las sienes. Miré a Liza (estaba sentada en un rincón, casi junto a Shatov) y vi que su mirada examinadora iba y venía entre Varvara Petrovna y la coja. Sus labios dibujaban una sonrisa torcida y desagradable. Varvara Petrovna notó esa sonrisa. Mientras tanto, María Timofeyevna disfrutaba a sus anchas: observaba con deleite y sin inhibición el hermoso salón de Varvara Petrovna, los muebles, las alfombras, los cuadros en las paredes, el techo decorado a la antigua, el gran crucifijo de bronce en un rincón, la lámpara de porcelana, los álbumes y los adornos de la mesa.

—¡De modo que también tú estás aquí, Shatushka! —dijo de repente—. Pero si te estoy viendo desde hace ya un buen rato, te observaba y mientras lo hacía me decía: «No es él. No puede ser él, ¿cómo podría haber venido aquí?» —dijo riendo felizmente.

—¿Conoce usted a esta mujer? —preguntó Varvara Petrovna a Shatov.

—Sí, señora —masculló éste, moviéndose nervioso sin levantarse de la silla.

—¿Qué sabe usted de ella? Vamos, hable, por favor.

—Pues… —dijo tartamudeando y con una sonrisa innecesaria— usted misma puede ver.

—¿Ver qué? Vamos, diga algo.

—Vive en la misma casa que yo… con su hermano…, un militar.

—¿Y qué más?

Shatov titubeó.

—En verdad, no vale la pena hablar de eso… —gruñó y guardó silencio mientras

se ruborizaba.

—¡Ya lo sabía yo! De usted nada se puede esperar, nada de nada —lo interrumpió indignada, Varvara Petrovna. Ahora se daba cuenta de que todos sabían y temían algo a la vez; todos esquivaban sus preguntas y todos le ocultaban algo.

Cuando el criado entró trayéndole en una bandejita de plata el café que le había pedido, obedeció con naturalidad a una señal suya y de inmediato se dirigió a María Timofeyevna.

—Usted, mi querida, tenía frío hace un rato. Tómese el café de prisa y se sentirá mejor.

—*Merci* —María Timofeyevna alzó la taza y comenzó a reír intempestivamente por haberle dicho *merci* a un criado. Pero en seguida notó la mirada severa de Varvara Petrovna y avergonzada puso la taza en la mesa.

—Por favor, tía, no se enoje usted conmigo —murmuró con frívola picardía.

—¿Qué es lo que ha dicho? —exclamó Varvara Petrovna enderezándose en su sillón—. ¿Qué es eso de llamarme tía? ¿Qué quiere decir con eso?

María Timofeyevna, que no esperaba semejante enojo, comenzó a temblar compulsivamente y, como víctima de un ataque, cayó contra el respaldo del sillón.

—Yo…, yo… lo siento, creí que así debía llamarla —murmuró mirando a Varvara Petrovna con ojos muy abiertos—. Fue así como Liza la llamó.

—¿Quién es Liza?

—Esa señorita que está ahí —María Timofeyevna la señaló con el dedo.

—¿Y desde cuándo la llama usted Liza?

—Usted misma la ha llamado así hace un rato —María Timofeyevna parecía haber cobrado un poco de ánimo—. Sólo en sueños he visto a una señorita tan hermosa como ella —sonrió naturalmente.

Varvara Petrovna, algo más calmada, sonrió ligeramente cuando oyó la última frase de María Timofeyevna, quien, al notar su sonrisa, se levantó del sillón y se acercó a ella cojeando tímidamente.

—Tome, olvidé devolvérselo. Disculpe mi falta de cortesía —le dijo mientras se quitaba el chal negro que le cubría los hombros y que apenas un rato antes le había puesto Varvara Petrovna.

—Póngaselo de inmediato y guárdeselo para siempre. Ahora vaya, vuelva a sentarse y tómese el café, y por favor le pido que no me tenga miedo, que no se asuste usted de mí, mi querida. Cálmese, que estoy empezando a comprenderla.

—*Chère amie*… —se permitió insinuar una vez más Stepan Trofimovich.

—¡Ay, Stepan Trofimovich! Ahórrese sus comentarios, que ya estoy bastante confundida aun sin ellos… Por favor, tire del cordón de la campanilla que está junto a usted. Es la del cuarto de las doncellas.

Todos callaron. Con una mirada suspicaz y un tanto irritada Varvara Petrovna

recorrió las caras de todos nosotros. Llegó Agasha, su doncella favorita.

—Trae el chal a cuadros que compré en Ginebra. ¿Qué está haciendo Daria Pavlovna?

—No se siente muy bien, señora.

—Ve y dile que venga. Y dile también que se lo pido con mucho empeño, aunque no se sienta bien.

En ese momento pasos y voces fundidos en un ruido extraño volvieron a escucharse en las habitaciones vecinas. De pronto, apoyada en el brazo de Mavriki Nikolayevich, apareció en el umbral, jadeante y «trastornada». Praskovya Ivanovna.

—¡Oh, Dios mío, vengo casi arrastrándome! Pero, Liza, ¿qué modo es este de tratar a tu madre? —protestó y, según acostumbran las personas débiles e irritables, puso en esa protesta chillona toda la cólera de la que era capaz—. Querida Varvara Petrovna, he venido a recoger a mi hija.

Varvara Petrovna la miró con enojo, apenas se levantó para ir a su encuentro y, sin ocultar su fastidio, le dijo:

—¡Hola, Praskovya Ivanovna! Por favor siéntate. Te estaba esperando.

2

A Praskovya Ivanovna no la sorprendió esa bienvenida. Estaba acostumbrada. Siempre, desde que eran niñas, Varvara Petrovna había tratado despóticamente a su antigua compañera de pensionado. Pero, en este caso, además, estaban viviendo una situación excepcional. Una verdadera ruptura entre las dos casas se había producido en los últimos días. Los motivos de la incipiente ruptura eran todavía un misterio para Varvara Petrovna y por ello doblemente ofensivos; pero lo peor era que Praskovya Ivanovna había adquirido en los últimos tiempos un tono altivo y nada común. Obviamente Varvara Petrovna se sentía agraviada. Mientras tanto ya habían empezado a llegar a sus oídos rumores peregrinos que acrecentaban, especialmente por lo imprecisos que eran, su irritación. Varvara Petrovna tenía un carácter recto, noble y franco, decidido, si se permite la expresión, a tomar el toro por los cuernos. No toleraba de modo alguno las acusaciones secretas, hechas a mansalva; prefería la guerra abierta. Sean cuales fueran las razones, lo cierto era que estas dos señoras hacía cinco días que no se veían. Había sido Varvara Petrovna quien había hecho la última visita y quien había salido ofendida y confusa de la casa de «esa tonta de Drozdova». Puedo decir sin temor a equivocarme que Praskovya Ivanovna había llegado a la casa ingenuamente convencida de que Varvara Petrovna se asustaría ante ella, un rictus en su rostro lo ponía en evidencia. Pero también era evidente que Varvara Petrovna era capaz de alimentar el demonio del orgullo más arrogante no bien sospechaba que la suponían humillada. Praskovya Ivanovna, como tantas personas débiles que durante largo tiempo se permiten ofender impunemente a otros, descollaba por el notable ardor con que se lanzaba al ataque al primer indicio de una ocasión propicia. Cierto es que ahora estaba enferma y que la enfermedad había acrecentado su irritabilidad. Agregaré, como conclusión, que ninguno de los que estábamos en la sala podía molestar con su presencia a estas dos amigas de la infancia si llegaba a surgir una querella entre ambas, pues las dos nos consideraban subalternos. Me alarmé un poco cuando noté esto. Stepan Trofimovich, que estaba de pie desde la llegada de Varvara Petrovna, se dejó caer agotado en una silla al oír el chillido de Praskovya Ivanovna e intentó cruzar miradas conmigo casi con desesperación. Shatov cambió rígidamente de postura en su silla e incluso algo murmuró en voz baja. Me pareció que quería levantarse e irse. Liza, por su parte, estuvo a punto de levantarse, pero volvió a caer en su asiento sin prestar mucha atención al grito de su madre, y no por «llevar la contra», sino por hallarse, como era sabido, bajo los efectos de una impresión aún más fuerte. Estaba distraída y tenía los ojos fijos en el vacío, incluso hasta había dejado de mirar a María Timofeyevna con el mismo interés de antes.

3

—¡Ah, este lugar! —y señalando un sillón que estaba junto a la mesa y asistida por Mavriki Nikolayevich, Praskovya Ivanovna se dejó caer en él—. Si no fuera por mis piernas, nunca me sentaría en su casa, querida —agregó con una voz opaca.

Varvara Petrovna levantó apenas la cabeza y con semblante crispado oprimió su sien derecha con los dedos, marca evidente de un dolor punzante (*tic douloureux*).

—Veamos, Praskovya Ivanovna, ¿por qué motivo no te habrías sentado en mi casa? He disfrutado y compartido durante toda la vida de una amistad sincera con tu difunto marido y con tus niñas y por si no lo recuerdas nosotras jugábamos a las muñecas en el colegio.

Praskovya Ivanovna hizo un gesto desdeñoso con las manos.

—Ya lo sabía yo. Cuando se dispone usted a criticar, vuelve una y otra vez con la misma cantinela del colegio. Es un truco. Pero bien sé yo que esto no es más que un simple palabrerío. Ya no hay quién soporte la historia del colegio.

—Parece que has llegado de pésimo humor. ¿Te duelen las piernas? Aquí traen el café. Tómalo y no te enojes.

—Insiste usted, Varvara Petrovna en tratarme como si fuera una niña. ¡No quiero café! —y con un gesto impasible rechazó el café que le ofrecía el criado. También los otros rehusaron el café, excepto Mavriki Nikolayevich y yo. Si bien Stepan Trofimovich lo aceptó, de inmediato lo dejó en la mesa. María Timofeyevna, aunque habría querido tomar otra taza y hasta había estirado su mano para aceptarla, lo pensó mejor y la rehusó con decoro, sintiéndose por demás satisfecha.

Varvara Petrovna se sonrió ambiguamente.

—¿Sabes, querida Praskovya Ivanovna? Seguramente has vuelto a imaginarte algo y es con esa suposición con la que has llegado a mi casa. Has imaginado cosas toda la vida. Te has enardecido con lo del colegio. Pues bien, ¿te acuerdas de cómo llegaste un día y dijiste a toda la clase que el oficial de húsares Shablykin te había hecho una declaración de amor? ¿Y recuerdas cómo *madame* Lefebure demostró que mentías? Pero el caso es que no mentías, sino que sencillamente lo habías imaginado para divertirte. Bien, veamos, ¿qué te traes ahora? ¿Qué has imaginado esta vez? ¿Por qué estás tan incómoda?

—Hablando de amores, ¿recuerda usted que se enamoró en el colegio del clérigo que nos enseñaba doctrina cristiana? Vamos, recuérdelo, ya que es usted tan memoriosa. ¡Ja, ja, ja!

Una carcajada malévola le produjo un acceso de tos.

—¡Ah, así que no has olvidado lo del clérigo…! —Varvara Petrovna la miró con ira. Su cara se tiñó de verde. De pronto Praskovya Ivanovna tomó un aire serio.

—No es momento para risas, querida. He venido para saber por qué ha mezclado

usted a mi hija en su escándalo ante toda la ciudad.

—¿En mi escándalo? —Varvara Petrovna se incorporó amenazadora.

—Mamá, te ruego yo también que hables con más moderación —dijo Liza Nikolayevna.

—¿Qué es lo que has dicho? —preguntó la madre, decidida una vez más a chillar, pero dominándose ante la fulminante mirada de su hija.

—¿Cómo es posible que hables de escándalo, mamá? —dijo Liza ruborizándose —. He llegado hasta aquí por mi propia voluntad, con permiso de Iulia Mihailovna, sólo porque quiero conocer la historia de esta infeliz y ver si puedo serle útil en algo.

—«La historia de esta infeliz» —repitió despacio Praskovya Ivanovna con risa maligna—. ¿Y por qué motivo tienes que mezclarte en estas «historias»? Y en cuanto a usted, querida, ¡ya estamos hartos de su despotismo! —exclamó furiosa volviéndose a Varvara Petrovna—. Decían por allí, no sé si con razón o sin ella, que tenía usted a toda la ciudad en un puño, pero noto evidentemente que ha llegado su hora.

Varvara Petrovna estaba tiesa en su asiento como flecha a punto de salir disparada del arco. Durante diez segundos tuvo los ojos clavados severamente en Praskovya Ivanovna.

—Agradécele a Dios, Praskovya, que todos los presentes sean gente de confianza —dijo al fin con calma siniestra—. Tu lengua ha ido demasiado lejos.

—Pues yo, querida, no le temo a la opinión ajena tanto como le teme otra persona cuyo nombre no diré. Bien sé que, por orgullo, usted tiembla ante el qué dirán. Y con respecto a que ésta es gente de confianza, es mejor para usted que así sea.

—Te has vuelto más juiciosa esta semana, ¿verdad?

—No se trata de eso, no es que me haya vuelto más juiciosa, sino que finalmente la verdad ha salido por fin a la luz esta semana.

—¿Cuál verdad ha salido a relucir esta semana? Óyeme bien, Praskovya Ivanovna, no hagas que pierda la calma. Explícate ahora mismo, te lo pido encarecidamente: ¿qué verdad ha salido a relucir y qué quieres dar a entender con ello?

—¡Ahí la tienes! ¡Ahí está sentada toda la verdad! —Praskovya Ivanovna de pronto señaló con el índice a María Timofeyevna y lo hizo con la osadía desesperada de quien ya no mide las consecuencias y piensa sólo en satirizar a su adversario. María Timofeyevna, que había estado mirándola todo ese tiempo con alegre curiosidad, lanzó una gozosa carcajada al saberse señalada por el dedo de la enfurecida visitante y se acomodó feliz en su sillón.

—¡Jesucristo! ¡Señor mío! Pero ¿todos ustedes han perdido el juicio? —exclamó Varvara Petrovna palideciendo y apretándose contra el respaldo de su asiento.

Se puso tan pálida que produjo una conmoción en la sala. Fue Stepan

Trofimovich el primero en correr a su lado; yo también me acerqué; hasta Liza se levantó de su sillón, aunque sin apartarse de él. Pero la que más se asustó fue la propia Praskovya Ivanovna. Lanzó un grito, se levantó cuanto pudo y empezó a lamentarse con voz llorosa.

—¡Varvara Petrovna, amiga mía, perdone mi malicia y mi necedad! ¡Vamos, pronto, que alguien le dé agua!

—¡Pero, por favor, Praskovya Ivanovna, no lloriquees, te lo ruego! ¡Y ustedes, señores, apártense ya mismo, háganme el favor! ¡No necesito agua! —dijo Varvara Petrovna con firmeza, aunque con voz opaca y labios descoloridos.

—¡Varvara Petrovna, querida amiga mía! —prosiguió Praskovya Ivanovna algo más tranquila—. Siento culpa por haber estado hablando a tontas y a locas, pero es que me tienen completamente trastornada esos anónimos con los que algún infame me está bombardeando. Mejor fuera que se los mandaran a usted, ya que es a usted a quien se refieren, porque yo, al fin y al cabo, tengo una hija.

Varvara Petrovna la miró en silencio con ojos muy abiertos y la escuchó con asombro. En ese instante se abrió silenciosamente la puerta que había en un rincón y apareció Daria Pavlovna. Al entrar se detuvo y miró a su alrededor; nuestra turbación la dejó atónita. Evidentemente no notó la presencia de María Timofeyevna, ya que nadie se la había advertido. Stepan Trofimovich fue el primero en verla, hizo un movimiento rápido, enrojeció y, no se sabe por qué, anunció en voz alta: «¡Daria Petrovna!», logrando que todas las miradas convergieran en la recién llegada.

—¡Así que ésa es Dasha! —exclamó María Timofeyevna—. ¡Mira, Shatushka, no se parece a tu hermana! ¿Y cómo se atreve ese hermano mío a llamar a esta muchacha encantadora «la sierva Dasha»?

Mientras tanto Daria Pavlovna se había acercado a Varvara Petrovna, pero sorprendida por la exclamación de María Timofeyevna se volvió rápidamente y quedó plantada ante su silla, clavando los ojos largamente en la chiflada.

—Siéntate, Dasha —dijo Varvara Petrovna con una calma alarmante—. Más cerca, así, aún sentada desde donde estás puedes ver a esa mujer. ¿La conoces?

—No, no la he visto nunca —respondió en voz baja Dasha; y tras un silencio breve agregó—: debe ser la hermana enferma de un tal señor Lebiadkin.

—Para mí también es la primera vez que la veo, querida, aunque hace ya tiempo que quería conocerla. Noto además que en cada uno de sus gestos se nota la buena educación —exclamó María Timofeyevna con entusiasmo—. Y en cuanto a lo de los insultos de ese lacayo mío, ¿cómo es posible que una joven tan simpática y bien educada como usted le haya robado dinero? ¡Porque es usted simpática, simpática, simpática! Así como se lo digo —concluyó con ardor, remarcando cada una de sus palabras y mientras sacudía su mano.

—¿Entiendes algo? —inquirió Varvara Petrovna con altiva dignidad.

—Lo entiendo todo, señora…

—¿Has oído lo que te ha dicho del dinero?

—Se debe referir al dinero que, a pedido de Nikolai Vsevolodovich, cuando estaba todavía en Suiza, me encargué personalmente de entregarle al señor Lebiadkin, el hermano de ella.

Hubo un momento de silencio.

—¿Fue el mismo Nikolai Vsevolodovich quien te pidió que lo entregaras?

—Él tenía mucho deseo de hacer llegar ese dinero al señor Lebiadkin: trescientos rublos en total. Y como no conocía su dirección y sólo sabía que vendría aquí a nuestra ciudad, me pidió que se lo entregara, si efectivamente venía el señor Lebiadkin.

—¿Y qué es todo eso sobre el dinero… desaparecido? ¿Eso de lo que hablaba hace un momento esa mujer?

—De eso no sé nada, señora. Yo también he oído decir que el señor Lebiadkin anda diciendo por ahí, a quien quiera oírlo, que no le di todo el dinero que le correspondía. Lo que dice no lo comprendo. Eran trescientos rublos y le entregué trescientos rublos.

Daria Pavlovna había recobrado ya casi por completo su compostura; y advertiré que habría sido difícil confundir por mucho tiempo a esta muchacha y sacarla de sus casillas, cualesquiera que fueran sus sentimientos. Respondía ahora sin apresurarse, contestaba enseguida y con precisión a cada pregunta, tranquila y llanamente, sin la menor huella de su primera y repentina agitación y sin el menor azoramiento que pudiera sugerir conciencia alguna de culpabilidad. La mirada de Varvara Petrovna no se desvió de ella un instante mientras estuvo hablando. Varvara Petrovna reflexionó un momento.

—Si Nikolai Vsevolodovich —dijo finalmente con firmeza y en beneficio de los presentes, aunque mirando sólo a Dasha— ni siquiera recurrió a mí para su encargo y te lo confió a ti, tendría sus razones para obrar así. No tengo ningún derecho a averiguar cuáles pueden haber sido sus motivos y si quería ocultármelos. Su participación me basta y me tranquiliza sobre el particular. Ante todo quiero que entiendas esto, Daria. Pero ya ves, hija, que aun con tu conciencia limpia y por desconocimiento del mundo puedes cometer alguna indiscreción; y la has cometido al aceptar ese contacto con un sinvergüenza. Los rumores pregonados por ese infame confirman tu indiscreción. Pero ya me informaré acerca de él y, como soy tu protectora, sabré defenderte. Ahora lo que hace falta es darle un final a todo esto.

—Lo mejor será que cuando él venga a verle a usted —interrumpió de pronto María Timofeyevna inclinándose ahora hacia delante en su sillón— lo envíe usted al cuarto de los criados. Que juegue allí con ellos a las cartas, sobre un baúl, mientras nosotros seguimos aquí tomando café. Se le puede mandar una taza, aunque sólo

siento por él un desprecio muy grande —y sacudió la cabeza significativamente.

—Hace falta acabar con eso —repitió Varvara Petrovna después de escuchar atentamente a María Timofeyevna—. Por favor, Stepan Trofimovich, tire del cordón de la campanilla.

Stepan Trofimovich así lo hizo y dio un paso adelante con gran agitación.

—Sí…, sí, yo… —masculló acalorado, ruborizándose, cortándose y tartajeando —, sí, yo también he oído una historia canallesca o, mejor dicho, una calumnia…, ha sido… con la mayor indignación…, *enfin c'est un homme perdu et quelque chose comme un forçat évadé*…

Se quedó cortado sin terminar la frase. Varvara Petrovna lo miró de pies a cabeza con los párpados entornados. Entró el ceremonioso Aleksei Yegorovich.

—El coche —ordenó Varvara Petrovna—. Y tú, Aleksei Yegorovich, prepárate para conducir a la señorita Lebiadkina a su casa. Ella misma te dirá dónde vive.

—El señor Lebiadkin lleva algún tiempo esperándola abajo y pide encarecidamente que se le reciba, señora.

—Eso es imposible, Varvara Petrovna —dijo, adelantándose con inquietud, Mavriki Nikolayevich, que hasta entonces había guardado silencio—. Permítame decir que no es la clase de hombre a quien se puede recibir en sociedad. Es…, es… un hombre imposible, Varvara Petrovna.

—Que espere —dijo ésta a Aleksei Yegorovich. Éste desapareció.

—*C'est un malhonnête homme et je crois même que cest un forçat évadé ou quelque chose dans ce genre* —murmuró de nuevo Stepan Trofimovich volviendo a cortarse y a ponerse colorado.

—Liza, es hora de marcharnos —anunció con tono desdeñoso Praskovya Ivanovna levantándose de su asiento. Parecía arrepentida de haberse llamado a sí misma necia, impulsada por el miedo. Mientras estuvo hablando Daria Pavlovna la había escuchado con una mueca de altivez en los labios. Pero lo que más me chocó fue el semblante de Lizaveta Nikolayevna desde que entró Daria Pavlovna. Sus ojos expresaban odio y desprecio a duras penas disimulados.

—Espera un momento, Praskovya Ivanovna, te lo ruego —dijo Varvara Petrovna con la misma calma insólita de antes—. Por favor, siéntate. Estoy empeñada en terminar con todo lo que tengo que decir. Además, sé que te duelen las piernas. Así, gracias. Hace un momento perdí la cabeza y te dije unas cuantas palabras fuera de lugar. Debes perdonarme. He obrado mal y quiero ser la primera en confesarlo porque deseo ser justa en todo. Por supuesto, tú también te disparaste y aludiste a no sé qué anónimo. Toda carta anónima es ya merecedora de desprecio por el solo hecho de no estar firmada. Si tú piensas de otro modo no te lo envidio. En todo caso, te aconsejo que no te metas esa porquería en el bolsillo; yo no me ensuciaría con ella. Y ya que eres la que ha empezado a hablar de esto, te diré que yo también recibí hace seis días

una carta anónima y bufonesca. En ella me decía un bribón que Nikolai Vsevolodovich se había vuelto loco y que yo, por mi parte, debía tener mucho cuidado con cierta mujer coja que «desempeñaría un papel extraordinario en mi vida»; me acuerdo bien de la expresión. Como sé que Nikolai Vsevolodovich tiene un sinfín de enemigos, mandé buscar a un sujeto de aquí, el más vengativo, taimado y despreciable de todos ellos, y de mi conversación con él saqué en claro de qué fuente ruin procedía el anónimo. Y si a ti también, mi pobre Praskovya Ivanovna, te han molestado por culpa mía con ese género de cartas, «bombardeándote» con ellas como decías, por supuesto que soy la primera en lamentar el haber sido causa inocente de ello. Eso es todo lo que quería decirte a manera de explicación. Siento que estés tan cansada y tan irritada. ¡Ah, una cosa más! He decidido aceptar enseguida a ese sujeto sospechoso de quien Mavriki Nikolayevich ha dicho, con expresión no del todo feliz, que es de ésos a quienes no se puede recibir. Liza, en particular, no tiene nada que hacer aquí. Ven acá, Liza, niña mía, y déjame que te dé otro beso.

Liza atravesó la sala y se paró en silencio delante de Varvara Petrovna, que se puso a besarla, a abrazarla, la miró con ojos de pasión, hizo sobre ella la señal de la cruz y volvió a besarla.

—Bueno, Liza, adiós —en la voz de Varvara Petrovna había casi lágrimas—. Créeme que nunca dejaré de quererte, sea cual sea la suerte que te depare el destino… Dios te bendiga, siempre he acatado su santa voluntad…

Habría dicho algunas palabras, pero hizo un esfuerzo y guardó silencio. Liza, siempre callada y como ensimismada, se dirigió a su asiento, pero de pronto se plantó ante su madre.

—Mamá, yo no me voy todavía. Quiero quedarme un rato más con la tía —dijo con voz tranquila, pero en sus palabras se reflejaba una férrea determinación.

—¡Santo Dios! ¿Qué es todo esto? —exclamó Praskovya Ivanovna, alzando los brazos en señal de impotencia. Sin embargo, Liza no contestó y hasta parecía que no la había oído. Se sentó en el mismo rincón de antes y se puso a contemplar de nuevo algo invisible en el aire.

El rostro de Varvara Petrovna dibujó una expresión de triunfo y orgullo.

—Mavriki Nikolayevich, le quiero pedir un gran favor. Tenga usted la bondad de echar un vistazo a ese hombre que está abajo, y si hay la menor posibilidad de aceptarlo, tráigalo aquí.

Mavriki Nikolayevich se inclinó y salió. Apenas un instante después volvió acompañado del señor Lebiadkin.

4

Creo haber comentado ya algunos detalles sobre el aspecto físico de este señor: un hombre de unos cuarenta años, alto, grueso, con pelo rizado y un rostro algo hinchado y adiposo, de amoratada tez y con unos cachetes que temblaban ante cada movimiento de su cabeza. Sus ojos eran pequeños e inyectados de sangre, pero a veces lo suficientemente astutos. Bigote, patillas y una nuez un tanto desagradable que empezaba a cubrirse de grasa. Pero lo que me sorprendió fue que se presentó vestido de frac y con ropa blanca limpia. «Hay personas en quienes la ropa limpia resulta incluso indecente», dijo una vez Liputin como respuesta a una queja burlona que acerca de su falta de aseo le había dirigido Stepan Trofimovich. El capitán llevaba también guantes blancos: el de la mano derecha sin ponérselo y el de la izquierda se lo había calzado con dificultad, sin abrochárselo, y cubría la mitad de esa garra carnosa en la que traía una galera nueva, flamante y muy lustrosa, que seguramente había estrenado ese día. Resultó, pues, que el «frac de amor» de que había hablado a gritos la víspera a Shatov existía de veras. Todo ello, a saber, el frac y la ropa blanca, había sido adquirido (como averigüé más tarde) por consejo de Liputin para algunos fines inconfesables. No había duda, había venido (en coche de punto) por instigación ajena y recibiendo la ayuda de alguien. A él solo no se le habría ocurrido la idea, sin contar el tener que vestirse, prepararse y decidirse en tres cuartos de hora, aun suponiendo que se hubiera enterado inmediatamente de lo sucedido en el atrio de la catedral. No estaba ebrio, pero sí en el estado de pesadez, torpeza y vaguedad de quien se despierta después de varios días de borrachera. Parecía que con sólo darle un par de palmadas en el hombro volvería a emborracharse.

Estaba a punto de entrar corriendo en la sala, pero de pronto tropezó en la alfombra junto a la puerta. María Timofeyevna empezó a reírse a carcajadas. Él le lanzó una mirada feroz y dio unos pasos rápidos hacia Varvara Petrovna.

—He venido, señora… —exclamó como si hablara ayudado por una bocina.

—Hágame el favor, señor mío —dijo Varvara Petrovna, incorporándose—. Tome asiento ahí, en aquella silla. Le oigo bien desde ahí y también puedo verlo mejor desde aquí.

El capitán hizo un alto, mirando estúpidamente ante sí, pero hizo un giro sobre los talones y se sentó en el sitio indicado, junto a la puerta. Su semblante delataba notable indecisión al mismo tiempo que descaro, junto con cierta continua irritación. Estaba terriblemente acobardado, nadie podía ponerlo en duda, pero se sentía lastimado en su amor propio y cabía sospechar que, por causa de ese amor propio herido, podía, si llegaba el caso, atreverse a cometer cualquier desvergüenza a despecho de la cobardía. Era evidente que se asustaba ante cualquier movimiento que

hiciera su desproporcionado cuerpo. Sabido es que el mayor tormento por el que pasan las personas de su calaña, cuando por algún motivo insólito deben presentarse en sociedad, lo causan sus propias manos y la imposibilidad de saber qué hacer con ellas. El capitán se quedó inmóvil en la silla, con el sombrero y los guantes en las manos, sin desviar su estúpida mirada del rostro severo de Varvara Petrovna. Seguramente deseaba mirar a todos con cuidado, pero aún no se atrevía. María Timofeyevna, que lo encontraba por lo visto enormemente ridículo, volvió a reírse a carcajadas, pero él no se movió. Varvara Petrovna lo tuvo cruelmente en esa postura todo un minuto, escudriñándolo implacablemente.

—Primero quisiera oír de sus propios labios cuál es su nombre —dijo con voz mesurada y firme.

—Capitán Lebiadkin —tronó el capitán—. He venido, señora… —y de nuevo se acomodó en la silla.

—Permítame —Varvara Petrovna volvió a interrumpirlo—. Esta persona lamentable que ha empezado a interesarme tanto, ¿es hermana de usted?

—Hermana, señora; y temo que se ha escapado de mi vigilancia, porque como está en estado… —volvió a cortarse y a ponerse colorado.

—Quisiera que no interpretara mal mis palabras, señora —y empezó a desvariar —. Su hermano carnal no manchará… en un estado…, no quiero decir que es ese estado…, en sentido perjudicial a su honra…, recientemente… —volvió a perder el hilo.

—¡Pero señor mío! —Varvara Petrovna alzó la cabeza.

—¡Quiero decir en este estado! —concluyó él de un golpe, tocándose la frente con el dedo. Hubo un breve silencio.

—¿Y hace mucho tiempo que lo padece? —preguntó titubeante Varvara Petrovna.

—He venido, señora, a darle las gracias por tanta generosidad que mostró usted en la iglesia, y he venido a hacerlo a la manera rusa, fraternalmente…

—¿Fraternalmente?

—Mejor dicho, no fraternalmente; sólo en el sentido de que soy el hermano de mi hermana, señora. Y créame, señora —y empezó a hablar con rapidez y enrojeciendo de nuevo—, créame que no estoy tan mal educado como puede parecer a primera vista. Mi hermana y yo no somos nada en comparación con el lujo que vemos aquí. Además, muchos son los enemigos que me calumnian. Pero la reputación me importa un comino. Lebiadkin, señora, tiene amor propio y…, y… he venido a dar las gracias… Aquí tiene el dinero, señora.

Y, sin más preámbulos, sacó del bolsillo una cartera, extrajo de ella un fajo de billetes y empezó a contarlos con dedos trémulos y en un frenesí de impaciencia. Deseaba, al parecer, explicar algo cuanto antes, y bien necesario era; pero sintiendo seguramente que el trajín con el dinero le hacía parecer aún más estúpido, perdió por

completo el dominio de sí mismo. El dinero no se dejaba contar, los dedos se le trababan y, para colmo de males, un billete verde salió de la cartera y cayó revoloteando en la alfombra.

—Veinte rublos, señora —dijo saltando con el fajo de billetes en la mano y el rostro sudoroso de temor y confusión. Cuando vio el billete caído, estuvo a punto de agacharse a recogerlo, pero le dio vergüenza e hizo un gesto de desdén—: Para sus criados, señora. Para el lacayo que lo recoja; para que se acuerde de Lebiadkin.

—No permito eso de ninguna manera —se apresuró a decir, no sin algún temor, Varvara Petrovna.

—En ese caso…

Se agachó, lo recogió, volvió a enrojecer y, acercándose de pronto a Varvara Petrovna, le entregó el dinero contado.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, presa ya de miedo verdadero y acurrucándose en su sillón. Mavriki Nikolayevich y yo dimos un paso adelante.

—¡Por favor cálmense, cálmense, que no estoy loco, que juro que no estoy loco! —clamaba, agitado, el capitán, encarándose con todos.

—No, señor mío. Usted se ha vuelto loco.

—Señora, nada de esto es lo que usted se figura. Yo, por supuesto, no soy más que un eslabón insignificante… ¡Oh, señora! Sus salones están gustosamente amueblados, pero no lo están los de María la Desconocida, mi hermana, de apellido natal Lebiadkina, a quien por ahora llamaremos María la Desconocida. Por ahora, señora, sólo por ahora, porque Dios no permitirá que lo sea para siempre. Señora, usted le dio diez rublos y ella los tomó, pero porque venían de usted, señora. ¿Me oye, señora? De nadie más en este mundo los tomaría María la Desconocida, porque, de hacerlo, se estremecería en la sepultura su abuelo militar, que perdió la vida en el Cáucaso ante los ojos del mismísimo general Yermolov. Pero de usted, señora, tomaría cualquier cosa. Pero los toma con una mano y con la otra le entrega a usted veinte rublos, en concepto de donativo para una de las juntas de beneficencia de Petersburgo a las que usted, señora, pertenece…, puesto que usted misma, señora, anunció en la Gaceta de Moscú que tiene aquí nuestra ciudad un libro de suscripciones a una sociedad de beneficencia en el que puede apuntarse quien lo desee…

El capitán de pronto dejó de hablar. Ahora respiraba con dificultad, como tras un penoso esfuerzo. Seguramente había ensayado para su discurso, en especial todo aquello de la junta de beneficencia, incluso con Liputin como mentor. Ahora sudaba más que antes; las gotas de sudor se le agolpaban literalmente en las sienes. Varvara Petrovna lo miraba fijamente.

—Esa lista —dijo con severidad— está siempre abajo, en la portería de mi casa, y allí puede inscribirse si así lo desea. Por eso mismo le ruego que guarde usted su

dinero y no continúe agitándolo en el aire. Ahora bien, también le ruego que vuelva a su asiento. Y debo decirle que siento mucho, señor mío, haberme confundido en cuanto a su hermana y haberle dado dinero por creerla pobre, cuando es tan rica. Lo que no entiendo es por qué puede aceptar dinero sólo de mí y por nada del mundo de otros. Usted ha insistido tanto en ese punto que deseo una explicación lo más precisa posible.

—¡Señora, ése es un secreto que sólo en la tumba puede encerrarse! —respondió el capitán.

—¿Pero por qué? —preguntó Varvara Petrovna con un tono que ya no era tan firme.

—¡Señora, señora…!

Guardó silencio sombríamente, mirando fijamente el suelo y apoyando la mano derecha en el corazón. Varvara Petrovna esperaba que hablase sin apartar los ojos de él.

—¡Señora! —rugió de pronto el capitán—. ¿Me permite que le haga una pregunta, sólo una, pero una pregunta franca, directa, a la rusa, con el corazón en la mano?

—¡Hágala enhorabuena!

—¿Señora, ha sufrido usted en la vida?

—Lo que usted quiere decir es sencillamente que alguien le ha hecho, o le hace, sufrir.

—¡Señora, señora! —y de nuevo se puso en pie de un salto, probablemente sin percatarse de ello, y golpeándose el pecho—. ¡Aquí, en este pobre corazón, se me ha ido acumulando tanto, tanto, que Dios mismo se asombrará cuando se descubra el Día del Juicio!

—Hum. Eso sí que es hablar recio.

—Estoy hablando en tono irritado, señora…

—No se preocupe, que bien sabré yo cuándo debo pararle los pies.

—¿Puedo hacerle una pregunta más, señora?

—Hágala.

—¿Puede uno morirse a causa de la nobleza del propio espíritu?

—No lo sé. Nunca me he hecho semejante pregunta.

—¿Que no lo sabe? ¿Que nunca se ha hecho semejante pregunta? —gritó el capitán con patética ironía—. Si es así, si es así, ¡calla, corazón desesperado! —dijo golpeándose el pecho con frenesí.

Una vez más volvió a deambular por la sala. Es natural en individuos de su especie la incapacidad absoluta que tienen para poner coto a sus deseos.

Por el contrario, sienten un irresistible afán de sacarlos a relucir en toda su inmundicia tan pronto como surgen. No bien se encuentran entre personas que no son

de su laya, esos individuos empiezan comportándose con cierta timidez, pero en muy poco tiempo y cuando creen que han encontrado el pretexto justo, saltan de un brinco a la grosería. El capitán estaba enardecido, iba y venía, hacía ademanes, no atendía a las preguntas que se le dirigían, hablaba de sí mismo con tanta rapidez que se le trababa la lengua y, sin terminar una frase, saltaba a la siguiente. Había perdido la serenidad. Allí estaba también Liza Nikolayevna, en quien no fijó la vista ni una sola vez, pero se notaba que su presencia lo angustiaba de modo extraño. Esto, sin embargo, es apenas una conjetura. Sea como fuere, algún motivo había para que Varvara Petrovna, dominando la aversión que sentía, decidiera escuchar a un sujeto como él. Praskovya Ivanovna se limitaba a temblar de espanto, sin entender, por lo visto, de qué se trataba exactamente. Stepan Trofimovich temblaba también, pero por el motivo contrario, a saber, por su afición a entender siempre más de la cuenta. Mavriki Nikolayevich se mantenía en la postura de un hombre que siempre está dispuesto a salir en defensa de alguien. Liza estaba algo pálida y no apartaba los ojos, muy abiertos, del desaforado capitán. Shatov seguía sentado en su actitud de antes. Lo más extraño, sin embargo, era que María Timofeyevna no sólo había dejado de reír, sino que se había puesto notablemente triste. Apoyada con el brazo derecho en la mesa, seguía con larga y melancólica mirada las idas y venidas de su hermano. Sólo Daria Pavlovna parecía tranquila.

—Esto no es más que una charlatanería absurda —dijo Varvara Petrovna acabando por enfadarse—. No ha contestado usted a mi pregunta. Sigo aguardando la respuesta.

—¿Que no he contestado? ¿Cuál es la respuesta que usted espera? —repitió el capitán con un guiño—. Esas palabrillas, «por qué», han inundado el universo desde el mismísimo primer día de la Creación, señora, y la naturaleza entera le grita a cada instante a su Creador: «¿por qué?», y debo decirle que en siete mil años no ha recibido respuesta. ¿Es que el capitán Lebiadkin debe ser el único en contestar? ¿Es eso justo, señora?

—¡Esto es una tontería! Además, no se trata de eso —dijo Varvara Petrovna, sulfurada e impaciente—. Eso es charlatanería. Por añadidura, señor mío, habla usted demasiado en confianza y eso me parece una insolencia.

—Señora —dijo el capitán sin escuchar—, me hubiera gustado llamarme Ernest, pero estoy obligado a cargar con el nombre vulgar de Ignat. ¿Podría decirme usted por qué? También me hubiera gustado llamarme Príncipe de Mombart, pero sólo me llamo Lebiadkin, derivado de *lebed*, «cisne». ¿Por qué ha de ser así? Yo soy poeta, señora, poeta de corazón, y pudiera quizá recibir mil rublos de un editor, pero me veo obligado a vivir en una pocilga. ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Señora, en mi opinión, Rusia no es más que una broma de la naturaleza!

—Ya veo que usted no quiere decir nada en concreto.

—¿Puedo leerle mi poema *La cucaracha*, señora?

—¿Qué dice?

—Señora, le aseguro que todavía no estoy loco. Quizás llegaré a estarlo, lo estaré de seguro, pero todavía no lo estoy. Señora, un amigo mío, persona ho-no-ra-bi-lísima, ha escrito una fábula de Krylov titulada *La cucaracha*. ¿Puedo leerla?

—¿Quiere usted leer ahora una fábula de Krylov?

—No. No es una fábula de Krylov lo que quiero leer, sino una mía, mía propia, una composición mía. Créame, por favor, señora, y lo digo sin propósito de ofender, que no soy tan ignorante o depravado que no sepa que Rusia cuenta con un gran fabulista, Krylov, a quien el ministro de Cultura ha levantado un monumento en el Jardín de Verano para recreo de la gente menuda. Usted pregunta, señora: «¿Por qué?». ¡La respuesta está en la entraña de esa fábula, escrita con letras de fuego!

—Lea su fábula.

—*Una gruesa cucaracha / desde su infancia más tierna / libre vivió, hasta que un día / cayó, por su mala estrella / en un vaso en que habitaban / muchas moscas carniceras…*

—¡Dios mío! Pero ¿qué es esto? —exclamó Varvara Petrovna.

—Lo que quiero decir es que en el verano —se apresuró a explicar el capitán haciendo muchos gestos y con la irritada impaciencia que sufre alguien a quien interrumpen en la lectura—, en el verano se cuelan las moscas en el vaso, de donde resulta el canibalismo. No interrumpa, no interrumpa, y ya verá, ya verá… —y seguía haciendo más gestos—. *Las moscas, apretujadas / Por esa inquilina nueva / Lanzaron un grito agudo! / Para que Jove lo oyera. / Mientas tanto, Nikifor, / Un viejo de barba extensa*… Todavía no la he terminado, pero no importa. Lo diré en pocas palabras —el capitán siguió divagando—. Nikifor toma el vaso y, sin hacer caso de los gritos, vierte el contenido en un barril, las moscas y la cucaracha todo junto, lo que debiera haber hecho mucho antes. ¡Pero observe, señora, observe que la cucaracha no se queja! ¡He ahí la respuesta a su pregunta «¿Por qué?»! —y exclamó triunfante—: ¡La cucaracha no se queja! En cuanto a Nikifor, representa la naturaleza —agregó de prisa paseándose por la sala con aire satisfecho.

Varvara Petrovna había llegado al colmo de la furia.

—Ahora permítame preguntarle: ¿qué es todo eso del dinero que, según dice usted, le mandaba Nikolai Vsevolodovich y que, según también dice usted, no ha recibido, por lo que ha tenido la osadía de acusar a una persona de mi casa?

—¡Una calumnia! —rugió Lebiadkin alzando el brazo derecho en ademán trágico.

—No. No es una calumnia.

—Señora, hay circunstancias que obligan a un hombre de bien a soportar la deshonra de su familia antes que proclamar la verdad a viva voz. ¡Lebiadkin no dirá

lo que no debe decir, señora!

Estaba ofuscado. Se sentía poseído de inspiración. Se daba cuenta de su importancia. Seguramente había soñado algo por el estilo. Ahora quería ofender, lastimar, hacer alarde de su poder.

—Por favor llame a Stepan Trofimovich —dijo Varvara Petrovna.

—Lebiadkin es astuto, señora —dijo sonriendo con guiño malicioso—. ¡Astuto sí, pero también tiene su lado débil, su puerta de acceso a la pasión! Y esa puerta de acceso es la botella, la consabida botella tan cara a los militares, a la que cantó Denis Davydov. He ahí por qué cuando está en esa puerta le da por escribir una carta en verso, una carta admi-ra-bi-lísima, pero que bien quisiera recuperar con las lágrimas de toda su vida, porque con ella se destruye el sentimiento de lo bello. Pero el pájaro voló y ya no hay quién pueda atraparlo por la cola. En esa misma puerta, señora, Lebiadkin puede haber dicho algo que no debió decir acerca de una muchacha honrada, como resultado de la noble irritación producida en su espíritu por agravios recibidos, irritación de la que se han aprovechado sus enemigos. ¡Pero Lebiadkin es astuto, señora! Y en vano se alza sobre él el lobo siniestro, llenándole el vaso a cada instante y aguardando el final. Pero Lebiadkin no dirá lo que no debe decir. Y en el fondo de la botella lo que se halla una y otra vez, en lugar de la revelación esperada, es ¡la astucia de Lebiadkin! ¡Pero señora, basta ya, oh señora! Sus espléndidas mansiones podrían pertenecer a la más noble de las personas, ¡pero la cucaracha no se queja! ¡Tome nota, señora, tome por fin nota de eso: no se queja y entonces… reconozca la grandeza de su alma!

En ese momento se oyó abajo, en la portería, el sonido de una campanilla, y casi al mismo tiempo se presentó Aleksei Yegorovich, que respondía con cierto retraso a la llamada de Stepan Trofimovich. El anciano y ceremonioso criado mostraba una extraordinaria agitación.

—Acaba de llegar Nikolai Vsevolodovich y viene hacia aquí —anunció en respuesta a la mirada interrogante de Varvara Petrovna.

La recuerdo muy especialmente en aquel momento. Primero se puso pálida, pero en seguida sus ojos comenzaron a chispear. Y con aire de insólita determinación se acomodó en el sillón. En realidad, todos quedamos atónitos. La llegada repentina de Nikolai Vsevolodovich, a quien se esperaba un mes más tarde, era extraña, no sólo por lo imprevista, sino por su fatal coincidencia con el presente. Hasta el capitán quedó petrificado en medio de la sala, con la boca abierta y mirando la puerta con una expresión estúpida.

Desde la larga y ancha sala contigua, comenzaron a oírse pasos cada vez más cerca, eran pasos cortos y muy rápidos. Alguien parecía venir corriendo. Y quien entró de pronto en la sala donde todos estábamos no fue Nikolai Vsevolodovich, sino un joven a quien desconocíamos.

5

Ahora me tomaré cierta libertad para retratar, aunque sea a grandes rasgos, a quien tan imprevistamente había llegado.

Era un joven de unos veintisiete años, de estatura algo más que mediana, pelo largo, bastante largo, enrarecido y rubio. Tenía barba y un bigote en greñitas que apenas despuntaban. Aseado y hasta podría agregar que estaba a la moda, claro, sin elegancia. A primera vista parecía un poco cargado de espaldas y con ademanes un poco torpes, aunque en realidad no era cargado de espaldas y su compostura era más bien desenvuelta. Tenía aire de tipo raro, pero todos pudimos cerciorarnos más tarde de que su conducta era correcta y sus palabras siempre precisas y oportunas.

No podría decir que era feo, pero a nadie le gustaba su cara. Su cabeza era por demás alargada y aplanada por los lados (lo que agudizaba la expresión de su rostro), la frente alta y angosta, pero de pequeños rasgos faciales; la nariz era pequeña y en punta, los labios largos y delgados. La expresión del semblante tenía algo de enfermizo, pero no era más que una apariencia. En las mejillas y en torno de los pómulos se le notaban arrugas como las de quien convalece de una penosa enfermedad. Sin embargo, gozaba de excelente salud, era robusto, y nunca había estado enfermo.

Se presentaba y se movía con celeridad, pero no se daba prisa por llegar a ningún sitio. Parecería no confundirse ante nada y lograba ser siempre el mismo en cualquier circunstancia y ante cualquier grupo social. Tenía una gran seguridad, pero no se daba la menor cuenta.

Hablaba con fluidez, apresuradamente, pero con aplomo y sin morderse la lengua. Expresaba sus pensamientos con parsimonia a pesar de lo cortante de sus ademanes, y lo hacía de manera precisa y tajante, algo que se destacaba de modo especial. Su enunciación era de maravillosa claridad: las palabras rotaban de sus labios como las cuentas de un collar, gruesas y pulidas, siempre bien escogidas y siempre aptas para la ocasión. Pero lo que agradaba al principio, luego resultaba repelente, sin duda debido a esa enunciación tan precisa y esa racha de palabras siempre a flor de labios. Finalmente creíamos que su lengua debía de tener una forma especial, que debía de ser excesivamente larga y delgada, terriblemente roja y terminada en una punta que se movía continua e involuntariamente.

Pues bien, tal era el joven que ahora entraba volando en la sala y, la verdad sea dicha, todavía me parece que ya había empezado a hablar en la habitación contigua y, por tanto, entraba hablando. De pronto se paró frente a Varvara Petrovna.

—… Imagínese, Varvara Petrovna —dijo sin hacer una pausa—, que llego pensando que él estaría aquí desde hace un cuarto de hora. Porque llegó hace hora y media. Nos encontramos en casa de Kirillov. Salió de allí hace media hora para venir

directamente aquí y me citó para dentro de un cuarto de hora.

—¿De quién está usted hablando? ¿Quién lo citó a usted aquí? —preguntó Varvara Petrovna.

—¡Pues de quién iba a estar hablando! ¿Quién otro puede ser? ¡Nikolai Vsevolodovich! ¿De veras que usted acaba de enterarse? ¡Supongo que al menos su equipaje habrá llegado ya hace rato! ¿Es que no se lo han dicho a usted? Quiere decir entonces que yo soy el primero en anunciarlo. Claro que se podría mandar a alguien a buscarlo, pero seguramente vendrá él mismo en un momento, justamente en el momento que mejor le cuadre y, si no me equivoco, que mejor convenga a sus propósitos.

En ese punto abarcó la sala con la vista y la fijó en el capitán con atención especial.

—¡Ah, Lizaveta Nikolayevna! ¡Qué gusto encontrarla al primer paso y darle un apretón de manos! —dijo corriendo a ella para estrechar la que le alargaba la sonriente Liza—. Y, por lo que veo, usted, estimada Praskovya Ivanovna, no ha olvidado a su «profesor» ni está enfadada con él como siempre lo estaba en Suiza. ¿Y cómo está usted aquí de las piernas, Praskovya Ivanovna? ¿Tenían razón los médicos de allí al recomendarle el clima de su tierra? ¿Cómo? ¿Fomentos? Deberían de sentarle muy bien. ¡Ay, Varvara Petrovna —dijo volviéndose a ella de pronto—, cuánto siento no haber podido verla en Suiza para ofrecerle personalmente mis respetos! Además, ¡tenía tantas cosas que contarle…! Le escribí a mi viejo aquí, pero, por lo visto, él, según su costumbre…

—¡Petrusha! —exclamó Stepan Trofimovich saliendo al momento de su asombro y corriendo hasta donde estaba su hijo con los brazos abiertos—. *Pierre, mon enfant*, ¡pero si no te he reconocido! —lo abrazó con fuerza derramando lágrimas.

—¡Bueno, basta de arrumacos, nada de gestos elocuentes! ¡Vamos, basta, basta, ya es suficiente! ¡Por favor! —se apresuró a murmurar Petrusha mientras trataba de librarse de los abrazos.

—¡Siempre, siempre me he sentido culpable ante ti!

—Basta, basta ya. Luego hablaremos. Ya me imaginaba que ibas a hacer escenas. ¡Vamos, por favor, cálmate!

—¡Pero si han pasado diez años desde la última vez que te vi!

—Razón de más para no hacerte el sentimental…

—*¡Mon enfant!*

—¡Pero si te creo, sé que me quieres! ¡Pero suéltame! ¡Que estás fastidiando a los demás…! ¡Pero si aquí está Nikolai Vsevolodovich! ¡Pero, vamos, déjate de tonterías, te lo ruego!

En efecto, Nikolai Vsevolodovich ya estaba en la sala. Había entrado sin hacer ruido y durante un momento se detuvo en la puerta abarcando con mirada tranquila a

la concurrencia.

Igual que cuatro años antes, cuando lo vi por primera vez, ahora volví a quedar impresionado desde la primera mirada. No lo había olvidado en lo más mínimo; pero hay fisonomías que siempre que afloran parecen traer consigo, sin excepción, algo nuevo, algo que previamente no habíamos notado aunque las hayamos visto más de cien veces. Pero por lo que podía ver, estaba exactamente igual que cuatro años atrás: igual de elegante, igual de altivo y hasta podría decir que casi igual de joven, sus entradas guardaban el mismo aire imponente de entonces. Su ligera sonrisa revelaba la misma amabilidad oficial y la misma satisfacción de sí mismo. Su mirada también era la misma: severa, abstraída y algo solazada. En una palabra, se diría que habíamos dejado de vernos en la víspera. Sin embargo una cosa, no obstante, me llamó la atención: antes, aunque se daba por sentado que era un hombre apuesto, su semblante «parecía una máscara», como solían murmurar algunas damas maliciosas de nuestra sociedad. Pero ahora, no sé por qué, me pareció desde el primer golpe de vista positiva e indiscutiblemente hermoso, de modo tal que habría sido imposible decir que su semblante parecía una máscara.

¿El cambio se debía a que estaba un poco más pálido que antes y quizás algo más delgado? ¿O simplemente era que en sus ojos brillaba algún nuevo pensamiento?

—¡Nikolai Vsevolodovich! —exclamó Varvara Petrovna enderezándose en el sillón, sin levantarse de él y deteniéndole con gesto imperioso—. ¡Quédate donde estás un momento!

Ahora bien, para comprender la terrible pregunta que siguió de inmediato al gesto y la exclamación —pregunta cuya posibilidad yo ni siquiera habría podido sospechar de Varvara Petrovna—, ruego al lector que recuerde cuál ha sido el carácter de Varvara Petrovna durante toda su vida y la singular impulsividad de ese carácter en momentos críticos. Ruego asimismo que recuerde que, a despecho de la rara firmeza de espíritu y los abundantes recursos de sensatez y destreza práctica y, por así decirlo, administrativa que poseía, no faltaban en su vida instantes en que se entregaba en cuerpo y alma y, si se permite la expresión, sin freno alguno. Ruego, por último, que el lector tenga en cuenta que el momento a que hago referencia era de esos en que, a la manera de un haz de luz, se concentraba en ella la esencia de toda su vida: pasado, presente y acaso también el futuro. Por mi parte, recordaré, además, el anónimo que había recibido, del que había hablado con tanta irritación Praskovya Ivanovna hacía un rato, omitiendo, según creo, toda referencia al contenido de la carta. Puede que en ésta estuviera el secreto que hacía posible la terrible pregunta que ahora, de improviso, dirigía a su hijo.

—Nikolai Vsevolodovich —repitió, recalcando su nombre con voz firme en que vibraba un reto amenazador—, te ruego que digas ahora mismo y sin moverte de ese sitio, si es verdad que esta coja infeliz (ahí la tienes, está ahí, mírala), si es verdad que

es… tu esposa legítima.

Recuerdo muy bien ese instante. Él no se inmutó en absoluto y miró a su madre fijamente. En su rostro no se reflejaba la menor alteración. Por fin apareció en sus labios una sonrisa lenta y condescendiente y, sin contestar palabra, se acercó tranquilamente a su madre, le tomó una mano, la llevó respetuosamente a los labios y la besó. Y era tan constante e irresistible el ascendiente que ejercía sobre su madre que ésta no se atrevió a retirar la mano. Se limitó a mirarlo, convertida toda ella en pregunta, y su aspecto entero revelaba que no podría soportar la incertidumbre un segundo más.

Pero él seguía sin hablar. Después de besar la mano volvió a recorrer la sala con los ojos y, siempre sin apresurarse, se dirigió a María Timofeyevna. Es muy difícil describir la fisonomía de las personas en ciertos momentos. Recuerdo, por ejemplo, que María Timofeyevna, muerta de espanto, se levantó al acercársele él y extendió los brazos en un gesto como de súplica. Y recuerdo además el éxtasis con que lo miraba, un éxtasis insensato que casi le descomponía el rostro, un éxtasis que resulta casi imposible de aguantar para quienes lo observan. Puede que hubiera las dos cosas: espanto y éxtasis; pero recuerdo que me acerqué a ella de un brinco (estaba casi a su lado) porque me pareció que estaba a punto de desmayarse.

—Usted no debería estar aquí —le dijo Nikolai Vsevolodovich con voz suave y melodiosa; y en los ojos de él brilló una ternura desacostumbrada. Se mantenía ante ella en la actitud más respetuosa y cada movimiento suyo manifestaba la consideración más sincera. La pobre mujer, jadeante, le susurró impulsivamente:

—¿Quisiera, podría… ahora mismo… ponerme de rodillas ante usted?

—No. No puede usted hacer eso —dijo él con sonrisa tan espléndida que ella comenzó a reír alegremente.

Con la misma voz melodiosa y hablándole tiernamente como a un niño, añadió con gravedad:

—No olvide que es usted doncella y que yo, aunque su amigo más fiel, no dejo de ser para usted un extraño: ni marido, ni padre, ni prometido. Déme la mano y nos iremos. La acompañaré hasta el coche y, si me lo permite, la llevaré a su casa.

Ella le escuchaba con la cabeza inclinada, como reflexionando.

—Vamos —dijo suspirando, y le dio la mano.

Pero en ese momento sufrió un leve infortunio. Sin darse cuenta dio una vuelta sin fijarse en lo que hacía y tropezó en su pierna coja, más corta que la sana; finalmente cayó sobre un lado del sillón y, de no ser por éste, se habría desplomado en el suelo. Nikolai Vsevolodovich de inmediato la levantó y la sostuvo agarrándola fuerte por el brazo, y con aire preocupado la escoltó cuidadosamente a la puerta. Era evidente que a ella la había abrumado la caída. Turbada, se puso como la escarlata y sintió una horrible vergüenza. Mirando silenciosa el suelo, cojeando

lamentablemente, iba renqueando tras él, casi colgada de su brazo. Así salieron de la sala. Vi que Liza saltó de pronto de su silla cuando ellos salían y que los fue siguiendo tenazmente con la vista hasta la puerta misma. Luego volvió a sentarse en silencio, pero en su cara se percibía un rictus tembloroso como si hubiera tocado un reptil repugnante.

Mientras Nikolai Vsevolodovich y María Timofeyevna protagonizaban la escena, todo el mundo estuvo callado, subyugado y sin poder salir del asombro. En aquel momento, hasta una mosca hubiera hecho ruido en el salón. Pero una vez que salieron, todos comenzaron a hablar al mismo tiempo.

6

Decir que estaban hablando en realidad es faltar a la verdad, gritaban. El estado de confusión es tan profundo que no es posible precisar el orden de los acontecimientos. Algo dijo en francés Stepan Trofimovich mientras agitaba los brazos, Varvara Petrovna mientras tanto no le prestaba la menor atención. Mavriki Nikolayevich por su parte murmuró algo demasiado rápido y demasiado incoherente como para que se entendiera. El más nervioso de todos era Piotr Stepanovich, que intentaba desesperadamente convencer a Varvara Petrovna de algo, con gestos ampulosos. Durante un largo tiempo no pude comprender nada. Hablaba con vehemencia tanto a Praskovya Ivanovna como a Lizaveta Nikolayevna y en su excitación hasta gritó algo de pasada a su padre: esto es, iba y venía a lo largo de la sala. Varvara Petrovna, enrojecida de ira, saltó de su asiento y gritó a Praskovya Ivanovna: «Pero ¿has oído? ¿Has oído lo que acaba de decir sobre ella?». No podía dar respuesta alguna Praskovya Ivanovna, apenas murmuraba y gesticulaba nerviosa. La infeliz muchas preocupaciones tenía a esa altura: a cada momento volvía la cabeza del lado de Liza y fijaba en ésta los ojos con un vago terror. Ya no osaba siquiera pensar en levantarse e irse como no lo hiciera su hija. Mientras tanto el capitán se aprestaba de seguro a escurrir el bulto. Yo me di cuenta de ello. Se lo veía víctima de agudo e indiscutible pánico desde el momento en que apareció Nikolai Vsevolodovich; pero Piotr Stepanovich lo agarró del brazo y no lo dejó escaparse.

—Es indispensable, indispensable —Piotr Stepanovich seguía arengando a Varvara Petrovna, con intención de convencerla. Estaba de pie ante ella, que se había vuelto a sentar y lo escuchaba con ansia. Él consiguió al cabo captar su atención.

—Es indispensable. Como usted misma puede ver, aquí hay un equívoco. A primera vista hay mucho que parece extraño y, sin embargo, el asunto está más claro que la luz del día y es más sencillo que dos y dos son cuatro. Bien sé que nadie está autorizado para hablar y que probablemente hago el ridículo tratando de meter baza. Pero, en primer lugar, el propio Nikolai Vsevolodovich no da importancia alguna a la cosa; y, sin embargo, hay circunstancias en que le resulta difícil a un hombre dar explicaciones por sí mismo y en que se ve obligado a recurrir a un tercero para hablar de cosas delicadas. Créame, Varvara Petrovna, que Nikolai Vsevolodovich no tiene la culpa de no haber contestado al momento, categóricamente, a la pregunta que usted le hizo, a pesar de lo trivial del caso. Yo lo conozco desde Petersburgo. Por otra parte, toda esa historia honra a Nikolai Vsevolodovich, si es necesario emplear una palabra tan imprecisa como «honra»…

—¿Quiere decir que usted mismo fue testigo de algún lance del que resultó este… equívoco? —preguntó Varvara Petrovna.

—Testigo y partícipe —afirmó sin titubear Piotr Stepanovich.

—Si me da usted su palabra de que esto no ofende los delicados sentimientos de Nikolai Vsevolodovich para conmigo, a quien nunca he ocultado nada… y si usted está seguro de que con ello le complace usted…

—No cabe duda de que le agrado, porque, por mi parte, lo considero una obligación agradable. Seguro estoy de que él mismo me lo pediría.

El afán importuno de este caballero, de improviso llovido del cielo, de contar historias ajenas era harto extraño y no entraba en las normas usuales de la buena educación. Pero había encontrado el punto flaco de Varvara Petrovna y ya la tenía atrapada en sus garras. Entonces yo no conocía todavía el verdadero carácter de ese hombre y mucho menos, por supuesto, sus intenciones.

—Dígame —dijo Varvara Petrovna con cautela…

—No es cosa de gran importancia lo que hay para contar —prosiguió Piotr Stepanovich con su parlamento—. No obstante, un novelista sin mejor cosa que hacer podría sacar de ello una novela. Es una bagatela bastante interesante, Praskovya Ivanovna, y estoy seguro de que Liza Nikolayevna la oirá con curiosidad, porque aunque nada tiene de particular, sí tiene mucho de extravagante. Hará unos años, en Petersburgo, Nikolai Vsevolodovich conoció a este señor, a este mismo señor Lebiadkin que está aquí con la boca abierta y que hace un minuto intentó escaparse. Disculpe, Varvara Petrovna. Le aconsejo, estimado señor oficial retirado del cuerpo de intendencia (ya ve usted que lo recuerdo muy bien), que no trate de poner los pies en polvorosa. A mí y a Nikolai Vsevolodovich nos son harto conocidas sus andanzas por aquí, y le advierto que de ellas tendrá que responder. Una vez más ruego que me disculpe, Varvara Petrovna. En aquel entonces Nikolai Vsevolodovich llamaba a este señor su Falstaff: éste —aclaró enseguida— debió de ser un personaje estrafalario de otros tiempos de quien todos se burlaban y quien, por su parte, permitía que todos se burlasen de él con tal de que se lo pagaran. Nikolai Vsevolodovich llevaba entonces en Petersburgo una vida, por así decirlo, burlesca. No puedo calificarla de otro modo porque no es hombre propenso a la melancolía y aquellos días no tenía nada en que ocuparse. Me refiero sólo a aquella época, Varvara Petrovna. Este Lebiadkin tenía una hermana, la misma que estaba aquí hace un rato. Los hermanos no tenían casa y dormían en las que iban consiguiendo. Recorría la Galería Comercial, siempre con su uniforme viejo, molestando a los que andaban por allí pidiendo monedas que se gastaba en bebida. La hermana ayudaba con la limpieza y vivía de la calderilla que le entregaban. Era una vida miserable y no quiero detenerme en describir su sordidez; vida, no obstante, que por excentricidad atraía entonces a Nikolai Vsevolodovich. Sigo hablando sólo de aquella época, Varvara Petrovna. En cuanto a lo de «excentricidad», sólo repito una palabra que él usaba. No es mucho lo que me oculta. *Mademoiselle* Lebiadkina, que por entonces tuvo frecuente ocasión de ver a Nikolai Vsevolodovich, quedó prendada de su estampa. Diríamos que en ese fondo putrefacto

que era su vida, significaba un diamante pulido. Como no soy hábil en el retrato de los sentimientos, dejaré el asunto; pero inmediatamente empezó el maldito a burlarse de ella, con lo que se puso triste. Lo cierto es que no era la primera vez que se reía, siempre lo había hecho, ahora lo advertía, eso es todo. Ya para entonces estaba ida, aunque no tanto como ahora; incluso se podría decir que en su infancia había recibido cierta educación, gracias a alguna señora que se interesó por ella. Nikolai Vsevolodovich nunca le hizo el menor caso. Jugaba a las cartas todo el día con unos empleados del Estado: una baraja grasienta que le permitía ganar o perder un cuarto de kopek en cada apuesta. Aun así, cierta vez que osaron molestarla, él, ni corto ni perezoso, agarró a uno de los jugadores por el cuello y lo tiró por la ventana de un primer piso. No se busque aquí ni un poco de caballerosidad frente a la inocencia agraviada; fue un paso de comedia en medio de la risa general. El que más lo disfrutó fue el mismo Nikolai Vsevolodovich. Cuando aquello acabó felizmente, todos hicieron las paces y se pusieron a beber. Ahora bien, la inocencia perseguida no se olvidó de ello. Por supuesto, el incidente causó el trastorno definitivo de sus facultades mentales. Repito que no sé describir sentimientos, pero lo que en ello hubo sobre todo fue una alucinación. Además Nikolai Vsevolodovich avivó el fuego. En lugar de seguir la broma, empezó a tratar a *mademoiselle* Lebiadkina con insólito respeto. Kirillov, que andaba entonces por allí (hombre rarísimo, Varvara Petrovna, y muy brusco; tal vez se lo llegue a cruzar ya que vive ahora aquí), bueno, pues, como digo, ese Kirillov, que de ordinario no abre la boca, se acaloró de pronto y dijo, si mal no recuerdo, que Nikolai Vsevolodovich, tratando a esa señorita como si fuera una marquesa, le había hecho perder el juicio por completo. Debo añadir que Nikolai Vsevolodovich apreciaba bastante a ese Kirillov. ¿Qué piensa que le contestó? «Si usted cree que me río se equivoca ya que yo la idolatro pues sé que es mucho más que todos nosotros». Lo dijo con una seriedad pasmosa. Sin embargo, durante esos dos o tres meses, salvo *buenos días* y *adiós*, no cambió una palabra con ella. Yo, que fui testigo, recuerdo que ella llegó a tomarlo como si fuera su novio, un novio que no se atrevía a «llevársela» sólo por los muchos enemigos que tenía, por obstáculos familiares y otras cosas por el estilo. ¡No fue poca la risa, que digamos! Aquélla concluyó con que Nikolai Vsevolodovich, cuando tuvo que venir aquí, dispuso cómo cuidar de ella señalándole, según creo, una pensión anual de bastante cuantía, de trescientos rublos, si no más. En resumen, pongamos que aquello fue un gesto absurdo, el capricho de un hombre envejecido prematuramente…, en fin, como afirmaba Kirillov, pongamos que aquello fue el nuevo experimento de un hombre saciado de todo para averiguar hasta dónde podía llegar con una mujer débil y maniática. «Usted (decía) a propósito eligió a la más infortunada de las personas, condenada al maltrato y a la injusticia durante toda su vida; y, por si fuera poco, sabiendo que esa criatura está a sus pies, usted se burla de ella sólo como parte de un

caprichoso experimento». Pero, al fin y al cabo, ¿qué culpa tiene un hombre de las extravagancias de una loca con la que, ¡óigalo bien!, apenas ha cambiado un par de frases en todo ese tiempo? Hay cosas, Varvara Petrovna, de las que no sólo es imposible hablar con sensatez, sino de las que es hasta insensato intentar hablar. Pero, en fin, digamos que se trató de un ataque de excentricidad, porque no cabe decir más. Y, mientras tanto, ha habido rumores aquí sobre ello… Algo sé de lo que aquí pasa, Varvara Petrovna…

Entonces interrumpió su prédica el narrador y estuvo a punto de interpelar a Lebiadkin, pero Varvara Petrovna lo contuvo. Se lo veía muy nervioso.

—¿Ya terminó? —preguntó.

—Me falta en realidad preguntarle algo a este señor… Ahora verá usted de qué se trata, Varvara Petrovna.

—No. Después. Espere un momento, se lo ruego. ¡Oh, qué bien hice en dejarlo hablar!

—Y, vamos a ver, Varvara Petrovna —dijo Piotr Stepanovich con entusiasmo—, ¿es que Nikolai Vsevolodovich podía decir todo eso hace un rato para responder a su pregunta tan tajante?

—¡Oh, es verdad!

—¿Y no estoy en lo cierto cuando digo que a veces es mejor que alguien explique las cosas por nosotros?

—Sí, es cierto…, pero en algo se equivocó usted, y siento decir que sigue en el error.

—¿En qué error?

—Se lo digo…, pero ¿por qué no se sienta, Piotr Stepanovich?

—¡Muy bien! Como quiera. Gracias. La verdad es que estoy cansado…

Acercó un sillón y lo puso entre Varvara Petrovna, por un lado, Praskovya Ivanovna, que estaba junto a la mesa, por otro, y enfrente del señor Lebiadkin, de quien no había quitado la vista ni un segundo.

—Usted se equivoca en llamar a lo ocurrido «excentricidad»…

—Si no es otra cosa…

—Un momento. Espere —Varvara Petrovna lo interrumpió, como quien tiene mucho para decir. Así lo entendió Piotr Stepanovich y concentró en ella su atención —. Excentricidad es poco. Era algo de carácter sagrado, se lo aseguro. Un hombre orgulloso, humillado muy temprano, que llega hasta el género de «burla» que usted ha caracterizado de modo tan preciso…, en suma, un príncipe Harry, como de manera tan elocuente lo llamó entonces Stepan Trofimovich, lo cual sería cierto si no se pareciese más a Hamlet, al menos a mi entender…

—*Et vous avez raison* —aprobó con firmeza y vivacidad Stepan Trofimovich.

—Gracias, Stepan Trofimovich. Le doy las gracias por la extrema confianza que

siempre depositó en *Nicolas*, que incluso llegó a fortalecer la mía cuando fue necesario.

—*Chère, chère*… —Stepan Trofimovich estuvo a punto de dar un paso adelante, pero se quedó quieto, por entender que no era conveniente interrumpir.

—Y si junto a *Nicolas* —Varvara Petrovna casi entonaba ahora— hubiera habido un Horacio grande en su humildad (otra hermosa expresión suya, Stepan Trofimovich), quizás se habría salvado hace tiempo del triste e imprevisto «demonio de la ironía» que lo ha atormentado toda su vida. (Eso del demonio de la ironía es otra magnífica expresión que le pertenece, Stepan Trofimovich). Pero *Nicolas* no ha tenido nunca Horacio ni Ofelia. Sólo ha tenido a su madre, ¿y qué puede hacer una madre sola en tales circunstancias? Sepa usted, Piotr Stepanovich, que hasta me resulta fácil comprender que una persona como *Nicolas* pueda frecuentar esos tugurios infames que usted cuenta. Se me representa ahora con toda claridad esa «burla» de la vida (nuevamente una frase feliz y de su autoría), ese apetito insaciable de contraste, ese fondo tenebroso de cuadro en el cual figura él como un diamante, según la comparación de usted, Piotr Stepanovich. ¡Y he aquí que un día tropieza allí con una criatura injuriada por todos, coja y medio loca, y quizá dominada también por los más nobles sentimientos!

—Bueno, supongamos que así fuera.

—¿Y después de eso no comprende usted que no se riera de ella como los demás? ¡Ay, señor mío! ¿Y usted no comprende que la proteja de quienes la ultrajan, que la trate con respeto «como a una marquesa»? (Ese Kirillov debe tener un ojo clínico para la gente, aunque tampoco comprendió a *Nicolas*). Cabalmente de ese contraste salió, si usted quiere, el quebradero de cabeza actual. Si la desgraciada hubiera estado en otra situación, quizá no habría tenido esos sueños delirantes. Una mujer, únicamente una mujer puede comprender esto, Piotr Stepanovich. ¡Qué lástima que usted…, quiero decir, no que no sea usted mujer, sino que esta vez no haya logrado usted comprender!

—Usted quiere decir que cuanto peor va todo, tanto mejor. Comprendo bien, Varvara Petrovna. Es lo mismo que en cuestiones de credo: cuanto peor es la vida para un hombre o cuanto más oprimido o indigente está todo un pueblo, tanto más cree en las promesas del paraíso; y si cien mil clérigos se afanan con el fin de probar eso, atizando ese credo y especulando sobre él, entonces… la entiendo a usted, Varvara Petrovna, no se preocupe.

—Bueno, no es exactamente eso. Veamos: ¿es que para ahuyentar el sueño de ese desgraciado organismo —por qué Varvara Petrovna empleó entonces la palabra «organismo» es algo que no pude comprender— debía él también reírse de ella y tratarla como esos empleados? ¿Es que usted reprueba ese alto sentimiento de simpatía, ese noble temblor de todo el organismo con el que *Nicolas* respondió a

Kirillov: «Yo no me río de ella»? Respuesta excelsa, sagrada.

—*Sublime* —murmuró Stepan Trofimovich.

—Y le aclaro que no es tan rico como usted cree. La rica soy yo, y en esa época no recibió de mí casi nada.

—Entiendo, Varvara Petrovna —dijo Piotr Stepanovich, removiéndose con cierta impaciencia.

—¡Oh, ése es mi mismísimo carácter! Me reconozco en *Nicolas*. Reconozco ese espíritu juvenil, esa inclinación a los impulsos sombríos y turbulentos… Y si alguna vez llegamos a conocernos mejor, Piotr Stepanovich, cosa que por mi parte deseo sinceramente, tanto más cuanto que le estoy muy agradecida, entonces quizá comprenderá…

—¡Oh, créame que también yo lo deseo! —prorrumpió Piotr Stepanovich.

—Entonces podrá entender esta ofuscación fruto del deseo de ayudar a alguien que aunque seguramente no lo merezca, convertirla en el sueño, el ideal, concentrar en ella todas las esperanzas, adorarla, amarla toda la vida, sin saber exactamente por qué, acaso, cabalmente, porque no es digna de ello… ¡Ay, cuánto he sufrido toda mi vida, Piotr Stepanovich!

Aparentemente conmovido, Stepan Trofimovich comenzó a buscarme con los ojos; pero yo esquivé la mirada a tiempo.

—… Y todavía no hace mucho, no hace mucho… ¡Oh, qué injusta he sido con *Nicolas*! No se imagina hasta qué punto me han lastimado amigos y enemigos, conocidos e intrusos. Cuando me mandaron el primer anónimo repugnante (no lo creerá usted, Piotr Stepanovich) no encontré en mí bastante desprecio para contestar a tanta vileza… ¡Nunca, nunca me perdonaré la pusilanimidad que he mostrado!

—Ya he oído decir algo acerca de esos anónimos de aquí —dijo Piotr Stepanovich animándose—. Esté segura de que encontraré a quien escribió todo eso.

—¡No puede usted imaginarse las intrigas que se fueron tejiendo! Hasta a nuestra pobre Praskovya Ivanovna la han torturado, ¿por qué a ella? Puede que hoy haya sido demasiado injusta contigo, mi querida Praskovya Ivanovna —agregó en arranque de magnánima y honda emoción no exenta de cierta triunfante ironía.

—Basta, querida —murmuró Praskovya Ivanovna a regañadientes—. Por mí creo que es necesario poner punto a esto. Ya se ha hablado demasiado… —y volvió a mirar tímidamente a Liza, que tenía los ojos puestos en Piotr Stepanovich.

—Y en cuanto a esa pobre criatura, tan desgraciada y sin juicio, que lo ha perdido todo y sólo ha conservado su corazón, he decidido adoptarla —exclamó de pronto Varvara Petrovna—. Es un deber que pienso cumplir como Dios manda. A partir de este momento queda bajo mi protección.

—Y será una bella acción, desde cierto punto de vista —corroboró Piotr Stepanovich con vivacidad—. Perdone, pero no he concluido todavía. Quiero hablar

precisamente de la protección. Figúrese que cuando en esa ocasión se marchó Nikolai Vsevolodovich (y empiezo justamente donde acabé antes, Varvara Petrovna), ese caballero, sí, este mismo señor Lebiadkin se arrogó inmediatamente el derecho de disponer a su gusto de la pensión destinada a su hermana, de toda ella, y así lo hizo. No sé a ciencia cierta cómo arregló entonces el asunto Nikolai Vsevolodovich, pero al cabo de un año, ya desde el extranjero, se enteró de lo que pasaba y se vio obligado a proceder de otro modo. Repito que no conozco los detalles. Él mismo los contará. Sólo sé que se hizo entrar a la interesada en un convento lejano, donde vivía hasta con comodidad, pero vigilada con dulzura, ¿entiende usted? ¿A que no sabe usted qué se le ocurrió entonces al señor Lebiadkin? Se valió primero de todos los medios habidos y por haber para averiguar dónde habían metido a su fuente de ingresos, esto es, a su hermana; no tardó mucho en lograr su propósito; la sacó del convento alegando no sé qué derecho sobre ella y se la trajo directamente aquí. Aquí no le da de comer, le da palizas, la maltrata, y cuando por algún conducto recibe de Nikolai Vsevolodovich una suma considerable se da a la bebida, y en lugar de gratitud lanza retos arrogantes a Nikolai Vsevolodovich, haciéndole demandas insensatas, amenazando con acudir a los tribunales si no se le entrega la pensión en propia mano. De esta manera, el donativo voluntario de Nikolai Vsevolodovich lo considera como tributo. ¿Se da usted cuenta? Señor Lebiadkin, ¿es verdad *todo* lo que acabo de decir?

El capitán, que seguía de pie, sin decir palabra y con los ojos bajos, dio rápidamente dos pasos adelante y se puso como la grana.

—Me está tratando con suma crueldad, Piotr Stepanovich.

—¿Por qué crueldad? Dejemos para más tarde la discusión sobre crueldad y benevolencia. Ahora sólo le pido que conteste a la primera pregunta: ¿es verdad *todo* lo que he dicho, sí o no? Si juzga que no es verdad, debe usted dar explicaciones sobre la marcha.

—Yo…, usted mismo sabe, Piotr Stepanovich… —murmuró el capitán. Cortó la frase e hizo un silencio. Conviene señalar que Piotr Stepanovich estaba sentado en un sillón, con las piernas cruzadas, y que el capitán estaba de pie ante él en la actitud más respetuosa.

Por lo visto, la irresolución del señor Lebiadkin no gustó nada a Piotr Stepanovich. Su rostro se crispó en un espasmo maligno.

—¿Puede explicar algo de todo esto? —dijo mirando fijamente al capitán—. En tal caso, todo el mundo lo escucha.

—Bien sabe usted, Piotr Stepanovich, que no estoy en condiciones de explicar nada.

—No, yo no sé eso; es la primera vez que lo oigo. ¿Y por qué?

El capitán callaba, con la mirada fija en el suelo.

—Permítame que me vaya, Piotr Stepanovich —dijo con voz firme.

—Pero no antes de que dé respuesta a mi primera pregunta: ¿es verdad todo lo que he dicho?

—Sí, señor —dijo sordamente Lebiadkin, alzando la vista a su verdugo mientras una gota de sudor corría por su frente.

—¿*Todo*?

—Todo, señor.

—¿No tiene nada que añadir o señalar? Si le parece que somos injustos, indíquelo; proteste, exprese en voz alta su disconformidad.

—Nada que añadir.

—¿Amenazó usted hace poco a Nikolai Vsevolodovich?

—Eso…, eso fue producto del vino, Piotr Stepanovich —levantó de pronto la cabeza—. Piotr Stepanovich, si el honor de la familia y la ignominia inmerecida piden a gritos retribución entre las gentes, entonces…, ¿es que entonces tiene uno la culpa? —rugió de nuevo perdiendo los estribos.

—¿Y ahora no está usted bebido, señor Lebiadkin? —Piotr Stepanovich le dirigió una mirada penetrante.

—No…, no lo estoy.

—¿Qué quiere decir eso del honor de la familia y la ignominia inmerecida?

—No lo he dicho por nadie, no pensaba en nadie. Hablaba conmigo mismo… —el capitán desfallecía de nuevo.

—Por lo visto le ha sentado muy mal lo que he dicho de usted y su comportamiento. Es usted excesivamente quisquilloso, señor Lebiadkin. Permítame decirle, sin embargo, que aún no he hablado de su comportamiento en su sentido real. Ya hablaré del comportamiento de usted en su sentido real. Hablaré de él (lo que puede muy bien suceder), pero todavía no he empezado a hablar de él en su sentido *real*.

Lebiadkin se estremeció y miró asustado a Piotr Stepanovich.

—Piotr Stepanovich, sólo ahora empiezo a despertarme.

—Veo. ¿Y el que lo ha despertado he sido yo?

—Efectivamente, Piotr Stepanovich. Durante cuatro años he estado viviendo bajo un cielo encapotado. ¿Puedo por fin marcharme, Piotr Stepanovich?

—Puede irse salvo que Varvara Petrovna juzgue necesario…

Ella respondió con un gesto, podía irse.

El capitán se inclinó, dio dos pasos hacia la puerta, se detuvo de pronto, se llevó la mano al corazón, quiso decir algo pero no lo dijo, y salió. En la puerta tropezó con Nikolai Vsevolodovich. Éste se apartó. El capitán pareció encogerse ante él y se quedó plantado, sin apartar de él los ojos, como un conejo ante una serpiente. Nikolai Vsevolodovich hizo alto un instante, lo apartó suavemente con el brazo y entró en la sala.

7

Es posible que algo bueno le hubiera ocurrido, lo cierto es que se lo veía muy bien, tranquilo y hasta alegre.

—¿Me perdonas, *Nicolas*? —Varvara Petrovna no pudo contenerse y fue rauda a su encuentro.

—¡Era esto! —exclamó él en tono de broma indulgente—. Veo que ya lo sabe usted todo. Cuando salí de aquí iba pensando en el coche que quizá habría debido contarle mi aventura, por lo extraño que fue el modo de irme. Pero recordé que aquí se quedaba Piotr Stepanovich y me quedé tranquilo entonces.

Hablaba y recorría la sala con la vista.

—Piotr Stepanovich nos ha contado una historia antigua de Petersburgo sacada de la vida de un hombre singular —declaró triunfante Varvara Petrovna—, de un hombre antojadizo y loco, pero de sentimientos siempre elevados, siempre caballeresco y noble…

—¿Caballeresco? ¿Hasta eso hemos llegado? —dijo Nikolai riendo—. De todos modos, agradezco mucho a Piotr Stepanovich la prisa que se ha dado esta vez —aquí cambió con él una mirada fugaz—. Debe usted saber, *maman*, que Piotr Stepanovich es un pacificador universal: ése es su papel, su enfermedad, su misión, y se lo recomiendo a usted muy encarecidamente a ese respecto. Me figuro la clase de cuento que le habrá estado contando. En efecto, parece como si tomara apuntes cuando cuenta. Su cabeza es un archivo. Y tenga usted presente que, como realista que es, no puede decir mentiras y que aprecia la verdad más que el éxito…, salvo, por supuesto, en casos especiales en que el éxito se cotiza más alto que la verdad —al decir esto miró a su alrededor—. Así, pues, *maman*, está claro que no es usted la que debe pedirme a mí perdón, y que si en esto hay un poco de locura soy yo, por supuesto, el responsable, lo que quiere decir, a fin de cuentas, que soy yo el que está loco. Al fin y al cabo, debo mantener la fama que aquí tengo…

Y abrazó tiernamente a su madre.

—En todo caso, ya es un asunto terminado —lo dijo recurriendo a un ligero timbre de firmeza y sequedad. Varvara Petrovna conocía ese timbre, pero su exaltación no se calmó, sino todo lo contrario.

—Pensé que vendrías en un mes, *Nicolas*.

—*Maman*, ya te lo explicaré todo, por supuesto, pero ahora…

Se acercó a Praskovya Ivanovna quien apenas lo miró, a pesar de que media hora antes se había quedado petrificada cuando hizo su primera aparición. Pero tenía ahora otros motivos de preocupación. Desde el instante mismo en que salió el capitán y tropezó en la puerta con Nikolai Vsevolodovich, Liza había estado riendo, sorda e intermitentemente al principio, pero la risa fue creciendo cada vez más, haciéndose

más ronca y patente. Tenía el rostro encendido. El contraste con su aspecto sombrío de hacía un rato era sorprendente. Mientras Nikolai Vsevolodovich estuvo hablando con Varvara Petrovna, Liza había hecho dos veces seña a Mavriki Nikolayevich de que se acercara, como si fuera a decirle algo al oído, pero cuando éste se inclinaba, ella al momento reventaba de risa; cabía suponer que era precisamente del pobre Mavriki Nikolayevich de quien se reía. Por otra parte, se veía que trataba de dominarse y se llevaba un pañuelo a los labios. Nikolai Vsevolodovich, con aire ingenuo e inocente, se acercó a ella para saludarla.

—Perdóneme, por favor —respondió ella con rapidez—. Usted…, usted, por supuesto, ya ha conocido a Mavriki Nikolayevich… ¡Santo cielo, pero es usted imperdonablemente alto, Mavriki Nikolayevich!

Y de vuelta a la risa. Mavriki Nikolayevich era alto, pero no lo era «imperdonablemente».

—¿Hace mucho que llegó? —murmuró ella dominándose de nuevo, incluso turbándose, pero con los ojos chispeantes.

—Poco más de dos horas —contestó *Nicolas* mirándola con fijeza. Debo advertir que era hombre sobremanera circunspecto y cortés, pero aparte de la cortesía, parecía por completo indiferente, hasta aburrido.

—¿Y dónde va a vivir?

—Aquí.

Varvara Petrovna observaba también a Liza, pero de pronto la asaltó una idea.

—¿Dónde has estado, *Nicolas*, durante esas dos horas y pico? —preguntó—. El tren llega a las diez.

—Llevé primero a Piotr Stepanovich a casa de Kirillov. Tropecé con él en Matveyevo (a tres estaciones de aquí) y hemos venido en el mismo vagón.

—Yo estaba esperando en Matveyevo desde el amanecer —confirmó Piotr Stepanovich—. Durante la noche descarrilaron los últimos vagones de nuestro tren y estuve a punto de romperme las piernas.

—¡De romperse las piernas! —exclamó Liza—. ¡Mamá, mamá, y nosotras que queríamos ir la semana pasada a Matveyevo! ¡También quizá nos habríamos roto las piernas!

—¡Dios santo! —dijo Praskovya Ivanovna persignándose.

—¡Mamá, mamá, por favor, no se asuste si de veras me rompo las piernas! Eso puede muy bien sucederme. Usted misma me vive diciendo que voy en mi caballo como una loca. Mavriki Nikolayevich, ¿me llevará usted de paseo cuando esté coja? —dijo de nuevo entre risas—. Si eso pasa, no permitiré a nadie más que a usted sacarme de paseo. Se lo digo para que lo tenga presente. Pero supongamos que me rompo sólo una pierna… Sea amable y dígame que le gustaría…

—¿Que se rompiera una pierna? —preguntó con seriedad Mavriki Nikolayevich

frunciendo las cejas.

—¡Ahí sería usted quien me llevaría de paseo! ¡Sólo usted y nadie más!

—Incluso en tal caso será usted la que me saque a mí, Lizaveta Nikolayevna —murmuró Mavriki Nikolayevich más serio aún.

—¡Dios mío, pero si ha querido usted hacer un juego de palabras! —exclamó Liza con terror fingido—. ¡Mavriki Nikolayevich, no se atreva nunca a ir por ese camino! ¡Pero hay que ver lo egoísta que es usted! Estoy convencida, y lo digo en su honor, de que se calumnia usted a sí mismo. Al contrario. En tal caso me dirá usted todo el santo día que con una pierna de menos estoy más interesante. Habría algo, sin embargo, que no tendría remedio: usted es excesivamente alto y yo, sin una pierna, sería excesivamente baja. ¿Cómo podríamos ir del brazo? Haríamos mala pareja.

Lanzó una carcajada. Las agudezas y alusiones no tenían gracia, pero estaba claro que no era éxito lo que buscaba.

—¡Histeria! —me dijo por lo bajo Piotr Stepanovich—. ¡Pronto, un vaso de agua!

Tenía razón. Un momento después todos acudieron a ella. Se trajo agua. Liza abrazaba a su madre, la besaba con pasión, sollozaba en su hombro y, a la vez, la apartaba de sí, le observaba la cara, y se reía a carcajadas. También la madre se puso a gimotear. Varvara Petrovna en seguida se llevó a las dos a sus habitaciones, saliendo por la misma puerta por la que antes había entrado Daria Petrovna. Pero no estuvieron allí mucho tiempo, cuatro minutos a lo sumo…

Estoy procurando recordar ahora todos los detalles de los últimos momentos de esa mañana memorable. Me acuerdo de que cuando nos quedamos solos, sin las señoras (salvo Daria Pavlovna, que no se había movido de su sitio), Nikolai Vsevolodovich fue saludando uno por uno a todos, excepto a Shatov, que seguía sentado en su rincón, con la cabeza aún más gacha que antes. Stepan Trofimovich empezó a decir frases ingeniosas a Nikolai Vsevolodovich, pero éste se dirigió al punto a Daria Pavlovna. Antes de llegar a ella, sin embargo, Piotr Stepanovich lo llevó casi a la fuerza a una ventana, donde se puso a decirle algo al oído con gran rapidez, algo al parecer muy importante a juzgar por la expresión de su rostro y los gestos que acompañaban a lo dicho. No obstante, Nikolai Vsevolodovich lo escuchaba indolente y distraído, con su sonrisa oficial, y por último casi con impaciencia, como deseando zafarse. Se apartó de la ventana en el instante justo en que volvían las señoras. Varvara Petrovna hizo sentar a Liza en el mismo lugar de antes, diciéndole que debían quedarse y descansar por lo menos diez minutos más, porque el aire fresco quizá no sentaría bien a sus nervios agitados. Atendía solícitamente a Liza y hasta tomó asiento a su lado. Junto a ellas se plantó al momento Piotr Stepanovich, libre ya, e inició una cháchara atropellada y alegre. Nikolai Vsevolodovich, por su parte, se acercó con paso deliberado a Daria Petrovna, que al verle venir empezó, sobresaltada, a agitarse en su asiento, dando señales de

turbación y poniéndose encendida.

—Al parecer, tengo que darle mis parabienes…, ¿o todavía no? —dijo con una expresión peculiar en el rostro.

Dasha respondió algo difícil de oír.

—Disculpe la indiscreción —agregó él levantando la voz—, pero sabrá usted que se me informó adrede. ¿Lo sabía usted?

—Sí, sé que se le informó adrede.

—Espero, sin embargo, no haber dado un paso en falso al felicitarla —dijo riendo —, y si Stepan Trofimovich…

—¿Por qué debería felicitarla? —saltó al punto Piotr Stepanovich—. ¿Por qué razón, Daria Pavlovna? ¡No me diga que es lo que pienso! Se ha enrojecido y eso me lo confirma. Es que es así, ¿por qué otra cosa habría que felicitar a nuestras bellas y nobles mocitas? ¿Y de qué otra clase de felicitaciones se ruborizarían tanto? Bueno, entonces la felicito y si acerté, pague la apuesta que hicimos en Suiza cuando usted fue la que aseguró que nunca se casaría. Ah, cómo es posible que me haya olvidado nada menos que del objeto de mi visita: Suiza. Dime —se dirigió a Stepan Trofimovich—, ¿cuándo vas a Suiza?

—¿A Suiza? —dijo Stepan Trofimovich maravillado y confuso.

—Y claro. ¿No ibas a Suiza a casarte?

—¡*Pierre*! —exclamó Stepan Trofimovich.

—¡No hay *Pierre* que valga…! Aquí estoy para decirte que no me opongo si eso es lo que deseas en verdad. Si lo que quieres es que «te salve» como me escribes y ruegas en la misma carta —siguió la cháchara—, aquí estoy para lo que gustes mandar. ¿Es verdad que se casa, Varvara Petrovna? —preguntó volviéndose súbitamente a ella—. Espero no estar siendo indiscreto pero repito lo que él me dijo en su carta, que toda la ciudad lo sabe y que todos le dan la enhorabuena, hasta el punto de que para evitarlo sale sólo de noche. Aquí en el bolsillo traigo la carta. Pero ¿querrá usted creerme, Varvara Petrovna, que no entiendo palabra de lo que dice? Dime sólo esto, Stepan Trofimovich, ¿hay que felicitarte o hay que «salvarte»? ¡Hay que ver cómo, junto a párrafos que expresan la mayor felicidad, hay otros de los más desesperados! Para empezar pide perdón; bueno, sí, en eso sigue su pauta habitual…; pero vamos a ver: imagínese que un hombre que me ha visto dos veces en su vida, y eso por pura casualidad, ahora cuando va a casarse por tercera vez se figura que con ello infringe sabe Dios qué deberes paternos y me ruega, a mil verstas de distancia, que no me enfade y que le dé mi consentimiento. Por favor, no te ofendas, padre; son cosas de la edad. Yo tengo la manga ancha y no te lo censuro; quizás, incluso, redunde en honor tuyo, etc., etc.; pero lo que importa al cabo es que no entiendo lo que importa en el asunto. En la carta hablas de no sé qué «pecados en Suiza». Me caso, dices, por no sé qué pecados o por pecados ajenos, en fin, como sea, en suma,

«pecados». La muchacha (escribe) es una joya y, por supuesto, «él es indigno» de ella, ésas son sus palabras. Pero ¿por qué pecados o circunstancias se ve «obligado a casarse e ir a Suiza»? ¿Y por qué me pide que lo deje todo y venga volando a salvarle? ¿Entiende usted algo de esto? Pero…, pero por la cara que ponen ustedes —y dio una vuelta en redondo, con la carta en las manos y una sonrisa inocente en los labios— veo que, según mi costumbre, parece que he metido la pata… por la estúpida franqueza mía o, como dice Nikolai Vsevolodovich, por mi apresuramiento. Pero yo pensaba que estaba entre amigos, quiero decir entre tus amigos, padre, entre tus propios amigos, porque yo, al fin y al cabo, soy un extraño aquí. Y veo…, veo que aquí todos saben algo y que yo soy precisamente el que no sabe.

Seguía mirando a su alrededor.

—¿Entonces lo que está diciendo es que Stepan Trofimovich le escribió diciendo que se casaba «por pecados ajenos cometidos en Suiza» y que viniera usted volando a «salvarle»? ¿Eso escribió? —preguntó de pronto Varvara Petrovna, acercándose a él amarilla de rabia, con la cara crispada y temblorosos los labios.

—Bueno, en fin, si algo hay aquí que yo no he comprendido —respondió Piotr Stepanovich como asustado y confundiéndose con su propio discurso—, entonces, claro, es él quien tiene la culpa por escribir de esa manera. Aquí está la carta. En realidad no me ha escrito una sino millones de cartas en estos últimos meses, tantas que le confieso, no llegué a leer todas. Perdóname, padre, por esa confesión estúpida, pero, vamos, tienes que reconocer que aunque las cartas me las mandabas a mí, en realidad las escribías para la posteridad, conque a ti te da dos cuartos de lo mismo… Bueno, bueno, no te enfades, que al fin y al cabo somos familia. Ahora bien, esta carta, Varvara Petrovna, esta carta sí la leí hasta el final. Estos «pecados», señora, estos «pecados ajenos» quizá no pasen de ser nuestros propios pecadillos, y apuesto que son de lo más inocentes; pero de pronto se nos ocurre hacer de ellos un lance imaginario con su punta de autosacrificio; más aún, es para poner de relieve el autosacrificio para lo que se inventa el lance. Porque, vea usted, nuestra situación económica no anda bien; y hay que acabar por confesarlo. Como sabe usted, le tenemos afición a la baraja…, pero, en fin, esto no viene al caso, no viene en absoluto al caso. Me temo que se me va la lengua, Varvara Petrovna, pero es que me asustó, y yo venía efectivamente medio dispuesto a «salvarle». A fin de cuentas, tengo vergüenza de mí mismo. ¿Es que iba a ponerle el cuchillo en la garganta? ¿Acaso soy un acreedor implacable? Ahí en la carta dice algo de una dote… ¿Pero de veras, de veras, te vas a casar, padre? En fin, lo de siempre; habla que te habla, y sólo para oírse a sí mismo… ¡Ay, Varvara Petrovna, seguro estoy de que me echará usted ahora la culpa, y, por supuesto, también por mi manera de hablar…!

—Al contrario, al contrario. Veo que ha acabado usted por perder la paciencia, y con razón —aprobó Varvara Petrovna con inquina.

Había escuchado con maligna satisfacción el torrente de declaraciones «veraces» de Piotr Stepanovich. Era evidente que éste estaba haciendo un papel (qué clase de papel yo no lo sabía entonces, pero sin duda era un papel, y por cierto representado de manera bastante torpe).

—Al contrario —prosiguió ella—. Le agradezco mucho que haya hablado. De no haberlo hecho, no me habría enterado. Estoy abriendo por fin los ojos al cabo de veinte años. *Nicolas*, decía antes que se te había informado de propósito. ¿Es que Stepan Trofimovich también te escribió a ti sobre el particular?

—Yo tuve de él una carta muy inocente… y muy digna…

—Veo que te turbas y escoges las palabras con cuidado. Eso basta. Stepan Trofimovich, espero de usted un favor fuera de lo común —dijo volviéndose de pronto a él con ojos relampagueantes—. Tenga la bondad de salir ahora mismo y en adelante no vuelva a poner los pies en mi casa.

Ruego al lector que recuerde la «exaltación» de poco antes, que aún no se había calmado. Bien mirado, la culpa la tenía también Stepan Trofimovich. Pero lo que a la sazón me dejó asombrado fue la irreprochable dignidad con que estuvo aguantando las «revelaciones» de Petrusha, sin intentar interrumpirlas, y la «excomunión» de Varvara Petrovna.

¿De dónde sacó tanto aguante? Yo sólo me percaté de que su primer encuentro con Petrusha lo había lastimado sin duda hondamente por el modo en que éste había respondido a sus abrazos. Era un dolor profundo y *genuino*, al menos en sus ojos y su corazón. Sin embargo, otro dolor lo atormentaba en ese instante, a saber, la punzante convicción de haber obrado indignamente; él mismo me lo confesó más tarde con absoluta franqueza. Ahora bien, un dolor indudable y genuino puede hacer a veces firme y estoico a un hombre sobremanera frívolo, aunque sea por poco tiempo; más aún, un dolor verdadero, *genuino*, puede en ocasiones hacer listos a los necios, también, naturalmente, por breve tiempo.

Es rasgo propio de un dolor de esa índole. Y si ello es así, ¿qué no podría ocurrir con un hombre como Stepan Trofimovich? ¡Una completa revolución, por supuesto también por poco tiempo!

Se inclinó con dignidad ante Varvara Petrovna y no dijo palabra (cierto que no le quedaba nada por decir). Habría querido irse al momento, pero no se apresuró y se acercó a Daria Pavlovna. Ésta, al parecer, lo había previsto, porque enseguida, asustada, empezó a hablar como si se apresurase a tomarle la delantera:

—Por favor, Stepan Trofimovich, por amor de Dios no diga nada —empezó con voz rápida y excitada, semblante contraído y alargándole la mano—. Tenga la seguridad de que sigo respetándolo tanto como antes, que lo estimo tanto como antes y… piense bien de mí, Stepan Trofimovich, cosa que apreciaré mucho, pero mucho…

Stepan Trofimovich se inclinó profundamente, muy profundamente, ante ella.

—Haz tu voluntad, Daria Petrovna. Sabes que en este asunto debe hacerse lo que tú quieras. Así ha sido antes, lo es ahora y lo será en el futuro —sentenció gravemente Varvara Petrovna.

—¡Anda, ahora lo comprendo todo! —exclamó Piotr Stepanovich, dándose un golpe en la frente—. ¿Pero…, pero en qué situación quedo yo ahora después de esto? ¡Daria Pavlovna, por favor, perdóneme! ¿Te das cuenta, pariente, del papel que me obligas a hacer ahora? —dijo encarándose con su padre.

—*Pierre*, bien podrías hablarme de otro modo, ¿no te parece, amigo mío? —indicó mansamente Stepan Trofimovich.

—No grites, por favor —clamó *Pierre* dando manotazos—. Créeme que ésos son los nervios, sólo esos viejos y débiles nervios tuyos, y que de nada sirve gritar. Mejor será que me digas cómo no previste que yo sería el primero en hablar. ¿Por qué no me avisaste de antemano?

Stepan Trofimovich le dirigió una mirada penetrante.

—*Pierre*, tú que estás al tanto de lo que aquí pasa, ¿de veras que no sabías nada de este asunto, que no habías oído hablar de él?

—¿Qué dices? ¡Habrase visto! De modo que no sólo eres un niño viejo, sino un niño lleno de malicia. Pero ¿oye usted lo que dice, Varvara Petrovna?

Se oyó un rumor de voces, pero de improviso se produjo un incidente extraordinario que nadie habría podido prever.

8

Ante todo haré constar que durante los últimos dos o tres minutos el talante de Liza había tomado otro cariz: algo estaba diciendo por lo bajo a su madre y a Mavriki Nikolayevich, inclinado sobre ella. Su semblante delataba preocupación a la vez que intrepidez. Por fin se levantó de su asiento con evidente intención de irse en seguida, dando prisa a su madre, a quien Mavriki Nikolayevich ayudaba a su vez a levantarse de su sillón. Pero bien claro estaba que el destino no las dejaba marcharse sin haber presenciado la escena hasta su desenlace.

Shatov, olvidado por completo de todos en su rincón (no lejos de Lizaveta Nikolayevna), y sin saber él mismo por qué seguía allí y no se marchaba, de pronto se levantó de su silla y sin apresurarse, pero con paso firme, cruzó el salón y se dirigió a Nikolai Vsevolodovich, sin quitar los ojos del rostro de éste. Nikolai Vsevolodovich notó que se le acercaba y sonrió ligeramente, pero al llegar Shatov junto a él dejó de sonreír.

Cuando Shatov, sin decir palabra, se plantó ante él sin dejar de mirarlo fijamente, todo el mundo se apercibió de ello y guardó silencio, siendo Piotr Stepanovich el último en hacerlo. Así pasaron cinco segundos. La expresión de perplejidad insolente que se dibujaba en el semblante de Nikolai Vsevolodovich se trocó en otra de enojo. Frunció las cejas y de repente…

De repente Shatov alzó su brazo, largo y pesado, y con toda la fuerza de que era capaz le dio un golpe en la mejilla.

Nikolai Vsevolodovich se bamboleó violentamente.

Shatov asestó el golpe de manera especial, no como de ordinario se entiende dar un bofetón (si así cabe expresarse), no con la palma de la mano, sino con todo el puño. Y el puño suyo era grande, duro, huesudo, cubierto de pecas y vello rojizo. Si el golpe hubiera alcanzado la nariz, la habría deshecho. Pero fue en la mejilla, rozando la comisura izquierda de los labios y los dientes superiores, de los que al momento brotó sangre.

Creo que al golpe siguió inmediatamente un grito; quizá fuera Varvara Petrovna la que gritó. Pero no lo recuerdo, porque de nuevo se hizo el silencio en el salón. Por lo demás, la escena entera no había durado más de diez segundos.

Debo repetir que estamos hablando de una persona que no sabe lo que es tener miedo, Nikolai Vsevolodovich. En un duelo podía permanecer impertérrito ante el disparo de su rival, apuntar a su vez y matarlo con tranquila ferocidad. Si alguien le diese una bofetada, creo que no retaría al agresor a un duelo, sino que lo mataría allí mismo, inmediatamente. Así era él. Puedo arriesgar que nunca se había dejado arrebatar por la furia, jamás. Él podía mantener siempre pleno dominio de sí mismo y comprender, por lo tanto, que por una muerte que no fuera en duelo iría derecho a

presidio. A pesar de ello, habría matado a su ofensor sin la menor vacilación.

He estudiado desde hace mucho a Nikolai Vsevolodovich y, por varios motivos, conozco ahora de él, cuando escribo esto, muchos detalles. Quizá lo compararía con ciertos caballeros del pasado a quienes se vinculan en nuestra sociedad algunos recuerdos legendarios. Se contaba, por ejemplo, del decembrista L*, que durante toda su vida buscó adrede el peligro, que se embriagaba con la sensación de él, y que de él había hecho una exigencia de su propia naturaleza. En su juventud se batía a duelo por cualquier futesa. En Siberia salía a cazar osos armado sólo de un cuchillo; gustaba de encontrarse en los bosques siberianos con presidiarios que se habían dado a la fuga, muchísimo más temibles que los osos. No cabe duda de que estos caballeros legendarios eran capaces de sentir miedo, e incluso en alto grado; de lo contrario habrían sido menos turbulentos y la sensación de peligro no se habría convertido en exigencia de su naturaleza. Vencer la propia cobardía era, por supuesto, lo que les seducía. El éxtasis continuo de la victoria y el conocimiento de que nadie los superaba era para ellos el mayor atractivo. Este L*, ya antes de su destierro, hubo de luchar con el hambre, y a costa de trabajo ímprobo se ganaba el pan, sólo porque de ninguna manera quería someterse a las demandas de su acaudalado padre, que consideraba injustas. Así, pues, entendía la lucha en varios sentidos. No era sólo con los osos, ni tampoco en los duelos, donde ponía a prueba su estoicismo y firmeza de carácter.

Pero sea como fuere, han pasado muchos años desde entonces, y la índole de nuestra generación actual, nerviosa, atormentada y contradictoria, no es nada compatible con esas sensaciones absorbentes e inmediatas que buscaban en sus actos algunos varones inquietos del buen tiempo viejo. Acaso Nikolai Vsevolodovich habría tratado a L* con altivez, quizá incluso le habría tildado de fanfarrón y cobarde, aunque, la verdad sea dicha, no en voz alta. Él también mataría a su rival en duelo, saldría a la caza de osos, pero sólo si fuera necesario, y se defendería de un bandido en el bosque con tanto éxito y tan poco miedo como L*, pero sin la menor sensación de placer. Por una triste necesidad, desganado, casi con fastidio. En maldad le llevaba sin duda una gran ventaja a L* y hasta a Lermontov. Nikolai Vsevolodovich era más perverso que los dos juntos, pero era una maldad diferente, se diría fría, tranquila y, digamos que *racional*, lo que la convierte en mucho más efectiva y peligrosa. Vuelvo a decirlo una y mil veces: tanto en ese momento como ahora mismo yo considero que se trata de un hombre que ante una ofensa, ante una bofetada es capaz de responder con un acto criminal, es capaz de matar a su ofensor. Y sin retarlo a duelo. Pero aquella vez no pasó eso, algo muy diferente ocurrió.

Cuando pudo enderezarse luego de bambolearse patéticamente a causa del puñetazo, y habiendo agarrado a Shatov por los hombros, casi en el mismo instante lo soltó y cruzó las manos en la espalda. Quedó en silencio, miró fijamente a Shatov y

se puso pálido como la cera. Lo extraño, sin embargo, fue que pareció apagársele la luz de los ojos. Diez segundos después éstos volvieron a mirar fría y —estoy seguro de no mentir— tranquilamente. Seguía, sin embargo, horriblemente pálido. No sé, por supuesto, cómo iba la procesión por dentro; al fin y al cabo yo sólo veía lo de afuera. Tengo la impresión de que si hubiera un hombre que apretara, por ejemplo, en la mano una barra de hierro candente para poner a prueba su aguante y tratara durante diez segundos de sobreponerse al dolor intolerable y, en efecto, se sobrepusiera, ese hombre, creo yo, habría soportado algo parecido a lo que Nikolai Vsevolodovich soportó durante esos diez segundos.

El primero de los dos en bajar los ojos fue Shatov y, al parecer, porque tuvo que bajarlos. Luego giró despacio sobre los talones y abandonó el salón, pero ya no con su paso de antes, cuando se acercó a Nikolai Vsevolodovich. Iba sosegado, encorvada la espalda, la cabeza gacha, y como rumiando algo para sus adentros. Parecía murmurar algunas palabras. Llegó hasta la puerta con cuidado, sin rozar ni tropezar con nada, pero sólo la entreabrió, de modo que tuvo que pasar casi de lado por la abertura. Cuando se escurría se le notaba particularmente, tieso en el cogote, el mechón de pelo.

Antes de que todo el mundo se pusiera a vociferar se escuchó un grito desgarrador. Pude ver cómo Lizaveta Nikolayevna tomaba a su madre por el hombro y a Mavriki Nikolayevich del brazo en intentaba sacarlos de la sala dándoles fuertes tirones. De pronto dio un nuevo grito y cayó desmayada. En este momento todavía me parece estar oyendo el golpe que dio con la nuca en la alfombra.

SEGUNDA PARTE

PRIMER CAPÍTULO:
Noche

1

Pasaron ocho días en los que no supimos qué era lo que en verdad estaba ocurriendo. Ahora, mientras escribo esta crónica, pienso en todo lo que vivimos y en todo lo que por aquellos tiempos nos resultaba extraño. Stepan Trofimovich y yo vivimos encerrados al principio, atentos y alarmados en la distancia. Después yo apenas salía pero siempre traía noticias. No habría podido sobrevivir en reclusión sin ellas.

De más está decir que se propagaban por la ciudad rumores de todo tipo sobre la bofetada, el desmayo de Lizaveta Nikolayevna y todo lo demás que ocurrió aquel domingo. Nos preguntábamos absortos quién había logrado con tanta eficacia y premura dar cuenta de todo aquello. Era lógico pensar que ninguno de los que estuvieron presentes en tal ocasión habría juzgado necesario o provechoso develar el secreto. Además, no había habido criados en la sala. Sólo Lebiadkin habría podido decir algo, no tanto por malicia, ya que había salido espantado (y el miedo al enemigo anula la mala voluntad que se le tiene), sino sencillamente por las simples ganas de hablar. Pero Lebiadkin, acompañado de su hermana, desapareció al día siguiente sin dejar rastro. No estaba en casa de Filippov y no se sabía a dónde había ido; se había esfumado. Shatov, de quien quise obtener informes acerca de María Timofeyevna, se encerró en su cuarto, y según creo pasó esos ocho días allí adentro sin hacer nada, interrumpiendo incluso su trabajo en la ciudad. Además no me recibió. Fui a verlo el martes y llamé a su puerta pero no obtuve respuesta, pero como sabía con certeza que se hallaba en la casa, llamé por segunda vez. Entonces, supongo que saltando de la cama, se acercó con pasos pesados a la puerta y gritó con voz ronca: «Shatov no está en casa». No tuve opción y me marché.

Stepan Trofimovich y yo, con temor ante lo ocurrido pero dándonos ánimo mutuamente, llegamos por fin a la misma conclusión: el responsable de propagar los rumores había sido Piotr Stepanovich, también es cierto que tiempo después, conversando con su padre, aquél afirmó que ya la historia estaba en boca de todos, especialmente en el club, y que era ya noticia conocida para la gobernadora y su marido. Otro detalle digno de destacar fue que el lunes por la noche tropecé con Liputin, que conocía al detalle lo sucedido y que, por consiguiente, fue sin duda uno de los primeros en saberlo.

Muchas de las señoras (y sobre todo las más distinguidas) estaban entusiasmadas por conocer los detalles sobre «la cojita misteriosa», como todos llamaban a María Timofeyevna. Algunas deseaban verla en persona cuanto antes y más aún, muchas de ellas querían relacionarse. De todos modos, lo que ocupaba los primeros planos era el desmayo de Lizaveta Nikolayevna, los pormenores del episodio interesaban a todo el «gran mundo», aunque sólo fuera porque el incidente afectaba de cerca a Iulia Mihailovna como pariente y protectora de la joven. ¡Y hay que ver todo lo que se

decía! A la difamación contribuía asimismo una circunstancia misteriosa: ambas casas estaban herméticamente cerradas. Se decía incluso que Lizaveta Nikolayevna estaba en cama con fiebre muy alta, y que Nikolai Vsevolodovich también se había enfermado y que además había perdido un diente que había dejado terriblemente hinchada una de sus mejillas. En algunos sitios se agregaba que pronto ocurriría un asesinato, ya que Stavrogin no era de los que toleraban ultraje semejante y que mataría a Shatov, pero en silencio, como en las vendettas corsas. Esta posibilidad dejaba contentos a muchos. Ahora bien, la mayoría de nuestra juventud dorada oía todo esto con desdén y aire de absoluta indiferencia, por supuesto fingida. En general, se hizo patente la antigua inquina que nuestra sociedad profesaba a Nikolai Vsevolodovich. Incluso la gente sensata se afanaba por culparlo, aunque ni ella misma sabía por qué. Se susurraba que acaso había deshonrado a Lizaveta Nikolayevna y que además existía entre ellos una intriga amorosa mientras estaban en Suiza. Cierto es que las personas circunspectas se reportaban, lo que no les impedía, sin embargo, escuchar con avidez. Había otros dimes y diretes sobremanera extraños que circulaban, no pública, sino privadamente, casi a puerta cerrada, y a la existencia de los cuales aludo sólo para poner al lector sobre aviso en vista de ulteriores acontecimientos en mi relato. Algunas personas decían, arrugando el entrecejo y quién sabe con qué fundamento, que Nikolai Vsevolodovich tenía algún asunto especial que tramitar en nuestra provincia; que merced a la protección del conde K* había trabado relación en Petersburgo con personas muy influyentes; incluso decían que era un alto funcionario a quien le había sido confiada una misión importante. Si algunas personas serias y prudentes se sonreían ante semejante afirmación, objetando con bastante razón que un hombre que hacía vida escandalosa y que había comenzado su gestión entre nosotros con una mejilla hinchada no parecía agente del poder público, se les sugería que su misión no era oficial, sino, por así decirlo, confidencial, y que en tal caso su misma índole exigía que el encargado de ella se asemejara lo menos posible a un funcionario público. Tal observación surtía efecto, porque era sabido que en la capital se vigilaba con particular interés a nuestra administración provincial. Repito que estos rumores circulaban durante poco tiempo y desaparecían sin dejar rastro, al menos hasta que Nikolai Vsevolodovich hizo su primera aparición; pero pondré de relieve que el motivo de muchos rumores fueron en parte las breves aunque insidiosas palabras que vaga e inconexamente pronunció en el club el capitán de guardia Artemi Pavlovich Gaganov, el cual, habiendo obtenido el retiro, acababa de regresar de Petersburgo, poderoso terrateniente de nuestra provincia y distrito, hombre que pertenecía a la brillante sociedad capitalina e hijo del difunto Pavel Pavlovich Gaganov, el respetable anciano con quien, hacía algo más de cuatro años, Nikolai Vsevolodovich había tenido un encuentro, singular por su grosería y brusquedad, al que ya me he referido al principio de mi relato.

Todos sabían ya que Iulia Mihailovna había hecho una visita sugestiva a Varvara Petrovna y que en la puerta de la casa le informaron que como «la señora estaba indispuesta, no podía recibir». Días después de aquella visita se supo que Iulia Mihailovna mandó a preguntar por la salud de Varvara Petrovna. Por último, la gobernadora se puso a «defender» en todos lados a Varvara Petrovna, por supuesto sólo de la forma más elevada, o, lo que es lo mismo, de la forma más vaga posible. Con todo, escuchaba severa y fríamente las ligeras alusiones que al principio se hicieron a los sucesos del domingo, hasta el punto de que en los días siguientes ya nadie las hacía en su presencia. De este modo fue ganando terreno por todas partes la idea de que a Iulia Mihailovna no sólo le era conocida toda la misteriosa historia, sino también todo su misterioso significado, hasta el más nimio de los detalles, y no en calidad de testigo presencial, sino de participante. De modo que quiero destacar que ya ganaba terreno entre nosotros el gran predicamento que sin duda buscaba y ansiaba, y que ya comenzaba a verse «rodeada» de un círculo de allegados. Un sector de nuestra sociedad le reconocía inteligencia práctica y tacto…, pero ya hablaremos de esto más adelante. A su protección, asimismo, se atribuían en gran parte los rápidos éxitos de Piotr Stepanovich en nuestra sociedad, éxitos que sorprendieron muy particularmente a su padre, Stepan Trofimovich.

Piotr Stepanovich casi al mismo tiempo se hizo conocido por todos, apenas cuatro días después de su llegada. Hizo su aparición el domingo, y ya el martes lo vi en coche con Artemi Pavlovich Gaganov, hombre orgulloso, irritable y activo a pesar de su vida mundana, con quien, por su carácter, era especialmente difícil llevarse bien. En casa del gobernador también se recibía a Piotr Stepanovich con sumo agrado, hasta el punto de que en seguida se lo tuvo por amigo íntimo y, sin exagerar, casi como el niño mimado de la familia. Comía con Iulia Mihailovna casi a diario. La había conocido en Suiza, pero en el éxito fulminante que logró en casa de Su Excelencia había sin duda algo peculiar. Al fin y al cabo, se lo había reputado durante algún tiempo revolucionario emigrado, lo que podía o no ser verdad; había colaborado en el extranjero en publicaciones subversivas y participado en congresos, «lo cual podía probarse por los periódicos», como me dijo con malicia Aliosha Teliatnikov, hoy día, ¡ay!, funcionario jubilado de baja categoría, pero antes niño mimado también en casa del gobernador anterior. Hay, sin embargo, que destacar un hecho importante: el antiguo revolucionario regresó a su amada patria no sólo sin mostrar inquietud, sino casi invitado a hacerlo; por consiguiente, carecía de fundamento lo que de él se decía. En cierta ocasión, Liputin me confió en secreto que, según decían, Piotr Stepanovich había hecho por lo visto penitencia y recibido perdón, dando a las autoridades a tal efecto los nombres de varias personas, con lo que quizás había logrado también purgar su culpa, prometiendo además que en adelante sería útil a la patria. Yo repetí esas malignas palabras a Stepan Trofimovich,

que, a pesar de no estar en condiciones de pensar claro, reflexionó mucho sobre el caso. Más adelante se supo que Piotr Stepanovich había venido a nuestra ciudad con cartas de recomendación absolutamente intachables; en todo caso era portador de una para la gobernadora, escrita por una anciana de la alta sociedad de Petersburgo cuyo marido era uno de los caballeros más conocidos de la capital. Esta dama, madrina de Iulia Mihailovna, advertía en su carta que también el conde K* conocía bien a Piotr Stepanovich por mediación de Nikolai Vsevolodovich, que lo había tratado cordialmente y que lo consideraba «joven honorable a pesar de errores pasados». Iulia Mihailovna apreciaba en mucho sus escasas relaciones con el «gran mundo», mantenidas con tanto ahínco, y por supuesto se alegró mucho de la carta de tan notabilísima señora. Pero, conociendo esto, había algo que no terminaba de conformar a todos. Quisiera también destacar, especialmente por el interés que pueda tener, que hasta Karmazinov, el gran escritor, se mostró benévolo con Piotr Stepanovich y en seguida lo invitó a su casa. Tanta presteza en un hombre tan envanecido como Karmazinov fue lo que más hirió la sensibilidad de Stepan Trofimovich. Yo, sin embargo, lo veía de otro modo. A través de la invitación al nihilista, Karmazinov tenía el claro propósito de relacionarse con los jóvenes progresistas de Petersburgo y Moscú. Aterrado ante los jóvenes revolucionarios, el gran escritor creía con total ignorancia que esa gente era clave para el futuro de Rusia. De modo que se humillaba congraciándose con quienes no lo tomaban en cuenta.

2

Lamentablemente, las dos veces que Piotr Stepanovich fue a ver a su padre, yo no estuve presente. La primera fue un miércoles y por motivos de negocios. La cita ocurrió cuatro días después de aquel primer encuentro. Es oportuno destacar que la liquidación de la hacienda se llevó a cabo entre ellos sin que nadie se notificara. Fue Varvara Petrovna quien se hizo cargo de todo y lo pagó todo, claro está que quedándose con la finca y limitándose a informar a Stepan Trofimovich que el asunto estaba concluido. El mayordomo Aleksei Yegorovich, apoderado de Varvara Petrovna, le trajo algunos papeles para su firma, lo que hizo con superlativa dignidad. En lo referente a la dignidad diré que en esos días me costaba trabajo reconocer a mi amigo de antes. Su porte era muy distinto del antiguo, se había vuelto taciturno y no había escrito una sola carta a Varvara Petrovna desde aquel domingo, lo cual me parecía un milagro. Lo primordial era que estaba tranquilo. Había llegado a alguna conclusión extraordinaria y definitiva que le inspiraba serenidad. Eso no tenía vuelta de hoja. Aferrado a ella, aguardaba los acontecimientos. Sin embargo, los primeros días, en especial el lunes, había sufrido un ataque de gastritis. Claro que no podía pasar todo el tiempo sin noticias, pero tan pronto como yo, dejando a un costado las apariencias, profundizaba en los pormenores del asunto y esbozaba algunas conjeturas, daba manotazos en el aire para callarme. Evidentemente los dos encuentros con su hijo lo afectaron penosamente aunque no quebrantaron su firmeza. Después de verlo, al día siguiente, se quedaba acostado en el sofá, con la cabeza envuelta en un paño empapado en vinagre. De todas maneras, en el fondo siempre mantuvo la serenidad.

Sin embargo, no siempre me hacía callar con ademanes. A veces me parecía que la secreta decisión que había adoptado se esfumaba y que volvía a albergar alguna idea nueva y tentadora. Si bien esto ocurría sólo por momentos, no quiero dejar de mencionarlo. Sospechaba que hubiera querido hacerse valer de nuevo, salir de su aislamiento, retar al adversario y dar así, la última batalla.

—¡*Cher*, no dejaría títere con cabeza! —prorrumpió de pronto el jueves por la noche después de su segunda entrevista con Piotr Stepanovich. Lo dijo desde el sofá en el que estaba recostado mientras una toalla húmeda cubría su cabeza.

Fue lo único que me dijo en todo el día.

—*Fils, fils chéri*, etc., etc., bien sé que estas frases son pura necedad, palabras propias de cocineras, pero no importa, yo mismo lo veo ahora. No hice nada por él y lo mandé desde Berlín a una tía suya en Rusia cuando era todavía un niño de pecho, por correo, etc., etc., de acuerdo… «Tú no hiciste nada por mí (me dice) y me mandaste por correo, y para colmo me has despojado aquí de lo mío». «¡Infeliz! (le he gritado). ¡Pero si mi corazón ha estado sufriendo por ti toda mi vida, aun si te

mandé por correo desde Berlín!». *Il rit*. Pero de acuerdo, de acuerdo…, ¡sí, lo mandé por correo! —concluyó casi delirante—. *Passons*. No entiendo a Turgeniev. Su Bazarov es un personaje ficticio sin equivalencia real. Ellos fueron los primeros en repudiarlo entonces por no parecerse a nadie. Ese Bazarov es una mezcla confusa de Nozdriov y Byron, *c'est le mot*. Fíjese en ellos: saltan y gritan de puro contento, como cachorros al sol, son felices, la victoria es suya. ¿Qué hay de Byron en eso? Y luego, ¡qué trivialidad, qué vulgar prurito de vanidad, qué ansia plebeya de *faire du bruit autour de son nom*, sin advertir que *son nom*…! ¡Ay, qué caricatura! «¿Pero es que quieres (le he gritado) ofrecerte, tal y como eres, a las gentes en lugar de Cristo?». *Il rit, il rit beaucoup, il rit de trop*. Tiene una sonrisa bastante rara. Su madre no tenía una sonrisa así. *Il rit toujours*. Son astutos. El domingo lo habían ensayado todo de antemano —dijo de repente.

—¡Ah, sin duda! —exclamé aguzando el oído—. Eso es una conspiración que ni siquiera pretenden disimular; y, además, son pésimos actores…

—Pero ¿no sabe usted que todo eso fue representado especialmente sin disimulo para que se dieran cuenta…? ¿Lo puede entender?

—No. En verdad no lo entiendo.

—*Tant mieux*. *Passons*. Hoy tengo los nervios de punta.

—Pero ¿por qué discutió con él, Stepan Trofimovich? —pregunté en tono de reproche.

—*Je voulais convertir*. Ríase, si quiere. *Cette pauvre tante, elle entendra de belles choses!* ¡Oh, amigo mío! ¿Querrá usted creer que el otro día me sentí patriota? Pero, por otra parte, siempre he tenido conciencia de ser ruso…, sí, ruso auténtico, como lo somos usted y yo, y no podemos serlo de otra manera. *Il y a là-dedans quelque chose d'aveugle et de louche!*

—Indudablemente —respondí.

—Ah, amigo mío, la verdad genuina siempre parece improbable. Es indispensable, para que la verdad resulte probable, agregarle algunas mentiras. La gente siempre lo ha hecho así. Quizás haya en este asunto algo que no comprendemos. ¿Cree usted que hay en él algo que no comprendemos? ¿En esos saltos victoriosos? Me gustaría que lo hubiera. De verdad que me gustaría.

Guardé silencio. Él también. Estuvimos callados un rato largo.

—Dicen que la mente francesa… —comenzó a balbucear de pronto como en un acceso de fiebre—. Eso es mentira, eso siempre ha sido así. ¿A qué viene calumniar a la gente francesa? Ahí no hay más que pereza rusa, nuestra humillante impotencia para engendrar una idea, nuestro abominable parasitismo en la comunidad de las naciones. *Ils sont tout simplement des paresseux*, y eso nada tiene que ver con la mente francesa. ¡Ay, los rusos debieran ser aniquilados en bien de la humanidad como parásitos nocivos! Nosotros, no era por eso, no, señor, por lo que trabajábamos.

No comprendo nada. ¡He acabado por no comprender nada! «Pero ¿no te das cuenta (le dije), no te das cuenta de que si ponéis la guillotina en primer plano, y con tanto entusiasmo, es sólo porque cercenar cabezas es lo más fácil de todo y tener una idea lo más difícil? *Vous êtes des paresseux! Votre drapeau est une guénille, une impuissance!*». Esos carros, o ¿cómo reza eso?, «el estruendo de los carros que llevan pan a la humanidad» es algo más útil que la *Madonna Sixtina*, o ¿cómo dicen ellos…? *une bêtise dans ce genre*. «Pero ¿no te das cuenta (le dije), no te das cuenta de que la desdicha le es tan indispensable al hombre como la felicidad, tan absolutamente indispensable?». *Il rit*. Y él va y me dice: «No haces más que soltar frases bonitas mientras que hundes tus miembros (él empleó una expresión más soez) en un sofá de terciopelo…». Y fíjese usted en esa costumbre nuestra de que el hijo tutee al padre. No está mal si ambos están de acuerdo, pero ¿y si pelean?

Entonces volvimos a quedarnos callados.

—*Cher* —dijo levantándose apresuradamente—, ¿sabe usted que esto acabará de algún modo?

—*Vous ne comprenez pas*. *Passons*. Porque… por lo común en este mundo casi todo acaba en nada, pero aquí acabará en algo, sin duda alguna.

Se levantó, dio unas vueltas por la habitación muy agitado y acercándose de nuevo al sofá se dejó caer agotado en él.

El viernes por la mañana Piotr Stepanovich se fue a algún lugar del distrito, y allí se quedó hasta el lunes siguiente. De su partida me enteré por Liputin, de quien supe también, entre una palabra y otra, que los hermanos Lebiadkin se habían ido a vivir al otro lado del río, en el barrio de Gorshechnaya. «Yo mismo les conduje allí», agregó Liputin y, dejando el tema de los Lebiadkin, me hizo saber que Lizaveta Nikolayevna iba a casarse con Mavriki Nikolayevich y que, aunque no había habido anuncio público, se habían tomado los dichos y era asunto concluido. Al día siguiente vi a Lizaveta Nikolayevna pasar a caballo en compañía de Mavriki Nikolayevich. Ésa era su primera salida después de la enfermedad. Me miró radiante desde lejos, sonrió y me hizo un gesto amistoso con la cabeza. Le conté todo ello a Stepan Trofimovich, pero a lo único que prestó atención fue a las noticias acerca de los Lebiadkin.

Y ahora, después de haber detallado nuestra particular y misteriosa vida durante esos ocho días en los que como ya dije, no sabíamos nada de nada, comenzaré a describir los acontecimientos posteriores de mi crónica, digámoslo así, ahora con conocimiento de causa, esto es, según fueron conocidos posteriormente y que han sido ya explicados. Empezaré entonces por la noche en la que ocurrieron los «nuevos quebraderos de cabeza», es decir con la noche del lunes, el octavo día a partir de aquel domingo.

3

Nikolai Vsevolodovich estaba solo en su gabinete, ya habían dado las siete de la tarde. Allí, siempre había estado muy a gusto. Era un lugar de techos altos, tapizados de alfombras y con macizos muebles de estilo. Sentado en un extremo del sofá, vestía un traje de calle, aunque no parecía tener prisa por salir. Enfrente había una mesa con una lámpara cuya pantalla provocaba un efecto de penumbras y tinieblas en los laterales y en los rincones del cuarto. Si bien su mirada dejaba ver ensimismamiento y concentración, no infundía tranquilidad alguna. Estaba fatigado y un rictus mustio cruzaba su rostro. Una de las mejillas seguía hinchada, pero lo de la pérdida de un diente era un rumor exagerado. El diente había estado algo suelto por un tiempo, pero ya estaba de nuevo firme. Tenía también una lesión dentro del labio superior, pero ya estaba cicatrizada. La hinchazón de la mejilla había durado toda una semana sólo porque el paciente no había querido recibir a un médico que se la abriera a tiempo con un bisturí y esperaba que el flemón reventara por sí mismo. No sólo no quiso recibir al médico, sino que apenas le permitía acercarse a su propia madre. Ese encuentro era una vez por día y duraba apenas un instante. Además se realizaba casi en la oscuridad del anochecer y cuando aún no se habían encendido las luces. Tampoco había recibido a Piotr Stepanovich, que mientras estaba en la ciudad había corrido, no obstante, dos o tres veces al día a visitar a Varvara Petrovna. Y he aquí que por fin, el lunes, después de regresar por la mañana de su escapatoria de tres días, de recorrer la ciudad entera y de comer en casa de Iulia Mihailovna, Piotr Stepanovich fue por fin al anochecer a ver a Varvara Petrovna, que lo esperaba impaciente. Se había levantado la prohibición, Nikolai Vsevolodovich recibía y la misma Varvara Petrovna condujo al visitante hasta la puerta del gabinete. Hacía tiempo que ella deseaba esa entrevista, y Piotr Stepanovich le prometió ir a verla y cambiar impresiones en cuanto saliera de ver a *Nicolas*. Llamó tímidamente a la puerta de Nikolai Vsevolodovich, y al no recibir respuesta se atrevió a entreabrirla un par de pulgadas.

—*Nicolas*, ¿puedes recibir a Piotr Stepanovich? —preguntó con voz tímida y cautelosa tratando de reconocer a Nikolai Vsevolodovich detrás de la lámpara.

—¡Por supuesto que sí! —dijo animado Piotr Stepanovich, abriendo él mismo la puerta y entrando en el gabinete.

Nikolai Vsevolodovich no oyó la llamada a la puerta, sí sólo la tímida pregunta de su madre, y no tuvo tiempo de contestar. En un instante tenía ante sí, en la mesa, una carta que acababa de leer y que lo había dejado muy pensativo. Se estremeció al oír la exclamación imprevista de Piotr Stepanovich y al punto intentó cubrir la carta con un pisapapeles que estaba a mano, pero no lo logró del todo: una punta de la carta y casi todo el sobre quedaron al descubierto.

—He casi gritado para que tuviera tiempo de prepararse —murmuró de prisa Piotr Stepanovich con increíble candor. Se acercó a la mesa y durante un momento fijó la vista en el pisapapeles y la punta de la carta.

—El mismo tiempo que ha tenido usted para ver cómo escondía una carta que acabo de recibir —dijo con voz tranquila Nikolai Vsevolodovich sin moverse de su sitio.

—¿Una carta? ¡Cielo Santo! ¿Por qué me importaría a mí su carta? —gritó el visitante—, pero lo que sí importa es… —dijo de nuevo en voz baja y haciendo con la cabeza un gesto en dirección a la puerta que ya estaba cerrada.

—Nunca escucha detrás de las puertas —observó fríamente Nikolai Vsevolodovich.

—No me importaría que lo hiciera —contestó Piotr Stepanovich al punto, levantando regocijadamente la voz y arrellanándose en su sillón—. No veo inconveniente en ello, pero esta vez vengo para que hablemos a solas… ¡Por fin consigo echarle la vista encima! Pero, ante todo, ¿cómo está su salud? Veo que a las mil maravillas y veo que quizá mañana pueda usted ya salir para que todos lo vean, ¿no es así?

—Posiblemente.

—¡Cálmelos, tranquilícelos y tranquilíceme a mí! —gesticulaba con furia, pero con semblante jocoso y amable—. Si supiera las tonterías que he tenido que decirles. Pero, en fin, eso ya lo sabe usted —y estalló en una carcajada.

—No lo sé todo. Sólo algo que me ha contado mi madre, ella dice que usted se ha movido mucho.

—En realidad, no les he dicho nada concreto —dijo Piotr Stepanovich frenándose un tanto, como si se protegiera de un ataque violento—. Ya sabe usted que he sacado a colación a la mujer de Shatov, es decir, los rumores sobre sus amoríos con usted en París. Con ello, por supuesto, se explica el incidente del domingo… ¿No se enfada usted?

—Sé que usted ha hecho todo cuanto ha podido.

—¡Bien, era eso exactamente lo que me temía! Vamos a ver, ¿qué significa eso de «cuanto ha podido»? Porque me suena a reproche. Sin embargo, usted va derecho al grano. Y lo que yo temía cuando venía aquí era que no fuera derecho al grano.

—No tengo intención de ir derecho a ninguna parte —apuntó Nikolai Vsevolodovich bastante irritado, pero pronto comenzó a reírse.

—¡No hablo de eso, no hablo de eso, usted no me comprende, no hablo de eso! —dijo Piotr Stepanovich haciendo aspavientos. Las palabras brotaban de sus labios como guisantes, y se alegró al punto de que Nikolai Vsevolodovich estuviera irritado —. No voy a molestarlo hablándole de nuestro asunto, sobre todo en el estado en que está usted ahora. Sólo he venido a hablar del incidente del domingo, y únicamente

para tomar las medidas necesarias, porque la cosa no puede seguir así. He venido a dar las explicaciones más francas, que por cierto necesito yo más que usted. Eso lo digo para satisfacer su vanidad, pero es que, además, es verdad. He venido para ser franco con usted de aquí en adelante.

—Lo que quiere decir que antes no lo era.

—Usted mismo sabe que muchas veces yo mismo lo he embaucado. Usted se sonríe. Lo celebro, porque esa sonrisa me da pretexto para una explicación. He provocado adrede esa sonrisa con la palabra «embaucar» para que se enoje conmigo por atreverme a pensar que puedo embaucarlo y para darme a mí mismo la ocasión de explicarme. ¡Vea, vea lo franco que me he vuelto ahora! En fin, ¿tiene inconveniente en escuchar?

En el semblante de Nikolai Vsevolodovich, desdeñosamente tranquilo y aun irónico, a despecho del propósito que el visitante tenía de sacarlo de sus casillas con sus salidas premeditadas y deliberadamente groseras, se dibujó por fin cierta inquieta curiosidad.

—Escúcheme —dijo Piotr Stepanovich un poco más agitado que antes—. Cuando hace diez días venía aquí, quiero decir, a esta ciudad, decidí, es cierto, hacer un papel. Habría sido mucho mejor no hacerlo y presentarme como soy, con mi propia personalidad, ¿no es eso? Nada más engañoso que la propia personalidad, porque nadie cree en ella. Confieso que quería hacer el papel de un medio bobo, porque hacer ese papel es más fácil que presentarse tal cual uno es. Pero como la bobería es algo extremo y lo extremo despierta curiosidad, decidí quedarme por fin con mi propia personalidad. Pero ¿qué clase de personalidad es la mía? El justo medio: ni tonto ni listo, con bastantes pocas dotes, caído de la luna, como dicen las gentes sensatas de aquí, ¿no es así?

—Quizá lo sea —dijo Nikolai Vsevolodovich con un asomo de sonrisa.

—¡Ah! ¿Así que está usted de acuerdo? Me alegro. Ya sabía que así pensaba usted también… No se preocupe, no se preocupe, que no me enfado. Le aseguro que no me expresé de ese modo para sacarle a usted, en retorno, algunas alabanzas. «No, usted no carece de dotes; no, usted es inteligente…». ¡Ah! Ahora… ¿Vuelve a sonreír? He desbarrado otra vez. Usted no habría dicho «es usted inteligente». Bueno, conformes. *Passons*, como dice el papá. Y, entre paréntesis, no tome a mal mi verborrea. A propósito, aquí tiene un ejemplo: yo siempre hablo mucho, esto es, digo muchas palabras, y las digo de prisa, pero nunca doy en el blanco. ¿Y por qué digo muchas palabras y nunca doy en el blanco? Porque no sé hablar. Los que saben hablar lo hacen con brevedad. Eso demuestra mi falta de dotes, ¿no es verdad? Pero como la dote de carecer de dotes resulta en mi caso natural, ¿por qué no servirme de ella artificialmente? Y me sirvo de ella. A decir verdad, al venir aquí pensaba al principio no abrir el pico; pero para callar hace falta mucho talento y, por lo tanto, es algo que

no iría bien; y, por si fuera poco, callar resulta peligroso. En fin, resolví que lo mejor sería hablar, pero como lo haría un hombre sin dotes, esto es, hablar mucho, mucho, mucho, darme mucha prisa en probar lo que digo y terminar haciéndome un lío con mis propias pruebas, para que quienes me escuchen se vayan sin esperar el fin de mi cháchara, encogiéndose de hombros y mandándome a freír espárragos. Total, que se les hace creer que uno es un pobre de espíritu, se los aburre y se los deja sin entender una pizca de nada: ahí tiene usted tres ventajas juntas. Vamos a ver, después de eso, ¿quién va a sospechar que uno tiene intenciones ocultas? Nada, que cada uno de ellos se sentiría personalmente ofendido si alguien dijera que voy con segundas. Además, de vez en cuando los hago reír, lo cual es de valor inestimable. Y ahora me lo perdonan todo porque ocurre que aquel chico listo que repartía propaganda política en el extranjero, aquí en casa resulta ser más tonto que ellos. ¿Qué le parece? ¿Tengo que entender a través de esa sonrisa que está usted de acuerdo?

En verdad Nikolai Vsevolodovich no se sonreía en absoluto; por el contrario, lo escuchaba cejijunto y un tanto impaciente.

—¡Ah! ¿Qué quiere decir con que le «da igual»? —insistió Piotr Stepanovich con su cháchara (Nikolai Vsevolodovich no había dicho esta boca es mía)—. Por supuesto, por supuesto le aseguro que no estoy aquí para comprometerlo asociándolo conmigo. Ya veo que hoy está usted muy quisquilloso. ¡Y yo que he venido a verlo con el corazón abierto y alegre! ¡Y usted, nada, poniéndole peros a todo lo que digo! Le aseguro que hoy no voy a hablarle de ningún asunto delicado, palabra de honor, y que de antemano acepto las condiciones que usted ponga.

Nikolai Vsevolodovich mantuvo su obstinado silencio.

—Perdón. ¿Cómo? ¿Ha dicho usted algo? Ya veo, sí, que al parecer he vuelto a soltar una estupidez. Usted no ha puesto condiciones, ni las pondrá. Lo creo, no se preocupe. Yo mismo sé que no vale la pena ofrecérmela a mí, ¿verdad? Ya ve que le quito las palabras de la boca, y eso, ni que decir tiene, por carencia de dotes, por carencia… ¿Se ríe usted? ¡Ah! ¿De qué?

—Nada, no es nada —Nikolai Vsevolodovich acabó por reírse—. Me estaba acordando de que, efectivamente, le llamé una vez hombre falto de talento, pero entonces no estaba usted presente, de modo que alguien tuvo que contárselo… Le ruego que, por favor, vaya derecho al grano.

—¡Pero si estoy hablando precisamente de lo que pasó el domingo! —Piotr Stepanovich volvió a desbocarse—. Vamos a ver, ¿qué fui yo el domingo, según usted? Pues un hombre con prisa, una medianía, que de la forma más insolente hizo suya la conversación. Pero se me perdonó todo porque, en primer lugar, soy un hombre caído de la luna, por lo visto según dictamen general de la gente aquí; y en segundo lugar, porque conté una historia bonita y los saqué a todos ustedes de un atolladero. ¿No es así?

—Lo que más bien hizo usted fue contar la historia de modo que produjera incertidumbre en los oyentes y sugerir que entre usted y yo había cierta inteligencia y maquinación; cuando lo cierto es que no la ha habido y que yo a usted no le he pedido absolutamente nada.

—Precisamente, precisamente —asintió Piotr Stepanovich como entusiasmado—. Eso fue precisamente lo que hice para que se diera usted cuenta del intríngulis del asunto. Hice el payaso con la mira principal de atraparlo a usted y comprometerlo en mi causa. Lo que de veras quería saber era cuánto miedo tenía usted.

—Qué raro, qué raro, ¿por qué se muestra usted tan franco ahora?

—No se enoje, no se enoje, no eche usted chispas por los ojos… Pero sé que usted no es de los que echan chispas. ¿Le parece raro que sea ahora tan franco? Es que todo eso ha cambiado, ha concluido, ha pasado y está enterrado. Mi opinión de usted se ha modificado de pronto. El método antiguo ha llegado a su fin. De aquí en adelante no intentaré comprometerlo según el método antiguo, sino según el método nuevo.

—¿Y ahora? ¿Ha cambiado usted de táctica?

—No, de táctica no. Ahora se hará todo según lo que usted mande, esto es, puede decir sí o no, como mejor le parezca. Ésa es mi nueva táctica. De nuestra causa no haré mención alguna hasta que usted mismo lo ordene. ¿Se ríe usted? Buen provecho le haga. Yo también me río. Pero ahora hablo en serio, en serio, aunque quien habla tan deprisa carece, por supuesto, de dotes, ¿no es verdad? Pues bien, que carezca de ellas; da lo mismo. Pero hablo en serio, en serio.

Hablaba efectivamente en serio, en tono distinto del de antes y con agitación tan singular que Nikolai Vsevolodovich lo miró con curiosidad.

—Entonces, ¿dice usted que ha cambiado de opinión respecto de mí? —preguntó.

—Cambié de opinión respecto de usted en el momento en que después de lo de Shatov se llevó usted las manos a la espalda. Y basta, basta ya; no más preguntas, por favor, porque ahora no digo nada más.

Se puso de pie de un salto, gesticulando como para impedir nuevas preguntas. Pero como no las hubo y no tenía por qué irse, se dejó caer de nuevo en el sillón y se calmó un tanto.

—A propósito, y dicho sea entre paréntesis —rompió a palotear de nuevo—, aquí se rumorea que lo matará usted y sobre ello se han hecho apuestas, tanto así que Von Lembke pensó en poner a la policía sobre aviso, pero Iulia Mihailovna lo prohibió… Pero basta, basta ya de esto; sólo quería informarle. A propósito también: ese mismo día, ¿sabe?, mudé a los Lebiadkin al otro lado del río. ¿Recibió usted mi nota con la nueva dirección?

—La recibí a su debido tiempo.

—Eso no lo he hecho por «falta de dones», sino con sinceridad, para serle útil a

usted. Si hubo «falta», al menos hubo también sinceridad.

—Sí, claro que no importa. Puede que fuera necesario… —dijo Nikolai Vsevolodovich pensativo—. Pero no me mande más notas, se lo ruego.

—No hubo más remedio. No fue más que una.

—¿Entonces Liputin está al corriente?

—Lamentablemente no hubo más remedio. Pero usted sabe que Liputin no se atreverá… A propósito, convendría ir a ver a nuestra gente, mejor dicho, a la gente, no a la nuestra, porque si digo eso volverá usted a ponerme las peras a cuarto. Pero no se preocupe, no será en seguida, sino más adelante. Ahora está lloviendo. Yo les aviso, ellos se reúnen y nosotros pasamos por allí una de estas noches. Están esperando boquiabiertos, como crías de corneja en el nido, a ver qué regalo les traemos. Es gente febril. Han sacado los cuadernos y están preparados para el debate. Virginski es cosmopolita, Liputin un fourierista muy dado al trabajo policial, hombre valioso sin duda para ciertos menesteres, pero que requiere severa vigilancia en otros; y, por último, ése de las orejas largas, el que va a leer un trabajo sobre su propio sistema. Y, ¿sabe usted?, están ofendidos porque me muestro despreocupado con ellos y echo un jarro de agua fría sobre sus planes. ¡Je, je! Hay que reunirse con ellos.

—¿Es que les ha dado a entender que soy algo así como un cabecilla? —preguntó Nikolai Vsevolodovich con tono de suma indiferencia. Piotr Stepanovich le dirigió una mirada fugaz.

—A propósito —prosiguió éste como si no hubiera oído la pregunta y apresurándose a dar nuevo giro a la conversación—, he pasado a ver dos o tres veces a su respetada madre y me he visto obligado a decirle muchas cosas.

—Me lo imagino.

—No, no. No se imagina nada. Le he dicho sencillamente que usted no matará a nadie y otras cosas agradables de oír. Por cierto que al día siguiente del traslado de María Timofeyevna al otro lado del río, ya lo sabía. ¿Fue usted quien se lo dijo?

—No pensé en ello.

—Ya sabía yo que no fue usted. Pero, si no fue usted, ¿quién habrá sido? Es interesante.

—Liputin, por supuesto.

—No, no, Liputin no —murmuró Piotr Stepanovich frunciendo el ceño—. Ya me enteraré de quién ha sido. Más bien parece cosa de Shatov… En fin, nimiedades, dejemos eso ahora. Pero, aunque es enormemente importante… A propósito, esperaba que la madre de usted me hiciera de sopetón la pregunta principal… ¡Ah, sí! Al principio estaba siempre con la cara larga, pero hoy, de repente, cuando he llegado, era toda sonrisa. ¿A qué se debe eso?

—Eso se debe a que hoy le he dado mi palabra de que dentro de cinco días pediré la mano de Lizaveta Nikolayevna —declaró de pronto Nikolai Vsevolodovich con

franqueza inesperada.

—¡Ah, bueno, sí, por supuesto! —cacareó Piotr Stepanovich como confuso—. Por ahí corren rumores acerca del compromiso de matrimonio, ¿sabe usted? Es cierto, sin embargo. Pero tiene usted razón de pensar que basta que usted la llame para que deje al novio plantado ante el altar. ¿No se enojará usted conmigo por decir eso?

—No, no me he enojado.

—Vengo notando que es muy difícil enojarle hoy y ya empiezo a tenerle miedo. Tengo muchísima curiosidad por ver cómo se presenta usted en público mañana. Seguramente ha preparado toda clase de cosas. ¿No se enfada conmigo por decir eso?

Nikolai Vsevolodovich no respondió palabra, lo que esta vez irritó a Piotr Stepanovich.

—Entonces, ¿fue en serio lo que dijo a su madre acerca de Lizaveta Nikolayevna? —preguntó.

Nikolai Vsevolodovich clavó en él una mirada fría.

—¡Ah, entiendo, fue sólo para tranquilizarla, claro!

—¿Y si lo hubiera dicho de verdad? —preguntó Nikolai Vsevolodovich con firmeza.

—Bueno, pues que Dios bendiga la unión, como se dice en estos casos. No perjudicará a la causa (ya ve que no dije nuestra causa, puesto que la palabreja nuestra no es del gusto de usted), y en cuanto a mí…, ya sabe usted que estoy siempre a sus órdenes.

—¿Qué piensa usted?

—Yo no pienso nada, nada —se apresuró a decir riendo Piotr Stepanovich—, porque sé que usted considera de antemano sus propios asuntos y que todo lo que hace ha sido premeditado. Sólo quiero decir, y seriamente, que estoy a sus órdenes, siempre, dondequiera que sea y en cualesquiera circunstancias, ¿entiende usted?, en cualesquiera circunstancias.

Nikolai Vsevolodovich bostezó.

—Ahora noto que lo estoy aburriendo —Piotr Stepanovich se levantó de un salto, tomó un sombrero redondo recién estrenado y pareció que iba a marcharse, pero siguió allí, hablando sin parar, de pie, yendo y viniendo por la habitación, y en los momentos de más acaloramiento golpeándose la rodilla con el sombrero—. Pensaba que aún podría divertirle con cosas de los Von Lembke —dijo alegremente.

—No. Más tarde. Pero, de todos modos, ¿cómo está de salud Iulia Mihailovna?

—¡Pero qué maneras tan finas se gastan todos ustedes! A usted le tiene tan sin cuidado la salud de la señora como la de un gato gris, y, sin embargo, pregunta por ella. Eso me gusta, créame. Está bien de salud y lo adora a usted hasta la superstición; y, supersticiosamente, espera mucho de usted. Del incidente del domingo no dice palabra y tiene la seguridad de que se llevará usted la palma de la victoria con sólo

presentarse en público. De veras, se imagina que usted lo puede todo. Además, es usted ahora un personaje misterioso y romántico, más que nunca, lo que es una situación extraordinariamente ventajosa. Todos lo esperan con impaciencia increíble. Cuando me fui, ya estaba la cosa candente, pero ahora lo está todavía más. A propósito, gracias una vez más por la carta. Todos temen al conde K*. ¿Sabe que por lo visto aquí creen que usted es un espía? Yo les sigo la corriente. ¿No se enfada usted?

—Para nada.

—No importa mucho ya que a la larga será necesario. Aquí tienen su modo peculiar de hacer las cosas. Yo, por supuesto, lo apoyo. Iulia Mihailovna a la cabeza, Gaganov también… ¿Se ríe usted? Lo hago con táctica: digo sandeces y más sandeces, y de pronto suelto una frase inteligente, precisamente cuando todos ellos la buscan. Entonces me rodean y empiezo otra vez a decir sandeces. Entonces todos se encogen de hombros: «Tiene talento (dicen), pero ha caído de la luna». Lembke me invita a ingresar en el Servicio Civil y hacerme hombre de provecho. Y, ¿sabe usted?, lo trato horriblemente, es decir, que lo comprometo hasta el punto de que me mira de través. Iulia Mihailovna me ayuda en ello. Y, a propósito, sí, Gaganov le tiene a usted una tirria horrible. Ayer, en Duhovo, me contó algunas perrerías suyas. Yo le dije toda la verdad; mejor dicho, por supuesto no toda la verdad. Pasé todo el día con él en Duhovo. Una quinta espléndida y una casa hermosa.

—¿Es que está ahora en Duhovo? —preguntó Nikolai Vsevolodovich, casi levantándose con un fuerte movimiento hacia delante.

—No. Me ha traído de allí esta mañana. Hemos vuelto juntos —dijo Piotr Stepanovich como si no hubiera advertido la agitación momentánea de Nikolai Vsevolodovich—. ¡Anda, pues he tirado al suelo un libro! —y se agachó para recoger el tomo de lujo que había derribado—. *Las mujeres* de Balzac, con ilustraciones —dijo abriéndolo—. No lo he leído. Lembke también escribe novelas.

—¿De verdad? —preguntó Nikolai Vsevolodovich, que parecía interesarse.

—En ruso y a hurtadillas, por supuesto. Iulia Mihailovna lo sabe y lo consiente. Es un mentecato, pero con buenos modales. Toda esa gente sabe cómo comportarse. ¡Qué severidad! ¡Qué dominio de sí mismo! ¡Ojalá pudiéramos decir algo parecido de nosotros mismos!

—¿Es que ahora alaba usted a la Administración?

—¿Y porqué no? Es lo único que en Rusia es natural y funciona… Pero no, no —exclamó de pronto—, no quiero hablar de eso. De ese asunto delicado no quiero decir palabra. En fin, adiós. Tiene usted la cara verdosa.

—Es porque tengo fiebre.

—Y bien que puedo creerlo. Acuéstese, pues. A propósito, aquí en el distrito hay algunos miembros de la secta de los castrados. Gente curiosa… Pero de esto

hablaremos más tarde. Sin embargo, tengo una historieta más. Está ahora en el distrito un regimiento de infantería. El viernes por la noche estuve tomando unas copas con los oficiales. Tenemos tres amigos entre ellos, *vous comprenez*? Hablaban de ateísmo y, como es de suponer, mandaron a Dios de paseo. Daban alaridos de gozo. A propósito, Shatov asegura que para hacer la revolución en Rusia es menester empezar con el ateísmo. Quizá sea verdad. Un idiota de capitán que estaba allí sentado y no había dicho ni pío durante todo el rato se puso de pie inopinadamente en medio de la habitación y, ¿sabe usted?, con voz ronca, como hablando consigo mismo, dijo: «Si resulta que no hay Dios, ¿qué clase de capitán soy yo entonces?». Tomó su gorra, alzó los brazos y se marchó.

—Pues expresó un pensamiento bastante sensato —Nikolai Vsevolodovich bostezó por tercera vez.

—¿Sí? Yo no lo entendí así y quería preguntarle a usted. Bien, hay algo más todavía: la interesante fábrica de los Shpigulin. En ella, como usted sabe, hay quinientos obreros. Es un vivero de cólera. Hace quince años que no la limpian y no pagan a los trabajadores todo lo que se les debe. Los propietarios son millonarios. Le aseguro a usted que algunos de los obreros tienen idea clara de la *Internationale*. ¿Por qué se sonríe? Ya lo verá usted mismo: ¡Déme sólo un breve, un brevísimo plazo! Ya le he pedido a usted un plazo antes, ahora le pido otro y entonces…, ¡ah, claro, perdone! ¡No hablaré, no hablaré de eso, no se enfurruñe! Bueno, adiós. Pero ¡qué cabeza tengo! —dijo volviendo sobre sus pasos—. Olvidaba lo más importante. Acaban de decirme que ha llegado de Petersburgo nuestro baúl.

—¿De qué baúl me habla? —Nikolai Vsevolodovich lo miró sin comprender.

—¿De qué baúl va a ser? El baúl de usted con sus cosas: levitas, pantalones, ropa blanca. Ha llegado, ¿verdad?

—Ah, sí, algo me han dicho de eso.

—¡Ah, bien! ¿No será posible hacerme con él enseguida?

—Pregunte a Aleksei.

—Bueno, mañana. ¿Está bien mañana? Con las cosas de usted vienen también mi chaqueta, mi frac y tres pares de pantalones. De la Casa Charmére, por recomendación de usted, ¿recuerda?

—He oído decir que usted aquí se las da de caballero —dijo riendo Nikolai Vsevolodovich—. ¿Es verdad que quiere que el maestro de equitación le enseñe a montar a caballo?

Piotr Stepanovich se sonrió equívocamente.

—Oiga —repuso con singular rapidez y en voz algo temblorosa y ahogada—, oiga, Nikolai Vsevolodovich, dejémonos de comentarios personales de una vez para siempre, ¿no le parece? Usted, por supuesto, puede despreciarme cuanto quiera si eso lo divierte, pero de todos modos será mejor que se abstenga de comentarios

personales por ahora, ¿estamos?

—Bien. No lo haré más —afirmó Nikolai Vsevolodovich.

Piotr Stepanovich soltó una carcajada, se golpeó una rodilla con el sombrero, luego la otra y volvió a su aspecto de antes.

—Siempre están aquellos que me consideran rival de usted con respecto a Lizaveta Nikolayevna. Así, pues, ¿cómo no voy a esmerarme? —dijo riendo—. Pero ¿quién le viene a usted con esos cuentos? Hum. Son las ocho en punto. Hora de irme. Prometí pasar a ver a Varvara Petrovna, pero voy a dejarlo para otra vez. Usted se acuesta y mañana estará como nuevo. Ahí fuera está oscuro y lloviendo, pero tengo un coche de punto esperándome porque aquí no está uno muy seguro de noche… ¡Ah, sí, y muy a propósito! Por la ciudad y los alrededores merodea ahora un presidiario evadido de Siberia, un tal Fedka. Figúrese, es antiguo siervo mío. Papá lo mandó al ejército hace quince años y cobró la prima correspondiente. Persona muy notable.

—¿Y usted… ha hablado con él? —Nikolai Vsevolodovich levantó la vista hasta su interlocutor.

—Sí. De mí no se esconde. Es persona dispuesta a todo. A todo. Por dinero, claro. Pero, a su modo, también tiene convicciones, por supuesto. ¡Ah, sí! Otra vez a propósito: si hablaba usted antes en serio, es decir, con referencia a Lizaveta Nikolayevna, le repito que yo también soy persona dispuesta a todo, a cualquier cosa que usted diga, y que estoy enteramente a su disposición… ¿Qué es eso? ¿Agarra usted un bastón…? ¡Ah, no! No es un bastón… ¿Querrá creer que me pareció que buscaba usted un bastón?

Nikolai Vsevolodovich no buscaba nada ni decía nada, pero, en efecto, se había levantado un tanto súbitamente con expresión algo extraña en el semblante.

—Si necesita usted hacer algo respecto del señor Gaganov —dijo de improviso Piotr Stepanovich aludiendo al pisapapeles con un gesto de la cabeza—, puedo, obviamente, ayudarlo y arreglarlo. De todas maneras estoy seguro de que sin contar conmigo no podrá usted hacerlo.

Y se marchó sin esperar respuesta; pero después de salir volvió una vez más a meter la cabeza por la puerta.

—Le digo todo esto —lo dijo casi a los gritos— porque Shatov tampoco tenía derecho a arriesgar su vida el otro domingo cuando lo agredió a usted, ¿no lo cree usted? Me gustaría que pensara usted en esto.

Salió definitivamente y sin esperar respuesta.

4

Pensó que su visita y su salida intempestiva provocarían la ira de Nikolai Vsevolodovich, ya lo imaginaba pegándole a la pared con el puño cerrado y mucho habría disfrutado viéndolo desencajado, pero nada estaba más lejos de la realidad que su deseo. Nikolai Vsevolodovich permanecía tranquilo. Se quedó de pie junto a la mesa exactamente en la misma posición y así estuvo varios minutos hasta que una fría y lánguida sonrisa se dibujó en sus labios. Pausadamente se sentó en el extremo del sofá, en el mismo sitio en que se había sentado antes, y cerró los ojos agobiado de cansancio. Por debajo del portapapeles vio que asomaba la carta pero de modo alguno se preocupó por esconderla.

De pronto perdió la noción de dónde estaba. Varvara Petrovna, muy atormentada en aquellos días, no pudo contenerse, y ni bien Piotr Stepanovich se marchó sin saludarla, a pesar de haberlo prometido, se aventuró a visitar a Nikolai ella misma, aunque no era la hora acostumbrada. Esperaba, sin creerlo de veras, que él le dijera algo definitivo. Suavemente, igual que lo había hecho un rato antes, tocó a la puerta, y nuevamente la abrió aunque no había recibido respuesta. Viendo que Nikolai estaba sentado con inmovilidad poco común, se acercó cuidadosamente al sofá con el corazón a galope. Le parecía un tanto raro que se quedara dormido tan pronto y que pudiera dormir así, en postura tan rígida e inmóvil; más aún, apenas notaba su respiración. Su cara estaba pálida y rígida, parecía congelada; las cejas un poco separadas y fruncidas, indudablemente, surgía como una figura inanimada de cera. Varvara Petrovna estuvo de pie junto a él unos tres minutos, conteniendo el aliento y, de pronto, sintió espanto. Salió de puntillas, se detuvo en la puerta, le hizo la señal de la cruz y se alejó sin ser notada. Ahora, a su diaria pesadumbre se agregaba una nueva congoja.

Nikolai Vsevolodovich durmió más de una hora, manteniendo ese estado de letargo. No se alteró un solo músculo de su rostro ni en todo su cuerpo hubo indicio alguno de movimiento. Sus cejas se mantuvieron tan contraídas como antes. Si Varvara Petrovna se hubiera quedado tres minutos más, de seguro que no habría soportado la sensación opresiva que causaba esa inmovilidad letárgica y lo habría despertado. Pero de pronto abrió los ojos y, todavía sin moverse, siguió sentado diez minutos más, como si estuviese observando con tenaz curiosidad algún objeto que le llamaba la atención en un rincón del aposento, aunque allí no había nada nuevo que observar.

Al poco tiempo se oyó el sonido suave y profundo de un gran reloj de pared que daba la media hora. Con una punta de inquietud Nikolai Vsevolodovich dobló la cabeza para mirar la esfera, pero casi en ese mismo instante se abrió una puerta trasera que daba al pasillo y apareció el mayordomo, Aleksei Yegorovich. En una

mano cargaba un abrigo de invierno, una bufanda y un sombrero, y en la otra, una bandeja de plata con una nota.

—Son las nueve y media —anunció con voz suave. Y dejando la ropa en una silla del rincón, presentó la bandeja con la nota, un trocito de papel, sin sellar, con un par de renglones escritos a lápiz. Nikolai Vsevolodovich, a su vez, tomó un lápiz de la mesa, garrapateó dos palabras al pie de la nota y la volvió a poner en la bandeja.

—Entrégala en cuanto me vaya y ayúdame a vestirme —dijo levantándose del sofá.

Al darse cuenta de que llevaba una chaqueta ligera de terciopelo, pensó un momento y dijo al mayordomo que le trajera la levita que usaba para las visitas vespertinas de más ceremonia. Cuando estuvo vestido y se hubo encasquetado el sombrero, cerró con llave la puerta por la que había entrado Varvara Petrovna y, sacando de debajo del pisapapeles la carta que ocultaba, salió calladamente al pasillo en compañía de Aleksei Yegorovich. Pasó luego por una angosta escalera de piedra que conducía a la parte posterior de la casa, y por ella bajó al zaguán que daba salida directa al jardín. En un rincón del zaguán había un pequeño farol siempre dispuesto para la ocasión y un gran paraguas.

—La lluvia torrencial ha dejado las calles llenas de barro —insinuó Aleksei Yegorovich con la remota esperanza de disuadir a su amo por última vez de salir esa noche. Pero el amo, abriendo el paraguas, se ingresó sin decir palabra en el viejo jardín rezumante de agua y tan oscuro como la boca de un lobo. Gemía el viento y sacudía las copas de los árboles casi desnudos de hojas. Las estrechas veredas de arena estaban empapadas y resbaladizas. Aleksei Yegorovich salió como estaba, de frac y sin sombrero, alumbrando el camino con el farol tres pasos delante de su amo.

—¿Crees que nos verá alguien? —preguntó de pronto Nikolai Vsevolodovich.

—No desde las ventanas —repuso el mayordomo en voz baja y mesurada—. Por las dudas, todo ha sido preparado de antemano.

—¿Mi madre duerme?

—Sé que se ha retirado a sus habitaciones a las nueve en punto, según viene haciendo estos últimos días, ya no podría enterarse de nada. ¿Hasta qué hora desea el señor que le espere? —agregó atreviéndose a hacer una pregunta.

—Hasta la una o la una y media; no después de las dos.

—Bien, señor.

Cruzando todo el jardín por las veredas tortuosas que ambos conocían de memoria, llegaron a una tapia de piedra y al final de ella encontraron la portezuela que daba paso a una callejuela estrecha y desierta. La portezuela estaba casi siempre cerrada con llave, que ahora apareció en la mano de Aleksei Yegorovich.

—¿Chirriará la puerta? —preguntó otra vez Nikolai Vsevolodovich.

Pero Aleksei Yegorovich le hizo saber que la había engrasado la víspera y que

había vuelto a hacerlo «hoy mismo». Estaba ya calado hasta los huesos. Abrió la puerta y le dio la llave a su amo.

—Me atrevo a advertirle que, si el señor piensa alejarse mucho, tenga cuidado con la gente maleante de por aquí, sobre todo en las callejuelas desiertas y muy especialmente al otro lado del río —dijo una vez más sin poder contenerse. Era un viejo criado, antiguo consejero de Nikolai Vsevolodovich, a quien de niño había llevado en brazos, hombre grave y severo, que gustaba de escuchar relatos y leer libros.

—No te preocupes, Aleksei Yegorovich.

—Entonces que Dios le bendiga, señor, pero sólo en las buenas obras que haga.

—¿Cómo has dicho? —Nikolai Vsevolodovich, que ya había salido a la callejuela, se detuvo.

Aleksei Yegorovich repitió la frase con firmeza. Nunca antes habría osado decir a su amo tales palabras en voz alta.

Nikolai Vsevolodovich cerró la puerta, se metió la llave en el bolsillo y echó a andar por la callejuela, hundiéndose en el barro con cada paso que daba. Salió por fin a una calle pavimentada larga y desierta. Conocía la ciudad como la palma de su mano, pero la calle Bogoyavlenskaya quedaba todavía lejos. Eran ya más de las diez cuando al fin se detuvo ante el portillo cerrado de la valla que rodeaba la oscura casa de Filippov. La planta baja, con la ida de los Lebiadkin, había quedado ahora enteramente vacía. Las maderas de las ventanas estaban clavadas. Pero en el desván que ocupaba Shatov había luz. A falta de campanilla, Nikolai Vsevolodovich golpeó la puerta con la mano. Se abrió una claraboya y Shatov se asomó a la calle. La oscuridad era completa y era muy difícil tratar de ver algo. Durante más de un minuto, Shatov estuvo tratando de ver algo.

—¿Es usted? —preguntó de pronto.

—Sí, soy yo —respondió el visitante innominado.

Shatov cerró la ventana, bajó y abrió el portillo. Nikolai Vsevolodovich entró sin decir nada y caminó directamente hacia el ala derecha, el ala que ocupaba Kirillov.

5

En aquel lugar ninguna puerta llevaba llave; en aquel lugar nada estaba siquiera cerrado. El zaguán y los dos primeros cuartos estaban a oscuras, pero en el último cuarto, en el que vivía y tomaba té Kirillov, había luz y se oían risas y gritos. Nikolai Vsevolodovich fue a donde estaba esa luz, pero se detuvo en el umbral, sin entrar. Había té en la mesa. En medio de la habitación, de pie, estaba una vieja, pariente del dueño de casa, con la cabeza descubierta, un refajo por toda indumentaria, botas en los pies desnudos y un chaleco de piel de liebre. Llevaba en los brazos a un niño de año y medio, vestido apenas con una camisetilla, desnudas las piernas, coloradas las mejillas y el pelo revuelto, blanco de tan rubio, a quien acababa de levantar de la cuna. El niño, al parecer, había estado llorando momentos antes y en sus mejillas brillaban aún algunas lágrimas; pero ahora alargaba los brazos, daba palmadas y se reía a carcajadas como se ríen los niños pequeños, con un sollozo en la voz. Delante de él, Kirillov lanzaba desde el suelo una pelota grande de goma roja. La pelota llegaba hasta el techo, caía de nuevo y el niño gritaba: «¡Ota, ota!» y se la daba, el niño la tiraba con sus pequeñas manos inexpertas y Kirillov corría de nuevo a recogerla. Al cabo la «ota» rodó bajo el aparador. «¡Ota, ota!» gritó el niño. Kirillov se tendió en el suelo y se estiró a fin de rescatar la «ota» de debajo del aparador. Nikolai Vsevolodovich entró en el cuarto. Al verlo, el niño se agarró a la vieja y prorrumpió en largo llanto, por lo que ella se lo llevó de inmediato.

—¿Stavrogin? —preguntó Kirillov incorporándose del suelo con la pelota en las manos y sin mostrar la menor sorpresa ante la inesperada visita—. ¿Quiere usted té?

Ahora estaba de pie y derecho.

—Sí. No digo que no si está caliente —contestó Nikolai Vsevolodovich—. Estoy completamente humedecido.

—Muy caliente, incluso hirviendo —afirmó Kirillov satisfecho—. Siéntese. No importa si trae usted algo de barro. Luego pasaré un trapo por el suelo.

Nikolai Vsevolodovich tomó asiento y casi de un trago se bebió la taza que se le había servido.

—¿Un poco más?

—No, gracias.

Kirillov, que hasta entonces había permanecido de pie, se sentó frente al visitante y preguntó:

—¿Qué lo trae a usted hasta aquí?

—Un tema pendiente. Lea esta carta. Es de Gaganov. Recordará usted que ya le hablé de él en Petersburgo. Como usted sabe —empezó a explicar Nikolai Vsevolodovich—, tropecé con este Gaganov por primera vez en mi vida hará cosa de un mes en Petersburgo. Nos encontramos dos o tres veces pero siempre había gente

entre nosotros. Nunca nos presentaron y aunque tampoco me ha dirigido la palabra, ha encontrado de todos modos una ocasión para mostrarse extremadamente insolente conmigo. Ya le hablé a usted de ello entonces. Pero lo que usted no sabe es que, al marcharse de Petersburgo antes que yo, me mandó una carta, no como ésta, pero impertinente en alto grado y tanto más extraña cuanto que en ella no se daba la menor explicación de por qué me la mandaba. Yo le contesté a vuelta de correo diciéndole con franqueza que probablemente estaba enojado conmigo por el incidente con su padre cuatro años antes, aquí en el club, y que, por mi parte, estaba dispuesto a presentarle todas las excusas posibles, dado que mi acción no había sido intencionada y era resultado de una enfermedad. Le rogaba además que tomara eso en cuenta y que aceptara mis excusas. Pero él se marchó sin contestar: y he aquí que ahora me lo encuentro comido de rabia en este sitio. Me han contado algunos de los comentarios que ha hecho sobre mí en público. Son bastante ofensivos y contienen inesperadas acusaciones. En fin, además hoy ha llegado esta carta, una carta como seguramente nadie ha recibido antes, llena de improperios y con la frase «su abofeteada cara». Por eso he venido, y lo he hecho con la esperanza de que usted acepte ser mi segundo.

—¿Dice usted que nadie nunca ha recibido una carta semejante? —le preguntó Kirillov—. Es posible escribir de este modo en un momento de rabia. Ha ocurrido más de una vez. Pushkin escribió una carta así a Hekern. Pero bueno, iré. Dígame qué debo hacer.

Nikolai Vsevolodovich explicó que Kirillov debería ir al día siguiente y empezar repitiendo las excusas, incluso con la promesa de una segunda carta consignándolas, pero a condición de que Gaganov, por su parte, prometiera no escribir más cartas. De este modo, la carta recibida sería, a partir de ese momento, definitivamente olvidada.

—Creo que pide usted demasiadas concesiones. No aceptará —afirmó Kirillov.

—Lo que especialmente he venido a averiguar es si usted está dispuesto a comunicarle esas condiciones.

—Yo se las diré, pero… allá usted. No aceptará.

—Lo sé. Sé que no aceptará.

—Quiere batirse. Dígame cómo piensa usted batirse.

—Lo que sucede es que yo deseo que esto termine mañana sin falta, y para siempre. Usted debe ir a verlo a eso de las nueve de la mañana. Él lo escuchará y no aceptará, pero hará que se entreviste usted con su segundo… pongamos que hacia las once. Usted llega a un acuerdo con él, de tal modo que para la una o las dos de la tarde estemos todos en el lugar señalado. Por favor, procure arreglarlo así. El arma será la pistola, y le pido a usted encarecidamente que especifique que las barreras deberán estar a diez pasos una de otra. Usted situará a cada uno de nosotros a diez pasos de cada barrera y a la señal convenida nos acercamos uno a otro. Cada uno debe ir hasta su barrera, pero puede disparar antes conforme se aproxima a ella. Creo

que le he dicho todo.

—Diez pasos entre las barreras no es mucho —señaló Kirillov.

—Bueno, doce entonces, pero no más. Usted comprende que quiero batirme en serio. ¿Sabe usted cargar una pistola?

—Sí sé. Tengo pistolas. Daré mi palabra de que usted no ha disparado con ellas. Su segundo tendrá que dar la suya con respecto a las de él. Dos pares, y decidiremos a cara o cruz si se usarán las de ellos o las nuestras.

—Perfecto.

—¿Quiere usted ver las pistolas?

—Si fuera posible.

Kirillov se puso en cuclillas delante del baúl que tenía en un rincón. Todavía no lo había vaciado, sino que de él iba sacando cosas conforme las iba necesitando. Del fondo sacó un estuche de madera de palma forrado de terciopelo rojo y de éste extrajo un par de pistolas muy bonitas y de alto precio.

—Lo tengo todo: pólvora, balas, cartuchos. También tengo un revólver. Espere.

Volvió a rebuscar en el baúl y sacó otro estuche con un revólver americano de seis recámaras.

—Guarda usted bastantes armas y todas de mucho valor.

—Sí, de mucho valor. De muchísimo.

El pobre, el casi mendicante Kirillov —que, por otra parte, ni siquiera notaba su pobreza— mostraba ahora con jactancia evidente sus preciosas armas, sin duda adquiridas a costa de grandes sacrificios.

—¿Continúa usted con las mismas intenciones? —preguntó Stavrogin tras un minuto de silencio y con alguna cautela.

—Con las mismas —le respondió Kirillov lacónicamente, mostrando en su voz que había adivinado qué se le preguntaba y recogiendo sus armas de la mesa.

—¿Cuándo entonces? —preguntó de nuevo Nikolai Vsevolodovich con mayor cautela aún al cabo de un corto silencio.

Mientras tanto Kirillov había metido los dos estuches en el baúl y se había sentado en el sitio de antes.

—Usted sabe que eso no depende de mí. Cuando me lo digan —murmuró como algo turbado por la pregunta, pero con la evidente disposición a contestar a cualquier otra. Miraba a Stavrogin sin desviar de él los ojos, negros y sin brillo, con mirada tranquila, pero bondadosa y afable al mismo tiempo.

—Yo, por supuesto, comprendo el porqué de pegarse un tiro —empezó Nikolai Vsevolodovich después de un silencio de tres minutos y frunciendo un poco el ceño —. Yo también pensé en ello alguna vez, pero siempre vino a interponerse alguna nueva idea. Si comete uno una villanía o, más aún, algo vergonzoso, es decir, una estupidez, sólo que muy ruin y… ridícula, de la que la gente se acuerda mil años con

repugnancia, y de pronto piensa uno: «Un tiro en la sien y nada más». ¿Qué importa entonces lo que piensa la gente o si lo piensa con repugnancia o sin ella, no es verdad?

—¿Llama usted a eso una nueva idea? —preguntó pensativo Kirillov.

—No, yo… no llamo…, pero cuando la tuve en el pasado sentí que era una nueva idea.

—«¿Ha sentido una idea?» —dijo Kirillov—. Esto está bien. Hay muchas ideas que siempre y de pronto resultan nuevas. Eso es cierto. Yo ahora veo muchas cosas como por primera vez.

—Imaginemos que usted vive en la luna —interpuso Stavrogin sin escuchar y siguiendo el hilo de su pensamiento— y supongamos que allí ha hecho todas esas cosas ridículas y ruines… Usted sabe desde aquí que se estarán riendo allá y maldiciendo su nombre mil años, eternamente, en toda la luna. Pero está usted aquí y mira la luna desde aquí: ¿qué le importa a usted aquí todo lo que hizo allá ni que maldigan allá su nombre durante mil años? ¿No lo cree así?

—No sé —le respondió Kirillov—. Yo nunca he estado en la luna —agregó sin asomo de ironía, sólo para puntualizar los hechos.

—¿De quién es ese niño que estaba aquí?

—La suegra de la vieja ha venido de visita…, no, la nuera…, da igual. Por tres días. Está enferma en la cama con el niño. De noche llora mucho, cosa del estómago. La madre duerme y la vieja lo trae aquí. Yo lo divierto con la pelota. La pelota es de Hamburgo. La compré en Hamburgo para tirarla hacia arriba y agarrarla. Robustece la espalda.

—¿A usted le gustan los niños?

—Sí, me gustan —repuso Kirillov, pero con bastante indiferencia.

—Por lo tanto, ¿le gustará a usted la vida también?

—Sí, claro, también la vida. ¿Por qué?

—¿Pero no ha decidido pegarse un tiro?

—Pero eso no tiene nada que ver. ¿Por qué habría de juntar lo uno con lo otro? La vida es una cosa y eso es otra. La vida existe, pero la muerte no existe en absoluto.

—Entonces ¿usted cree en una futura vida eterna?

—No. No en una vida futura eterna, creo en una vida presente eterna. Hay momentos especiales, se llega a uno de esos momentos, de pronto se para el tiempo y se convierte en eternidad.

—¿Espera usted llegar a uno de esos momentos?

—Sí.

—Apenas es posible en nuestro tiempo —declaró Nikolai Vsevolodovich, también sin asomo de ironía, lenta y reflexivamente—. En el Apocalipsis, el ángel jura que ya no existirá el tiempo.

—Lo sé, lo sé. Lo que allá se dice es verdad. Exacto e inteligible. Cuando la humanidad entera alcance la felicidad no existirá el tiempo, porque ya no será necesario. Es un pensamiento muy verdadero.

—¿Dónde lo meterán?

—No lo meterán en ningún sitio. El tiempo no es un objeto, sino una idea. Desaparecerá de la mente.

—Los viejos lugares comunes de la filosofía. Han sido los mismos desde el principio de los siglos —murmuró Stavrogin en tono de desdeñosa lástima.

—¡Los mismos de siempre! ¡Los mismos desde el principio de los siglos y nunca habrá otros! —afirmó Kirillov con ojos brillantes, como ganando una batalla, como si tal idea fuera su victoria.

—Usted parece muy feliz, Kirillov.

—Sí, muy feliz —le contestó, como si estuviera dándole la más común de las respuestas.

—Pero no hace tanto tiempo que estaba usted desconsolado y enojado con Liputin, ¿no es cierto?

—Hum…, ya no sermoneo a nadie. Entonces no sabía todavía lo que era ser feliz. ¿Ha visto usted una hoja? ¿Una hoja caída de un árbol?

—Sí, la he visto.

—Hace poco vi una amarilla con un poco de verde todavía, ajada en los bordes. Arrancada por el viento. Cuando tenía diez años, cerraba a propósito los ojos en el invierno y me imaginaba una hoja, verde, luciente, con venas, y el sol brillaba. Abría los ojos y no lo creía, por lo hermoso que era. Y volvía a cerrarlos.

—¿Qué significa esto? ¿Es una alegoría?

—No, no lo es. ¿Por qué habría de serlo? No es una alegoría, sino una hoja, sólo una hoja. La hoja es buena. Todo es bueno.

—¿Todo?

—Todo. El hombre es infeliz porque no sabe que es feliz. Sólo por eso. ¡Eso es todo, todo! Quien llega a saberlo, llega a ser feliz en ese momento mismo. Esa suegra morirá, pero quedará la muchacha. Todo es bueno. Lo descubrí de pronto.

—Y si alguien muere de hambre o alguien insulta y deshonra a la muchacha, ¿eso es bueno?

—Lo es. Y si alguien se levanta la tapa de los sesos por la niña, eso también es bueno. Y si no se la levanta, también lo es. Todo es bueno, todo. Es bueno para todos los que saben que es bueno. Si supieran que sería bueno para ellos, sería bueno, y mientras no sepan que es bueno para ellos no será bueno. Ésa es mi idea, toda ella, y no hay ninguna otra.

—¿Cuándo llegó usted a saber que era tan feliz?

—Lo supe la semana pasada. El martes, no, mejor dicho, el miércoles, porque era

de noche y ya era miércoles.

—¿Y cómo lo supo?

—Ocurrió. No recuerdo bien. Daba vueltas por el cuarto…, no importa. Paré el reloj. Eran las tres menos veintitrés minutos de la madrugada.

—¿Una señal de que el tiempo debía detenerse?

Kirillov hizo un silencio.

—No son buenos —retomó de pronto el hilo— porque no saben que son buenos. Cuando lo sepan no violarán a la muchacha. Es necesario que sepan que son buenos y al momento todos lo serán. Todos; hasta el último.

—Ya que usted lo sabe, ¿será, por lo tanto, bueno?

—Lo soy.

—Debo decirle que en esto estoy de acuerdo —murmuró Stavrogin cejijunto.

—Aquel que enseñe que todos son buenos dará fin al mundo.

—Quien lo enseñó fue crucificado.

—Volverá y se llamará el Hombre-Dios.

—¿El Dios-Hombre?

—El Hombre-Dios. En eso hay una diferencia.

—¿Fue usted quien encendió la lamparilla ante la imagen?

—Sí, fui yo.

—Entonces ¿cree usted en Dios?

—A la vieja le gusta que la lámpara… y hoy no ha tenido tiempo —murmuró Kirillov.

—Y usted ¿todavía reza?

—Rezo, sí le rezo a todo. ¿Ve usted esa araña que se desliza por la pared? Pues la observo y le doy gracias por deslizarse.

Volvieron a brillarle los ojos. Siguió mirando fijamente a Stavrogin, con mirada firme y sostenida. Stavrogin, por su parte, lo observaba con la frente fruncida y una punta de repugnancia, pero sin el menor asomo de burla.

—Apuesto a que la próxima vez que venga creerá usted en Dios —agregó levantándose y cogiendo el sombrero.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Kirillov levantándose también.

—Si llega usted a saber que cree en Dios, creerá usted en Él. Pero como no sabe usted todavía que cree en Dios, pues no cree en Él —dijo Nikolai Vsevolodovich riendo.

—No, no es así —reflexionó Kirillov—. Usted tergiversa mi idea. Hace un chiste de tertulia. Recuerde lo que usted ha significado en mi vida, Stavrogin.

—Adiós, Kirillov.

—Vuelva de noche. ¿Cuándo?

—¿Es que se ha olvidado usted de lo de mañana?

—¡Ah, sí, lo había olvidado! No se preocupe, que no me despertaré tarde. A las nueve. Sé despertarme a la hora que quiero. Cuando me acuesto digo: «A las siete», y me despierto a las siete; «a las diez», y me despierto a las diez.

—Tiene usted dotes notables —dijo Nikolai Vsevolodovich mirando su rostro pálido.

—Le abriré el portillo.

—No se moleste. Se lo pediré a Shatov.

—¡Ah, claro, Shatov! Bueno, entonces, adiós.

6

Shatov vivía con la puerta de calle abierta, pero cuando Stavrogin entró el zaguán estaba completamente a oscuras y para encontrar la salida debió tantear la escalera que subía al desván. De pronto alguien arriba abrió una puerta y lo iluminó. Era Shatov, que si bien ni siquiera se asomó dejó que la luz de la lámpara guiara a Nikolai Vsevolodovich. Cuando éste se presentó en el umbral vio que Shatov lo estaba esperando parado en un rincón cerca de una mesa.

—¿Es ésta una visita de negocios? —preguntó desde el umbral.

—Pase y siéntese —le dijo Shatov—. Cierre la puerta. No, deje, yo mismo la cerraré.

Cerró la puerta con llave, volvió a la mesa y tomó asiento frente a Nikolai Vsevolodovich. Durante esa semana había adelgazado y ahora, además, tenía fiebre.

—Usted me ha atormentado —dijo casi susurrando y bajando los ojos—. ¿Por qué no vino?

—¿Estaba usted tan seguro de que vendría?

—Sí, pero quizás estaba delirando…, y quizás ahora también estoy delirando… Espere.

Se levantó y del más alto de los tres estantes que tenía con libros, de un extremo, tomó un objeto. Era un revólver.

—Una noche que estaba delirando creí que vendría usted a matarme y a la mañana siguiente temprano, con el último dinero que tenía, le compré un revólver a ese ganapán de Liamshin. No iba a dejarme matar así como así. Luego recobré el sentido… No tenía ni pólvora ni balas. Desde entonces ahí está en el estante. Espere…

Se levantó y se dispuso a abrir el tragaluz.

—No lo tire. ¿Para qué? —Nikolai Vsevolodovich le detuvo—. Vale dinero, y mañana la gente comentará que bajo la ventana de Shatov hay revólveres. Déjelo donde estaba. Así. Siéntese. Respóndame: ¿por qué parece disculparse de haber pensado que vendría a matarle? Yo, por mi parte, no vengo ahora a hacer las paces, sino a hablar de algo necesario. Pero en primer lugar dígame: ¿me agredió usted por los amoríos que tuve con su mujer?

—Usted sabe bien que no —Shatov bajó la vista de nuevo.

—¿O porque creyó en esos chismes absurdos sobre Daria Pavlovna?

—No. No. Claro que no. Eso es pura necedad. Mi hermana me dijo desde el principio mismo… —repuso Shatov con brusca impaciencia y casi pataleando.

—Entonces, adiviné y usted adivinó —prosiguió Stavrogin en tono tranquilo—. Tiene usted razón. María Timofeyevna Lebiadkina es mi esposa legítima, con la que me casé en Petersburgo hace cuatro años y medio. ¿Fue por ella por la que me

agredió usted?

Shatov, en el colmo del asombro, escuchaba en silencio.

—Lo adiviné pero no lo creía —murmuró al cabo, mirando de modo extraño a Stavrogin.

—Y me agredió usted.

Shatov enrojeció y murmuró casi incoherente:

—Lo hice por su caída…, lo hice por su mentira. No me acerqué a usted para castigarlo. Cuando me acerqué no sabía que iba a agredirlo… Lo hice porque usted había significado tanto en mi vida…, yo…

—Lo entiendo, ahórrese las palabras. Siento que tenga fiebre. Vengo por un asunto muy importante.

—Llevo esperándolo demasiado tiempo —dijo Shatov temblando en todos sus miembros y haciendo esfuerzos para levantarse—. Diga usted a qué viene y yo le diré… luego… —y volvió a sentarse.

—Por muchas razones y circunstancias estoy obligado a venir a esta hora para advertirle que es posible que lo maten.

Shatov lo miró con ojos desorbitados.

—Sé que puedo estar en peligro —dijo en tono mesurado—, pero usted…, ¿usted cómo lo sabe?

—Porque soy uno de ellos, como lo es usted; miembro de su sociedad, como usted.

—¿Usted… un miembro de la sociedad?

—Por el modo en que me mira, noto que usted habría esperado cualquier cosa de mí menos eso —dijo Nikolai Vsevolodovich apenas con una sonrisa—. Pero, permítame, ¿es que ya sabía usted que iban a atentar contra su vida?

—No, no lo había pensado. Y tampoco lo pienso ahora a pesar de sus palabras, aunque…, ¡aunque nadie puede estar seguro de lo que esos imbéciles pueden hacer! —gritó rabioso, dando un puñetazo en la mesa—. ¡No les tengo miedo! He roto con ellos. Ese sujeto ha venido cuatro veces a decirme que es posible…, pero —y miró fijamente a Stavrogin— ¿qué es lo que usted realmente sabe?

—No se preocupe, que no voy a traicionarlo —continuó Stavrogin con tono bastante frío y cara de hombre que sólo cumple con un deber—. ¿Quiere saber cómo lo sé? Sé que usted ingresó en la sociedad en el extranjero hará ya un par de años, bajo la antigua organización, justamente antes de su viaje a América, y al parecer inmediatamente después de nuestra última conversación, sobre la cual me escribió usted largo y tendido. A propósito, perdone que no le contestara por carta y que me limitara a…

—Mandarme dinero. Espere —lo interrumpió Shatov tirando de un cajón de la mesa y sacando un billete de brillantes colores de debajo de unos papales—. Aquí

tiene usted los cien rublos que me mandó. Si no hubiera sido por usted, allí habría muerto. No se los habría devuelto todavía si no hubiera sido por su madre. Me dio estos cien rublos hace diez meses por verme tan pobre después de mi enfermedad. Pero siga, por favor… —dijo jadeante.

—En América cambió usted de ideas y al volver a Suiza quiso darse de baja. No le objetaron nada, pero le mandaron que comprara a alguien aquí en Rusia una imprenta y que la conservara hasta el momento de su entrega a una persona que vendría a recogerla de parte de ellos. No conozco todos los detalles, pero en general así fueron los hechos, ¿no es cierto? Pero usted, en la esperanza, o bajo la condición, de que ésa sería la última demanda de esa gente y que después de ella lo dejarían completamente libre, aceptó hacerlo. Todo eso, poco más o menos, lo supe yo de ellos, y por mera casualidad. Pero he aquí lo que, por lo visto, todavía no sabe usted: esos señores no tienen la intención de soltarlo.

—¡Todo esto es una verdadera estupidez! —clamó Shatov—. Yo les dije con franqueza que estaba disconforme con todo lo que representaban. Estoy en mi derecho, derecho de conciencia y de pensamiento… Pero eso, eso no lo aguanto. No hay fuerza alguna que pueda…

—Espere, no grite —dijo Nikolai Vsevolodovich muy serio, conteniéndolo—. Ese Verhovenski es un tipejo que bien pudiera estar escuchándonos en este mismo momento, con sus propios oídos o con oídos ajenos, desde el mismísimo zaguán de usted. Hasta el borracho de Lebiadkin tiene la obligación de vigilarlo a usted, y quizás usted a él, ¿no es eso? Más vale que me diga si Verhovenski está o no de acuerdo con las razones que usted aduce.

—Está de acuerdo. Dijo que era posible y que yo tengo el derecho…

—Bueno, pues lo engaña. Sé que hasta Kirillov, que es apenas uno de ellos, les da informes acerca de usted. Y tienen muchos agentes, incluso algunos que ni siquiera saben que sirven a la sociedad. Siempre lo han vigilado a usted. Piotr Verhovenski ha venido aquí, entre otras cosas, para resolver en definitiva el caso de usted, para lo que tiene plenos poderes, a saber: liquidarlo en momento el oportuno como alguien que sabe mucho y puede delatarlos. Le repito que es la pura verdad. Y permítame agregar que por algún motivo están convencidos de que es usted un espía y de que si todavía no los ha delatado, pronto lo hará. ¿No es verdad?

Shatov torció el gesto al oír esa pregunta hecha en tono tan ordinario.

—Si fuera espía, ¿a quién iba a delatar? —preguntó irritado y sin contestar directamente—. ¡Déjeme en paz! —exclamó aferrándose a su idea original que lo preocupaba más que la noticia de su peligro de muerte—. Usted, usted, Stavrogin, ¿cómo ha podido emporcarse con esa necedad tan desvergonzada, tan fatua y lacayesca? ¡Usted, miembro de ese grupo! ¡Valiente hazaña para Nikolai Stavrogin! —exclamó casi desesperado. Hasta cruzó las manos en señal de que nada le causaba

tanto desmayo y amargura como ese descubrimiento.

—Perdóneme —dijo Nikolai Vsevolodovich con verdadero asombro—, usted, por lo visto, me mira como si yo fuera un sol y se mira a sí mismo como si fuera un insecto en comparación conmigo. Ya me di cuenta de eso por la carta que me escribió desde América.

—Usted sabe…, usted sabe… Bueno, lo mejor será dejar de hablar de mí. ¡Dejarlo por completo! —finalizó Shatov—. Si quiere usted decir algo de sí mismo, dígalo… ¡conteste a mi pregunta! —repitió acalorado.

—Claro, lo haré con gusto. Pregunta usted que cómo puedo yo meterme en esa cueva de ladrones. Después de la noticia que le he dado, estoy debidamente obligado a hablarle con franqueza del tema. Mire, en rigor no pertenezco en absoluto a esa sociedad, tampoco pertenecía antes y sé mejor que usted que tengo derecho a darles esquinazo porque nunca fui uno de ellos. Muy al contrario. Desde el primer momento les hice saber que no era camarada suyo y que si alguna vez los ayudaba lo haría por falta de cosa mejor en que ocuparme. Hasta cierto punto tomé parte en la reorganización de la sociedad según un nuevo plan. Y nada más. Pero ellos ahora lo han pensado mejor y han decidido entre sí que dejarme salir a mí también es peligroso y, al parecer, también estoy sentenciado.

—Oh, en ellos todo se resuelve con la pena de muerte y se hace según instrucciones formales, en documentos sellados y firmados por tres personas y media. ¿Y usted cree que lo llevarán a cabo?

—En parte tiene usted razón y en parte no —prosiguió Stavrogin con la misma indiferencia, incluso lánguidamente—. Sin duda hay en ello mucha fantasía, como sucede siempre en tales casos: un grupito exagera su tamaño e importancia. Diré más, y es que, en mi opinión, Piotr Verhovenski es el único miembro de la sociedad y que sólo por modestia dice que es simple agente de ella. Por otra parte, la idea fundamental no es más absurda que otras de la misma calaña. Tienen contactos con la *Internationale*. Tienen agentes en Rusia, incluso dan con un método bastante original…, pero por supuesto, sólo irónicamente. En cuanto a sus propósitos en esta localidad, el desarrollo de nuestra organización rusa es un asunto tan oscuro y casi siempre tan improvisado que, en realidad, pueden intentar cualquier cosa. Tenga en cuenta que Verhovenski es hombre terco.

—¡Es un insecto, un ignorante, un imbécil que no conoce ni entiende a Rusia! —gritó Shatov furioso.

—Usted lo conoce mal. Es verdad que, en general, esa gente sabe poco de Rusia, pero quizá sólo algo menos que usted y que yo. Además, Verhovenski es un entusiasta.

—¿Un entusiasta, Verhovenski?

—¡Oh, sí! Hay un punto en que deja de ser un payaso y se convierte en un…

demente. Ruego a usted que recuerde su propia frase: «¿Se da usted cuenta de lo poderoso que puede ser un hombre solo?». Por favor, no se ría, porque es muy capaz de apretar el gatillo. Están convencidos de que también yo soy un espía. De pura incapacidad para llevar adelante la cosa, todos ellos gustan de acusar a los demás de espionaje.

—Pero ¿no les temerá usted?

—No mucho… Pero lo de usted es otra cosa. Se lo he advertido para que lo tenga presente. A mi juicio, no tiene usted por qué ofenderse porque una pandilla de imbéciles ponga su vida en peligro. No se trata de que sean o no inteligentes. Han puesto la mano en personas de más campanillas que usted y que yo. Pero, anda, son las once y cuarto —miró el reloj y se levantó—. Quería hacerle una pregunta que nada tiene que ver con esto.

—¡Santo Dios! —exclamó Shatov levantándose impetuosamente a su vez.

—¿Qué quiere decir? —Nikolai Vsevolodovich lo miró inquisitivamente.

—¡Pregunte, haga su pregunta, hágala, por Dios! —repitió Shatov con indecible agitación—, pero a condición de que yo le haga otra de mi parte. Le ruego que me lo permita…, yo no puedo, ¡haga su pregunta!

Stavrogin, tras una breve pausa, dijo:

—Me he enterado de que usted ha tenido alguna influencia en María Timofeyevna y que a ella le agradaba verlo y oírlo, ¿no es así?

—Sí…, antes me oía… —Shatov respondió algo confuso.

—Tengo la intención de anunciar uno de estos días, aquí en la ciudad, mi casamiento con ella.

—Pero ¿es eso posible? —murmuró Shatov casi espantado.

—¿En qué sentido lo pregunta? No hay dificultades de ninguna clase. Los testigos del casamiento están aquí. La boda tuvo lugar en Petersburgo de manera legal y recatada. Y si no se ha revelado hasta ahora ha sido sólo porque los dos únicos testigos del casamiento, Kirillov y Piotr Verhovenski, sin contar al propio Lebiadkin (a quien ahora tengo el gusto de contar entre mis parientes), dieron entonces palabra de guardar silencio.

—Yo no me refería a eso… Habla usted de ello con tanta calma…, ¡pero siga! Diga, ¿no lo habrán obligado a usted a casarse a la fuerza?

—Por supuesto que no. Nadie me obligó a ello a la fuerza —Nikolai Vsevolodovich se sonrió ante la impetuosidad provocativa de Shatov.

—¿Y qué hay de cierto en lo que ella dice de una niña suya? —preguntó Shatov enfebrecido e incoherente.

—¿Habla de una niña suya? ¡Ah! No lo sabía. Ésta es la primera vez que lo oigo. No ha tenido una niña ni puede haberla tenido. María Timofeyevna es virgen.

—¡Ah! ¡Así lo pensaba yo! ¡Escuche!

—¿Qué hay, Shatov?

Shatov se cubrió la cara con las manos, se volvió de espaldas, pero de improviso agarró a Stavrogin de los hombros.

—¿Sabe usted…, sabe usted, al menos —gritó—, por qué ha hecho eso y por qué ha decidido darse ese castigo ahora?

—Su pregunta es inteligente y mordaz, pero yo también me propongo asombrarlo. Sí, creo saber por qué me casé entonces y por qué he decidido darme ahora ese «castigo», como usted lo llama.

—Terminemos con esto…, ya hablaremos más tarde. Hablemos de lo principal, de lo principal. Llevo dos años esperándolo.

—¿Sí?

—Lo he estado esperando demasiado tiempo y pensando continuamente en usted. Usted es el único que podría… Ya le escribí sobre eso desde América.

—La recuerdo muy bien, su larga carta.

—¿Acaso demasiado larga para ser leída en su totalidad? De acuerdo. Seis carillas. ¡Calle, calle! Dígame: ¿puede concederme diez minutos más, ahora mismo, en este mismo instante…? ¡Llevo esperándolo demasiado tiempo!

—Perdone. Le doy media hora, nada más, si eso le viene bien.

—Le exijo de todos modos —agregó Shatov furioso—, que cambie usted de tono. Tenga presente que exijo cuando debiera rogar… ¿Comprende usted lo que es exigir cuando se debe rogar?

—Lo que entiendo es que con ello se desentiende usted de todo lo común y corriente para alcanzar objetivos más elevados —Nikolai Vsevolodovich esbozó una ligera sonrisa—. Veo con pena que tiene usted fiebre.

—Pido que se me respete. ¡No! ¡Lo exijo! —exclamó Shatov—. No que se respete mi persona, sino que se me respete por otro motivo, sólo en esta ocasión, para decir algunas palabras…, somos dos seres que se han encontrado en el infinito… por última vez en el mundo. Deje ese tono y adopte un tono humano. Hable con voz humana aunque sólo sea una vez en su vida. No lo pido por mí, sino por usted. ¿Comprende que debiera perdonarme el puñetazo que le di aunque sea sólo por haberle dado ocasión de reconocer por sí mismo lo poderoso que es usted…? Vuelve usted a sonreírse con esa sonrisa desdeñosa y mundana. ¡Oh! ¿Cuándo entenderá usted? ¡Fuera el señorito! Comprenda que exijo eso, que lo exijo; ¡de lo contrario no hablaré por nada del mundo!

Su agitación llegó al delirio. Nikolai Vsevolodovich arrugó el entrecejo y pareció ponerse en guardia.

—Si voy a quedarme media hora —dijo Nikolai Vsevolodovich con tono grave y solemne—, cuando me es tan precioso el tiempo, créame que es porque estoy dispuesto a escucharlo con interés por lo menos… y con la seguridad de que voy a

enterarme de muchas novedades —agregó y tomó asiento.

—¡Siéntese! —gritó Shatov, que se sentó al mismo tiempo.

—Permítame, no obstante, recordarle —repitió Stavrogin— que estaba a punto de pedirle un gran favor con respecto a María Timofeyevna, un favor muy importante, por lo menos para ella…

—¿Cómo? —Shatov frunció el ceño como alguien a quien interrumpen en el momento más importante y que, aunque sigue mirando a su interlocutor, no consigue entender del todo su pregunta.

—No me ha dejado usted acabar —concluyó Nikolai Vsevolodovich sonriendo.

—¡Ah, pero eso no es nada! —Shatov hizo un gesto desdeñoso con la mano cuando al fin comprendió la queja de Stavrogin y pasó a exponer su tema principal.

—Usted —empezó en tono casi amenazante, avanzando el cuerpo, con ojos chispeantes y levantando el dedo índice de la mano derecha (evidentemente sin notar que lo estaba haciendo)—, ¿usted sabe cuál es ahora, en toda la tierra, el único pueblo «portador de Dios», destinado a regenerar y salvar al mundo en nombre de la vida y de la nueva palabra…? ¿Sabe usted cuál es ese pueblo y cuál es su nombre?

—A juzgar por su modo de expresarse, creo que debo concluir, y lo antes posible, que ese pueblo es el ruso…

—¡Ya está usted riéndose! ¡Ah, qué gente! —exclamó Shatov a punto de saltar de su asiento.

—¡Cálmese, se lo ruego! Todo lo contrario. Aunque en realidad esperaba algo por el estilo.

—¿Así que esperaba usted algo por el estilo? ¿Y no conoce usted mismo esas palabras?

—Sí, las conozco muy bien y ya veo hacia dónde va usted. Todo el parlamento de usted, incluso la expresión «pueblo portador de Dios», no es sino la continuación de nuestro coloquio de hace dos años en el extranjero, poco antes de su partida para América… Al menos, según recuerdo ahora.

—Ese parlamento no es mío, es absolutamente suyo y no la continuación de nuestro coloquio. Porque coloquio «nuestro» en realidad no hubo. Hubo un maestro que pronunciaba palabras importantes y un discípulo que acababa de levantarse de entre los muertos… Yo era ese discípulo y usted el maestro.

—Pero si nos ponemos a recordar, usted ingresó en esa sociedad inmediatamente después de oír mis palabras y sólo entonces se fue a América.

—Es verdad. Y de eso le escribí desde América. Le escribí de todo. Sí, no podía desprenderme al momento de cuanto había conocido desde niño, de aquello en que ponía todo el ardor de mis esperanzas y todas las lágrimas de mi odio… Cuesta trabajo cambiar de dioses. No le creí a usted entonces porque no quería creer. Y como último recurso me metí en esa cloaca inmunda… Pero prendió la semilla y creció. En

serio, dígamelo: ¿no leyó usted de cabo a rabo mi carta de América? ¡Ah! ¡Quizá ni siquiera la leyó!

—Leí tres carillas de ella, las dos primeras y la última, y además eché un vistazo a las de dentro. Pero tenía el propósito de…

—Bueno, no importa. Deje eso. ¡Al diablo con ello! —Shatov hizo un gesto de rechazo con la mano—. Si se arrepiente usted ahora de sus palabras de entonces acerca del pueblo, ¿cómo pudo pronunciarlas entonces…? Eso es lo que ahora me resulta intolerable.

—Es que tampoco bromeaba entonces. Tratando de convencerlo a usted, atendía más a mí mismo que a usted —dijo Stavrogin enigmáticamente.

—¡Que no bromeaba! En América me pasé tres meses tendido en la paja junto a un… desgraciado y por él me enteré de que al mismísimo tiempo que plantaba usted en mi espíritu idea de Dios y la patria…, en ese mismo tiempo, quizás incluso en esos mismos días, emponzoñaba usted el corazón de ese desgraciado, de ese maníaco Kirillov… Usted le llenó la cabeza de mentiras y calumnias y lo empujó al borde de la locura. Vaya a verlo ahora: ésa es su creación… Pero ya lo ha visto usted.

—En primer lugar, le advierto que hace un rato el propio Kirillov me dijo que es feliz y que es muy bueno. La suposición de usted de que todo eso ocurrió al mismo tiempo es casi cierta, pero ¿y qué? Repito que no engañaba a ninguno de los dos.

—¿Usted es ateo? ¿Ateo ahora?

—Sí.

—¿Y entonces?

—También lo era, igual que ahora.

—No fue para mí para quien pedí respeto al principio de nuestra conversación. Con lo inteligente que es usted lo habrá comprendido —murmuró Shatov indignado.

—Y, por mi parte, yo no me levanté ante la primera palabra que usted dijo, ni di por terminada la conversación, ni tomé la puerta, sino que aquí sigo sentado, respondiendo mansamente a sus preguntas y… gritos. Así, pues, no le he perdido todavía el respeto.

Shatov lo interrumpió con un gesto de la mano:

—¿Se acuerda usted de la expresión que usó? «Un ateo no puede ser ruso; un ateo, por el hecho mismo de serlo, deja de ser ruso». ¿Se acuerda usted de eso?

—¿Por qué? —Nikolai Vsevolodovich preguntó a su vez.

—¿Lo recuerda? ¿O lo ha olvidado? Sin embargo, ése es uno de los dictámenes más exactos, sobre uno de los rasgos más salientes del espíritu ruso, que ha adivinado usted. ¿Cómo puede haberlo olvidado? Le recordaré otra cosa que dijo entonces: «Si uno no pertenece a la Iglesia Ortodoxa no puede ser ruso».

—Supongo que ésa es una idea eslavófila.

—No. Los eslavófilos de ahora la repudian. Ahora el pueblo es más listo. Pero

usted iba todavía más lejos. Usted creía que el catolicismo romano ya no era cristianismo. Usted afirmaba que Roma proclamaba un Cristo que había caído en la tercera tentación de Satanás y que, después de anunciar al mundo entero que Cristo no podría sobrevivir sin un reino terrenal, el catolicismo había proclamado así al Anticristo y destruido con ello a todo el mundo de Occidente. Usted incluso declaraba que si Francia atravesaba una época de penalidades, la culpa la tenía la Iglesia Católica por haber rechazado al inicuo Dios de Roma y no haber encontrado otro. ¡Eso era lo que podía usted decir entonces! Recuerdo nuestras conversaciones.

—Si fuera creyente, ahora diría, sin duda, lo mismo. No mentía, hablando como un creyente —dijo Nikolai Vsevolodovich en tono muy grave—. Pero le aseguro que esta repetición de mis antiguas ideas me produce una impresión muy desagradable. ¿No puede dejar de hablar de eso?

—¿Si fuera usted creyente? —gritó Shatov sin hacer maldito caso del ruego—. Pero ¿no me decía usted que si le demostrasen matemáticamente que la verdad está fuera de Cristo, preferiría usted quedarse con Cristo a quedarse con la verdad? ¿No decía usted eso? ¿No lo decía?

—Permítame hacerle por mi parte otra pregunta —dijo Stavrogin levantando la voz—. ¿A qué viene este interrogatorio impaciente y… desabrido?

—Sepa que este interrogatorio acabará para siempre y nunca más se lo recordaré.

—Usted sigue insistiendo en que estamos fuera del espacio y el tiempo…

—¡Basta, cállese! —gritó Shatov de pronto—. Soy tonto y desmañado, pero ¡que mi nombre perezca en el ridículo! ¿Me permite repetir ante usted lo principal de su pensamiento de entonces…? ¡Oh, sólo diez renglones! ¡Nada más que la conclusión!

—Repítalo, sólo si es la conclusión…

Stavrogin hizo como si quisiera mirar el reloj, pero se contuvo y no lo miró.

Shatov volvió a inclinarse hacia delante y durante un instante levantó de nuevo el índice.

—No hay un solo pueblo —empezó como si leyera de corrido, a la vez que seguía mirando con aire amenazante a Stavrogin—, no hay un solo pueblo que haya organizado su vida según los principios de la razón y la ciencia. No ha habido nunca un ejemplo de ello, o quizá sólo durante un momento y eso por estupidez. El socialismo, por su índole misma, tiene que ser ateísmo, puesto que proclama desde el primer momento que es una institución atea y que trata de organizarse exclusivamente según los principios de la ciencia y la razón. Ahora bien, en la vida de los pueblos, la ciencia y la razón han cumplido un menester tan secundario como auxiliar; y lo seguirán cumpliendo por los siglos de los siglos. Los pueblos se forman y mueven por otro género de fuerza que los conduce y rige, cuyo origen es desconocido e inexplicable. Esa fuerza es la del anhelo infatigable de llegar hasta el fin, al mismo tiempo que niegan que haya un fin. Es el espíritu de la vida, o, como

dice la Escritura, «los ríos de agua viva» con cuya posibilidad de secarse nos intimida el Apocalipsis. Es un principio estético, como dicen los filósofos, un principio ético con el cual lo identifican. La «búsqueda de Dios», como yo lo llamo de modo más sencillo. La meta de todo movimiento popular, en cualquier pueblo y momento de su existencia, es únicamente la búsqueda de Dios, de su Dios, del suyo propio, y de la fe en él como único verdadero. Dios es la personalidad sintética de todo un pueblo, considerada desde el principio hasta el fin. Nunca se ha dado el caso de que todos los pueblos, o muchos de ellos, tengan un solo Dios común, sino que siempre ha tenido cada uno el suyo. Cuando los dioses comienzan a ser comunes, ocurre la primera señal de descomposición de la nacionalidad. Cuanto más poderoso es un pueblo, más individual debe ser su dios. No hay pueblo sin religión, es decir, sin noción del bien y del mal. Ahora, cuando entre muchos pueblos surgen nociones comunes del bien y del mal, esos pueblos mueren, y hasta la misma diferencia entre el bien y el mal comienza a desdibujarse y termina desapareciendo. Nunca ha podido la razón definir el bien y el mal, ni distinguir siquiera aproximadamente el bien del mal; al contrario, los ha mezclado de manera vergonzosa y lamentable. La ciencia sin embargo no ha dado sino soluciones basadas en la fuerza bruta. En ello ha descollado en particular la semiciencia, el más terrible azote de la humanidad, peor que cualquier peste, peor que el hambre y la guerra. La semiciencia es un déspota de una fauna jamás vista hasta ahora, un déspota que tiene sus sacerdotes y sus esclavos, un déspota ante quien todos hincan la frente con amor y temor supersticioso inconcebibles hasta ahora, y ante quien tiembla y se rinde vergonzosamente la ciencia misma. Éstas son las mismísimas palabras de usted, Stavrogin, salvo las referentes a la semiciencia. Ésas son mías, porque yo no tengo más que semiciencia y, por lo tanto, le tengo un odio especial. Además, no he cambiado ni una sola de sus palabras y tampoco ni una sola de sus ideas.

—No lo creo —observó Stavrogin con reserva—. Usted las aceptó y las alteró con la misma pasión y no se ha dado cuenta de ello. El simple hecho de que reduce usted a Dios a simple atributo de la nacionalidad…

De pronto concentró en Shatov una atención especial y sostenida, y no sólo en sus palabras, sino en él mismo.

—¿Me dice usted que yo reduzco a Dios a un atributo de la nacionalidad? —exclamó Shatov—. Al contrario, levanto el pueblo hasta Dios. ¿Es que no ha sido siempre así? El pueblo es el cuerpo de Dios. Un pueblo es pueblo sólo mientras tiene su propio Dios individual y excluye a todos los demás dioses del mundo, sin admitir reconciliación alguna; mientras cree que su Dios vencerá y expulsará del mundo a todos los demás dioses. Así han creído todos los pueblos desde el principio de los siglos, todos los grandes pueblos al menos, todos los que se han destacado por algo, todos los que se han mantenido a la cabeza de la humanidad. No vale la pena ir en

contra de los hechos. Los judíos vivieron sólo para esperar al verdadero Dios y legaron al mundo al verdadero Dios. Los griegos divinizaron la naturaleza y dejaron al mundo su religión, esto es, la filosofía y el arte. Roma divinizó al pueblo en el Estado y legó el Estado a los pueblos. Francia, en el curso de su larga historia, fue sólo encarnación y desarrollo de la idea del Dios de Roma, y si acabó por lanzar al abismo a su Dios romano y abrazó el ateísmo, que ahora llaman socialismo, fue sólo porque, a fin de cuentas, el ateísmo es más sano que el catolicismo romano. Si un gran pueblo no cree que la verdad está sólo en él (esto es, sola y exclusivamente en él), si no cree que es el único con la capacidad y misión de resucitar y regenerar a todos por medio de su verdad, se convierte al punto en simple material etnográfico y deja de ser un gran pueblo. Un pueblo de veras grande no puede resignarse a desempeñar un papel de segundo orden en la humanidad, ni siquiera de primer orden, sino sola y exclusivamente el primer papel. Cuando el pueblo pierde esa fe deja ya de ser pueblo. Pero como la verdad es una y, por lo tanto, sólo uno de los pueblos puede tener al Dios verdadero, aun si los demás tienen sus propios dioses, grandes e individuales. El único pueblo «portador de Dios» es el pueblo ruso, y…, y… ¿me tiene usted, Stavrogin, por un tonto tan prudente —de pronto se revolvió con furia— que ni siquiera sé si mis palabras de ahora son los consabidos e insulsos lugares comunes que se trasiegan en los círculos eslavófilos de Moscú, o son, por el contrario, una palabra nueva, la última palabra, la única palabra que lleva a la regeneración y la salvación y…, y…? ¡Qué me importa que se ría usted ahora! ¡Nada me importa que usted no comprenda ni una palabra, ni un sonido…! ¡Oh, cómo detesto su mirada y su sonrisa!

Y de un salto se levantó cargando espuma en sus labios.

—Todo lo contrario, Shatov —dijo Stavrogin en tono moderado, sin levantarse de su asiento—. Al contrario. Ha despertado usted en mí con sus palabras ardientes recuerdos muy subyugantes. En esas palabras reconozco mi modo de pensar de hace dos años, y no diré ahora, como he dicho antes, que exageraba usted mis ideas de entonces. Me parece que eran todavía más excluyentes, incluso más absolutas. Y le aseguro por tercera vez que desearía confirmar todo lo que acaba de decir, hasta la última palabra, pero…

—Pero necesita usted una liebre.

—No entiendo, ¿qué quiere decir con eso?

—A usted le pertenece esa expresión repugnante —Shatov se sonrió maliciosamente y se volvió a sentar—. «Para guisar una liebre, primero hay que tener una liebre; para creer en Dios, primero hay que tener un Dios». Dicen que ésa era una de las frases preferidas de usted en Petersburgo. Como Novodriov, que quería atrapar a una liebre por las patas traseras.

—No, ése se jactaba de haberla atrapado. A propósito, permítame que por mi

parte le haga una pregunta, a la que creo que ahora tengo pleno derecho. Dígame: ¿ha atrapado ya su liebre o sigue corriendo?

—¡No se atreva a preguntármelo así! ¡Pregúntemelo de otro modo, con otras palabras! —dijo Shatov todo tembloroso.

—Perdón. Con otras —Nikolai Vsevolodovich lo miró severamente—. Quería saber si usted cree o no en Dios.

—Creo en Rusia, creo en la Iglesia Ortodoxa… Creo en el cuerpo de Cristo… Creo que el nuevo advenimiento tendrá lugar en Rusia… Creo… —Shatov murmuró con frenesí.

—Pero ¿en Dios? ¿En Dios?

En el rostro de Stavrogin no se alteró un solo músculo. Shatov fijaba en él los ojos apasionadamente, con mirada retadora, como si quisiera quemarlo con ella.

—¡Ya ve usted que no le he dicho que no creo! —exclamó al fin—. Sólo le he dado a entender que de momento no soy más que un libro infeliz y aburrido; de momento… ¡Pero dejemos mi nombre en paz! No se trata de mí, sino de usted… Yo soy sólo un hombre sin talento, que puede dar su sangre y nada más, como cualquier hombre sin talento. Llevo esperando aquí dos años… y desde hace media hora estoy bailando desnudo delante de usted. ¡Usted, sólo usted podría levantar ese estandarte…!

Sin terminar la frase y desesperado, puso los codos en la mesa y apoyó la cabeza en ambas manos.

—Quiero destacar algo con referencia a eso —interrumpió Stavrogin—. ¿Por qué el mundo se empeña en que sea yo quien lleve un estandarte? Piotr Stepanovich también está convencido de que yo podría «levantar el estandarte» de ellos, al menos ésas me han dicho que fueron sus palabras. Se le ha metido en la cabeza que puedo hacer en provecho de ellos el papel de un Stenka Razin por mi «extraordinaria aptitud para el crimen». Ésas son también sus palabras.

—¿Cómo? —preguntó Shatov—. ¿Por una «extraordinaria aptitud para el crimen»?

—Exactamente.

—Hum. ¿Es eso cierto? —preguntó Shatov con una mueca maligna—, ¿es verdad que en Petersburgo perteneció usted a una sociedad secreta que practicaba una sensualidad bestial? ¿Es verdad que el marqués de Sade bien podría haber aprendido de usted? ¿Es verdad que engatusaba y pervertía niños? ¡Hable, y ahora no se atreva a mentir! —gritó casi fuera de sí—. ¡Nikolai Stavrogin no puede mentir delante de Shatov, que le ha dado un puñetazo en la cara! ¡Dígalo todo, y si es verdad, lo mato a usted ahora y aquí mismo!

—Sí, he dicho eso, pero no he pervertido a ningún niño —respondió Stavrogin, aunque sólo después de una pausa bastante larga. Palideció y sus ojos fulguraron.

—¡Pero lo dijo usted! —prosiguió Shatov imperiosamente, sin apartar de él su mirada ardiente—. ¿Es cierto que aseguraba usted que no veía diferencia en cuanto a belleza entre un acto voluptuoso y brutal y una hazaña heroica cualquiera, aunque fuera el sacrificio de una vida en bien de la humanidad? ¿Es cierto que hallaba usted igual belleza e igual placer en ambos extremos?

—No puedo contestar eso, es imposible… No quiero contestar —murmuró Stavrogin, que bien habría podido levantarse e irse, aunque ni se levantó ni se fue.

—Yo tampoco sé por qué el mal es ruin y es bello el bien, pero sí sé por qué el sentido de esa distinción se debilita y desaparece en caballeros como Stavrogin —Shatov seguía temblando—. ¿Sabe usted por qué se casó entonces de forma tan vergonzosa y repugnante? ¡Pues porque lo vergonzoso y absurdo de ese casamiento llegaron a la genialidad! ¡Usted no hizo equilibrios al borde de ningún abismo! ¡Simplemente se lanzó de cabeza en él! Se casó por su afán apasionado de crueldad, por su amor a los remordimientos de conciencia, por perversidad moral. Fue un ataque de histeria… ¡El reto a la sensatez era demasiado tentador! Cuando le mordió usted la oreja al gobernador, ¿sintió un escalofrío sensual? ¿Lo sintió? ¿Lo sintió usted, inepto hijo de un caballero?

—Entonces usted es psicólogo —Stavrogin se puso aún más pálido—, aunque se equivoca usted en parte respecto de las causas de mi casamiento… Pero ¿quién habrá podido procurarle todos estos informes? —dijo con sonrisa forzada—. ¿No será acaso Kirillov? Aunque él no tomó parte…

—¿Por qué se pone pálido?

—Pero, vamos a ver, ¿qué es lo que realmente usted quiere? —Por fin Nikolai Vsevolodovich levantó la voz—. Hace media hora que estoy bajo su látigo, y podría usted por lo menos despedirme con cortesía… si, en efecto, no tiene motivo racional de portarse conmigo de este modo.

—¿De qué motivo racional me habla?

—Sin duda, tiene usted por lo menos la obligación de explicarme por fin cuál es su motivo. Yo esperaba ver lo que haría usted, pero no he visto más que un frenético despecho. Ahora le ruego que me abra el portón de la valla —se levantó de la silla. Shatov se lanzó tras él con furia.

—¡Bese la tierra, riéguela con sus lágrimas, pida perdón! —gritó agarrándole del hombro.

—Sin embargo, no lo maté a usted… la otra mañana… y crucé las manos a la espalda… —dijo Stavrogin casi con dolor y bajando la vista.

—¡Vamos, dígame todo lo que tiene que decirme! ¡Ha venido usted a avisarme que estoy en peligro, me ha dejado usted hablar, y mañana quiere usted anunciar públicamente su casamiento…! ¿Acaso no veo por su cara que ahora lo domina a usted otra idea amenazadora…? Stavrogin, ¿por qué estoy condenado a creer en usted

por los siglos de los siglos? ¿Podría yo hablar así con otra persona? Soy hombre en extremo pudoroso y sin embargo no me he avergonzado de mi desnudez porque hablaba con Stavrogin. No he sentido empacho en caricaturizar una idea grande con sólo tocarla porque Stavrogin me escuchaba… ¿Es que no besaré las huellas de sus pies cuando se marche? ¡No puedo arrancarlo de mi corazón, Stavrogin!

—Lamento no poder estimarlo, Shatov —respondió fríamente Nikolai Vsevolodovich.

—Sé que no puede y sé que no miente. Escuche. Puedo arreglarlo todo. ¡Le conseguiré una liebre!

Stavrogin se quedó callado.

—Usted es ateo, porque es un señorito consentido, el último hijo de un hidalgo. Ya ha perdido la distinción entre el mal y el bien porque desconoce a su pueblo. Llega una nueva generación, salida directamente del corazón del pueblo, y ni usted, ni los Verhovenski, padre e hijo, ni yo la conoceremos…, ni yo tampoco, porque yo soy también un señorito, hijo de su siervo y ayuda de cámara Pazca… Escuche: llegue a Dios mediante el trabajo; todo está en eso. De lo contrario, desaparecerá usted como escarcha maloliente. Llegue a Él mediante el trabajo.

—¿Que llegue a Dios mediante el trabajo? ¿Qué clase de trabajo?

—El de campesino. Vaya, abandone sus riquezas… ¿Ah, ahora se ríe? ¡Cree que puede ser sólo un truco!

Pero Stavrogin no se reía.

—¿Usted cree que se puede llegar a Dios mediante el trabajo, especialmente a través del trabajo de los campesinos? —preguntó como si hubiera hallado, en efecto, algo nuevo y serio que valía la pena considerar—. Ahora bien —dijo pasando a otra idea—, usted me recuerda algo: ¿sabe usted que no soy rico, que no tengo nada que abandonar? Y que apenas tengo con qué asegurar el porvenir de María Timofeyevna… Otra cosa: he venido a rogarle que en adelante, si le es posible, no deje de ver a María Timofeyevna, pues usted es el único que puede influir algo en su pobre juicio… Lo digo por si acaso sucediera algo.

—Bueno, bueno, veo que continúa pensando en María Timofeyevna —Shatov asintió con un gesto de la mano. En la otra tenía una bujía—. Bueno, más tarde, por supuesto… Escuche: vaya a ver a Tihon.

—¿A quién?

—A Tihon. Quien fuera obispo y que ahora vive retirado por enfermedad en el monasterio Efimevski Bogorodski.

—Pero…

—Si la gente va a verle, vaya usted también. ¿Por qué no?

—Es la primera vez que oigo hablar de él y… nunca he visto a esa clase de gente. Iré, gracias.

—Pase por acá —Shatov alumbró la escalera—. Ya estamos —dijo mientras abría el portón.

—No volveré a verlo, Shatov —dijo Stavrogin con voz muda al salir.

Sólo había oscuridad y lluvia.

SEGUNDO CAPÍTULO:
Noche
(continuación)

1

Caminó entre el barro resbaladizo por la pendiente de la calle Bogoyavlenskaya que terminaba en el brumoso y solitario río. Allí, las casas apenas eran tugurios y el camino continuaba en un ovillo de anómalas callejuelas. Durante un momento Nikolai Vsevolodovich estuvo entre las vallas, cerca de la orilla manteniendo el camino y casi sin pensar en él. Otro era el pensamiento que lo abstraía. Finalmente volvió en sí y vio que estaba casi suspendido en medio del largo y húmedo puente de las barcazas. Si bien no se encontró con nadie, no dejaba de oír una voz familiarmente amable y cándida, con un acento rítmico y dulce como las que suelen usar los comerciantes refinados o los jóvenes de pelo rizado que trabajan en las tiendas del Gostiny Dvor.

—Disculpe, caballero, ¿me permite compartir su paraguas?

De pronto alguien se deslizó y, ahora, un hombre andrajoso iba junto a él, casi «hombro con hombro», como dicen los soldados. Nikolai Vsevolodovich aminoró el paso y se inclinó para ver de quién se trataba, tanto como le permitió la oscuridad. Notó que era un hombre bajo, con aire de artesano dispuesto a irse de fiesta. Iba vestido con ropa ligera y raída. Usaba una gorra de algodón sobre su melena ensortijada, su gorro chorreaba agua y tenía la visera medio arrancada. Era de tez morena, fuerte y musculoso, de pelo muy oscuro y con grandes ojos negros, de brillo pronunciado y con un tinte amarillo como los de los gitanos. Quizá ya tenía cuarenta años y no estaba ebrio.

—¿Me conoces? —preguntó Nikolai Vsevolodovich.

—El señor Stavrogin, Nikolai Vsevolodovich. El domingo antepasado me lo señalaron a usted en la estación en cuanto paró el tren. Además, ya había oído hablar antes de usted, señor.

—¿De Piotr Stepanovich? ¿Tú eres Fedka el presidiario?

—De nombre de pila Fiodor Fiodorovich. Por aquí vive aún mi madre, señor. Es una mujer muy vieja, cada día más encorvada. No deja de rezar por mí, reza día y noche. Mejor, así no pierde el tiempo, como es vieja… ¿no es cierto?, siempre está sentada en la estufa.

—¿Te has escapado de presidio?

—He cambiado de ocupación, sí señor. Tuve que echar por alto los libros, las campanas y todas las cosas de iglesia porque fui condenado a cadena perpetua y habría tenido que aguardar mucho tiempo para cumplir la condena, señor.

—¿Y qué es lo que haces?

—Mato el tiempo como se puede, señor. Mi tío la semana pasada murió en la cárcel de aquí, donde lo tenían preso por hacer billetes falsos. Para poder hacerle un velatorio les he estado tirando docenas de piedras a los perros. Así es todo, señor.

Además, Piotr Stepanovich me ha prometido un pasaporte, esos pasaportes que usan los comerciantes, para viajar por toda Rusia. Así que acá estoy esperando a que le den las ganas de dármelo. Y usted, señor, ¿podría darme tres rublos para que pueda tomar algo que me caliente?

—Eso quiere decir que me has estado esperando aquí. Eso no me gusta. ¿Quién te ha mandado?

—En lo de mandarme, no me ha mandado nadie. Como puede ver, casi estoy en las últimas. El viernes pasado llené el buche con masa de tortas; pero desde entonces no comí un día, esperaba comer el siguiente y el tercero ayuné. En cuanto a la bebida, el río viene lleno de agua, pero ya he tomado tanta que tengo la barriga como un estanque… ¿Podría por caridad darme alguna cosilla? Tengo una comadre que me está esperando cerca de aquí, pero no puedo asomar la jeta por su casa si no llevo algún dinerillo.

—¿Qué fue lo que Piotr Stepanovich te prometió de mí?

—No es que me prometiera nada, señor, pero dijo casi como suena que bien podría ocurrir que pudiera servirle a usted en algo si se presentase la ocasión. Pero no me dijo a punto fijo en qué, señor, porque Piotr Stepanovich quiere ver, a lo que parece, si tengo la paciencia de un cosaco y no se fía de mí ni tanto así.

—¿Por qué?

—Porque Piotr Stepanovich es un astrólogo, señor, y se conoce al dedillo todos los planetas del cielo, pero él también mete la pata como cualquier hijo de vecino. A usted, señor, le estoy diciendo la verdad como si fuera el mismísimo Dios. ¿Sabe por qué? Porque he oído hablar mucho de usted. Piotr Stepanovich es una cosa y usted, señor, es otra muy diferente, harina de otro costal. Si él dice, un suponer, que Fulano es un sinvergüenza, sigue creyendo que lo es, pase lo que pase. Y si dice que Mengano es tonto, no quiere saber nada de Mengano sino que es tonto. Y yo puede que sea tonto los martes y los miércoles, pero los jueves puede que sea más listo que él. Pues bien, señor, lo que de mí sabe él ahora es que estoy esperando ese pasaporte con la lengua fuera, porque en Rusia no se va a maldita la parte sin documentos; y por eso piensa que me tiene agarrado por las…, por las narices. Pero sepa usted, señor, que a Piotr Stepanovich le resulta fácil vivir en este mundo, muy fácil, porque en cuanto se hace una idea de lo que es un hombre, con ella se acuesta. Además, es agarrado como el que más. Pensaba que, sin permiso de él, no me atrevería a acercarme a usted, pero aquí estoy ante usted, señor, como ante Dios mismo. Desde hace tres noches, señor, lo espero a usted en este puente, seguro de que puedo arreglármelas por mi cuenta, sin que nadie me ayude. Más vale arrodillarse ante un zapato que ante una alpargata.

—¿Y cómo sabías que yo iba a pasar por el puente? ¿Quién te lo dijo?

—Pues mire, señor, eso, hablando en plata, lo supe por casualidad, mayormente

por la idiotez del capitán Lebiadkin, porque no puede guardarse nada en el buche… De modo y manera, señor, que esos tres rublos serán el jornal por esos tres días y tres noches de aburrimiento. Tengo la ropa empapada pero de eso no diré ni pío. Son gajes del oficio.

—Yo voy por la izquierda y tú por la derecha. Aquí termina el puente. Oye, Fiodor, quiero que la gente entienda lo que digo de una vez para siempre: no te doy un kopek, y en adelante no me salgas al encuentro ni en el puente ni en ninguna parte. No tengo necesidad de ti ni la tendré. Y si no me haces caso, te llevo atado de manos a la policía. ¡Fuera de aquí!

—¡Eh, bueno! Algo me podría dar por la compañía, señor. Bien que se ha divertido.

—¡Te dije que fuera, andando!

—Pero ¿conoce bien el camino por aquí, señor? Hay tantas vueltas y revueltas… Yo podría guiarlo, porque esta parte de la ciudad es como si el mismísimo diablo la hubiera dejado caer desde una cesta.

—¡Te digo que te ato de manos y te llevo a la policía! —amenazador Nikolai Vsevolodovich se volvió hacia él.

—Ya lo pensará usted mejor, señor. No cuesta mucho hacer daño a un pobre diablo como yo.

—Por lo visto, estás muy seguro de ti mismo.

—Yo, señor, estoy seguro de usted y no muy seguro de mí mismo.

—No te necesito para nada, ya te lo he dicho.

—Claro, pero lo malo, señor, es que yo lo necesito a usted. En fin, si no hay más remedio… lo esperaré a la vuelta.

—Si te encuentro te ato, palabra de honor.

—Entonces tendré preparado un cinturón para que lo haga, señor. Buenas noches, señor, y gracias por haberme cubierto con su paraguas. Le estaré agradecido hasta el día de mi muerte.

Se quedó atrás. Nikolai Vsevolodovich llegó preocupado a su destino. Aquel hombre traído por la lluvia creía que era absolutamente indispensable y se había encargado de repetírselo de manera insolente. La gente no solía tratarlo con delicadeza. De modo que quizás aquel presidiario le estaba diciendo la verdad y quería servirle más allá de las sugerencias de Piotr Stepanovich.

2

Nikolai Vsevolodovich llegó a una casa emplazada en una de las callejuelas desiertas, rodeada por una huerta, justo en el extremo mismo de la ciudad. Construida recientemente, era toda de madera pero todavía faltaban algunas tablas; además una de las ventanas estaba sin terminar. Una vela estaba destinada a servirle de guía a quien llegara tarde esa noche. A unos treinta pasos de la casa, Nikolai Vsevolodovich distinguió en el pequeño escalón de la entrada a un hombre alto, probablemente el dueño de casa, que nerviosamente examinaba la calle. Se oyó la voz también impaciente de aquel hombre:

—¿Señor? ¿Es usted, señor?

—Soy yo —respondió Nikolai Vsevolodovich, pero no antes de llegar a la entrada y cerrar el paraguas.

—¡Al fin, señor! —dijo el capitán Lebiadkin, pisando fuerte y afanándose en torno del visitante—. Hágame el favor del paraguas, señor. Está chorreando. Lo dejaré abierto aquí en el rincón. Pase usted, señor, pase usted.

La puerta, que del zaguán daba acceso a una habitación alumbrada por dos velas, estaba abierta de par en par.

—De no ser por su palabra de que vendría sin falta, ya no lo esperaría.

—Una menos cuarto —Nikolai Vsevolodovich miró el reloj al entrar en la habitación.

—Y como además está lloviendo y la distancia es tan enorme… Yo no tengo reloj y por la ventana sólo se ven las huertas, de modo que… queda uno como al margen de las cosas…, pero no me quejo porque no tengo derecho, no lo tengo, no, señor. Sólo que he estado consumido de impaciencia toda la semana…, impaciencia porque todo quede resuelto.

—¿Qué quiere decir?

—Saber cuál va a ser mi suerte, Nikolai Vsevolodovich. Siéntese, por favor —se inclinó indicando un sitio a la mesa enfrente del sofá.

Nikolai Vsevolodovich miró a su alrededor. La habitación era minúscula y baja de techo. Muebles sólo había los indispensables: sillas y sofá de madera (todo nuevo y sin fundas ni cojines), dos mesillas de madera de tilo, una junto al sofá y otra en un rincón, cubierta esta última con un mantel y provista de varias cosas sobre las cuales se había colocado una servilleta limpísima. A decir verdad, las dos habitaciones se mantenían impecables y limpias. Hacía ocho días que el capitán no se emborrachaba. Tenía la cara como abotagada y amarillenta, la mirada intranquila, inquisitiva y perpleja. Se echaba de ver que aún no sabía en qué tono debía hablar y qué giro ventajoso dar a la conversación.

—Mire, señor —hizo un gesto circular con la mano—, vivo al estilo del santo

varón Zosima. Templanza, soledad y pobreza, como el voto de los caballeros en la antigüedad.

—¿Supone usted que los caballeros antiguos hacían tales votos?

—¿Me equivoco? ¡Ay, será que mi falta de instrucción lo ha echado a perder todo! ¿Querrá creer, Nikolai Vsevolodovich, que ha sido aquí donde por primera vez me he librado de mis flaquezas vergonzosas? ¡Ni un vaso, ni siquiera una gota! Tengo mi pequeño rincón y durante seis días vengo sintiendo cómo se me despeja la conciencia. Hasta las paredes huelen a resina, lo que me recuerda a la naturaleza. ¿Y qué clase de hombre he sido? ¿Qué he sido?

Sin cobijo por la noche,
de día con la lengua fuera…

según dice el poeta genial. ¡Pero está usted todo mojado…! ¿Quiere un poco de té?

—No es necesario.

—El samovar estuvo hirviendo desde las ocho, pero se ha apagado…, como todo en este mundo. Y el sol, según dicen, se apagará a su vez… Pero si es preciso se vuelve a encender. Agafya no se ha dormido todavía.

—Diga, María Timofeyevna…

—Está aquí, está aquí —le aseguró al momento Lebiadkin en voz baja—. ¿Quiere echarle un vistazo? —y señaló la puerta cerrada de la otra habitación.

—¿No está dormida?

—¡Oh, no, no! ¿Cómo podría estarlo? Al contrario. Lleva esperándole toda la noche, y en cuanto supo que vendría empezó a arreglarse —torció la boca en una mueca de befa, pero se reportó al momento.

—¿Cómo está? —preguntó Nikolai Vsevolodovich frunciendo las cejas.

—¿En general? Usted mismo lo sabe —y se encogió de hombros con gesto de lástima—. De momento está sentada echando las cartas…

—Bueno, entonces más tarde. Lo primero es atender lo suyo —dijo Nikolai Vsevolodovich mientras se sentaba.

El capitán ya no se atrevió a sentarse en el sofá, sino que acercó otra silla y se dispuso a escuchar con trémula anticipación.

—¿Qué es lo que tiene ahí en el rincón bajo la servilleta? —preguntó Nikolai Vsevolodovich al notarlo.

—¿Que qué es eso, señor? —Lebiadkin también se volvió a mirarlo—. Eso es también parte de su beneficencia, digamos que para celebrar el estreno de la casa y en consideración del largo camino que ha tenido usted que recorrer y del cansancio natural —dijo con risa afectada. Se levantó y, de puntillas, se acercó con cuidado

reverente a la mesa del rincón y levantó la servilleta. Debajo había todo un surtido de fiambres: jamón, ternera, sardinas, queso, una garrafita verde y una botella alta de burdeos. Todo estaba limpiamente dispuesto, con gusto y casi con elegancia.

—¿Usted se ha tomado la molestia y ha preparado todo esto?

—Sí, señor. Desde ayer y en la medida de lo posible para hacerle los honores… María Timofeyevna, como usted sabe, no se interesa por estas cosas. Y lo importante es que todo ello resulta de la generosidad de usted, todo esto es de usted, puesto que aquí usted es el amo y no yo. Yo, por así decirlo, soy sólo su agente, aunque, por otro lado… por otro lado, Nikolai Vsevolodovich, por otro lado soy espiritualmente independiente. ¡No me arrancará usted eso, que es lo último que me queda! —concluyó con voz patética.

—Hum… ¿Por qué no vuelve a sentarse?

—¡Muy agradecido, muy agradecido! —dijo sentándose—. ¡Ah, Nikolai Vsevolodovich, este corazón está tan cargado que no sé cómo he podido esperar! Ahora va usted a decidir la suerte mía y… la de esa infeliz, y luego…, luego, como en el pasado, como hace cuatro años, me desahogaré hablando con usted. Entonces me hacía usted el honor de escucharme, leía mis versos… ¡Qué me importaba a mí que me llamaran entonces su Falstaff, el de Shakespeare! Porque ¡significaba usted tanto en mi destino…! Ahora, sin embargo, abrigo grandes temores y de usted solo, únicamente de usted, espero consejo y guía. ¡Piotr Stepanovich me está tratando de manera abominable!

Nikolai Vsevolodovich escuchaba curioso y lo examinaba con atención. El capitán Lebiadkin, al parecer, aunque había dejado de beber, estaba lejos aún de alcanzar un estado mental armónico. En los que han sido borrachos muchos años acaba por arraigar para siempre algo incoherente, desmañado, algo, como si dijéramos, ofuscado y demente, aunque, si llega el caso, seguirán engañando, trampeando y timando tan bien como cualquiera.

—Veo, capitán, que no ha cambiado usted nada durante estos últimos cuatro años y pico —dijo Nikolai Vsevolodovich en tono que parecía más afable—. Está claro, o así parece, que la segunda mitad de la vida de un hombre se compone por lo común sólo de aquellos hábitos que ha ido adquiriendo durante la primera mitad.

—¡Palabras elocuentes! ¡Usted, señor, esclarece el misterio de la vida! —exclamó el capitán, chanceándose en parte, pero en parte también con genuina admiración por su gran afición a las máximas—. De todas las frases de usted, Nikolai Vsevolodovich, hay una que recuerdo en particular y que ya empleó usted en Petersburgo: «Hay que ser un verdadero gran hombre para saber oponerse incluso al sentido común». ¡Así es, sí, señor!

—Y también un necio.

—Sí, señor, también un necio. Usted, durante toda su vida, ha ido sembrando

agudezas, pero ¿y ellos? ¡A ver si Liputin, a ver si Piotr Stepanovich son capaces de hacer algo parecido! ¡Ay, con qué crueldad se está portando conmigo Piotr Stepanovich…!

—Pero veamos, capitán, ¿cómo se ha portado?

—He estado bebido, señor. Y tengo una infinidad de enemigos. Pero ahora todo eso es agua pasada y voy a renovarme como una culebra. Nikolai Vsevolodovich, ¿sabe que estoy haciendo mi testamento, mejor dicho, que ya lo he hecho?

—Qué curioso. ¿Y qué deja usted y a quién?

—A la patria, a la humanidad y a los estudiantes. Nikolai Vsevolodovich, he leído en los periódicos la biografía de un americano. Dejó toda su enorme fortuna a las fábricas y a las ciencias aplicadas, su esqueleto a los estudiantes de una academia de por allí, y su piel para que con ella se hiciera un tambor en el que día y noche se tocaría en su honor el himno nacional americano. ¡Ay, nosotros somos pigmeos en comparación con el alto vuelo del pensamiento de los Estados Unidos de América! Rusia es un engendro de la naturaleza, pero no del intelecto. Si yo tratase de legar mi piel para que se hiciera un tambor, digamos, al regimiento de infantería Akmolinski (en el que tuve el honor de empezar mi servicio) para que con él se tocara a diario el himno nacional ruso delante del regimiento, lo considerarían un rasgo liberal y prohibirían el uso de mi piel para ese fin… Por consiguiente, me limito a los estudiantes. Quiero dejar mi esqueleto a una academia, pero con una condición, y es que en la frente le pongan un letrero que diga: «Un librepensador arrepentido». ¡Sí, señor!

El capitán hablaba con acaloramiento y creía, por supuesto, en la excelencia del testamento del americano, pero como tenía mucho de truhán, quería también divertir a Nikolai Vsevolodovich, a quien anteriormente, y durante largo tiempo, había servido de bufón. Pero éste ni siquiera sonreía; al contrario, preguntó con tono suspicaz:

—¿En verdad piensa usted publicar su testamento en vida y ganar un premio con él?

—¿Y si así fuera, Nikolai Vsevolodovich, y si así fuera? —Lebiadkin lo observaba atentamente—. ¡Porque hay que ver lo que me ha deparado la suerte! Hasta he dejado de escribir poesía, aunque hubo un tiempo, ¿recuerda usted?, en que le hacían gracia mis versos, sobre todo cuando mediaba una botella. Pero ya no tomo la pluma. No he escrito más que un poema como «El último cuento» de Gogol. ¿Recuerda usted que anunció a Rusia que le había «brotado» del corazón? Pues bien, yo también he lanzado mi último canto y punto final.

—¿Cuál es el poema?

—*Si acaso ella se quiebra una pierna*.

—¡Qué dice!

Era cabalmente lo que el capitán esperaba. Admiraba y apreciaba sobremanera sus propias poesías, pero por cierta doblez de espíritu se congratulaba también de que en el pasado Nikolai Vsevolodovich se hubiera divertido con ellas y se hubiera tronchado de risa escuchándolas. De ese modo cumplía dos fines a la vez: el poético y el bufonesco. Pero ahora había un tercer fin, especial y harto delicado: sacando a relucir sus poesías, el capitán intentaba justificarse en un punto sobre el que, por algún motivo, abrigaba temores y se sentía culpable.

—*Si acaso ella se quiebra una pierna*, es decir, en caso de que dé un paseo a caballo. La fantasía, Nikolai Vsevolodovich, es una pesadilla, pero es la pesadilla del poeta. Un día vi pasar a una señorita a caballo y de pronto caí en la cuenta de que se podía hacer una pregunta importante: «¿Y entonces qué pasaría?», es decir, en caso de accidente. La cosa está clara: todos los admiradores huirían a la desbandada, todos los pretendientes desaparecerían, en fin, que no quedaría nadie para contarlo. Sólo el poeta se mantendría fiel, con el corazón destrozado. Y además, Nikolai Vsevolodovich, hasta un insecto puede enamorarse, cosa que no está prohibida por la ley. Sin embargo, esa persona quedó ofendida de mi carta y mis versos. Incluso usted, ¿verdad?, se enfadó. Eso es de lamentar. No quería creerlo. Pero ¿a quién podía agraviar con sólo mi imaginación? Por añadidura, juro por mi honor que Liputin no hacía más que incitarme: «¡Envíela, envíela! Todo hombre tiene derecho a mandar una carta». Así que la mandé.

—Usted parece que pedía su mano, ¿no es eso?

—¡Enemigos, enemigos, enemigos!

—Recite el poema —Nikolai Vsevolodovich lo interrumpió, severo.

—¡Pesadilla, pesadilla y nada más que pesadilla!

Igual se enderezó, alargó el brazo y empezó:

De todas la más hermosa
Lleva una pierna quebrada;
mas, con todo, me parece
detalle que más me agrada.
Digo yo ¿cómo es posible
que doblemente la quiera?
Pues así es, si mi pasión
De antaño aún recuerda.

—Basta, basta —interrumpió Nikolai Vsevolodovich con un gesto de desprecio.

—Ya sueño con Petersburgo —Lebiadkin saltó enseguida a otro tema, como si nunca hubiera escrito versos—. Estoy soñando con mi regeneración… ¡Es usted mi benefactor! ¿Puedo contar con los fondos para el viaje? Lo he estado esperando toda

la semana como al mismísimo sol.

—Lo siento pero no podrá ser. Lo siento. Apenas si me queda dinero. Además, ¿a santo de qué tengo que darle dinero?

Nikolai Vsevolodovich parecía haberse enojado de pronto. Seca y lacónicamente fue enumerando los desmanes del capitán: embriaguez, mendacidad, despilfarro del dinero destinado a María Timofeyevna, sacarla del convento, las cartas insolentes en que amenazaba con divulgar el secreto, su conducta con Daria Pavlovna, etc., etc. El capitán se revolvía en su asiento, gesticulaba, quería contestar, pero cada vez que lo intentaba, Nikolai Vsevolodovich se lo impedía imperiosamente.

—¡Ah otra cosa! —observó en conclusión—. Sigue usted escribiendo acerca de «la deshonra familiar». ¿Qué deshonra hay para usted en que su hermana sea la esposa legítima de Stavrogin?

—¡Pero su matrimonio es un secreto, Nikolai Vsevolodovich! ¡Su matrimonio es un secreto, un secreto fatal! Yo recibo dinero de usted y de pronto me preguntan: ¿para qué es ese dinero? Yo estoy atado de pies y manos y no puedo contestar sin desdoro de mi hermana y del honor de la familia.

El capitán levantó la voz. Era ése un tema favorito suyo, con el que contaba para salir de apuros. ¡Ay, no podía presentir el desengaño que lo esperaba! Con calma y precisión, como si estuviera dando las instrucciones domésticas más ordinarias. Nikolai Vsevolodovich le hizo saber que en breve, quizás al día siguiente o al otro, había determinado dar a conocer su matrimonio en todas partes, «tanto a la policía como al público en general», con lo que, por consiguiente, caería de su peso la cuestión del honor familiar y con ella la de los subsidios. El capitán lo miraba con ojos desorbitados. Sencillamente no comprendía y fue menester explicárselo.

—¡Pero si está… medio loca!

—Mandaré disponer lo que convenga.

—Pero… ¿qué dirá su madre?

—Dirá lo que quiera.

—¿Y la llevará a su casa?

—Posiblemente. En todo caso, eso no le importa a usted. No tiene nada que ver con usted.

—¿Cómo que no? —gritó el capitán—. ¿Que no tiene nada que ver conmigo? ¿Y qué va a ser de mí?

—Por supuesto, usted no entrará en mi casa.

—Pero si soy pariente suyo…

—¡De esos parientes se huye! Así, pues, ¿por qué tengo que darle dinero? Juzgue por sí mismo.

—Nikolai Vsevolodovich, Nikolai Vsevolodovich, eso no puede ser. Lo pensará usted mejor, de seguro. Eso es suicidarse y no querrá usted hacerlo… ¿Qué se

figurará la gente? ¿Qué dirá?

—¡Como si a mí me importara la gente! Me casé con la hermana de usted cuando me dio la gana, después de una comida de borrachos, por una apuesta, por una botella de vino, y ahora lo voy a anunciar públicamente… ¿Y si eso me divierte ahora?

Dijo eso con tan singular irritación que Lebiadkin, espantado, empezó a creerlo.

—Pero ¿y ahora? ¿Qué será de mí ahora? ¡Ahora soy yo lo que importa…! Usted de seguro bromea, Nikolai Vsevolodovich, ¿no es verdad?

—Para nada, no bromeo para nada.

—Bueno, Nikolai Vsevolodovich, ¡allá usted!, pero no le creo… si lo hace, lo llevo a los tribunales.

—Es usted un insigne idiota, capitán.

—¡Bueno, lo soy, pero es el único recurso que me queda! —el capitán desbarraba —. Antes, cuando ella hacía la limpieza de aquellos cuartos alquilados, nos daban por lo menos alojamiento gratis, pero ¿qué será de mí ahora si me abandona usted a mi suerte?

—Pero ¿no quería ir a Petersburgo a cambiar de oficio? A propósito, ¿es cierto lo que he oído de que pensaba usted ir con intención de informar a las autoridades y la esperanza de obtener perdón denunciando a los demás?

El capitán se lo quedó mirando boquiabierto y sin decir palabra.

—Escuche, capitán —dijo de pronto Stavrogin con extrema seriedad, inclinándose sobre la mesa. Hasta entonces había hablado ambiguamente, tanto así que Lebiadkin, sacudido por su papel de bufón, había seguido sin creerle por completo hasta el último momento: ¿estaba el señor enfadado de veras o fingía estarlo? ¿Tenía de veras la desaforada idea de anunciar su matrimonio o era sólo una broma? Pero ahora el semblante severísimo de Nikolai Vsevolodovich era tan convincente que el capitán sintió un escalofrío en la espalda—. Escuche y diga la verdad, Lebiadkin. ¿Ha denunciado usted algo a las autoridades o todavía no? ¿Ha hecho efectivamente algo o no? ¿No ha escrito por pura necedad alguna carta a alguien?

—No, señor, no he… hecho nada ni he pensado hacerlo —respondió el capitán mirando a Stavrogin como si no lo viera.

—Miente usted al decir que no ha pensado hacerlo. Para eso quiere ir a Petersburgo. Si no ha escrito usted, ¿no le ha ido con cuentos a alguien de por aquí? Diga la verdad. Algo he oído de eso.

—Le conté cosas a Liputin un día que yo estaba borracho. Liputin es un traidor. Yo le abrí mi corazón —murmuró el pobre capitán.

—Déjese de corazones. No se haga el tonto. Si pensó hacerlo debió callárselo. Hoy día la gente lista se mete la lengua en el bolsillo y no dice nada.

—¡Nikolai Vsevolodovich! —dijo el capitán tembloroso—. ¡Pero si usted no

tomó parte en nada! ¡Si yo a usted no le…!

—Claro que no pensaría usted denunciar a su vaca lechera.

—¡Nikolai Vsevolodovich, juzgue por sí mismo! —y desesperado, con lágrimas en los ojos, el capitán se apresuró a relatar sus andanzas de los últimos cuatro años. Era la necia historia de un imbécil que se había metido en asuntos que nada tenían que ver con él, sin darse cuenta de su gravedad hasta el último momento a causa de su sempiterna embriaguez y depravación. Contó cómo fue en Petersburgo donde primero «se había dejado seducir, por pura amistad, como estudiante genuino, aunque no era estudiante», y cómo sin saber nada, «ni siquiera de qué era inocente», iba dejando octavillas en las escaleras de las casas, las depositaba por docenas a las puertas, las metía en los buzones en vez de los periódicos, las llevaba a los teatros, los embutía en los sombreros y las deslizaba en los bolsillos. Más tarde empezó a cobrar dinero por ello, porque «fondos, ¿a ver qué fondos tenía yo?». En dos distritos de otras tantas provincias había repartido «toda clase de porquerías».

—¡Oh, Nikolai Vsevolodovich! —exclamó—. ¡Lo que más me dolía era que ello infringía las leyes civiles y sobre todo las patrióticas! Un día imprimieron un pasquín incitando a los campesinos a salir con las horcas de aventar mieses y recordándoles que quien saliera pobre por la mañana podría volver a casa rico por la noche. ¡Figúrese, señor! Me hizo temblar, pero seguí repartiéndolo. O bien, cinco o seis renglones dirigidos a toda Rusia, sin pies ni cabeza: «Cerrad las iglesias cuanto antes, abolid a Dios, romped los lazos matrimoniales, anulad el derecho de herencia, armaos de cuchillos», y no sé qué demonios más. Y fue con ese papelito, con el de los cinco renglones, con el que casi me cogieron, pero los oficiales del regimiento se contentaron con darme una paliza y, Dios los bendiga, me soltaron. El año pasado también estuve a punto de que me atraparan cuando le endilgué a Koroyayev unos billetes falsos de cincuenta rublos hechos en Francia; pero, gracias a Dios, Koroyayev cayó en un estanque y se ahogó cuando estaba borracho y no tuvo tiempo de denunciarme. Aquí, en casa de Virginski, proclamé la libertad de la mujer socialista. El mes de junio pasado también estuve repartiendo propaganda en uno de los distritos de por aquí. Me dicen que tendré que volver a hacerlo… Piotr Stepanovich me da a entender que tendré que hacer lo que se me mande, y viene amenazándome desde hace tiempo. ¡Porque hay que ver cómo me trató el domingo! ¡Nikolai Vsevolodovich, soy un esclavo, soy un gusano, no un Dios, y en eso me diferencio del poeta Derzhavin! ¡Pero es que estoy muy mal de fondos!

Nikolai Vsevolodovich lo escuchó todo con curiosidad.

—Mucho de eso no lo sabía —dijo—. Claro que a usted puede pasarle cualquier cosa… Escuche… —prosiguió tras un momento de cavilación—. Si quiere, dígales…, bueno, ya sabe a quiénes, que Liputin mintió y que usted sólo quiso asustarme con la amenaza de una denuncia, suponiendo que yo también estaba

comprometido y esperando así sacarme más dinero… ¿Comprende?

—Nikolai Vsevolodovich, estimado amigo, ¿cree que me amenaza un gran peligro? Lo esperaba para preguntárselo.

Nikolai Vsevolodovich sonrió irónico.

—Por supuesto, a Petersburgo no lo dejarían ir aunque yo le diera dinero para el viaje… Pero, en fin, ya es hora de ir a ver a María Timofeyevna —y se levantó de su asiento.

—¿Y qué será de María Timofeyevna, Nikolai Vsevolodovich?

—Pues lo que ya he dicho.

—Pero ¿hablaba usted en serio?

—Aún no lo cree, ¿verdad?

—Pero ¿es posible que me deseche usted como un zapato viejo?

—Lo veremos —contestó Nikolai Vsevolodovich riendo—. Bueno, allá voy.

—¿No cree, señor, que debo esperar en el escalón de la puerta para no oír, aun sin querer, la conversación de ustedes…? Las habitaciones de aquí son pequeñas.

—Buena idea. Espere en el escalón. Tome mi paraguas.

—¿Su paraguas? ¿Acaso lo merezco? —preguntó el capitán en tono azucarado.

—Todo el mundo merece un paraguas.

—Con frase breve ha definido usted el mínimo de los derechos del hombre…

Pero el capitán ya murmuraba algo maquinalmente. Se sentía anonadado por los informes recibidos, que lo habían sacado enteramente de sus casillas. Pero no bien se instaló en el escalón y abrió el paraguas cuando en su mente frívola y truhanesca volvió a surgir la eterna y consoladora idea de que se burlaban de él, de que le estaban mintiendo, y de que, por tanto, no era él quien debía asustarse, y que eran los otros los que le temían a él.

«Si mienten y se burlan, ¿qué hay detrás de todo ello? —le daba vueltas en la cabeza. El anuncio del matrimonio le parecía una estupidez—. Claro que cualquier cosa es posible en un hechicero como éste, que sólo vive para hacerle daño a la gente. ¿Pero y si él mismo tiene miedo después del insulto del domingo, y miedo como no lo ha tenido nunca? Por eso ha venido corriendo a decirme que él hará el anuncio; por miedo a que yo mismo lo haga. ¡No desbarres, Lebiadkin! ¿Y por qué viene de noche, a la chita callando, cuando dice que lo que quiere es publicidad? Y si tiene miedo, quiere decirse que lo tiene ahora, ahora mismo, justamente en estos últimos días… ¡Cuidado, Lebiadkin, no te hagas un lío…! Me asusta con Piotr Stepanovich. ¡Vaya berenjenal en que me he metido! ¡Menudo atolladero! No debiera haber soltado la lengua con Liputin. El demonio sabe lo que estarán rumiando esos monstruos. Nunca les he podido calar las intenciones. Vuelven a agitarse como hace cinco años. ¿Y a quién iba yo a denunciarlos? “¿No le escribió usted a alguien por pura estupidez?”. Hum. Por lo tanto, es posible escribir a alguien so capa de estupidez. ¿Acaso no me lo

aconseja? “Usted va a Petersburgo con ese propósito”. ¡El muy pícaro! ¡Yo sólo estaba acariciando la idea y él me lo ha adivinado! ¡Es como si él mismo me estuviera pinchando para que vaya! Bueno, una de dos: o efectivamente tiene miedo porque ha hecho algo que no debe, o…, o no tiene miedo alguno y lo que hace es azuzarme para que los denuncie a todos. ¡Ay, Lebiadkin, en qué lío te has metido! ¡No metas la pata ahora, Lebiadkin…!».

Absorto en sus pensamientos se olvidó de escuchar. De todos modos la puerta era gruesa y hablaban en voz demasiado baja. De nada le servía quedarse adentro, de modo que lanzó un escupitajo, salió a la calle y comenzó a silbar.

3

María Timofeyevna estaba en su habitación. Era un cuarto grande, dos veces el cuarto del capitán. Sus muebles eran toscos pero un mantel colorido adornaba la mesa ubicada delante del sofá. Una bujía iluminaba la sala y una alfombra muy bonita cubría el suelo. La cama, separada por una cortina verde que dividía el cuarto en dos, estaba alejada del resto del mobiliario. Cerca de la mesa, había un sillón grande y cómodo pero María Timofeyevna casi nunca lo usaba. En un rincón, como en su anterior casa, colgaba un ícono con una lamparilla encendida delante, y desparramadas por la mesa aparecían sus cosas indispensables: una baraja, un espejito, un librillo de canciones y hasta un panecillo dulce. Había, por añadidura, un par de libros con ilustraciones en color: uno, extracto de un popular libro de viajes para uso de adolescentes, y una colección de cuentos edificantes, en su mayoría sobre caballeros de la Edad Media, escritos especialmente para ser regalados en navidad y como textos escolares. También había un álbum con varias fotografías. Era evidente que, como había dicho el capitán, María Timofeyevna estaba ansiosa esperando al visitante, pero cuando éste entró, dormía recostada en el sofá, con la cabeza apoyada en una almohadilla de lana bordada. El recién llegado cerró la puerta con suavidad y, sin moverse, contempló a la durmiente.

El capitán había mentido un tanto al decir que ella se estaba «arreglando». Tenía puesto el mismo vestido oscuro que había llevado el domingo en casa de Varvara Petrovna. Los cabellos los tenía sujetos en la nuca de idéntico moño minúsculo y llevaba al descubierto su largo y delgado cuello. El chal negro que le había regalado Varvara Petrovna yacía, cuidadosamente doblado, en el sofá. Al igual que entonces, tenía la cara grotescamente cubierta de polvos y colorete. No había pasado más de un minuto cuando ella se despertó de pronto como si hubiera sentido sobre sí la mirada de él, abrió los ojos y se incorporó a toda prisa. Pero, por lo visto, algo extraño le sucedía también al visitante: seguía de pie en el mismo sitio, junto a la puerta, con la vista inmóvil y penetrante clavada silenciosa e insistentemente en el rostro de la joven. Quizás esa mirada era innecesariamente severa; quizás expresaba repugnancia o incluso un maligno deleite por haberla asustado; o quizás así lo había supuesto María Timofeyevna al despertar. Lo cierto es que, de improviso y tras una pausa momentánea, el rostro de ella reflejó un genuino espanto. Se contrajo convulso, mientras la pobre mujer levantaba las manos trémulas y rompía a llorar como un niño aterrorizado. Un instante más y habría empezado a gritar. Pero el visitante volvió en sí. De súbito alteró su semblante y se acercó a la mesa sonriendo amable y cariñosamente.

—Cuánto lamento haberla asustado, María Timofeyevna; fue mi modo de entrar inesperado mientras usted dormía —dijo alargándole la mano.

El sonido de aquellas amables palabras produjo el hechizo y desapareció el espanto, aunque ella seguía mirándolo sobresaltada, esforzándose por lo visto en descifrar algo. Trémula, le alargó la mano. Por fin, una tímida sonrisa afloró a sus labios.

—Hola, príncipe —susurró mirándole de modo extraño.

—¿Ha tenido usted un mal sueño? —continuó él con una sonrisa aún más cariñosa y amable.

—¿Y cómo sabe usted que estaba soñando con eso…? —de pronto se puso de nuevo a temblar, echándose hacia atrás, levantando la mano como para protegerse y a punto de romper de nuevo a llorar.

—¡No, basta ya! No hay por qué tener miedo. ¿Es que no me reconoce? —Stavrogin trató de persuadirla, pero esta vez no lo logró. Ella lo miraba, callada, con la misma penosa perplejidad y un angustioso pensamiento ocupaba su cabeza que intentaba en vano tratar de comprender algo. Después de algunas vacilaciones, aunque sin calmarse del todo, tomó una decisión.

—Siéntese, por favor, aquí junto a mí para que después pueda mirarlo bien —dijo con voz firme y al parecer con un nuevo propósito—. Y ahora no se preocupe, porque no lo miraré a los ojos y fijaré la vista en el suelo. No me mire usted tampoco hasta que yo se lo pida. Vamos, siéntese —dijo casi impaciente.

Estaba claro que un nuevo sentimiento se iba apoderando de ella.

Nikolai Vsevolodovich se sentó y esperó. Los dos guardaron silencio durante bastante rato.

—Hum. Todo esto me parece tan extraño —murmuró ella de pronto y casi con repugnancia—. Es verdad que he tenido malos sueños. Pero ¿por qué se me habrá aparecido usted en sueños con ese mismo aspecto que tiene ahora?

—Bueno, dejemos atrás los sueños —dijo él impaciente y volviéndose hacia ella aunque estaba vetado y quizás con la misma expresión de antes en los ojos. Sabía que ella había querido (y mucho) mirarlo varias veces, pero había resistido el deseo y no había apartado la vista del suelo.

—Escuche, príncipe… —dijo alzando de pronto la voz—. Escuche, príncipe…

—¿Por qué no me mira a los ojos? ¿Por qué no lo hace? ¿Qué significa esta comedia? —exclamó él, perdida la paciencia.

Ella no pareció haberlo oído.

—Escuche, príncipe —repitió en tono firme por tercera vez, con un mohín de preocupación y desagrado—. Cuando me dijo usted el otro día en el coche que se iba a anunciar el matrimonio, temí que nuestro secreto terminaría con ello. Pero ahora no sé. Lo vengo pensando y veo que no sirvo para ello. Sé acicalarme y, quizá también, recibir visitas. No es cosa del otro jueves invitar a alguien a una taza de té, sobre todo si hay criados. Pero, aun así, ¿qué va a decir la gente? Yo ya ese domingo por la

mañana me hice cargo de mucho en aquella casa. Esa señorita guapa no me quitaba los ojos de encima, sobre todo cuando entró usted. Porque fue usted quien entró, ¿verdad? La madre de ella no es más que una mujer ridícula de la buena sociedad. Mi Lebiadkin también estuvo desbarrando, y para no romper a reír me puse a mirar el techo. ¡Hay que ver lo bonito que es ese techo pintado! La madre de él debiera haber sido una abadesa; le tengo miedo, aunque me regaló un chal negro. A buen seguro que todos ellos se hicieron una idea rara de mí. Yo no me enfadé; allí estaba sentadita pensando: «¿Qué clase de pariente suyo soy?». Claro está que la gente sólo espera dotes espirituales de una condesa, porque para las faenas domésticas cuentan con muchos criados; y también, sí, cierta coquetería fina para recibir a visitantes extranjeros. Pero, en fin, ese domingo me miraban todos con desaliento. Menos Dasha, que era un ángel. Mucho me temo que lo ofendieran a él con algún comentario indiscreto sobre mí.

—No tema, no hay por qué preocuparse —Nikolai Vsevolodovich hizo una mueca.

—Pero, por otro lado, no importa mucho que a él le dé un poco de empacho de mí, porque en eso hay siempre más lástima que vergüenza. Claro que depende de la persona. Porque él sabe que soy yo quien debe tenerles más lástima a ellos que ellos a mí.

—Usted parece muy ofendida con todos ellos, María Timofeyevna.

—¿Quién? ¿Yo? No —y se sonrió con generosidad—. En absoluto. Los estuve observando con cuidado. Todos ustedes estaban enfadados; todos reñían. Se juntan ustedes y no saben cómo llevarse bien. ¡Tanta riqueza y tan poca alegría! Eso me parece repugnante. Ahora, sin embargo, ya no compadezco a nadie. Sólo me compadezco a mí misma.

—Me he enterado de que usted lo pasó muy mal con su hermano mientras yo estuve fuera.

—¿Quién ha dicho eso? Tonterías. Lo paso mucho peor ahora con los malos sueños que tengo. Por cierto que esos malos sueños empezaron con la venida de usted. Vamos a ver, ¿por qué ha venido? Dígamelo, por favor.

—¿Quiere usted volver al convento?

—¡Sabía yo que querrían volver a meterme en el convento! ¿Pero se creen que no sé lo que es ese convento? Y además, ¿para qué voy a ir allá? ¿Con qué voy a ir ahora? Ahora estoy sola en el mundo. Ya es tarde para empezar la vida por tercera vez.

—Por algún motivo está usted muy enfadada. ¿No teme que deje de quererla?

—No me importa usted un comino. Lo que temo es que yo deje de querer a alguien.

Se rió desdeñosamente.

—Supongo que algo muy malo le he hecho a él —añadió como para sí—, pero no sé lo que podrá ser. Y el no saberlo me atormentará toda la vida. Siempre, noche y día, en estos últimos cinco años, he temido haberle hecho algo malo. He rezado, he rezado mucho, pensando continuamente en que le he hecho algo malo. Y, efectivamente, ahora resulta que es verdad.

—¿Qué es lo que efectivamente resulta?

—Lo que temo es que quizás hay algo también de su parte —prosiguió sin contestar a la pregunta, incluso sin oírlo—. De todos modos, ¿cómo ha podido juntarse con esa gentuza? La condesa habría querido devorarme, aunque me sentó a su lado en el coche. Todos conspiran; ¿es posible que él también lo haga? ¿Es posible? ¿Es posible que él también me haya traicionado? —le temblaron los labios y la barbilla—. Oiga, ¿ha leído usted algo acerca de Grishka Otrepyev, el pretendiente al trono de los zares, que fue maldecido en siete catedrales?

Nikolai Vsevolodovich guardó silencio.

—Bien, ahora voy a volverme hacia usted y voy a mirarlo —de súbito pareció tomar una determinación—. Vuélvase usted también hacia mí y míreme, pero con más atención. Quiero asegurarme por última vez.

—Hace ya mucho rato que estoy mirándola.

—Hum. Ha engordado usted mucho… —dijo María Timofeyevna observándolo con cuidado.

Estuvo por decir algo más, pero de nuevo, y por tercera vez, el mismo espanto de antes alteró momentáneamente su rostro; y de nuevo se echó hacia atrás, levantando la mano como para esquivar un golpe.

—Pero ¿qué es lo que le ocurre? —gritó Nikolai Vsevolodovich casi furioso.

Sin embargo, el espanto duró sólo un instante y su semblante se contrajo ahora en una extraña sonrisa, suspicaz y desagradable.

—Le ruego, príncipe, que se levante y entre —dijo de pronto con voz firme y perentoria.

—¿Cómo que entre? ¿A dónde voy a entrar?

—Durante cinco años no he hecho más que figurarme cómo entraría él. Levántese en seguida y salga a la habitación de al lado. Yo estaré sentada como si no esperase nada y tomaré un libro y usted entra de improviso después de haber viajado por el extranjero durante cinco años. Quiero ver cómo será eso.

Nikolai Vsevolodovich rechinó los dientes y murmuró unas palabras ininteligibles.

—¡Ya basta! —dijo golpeando la mesa—. Escúcheme, por favor, María Timofeyevna. Tenga la bondad de prestarme toda su atención si es posible. ¡Al fin y al cabo, no está usted loca del todo! —agregó con impaciencia—. Mañana voy a anunciar nuestro matrimonio. Nunca vivirá usted en una mansión, desengáñese.

¿Quiere usted vivir conmigo toda la vida, aunque muy lejos de aquí? Quiero decir en las montañas, en Suiza. Hay allí un sitio… No se preocupe, que nunca la abandonaré ni la meteré en un manicomio. Habrá bastante dinero para que podamos vivir sin necesidad de ayuda. Habrá una criada y usted no tendrá trabajo alguno que hacer. Tendrá todo lo que desee, dentro de lo posible. Podrá usted rezar sus oraciones, ir a donde quiera y hacer lo que le guste. No la tocaré y tampoco me moveré nunca de allí. Si quiere, no hablaré nunca con usted; o, si lo desea, me contará usted todas las noches sus cuentos, como lo hacía en aquel cuarto de Petersburgo. Si le parece bien, seré yo quien le lea libros. Pero a cambio de quedarnos en ese sitio (y es un sitio muy tétrico) toda la vida. ¿Quiere usted? ¿Se atreve a hacerlo? ¿No va a arrepentirse? ¿No me vendrá luego con lágrimas y maldiciones?

Ella lo escuchaba con sumo interés, sin decir palabra alguna mientras lo pensaba.

—Todo lo que me dice me parece increíble —respondió al cabo en tono a la vez irónico y displicente—. ¿De modo que quizá tuviera que vivir en esas montañas cuarenta años? —rompió a reír.

—Pero bueno, ¿y cuál es el problema? Viviremos cuarenta años —dijo Nikolai Vsevolodovich frunciendo el entrecejo.

—Hum. No iré allí ni arrastrada.

—¿Ni siquiera irá conmigo?

—¿Quién es usted para que yo vaya con usted? ¡Pasarme con usted cuarenta años sentada en lo alto de una montaña! ¡Valiente idea! ¡Y hay que ver lo paciente que se ha vuelto la gente ahora! No, no es posible que el gavilán se convierta en búho. ¡Mi príncipe no es así! —y levantó la cabeza con aire orgulloso y triunfante.

De improviso se le ocurrió a él:

—¿Por qué me llama usted príncipe y… por quién me toma? —preguntó.

—¿Cómo? Pero ¿no es usted príncipe?

—Nunca lo he sido.

—¿De modo que usted, usted mismo, me dice en mi propia cara que no es príncipe?

—Digo que nunca lo he sido.

—¡Santo Dios! —exclamó juntando las manos en señal de asombro—. Cualquier cosa esperaba de sus enemigos, pero esa insolencia ¡nunca! ¿Está vivo? —gritó frenética acercándose a Stavrogin—. ¿Es que lo has matado? ¡Vamos! ¡Confiesa!

—¿Con quién me confundes? —Stavrogin se levantó de un salto con el rostro desencajado. Pero ya no era fácil asustarla. Estaba triunfante.

—¿Quién sabe quién eres y de dónde has salido? ¡Sólo mi corazón, durante estos cinco años…, sólo mi corazón ha presentido toda esta intriga! Y yo he estado aquí sentada tratando de adivinar qué especie de búho ciego vendría al cabo. No, querido. Eres un mal actor; peor que mi Lebiadkin. Saluda en mi nombre a la condesa y dile

que mande a alguien mejor que tú. Dime, ¿te ha contratado a sueldo? ¿Te ha dado trabajo en la cocina como obra de caridad? ¡Conozco bien vuestro engaño! ¡Os entiendo bien a todos, hasta al último de vosotros!

Él la tomó fuerte del brazo, por encima del codo, pero ella rompió a reír en su misma cara:

—Te pareces mucho a él, sí, mucho; y hasta puede que seas pariente suyo, ¡pero qué gente tan ladina! Debes saber que mi hombre es un gavilán y un príncipe, mientras que tú no eres más que un lechuzo y un mercachifle. Mi hombre, si quiere, se inclina ante Dios, y, si no quiere, no se inclina…, pero a ti te dio un bofetón Shatov (¡tan bueno, tan simpático!). Me lo dijo mi Lebiadkin. Y tú, ¿de qué tenías tanto miedo cuando entraste en la sala aquel domingo? ¿Quién te había asustado? Tan pronto como te vi esa cara vulgar cuando me caía y tú me levantaste…, fue como si en el corazón se me hubiera metido un gusano. ¡No es él, me dije, no es él! Mi gavilán nunca se avergonzaría de mí ante una señorita de la buena sociedad. ¡Ay Dios! ¡Con lo feliz que yo era esos cinco años, pensando que mi gavilán estaba allí, al otro lado de las montañas, volando y mirando el sol…! Dime, impostor, ¿cuánto dinero te han dado? ¿Te tuvieron que dar mucho para que consintieras en hacer el papel? Yo no te habría dado un ochavo. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

—¡Idiota! —gritó Nikolai Vsevolodovich rechinando los dientes y agarrándola del brazo con mayor fuerza aún.

—¡Fuera de aquí, impostor! —gritó ella, altiva—. ¡Soy la esposa de mi príncipe, y no me espanta tu cuchillo!

—¿Cuchillo?

—Sí, cuchillo. Traes un cuchillo escondido. Tú creiste que estaba dormida, pero lo vi. Lo sacaste cuando entrabas en el cuarto.

—¿Qué has dicho, infeliz? ¿Cuáles han sido tus sueños? —gritó mientras la apartaba con un empujón tan fuerte que la hizo caer contra el sofá, y lastimarse los hombros y la cabeza.

Stavrogin salió arrebatadamente de la habitación, pero María Timofeyevna logró ponerse de pie casi de un salto y corrió tras él, cojeando y tropezando; y pudo gritarle entre bramidos y carcajadas desde el escalón de la puerta, en medio de una oscuridad que todo lo cubría y sostenida por el pávido Lebiadkin:

—¡Grishka Otrepyev, maldición!

4

La única palabra que repetía una y mil veces era cuchillo: «¡Cuchillo, un cuchillo!» volvía a recalcar con una furia irreprimible mientras intentaba caminar entre el barro y sin poder diferenciar serenamente su camino. Por momentos quiso reírse a carcajadas, con una risa rabiosa; pero algo hizo que se dominara y lograra ahogar la risa. Recién logró volver en sí cuando llegó al puente, justamente allí horas antes Fedka había salido a su encuentro. Ahora, era el mismo Fedka quien lo esperaba tal como le había prometido. Al verlo se quitó la gorra, mostró los dientes en una sonrisa plena y alegre y empezó a mascullar algo en voz bronca y regocijada. Al principio, Nikolai Vsevolodovich pasó de largo, sin detenerse ni escuchar siquiera un momento al pícaro que iba pisándole los talones. De pronto lo asaltó la idea de que se había olvidado por completo de él, y de que se había olvidado cabalmente mientras él mismo iba repitiendo para sus adentros: «Un cuchillo, un cuchillo». Agarró al pícaro por el chaquetón y con toda la furia de que venía colmado lo arrojó violentamente contra el puente. Hubo un momento en que Fedka quiso dar la cara, pero barruntando en seguida que con un adversario como ése —que, además, lo había agarrado desprevenido—, llevaba sin duda las de perder, se aguantó y quedó callado, sin ofrecer resistencia alguna. Sujeto de rodillas en el suelo, con los codos retorcidos a la espalda, el astuto pícaro esperaba tranquilamente un desenlace, sin sentir que corría peligro.

No se equivocó. Nikolai Vsevolodovich se había quitado con la mano izquierda la bufanda de lana para atar de manos a su prisionero, pero de pronto lo soltó, no se sabe por qué, y de un fuerte empellón lo alejó de sí. Fedka al punto se incorporó de un salto y giró sobre los talones. En su mano brilló de pronto, casi por ensalmo, una cuchilla de zapatero corta y ancha.

—¡Aparta de mi vista esa cuchilla! ¡Ponla en su sitio! ¡Vamos, hazlo ahora mismo! —ordenó Nikolai Vsevolodovich con gesto imperioso. La cuchilla se esfumó tan repentinamente como había aparecido.

Nikolai Vsevolodovich, silencioso de nuevo y sin mirar tras sí, prosiguió su camino, pero el tenaz facineroso, a pesar de todo, le iba a la zaga, aunque ya sin la locuacidad de antes y manteniendo una respetuosa distancia. Así llegaron casi juntos al extremo del puente, salieron a la orilla del río, y torcieron allí a la izquierda, de nuevo por una callejuela larga y desierta, pero por la que se llegaba más pronto al centro de la ciudad que por la calle Bogoyavlenskaya.

—¿Es verdad que has robado una iglesia de este distrito el otro día? ¿Es verdad lo que dicen? —preguntó de pronto Nikolai Vsevolodovich.

—Mire usted, señor, lo cierto es que entré en la iglesia con intención de rezar —el presidiario repuso mansa y cortésmente, como si lo ocurrido no tuviera mayor

importancia; y no sólo con mansedumbre, sino hasta con dignidad. De la familiaridad «amistosa» anterior no quedaba ni sombra. El que ahora hablaba era un hombre serio, un hombre de negocios, un hombre, sí, que había sido agraviado sin motivo, pero capaz de olvidar el agravio.

—Y cuando Nuestro Señor me llevó allá —continuó relatando—, pensé: ¡Oh, qué paraíso celestial! Eso me pasó por ser pobre, señor, porque las gentes como un servidor no pueden vivir sin ayuda. Y Dios es mi testigo de que salí perdiendo. El Señor me castigó por mis pecados, porque por el incensario, el copón y la faja del diácono sólo me dieron doce rublos. Por el sotacuello de San Nikolai, casi nada, porque decían que no era de plata de ley y era de similor.

—¿Pero es verdad que mataste al guarda?

—Mire usted, señor, la verdad es que el guarda y yo íbamos a medias en el robo. Pero luego, cuando ya era de día, junto al río, tuvimos nuestros más y nuestros menos sobre cuál de los dos debía cargar con el caso. Se me fue la mano, señor; pero lo despaché sin sufrimiento, sin que apenas se diera cuenta.

—¡Matas! ¡Robas!

—Mire usted, señor, eso mesmo, cuasi con las mesmas palabras, es lo que me aconseja Piotr Stepanovich, que es muy tacaño y duro de entrañas en lo de ayudar al prójimo. Cuantimás que no cree ni tanto así en el Padre Celestial que nos hizo a todos del barro de la tierra; y dice que fue la naturaleza la que lo hizo todito, hasta el último animal. Y además no se da cuenta de que las gentes como un servidor no pueden hacer maldita la cosa sin que alguien de posibles nos eche una mano. Y cuando uno se lo dice, se lo queda mirando a uno como un borrego mira el agua. ¡Qué hombre raro! Ahora, señor, piense usted en el caso del capitán Lebiadkin, a quien acaba usted de visitar. ¿Podrá usted creer que cuando todavía vivía en casa de Filippov, antes de venir usted, dejaba de vez en cuando la puerta de la casa abierta de par en par, mientras dormía en el suelo más borracho que una cuba y con el dinero que se le salía por los bolsillos? Lo he visto con mis propios ojos. Porque las gentes como un servidor no pueden hacer maldita la cosa si alguien no nos echa una mano, señor…

—¿Cómo es eso que lo viste con tus propios ojos? ¿Entraste de noche?

—Puede ser, pero nadie lo sabe.

—¿Y por qué no lo mataste?

—Estuve tentado, señor, pero tiré de las riendas, por así decirlo. Porque estando seguro con toda seguridad de que en cualquier momento podía echar el guante a centenar y medio de rublos, ¿por qué hacer eso cuando podía echárselo a mil quinientos nada más que con aguardar un poco? Porque el capitán Lebiadkin (y lo he oído con mis mesmas orejas) siempre esperaba mucho de usted cuando estaba borracho, y no hay taberna de por aquí, por zaparrastrosa que sea, donde no lo haya anunciado después de oírselo contar a un montón de gente, yo también empecé a

poner mis esperanzas en Vuestra Excelencia. Yo le digo esto, señor, como a mi propio padre o mi propio hermano, porque por mí nunca se enterará de ello Piotr Stepanovich; ni él ni alma viviente. Así, pues, señor, ¿me dará usted, finalmente los tres rublos? Con ello, señor, me sacaría usted de dudas, quiero decir que podría saber en qué piensa usted, porque las gentes como un servidor no pueden hacer nada si alguien no les echa una mano.

Nikolai Vsevolodovich empezó a reírse a carcajadas, su risa estallaba en medio de la noche mientras sacaba de su bolsillo el monedero en el que llevaba hasta cincuenta rublos en billetes pequeños, primero sacó uno del fajo y se lo lanzó, luego un segundo, un tercero y por fin un cuarto. Fedka iba atrapándolos en el aire, recogiendo los que caían en el barro y gritando: «¡Oh, oh!». Nikolai Vsevolodovich acabó por lanzarle todo el fajo y, sin dejar de reír, continuó caminando —ahora solo— por una de las callejuelas.

Allá quedó el desertor buscando más billetes de rodillas y arrastrándose por el barro. Esperaba encontrar algún billete perdido, echado a la suerte por el viento y perdido entre los charcos. Había pasado más de una hora cuando todavía se escuchaban sus exclamaciones, sus alabanzas y sus discontinuos: «¡Oh, oh!».

TERCER CAPÍTULO:
El duelo

1

Artemi Pavlovich Gaganov, que tenía intenciones de batirse a toda costa, concretó el duelo a una velocidad apabullante; y así fue que a las dos de la tarde del día siguiente el duelo se producía. No llegaba a entender las razones de su adversario y eso lo ponía tremendamente nervioso. Hacía un mes que lo insultaba y no lograba sacarlo de sus casillas. El reto debía proceder necesariamente del mismo Nikolai Vsevolodovich, porque él no tenía pretexto alguno para lanzarlo. Le daba pudor reconocer que su motivo verdadero era el odio morboso que profesaba a Stavrogin por la afrenta que éste había hecho a su familia cuatro años antes. Pero él mismo juzgaba inválido tal pretexto en vista, sobre todo, de las excusas conciliatorias que Nikolai Vsevolodovich le había presentado ya dos veces. Determinó, pues, que éste era un cobarde impúdico y no podía comprender cómo había podido tolerar el puñetazo de Shatov. Así, pues, decidió enviarle a su vez una carta, pasmosa por lo grosera, que por fin obligó a Nikolai Vsevolodovich a provocar el duelo. Después de enviarla la víspera y esperar con febril impaciencia el reto, calculando morbosamente las probabilidades de provocarlo, ora lleno de esperanza, ora sin asomo de ella, acordó en todo caso proveerse, la noche antes, de un segundo, que fue cabalmente Mavriki Nikolayevich Drozdov, compañero muy estimado. El terreno estaba preparado cuando Kirillov se presentó con su encargo a las nueve de la mañana: fueron rotundamente rechazadas todas las excusas e inauditas concesiones que ofrecía Nikolai Vsevolodovich. Mavriki Nikolayevich, que se había enterado al día siguiente del curso de los acontecimientos, quedó boquiabierto ante excusas tan poco comunes y quiso allí mismo insistir en una reconciliación, pero al observar que Artemi Pavlovich, adivinándole la intención, casi empezaba a temblar en su asiento, se contuvo, y no dijo nada. De no ser por la palabra que había dado a su camarada, se habría ido inmediatamente; pero se quedó, con la única esperanza de ayudar en lo posible cuando llegase la resolución del caso. Kirillov presentó el reto. Todas las condiciones del encuentro estipuladas por Stavrogin fueron aceptadas sobre la marcha y al pie de la letra, sin la menor objeción. Sólo se agregó una condición, harto cruel por lo demás, a saber: si nada se resolvía con los primeros disparos se procedería a un segundo encuentro; y si el segundo tampoco tenía consecuencias se procedería a un tercero. Kirillov frunció el ceño, regateó en cuanto al tercer encuentro, pero advirtiendo que no obtenía resultados dio su consentimiento aunque reclamó que «habría tres encuentros, pero de ninguna manera cuatro». Se aceptó el reclamo y el duelo se fijó para las dos de la tarde en Brikovo, bosquecillo de las afueras situado entre Skvoreshniki y la fábrica de los Shpigulin. Había cesado por completo la lluvia de la víspera, pero todo estaba húmedo, chorreando, y soplaba viento. Por el cielo frío cruzaban veloces retazos de nubes bajas y negruzcas. Gemían

a intervalos los árboles en sus copas y crujían en sus raíces. Era una mañana melancólica.

Gaganov y Mavriki Nikolayevich llegaron al lugar del encuentro en un elegante coche abierto tirado por dos caballos, que guiaba el propio Artemi Pavlovich. En el carruaje iba también un lacayo. Casi al mismo momento aparecieron Nikolai Vsevolodovich y Kirillov, pero no en coche, sino a caballo, y en compañía de un criado a caballo también. Kirillov, que nunca había cabalgado, se tenía firme y sereno en la silla. En la mano derecha llevaba un pesado estuche con las pistolas, que no quería confiar al sirviente, mientras que con la izquierda, por falta de pericia, tiraba continuamente de las riendas, con lo que el caballo cabeceaba y mostraba querer empinarse sobre los cuartos traseros, lo cual, por lo demás, no asustaba nada al jinete. El desconfiado Gaganov, pronto a ofenderse de súbito y sin contemplaciones, consideró la llegada de los jinetes como un nuevo agravio, juzgando que éstos, por lo visto, esperaban salir victoriosos del lance, puesto que no creían necesario un carruaje en caso de tener que evacuar a Stavrogin si resultaba herido. Se apeó de su vehículo, amarillo de rabia y sintiendo que le temblaban las manos, de lo que dio cuenta a Mavriki Nikolayevich. No hizo caso del saludo de Nikolai Vsevolodovich y le volvió la espalda. Los segundos echaron suertes, que resultaron favorables a las pistolas de Kirillov. Midieron la distancia entre las barreras, situaron a los duelistas en sus sitios y ordenaron que el coche, los caballos y los criados se alejasen trescientos pasos. Las armas fueron cargadas y entregadas a los adversarios.

Quisiera detenerme más en las descripciones, pero debo acelerar mi relato, aunque al menos haré aquí una acotación relevante: estaba triste Mavriki Nikolayevich, y además preocupado. En cambio Kirillov se mostraba tranquilo y hasta indiferente, además, muy ocupado en cumplir escrupulosamente con la obligación contraída, pero sin la menor agitación y casi sin curiosidad ante el fatal y ya muy cercano desenlace del asunto. Nikolai Vsevolodovich estaba más pálido que de costumbre. Asistió ligeramente vestido, con un abrigo y un sombrero blanco de castor. Parecía muy cansado, frunció el ceño algunas veces, y no miraba a nadie, para ocultar su malestar. Pero aún más notable en ese momento era Gaganov, ya que no ofrecía nada particular que señalar.

2

No hemos dicho nada respecto de su aspecto. Alto de cuerpo, blanco de tez, bien alimentado, como dice la gente del pueblo, casi grueso, de pelo rubio y escaso, de unos treinta y tres años y hasta casi buen mozo. Se había retirado del ejército con el grado de coronel y, de haber seguido hasta alcanzar el de general, su empaque habría sido mayor aún y acaso habría sido un buen general de línea.

No cabe omitir al hacer su retrato que como causa principal de su retiro había servido la idea, que desde hacía mucho le atormentaba, de la deshonra de su familia, como consecuencia del insulto que a su padre había hecho Nikolai Stavrogin cuatro años antes en el club. Estaba convencido de que era una vergüenza seguir en el servicio y además pensaba que ofendía a sus camaradas con su presencia, aunque ninguno supiera nada sobre el hecho. Era verdad que tiempo atrás —mucho antes de la afrenta— había querido dejar el servicio, y por un motivo bien distinto, pero sin decidirse hasta que se ofreció esta nueva coyuntura. Por extraño que parezca, ese primer motivo, o más precisamente ese deseo de pasar a retiro, fue el edicto del 19 de febrero de 1861 sobre la emancipación de los siervos. Artemi Pavlovich, el terrateniente más rico de nuestra provincia, que no perdió gran cosa a resultas del edicto, más aún, que era capaz de apreciar lo humanitario de esa medida y hasta las ventajas económicas de la reforma, se sintió personalmente ofendido desde el momento en que fue proclamado el edicto. Era algo inconsciente, una especie de sensación, pero tanto más fuerte cuanto más inexplicable. Hasta la muerte de su padre, sin embargo, no se aventuró a dar ningún paso decisivo; pero en Petersburgo llegó a ser conocido a causa de la «nobleza» de sus pensamientos, por muchas personas notables con las que mantuvo asiduo contacto. Era hombre ensimismado, amigo de aislarse de los demás. Otro rasgo suyo: pertenecía a esa clase extraña, pero que aún sobrevive, de aristócratas rusos que valoran desmesuradamente la antigüedad y pureza de su casta y la toman demasiado en serio. Pero, por otro lado, no podía aguantar la historia rusa, y en general consideraba las costumbres rusas casi como una cochinada. Ya en su infancia, en el colegio militar para vástagos de familias distinguidas y ricas en el que tuvo el honor de comenzar y terminar su educación, arraigaron en él algunas opiniones románticas; le gustaban los castillos, la vida medieval, todo lo que en ella hay de teatral y caballeresco. Por entonces casi lloraba de vergüenza de que la nobleza rusa en los días del reino de Moscovia pudiera ser castigada corporalmente por el zar y se sonrojaba al compararla con su situación presente. Este hombre adusto y estricto que sabía al dedillo todo lo referente al servicio y que cumplía con su deber, en el fondo de su corazón era un soñador. Muchos decían que habría sido un gran orador pero en verdad en sus treinta y tres años de vida nunca había dicho esta boca es mía, y hasta en ese importante círculo de

la capital que frecuentaba últimamente se comportaba con excepcional altivez. Su encuentro en Petersburgo con Nikolai Vsevolodovich, recién llegado de afuera, lo enloqueció. En ese instante, de pie junto a su barrera, sentía una extraña inquietud: algo le hizo suponer que el duelo no se verificaría, pensar en eso lo alteró. Su rostro reflejó una penosa impresión cuando Kirillov, en vez de dar la señal para que empezase el lance, empezó de pronto a hablar, sólo por fórmula, como él mismo explicó en voz alta:

—Lo digo por pura fórmula: ahora que están ustedes pistola en mano y que es preciso dar la orden de disparar, ¿no quieren hacer las paces? Éste es el deber de quien sirve de segundo.

Mavriki Nikolayevich tomó la posta: había guardado silencio hasta entonces, y pese a que desde la víspera venía acusándose de condescendencia y colusión, cogió al vuelo la sugerencia de Kirillov y dijo a su vez:

—Repito las palabras del señor Kirillov… La idea de que es imposible reconciliarse en la barrera es un prejuicio propio y exclusivo de franceses… Además, no comprendo francamente en qué consiste el agravio y desde hace tiempo quiero decir…, porque se han presentado toda clase de excusas, ¿no es así?

—Quiero subrayar una vez más que estoy dispuesto a ofrecer toda clase de excusas —se apresuró a indicar Nikolai Vsevolodovich.

—Pero ¿es posible tal cosa? —gritó furioso Gaganov volviéndose a Mavriki Nikolayevich y pataleando de rabia—. Explique usted a ese individuo, si es usted mi segundo, Mavriki Nikolayevich, y no mi enemigo —y señaló a Nikolai Vsevolodovich con la pistola—, que tales concesiones sólo sirven para aumentar el agravio. ¡No considera posible ser insultado por mí…! ¡No le parece vergonzoso escaparse de mí en la barrera! ¿Por quién me toma, después de esto, en opinión de usted…? ¡Y dice usted que es mi segundo! ¡Lo que hace usted es irritarme para que yerre el tiro! —y volvió a patalear. Le salía espuma por la boca de furia.

—¡Se dan por concluidas las gestiones! —gritó Kirillov a voz en cuello—. Les pido que atiendan a la voz de mando. ¡Uno, dos, tres!

A la palabra tres los duelistas se fueron acercando uno a otro. Gaganov levantó al momento la pistola y disparó al dar el quinto o sexto paso. Se detuvo un segundo y, cerciorándose de que había errado el tiro, se acercó rápidamente a la barrera. También llegó a ella Nikolai Vsevolodovich, alzó la pistola y, manteniéndola un poco en alto, disparó sin apuntar siquiera. Luego sacó un pañuelo y en él se lió el dedo meñique de la mano derecha. Sólo entonces se apercibieron los demás de que Artemi Gaganov no había fallado por completo el tiro, aunque la bala sólo había rozado la parte carnosa del dedo sin tocar hueso; en suma, un rasguño insignificante. Kirillov declaró al instante que si los adversarios no habían quedado satisfechos continuaría el encuentro.

—Declaro —dijo Gaganov otra vez para Mavriki Nikolayevich y con voz ronca por su garganta reseca— que ese individuo —y aquí volvió a señalar a Stavrogin con la pistola— disparó al aire a propósito… ¡Ése es otro insulto! ¡Lo que quiere es negar el duelo!

—Mientras respete las reglas, puedo disparar como desee —respondió Nikolai Vsevolodovich con firmeza.

—¡No es así! ¡Explíqueselo, explíqueselo! —gritó Gaganov.

—Estoy enteramente de acuerdo con la opinión de Nikolai Vsevolodovich —anunció Kirillov.

—¿Por qué no quiere dispararme? —preguntó encolerizado Gaganov sin prestar atención—. ¡Detesto su clemencia! ¡Me…!

—Le doy mi palabra de que no he querido insultarlo —dijo Nikolai Vsevolodovich impaciente—. Disparé al aire porque no quiero matar a nadie más, ni a usted ni a otro cualquiera. En ello no hay nada personal contra usted. Pero no consiento que nadie se entrometa en lo que es mi derecho.

—Si tanto le teme a la sangre, pregúntele por qué me desafió —vociferó Gaganov dirigiéndose siempre a Mavriki Nikolayevich.

—¿Cómo no iba a desafiarlo? —interpuso Kirillov—. Usted no quería escuchar. ¿Cómo iba a librarse de usted?

—Quisiera señalar una cosa —indicó Mavriki Nikolayevich, que estaba ponderando el caso con profunda atención y hasta casi con dolor—. Si un contendiente anuncia de antemano que va a disparar al aire, el encuentro no puede efectuarse por… razones delicadas y… evidentes.

—¡Yo no he dicho que dispararía al aire cada vez! —exclamó Stavrogin, perdida por completo la paciencia—. Usted ignora en absoluto lo que estoy pensando y cómo voy a disparar la próxima vez… No estoy poniéndole trabas al duelo.

—En tal caso, puede continuar el encuentro —dijo Mavriki Nikolayevich dirigiéndose a Gaganov.

—¡Caballeros, a sus puestos! —ordenó Kirillov.

De nuevo se fueron acercando uno a otro, de nuevo falló Gaganov y de nuevo disparó Stavrogin al aire. Este disparo al aire pudo provocar una disputa: Nikolai Vsevolodovich pudo haber afirmado que había disparado como era debido, si él mismo no hubiera confesado que había errado el tiro deliberadamente. No había apuntado directamente al cielo, ni a un árbol, sino que pareció apuntar a su adversario, aunque en realidad a dos pies por encima del sombrero de éste. Esta segunda vez había apuntado bastante más bajo y de modo más plausible. Pero ya era imposible convencer a Gaganov.

—¡Otra vez! —exclamó rechinando los dientes—. ¡No importa! Soy yo el desafiado y quiero usar mi derecho. Voy a disparar por tercera vez… a toda costa.

—Tiene usted perfecto derecho —le atajó Kirillov. Mavriki Nikolayevich no dijo nada. Ocuparon sus puestos por tercera vez y sonó la voz de mando. Esta vez Gaganov llegó hasta la barrera misma y desde ella, a doce pasos, empezó a apuntar. Le temblaban demasiado las manos para que la puntería fuese buena. Stavrogin permanecía erguido, con la pistola baja, y esperaba inmóvil el disparo.

—¡Demasiado tiempo se está tomando usted para apuntar! —gritó Kirillov descontrolado completamente—. ¡Dispare, dispare, vamos! —pero sonó el disparo, y esta vez salió volando el sombrero blanco que llevaba Nikolai Vsevolodovich. Con muy buena puntería, la copa del sombrero había sido perforada muy abajo: un cuarto de pulgada más y todo habría concluido. Kirillov recogió el sombrero y lo arrojó a su dueño.

—¡Dispare! ¡No haga esperar a su adversario! —gritó Mavriki Nikolayevich muy nervioso al advertir que Stavrogin se entretenía mirando el sombrero.

Stavrogin se estremeció, miró a Gaganov, le volvió la espalda y, sin preocuparse ya por lo que pensara su adversario, disparó a un costado, hacia la arboleda. El duelo había terminado. Gaganov parecía anonadado. Mavriki Nikolayevich se le acercó y algo le dijo, pero no parecía comprender. Kirillov, al marcharse, se quitó el sombrero e hizo un saludo con la cabeza a Mavriki Nikolayevich; pero Stavrogin olvidó su cortesía anterior. Después de disparar hacia los árboles no se volvió siquiera a la barrera. Entregó la pistola a Kirillov y se dirigió apresuradamente adonde estaban los caballos. El enojo se reflejaba en su semblante. Guardaba silencio. Kirillov hacía lo propio. Montaron y salieron al galope.

—¿Por qué calla usted? —gritó impaciente a Kirillov cuando ya estaban cerca de casa.

—¿Qué quiere usted? —respondió éste casi resbalando del caballo, que se había levantado sobre las patas traseras.

Stavrogin se contuvo.

—No era mi intención ofender a ese… idiota y lo hice otra vez —dijo con voz apagada.

—Efectivamente —saltó Kirillov—. Y además no es un idiota.

—Hice lo que pude.

—No es así.

—Entonces, ¿qué debí hacer?

—No desafiarlo.

—¿Y recibir otra bofetada?

—Efectivamente.

—¡Creo que no entiendo nada! —dijo Stavrogin irritado—. ¿Por qué esperan todos de mí lo que no esperan de otros? ¿Por qué tengo yo que aguantar lo que ningún otro aguanta y echarme encima una carga que ningún otro puede llevar?

—Yo creía que usted buscaba eso.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Usted… lo ha notado?

—Sí.

—¿Tanto se me nota?

—Sí.

Permanecieron callados un minuto. Stavrogin parecía sumamente turbado. Estaba perplejo o poco menos.

—No disparé porque no quería matar a nadie. Eso fue todo, se lo aseguro —dijo con voz rápida e inquieta, como intentando justificarse.

—No debió usted ofenderlo.

—Entonces, ¿qué debí hacer?

—Debió usted matarlo.

—¿Lamenta usted eso?

—No lamento nada. Pensé que, en efecto, quería usted matarlo. Usted no sabe lo que busca.

—Busco una carga —dijo Stavrogin riendo.

—Si no quería usted sangre, ¿por qué le dio ocasión de que lo matara?

—Si no lo hubiera desafiado, me habría matado sin mediar duelo.

—Eso no es cosa de usted. Quizá no lo habría matado.

—¿Y sí sólo apaleado?

—Eso es cosa de usted. Lleve su carga. De lo contrario no tiene mérito.

—¡Al diablo con el mérito! No busco a nadie que me lo dé.

—Creo que lo buscaba —concluyó Kirillov fríamente. Llegaron a casa de Stavrogin.

—¿Quiere pasar? —propuso Nikolai Vsevolodovich.

—No. Me voy a casa. Adiós —bajó del caballo y se metió el estuche de las pistolas bajo el brazo.

—Espero que al menos no esté enfadado conmigo —dijo Stavrogin alargándole la mano.

—¡En absoluto! —dijo Kirillov volviendo para estrecharla—. Si para mí la carga es ligera, es porque así soy yo. Y si para usted es más pesada será porque así es usted. No hay mucho de que avergonzarse. Sólo un poco.

—Sé que soy un individuo insignificante, pero no me hago pasar por fuerte.

—Bueno, no finja más. Tomemos una taza de té.

Stavrogin entró en su casa hondamente turbado.

3

Aleksei Yegorovich le hizo saber que Varvara Petrovna, muy contenta de poder dar un paseo a caballo —el primero después de ocho días de enfermedad—, había mandado aparejar el coche y se había ido sola, «según su costumbre en días anteriores, a respirar aire fresco, porque ya se estaba olvidando de lo que era eso».

—¿Sola o con Daria Pavlovna? —Nikolai Vsevolodovich interrumpió con rápida pregunta al viejo; y frunció el ceño al oír que Daria Pavlovna «se había excusado, por hallarse indispuesta, de acompañar a la señora y estaba ahora en sus habitaciones».

—Viejo, cuidado —dijo como si tomara una determinación súbita—, no la pierdas de vista en todo el día, y si ves que viene a verme, que no logre su cometido, dile que yo mismo he pedido que no viniera…, pero que, llegado el momento, yo mismo la llamaré…, ¿me oyes?

—Eso haré, señor —dijo Aleksei Yegorovich triste y taciturno.

—Pero no le digas nada hasta no estar completamente seguro de que viene a verme.

—No se preocupe, señor, que no habrá equivocación. Hasta aquí las visitas se han arreglado por mi mediación. Siempre ha contado usted con mi ayuda.

—Lo sé. De todos modos, no antes de que venga a verme. Tráeme té cuanto antes, si es posible.

Apenas había salido el viejo cuando se abrió esa misma puerta y en el umbral apareció Daria Pavlovna. Parecía tranquila aunque estaba pálida.

—¿De dónde viene? —exclamó Stavrogin.

—Estaba ahí fuera, esperando a que se fuese para entrar a verlo. He oído lo que mandaba usted y, en cuanto salió, me escondí tras el ángulo de la pared, ahí a la derecha, y no me vio.

—Hace ya mucho que deseo romper con usted, Dasha…, por algún tiempo…, por el momento. No pude recibirla anoche a pesar de su nota. Yo mismo quería escribirle, pero no sé cómo escribir —añadió con despecho, casi con repugnancia.

—Yo también he pensado que es necesario romper. Varvara Petrovna ya sospecha demasiado de nuestras relaciones.

—¡Que sospeche!

—Es preciso que no esté intranquila. ¿Conque éste es el fin?

—Usted siempre insistiendo en esperar el fin.

—Sí, estoy segura de ello.

—En el mundo nada tiene fin.

—Pero aquí sí lo habrá. Entonces llámeme y vendré. Ahora, adiós.

—¿Y qué clase de fin será? —preguntó sonriendo Nikolai Vsevolodovich.

—¿Usted no está herido y… no ha derramado sangre? —preguntó ella sin

contestar a la pregunta acerca del fin.

—Fue una tontería. No he matado a nadie; no se preocupe. Pero ya se lo oirá usted contar a todos. No me siento del todo bien.

—Me voy. ¿No habrá hoy anuncio de su matrimonio? —preguntó un tanto indecisa.

—Hoy no lo habrá, mañana, tampoco; pasado mañana, no sé; quizás habremos muerto todos; tanto mejor. Déjeme, por favor, déjeme.

—¿No destruirá usted a la otra… loca?

—No destruiré a las locas, ni a ésa, ni a otra; más bien parece que destruiré a las cuerdas. Soy tan ruin y despreciable, Dasha, que bien puede que la llame «al final de todo», como usted dice, y que usted venga a pesar de su buen sentido. ¿Por qué se destruye usted a sí misma?

—Sé que al final me quedaré sola con usted y… espero eso.

—¿Y si al final de todo no la llamo y huyo de usted?

—Eso no es posible. Llamará usted.

—En eso veo mucho desprecio hacia mí.

—Usted sabe que no es sólo desprecio.

—Eso quiere decir que hay algún desprecio, ¿no?

—No he querido decir eso. Dios es testigo de lo mucho que quiero que usted nunca necesite de mí.

—Una frase vale otra. Yo también quisiera no destruirla a usted.

—Usted no puede destruirme a mí nunca, ni por ningún medio. Eso lo sabe usted mejor que nadie —dijo Daria Pavlovna con rapidez y firmeza—. Si no voy a usted, me meteré a hermana de la caridad, a enfermera, cuidaré enfermos, o me iré por ahí a vender Biblias. Ya lo tengo decidido. No puedo vivir en una casa como ésta. No quiero eso… Usted bien lo sabe.

—No. Nunca he logrado entender lo que usted quiere. Se me antoja que se interesa por mí como algunas enfermeras entradas en años se interesan por algún paciente en particular, con preferencia a otros. Mejor aún, como algunas viejas beatas que encuentran a ciertos cadáveres más atrayentes que a otros. ¿Por qué me mira de ese modo tan raro?

—¿Se siente usted muy mal? —preguntó compasiva, mirándolo de modo especial —. ¡Dios mío! ¡Y este hombre quiere prescindir de mí!

—Oiga, Dasha. Ahora no hago más que ver fantasmas. Anoche un demonio se ofreció en el puente a matar a Lebiadkin y María Timofeyevna para resolver lo de mi matrimonio sin que nadie sospeche. Me pidió tres rublos a cuenta, pero me dio a entender muy a las claras que la operación entera no saldría por menos de mil quinientos. ¡Ahí tiene usted a un demonio calculador! ¡Un tenedor de libros! ¡Ja, ja!

—Pero ¿está usted seguro de que fue un fantasma?

—¡Oh, no! ¡No fue un fantasma! Fue sólo Fedka el presidiario, el ladrón que se fugó del presidio. Pero no se trata de eso. ¿A que no sabe usted lo que hice? Le di todo el dinero que llevaba en el portamonedas. ¡Ahora está plenamente convencido de que se lo di a cuenta!

—¿Tropezó usted con él de noche y él le hizo propuesta semejante? Pero ¿no ve que esa gente lo tiene a usted atrapado por completo en su red?

—Déjelos. Pero tiene usted una pregunta en la punta de la lengua; y, ¿sabe?, se lo noto en los ojos —añadió con rencor y una sonrisa irritada.

Dasha se amedrentó.

—¡Que Dios lo proteja de su demonio… y llámeme, llámeme pronto!

—¡Valiente demonio! ¡No es más que un diablejo ruin y escrofuloso, que tiene un catarro de cabeza! ¡Uno de esos diablos que no hacen carrera! Pero aún hay algo, ¿verdad?, que no se atreve usted a decir.

Ella le lanzó una mirada de pena y reproche y se volvió para salir.

—¡Oiga! —exclamó él con una sonrisa torcida y maligna—. Si…, bueno, en una palabra, si… comprende usted, si fuera a esa tienda y la llamara después… ¿vendría usted?

Ella salió sin volverse ni contestar, cubriéndose el rostro con las manos.

—Vendrá aun después de ir yo a la tienda —murmuró tras un instante de reflexión; y una sonrisa de desdén afloró a su semblante—. ¡Una enfermera! ¡Hum! Bien puede ser lo que necesito.

CUARTO CAPÍTULO:
Todos a la expectativa

1

La impresión causada en nuestra sociedad por la historia del duelo, que cundió con presteza, fue especialmente notable por la unanimidad con que todos se apresuraron a ponerse de parte de Nikolai Vsevolodovich. Muchos de sus enemigos anteriores se declararon resueltamente amigos suyos. El motivo principal de tan inesperada alteración en la opinión pública fueron ciertas palabras inequívocas dichas en voz alta por una persona que hasta entonces no había dado su parecer sobre el asunto, palabras que al momento dieron a éste un cariz que interesó profundamente a la gran mayoría de nuestros conciudadanos. He aquí cómo sucedió la cosa: al día siguiente del duelo se reunió toda la ciudad en casa de la esposa del mariscal de la nobleza de nuestra provincia, dama que ese día celebraba el de su santo. Entre los presentes, mejor dicho, a la cabeza de ellos, figuraba Iulia Mihailovna, acompañada por Lizaveta Nikolayevna, que apareció rebosante de belleza y de una singular alegría que a muchas de nuestras damas se les antojó particularmente sospechosa en tal ocasión. A propósito: de su compromiso de matrimonio con Mavriki Nikolayevich ya no cabía duda alguna. A la pregunta festiva de un general retirado, pero de muchas campanillas, de quien hablaremos más adelante, la propia Lizaveta Nikolayevna respondió esa noche sin ambages que estaba prometida. ¿Y qué piensan ustedes que pasó? Pues que ni una sola de nuestras damas quiso creer en tal compromiso. Todas seguían empeñadas en suponer algún lance de amor, algún fatal secreto de familia, algo ocurrido en Suiza en que, por alguna razón, Iulia Mihailovna había tenido parte con toda seguridad. No es fácil saber por qué eran tan insistentes tales rumores, mejor aún, tales ilusiones, y por qué se implicaba tan tercamente en ellos a Iulia Mihailovna. Tan pronto como ésta hizo su entrada, todos se acercaron a ella con miradas extrañas llenas de expectación. Es menester advertir que, por lo reciente del acontecimiento y por algunas circunstancias asociadas a él, todavía se hablaba de él esa noche con cierta cautela, en voz baja; aparte de que aún no se sabía qué medidas tomarían las autoridades. Por lo que se podía colegir, ninguno de los duelistas había sido inquietado por la policía. Todos sabían, por ejemplo, que Artemi Pavlovich se había ido por la mañana temprano a su hacienda en Duhovo sin estorbo alguno. Mientras tanto, todos ansiaban, por supuesto, que alguien fuera el primero en hablar de ello en voz alta y desahogar de ese modo la impaciencia general. Cifraban sus esperanzas en el general arriba mentado y no se equivocaron.

Este general, uno de los socios más prestigiosos de nuestro club, terrateniente no muy rico, pero de mentalidad singular, galanteador de mujeres según la antigua usanza, gustaba mucho, entre otras cosas, de hablar en voz alta —en reuniones muy concurridas y con el aplomo propio de un general— de aquello a lo que los demás se referían todavía en un discreto susurro. En esto consistía lo que cabe llamar su papel

especial en nuestra sociedad. Además, arrastraba las palabras y las articulaba con notable suavidad, rasgo que probablemente había copiado de los rusos que viajaban por el extranjero, o bien de aquellos hacendados, anteriormente ricos, que habían sufrido las mayores pérdidas a resultas de la emancipación de los siervos. Stepan Trofimovich llegó a decir en cierta ocasión que cuanto más había perdido un hacendado, más ceceaba y arrastraba las palabras. Pero también él ceceaba y arrastraba las palabras, aunque sin darse cuenta de ello.

El general empezó a hablar como persona competente para hacerlo. Además de ser pariente lejano de Artemi Pavlovich, aunque reñido y aún en pleitos con él, se había visto en el pasado envuelto a su vez en dos duelos, como consecuencia de uno de los cuales había sido incluso degradado y enviado al Cáucaso. Alguien hizo alusión a Varvara Petrovna, que ese día y el anterior había salido en coche «después de su enfermedad»; y no alusión precisamente a ella, sino al excelente juego que hacían los cuatro caballos grises de su carruaje, de la propia remonta de los Stavrogin. El general declaró de pronto que se había encontrado ese día con «el joven Stavrogin», que iba a caballo… Al instante todos guardaron silencio. El general chasqueó los labios y, dando vueltas entre los dedos a la tabaquera con que se le había obsequiado al pasar a retiro, anunció sin más:

—Siento no haber estado aquí hace unos años…, es decir, en esa época en que estuve en Carlsbad… Humm. Me interesa mucho ese joven, sobre quien oí tantos rumores por aquellos días. Humm. ¿Es verdad que está loco? Alguien lo afirmaba entonces. De buenas a primeras me dicen que un estudiante lo ha agredido aquí, en presencia de sus primos, y que para escaparse de él se había metido debajo de la mesa. Y ayer oigo decir a Stepan Vysotski que Stavrogin se ha batido con ese… Gaganov. Y con el bizarro fin de ofrecerse como blanco a un hombre enfurecido; y sólo para quitárselo de encima. Humm. Eso es lo que habría hecho un oficial de Guardias allá por los años veinte. ¿Visita a alguien aquí?

El general se calló, como si esperara respuesta. Quedaba abierta la puerta a la impaciencia general.

—¡Pero si no hay nada más simple! —dijo de pronto Iulia Mihailovna, levantando la voz con irritación al ver que todas las miradas convergían de pronto en ella, como obedientes a una voz de mando—. ¿Puede acaso maravillarnos que Stavrogin se bata con Gaganov y no conteste al estudiante? ¿Acaso podía retar a duelo a un hombre que antes había sido siervo suyo?

¡Notabilísimas palabras! Pensamiento claro y sencillo, pero que a nadie se le había ocurrido hasta entonces. Palabras que tuvieron insólitas consecuencias. Todo lo escandaloso y difamante, todo lo mezquino y anecdótico, quedó en un momento relegado a segundo término. Surgió una nueva interpretación del asunto. Apareció un nuevo personaje acerca del cual todos se habían equivocado, un personaje casi

modelo de rigor en sus cánones sociales. Mortalmente agraviado por un estudiante, es decir, por un hombre educado que ya no era siervo, hace caso omiso del agravio porque el agraviante había sido antiguo siervo suyo. En la sociedad no había habido sino calumnia y maledicencia para con él; una sociedad frívola que mira con desprecio a un hombre que se deja abofetear. Él, por su parte, desprecia la opinión de una sociedad que no logra elevarse a las genuinas normas morales, pero que sí las discute.

—Y mientras tanto, Iván Aleksandrovich, usted y yo seguimos aquí discutiendo de las normas morales —dijo en noble y exaltado autorreproche un socio viejo a otro.

—Sí, Piotr Mihailovich, sí, señor —coreó el otro con vigor—. ¡Y luego hablamos de la nueva generación!

—Aquí no es cuestión de la nueva generación, Iván Aleksandrovich —observó un tercero, metiendo baza—. Aquí no es cuestión de ella. Aquí se trata de que ese hombre es un astro, señor mío, y no un individuo cualquiera de la nueva generación. Así es como hay que ver la cosa.

—Y ésa es la clase de hombre que nos hace falta. Andamos escasos de gente como ésa.

Lo principal del asunto era que el «hombre nuevo», además de revelarse como «un noble auténtico», era por añadidura el terrateniente más rico de la provincia y, por lo tanto, tenía por necesidad que ser uno de los dirigentes, con cuya ayuda se podría contar en materia de asuntos públicos. Ya he aludido antes, de paso, a la actitud de nuestros terratenientes.

Los comentarios rozaban el entusiasmo.

—Vuestra excelencia debe advertir, en particular, que no sólo no desafió al estudiante, sino que se llevó las manos a la espalda —alegó uno.

—Y que tampoco lo denunció ante los nuevos tribunales —añadió otro.

—A pesar de que en los nuevos tribunales le habrían impuesto una multa de quince rublos por insulto *personal* a un individuo de la nobleza. ¡Je, je, je!

—No. Voy a revelarle el secreto de los nuevos tribunales —dijo un tercero, poseído de frenesí—. Si alguien comete un robo o una estafa y lo atrapan con las manos en la masa, debe ir corriendo a casa y, mientras tiene tiempo todavía, matar a su madre. Al momento lo absolverán de todo, y las señoras que asisten al juicio agitarán sus pañuelos de batista. ¡Ésa es la pura verdad!

—¡La verdad, la verdad!

Salieron a colación las anécdotas usuales. Se recordaron las relaciones de Nikolai Vsevolodovich con el conde K*. Eran notorias las opiniones tan severas como independientes del conde K* acerca de las reformas recientes. Era asimismo conocida su notable actividad pública, algo restringida últimamente. Y he aquí que, de súbito, todos tuvieron por indudable que Nikolai Vsevolodovich y una de las hijas del conde

K* se habían tomado los dichos, aunque nada había que diera pie a tamaña suposición. Y sobre lo de ciertas aventuras en Suiza con Lizaveta Nikolayevna, hasta las señoras dejaron de aludir a ellas. A propósito, debo mencionar que las Drozdovas habían podido hacer por esos días todas las visitas que habían omitido hasta entonces. Ahora todos consideraban a Lizaveta Nikolayevna como una chica enteramente ordinaria que «hacía alarde» de sus débiles nervios. Su desmayo el día de la llegada de Nikolai Vsevolodovich lo interpretaban sencillamente como terror ante la escandalosa conducta del estudiante. Hacían incluso hincapié en lo prosaico de aquello mismo a que con tanto afán habían dado antes un colorido fantástico. De la cojita acabaron por olvidarse; hasta se avergonzaban de recordarla. «Y aunque hubiera habido cien muchachas cojas, ¿quién no ha sido joven?». Sacaban a relucir la conducta respetuosa de Nikolai Vsevolodovich para con su madre, descubrían en él diversas virtudes, comentaban con aprobación sus conocimientos adquiridos en cuatro años de estudio en universidades alemanas. Juzgaban indiscreta la conducta de Artemi Pavlovich. Acabaron por reconocer en Iulia Mihailovna una perspicacia muy por encima de lo común…

Así, pues, cuando el propio Nikolai Vsevolodovich hizo por fin acto de presencia, todos lo recibieron con la más ingenua gravedad. En todas las miradas clavadas en él se leía la expectación más impaciente. Nikolai Vsevolodovich se sumió al momento en un silencio rigurosísimo, con lo que, por supuesto, todos quedaron mucho más satisfechos que si hubiera hablado por los codos. Total, que todo le fue bien y que se puso de moda. En la sociedad provinciana, si uno se presenta una vez, ya no puede volver a esconderse. Nikolai Vsevolodovich volvió a cumplir con la escrupulosidad de antes todas las obligaciones sociales. No se lo consideraba persona alegre. «Es hombre que ha sufrido; no es como los demás; bastante motivo tiene de estar triste». Hasta el orgullo y el despego desdeñoso por los que tanto se lo aborreció cuatro años antes eran ahora objeto de respeto y beneplácito.

La que más alborozo mostraba era Varvara Petrovna. Ignoro si padeció mucho al desvanecerse sus ilusiones acerca de Lizaveta Nikolayevna. A superar la crisis la ayudó, por supuesto, el orgullo de familia. Cosa extraña: Varvara Petrovna quedó de buenas a primeras convencida de que, en efecto, Nikolai Vsevolodovich había «escogido» en casa del conde K*, y lo más extraño fue que llegó a creerlo por los vanos rumores que llegaban hasta ella, como hasta los demás. Por su parte, temía preguntárselo directamente a Nikolai Vsevolodovich. En dos o tres ocasiones, sin embargo, no pudo resistir la tentación de reconvenirlo, con muchos rodeos y tono de buen humor, por no franquearse con ella. Nikolai Vsevolodovich se sonreía y guardaba silencio. Este silencio fue juzgado señal de asentimiento. Y, sin embargo, durante ese tiempo nunca pudo olvidarse de la cojita. La imagen de ésta oprimía su corazón cual una losa, cual una pesadilla, la atormentaba con extrañas alucinaciones

y conjeturas, y eso al mismo tiempo que soñaba con las hijas del conde K*. Pero de esto hablaremos más adelante. Por supuesto, en los círculos sociales empezaron de nuevo a tratar a Varvara Petrovna con el mayor y más escrupuloso respeto, aunque la señora se aprovechó poco de ello y raras veces salía a hacer visitas.

Hizo, sin embargo, una de cumplido a la gobernadora. Por descontado, nadie se sentía más cautivado y subyugado que Varvara Petrovna por las palabras memorables que Iulia Mihailovna había pronunciado en la fiesta de la esposa del Mariscal, palabras que aliviaron la pesadumbre que la atribulaba y disiparon en gran medida la congoja que la agobiaba desde aquel desdichado domingo. «No había comprendido a esa mujer», anunció solemnemente, y con su impulsividad característica declaró a Iulia Mihailovna que había venido a darle las gracias. Iulia Mihailovna se sintió halagada, pero no cedió en su independencia. Ya para entonces había comenzado a pavonearse, quizá con exceso. Por ejemplo, durante la visita dijo que nunca había oído hablar de Stepan Trofimovich ni como hombre público ni como erudito.

—Conozco, por supuesto, al joven Verhovenski y lo recibo con gusto. Es imprudente, pero es todavía joven, aunque tiene amplios conocimientos. En todo caso, no es un crítico jubilado y pasado de moda como su padre.

Varvara Petrovna se apresuró a advertir que Stepan Trofimovich nunca había sido crítico; al contrario, había pasado toda la vida en casa de ella; que era famoso por las circunstancias de su carrera temprana, «demasiado bien conocidas de todo el mundo», y últimamente por sus trabajos de investigación en historia de España; y que, por añadidura, quería escribir algo acerca de la condición actual de las universidades alemanas y también, por lo visto, algo sobre la *Madonna* de Dresde. En suma, que Varvara Petrovna no quiso encomendar a Stepan Trofimovich a los buenos oficios de Iulia Mihailovna.

—¿Sobre la *Madonna* de Dresde? ¿Es ésa la de la Capilla Sixtina? *Chère* Varvara Petrovna, dos horas me pasé sentada delante de ese cuadro y salí de allí decepcionada. No entendí maldita la cosa y me quedé asombrada. También Karmazinov dice que es difícil de entender. Nadie ve ahora nada de particular en ella, ni rusos ni ingleses. Fueron los viejos quienes le dieron la fama que tiene.

—¿Quiere decir que ha cambiado la moda?

—Yo lo que pienso es que no hay que desatender tampoco a los jóvenes. La gente grita que son comunistas, pero a mi modo de ver lo que hay que hacer es compadecerlos y apreciarlos. Estos días me lo leo todo (todos los periódicos, lo que se dice de las comunas, las ciencias naturales), lo recibo todo, porque, al fin y al cabo, hay que saber con quién vive una y a qué debe atenerse. No puede una pasarse toda la vida en alas de la propia fantasía. He llegado a la conclusión (y la he adoptado como norma), de que debo mostrarme amable con la gente moza y detenerla al borde del precipicio. Créame, Varvara Petrovna, que sólo los que formamos la buena sociedad

podemos impedir con nuestros buenos tratos y buena influencia que la juventud se precipite en el abismo al que la empujan con su intolerancia todos esos vejestorios. De todos modos, celebro saber algo de Stepan Trofimovich por mediación de usted. Me da usted una idea: quizá pueda ser útil en nuestro recital literario. Sepa usted que estoy organizando un día entero de festejos por suscripción pública, a beneficio de las instituciones pobres de nuestra provincia. Se las ve dispersas por Rusia; sólo en nuestro distrito hay nada menos que seis. Hay además dos empleadas en la oficina de Telégrafos, dos chicas más que estudian en la academia, y otras que quisieran estudiar pero que no cuentan con medios para ello. ¡La suerte de la mujer rusa es horrible, Varvara Petrovna! De esto se ha hecho ahora cuestión universitaria y hasta se ha ocupado de ello una sesión del Consejo de Estado. En esta Rusia nuestra, tan extraña, uno puede hacer lo que le venga en gana. Y por eso, repito, sólo con la bondad y con la simpatía cálida y franca de toda la buena sociedad podríamos enderezar esta gran causa, que es la de todos, por el buen camino. ¡Ay, Dios santo! ¿Es que no abundan entre nosotros las personas de noble índole? Claro que sí, pero andan desperdigadas por ahí. Unámonos todos y seremos más fuertes. En resumen, que voy a ofrecer primero una *matinée* literaria, seguida de un almuerzo ligero, luego de un descanso, y en la noche de ese mismo día un baile. Pensábamos empezar la *soirée* con *tableaux vivants*, pero a lo que parece resultarían carísimos, y por eso, para que el público se divierta, habrá una o dos cuadrillas con máscaras y disfraces que representen movimientos literarios bien conocidos. Ésa fue una idea festiva que sugirió Karmazinov. Por cierto que me ayuda mucho. Sepa usted que nos va a leer su última obra, que todavía nadie conoce. Deja la pluma y no volverá a escribir; este último ensayo es su despedida del público. Una piececita preciosa que tiene por título *Merci*! El título está en francés; pero a él le parece eso más divertido y aún más ingenioso. A mí también, y así se lo aconsejé. Pienso que también Stepan Trofimovich podría leernos algo si es bastante corto y no demasiado erudito. Parece que Piotr Stepanovich y alguien más leerán también alguna cosa. Piotr Stepanovich pasará por la casa de usted y le dará a conocer el programa. O mejor aún, permita que yo misma se lo lleve.

—Y usted permítame apuntarme en su lista de suscripciones. Le daré el recado a Stepan Trofimovich y yo misma le rogaré que acepte.

Varvara Petrovna volvió a casa como si le hubieran dado un bebedizo. Había tomado resueltamente el partido de Iulia Mihailovna y, por algún motivo, estaba enojadísima con Stepan Trofimovich. Y éste, pobre hombre, seguía en casa ignorante de todo.

—Esa mujer me fascina. No comprendo cómo he podido equivocarme tanto acerca de ella —dijo a Nikolai Vsevolodovich y a Piotr Stepanovich, que pasó a verla esa noche.

—Pero, de todos modos, debe usted también hacer las paces con el viejo —declaró Piotr Stepanovich—. Está desesperado. Lo ha puesto usted en cuarentena, ni más ni menos. Ayer cuando vio que pasaba usted en el coche, la saludó inclinándose y usted le volvió la espalda. Ya verá cómo le hacemos marcar el paso. Cuento con él para algo y todavía puede ser útil.

—¡Oh, leerá algo!

—No me refería sólo a eso. Yo también quería pasar a verlo hoy. Entonces, ¿qué? ¿Le digo lo que hay?

—Si así lo desea… Aunque no sé cómo arreglará usted la cosa —agregó indecisa —. Yo misma había pensado en tener con él una explicación y en señalarle día y lugar para ello —dijo frunciendo el ceño.

—Bueno, no hace falta fijar día. Basta que yo le dé el recado.

—Sí, hágame el favor. Pero dígale también que le señalaré día. No se olvide.

Piotr Stepanovich se marchó sonriendo burlonamente. Por aquellos días, según ahora recuerdo, su malevolencia era más aguda que de ordinario; llegaba al extremo de permitirse descortesías y desplantes con casi todo el mundo. Cosa extraordinaria: por algún motivo todos los perdonaban. Cundía la opinión de que había que entendérselas con él de un modo especial. Haré constar que, en cuanto al duelo de Nikolai Vsevolodovich, adoptó una actitud de singular malignidad. Lo había tomado por sorpresa, y su rostro tomó un tinte oliváceo cuando le contaron el caso. Cabe pensar que se sentía herido en su amor propio, por no haberse enterado hasta el día siguiente, cuando ya todo el mundo lo sabía.

—No tenía usted derecho a batirse —le dijo por lo bajo a Stavrogin cinco días después, cuando tropezó con él en el club. Es curioso que no se hubieran visto en ninguna parte en esos cinco días, a pesar de que Piotr Stepanovich pasaba por casa de Varvara Petrovna casi a diario.

Nikolai Vsevolodovich, sin decir palabra, lo miró distraídamente como si no comprendiese de qué se trataba, y pasó de largo, atravesando el amplio salón del club para llegar al bar.

—También ha visitado usted a Shatov… y quiere usted hacer público lo de María Timofeyevna —dijo corriendo tras él y, como por descuido, agarrándolo del hombro.

Nikolai Vsevolodovich se sacudió de encima la mano y se volvió rápidamente hacia él con el ceño iracundo. Piotr Stepanovich lo miró con prolongada y extraña sonrisa. Fue un instante; enseguida Nikolai Vsevolodovich siguió andando.

2

Al trote se dirigió a casa de Varvara Petrovna a ver al «viejo» porque estaba ansioso de vengarse de un agravio del que yo no tenía ni noticia. Es que el jueves de la semana anterior, Stepan Trofimovich, a pesar de haber sido él mismo quien había iniciado la disputa, acabó por echar de la casa a Piotr Stepanovich, amenazándolo con un bastón. No me lo dijo en su momento; pero ahora, ni bien hubo entrado Piotr Stepanovich, con su sonrisa irónica y su mirada siempre tan desconfiada, Stepan Trofimovich me hizo entender con una seña que no quería que yo dejara la habitación. Así es que pude escuchar toda la conversación.

Stepan Trofimovich estaba sentado en el sofá con las piernas extendidas. Estaba mucho más flaco y desmejorado que el jueves anterior. Piotr Stepanovich se sentó junto a él, de la manera más desenfadada, recogiendo sin miramientos las piernas bajo sí y ocupando el sofá un espacio mucho mayor del que exigía el respeto a su padre. Stepan Trofimovich le hizo sitio en silencio y con dignidad.

En la mesa había un libro abierto. Era la novela titulada *¿Qué hacer?* ¡Ay! Tengo que reconocer una extraña debilidad en mi amigo: de su fantasía enfermiza se iba adueñando gradualmente la ilusión de que debía abandonar su vida retirada y dar una última batalla. Yo barruntaba que había adquirido y estudiaba la novela sólo con el fin de saber de antemano, cuando se produjera el inevitable conflicto con los «vociferantes», cuáles eran sus métodos y argumentos, y saberlo por el propio «catecismo» de ellos, y de tal guisa aprestarse a salir victorioso del encuentro ante los ojos de ella. ¡Ay, cuánto lo martirizaba ese libro! A veces lo tiraba, desesperadamente, y saltando del asiento iba y venía frenético por la habitación.

—Convengo en que la idea clave del autor es verdadera —me dijo enfebrecido—, pero por eso es más horrible. Esa idea es la nuestra, cabalmente la nuestra. Fuimos los primeros en sembrarla, en cultivarla, en preparar el terreno; y, vamos a ver, ¿qué de nuevo podrían decir ellos después de nosotros? Pero ¡Dios santo! ¡Qué manera de expresarla, de retorcerla, de mutilarla! —exclamaba golpeando el libro con los dedos —. ¿Para conclusiones como ésas nos esforzamos nosotros tanto? ¿Quién puede reconocer ahí la idea original?

—¿Ensanchando la mente? —preguntó Piotr Stepanovich con una mueca burlona, cogiendo el libro de la mesa y leyendo el título—. Ya era hora. Puedo traerte algo mejor, si quieres.

Stepan Trofimovich se mantuvo con dignidad en su mutismo. Yo estaba en el sofá que había en un rincón.

Piotr Stepanovich expuso rápidamente el motivo de su visita. Stepan Trofimovich quedó, por supuesto, asombrado y escuchaba con alarma entreverada de aguda indignación.

—¿Y esa Iulia Mihailovna cuenta conmigo para la lectura?

—Bueno, la verdad es que no te necesitan mucho. Más bien lo hace por halagarte y congraciarse así con Varvara Petrovna. Por lo tanto, ya ves que no puedes rehusar. Además, pienso que tú también quieres hacerlo —dijo con su mueca burlesca—. Vosotros los vejestorios tenéis una vanidad infernal. Pero, oye, pon cuidado en que no sea nada muy aburrido. Tienes por ahí algo de historia de España, ¿no es cierto? Lo mejor será que me lo enseñes tres días antes, porque si no, nos dormiremos todos.

Bien claro estaba que lo apresurado y grosero de estas arremetidas era premeditado. Daba a entender que con Stepan Trofimovich era imposible usar otra forma de lenguaje más fina e inteligente. Stepan Trofimovich seguía firme en no darse por enterado de los insultos. Pero la noticia que su hijo le había traído le causaba una impresión cada vez más abrumadora.

—¿Y ha sido ella, ella misma, la que le ha pedido… a usted que me dé el recado? —preguntó palideciendo.

—Bueno, mira, ella quiere fijarte día y sitio para que os expliquéis mutuamente; restos de vuestros trapicheos sentimentales. Tú has estado coqueteando con ella veinte años y le has enseñado modos de obrar de lo más ridículos. Pero no te preocupes, que las cosas han cambiado. Ahora es ella la que asegura a cada paso que ha empezado a «ver claro». Yo le he dicho, así como suena, que toda esa amistad vuestra no es más que un mutuo intercambio de desperdicios. Me ha contado muchas cosas, amigo. ¡Hay que ver qué papel lacayesco has hecho durante todo ese tiempo! Me ha dado vergüenza de ti.

—¿Que he hecho un papel lacayesco? —preguntó Stepan Trofimovich sin poder contenerse.

—Peor aún. Has sido un parásito, es decir, un lacayo voluntario. Holgazán y con ganas de dinero. También ella lo entiende así ahora. De todos modos, ¡hay que ver lo que cuenta de ti! ¡Cómo me he reído, amigo, de las cartas que le escribías! ¡Dan vergüenza y asco! ¡Pero es que todos vosotros sois tan perversos, tan perversos! En la caridad hay siempre algo perverso. Tú eres ejemplo cabal de ello.

—¡Te ha enseñado mis cartas!

—Todas. Claro que no es posible leerlas todas. ¡Uf, cuánto papel has emborronado! Calculo que habrá allí más de dos mil cartas… ¿y sabes, viejo? Pienso que hubo un momento en que estaba dispuesta a casarse contigo. ¡Y tú dejaste pasar la ocasión de la manera más estúpida! Hablo, por supuesto, desde tu punto de vista, pero, de todos modos, mejor sería que lo de ahora, cuando has estado por casarte por «pecados ajenos», como un bufón, como un hazmerreír, por dinero.

—¡Por dinero! ¿Ella, ella te ha dicho que por dinero? —gimió Stepan Trofimovich angustiado.

—¿Y por qué otra cosa? Pero tranquilízate, que yo salí en defensa tuya. Porque

ésa, ya sabes, es tu única justificación. Ella misma se daba cuenta de que te hacía falta dinero, como a todo el mundo, y de que desde ese punto de vista quizá tuvieras razón. Yo le he probado, como dos y dos son cuatro, que ambos vivíais con provecho mutuo: ella como capitalista y tú como su bufón sentimental. Pero ella no se enfada por lo del dinero, aunque la has ordeñado como a una cabra. Lo que la enfurece es que te ha estado creyendo durante veinte años, que la has estado engatusando con tu noble palabrería y la has obligado a mentir tanto tiempo. Que ella también ha estado mintiendo es algo que nunca admitirá, pero por eso mismo te hará sufrir doblemente. No comprendo cómo no has sospechado que llegaría el día en que te ajustaría las cuentas. Porque no has sido tonto del todo. Yo ayer le aconsejé que te metiera en un hospicio…, no te inquietes, en un hospicio decente donde no te sientas humillado; y parece que así lo hará. ¿Te acuerdas de la última carta que me escribiste hace tres semanas?

—Pero ¿se la has enseñado? —gritó Stepan Trofimovich aterrorizado, levantándose de un salto.

—¡Pues claro! Lo primerito que hice. La carta en que me decías que te estaba explotando, que tenía envidia de tu talento, y aquello otro de los «pecados ajenos». A propósito, amigo, ¡te das una importancia…! ¡Cómo me he reído! Tus cartas son, por lo general, aburridísimas. Tienes un estilo horroroso. A menudo ni siquiera las leía, y todavía anda una por ahí sin abrir. Mañana te la mando. ¡Pero ésa, esa última carta tuya, es el colmo de la perfección! ¡Cómo me he reído! ¡Ay, como me he reído!

—¡Monstruo! ¡Monstruo! —exclamó Stepan Trofimovich.

—¡Maldita sea! ¡No se puede hablar contigo! Oye, ¿es que te vas a sulfurar como el jueves pasado?

Stepan Trofimovich se incorporó amenazador.

—¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo?

—¿De qué modo? ¡Claro y sencillo!

—Dime, monstruo, ¿eres mi hijo o no?

—Eso lo sabrás tú mejor que yo. Claro que, en cuanto a eso, todos los padres tienden a ser ciegos…

—¡Calla! ¡Calla! —gritó Stepan Trofimovich temblando de pies a cabeza.

—Ya estás gritando y echando pestes como el jueves pasado, cuando trataste de amenazarme con el bastón; pero da la casualidad de que he encontrado el documento. Por curiosidad pasé toda la velada revolviendo en mi baúl. Es verdad que no hay nada concluyente; puedes estar tranquilo. No es más que una nota de mi madre a ese polaco. Pero a juzgar por el carácter de ella…

—Una palabra más y te rompo la cara.

—¡Hay que ver qué gente! —dijo Piotr Stepanovich volviéndose de improviso hacia mí—. Dese usted cuenta de que así estamos desde el jueves pasado. Me alegro,

al menos, de que esté usted ahora presente y pueda juzgar entre nosotros dos. Un dato para empezar: él se queja de que hable así de mi madre; pero ¿no es él quien me empuja a hacerlo? En Petersburgo, cuando yo estudiaba todavía en el Instituto, ¿no me despertaba él un par de veces durante la noche, me abrazaba y lloraba como una vieja? ¿Y qué cree usted que me contaba esas noches? ¡Pues esas mismas historietas indecentes acerca de mi madre! Fue de él de quien las oí primero.

—¡Ah, eso lo decía con las mejores intenciones! Tú no me comprendiste. Tú no comprendiste nada, nada.

—Pero, de todos modos, eso estaba más feo en ti que en mí. ¡Reconócelo! Pero mira, a mí me es igual, si así lo deseas. Hablo desde tu punto de vista. Desde el mío, no te preocupes, que no echo la culpa a mi madre. Si fuiste tú o si fue el polaco, a mí me da lo mismo. Yo no tengo la culpa de que las cosas os fueran tan mal en Berlín. Pero ¿por ventura os podían ir mejor? ¿No das motivo de risa después de eso? ¿Y no te da lo mismo que yo sea tu hijo o no? Escuche usted —dijo volviéndose de nuevo hacia mí—, en su vida se gastó un rublo en mí. Hasta que cumplí dieciséis años no me conoció siquiera. Después me ha robado aquí. Y ahora chilla que ha pensado en mí toda su vida con dolor de corazón y hace aspavientos delante de mí como un actor. Pero ¡vamos, hombre! ¡Que yo no soy Varvara Petrovna!

Se levantó y tomó el sombrero.

—¡Como padre te maldigo de ahora para siempre! —exclamó Stepan Trofimovich extendiendo hacia él el brazo. Estaba mortalmente pálido.

—¡Pero qué ocurrencias tan idiotas! —dijo Piotr Stepanovich casi con sorpresa —. Bueno, ¡adiós, viejo! Es la última vez que vengo. Espero entonces recibir tu ensayo y sobre todo espero que no incluyas tonterías: datos, datos y datos, y brevedad ante todo. Adiós.

3

Entraban, sin embargo, en el caso otros factores. Piotr Stepanovich abrigaba sin duda ciertas intenciones con respecto a su padre. Yo tengo para mí que se proponía empujar al viejo hasta la desesperación e implicarle de ese modo en algún escándalo público de índole especial. Así lo precisaba para otros objetivos ulteriores de que se hablará más adelante. Por entonces se agolpaban casi todos ellos ilusorios. Además de Stepan Trofimovich tenía otra víctima. Víctimas, en general, las tenía en abundancia, como se vio después. Pero con esa otra víctima contaba muy en particular; y era nada menos que el señor Von Lembke.

Andrei Antonovich von Lembke pertenecía a esa tribu tan favorecida por la fortuna que, según el censo ruso, se compone de algunos centenares de miles y acaso no sabe siquiera que, tomada en conjunto, constituye una unión sólidamente organizada; unión, por supuesto, que no ha sido proyectada adrede, sino que existe espontáneamente dentro de la tribu, sin acuerdo verbal o escrito, como obligación moral que contraen sus miembros de apoyarse mutuamente, en todas partes y en cualesquiera circunstancias. Andrei Antonovich tuvo el honor de asistir a uno de esos selectos colegios rusos donde se educan los jóvenes de familias ampliamente dotadas de riqueza o buenas relaciones. Tan pronto como terminan sus estudios, los alumnos de tales colegios reciben por nombramiento cargos bastante importantes en algún departamento del Estado. Andrei Antonovich tenía un tío que era teniente coronel de ingenieros y otro que era panadero; pero consiguió ingresar en ese colegio aristocrático, donde encontró a no pocos de sus compañeros de tribu. Era buen chico y no de muchas luces, pero todos lo estimaban. Y cuando en los cursos superiores muchos de sus condiscípulos, en su mayoría rusos, habían aprendido ya a discutir problemas importantes, y parecían aguardar la graduación para resolverlos todos, Andrei Antonovich continuaba aún ocupándose en inocentes travesuras de colegio. Divertía a todos con sus picardías, que a la verdad, no eran muy sutiles, quizá cínicas a lo más, pero con las que lograba su propósito. A veces, cuando el profesor le hacía alguna pregunta durante la lección, se sonaba la nariz de manera sensacional, con lo que hacía reír a sus camaradas y al profesor; otras veces, en el dormitorio, representaba un cuadro obsceno ante el aplauso general; otras veces, en fin, interpretaba, con sólo resoplidos de la nariz, y por cierto con bastante destreza, la obertura de *Fra Diavolo*. Descollaba también por su deliberada incuria en el vestir, lo que por alguna razón consideraba divertido. En su último año de colegio empezó a escribir versos en ruso. Su propia lengua tribal la usaba con faltas de gramática, como ocurre en Rusia con muchos individuos de esa tribu.

Esta propensión a los versos lo hizo arrimarse a un compañero de estudios tétrico y deprimido, hijo de un pobre general ruso, a quien se tenía por futura lumbrera

literaria. Éste lo tomó bajo su protección. Pero sucedió que al salir del colegio, hacía ya tres años, el tétrico camarada —que había abandonado su empleo oficial para consagrarse a la literatura rusa y que por eso andaba con botas destrozadas, con los dientes castañeteándole de frío, y con un liviano abrigo de verano en lo más crudo del otoño— tropezó por casualidad en el puente Anachkov con su antiguo protegido Lembka, como todos le llamaban en el colegio. ¿Y qué pasó? Que a la primera ojeada no lo reconoció y se detuvo sorprendido. Ante él estaba un joven irreprochablemente vestido, con patillas de matiz rojizo admirablemente recortadas, lentes, zapatos de charol, guantes recién estrenados, gabán de la Casa Charmére y cartera bajo el brazo. Lembke se mostró amable con su antiguo condiscípulo, le dio su dirección y lo invitó a visitarlo alguna noche. Resultó también que ya no era Lembka, sino Von Lembke. Su camarada fue, sin embargo, a verlo, quizá sólo por malicia. En la escalera, bastante fea y no por cierto la principal, pero cubierta de fieltro rojo, salió a su encuentro el portero a preguntarle qué buscaba. Sonó arriba un campanillazo. Pero en vez del boato que el visitante esperaba ver, encontró a su Lembka en un cuartito lateral, oscuro y deteriorado, dividido en dos por una gran cortina de color verde, con muebles cómodos, pero viejísimos, y cortinas también de un verde oscuro en las altas y angostas ventanas. Von Lembke se alojaba en casa de un general, pariente lejano y protector suyo. Recibió a su visitante con amabilidad, se mostró serio y exquisitamente cortés. Hablaron de literatura, pero sin rebasar los límites del decoro. Un criado con corbata blanca sirvió un té ligero y unas galletitas redondas. El ex condiscípulo, por puro gusto de molestar, pidió agua de Seltz, que le fue servida, pero al cabo de un rato, mientras Lembke daba muestras de azoramiento por tener que volver a llamar al criado para pedírsela. Por su parte, sin embargo, preguntó al visitante si quería tomar un bocado y quedó evidentemente satisfecho cuando éste rehusó la oferta y se marchó al fin. En una palabra, Lembke había empezado su carrera y vivía a costa de su pariente, el influyente general.

Por aquel entonces suspiraba también por la quinta hija del general y, al parecer, era correspondido. Pero, no obstante, llegado el momento oportuno casaron a Amalia con un fabricante alemán de edad provecta, antiguo camarada del viejo general. Andrei Antonovich no lloró mucho e hizo un teatro de cartulina: se levantaba el telón, salían los actores y gesticulaban con las manos. Había público en los palcos, la orquesta movía por resorte los arcos sobre los violines, el director agitaba la batuta, y en la sala de butacas aplaudían los petimetres y los oficiales. Todo ello era de cartulina, todo había sido inventado y fabricado por Von Lembke, que en esa labor pasó seis meses. El general organizó una velada íntima a propósito: se exhibió el teatro, que fue examinado atentamente y elogiado por las cinco hijas del general, junto con la recién casada Amalia y su fabricante, además de muchas señoras y señoritas con sus acompañantes alemanes. Lembke quedó satisfechísimo y se consoló

pronto.

Pasaron los años y quedó asegurada su carrera. Siempre obtenía buenos cargos y siempre bajo jefes de su misma tribu, hasta alcanzar, por fin, un puesto de subida importancia para un funcionario de su edad. Hacía ya tiempo que deseaba casarse y que venía buscando cuidadosamente con quién. A hurtadillas de sus jefes había mandado una novela a la redacción de una revista, pero no se la publicaron. Por otra parte, había hecho, también de cartulina, un tren de juguete, y una vez más su creación fue recibida con gran aplauso: los pasajeros, con bultos y maletas, con niños y perros, salían al andén y subían a los vagones. Los revisores y mozos iban y venían, sonaba la campana, se daba la señal de partida y el tren se ponía en marcha. En la construcción de este ingenioso aparato pasó un año entero. Pero, de todos modos, era preciso casarse. El círculo de sus conocidos era bastante amplio, principalmente de sus conocidos alemanes; pero también alternaba con los rusos, claro está que por razones de su cargo. Por último, cuando ya tenía treinta y nueve años, recibió una herencia. Murió su tío el panadero y le dejó treinta mil rublos en su testamento. Lo que ahora importaba era obtener un buen puesto. A pesar de su vida oficial bastante elevada, era hombre harto modesto. Él se habría contentado con algún modesto puesto oficial independiente, con el derecho anexo de regular la compra de leña para las oficinas del Estado, o algo cómodo por el estilo, y así se habría pasado la vida muy tranquilo. Pero, ahora, en vez de la Minna o la Ernestina que había esperado, apareció de pronto Iulia Mihailovna. Al momento su carrera subió de nivel. El modesto y puntual Von Lembke sintió que también él era capaz de ambición.

Según el cómputo antiguo, Iulia Mihailovna tenía doscientos siervos y, además, importantes relaciones. Por otra parte, Von Lembke era hombre bien plantado y ella había cumplido los cuarenta. Lo notable es que, efectivamente, se fue enamorando de ella poco a poco, conforme se iba acostumbrando a ser su prometido. En la mañana del día de la boda le envió una poesía. A ella le gustaba mucho todo eso, incluso la poesía; al fin y al cabo, no es broma tener cuarenta años. Muy pronto fue ascendido, recibió una condecoración y fue nombrado gobernador de nuestra provincia.

Antes de venir, Iulia Mihailovna adiestró cuidadosamente a su marido. Tenía la impresión de que éste no carecía de dotes, de que sabía cómo entrar en una sala y hacer valer su presencia, de que sabía escuchar y callar con aire meditabundo, de que había aprendido unas cuantas posturas muy decorosas, de que hasta podía pronunciar un discurso y tenía algunas puntas y retazos de ideas, y de que había tomado el barniz indispensable del nuevo liberalismo. Pero, con todo, la preocupaba que fuera un tanto reacio a las nuevas ideas, y que tras la interminable búsqueda de una carrera empezase claramente a sentir la necesidad de descanso. Ella deseaba contagiarle su propia ambición y él se puso de pronto a hacer una iglesia de juguete: el pastor salía a predicar el sermón, los feligreses escuchaban con las manos piadosamente

entrelazadas, una señora se secaba las lágrimas con el pañuelo, un anciano se sonaba la nariz; por último tocaba el órgano, que había mandado traer ex profeso de Suiza sin parar mientes en los gastos. Iulia Mihailovna, un tanto alarmada, arrambló con todo el tinglado tan pronto como se enteró y lo encerró en una caja en su cuarto; y como compensación permitió a su marido escribir una novela, sólo que en secreto. Desde entonces se limitó a contar sólo consigo misma. Lo malo era que sus proyectos padecían de excesiva ligereza y falta de tino. La suerte la había hecho solterona demasiado tiempo. Ahora las ideas se sucedían una tras otra en su mente ambiciosa y activa en demasía. Abrigaba planes, se proponía resueltamente gobernar la provincia, soñaba con rodearse de un grupo de secuaces y acabó por adoptar una línea política determinada. Von Lembke llegó a alarmarse un tanto, aunque, con su tacto oficial, se hizo cargo de que no tenía motivo alguno de alarma en cuanto a la gobernación de la provincia. Los dos o tres primeros meses transcurrieron, en efecto, sin contratiempo alguno. Pero fue entonces cuando hizo su aparición Piotr Stepanovich, y algo extraño empezó a ocurrir.

Se trataba de que el joven Verhovenski manifestó desde el primer momento una patente falta de respeto a Andrei Antonovich y se arrogó sobre éste ciertos derechos extraños; y de que Iulia Mihailovna, siempre tan celosa en proteger la dignidad de su marido, no quería en absoluto darse cuenta de ello, o al menos no le daba importancia. El joven se convirtió en su favorito; comía, bebía y casi dormía en la casa. Von Lembke trató de defenderse, lo llamaba «joven» delante de la gente, le daba palmaditas condescendientes en el hombro, pero nada producía efecto. Piotr Stepanovich parecía reírse de él en su cara, incluso cuando daba la impresión de hablar en serio, y le decía los mayores despropósitos en presencia de extraños. Una vez, al volver a casa, encontró al joven en su despacho, durmiendo tan campante en el diván. Éste dijo, por vía de explicación, que había pasado a verlo y que, no encontrándolo en casa, «había echado una siesta». Von Lembke se dio por ofendido y una vez más se quejó a su mujer, que, tomando a risa la susceptibilidad del marido, dijo que era él mismo quien, por lo visto, no sabía hacerse respetar, que al menos con ella «ese muchacho» no se permitía nunca pareja familiaridad, y que en el fondo «era cándido y desenvuelto, aunque nada amigo de convencionalismos». Von Lembke quedó mohíno. En esa ocasión ella los reconcilió, aunque Piotr Stepanovich no llegó al punto de presentar excusas, sino que salió del paso con un chiste grosero que en otra ocasión se habría podido tomar por un insulto más, pero que en ésta se tomó por arrepentimiento. El punto flaco estaba en que Andrei Antonovich había perdido pie desde el primer momento, revelándole el secreto de la novela. Suponiéndolo un joven ardoroso de talante poético y soñando desde hacía ya tiempo con alguien que lo escuchase, le había leído dos capítulos una noche, en los primeros días de conocerlo. El joven escuchó sin disimular su aburrimiento, bostezó irrespetuosamente, no

pronunció una palabra de elogio; pero al marcharse pidió el manuscrito para leerlo con detenimiento en su casa y formar una opinión, y Andrei Antonovich se lo dio.

Todavía no lo había devuelto, aunque pasaba a diario, y cuando se lo pedía contestaba con una carcajada. Por último declaró que lo había perdido en la calle. Cuando Iulia Mihailovna se enteró de ello, se enojó muchísimo con su marido.

—¿Quizá también le contaste lo de la Iglesia? —le preguntó no sin bastante alarma.

Von Lembke empezó a cavilar de veras, y el cavilar no le sentaba bien y le había sido prohibido por los médicos. Aparte de que en la provincia despuntaban ya trastornos de los que hablaremos más adelante, tenía un motivo personal de cavilación: su corazón había sido lastimado y no sólo su vanidad oficial. Al casarse, Andrei Antonovich no había podido sospechar ni por asomo la posibilidad de discordias familiares o futuras disensiones. Así se lo había imaginado toda su vida pensando en Minna o Ernestina. No se sentía capaz de aguantar las borrascas domésticas. Iulia Mihailovna tuvo, por fin, con él una explicación.

—No puedes enfadarte con él por eso —dijo—, aunque sólo sea porque eres tres veces más juicioso que él y estás muy por encima de él en la escala social. A ese chico le quedan aún muchos resabios de librepensador; en mi opinión son travesuras; pero no hay que obrar precipitadamente; hace falta proceder con cautela. Es menester apreciar a nuestra gente joven. Yo los trato con amabilidad y así les impido que se lancen al abismo.

—¡Pero es que dice cosas atroces! —objetó Von Lembke—. Yo no puedo tratarlo con indulgencia cuando afirma delante de mí y de la gente que el gobierno emborracha al pueblo con vodka para embrutecerlo e imposibilitar que se subleve. Imagínate mi situación cuando tengo que oír eso delante de todo el mundo.

Al decir esto, Von Lembke se acordó de una conversación que había tenido poco antes con Piotr Stepanovich. Con el deseo inocente de hacer gala de su liberalismo, le había enseñado su colección particular de octavillas subversivas y manifiestos de toda índole, rusos y extranjeros, que venía juntando cuidadosamente desde 1859, y no como aficionado, sino por loable curiosidad. Adivinándole la intención, Piotr Stepanovich dijo bruscamente que en un renglón de cualquiera de esas hojas volantes había más ideas que en toda una dependencia del Estado, «sin exceptuar quizá la de usted mismo».

Lembke acusó el golpe.

—Pero eso es prematuro aquí, demasiado prematuro —dijo con voz suplicante apuntando a las octavillas.

—No, no es prematuro; puesto que le tiene usted miedo, no es prematuro.

—Pero mire; aquí, por ejemplo, se incita a la gente a destruir las iglesias.

—¿Y por qué no? Usted es un hombre inteligente y, por supuesto, incrédulo, pero

sabe demasiado bien que necesita de la religión para embrutecer al pueblo. La verdad es más honrosa que la mentira.

—De acuerdo, de acuerdo, estoy plenamente de acuerdo con usted; pero eso es prematuro aquí, prematuro… —dijo Von Lembke frunciendo el ceño.

—Y entonces, ¿qué género de funcionario público es usted si está de acuerdo en que hay que derribar las iglesias y marchar sobre Petersburgo con garrotes y decir que sólo es cuestión de tiempo?

Atrapado de modo tan burdo, Lembke se quedó atónito.

—No es eso, no es eso —dijo arrebatado y sintiéndose cada vez más herido en su vanidad—. Usted, como joven que es, se equivoca, sobre todo por desconocer nuestros propósitos. Oiga, mi querido Piotr Stepanovich, usted nos llama funcionarios públicos, ¿no es eso? Bueno. ¿Funcionarios independientes? Bueno. Pero a ver, dígame: ¿qué es lo que hacemos? Sobre nosotros recae la responsabilidad y, a fin de cuentas, contribuimos a la causa común igual que ustedes. Sólo que nosotros mantenemos en pie lo que ustedes tratan de echar abajo y lo que, sin nosotros, se caería a pedazos. No somos, ni por pienso, enemigos de ustedes. A ustedes les decimos: vayan delante, progresen, derriben incluso, quiero decir lo viejo y lo que necesita enmienda; pero, cuando convenga, les fijaremos límites necesarios, con lo cual les salvaremos de sí mismos, porque si no fuera por nosotros pondrían ustedes a Rusia patas arriba, la privarían de todo decoro visible, mientras que nuestra tarea está en salvaguardar ese decoro. Comprendo que ustedes y nosotros nos necesitamos mutuamente. En Inglaterra, los *whigs* y los *tories* se necesitan unos a otros. Total, que nosotros somos los *tories* y ustedes los *whigs*. Así es como yo entiendo la cosa.

Andrei Antonovich llegó hasta el patetismo. Ya en Petersburgo se había aficionado a hablar como hombre listo y liberal y lo importante era que ahora nadie espiaba sus palabras. Piotr Stepanovich guardaba silencio y, contra su costumbre, estaba serio. Esto animó más al orador.

—¿Sabe usted que yo soy el «amo de la provincia»? —prosiguió Von Lembke paseándose por el despacho—. ¿Sabe usted que por mis múltiples deberes no puedo cumplir con ninguno? ¿Y que, por otra parte, puedo decir con sinceridad que aquí nada tengo que hacer? Todo el intríngulis está en que aquí todo depende del parecer del gobierno. Pongamos que al gobierno se le ocurre proclamar la república, por motivos políticos o para calmar pasiones populares, y que a la vez aumenta los poderes de los gobernadores; pues bien, nosotros los gobernadores aceptaríamos la república. ¿Qué digo la república? Aceptaríamos cualquier cosa. Yo, por mí, estoy dispuesto… En suma, que si el gobierno me exige por telégrafo *activité dévorante*, yo le doy *activité dévorante*. Yo les he dicho aquí, en su propia cara: «Señores míos: Para mantener en equilibrio y desarrollar todos los organismos provinciales sólo hace falta una cosa: ¡aumentar los poderes del gobernador!». Entienda usted que es

menester que todos estos organismos (sean agrícolas o judiciales) tengan vida doble, por así decirlo; es decir, que es necesario que existan (estoy de acuerdo en que eso es indispensable), pero por otra parte, es necesario que no existan, todo según el parecer del gobierno. Si al gobierno se le mete en la cabeza que tales organismos resultan de buenas a primeras indispensables, yo me encargaré de que estén listos al momento. Si dejan de ser indispensables, nadie encontrará uno en mi provincia. He aquí cómo entiendo yo lo de *activité dévorante*, y no la habrá mientras no se aumenten los poderes del gobernador. Usted y yo estamos hablando cara a cara. Como usted sabe, ya he notificado a Petersburgo la necesidad de tener un centinela especial a la puerta de la residencia del gobernador. Estoy esperando respuesta.

—Necesita usted dos —dijo Piotr Stepanovich.

—¿Por qué dos? —preguntó Von Lembke deteniéndose ante él.

Andrei Antonovich torció el gesto.

—Usted…, usted ¡hay que ver qué libertades se toma, Piotr Stepanovich! Aprovechándose de mi buen talante, me tira usted toda clase de indirectas y hace usted el papel de *bourru bienfaisant*…

—Bueno, sea como usted quiera —murmuró Piotr Stepanovich—. De todos modos, ustedes nos allanan el camino y preparan nuestro éxito.

—Pero, vamos a ver, ¿quiénes son esos «nosotros» y de qué «éxito» se trata? —preguntó Von Lembke mirándole fijamente, pero sin recibir respuesta.

Iulia Mihailovna quedó muy descontenta al tener noticia de la conversación.

—Pero ¿es que no puedo tratar a tu favorito con autoridad oficial? —Von Lembke dijo en defensa propia—. ¿Sobre todo cuando hablamos a solas…? Quizá digo demasiado… por mi bondad natural.

—Por demasiada bondad. No sabía que tenías una colección de octavillas. Haz el favor de enseñármelas.

—Pero… ¡si me pidió que se las prestara por un día!

—¡Y, una vez más, se las habrás dado! —exclamó irritada Iulia Mihailovna—. ¡Qué falta de tacto!

—Mandaré a alguien a que las recoja.

—No las entregará.

—¡Exigiré que lo haga! —gritó Von Lembke hirviendo de cólera y hasta saltando de su asiento—. ¿Quién es él para que yo le tema y quién soy yo para no atreverme a hacer nada?

—Siéntate y tranquilízate —dijo Iulia Mihailovna conteniéndolo—. A tu primera pregunta contesto que me fue recomendado con mucho interés, que tiene talento y que a veces dice cosas muy ingeniosas. Karmazinov me aseguró que está bien relacionado en todas partes y que goza de gran predicamento entre la gente joven de la capital. Y si por medio de él me atraigo a todos los demás y los agrupo en torno de

mí, los salvaré de la catástrofe, dando una nueva salida a sus ambiciones. Me es adicto de todo corazón y me obedece sin chistar.

—Pero mientras se los trate con amabilidad… pueden hacer, ¿qué sé yo? Por supuesto, es una idea… —dijo Von Lembke defendiéndose vagamente—, pero…, pero, mira, he oído decir que han encontrado unas octavillas subversivas en un distrito de por aquí.

—Ese rumor ya corría durante el verano: octavillas, billetes falsos, y qué sé yo qué más; pero hasta la fecha no han encontrado ni uno solo. ¿Quién te lo ha dicho?

—Se lo he oído a Von Blum.

—¡Ay, líbrame de ese Blum de tus pecados! Y no vuelvas a mentar su nombre en mi presencia.

Iulia Mihailovna se enfureció y durante un instante ni siquiera pudo hablar. Von Blum era un funcionario de la secretaría del gobernador a quien detestaba de modo especial. De esto se dirá algo más adelante.

—Te ruego que no te preocupes por Verhovenski —dijo concluyendo la plática—. Si alguna vez hubiera participado en algunas travesuras, no hablaría como te habla a ti y a toda la gente de por aquí. Los fraseólogos no son peligrosos. Es más, diré incluso que si llegase a ocurrir algo, yo sería la primera en saberlo por él. Me es fanáticamente adicto, fanáticamente.

Advertiré, anticipando los acontecimientos, que si no hubiera sido por la tozudez y vanidad de Iulia Mihailovna es posible que no hubiera ocurrido nada de lo que esa vil gentuza logró perpetrar entre nosotros. De mucho de eso fue ella responsable.

QUINTO CAPÍTULO:
Antes del festival

1

El día del festival, ideado por Iulia Mihailovna como suscripción a beneficio de las instituciones de nuestra provincia, había sido fijado ya varias veces y aplazado otras tantas. En torno de ella se afanaban el inevitable Piotr Stepanovich, el pequeño funcionario Liamshin, que hacía de recadero, a quien en otro tiempo vimos visitando a Stepan Trofimovich y que, de pronto, ganó favor en casa del gobernador por saber tocar el piano; también Liputin, en quien Iulia Mihailovna pensaba como redactor jefe de un futuro e independiente periódico provincial; algunas señoras y señoritas y, por último, hasta Karmazinov, que, aunque no se movía mucho, decía en voz alta y con aire satisfecho que sorprendería agradablemente a todo el mundo cuando empezasen las cuadrillas literarias. Los suscriptores y donantes surgieron en número extraordinario: toda la crema de la sociedad ciudadana; pero también eran admitidos los que no eran de la crema, con tal de que vinieran con el dinero en la mano: Iulia Mihailovna observó que a veces era menester permitir la mezcla de clases sociales, porque, de otro modo, «¿quién iba a instruirlas?». Se formó una comisión doméstica particular a la que se dio el encargo de que el festival fuese democrático. Lo numeroso de las suscripciones incitaba al dispendio: se quería hacer algo fabuloso —y he ahí el porqué de los aplazamientos—. Aún no se habían puesto todos de acuerdo sobre dónde debía darse el baile: si en la enorme residencia de la mariscala, que ella estaba dispuesta a ceder ese día, o en casa de Varvara Petrovna, en Skvoreshniki. Skvoreshniki quedaba un poco lejos, pero muchos de los de la comisión insistían en que allí se podría estar «más libre». La propia Varvara Petrovna deseaba vivamente que escogieran su casa. Resulta difícil entender por qué esta orgullosa mujer le hacía la rueda, o poco menos, a Iulia Mihailovna. Probablemente le agradaba que ésta, a su vez, casi se humillase ante Nikolai Vsevolodovich y se mostrase más amable con él que con nadie. Repito una vez más que Piotr Stepanovich no cesaba de decir en secreto a todo el mundo en casa del gobernador, y fomentar de continuo, la idea —que ya había insinuado antes— de que Nikolai Vsevolodovich tenía contactos muy confidenciales con los más secretos círculos y que seguramente éstos le habían confiado alguna misión entre nosotros.

Era extraño aquellos días el estado de los ánimos. Sobre todo entre las señoras se echaba de ver alguna frivolidad, sin que se pueda decir que surgiera gradualmente. Ciertas nociones en extremo descaradas parecían flotar en el aire. Había algo jubiloso, al par que liviano, en el ambiente, y no diré que fuera siempre agradable. Estaba de moda juzgar las cosas torcidamente. Más tarde, cuando todo concluyó, se acusó de esta actitud a Iulia Mihailovna, a su camarilla y su influencia; pero a duras penas podía ser ella la causa de todo. Al contrario. En un principio, muchas personas pujaban por ver quién alababa más a la nueva gobernadora por haber unido a la

sociedad y dar a todo un matiz más alegre. Ocurrieron algunos sucesos escandalosos, de los que de ningún modo tuvo la culpa Iulia Mihailovna, pero a la sazón todo el mundo se limitó a divertirse y reír y no hubo nadie que les pusiera coto. Es cierto que al margen quedaba un grupo bastante considerable de personas que tenían ideas muy diferentes acerca del curso de los acontecimientos. Pero tampoco esta gente se quejó entonces. Lo que hizo fue sonreír.

Recuerdo que por aquellas fechas se formó, de modo espontáneo, un círculo bastante amplio, cuyo centro, a decir verdad, quizás estuviera en el salón de Iulia Mihailovna. En esa camarilla íntima que se agrupaba a su alrededor, y, por supuesto, entre los miembros jóvenes de ella, se permitía hacer —y aun llegó a ser regla que se hicieran— toda suerte de travesuras, en ocasiones, por cierto, harto extravagantes. En esa camarilla había incluso algunas damas muy encantadoras. Los jóvenes organizaban giras campestres y veladas; a veces circulaban por la ciudad en coches y a caballo, formando verdaderas cabalgatas. Iban en busca de aventuras, hasta inventándolas a propósito, sólo para tener algo divertido que contar. Trataban nuestra ciudad como si fuera la Ciudad del Destino del cuento de Schedrin. La gente los tildaba de bufones o payasos, porque se atrevían a todo. Sucedió, por ejemplo, que una noche la esposa de un teniente local, morenita y aún joven, aunque algo ajada por los malos tratos que le daba el marido, se sentó, por pura ligereza, a jugar fuerte en una partida de whist, con la esperanza de ganar bastante para comprarse una capota; pero en lugar de ganar perdió quince rublos. Temiendo al marido y sin poder pagar, apeló a su audacia de antaño y decidió pedir en secreto, allí mismo, un préstamo al hijo de nuestro alcalde, chico prematuramente vicioso. Éste no sólo no se lo dio, sino que fue riendo a decírselo al marido. El teniente, que únicamente con su sueldo pasaba verdaderas estrecheces, llevó a su mujer a casa y se vengó a su gusto, no obstante los gritos y quejas de ella y de que le pidiera de rodillas que la perdonase. Esta historia repugnante no causó sino risa en toda la ciudad; y aunque la pobre mujer no era del grupo que rodeaba a Iulia Mihailovna, una de las damas de la «cabalgata», persona excéntrica y aventurera que conocía un poco a la esposa del teniente, fue en su coche a verla y, sin pararse en barras, se la llevó a su casa. Al momento todos nuestros botarates se apoderaron de ella, la halagaron, la colmaron de regalos, y la retuvieron cuatro días sin devolvérsela al marido. Estuvo viviendo en casa de la señora aventurera, paseando en coche con ella y con toda la festiva compañía todo el santo día y por toda la ciudad, y tomando parte en todos los festejos y diversiones. La incitaban de continuo a que llevara al marido a los tribunales y lo procesara. Le aseguraban que todos la apoyarían y se presentarían a declarar. El marido callaba, sin osar volver por sus derechos. La pobrecilla comprendió al cabo que se había metido en un laberinto y, medio muerta de terror, se zafó de sus protectores en la noche del cuarto día y fue a reunirse con el marido. No se sabe a ciencia cierta qué pasó entre

los esposos; pero las persianas de los dos huecos de la casita de madera del teniente no se abrieron durante quince días. Iulia Mihailovna se incomodó con los revoltosos cuando se enteró del caso y quedó descontenta de la conducta de la dama aventurera, aunque ésta le había presentado a la mujer del teniente el mismo día del rapto. Pero el incidente cayó pronto en el olvido.

En otra ocasión, un empleado del Estado de poca categoría, respetado padre de familia, casó a su hija —muchacha muy agraciada de diecisiete años a quien todos conocían— con un joven funcionario también de baja graduación procedente de otro distrito. Pero de buenas a primeras se supo que el novio se había portado muy mal con la novia en la noche de bodas, vengando en ella su mancillado honor. Liamshin, que había sido testigo de la escena por haberse embriagado en la boda y haber tenido que quedarse esa noche en la casa, recorrió la ciudad no bien despuntó el día divulgando la alegre noticia. Al momento se formó una partida de una docena de hombres, todos a caballo, algunos en jamelgos cosacos de alquiler, como, por ejemplo, Piotr Stepanovich y Liputin, que, a despecho de sus canas, tomaba parte por entonces en casi todas las andanzas escandalosas de nuestra frívola juventud. Cuando los novios aparecieron en la calle en un coche de dos caballos para hacer las visitas de cumplido que, según estipula nuestra costumbre, deben efectuarse indefectiblemente el día después de la boda, toda la cabalgata rodeó el vehículo entre alegres risotadas y los acompañó por la ciudad toda la mañana. Es cierto que no entraron en la casa y esperaron a la puerta en sus monturas; tampoco llegaron a insultar personalmente a los novios, pero, no obstante, provocaron un escándalo. La ciudad entera habló de ello. Todo el mundo, por supuesto, se rió. Pero esta vez fue Von Lembke el sulfurado, y tuvo de nuevo con Iulia Mihailovna una escena acalorada. Ella también se enfadó muchísimo y estuvo tentada de cerrar su puerta a los bribones. Pero al día siguiente los perdonó a todos, gracias a las súplicas de Piotr Stepanovich y algunas palabras de Karmazinov.

—Esto está conforme con las costumbres locales —dijo el último—. En todo caso, es típico y… atrevido. Vea usted que todo el mundo se ríe y que la única enfadada es usted.

Pero hubo también travesuras intolerables, de un matiz inequívoco.

En la ciudad apareció una mujer respetable, si bien de la clase artesana, vendiendo ejemplares del Nuevo Testamento. Se habló de ella porque los periódicos de Petersburgo habían publicado poco antes unos reportajes interesantes sobre tales vendedoras. Una vez más el bufón de Liamshin, ayudado por un seminarista que vagabundeaba por la ciudades a la espera de ser nombrado maestro en la escuela local, so pretexto de comprar unos libros a la buena mujer, metió subrepticiamente en la bolsa de ella un paquete lleno de fotografías indecentes y obscenas traídas del extranjero, cedidas a tal propósito, como se averiguó después, por un anciano muy

decoroso cuyo nombre me callo, con una importante condecoración al cuello y aficionado, como él decía, a «la risa franca y las bromas alegres». Cuando la pobre mujer empezó a sacar de la bolsa las Sagradas Escrituras en nuestra Galería Comercial, salieron también las fotografías. Ello fue causa de hilaridad e indignación. La gente se congregó en torno de la mujer y empezó a abuchearla; y hasta la hubiera agredido de obra, de no haber llegado a tiempo la policía. La vendedora fue encerrada en una celda de la comisaría y sólo a la noche, gracias a los buenos oficios de Mavriki Nikolayevich, que se había enterado con indignación de los íntimos detalles de tan ruin historia, la pusieron en libertad y la expulsaron de la ciudad. De nuevo, Iulia Mihailovna estuvo a punto de cerrar sus puertas a Liamshin, pero esa misma noche nuestra gente, en nutrido grupo, lo llevó a casa de ella con la noticia de que había compuesto una nueva y divertida pieza para piano y persuadió a la dama para que la oyera. La pieza era, en efecto, festiva y llevaba el título absurdo de *Guerra franco-prusiana*. Empezaba con los sonidos amenazadores de *La Marsellesa*:

Qu'un sang impur abreuve nos sillons!

Retumbó el pomposo desafío, el éxtasis de futuras victorias. Pero, de pronto, mezclados de mano maestra con las variantes del himno —y procedentes de abajo, de un lado, de algún rincón, pero de muy cerca— suenan los compases triviales de *Mein liebre Augustin*. *La Marsellesa* no le hace caso. *La Marsellesa* está en la cumbre de su propia grandeza; pero Augustin va cobrando brío, Augustin se insolenta cada vez más; y he aquí que, de improviso, los compases de Augustin empiezan a fundirse con los de *La Marsellesa*. Ésta parece irritarse, toma por fin en cuenta a Augustin, quiere sacudírselo de encima, ahuyentarlo como mosca importuna y trivial, pero Augustin se agarra a ella con mayor fuerza, es festivo y arrogante, jubiloso e impertinente; y *La Marsellesa* parece de pronto volverse tonta de capirote; ya no disimula su irritación y rencor; se deshace en aullidos de indignación, lágrimas y juramentos, con los brazos extendidos a la Providencia.

Pos un pouce de notre terrain, pas une piece de nos forteresses!

Pero ahora se ve obligada a cantar con el mismo compás que *Mein liebre Augustin*. Su melodía se transforma de la manera más estúpida en la de Augustin, se debilita y desaparece. Sólo de cuando en cuando, como colándose por un intersticio, se oye otra vez «*qu'un sang impur*…», pero al instante se disuelve fatigada en el horrible vals. Por último, se resigna por completo: es ahora Jules Favre, que solloza sobre el pecho de Bismarck y que le entrega todo, todo… Ahora es a Augustin al que le toca ensoberbecerse; se oyen sonidos roncos, se tiene la impresión de beber

cerveza a barriles, se siente el frenesí de la autoglorificación, la demanda de miles de millones, de cigarros caros, de champaña y de rehenes. Augustin se trueca en un furioso rugido… *La guerra franco-prusiana* llega a su fin. Nuestra gente aplaude, Iulia Mihailovna se sonríe y dice: «¿Cómo es posible echarlo de aquí?». Se hacen las paces. El granuja tiene, en efecto, talento. Stepan Trofimovich me aseguró en cierta ocasión que las personas de superlativo talento artístico pueden ser los mayores sinvergüenzas y que lo uno nada tiene que ver con lo otro. Más tarde corrió el rumor de que Liamshin había sustraído esa piececilla a un joven talentudo y modesto, conocido suyo, que estaba de paso por la ciudad y que siguió tan desconocido como antes; pero eso ahora no importa. Nuestro granuja, que durante algún tiempo mariposeó en torno de Stepan Trofimovich, imitando, cuando se le pedía, en las veladas de éste, a judíos de toda clase, o la confesión de una vieja sorda, o el nacimiento de un niño, ahora remedaba a veces en casa de Iulia Mihailovna, y de la manera más divertida, al propio Stepan Trofimovich bajo el título de «Un liberal de los años cuarenta». A todos les causó una risa tan convulsiva que resultó punto menos que imposible expulsarlo de allí: se había hecho demasiado indispensable. Por añadidura, adulaba servilmente a Piotr Stepanovich, que, a su vez, adquirió por entonces un ascendiente verdaderamente irresistible sobre Iulia Mihailovna…

No debiera haber hablado tan detalladamente de este sinvergüenza, puesto que no vale la pena detenerse en él; pero es que ocurrió un incidente repulsivo en el que, según lenguas, él también había tomado parte; incidente que no puedo pasar por alto en esta crónica mía.

Una mañana cundió por la ciudad la noticia de un sacrilegio tan perverso como repulsivo. A la entrada de nuestra enorme plaza del Mercado se levanta la iglesia del Nacimiento de la Virgen que, por su antigüedad, es una de las más notables de nuestra también antigua ciudad. A la puerta de la verja que rodea a la iglesia había desde hace mucho tiempo en el muro una enorme imagen de la Virgen tras una rejilla. Y he aquí que una noche fue despojada la imagen, hecho añicos el cristal que la protegía, destrozada la rejilla, y arrancadas de la corona y el manto algunas perlas y otras piedras preciosas, ignoro si de mucho valor. Pero lo importante era que, además del robo, se había cometido un sacrilegio insensato y decisorio: tras el roto cristal de la imagen encontraron a la mañana siguiente, según se dice, un ratón vivo. Ahora, cuatro meses después, se sabe con certeza que el delito fue cometido por Fedka, el presidiario, pero, por algún indicio, se dice que Liamshin también participó en él. Entonces nadie habló de Liamshin ni sospechó de él, pero ahora todos aseguran que fue él quien puso allí el ratón. Recuerdo que nuestras autoridades no sabían a qué atenerse. La gente se congregó desde la mañana en el lugar del delito, y desde entonces hubo allí un grupo, quizá no muy grande —en todo caso, de cien personas a lo más—. Llegaban unos y se marchaban otros. Los que llegaban se santiguaban y

besaban la imagen. Empezaron los donativos, hizo su aparición una bandeja para la colecta y, junto a ella, un monje; y sólo a las tres de la tarde pensaron las autoridades en la posibilidad de mandar que no se congregase allí la gente, sino que rezara, besara la imagen, hiciera el donativo y se fuera. Este lamentable incidente produjo en Von Lembke una impresión de lo más sombría. Según me han dicho, Iulia Mihailovna aseguraba después que desde esa mañana de mal agüero empezó a notar en su marido el extraño abatimiento que no lo abandonó hasta hace dos meses, cuando por causa de enfermedad hubo de marcharse de aquí, abatimiento que por lo visto padece todavía en Suiza, donde sigue descansando de su breve estancia en nuestra provincia.

Recuerdo haber llegado a la plaza a la una de la tarde; el gentío guardaba silencio y los semblantes expresaban consternación y tristeza. Un comerciante grueso y cetrino llegó en coche de punto, se apeó, hizo una profunda reverencia, besó la imagen, puso un rublo en la bandeja, volvió suspirando a su coche y partió. Llegaron asimismo en un carruaje dos de nuestras damas, en compañía de dos de nuestros revoltosos. Los mozos (uno de los cuales no lo era ya tanto) se apearon también del carruaje y se abrieron paso hasta la imagen, apartando a la gente de manera harto descortés. Ninguno de los dos se quitó el sombrero y uno de ellos se caló los lentes. La gente empezó a murmurar, en voz baja, sí, pero de modo nada amable. El de los lentes sacó un portamonedas abarrotado de billetes y de él extrajo una pieza de cobre que arrojó en la bandeja; y, riendo y hablando fuerte, ambos volvieron al carruaje. En ese mismo instante llegó a caballo Lizaveta Nikolayevna, acompañada de Mavriki Nilolayevich. Saltó de su montura, lanzó las riendas a su acompañante, que, por orden de ella, permaneció montado, y se acercó a la imagen en el momento en que era arrojada en la bandeja la moneda de cobre. Una ola de indignación coloreó sus mejillas. Se quitó el sombrero redondo y los guantes, cayó de rodillas ante la imagen en la acera cubierta de barro y se postró reverentemente tres veces. Luego sacó el bolso, en el que sólo halló unas cuantas monedas de plata, por lo que al momento se quitó los pendientes de brillantes y los puso en la bandeja.

—¿Puedo dejarlos? ¿Puedo? ¿Para adornar el manto? —preguntó llena de agitación al monje.

—Puede usted —respondió éste—. Todo donativo es una bendición.

La gente guardó silencio, sin expresar aprobación o desvío. Lizaveta Nikolayevna montó en su caballo con el vestido cubierto de fango y salió al galope.

2

Dos días después del suceso que acabamos de describir tropecé con ella en compañía de una numerosa pandilla que iba a algún lugar en tres carruajes rodeados de caballistas. Me hizo seña con la mano, detuvo el carruaje y me rogó con insistencia que me uniera al grupo. Me encontró sitio en el vestíbulo, me presentó riendo a sus acompañantes, damas elegantemente vestidas, y me explicó que todas iban a hacer una excursión sumamente interesante. Se reía a carcajadas y parecía demasiado alegre. Últimamente se había vuelto algo festiva y juguetona. En efecto, la aventura era excéntrica: todos se dirigían al otro lado del río, a casa del comerciante Sevostyanov. En un pabellón anexo a ella vivía desde hacía diez años —recluso, contento y cómodo— un «santo» y profeta medio ido de la cabeza, Semion Yakovlevich, famoso no sólo entre nosotros, sino también en las provincias vecinas y hasta en Moscú y Petersburgo. Todo el mundo lo visitaba, en particular, forasteros en busca de algún mensaje sibilino, que le rendían homenaje y le hacían ofrendas. Las ofrendas, a veces considerables, eran piadosamente enviadas a alguna iglesia, por lo común, al monasterio de Nuestra Señora, a menos que el propio Semion Yakovlevich las quisiera para sí. Con tal fin, un monje de ese monasterio montaba guardia constante junto a Semion Yakovlevich. Todos los de nuestro grupo contaban con divertirse mucho en la visita. Liamshin había estado antes a verle y afirmaba que Semion Yakovlevich había mandado que lo echaran de allí a escobazos; y con su propia mano le había tirado dos papas cocidas. Entre los que iban a caballo divisé a Piotr Stepanovich, de nuevo en un jamelgo cosaco de alquiler en el que se tenía con muy poca pericia, y Nikolai Vsevolodovich, también a caballo. Nikolai Vsevolodovich no desdeñaba participar de cuando en cuando en los pasatiempos generales y en tales ocasiones su semblante tomaba, según convenía, un cariz alegre, aunque, como de costumbre, hablaba poco y de tarde en tarde. Cuando, después de cruzar el puente, la cabalgata llegó a la altura de la hostería local, alguien hizo saber de buenas a primeras que en un cuarto de la hostería acababan de hallar a un viajero muerto de un tiro, y que estaban esperando a la policía. En seguida surgió la idea de ir a ver al suicida. La idea fue secundada: nuestras damas no habían visto nunca un suicidio. Recuerdo haber oído decir en voz alta a una de ellas que «todo era tan aburrido que, en materia de diversión, no había que andarse con escrúpulos, con tal de que fuera interesante». Sólo unos cuantos se quedaron a la puerta; los demás entraron en pelotón en el mugriento corredor y entre ellos, con gran sorpresa mía, vi a Lizaveta Nikolayevna. La habitación de quien se había pegado el tiro estaba abierta y, por supuesto, nadie se atrevió a cerrarnos el paso. El suicida era un chico joven, de no más de diecinueve años, que debía haber sido bastante guapo, de pelo rubio abundante, rostro ovalado de líneas regulares y frente noble y hermosa. Estaba ya

rígido, y su pequeño rostro blanquecino parecía de mármol. En la mesa había una nota de su propia mano en la que decía que no se culpara a nadie de su muerte y que se había matado de un tiro porque se había «bebido» cuatrocientos rublos. La palabra «bebido» figuraba efectivamente en la nota; y en los cuatro renglones de que constaba había tres faltas gramaticales. Muy afectado, en particular, estaba un propietario grueso, al parecer vecino suyo, que se alojaba en la hostería por asuntos propios. De las palabras de éste parecía resultar que el muchacho había sido enviado del campo a la ciudad por su familia —madre viuda, hermanas y tías— para que, aconsejado por una pariente que vivía allí, hiciese varias compras para el ajuar de su hermana mayor, que estaba a punto de casarse, y las llevara a casa. Le encomendaron cuatrocientos rublos, fruto del ahorro de muchos años, gimiendo de terror y despidiéndole con infinitas advertencias, oraciones y señales de la cruz. Hasta entonces el muchacho había sido modesto y formal. Cuando llegó a la ciudad, tres días antes, no se presentó en casa de su pariente, se instaló en la hostería y fue derecho al casino, con la esperanza de encontrar en alguna habitación trasera un tahúr ambulante o, al menos, una partida de cartas en que se jugara fuerte. Pero esa noche no hubo ni tahúr ni partida. De regreso en la hostería, ya cerca de medianoche, pidió champaña y cigarros habanos y mandó preparar una cena de seis o siete platos. Pero se embriagó con el champaña, se mareó con los cigarros, por lo que no probó bocado de lo que le trajeron, y se acostó casi desmayado. Cuando despertó enteramente sereno al día siguiente, fue derecho a un arrabal del otro lado del río donde había un campamento de gitanos del que había oído hablar la víspera en la hostería, y no apareció por ésta durante dos días. Por último, el día antes, sobre las cinco de la tarde, volvió borracho, se acostó inmediatamente y durmió hasta las diez de la noche. Cuando despertó, pidió un filete, una botella de Château d'Yquem, uvas, papel, tinta y la cuenta. Nadie advirtió en él nada fuera de lo común: estaba sereno, plácido y amable. Seguramente se había disparado el tiro al filo de medianoche, aunque era raro que nadie hubiese oído el disparo y que sólo descubrieran el cadáver a la una de la tarde, cuando, al no recibir respuesta a las llamadas que se hicieron, fue derribada la puerta. La botella de Château d'Yquem estaba medio vacía, lo mismo que el plato de uvas. El disparo había sido hecho en pleno corazón con un revólver de dos cañones. Había muy poca sangre; el revólver se había desprendido de la mano y estaba en la alfombra. El muchacho yacía medio reclinado en un rincón del sofá. La muerte parecía haber sido instantánea, porque el rostro no reflejaba ningún sufrimiento agónico y su expresión era de sosiego, casi de felicidad, como la de quien no tiene cuidados. Toda nuestra gente estuvo contemplándolo con ávida curiosidad. Por lo general, en toda desgracia que sucede al prójimo, hay siempre algo que divierte al ojo ajeno, sea quien quiera el desgraciado. Nuestras damas miraban en silencio, mientras sus acompañantes hacían alardes de agudeza y notable presencia de

ánimo. Uno de ellos observó que ésa era la mejor solución y que el chico no habría podido dar con otra mejor; otro concluyó que, aunque por poco tiempo, el chico había vivido bien; un tercero preguntó de pronto por qué tanta gente había empezado a ahorcarse y levantarse la tapa de los sesos entre nosotros, como si se sintiera desarraigada o se abriera la tierra bajo sus pies. Al que así razonaba lo miraron con desaprobación. Entonces Liamshin, jactándose de su papel de bufón, tomó del plato un pequeño racimo de uvas; luego otro, riéndose, hizo lo propio, y un tercero alargó la mano al Château d'Yquem, pero lo detuvo la llegada del jefe de policía, que incluso mandó «evacuar la habitación». Como todos habían visto bastante, salieron sin chistar, aunque Liamshin se puso a importunar al jefe de policía acerca de algo. El regocijo general, la risa y la cháchara festiva se redoblaron en la segunda mitad de la excursión.

Llegamos a casa de Semion Yakovlevich a la una de la tarde en punto. El portón de la casa bastante espaciosa del comerciante estaba abierto de par en par y daba también acceso al pabellón. Pronto nos enteramos de que Semion Yakovlevich estaba almorzando, pero que recibía. Toda nuestra pandilla entró en pelotón. La habitación en que recibía y almorzaba el «santo» era bastante amplia, con tres ventanas, y estaba dividida en dos partes iguales por una barrera enrejada de tres pies de altura que iba de pared a pared. Los visitantes ordinarios se quedaban en la parte de afuera de la barrera, pero a los afortunados se los dejaba entrar, por orden del «santo», en la parte que éste ocupaba, y lo hacían por una portezuela en mitad de la barrera. Allí los hacía sentarse, según su capricho, en unos sillones de cuero o en el sofá; él a su vez, se acomodaba invariablemente en un sillón anticuado y raído estilo Voltaire. Era hombre de complexión recia, abotagado, cetrino, de unos cincuenta y cinco años, rubio y calvo, rasurado de rostro, con la mejilla derecha hinchada y la boca algo torcida. También una verruga grande en el lado izquierdo de la nariz, ojos pequeños y semblante tranquilo, impasible y soñoliento. Estaba vestido a la moda alemana, con levita negra, pero sin chaleco ni corbata. Por debajo de la levita asomaba una camisa de tela basta, pero blanca. Los pies, de los que por lo visto padecía, los tenía enfundados en zapatillas. Alguien me dijo que había sido funcionario de cierta categoría. Acababa de tomar una sopa de pescado y empezaba su segundo plato: papas cocidas, sin pelar y con sal. Nunca comía otra cosa, pero bebía mucho té, al que tenía gran afición. Tres criados cedidos por el comerciante se afanaban a su alrededor: uno de ellos vestido de frac; otro con aire de campesino; y el tercero, de sacristán. Había también un muchacho de temperamento fogoso. Presente, además de los criados, estaba asimismo un monje de aspecto venerable, pelo cano y volumen excesivo, con un jarro para el dinero de la colecta. En una de las mesas hervía un enorme samovar y junto a él había una bandeja con hasta dos docenas de vasos. En otra mesa que estaba frente a ésa se veían los regalos traídos por los visitantes: unas

hogazas de pan y algunas libras de azúcar, un par de libras de té, un par de zapatillas bordadas, un pañuelo de seda, un trozo de tela, un retazo de lino, etc. Los donativos en dinero iban casi todos a parar al jarro del monje. La habitación estaba llena de gente: sólo de visitantes había hasta una docena, dos de los cuales estaban del lado de allá de la barrera con Semion Yakovlevich: un viejo de cabello gris —peregrino de los de la gente del campo— y un monjecillo enjuto de cuerpo, venido de no sé dónde, que estaba sentado con aire decoroso y mantenía la vista fija en el suelo. Los demás visitantes estaban todos del lado de acá de la barrera, todos también gente del campo, salvo un comerciante gordo que había venido de la capital del distrito, hombre de barba larga, ataviado a la rusa, a quien se le conocía un capital de cien mil rublos; una aristócrata pobre y de edad avanzada y un hacendado. Todos estaban a la espera de su buena suerte, sin atreverse a despegar los labios. Cuatro personas estaban de rodillas, pero quien más llamaba la atención era el hacendado, hombre corpulento de unos cuarenta y cinco años, que se había arrodillado junto a la misma barrera delante de todos los demás, y esperaba reverentemente una mirada o palabra benévola de Semion Yakovlevich. Llevaba ya esperando cerca de una hora, pero el «santo» aún no se había fijado en él.

Nuestras damas se apretujaron contra la misma barrera, con alegres susurros y risitas. Apartaron a los que estaban de rodillas y a otros visitantes o se pusieron delante de ellos, pero no delante del hacendado, que se mantuvo impertérrito delante de todos, agarrando incluso la barrera con las manos. En Semion Yakovlevich convergieron miradas regocijadas y ávidamente curiosas a través de *lorgnettes*, lentes y hasta gemelos de teatro. Semion Yakovlevich, tranquilo e indolente, fijaba en todos sus ojos diminutos.

—¡Gente guapa! ¡Gente guapa! —se permitió decir con voz ronca de bajo y un timbre de exclamación en la voz.

Todas las señoras se echaron a reír: «¿Qué quiere decir con lo de gente guapa?». Pero Semion Yakovlevich guardó silencio y acabó de comerse la patata. Por último se limpió los labios con una servilleta y le sirvieron el té.

De ordinario no tomaba el té solo, sino que invitaba a algunos de los visitantes, aunque por supuesto no a todos, y acostumbraba a apuntar con el dedo a los agraciados. Estas disposiciones causaban siempre extrañeza por lo inesperadas. Desdeñando a los ricos y a los altos dignatarios, mandaba unas veces dar té a un campesino o una vieja decrépita; otras, pasando por alto a un mendigo, invitaba a un comerciante rico y bien cebado. El té que se ofrecía era también variado: a unos se les daba té con terrones de azúcar para chupar, a otros té azucarado, y, por último, a otros té sin pizca de azúcar. En esta ocasión los agraciados fueron el monjecillo, con un vaso de té azucarado, y el peregrino viejo, con un vaso de té sin azúcar. Al monje gordo del monasterio que tenía el jarro de la colecta no se le ofreció absolutamente

nada, aunque hasta entonces había recibido su vaso todos los días.

—Semion Yakovlevich, dígame algo. ¡Hace tanto tiempo que quería conocerlo! —clamó con voz cantarina, sonriendo y guiñando los ojos, la dama elegante de nuestro carruaje que antes había dicho que en lo de divertirse no había que andarse con escrúpulos, con tal que la diversión fuera interesante. Semion Yakovlevich ni siquiera la miró. El hacendado que estaba de rodillas dio un suspiro hondo y sonoro que parecía salir de un enorme fuelle.

—¡Un vaso de té con azúcar! —gritó Semion Yakovlevich señalando al comerciante de los cien mil rublos. Éste dio unos pasos adelante y se colocó junto al hacendado.

—¡Echadle más azúcar! —ordenó Semion Yakovlevich cuando ya le habían llenado el vaso—. ¡Más, más todavía! —le pusieron azúcar una tercera y, por fin, una cuarta vez. El comerciante comenzó a beberse el jarabe sin chistar.

—¡Ay, Señor! —musitó la gente persignándose. El hacendado lanzó de nuevo un suspiro sonoro y hondo.

—¡Padre! ¡Semion Yakovlevich! —se escuchó de pronto, acongojada y de una estridencia inesperada, la voz de la señora pobre que nuestro grupo había apretujado contra la pared—. Llevo una hora entera esperando tu bendición, padre querido. Dime qué debo hacer; aconseja a esta pobre desgraciada.

—Pregúntale —mandó Semion Yakovlevich al que tenía cara de sacristán. Éste se acercó a la barrera.

—¿Ha hecho usted lo que le ordenó Semion Yakovlevich la vez pasada? —preguntó con voz baja y lenta a la viuda.

—¿Cómo iba a hacerlo, Semion Yakovlevich? ¡Pero si no puede una con ellos! —gimoteó la viuda—. Son unos caníbales. Se han querellado contra mí y amenazan con llevarme al Tribunal Supremo. ¡A mí, su propia madre!

—¡Dádselo! —Semion Yakovlevich señaló un pan de azúcar. El muchacho fue corriendo a tomar el pan de azúcar y se lo alargó a la viuda.

—¡Ay, padre, qué grande es tu caridad! Pero ¿qué voy a hacer yo con todo esto?

—¡Más! ¡Más! —Semion Yakovlevich multiplicó sus dádivas.

Le dieron otro pan de azúcar. «¡Más, más!», ordenaba el santo. Le entregaron un tercero y, por fin, un cuarto. La viuda se vio rodeada de panes de azúcar por los cuatro costados. El monje del monasterio suspiró; como en ocasiones anteriores, todo eso habría podido ir a parar al monasterio.

—Pero ¿qué voy a hacer yo con todo esto? —gimió humilde la viuda pobre—. ¡Me voy a poner mala! ¿O es que hay en esto una profecía, padre?

—Así es; una profecía —dijo uno de los presentes.

—¡Dale una libra más, una más! —Semion Yakovlevich no cejaba.

En la mesa quedaba todavía un pan de azúcar entero; Semion Yakovlevich mandó

que se lo dieran y se lo dieron.

—¡Señor, señor! —la gente suspiró y se santiguó—. De seguro que esto es una profecía.

—Primero endulza tu corazón con la bondad y la caridad, y luego ven aquí a quejarte de tus propios hijos, carne de tu carne. Eso será lo que significa este obsequio —dijo en voz baja, pero satisfecha, el monje gordo del monasterio que había sido preferido en el reparto del té y que, en un acceso de amor propio lastimado, tomó sobre sí el oficio de truchimán.

—¿Cómo puedes decir eso, padre? —preguntó enojada la viuda—. ¡Pero si me llevaron arrastrando a las llamas cuando se prendió fuego la casa de Vershinin! ¡Si me metieron un gato muerto en el baúl! ¡Si están dispuestos a hacer todo lo malo que pueden!

—¡Échala de aquí! ¡Échala! —gesticuló Semion Yakovlevich.

El sacristán y el muchacho se lanzaron al otro lado de la barrera y cogieron a la viuda del brazo. Ésta, calmada un tanto, se dirigió remolona a la puerta, volviéndose a mirar los panes de azúcar que tras ella llevaba el muchacho.

—¡Quítale uno! ¡Quítaselo! —ordenó Semion Yakovlevich al campesino que se había quedado atrás. Éste corrió tras los que salían y, al poco rato, volvieron los tres criados trayendo el pan de azúcar regalado antes a la viuda y arrebatado después. La viuda, sin embargo, se llevó tres.

—Semion Yakovlevich —se oyó una voz detrás de la multitud, junto a la puerta —, he visto en sueños un pájaro, una corneja, que salía volando del agua y se metía volando en el fuego. ¿Qué significa ese sueño?

—Escarcha —respondió Semion Yakovlevich.

—Semion Yakovlevich, ¿por qué no me ha contestado? ¡Hace tanto tiempo que me interesa usted! —empezó de nuevo la señora de nuestro grupo.

—¡Pregúntale! —dijo Semion Yakovlevich, sin escucharla, apuntando al hacendado que estaba de rodillas.

El monje del monasterio al que se le había mandado preguntar se acercó gravemente al hacendado.

—¿En qué has pecado? ¿No se te mandó que hicieras algo?

—No pelear. No dar suelta a las manos —contestó el hombre con voz ronca.

—¿Y lo has cumplido? —preguntó el monje.

—No puedo cumplirlo. Mi propia fuerza es mayor que mi voluntad.

—¡Échalo de aquí! ¡Échalo! ¡A escobazos con él! ¡A escobazos! —gesticuló Semion Yakovlevich. Sin esperar el castigo, el hacendado se levantó de un salto y salió corriendo de la habitación.

—Ha dejado aquí una moneda de oro —anunció el monje cogiendo del suelo un medio imperial.

—¡Dáselo a ése! —Semion Yakovlevich señaló al comerciante de los cien mil rublos, que tomó la moneda sin osar rechazarla.

—Oro al oro —dijo el monje sin poder contenerse.

—Y a ése, dale té azucarado —Semion Yakovlevich indicó de pronto a Mavriki Nikolayevich. El criado llenó el vaso y estuvo a punto de ofrecérselo por equivocación al petimetre de los lentes.

—¡Al alto! ¡Al alto! —exclamó Semion Yakovlevich corrigiéndolo.

Mavriki Nikolayevich tomó el vaso, saludó a lo militar con media reverencia y empezó a beber. Por algún motivo toda nuestra pandilla prorrumpió en carcajadas.

—¡Mavriki Nikolayevich! —Liza de pronto se dirigió a él—. Ese señor que estaba arrodillado se ha ido. Póngase usted de rodillas donde él estaba.

Mavriki Nikolayevich la miró estupefacto.

—Se lo ruego. Me hará usted un gran favor. Escuche, Mavriki Nikolayevich —prosiguió en tono insistente, rápido, terco y apasionado—, es preciso que se arrodille; es preciso que lo vea de rodillas. Si no lo hace usted, no vuelvo a mirarlo. Es preciso; quiero que lo haga.

No sé lo que se proponía con ello, pero lo pedía con insistencia, sin admitir réplica, como en un ataque de histeria. Ya se verá más adelante que Mavriki Nikolayevich atribuía esos impulsos caprichosos, harto frecuentes en los últimos tiempos, a accesos de odio ciego de Liza hacia él; y no a malicia —ya que, muy al contrario, le mostraba admiración, afecto y respeto, y él mismo lo sabía—, sino a un odio inconsciente que a veces era incapaz de reprimir.

Él, en silencio, dio su vaso a una vieja que estaba detrás, abrió la portezuela de la barrera, entró sin invitación en el recinto privado de Semion Yakovlevich y se hincó de rodillas en medio de él, a la vista de todo el mundo. Pienso que su espíritu sencillo y delicado se sintió hondamente sacudido por el antojo rudo y displicente de Liza en presencia de todos. Acaso creía que ella se avergonzaría al ver su humillación, en la que tanto había insistido. Por supuesto, nadie más que él habría creído posible alterar el carácter de una mujer mediante arbitrio tan ingenuo y arriesgado. Permaneció de rodillas, con su imperturbable gravedad, alto, desmañado, ridículo. Pero nuestra gente no se rió; lo inesperado de su proceder causó un efecto penoso. Todos miraron a Liza.

—¡A ungirlo! ¡A ungirlo! —murmuró Semion Yakovlevich.

De pronto Liza se puso pálida, dio un grito ahogado y cruzó corriendo la barrera. Entonces se produjo una escena rápida e histérica. Con todas sus fuerzas trató de levantar a Mavriki Nikolayevich, agarrándolo de los codos con ambas manos.

—¡Levántese, levántese! —gritó casi fuera de sí—. ¡Levántese ahora mismo! ¡Ahora mismo! ¡Cómo se atreve usted a ponerse de rodillas!

Mavriki Nikolayevich se levantó. Con ambas manos, ella lo agarró de los brazos por encima del codo y lo miró fijamente en la cara. Su mirada expresaba terror.

—¡Gente guapa! ¡Gente guapa! —repitió una vez más Semion Yakovlevich.

Liza, a tirones, llevó por fin a Mavriki Nikolayevich al otro lado de la barrera, mientras en nuestro grupo se producía una verdadera conmoción. Por tercera vez, la señora de nuestro carruaje, quizá queriendo aflojar la tirantez, preguntó a Semion Yakovlevich con voz ronca y chillona y con la sonrisa melindrosa de antes:

—Pero ¿qué, Semion Yakovlevich? ¿Es que no va a usted a «pronunciarme» algo a mí también? ¡Y yo que contaba tanto con usted!

—¡A ti…, a ti… que te den por…! —y Semion Yakovlevich soltó de pronto una palabrota indecente. La frase fue dicha con ferocidad y articulada con terrible nitidez. Nuestras damas chillaron y salieron de allí a todo correr, mientras los caballeros prorrumpían en carcajadas histéricas. Así terminó nuestra visita a Semion Yakovlevich.

Y, sin embargo, también en esa ocasión ocurrió, según se dice, otro incidente sumamente misterioso; y debo confesar que fue por él por lo que he relatado esa excursión con tanto pormenor.

Dicen que cuando todo el mundo salió corriendo de allí en pelotón, Liza, sostenida por Mavriki Nikolayevich, tropezó en la oscuridad con Nikolai Vsevolodovich, en la puerta de la habitación. Es preciso apuntar que, aunque los dos se habían visto más de una vez desde aquel domingo por la mañana cuando lo del desmayo de Liza, no se habían acercado uno a otro ni habían cambiado palabra. Yo vi cómo se encontraron a la puerta; y me pareció que ambos se detuvieron un instante y se miraron de manera un tanto extraña. Pero en la turbamulta puede que quizá no lo viera bien. Afirman, por el contrario, y con toda seriedad, que, después de mirar a Nikolai Vsevolodovich, Liza levantó rápidamente la mano al nivel de la cara de éste y de seguro lo habría abofeteado si él no se hubiera apartado a tiempo. Quizá a ella no le agradase la expresión del rostro de él o su modo de sonreírse, sobre todo entonces, después del episodio de Mavriki Nikolayevich. Yo confieso que no vi nada; sin embargo, todos afirmaban que lo habían visto, aunque dada la confusión no era posible que todos lo viesen, y quizá sí sólo unos cuantos. Pero yo entonces no lo creí. Recuerdo, no obstante, que Nikolai Vsevolodovich estaba bastante pálido durante todo el trayecto de regreso a la ciudad.

3

Se produjo finalmente ese día el encuentro tan programado y tantas veces suspendido entre Stepan Trofimovich y Varvara Petrovna. Ocurrió en Skvoreshniki. Varvara Petrovna llegó muy atareada a su quinta suburbana: el día anterior había estado en el festival en casa de la mariscala. Pero Varvara Petrovna, con su celeridad mental, entendió al momento que nada le impedía dar más tarde su propia fiesta en Skvoreshniki e invitar de nuevo a toda la ciudad. Entonces todos podrían ver por sí mismos cuál de las dos casas era mejor y en cuál se sabía ofrecer la mejor recepción y dar un baile con el mayor gusto. Bien mirado, era imposible reconocerla. Parecía como transformada, y de inaccesible «dama altiva» (expresión de Stepan Trofimovich) como había sido antes había pasado a ser ahora una señora frívola cualquiera de la buena sociedad. O quizá fuera así sólo en apariencia.

Cuando llegó a la quinta deshabitada, recorrió las habitaciones, en compañía de su fiel mayordomo y de Formushka, hombre ducho en negocios y especialista en decoración interior. Fueron largas consultas: qué muebles traer de la residencia urbana; qué objetos, qué cuadros; dónde colocarlos; dónde poner las flores para que mejor lucieran y cuáles traer del invernadero; dónde instalar nuevas cortinas; dónde situar el buffet, o si convendría tener dos; etc., etc. Y he aquí que cuando más atareada estaba se le ocurrió de improviso mandar el coche por Stepan Trofimovich.

Hacía tiempo que éste había sido avisado y estaba listo, esperando de un día para otro invitación tan repentina. Cuando subió al vehículo hizo la señal de la cruz: se jugaba su suerte. Halló a su amiga en el salón grande, sentada en un pequeño canapé situado en una especie de nicho, ante una mesita de mármol, con lápiz y papel en las manos. Fomushka medía la altura de la galería y las ventanas y la propia Varvara Petrovna apuntaba los números y hacía anotaciones en el margen. Sin interrumpir la tarea, hizo con dirección a Stepan Trofimovich un movimiento de cabeza, y cuando éste murmuró un saludo le alargó rápidamente la mano y le señaló un sitio donde sentarse junto a ella.

—Me senté y estuve esperando cinco minutos ¡con el corazón encogido! —me dijo él después—. La mujer que vi no era la que había conocido durante veinte años. La plena convicción de que todo había acabado me daba fuerzas que a ella misma la sorprendieron. Le juro que quedó asombrada de mi firmeza en esa última hora.

De pronto, Varvara Petrovna puso el lápiz en la mesita y se volvió rápida hacia Stepan Trofimovich.

—Stepan Trofimovich, tenemos que hablar de varios asuntos. Estoy segura de que tiene preparadas palabras grandilocuentes y toda clase de frases bonitas, pero mejor será ir derechos al grano, ¿no le parece?

Él se estremeció. Ella se daba prisa por enseñar su baza. ¿Qué más se podía

esperar?

—Aguarde, no diga nada. Déjeme a mí hablar primero. Luego hablará usted, aunque, la verdad, no sé qué puede usted contestarme —prosiguió con rapidez—. Considero deber sagrado seguir pasándole los mil doscientos rublos de la pensión durante el resto de su vida. Bueno, quizá no sea un deber sagrado, sino sólo un acuerdo; eso es mucho más realista, ¿no cree? Si lo desea, lo ponemos por escrito. En la eventualidad de mi muerte, tengo ya tomadas medidas especiales. Pero ahora recibirá de mí, junto a eso, vivienda y servicio, además de manutención. Convirtiendo eso en metálico, asciende a mil quinientos rublos, ¿no es así? A ello agregaré trescientos rublos más, lo que supone tres mil rublos en números redondos. ¿Le parece bastante para un año? ¿O se le antoja poco? En circunstancias especiales aumentaré, por supuesto, la cantidad. Así, pues, tome el dinero, devuélvame a mis criados y viva usted por su cuenta donde quiera, en Petersburgo, en Moscú, en el extranjero, o aquí, pero no conmigo. ¿Me oye?

—No hace mucho me llegó de esos mismos labios otra demanda igual de urgente e igual de rigurosa —dijo Stepan Trofimovich con lentitud y melancólica precisión —. Me humillé y… bailé la *kazachka* para complacer a usted. *Oui, la comparaison peut être permise. C'était comme un petit cosak du Don, qui sautait sur sa propre tombe*… Ahora…

—¡Alto ahí, Stepan Trofimovich! Habla usted demasiado. Usted no bailó, sino que vino a verme con corbata nueva, ropa blanca de estreno, guantes y bien untado de pomada y perfume. Le aseguro que usted mismo tenía muchas ganas de casarse. Lo llevaba usted escrito en la cara; y por cierto, con una expresión nada elegante. Si entonces no le llamé la atención sobre ello fue sólo por delicadeza. Pero usted quería casarse, sí, señor, no obstante los despropósitos que dijo usted de mí y de su prometida en su correspondencia particular. Ahora es diferente. ¿Y a qué viene eso del *cosak du Don* y a qué tumba se refiere usted? No entiendo la comparación. Al contrario, no se muera usted; viva cuanto tiempo guste. Me alegraré infinito de ello.

—¿En un asilo?

—¿En un asilo? A un asilo no va quien cuenta con tres mil rublos de renta. ¡Ah, ahora recuerdo —agregó riendo— que, en efecto, Piotr Stepanovich dijo una vez en broma algo de un asilo! ¡Bah! Es cierto que hay un asilo especial en que quizá convenga pensar. Un asilo para personas muy respetables: en él residen coroneles, y hay incluso un general que quiere ir a vivir allí. Si va usted allí con todo su dinero tendrá tranquilidad, comodidad, y hasta servidumbre. Allí podría dedicarse a sus estudios y organizar cuando gustara una partida de cartas…

—*Passons*.

—*Passons*? —Varvara Petrovna hizo una mueca—. Bueno, en tal caso no hay más que decir. Queda usted informado. De aquí en adelante vivimos aparte.

—¡Y eso es todo! ¡Eso es todo lo que queda al cabo de veinte años! ¡Nuestra última despedida!

—A usted le gustan un horror las exclamaciones, Stepan Trofimovich. Eso ya no está de moda en nuestros días. Hoy la gente habla rudamente, pero con sencillez. Y usted, ¡dale con nuestros veinte años! Veinte años de mutua vanidad y nada más. Cada carta que me mandaba usted estaba escrita no para mí, sino para la posteridad. Usted es un estilista, no un amigo. La amistad no es más que retórica hinchada. En realidad, un mutuo intercambio de desperdicios…

—¡Dios santo, cuántas palabras tomadas de otros! ¡Ejercicios aprendidos de memoria! ¡Y ya lleva usted puesto el uniforme que le han dado! ¡También usted está ahora radiante! ¡También está ahora calentándose al sol! *Chère, chère*, ¡por qué plato de lentejas les ha vendido usted su libertad!

—No soy un papagayo que repite palabras ajenas —dijo Varvara Petrovna hirviendo de furia—. Puede estar seguro de que tengo un surtido de palabras propias. ¿Qué ha hecho usted por mí durante esos veinte años? Ni siquiera me dejaba ver los libros que pedía para usted y que, de no ser por el encuadernador, hubieran quedado con las páginas sin cortar. ¿Qué me daba usted a leer cuando en los primeros años le pedía que me guiase? Kapfig y nada más que Kapfig. Usted incluso tenía celos de que me instruyese y tomó las medidas necesarias. Y, sin embargo, es de usted de quien se ríe toda la gente. Confieso que siempre le consideré a usted como crítico; sólo como crítico literario y nada más. Cuando, yendo a Petersburgo, le dije que pensaba en publicar una revista y consagrar a ella mi vida, usted me miró al momento con ironía y dio muestra de una arrogancia insufrible.

—No fue eso, no fue eso… Es que entonces temíamos la persecución…

—Sí fue eso; y no tenía usted por qué temer persecución alguna en Petersburgo. Acuérdese de que más tarde, en febrero, cuando llegó la noticia de la emancipación de los siervos, vino usted corriendo a verme, todo acobardado, para pedirme que le diera inmediatamente por escrito un certificado de que la revista proyectada no tenía nada que ver con usted, de que los jóvenes habían venido a verme a mí y no a usted, y de que usted era sólo un tutor que vivía en mi casa porque no se le habían pagado los honorarios que se le debían. ¿No es eso? ¿Se acuerda usted? Usted, Stepan Trofimovich, ha sido amigo de extralimitarse toda la vida.

—Eso fue sólo un momento de flaqueza y cuando estábamos a solas —gritó afligido—. Pero ¿es que…, es que vamos a romperlo todo por esas impresiones triviales? ¿No hay algo más importante que estas minucias?

—Qué hábil es usted. Siempre se las arregla para que sienta que le debo algo. Cuando volvió usted del extranjero me miraba por encima del hombro, sin dejarme decir palabra, pero cuando yo fui al extranjero y le hablé de mis impresiones de la *Madonna* no me escuchó usted y se sonrió con aire de superioridad como si yo fuera

incapaz de tener sentimientos como los suyos.

—No lo creo así, probablemente no fue así… *J'ai oublié*.

—Sí, fue así como lo digo; pero no había por qué darse tono conmigo, ya que todo eso es una tontería, sólo una invención suya. Ahora nadie, nadie, se entusiasma con la *Madonna*. Nadie pierde el tiempo en esas cosas, salvo algunos viejos empedernidos. Eso está demostrado.

—¿Demostrado?

—Que esa *Madonna* no sirve para nada. Este jarro es útil porque en él se puede echar agua; este lápiz es útil porque sirve para escribir; pero la *Madonna* no es más que una cara de mujer, mucho menos que las otras caras que hay en la naturaleza. Pruebe usted a dibujar una manzana y póngala junto a una manzana de verdad: ¿cuál escogería usted? No se equivocaría. Vea a qué se reducen todas sus teorías cuando la luz de la investigación las alumbra.

—Ya, ya veo.

—Se ríe usted irónicamente. ¿Y qué me decía usted, por ejemplo, de la limosna? Y, sin embargo, el placer de dar limosna es degradante e inmoral, un placer que el rico obtiene de su riqueza, de su poderío y del contraste de su propia importancia con la del pobre. La limosna corrompe a quien la da y la recibe y, por añadidura, no alcanza su propósito, porque sólo aumenta la pobreza. Los holgazanes que no quieren trabajar se agolpan en torno de quienes dan limosna como los jugadores en torno de la mesa de juego, esperando ganar algo. Y, sin embargo, la miserable calderilla que les tiran no basta para un hombre entre ciento. ¿Cuánto ha dado usted en su vida? Sólo unas monedas de cobre. ¡A ver! Trate de recordar cuándo dio usted algo la última vez. Hará un par de años, si no cuatro. Usted no hace más que poner el grito en el cielo y estorbar el progreso. En la sociedad moderna la limosna debiera ser prohibida. Con el nuevo orden social ya no habrá pobres.

—¡Ay, qué compendio de conceptos prestados! Veo que ya hemos llegado hasta la nueva organización social. ¡Infeliz, que Dios se apiade de usted!

—Sí, hasta ahí hemos llegado, Stepan Trofimovich. Usted se ocupó de negarme todas estas nuevas movido por los celos, para mantener su dominio sobre mí. Ahora, incluso esa Iulia sabe mucho más que yo. Pero estoy empezando a comprender. Lo defendí a usted cuanto pude, Stepan Trofimovich; todo el mundo le echa a usted la culpa.

—¡Basta! —exclamó él levantándose del asiento—. ¡Basta! ¿Y qué más puedo desearle a usted? No será arrepentimiento, ¿verdad?

—Siéntese un minuto más, Stepan Trofimovich, me falta pedirle otra cosa. Usted ha sido invitado a leer en la *matinée* literaria. Yo intervine para que así fuera. Dígame: ¿de qué, precisamente, va usted a hablar?

—Pues de lo que voy a hablar es precisamente de esa reina de las reinas, de ese

ideal de la humanidad, de la *Madonna Sixtina*, que es menos que un vaso o un lápiz.

—¿Entonces no va a ser algo de historia? —preguntó Varvara Petrovna con afligida sorpresa—. Nadie le prestará ninguna atención. ¡Hay que ver qué empeño tiene usted con esa *Madonna*! Pero ¿a qué viene hablar de eso si hará usted que todos se duerman? Tenga la seguridad, Stepan Trofimovich, de que lo que digo es sólo en su propio interés. ¿No sería mejor que tomase de la historia de España un incidente breve, pero interesante, de la vida cortesana medieval? ¿O, mejor aún, algún episodio que pudiera usted redondear con anécdotas y agudezas de su propia cosecha? ¡Entonces había cortes espléndidas, damas hermosas, envenenamientos! Karmazinov dice que le extrañaría que no hallara usted algo interesante de que hablar en la historia de España.

—¿Karmazinov? ¿Ese imbécil que ya ha escrito todo lo que tenía que escribir me está buscando un tema?

—¡Karmazinov, ese talento casi nacional! Tiene usted muy suelta la lengua, Stepan Trofimovich.

—¡Ese Karmazinov de usted es una vieja chocha, agotada y rencorosa! *Chère, chère*, ¿desde cuándo la tienen a usted esclavizada así? ¡Ay, Dios mío!

—Yo tampoco puedo aguantar ahora a Karmazinov por los aires que se da, pero hago justicia a su talento. Repito que lo he defendido a usted en lo posible, con todas mis fuerzas. ¿Y por qué tiene usted que ser tan fastidioso y ridículo? En vez de eso, ¿por qué no sale usted a la tribuna con una sonrisa decorosa, como portavoz de una época pasada, y cuenta dos o tres anécdotas con esa gracia inimitable con que sólo usted las cuenta a veces? Bueno, sí, es usted viejo, es de otra época, se ha quedado a la zaga; pero usted mismo, en el preámbulo de su charla, puede reconocerlo con una sonrisa, y todo el mundo verá que es usted un vestigio simpático, bueno, ingenioso… En suma, un hombre chapado a la antigua, pero lo bastante progresista para reconocer lo que de veras valen ciertas ideas absurdas que ha venido profesando hasta ahora. Hágame ese favor; se lo ruego.

—Basta, *chère*. No me lo pida, que no puedo. Les hablaré de la *Madonna* y provocaré un alboroto que, o los aplastará a ellos, o me destruirá a mí solo.

—De seguro sólo a usted, Stepan Trofimovich.

—Tal es mi suerte. Les hablaré de ese esclavo ruin, de ese lacayo perverso y repugnante, que será el primero en subir tijeras en mano por una escalerilla para hacer trizas el rostro divino del gran ideal en nombre de la igualdad, la envidia y… la digestión. Que truene mi maldición, y entonces, entonces…

—¿Al manicomio?

—Quizá. Pero en todo caso, tanto si salgo vencedor como si salgo vencido, esa misma noche cogeré mi zurrón de mendigo, abandonaré todo lo que poseo, todos los regalos de usted, todas las pensiones y bienes futuros prometidos, e iré a pie a acabar

mi vida como tutor en casa de algún comerciante, o a morirme de hambre al borde de un camino. He dicho. *Alea jacta est*.

—He estado segura —dijo Varvara Petrovna levantándose a su vez con ojos chispeantes—, he estado segura durante años de que usted vive sólo para abochornarme a mí y a mi casa con una historia calumniosa como ésa. ¿Qué quiere decir con lo de tutor en casa de un comerciante o lo de morir al lado de un camino? Eso es malicia, calumnia y nada más.

—Usted me ha menospreciado siempre; pero acabaré como un caballero de los de antaño, fiel a mi dama, porque la opinión de usted ha sido siempre lo que más he estimado en la vida. De ahora en adelante no acepto nada, pero la honraré a usted desinteresadamente.

—¡Qué tontería!

—Usted nunca me ha respetado. Quizás he tenido un sinfín de flaquezas. Sí, he vivido a costa de usted; hablo la lengua de los nihilistas; pero vivir a costa ajena no ha sido nunca el principio rector de mi conducta. Eso ocurrió porque ocurrió, porque sí, no sé cómo… siempre he creído que entre nosotros había algo más que comida, y además… ¡nunca he sido un granuja! Así, pues, pongámonos en camino para expiar lo hecho. Me pongo en marcha cuando ya es tarde, cuando toca a su fin el otoño, cuando la bruma cubre los campos, cuando la escarcha glacial de la vejez cubre la ruta que me queda por recorrer y el viento aúlla en torno de la tumba cercana… Pero adelante, en marcha por el nuevo camino:

Con un amor muy
Leal con su propio sueño…

—¡Ay, adiós, sueños míos! ¡Veinte años! *Alea jacta est*.

No pudo contener el llanto. Tomó el sombrero.

—No entiendo el latín —dijo Varvara Petrovna tratando de calmarse.

—¡Quién sabe! Quizás también quería llorar, pero la indignación y el capricho salieron ganando una vez más.

—Lo único que sé es que todo es apenas un capricho. Nunca cumplirá usted con sus amenazas llenas de egoísmo. No se irá jamás de aquí, acabará sus días sencillamente bajo mi cuidado, recibiendo su pensión y reuniéndose los martes con esos amigos inaguantables que tiene. Adiós, Stepan Trofimovich.

Regresó indignado a su casa luego de pronunciar:

—*Alea jacta est*.

SEXTO CAPÍTULO:
Idas y venidas de Piotr Stepanovich

1

Quedó fijada la fecha en la que se efectuaría el festival. A todo esto, Von Lembke se mostraba melancólico y preocupado, vaya a saber por qué. Por su parte, Iulia Mihailovna también se preocupaba al verlo dominado por pensamientos sombríos. Definitivamente las cosas no iban bien. Nuestro anterior y apático gobernador no había dejado en buenas condiciones la administración provincial; una epidemia de cólera se apoderaba de la ciudad; una plaga en el ganado amenazaba con fuerza en algunos lugares; incendios en varias aldeas y en campos cada vez más extensos hicieron nacer el rumor de que rondaban incendiarios; a su vez, aumentaban los robos. Pero, sin duda, nada habría sido peor que de costumbre, de no haber habido otras razones de peso para alterar la tranquilidad del hasta entonces feliz Andrei Antonovich.

Lo que tenía tan afectada a Iulia Mihailovna era que, día a día, su marido se tornaba más taciturno y, además, cada vez más callado. La pregunta que la torturaba era: ¿qué estaba ocultando? Cierto que raras veces ponía objeciones a lo que ella le comentaba, decía u ordenaba y, por lo común, la obedecía sin chistar. Incluso no tuvo objeciones para dos o tres medidas sobremanera peligrosas, por no decir ilegales, con el propósito de ampliar los poderes del gobernador, que fueron tomadas a instancias de ella. Entre éstas hubo sin duda algunas acciones nada propicias; por ejemplo, personas que tenían que ser procesadas y enviadas a Siberia fueron, por idea de Iulia Mihailovna, propuestas para el ascenso. Se acordó desoír sistemáticamente algunas quejas y solicitudes. Todo ello salió a relucir más tarde. Lembke no sólo lo firmaba todo, sino que no ponía ni un pero a la intromisión de su cónyuge en lo que era en realidad su cumplimiento de funciones administrativas. Por otra parte, a veces se sulfuraba de pronto por «verdaderas tonterías», con lo que asombraba a Iulia Mihailovna. Por supuesto, tras días de obediencia, sentía la necesidad de resarcirse mediante unos instantes de rebelión. Desafortunadamente, Iulia Mihailovna no podía ingresar en los vericuetos de la mente de su esposo, a pesar de la intuición que la caracterizaba. ¡Ay, tenía otras cosas en la cabeza, de las que resultaron muchos trastornos!

No seré yo quien aclare todo esto; sobre todo porque me resulta difícil narrar ciertos aspectos. Tampoco es de mi incumbencia discutir errores gubernamentales, y por eso dejaré aparte todo lo tocante al aspecto administrativo de la cuestión. Cuando empecé esta crónica lo hice con propósitos de índole muy diferente. Por otra parte, la comisión investigadora que acaba de ser nombrada en nuestra provincia pondrá al descubierto otras cosas; basta sólo con esperar un poco. No obstante, es imposible pasar por alto algunas explicaciones.

Pero volvamos a Iulia Mihailovna. La pobre señora (me da pena) habría podido

conseguir cuanto la atraía y subyugaba (fama y todo lo demás) sin recurrir a arbitrios tan desorbitados e insólitos como los que resolvió emplear desde el primer instante. Pero quizá por un exceso de romanticismo, o por los largos y tristes fracasos de su tierna juventud, se sintió la elegida, señalada por «una lengua de fuego» que sobre su cabeza posada no hizo otra cosa que signar las calamidades que fue realizando. La pobre señora resultó de buenas a primeras juguete de las más contrarias influencias cuando se creía plenamente original. Muchas gentes desaprensivas hicieron su agosto aprovechándose de su simplicidad durante el breve plazo en que su marido fue gobernador. ¡Y en qué embrollo no se metería con la pretensión de ser independiente! Estaba a favor de los grandes latifundios, de la clase aristocrática, de la ampliación de los poderes gubernamentales, del elemento democrático, de las nuevas instituciones, del orden público, del librepensamiento, de las ideas sociales, de la rigurosa etiqueta de los salones aristocráticos y de la desenvoltura casi tabernaria de la gente moza que la rodeaba. Soñaba con hacer el bien y conciliar lo inconciliable, o, lo que es más probable, con unir a todos y todo en la adoración de su propia persona. Tenía favoritos: estimaba mucho a Piotr Stepanovich, que, vale acotar, le dedicaba la más burda adulación. La estima de ella provenía a su vez de la creencia en que en algún momento él iba a revelarle una conspiración contra el gobierno. Es cierto aunque parezca inverosímil. Sin razón aparente, ella temía que en nuestra provincia se tramara una conspiración; y Piotr Stepanovich, con su mutismo, indirectas y equívocas respuestas, contribuía a empantanarla en ese temor. Ella, por otra parte, lo suponía comprometido con todo lo que resultara revolucionario, pero fiel a ella más allá de todo ideal, vencido por su adoración. Conspiraciones descubiertas, gratitud de Petersburgo, brillante futuro, el influjo de la «bondad» que impide que la juventud caiga en el abismo, todo esto formaba una nube gigantesca en su fantasiosa cabeza. Porque, veamos, ¿no había salvado y domesticado a Piotr Stepanovich (por alguna razón estaba absolutamente convencida de esto)? Así salvaría también a los demás. No le quedaría ninguno sin salvar: uno por uno, enviaría el informe necesario, actuaría según principios de la más alta justicia y, ¡quién sabe!, quizá la historia y el liberalismo ruso llegarían a bendecir su nombre. Todos los beneficios llegarían de un día para el otro.

De todos modos seguía resultando muy necesario que Andrei Antonovich se animara más, por lo menos antes del festival. Era indispensable que se alegrase y tranquilizase. A tal fin, Iulia Mihailovna mandó a Piotr Stepanovich que pasara a verlo en la esperanza de que aliviara su depresión con algún remedio que él conocería aunque no quisiera revelarlo: tal vez algunas declaraciones que, por ser de él, serían de procedencia infalible. Ella confiaba plenamente en su habilidad. Hacía ya tiempo que Piotr Stepanovich no había visitado el despacho del señor Von Lembke. Entró justo cuando el paciente se hallaba en un estado de ánimo singularmente difícil.

2

El señor Von Lembke no pudo resolver la situación que se le presentó en el distrito (aquél en el que hacía poco Piotr Stepanovich se había divertido tanto). Un alférez, reprendido por su capitán delante de toda la compañía, había reaccionado a la condena. El alférez, recién llegado de Petersburgo, era todavía joven, siempre taciturno y sombrío, de aspecto decoroso, si bien menudo de cuerpo, grueso y colorado de mejillas. No aguantó la reprimenda y de improviso se lanzó sobre su superior jerárquico dando un grito extraño que sorprendió a toda la compañía y embistiéndolo con la cabeza baja, como una fiera. Le dio una trompada y un mordisco en el hombro con todas sus fuerzas, al punto de que hubo que intervenir para separarlos. Sin duda había enloquecido; con anterioridad había dado ya algunas muestras de su desequilibrio. Por ejemplo, había tirado por la puerta de su cuarto dos iconos propiedad de su patrona, uno de los cuales había destruido previamente a hachazos; en su cuarto había puesto sobre tres soportes, en forma de atriles, las obras de Vogt, Moleschott y Büchner y encendido una vela delante de cada uno de ellos. Juzgando por la cantidad de libros que hallaron en su dormitorio, se puede decir que tenía una vasta cultura. De haber tenido cincuenta mil francos, quizá se habría embarcado para las Islas Marquesas, como el «cadete» a que el señor Herzen alude jocosamente en una de sus obras. Cuando fue detenido, le encontraron en los bolsillos y en su habitación paquetes de hojas subversivas del tono más incendiario.

Las hojas subversivas son, en sí mismas, algo trivial y, a mi juicio, no vale la pena preocuparse de ellas. ¡Como si no las hubiéramos visto tantas veces! Además, en este caso, no eran nuevas: otras idénticas a ellas, según me dijeron más tarde, habían sido repartidas poco antes en otra provincia; y Liputin, que mes y medio antes había visitado el distrito y la provincia vecina, aseguraba que ya entonces había visto allí esas mismísimas octavillas. Pero lo que más sorprendió a Andrei Antonovich fue que el gerente de la fábrica Shpigulin presentó a la policía precisamente al mismo tiempo dos o tres paquetes de las mismas hojas subversivas incautadas al alférez, que habían sido depositadas durante la noche en la fábrica. Los paquetes no habían sido aún abiertos y ninguno de los obreros había tenido tiempo de leerlas. Era un caso muy tonto, pero a Andrei Antonovich le dio mucho que pensar, no le resultó un asunto fácil.

Fue en esa misma fábrica donde comenzó cabalmente entonces el «incidente Shpigulin» que tan agitados comentarios produjo entre nosotros y del que con tantas variantes se hizo eco la prensa de Petersburgo y Moscú. Unas tres semanas antes había enfermado y muerto de cólera asiático en la fábrica un obrero; y seguidamente habían caído enfermas otras personas. La población entera de la ciudad fue presa del pánico, porque la epidemia de cólera procedía de la provincia vecina. Debo consignar

que habíamos tomado las medidas sanitarias que dentro de lo posible pudieran hacer frente al importuno visitante. Pero, por alguna razón, no se había incluido en tales precauciones a la fábrica Shpigulin, cuyos propietarios eran millonarios y gente muy bien relacionada. Así es que de un día para el otro, todos estaban haciendo correr la voz de que la fábrica era el germen y vivero de la epidemia, y que en la fábrica misma, y sobre todo en las viviendas de los obreros, había una inmundicia tan grande que, si no hubiera habido epidemia de cólera, se habría iniciado sin duda allí. Se tomaron, por supuesto, precauciones inmediatas, y Andrei Antonovich insistió enérgicamente en que se pusieran en vigor sin demora alguna. En tres semanas quedó limpia la fábrica, pero, sin que se sepa por qué, los Shpigulin la cerraron. Uno de los hermanos Shpigulin tenía su residencia permanente en Petersburgo, y el otro se fue a Moscú cuando las autoridades ordenaron la limpieza de la fábrica. El gerente se ocupó de pagarles a los obreros sus salarios y, según se dice hoy día, también se ocupó de maltratarlos. Los obreros comenzaron con sus quejas, exigiendo el pago justo, y cometieron la tontería de acudir a la policía, pero sin poner el grito en el cielo y sin mayor agitación. Y fue entonces cuando el gerente de la fábrica presentó a Andrei Antonovich las hojas subversivas.

Piotr Stepanovich entró corriendo en el despacho sin hacerse anunciar, como buen amigo de la familia que traía, por añadidura, un encargo de Iulia Mihailovna. Von Lembke, al verlo, frunció el ceño y se quedó de pie junto a su mesa. Hasta ese momento había estado deambulando por el despacho y departiendo de algún asunto confidencial con un funcionario de su oficina llamado Blum, un alemán tosco y huraño a quien había traído consigo de Petersburgo, no obstante la terca oposición de Iulia Mihailovna. Al entrar Piotr Stepanovich, el funcionario se dirigió a la puerta, pero no salió. Es más, a Piotr Stepanovich le pareció que cambiaba una mirada significativa con su jefe.

—¡Veo que lo he pescado con las manos en la masa, sigiloso gobernante de la ciudad! —gritó riendo Piotr Stepanovich y tapando con la mano una octavilla que había en la mesa—. Ésta, supongo, se suma a la antología.

Andrei Antonovich dejó ver no sólo un rubor en su semblante sino un imprevisto tic nervioso.

—¡Deje eso! ¡Suéltelo ya! —exclamó fuera de sí—. ¡Y ni se le ocurra…, señor…!

—Pero ¿qué le pasa? ¿Se ha enojado acaso?

—Le comunico, señor mío, que desde este momento no pienso tolerar su *sans façon*. Y le ruego que recuerde…

—¡Cuánto recordatorio! ¡Está enojado de veras!

—¡Cállese! ¡Basta! —gritó Von Lembke, pataleando sobre la alfombra—. ¡Y ni se le ocurra…!

Dios sabe adónde habrían llegado las cosas. ¡Ay! Había otra circunstancia desconocida de Piotr Stepanovich y aun de la misma Iulia Mihailovna. El infeliz Andrei Antonovich había llegado a tal estado de zozobra en los últimos días, que empezó a tener celos de su mujer y de Piotr Stepanovich. En la soledad, sobre todo de noche, pasó momentos muy desagradables.

—Y yo que tenía entendido que cuando alguien le confía su novela y se la lee durante dos días seguidos y hasta medianoche, y quiere que se le dé una opinión, ha prescindido al menos de los cumplidos oficiales… Iulia Mihailovna me recibe como amigo. ¿Cómo saber por dónde va a salir usted? —dijo con cierta dignidad Piotr Stepanovich—. A propósito, aquí tiene usted su novela —agregó poniendo en la mesa un cuaderno grande, pesado, hecho un rollo, y envuelto en papel azul.

Lembke se puso colorado y pareció confuso.

—¿Cómo la ha encontrado usted? —preguntó con cautela, en un arranque de alegría que no pudo reprimir, pero que se esforzó en disimular.

—Al estar así enrollada se debe de haber caído de la cómoda. Por lo visto, cuando entré, la eché por inadvertencia encima de la cómoda. La asistenta la encontró anteayer cuando barría el suelo. ¡Pues no me ha dado usted trabajo, que digamos!

Lembke bajó severamente la vista.

—Gracias a usted, no he dormido en dos noches seguidas. Ayer me la han dado y me ha tenido sin dormir durante la noche, porque de día no tengo tiempo. Pues, señor…, no me ha parecido bien del todo; no es lo que a mí me gusta leer. Pero eso no tiene importancia, nunca he sido crítico. Ahora bien, no podía soltarla, amigo, a pesar de no gustarme. ¡Los capítulos cuarto y quinto son…, son… excelentes! ¡El humor que ha puesto aquí es formidable! ¡Cómo me he reído! ¡Qué bien sabe usted sacarles punta a las cosas *sans que cela paraisse*! Bien. Los capítulos nueve y diez tienen que ver con el amor, cosa que no me interesa en absoluto pero son muy verídicos. Casi suelto las lágrimas con la carta de Igrenev, pues lo pinta usted de mano maestra… ¿Sabe usted? Eso es de mucho sentimiento, pero al mismo tiempo trata usted de sacar a relucir el lado falso de la cosa, ¿no es cierto? ¿He acertado o no? Ahora bien, en cuanto a la conclusión estuve por darle a usted un trastazo. Veamos, ¿qué idea quiere usted desarrollar? Porque lo que hay ahí es la consabida glorificación de la felicidad doméstica, la multiplicación de los hijos y el dinero, y… fueron felices y comieron perdices…, ¡vamos, hombre! Cautivará usted a los lectores, porque incluso yo mismo no he podido soltar el libro de las manos, lo cual es peor todavía. El lector sigue tan tonto como antes, y por eso convendría que la gente lista le diera una sacudida, mientras que usted… Pero, en fin, basta. Adiós. No se vuelva a enojar. He venido para decirle dos palabras, pero con ese humor que tiene usted…

Mientras tanto, Andrei Antonovich había guardado su novela bajo llave en una estantería de nogal, y estaba haciendo señas a Blum para que saliera. Éste desapareció

con cara larga y triste.

—No es cuestión del humor que tengo, sino sencillamente… que no hay más que sinsabores —murmuró con el rostro en rictus pero ya sin enojo y sentándose a la mesa—. Siéntese y dígame sus dos palabras. Hace tiempo que no lo veo, Piotr Stepanovich; ahora bien, en lo sucesivo no entre como una tromba, según su estilo…, a veces, cuando está uno ocupado es…

—Mi estilo es siempre el mismo…

—Lo sé, sí señor, y creo que lo hace sin mala intención, pero a veces está uno preocupado… Bueno, tome asiento.

Piotr Stepanovich se acomodó para continuar la charla.

3

—¿Qué puede preocuparlo? ¡No será por estas tonterías! —dijo aludiendo con un gesto a la octavilla—. Puedo traerle a usted todas las octavillas que quiera. Las tengo vistas desde que estuve en la provincia de H*.

—¿Me está diciendo entonces que cuando estuvo usted allí…?

—Por supuesto. No iba a ser cuando no estuve. Había una con una viñeta: un hacha en el encabezamiento. Permítame —dijo ya con la octavilla en la mano—, sí, ésta también tiene un hacha; es la misma, exactamente la misma.

—Sí, un hacha. Vea usted, un hacha.

—Pero ¿cómo? ¿Le dan miedo las hachas?

—No es eso, señor mío…, y no me asusto, señor mío, pero este asunto… es un asunto tal…, aquí hay circunstancias…

—¿Qué circunstancias? ¿Sólo porque han traído esa octavilla de la fábrica? ¡Ja, ja! ¿Sabe que en esa fábrica los obreros mismos empezarán pronto a redactar octavillas?

—¿Qué me dice? —Von Lembke lo miró de un modo reprobatorio.

—Digo lo que dije. No los pierda de vista. Usted es demasiado permisivo, Andrei Antonovich. Escribe usted novelas. Y aquí hay que emplear los métodos de antes.

—¿Qué métodos de antes? ¿Y qué consejos son ésos? Se ha limpiado la fábrica. Mandé que la limpiasen y la han limpiado.

—Y entre los obreros cunde la rebelión. Con unos buenos golpes, se acabaría el asunto.

—¿La rebelión? ¡Qué tontería! Di una orden y la limpiaron.

—¡Ay, por Dios, Andrei Antonovich! ¡Es usted muy permisivo!

—En primer lugar, no soy lo que usted dice, y en segundo… —Von Lembke se sintió lastimado una vez más. Hablaba con el joven haciendo un esfuerzo, por curiosidad, para ver si éste le contaba algo nuevo.

—¡Ah, otra antigua conocida! —interrumpió Piotr Stepanovich arrebatando otra hoja de papel de debajo del pisapapeles; otra especie de hoja política, sin duda impresa en el extranjero, pero en verso—. ¡Hola, hola, ésta me la sé de memoria: «Un espíritu noble»! Vamos a ver. Sí, efectivamente, se trata de «Un espíritu noble». Trabé conocimiento con ese espíritu en el extranjero. ¿De dónde la ha sacado usted?

—¿La conoció en el extranjero? —preguntó Von Lembke algo alarmado.

—En efecto. Hace cuatro o cinco meses ya.

—Usted parece haber visto mucho en el extranjero —Von Lembke le dirigió una mirada penetrante.

Piotr Stepanovich, sin hacerle caso, desplegó la hoja y leyó los versos en voz alta:

UN ESPÍRITU NOBLE

El origen era incierto,
entre el pueblo se crió,
pero, víctima del zar
y de los perversos nobles,
él mismo se sentenció
a vivir en sufrimiento,
entre penas y castigos,
persecución y tormento.
La libertad defendió,
la hermandad de todo el pueblo
y la igualdad de los hombres.
Y cuando por fin los siervos
se alzaron, nuestro estudiante
tuvo que irse al extranjero
para huir de las mazmorras,
el knut, la rueda y el hierro
con que el zar premia y obsequia
a los buenos de su reino.
Pronto una vez más a alzarse
contra su destino cruento,
el pueblo anhelante espera
el retorno del viajero
para con él como guía,
desbaratar el imperio,
destruir a la nobleza,
hacer reparto del suelo
y descargar la venganza
sobre la familia, el clero,
el matrimonio y demás
rémoras de un mundo viejo.

—Supongo que se la quitó al oficial ése —dijo desdeñosamente Piotr Stepanovich.

—¿También lo conoce?

—¿Cómo no? Compartí con él dos jornadas de locura y diversión. Necesitaba aturdirse, es obvio.

—Quizá no lo haya logrado.

—¿Por qué no? ¿Porque empezó a tirar mordiscos a la gente?

—Pero, algo no está claro: vio usted estos versos en el extranjero y después han sido encontrados en la habitación de ese oficial…

—Ah, comprendo, qué astucia. Me está haciendo un interrogatorio. Pues mire —empezó de pronto con gravedad nada común—, a mi regreso del extranjero di a ciertas personas una explicación de lo que allí había visto, y esas personas quedaron satisfechas de mi explicación porque de otro modo no estaría regocijando a esta ciudad con mi presencia. Considero que mis asuntos en ese aspecto han concluido y que no debo a nadie más explicaciones. Y han terminado, no porque yo haya sido un delator, sino porque es lo único que podía hacer. Quienes supieron del tema escribieron a Iulia Mihailovna diciendo sobre la honradez de mi persona. Pero, bueno, es historia pasada. Lo que he venido a decirle es una cosa grave y me alegro de que haya hecho salir de aquí a ese limpiachimeneas. Es asunto de suma importancia para mí, Andrei Antonovich. Tengo algo muy especial que pedirle a usted.

—¿Pedirme a mí? A ver. Estoy esperando y confieso que con curiosidad. Y debo añadir que me sorprende usted bastante, Piotr Stepanovich.

Von Lembke estaba un tanto agitado. Piotr Stepanovich cruzó las piernas.

—En Petersburgo —empezó— hablé con franqueza de muchas cosas, pero de otras, por ejemplo, de esto —dijo golpeando la hoja de los versos con el dedo—, no dije nada; primero, porque no valía la pena hablar de ellas, y segundo, porque respondí sólo a las preguntas que me hicieron. En cuestiones como ésas no me gusta tomar la iniciativa; y en eso veo la diferencia entre un bribón y un hombre honrado que ha sido simplemente víctima de las circunstancias… Pero dejemos esto al margen. Pues, señor, que ahora…, ahora que estos imbéciles…, bueno, ahora que esto ha salido a relucir y está en manos de usted, y ahora que veo que no se le puede ocultar nada (porque tiene usted ojos en la cabeza y nadie sabe lo que está cavilando, y mientras tanto siguen con la suya esos imbéciles), yo…, yo…, bueno, yo, para decirlo de una vez, he venido a pedirle que salve a un hombre que es también un imbécil, acaso un loco, en atención a su juventud, a sus infortunios, y en nombre de los principios humanitarios que usted profesa… ¡Porque no será humanitario sólo en sus novelas! —dijo interrumpiendo su parlamento con impaciencia y grosero sarcasmo.

Allí estaba un hombre con su entera franqueza, sus limitaciones en los aspectos morales e intelectuales al mismo tiempo, asunto que Von Lembke con perspicacia pudo advertir inmediatamente. Así lo venía éste sospechando desde tiempo atrás, de modo particular durante la semana anterior cuando, a solas en su despacho y especialmente de noche, lo maldecía en su fuero interno, de todo corazón, por sus éxitos inexplicables con Iulia Mihailovna.

—¿Para quién y para qué pide ese favor? —preguntó altivo, esforzándose por ocultar su curiosidad.

—Ay…, ¡maldita sea! ¡No es mi culpa si confío en usted! ¿Cómo puedo tenerla por considerarlo un hombre de bien y, lo que es más, hombre sensato, es decir, capaz de comprender…? ¡Maldita sea! —era muy claro que el hombre se había enredado—. Darle a usted su nombre —dijo por fin—, usted sabrá comprender, sería lo mismo que… delatar. ¿No es verdad?

—Pero ¿cómo puedo adivinar su nombre si no me lo dice?

—Ahí está el quid. La lógica que usted maneja siempre lo desarma a uno. ¡Dios santo…! ¡Bueno, qué demonio! Ese «noble individuo», ese «estudiante», es… Shatov…, eso es todo lo que tengo que decirle.

—¿Shatov? ¿Qué dice?

—Shatov es el «estudiante» a quien se menciona en los versos. Vive aquí. Fue siervo antes, ¿sabe…? El que dio la bofetada a…

—Lo sé, lo sé —Lembke arrugó el ceño—, pero, permítame, ¿de qué se lo acusa, concretamente y, lo que es más importante, por qué intercede usted por él?

—¿Pero no comprende? ¡Porque quiero que usted lo salve! Lo conozco hace ocho años, llegué a ser su amigo, se podría decir —afirmó Piotr Stepanovich agitado—. Bueno, no tengo por qué darle a usted cuenta de mi vida de antes —añadió descartando el tema con un gesto de la mano—. Nada de eso tiene importancia. No son más que tres personas y media, y con los del extranjero no llegan a una docena. Lo importante es que he puesto mi confianza en los sentimientos humanitarios de usted, en su inteligencia. Usted comprenderá y verá la cosa desde un punto de vista sensato, y no a tontas y a locas: como sueño disparatado de un demente…, fruto de la desgracia, entiéndame, de una desgracia que se remonta a muchos años, y no de una inaudita conspiración contra el gobierno.

Estaba casi sin aliento.

—Hum. Veo que es responsable de la hoja con el dibujo del hacha —concluyó Lembke casi con fatuidad—. Pero, mire, si es el único implicado, ¿cómo puede haberlas repartido aquí, en otras provincias y hasta en H*? Y, sobre todo, ¿dónde se hizo con ellas?

—Ya le digo que, cuando más, no pasan de cinco…, bueno, de una docena, ¿qué sé yo?

—¿No lo sabe?

—¡Qué ocurrencia! ¿Cómo iba a saberlo?

—Pero sabía que Shatov era uno de los conspiradores…

—¡Está bien! —Piotr Stepanovich hizo un gesto como protegiéndose de la aplastante perspicacia de su interrogador—. Bueno, escuche: voy a contarle toda la verdad. De las hojas subversivas no sé nada, ¿me entiende? Nada. Claro que ese

alférez y alguno más, y otro más de aquí…, bueno, quizá Shatov, y alguien más…, ésos son todos, pura morralla… Pero es por Shatov por quien he venido a interceder. Es a él a quien hay que salvar, porque esos versos son suyos, de su propio caletre, y por mediación suya fueron impresos en el extranjero. Eso es lo que sé de cierto. De esas hojas subversivas no sé absolutamente nada.

—Si los versos son suyos, lo más probable es que también lo sean las hojas. Ahora bien, ¿qué es lo que le hace a usted sospechar del señor Shatov?

Piotr Stepanovich, con cara de quien ya ha perdido por completo la paciencia, sacó del bolsillo una cartera y de ésta una nota.

—¡Ahí está la prueba! —exclamó arrojándola sobre la mesa. Lembke la desdobló. Al parecer, la nota había sido escrita unos seis meses antes desde nuestra ciudad a algún punto del extranjero. Era breve; sólo unas cuantas palabras:

No puedo imprimir aquí «Un espíritu noble». No puedo hacer nada. Imprímala en el extranjero. Iv. Shatov.

Lembke clavó los ojos en Piotr Stepanovich. Varvara Petrovna decía con razón que el gobernador tenía una mirada casi borreguil, en ocasiones muy pronunciada.

—Lo que quiero decir —se apresuró a agregar Piotr Stepanovich— es que escribió unos versos aquí hace seis meses, pero que no los pudo imprimir aquí…, es decir, en una imprenta clandestina…, y por eso pide que se impriman en el extranjero… Me parece que está claro, ¿no?

—Sí, está claro, pero ¿a quién se lo pide? Eso es lo que no está claro —observó Lembke con astucia no disimulada.

—Obviamente que a Kirillov, por supuesto, está para eso en el extranjero… ¿Va a decirme que no lo sabía usted? Me temo que usted lo sabía desde un principio. ¿Por qué estaban si no en su mesa? ¿Por casualidad? Si es así, ¿por qué me está usted atormentando?

Se enjugó con gesto nervioso el sudor de la frente.

—Es posible que algo sepa… —dijo Lembke esquivando con mucha calma el golpe—, pero ¿quién es ese Kirillov?

—Un ingeniero que llegó hace unos días y que hizo de segundo de Stavrogin en el duelo. Un maníaco. Un loco. Tal vez aquél alférez de ustedes haya tenido un ataque de *delirium tremens*, pero éste está loco de atar, loco perdido, ¡en serio lo digo! ¡Ay, Andrei Antonovich! Si el gobierno supiera qué clase de individuos son éstos no se tomaría la molestia de levantarles la mano. Todos ellos, sin excepción, deberían estar en el manicomio. Yo ya les eché una buena ojeada en Suiza y en esos congresos que tienen.

—¿Desde allí dirigen el movimiento?

—¿Dirigen? ¿Quiénes? Tres hombres y medio. Porque basta con mirarlos para aburrirse. ¿Y qué movimiento es el de aquí? ¿Las hojas subversivas? ¿Y qué nuevos miembros tienen? ¡Un alférez con *delirium tremens* y dos o tres estudiantes! Usted, que es hombre inteligente, contésteme a esta pregunta: ¿por qué no reclutan a gente más importante? ¿Por qué son todos estudiantes y pazguatos de veintidós años? ¿Es que son muchos? De seguro que hay un millón de sabuesos buscándolos, y en total ¿a cuántos han encontrado? A siete. Le digo a usted que es para fastidiarse.

Lembke escuchaba con atención, pero con expresión que parecía decir: «¡Te creerás que me trago esas mentiras!».

—Bueno, mire; usted asegura que la nota fue dirigida al extranjero, pero no lleva dirección. ¿Cómo sabe usted que la nota fue dirigida al señor Kirillov y, además, al extranjero…? ¿Y que fue escrita precisamente por el señor Shatov?

—Procúrese enseguida una muestra de la escritura de Shatov y compárela. De seguro que en la oficina de usted hay alguna firma suya. Y en cuanto a Kirillov, él mismo me enseñó la nota entonces.

—Entonces, fue usted mismo…

—Claro que sí. ¡Como si eso fuera lo único que me enseñaron allí! Y en lo tocante a los versos, parece ser que fue el difunto Herzen quien se los escribió a Shatov cuando éste vagabundeaba todavía por el extranjero, como recuerdo del encuentro de ambos, parece, o como prueba de admiración o como carta de recomendación… ¡qué sé yo!, y Shatov los ha hecho circular entre la gente joven. Es como decir: «Esto es lo que Herzen piensa de mí».

—¡Ah, ésas teníamos! —Lembke comprendió al fin—. Porque lo de las hojas es fácil de comprender, pero ¿por qué los versos?

—Ya sabía que esto iba a entenderse así. Ahora, ¿por qué me pidió que se lo explicara? Mire, usted me da a Shatov, y que el diablo se lleve a todos los demás, incluso a Kirillov, que se ha encerrado ahora en casa de Filippov, donde también vive escondido Shatov. No me tienen ningún aprecio, porque regresé…, pero deme a Shatov y yo le entrego al resto servido en bandeja. ¡Le seré útil, Andrei Antonovich! Todo ese miserable grupo calculo que no pasa de nueve o diez personas. Yo también los vigilo y por razones que me callo. Ya conocemos a tres de ellos: Shatov, Kirillov y ese alférez; a los demás no les quito la vista de encima… porque no soy del todo miope. Aquí pasa lo mismo que en la provincia de H*; allí agarraron, por lo de las hojas subversivas, a dos estudiantes, a un alumno de secundaria, a dos nobles de veinte años, a un maestro de escuela y a un comandante retirado, de unos sesenta años, atontado por la bebida. Eso fue todo, créame. Hasta las autoridades se asombraron de que eso fuera todo. Necesito seis días. Ya lo pensé muy bien, ni más ni menos que seis días. Si quiere conseguir buenos resultados, déjelos durante esos seis días y yo se los entrego envueltos en un paquete; pero si los molesta usted antes,

los pájaros abandonarán el nido. Pero deme a Shatov. Yo me quedo con Shatov… Lo mejor sería llamarlo secreta y amistosamente aquí, a la oficina de usted, e interrogarlo, haciéndole ver que ya se sabe todo… Y él de seguro que se echa a los pies de usted y rompe a llorar. Es un chico neurótico, desgraciado; su mujer se escapó con Stavrogin. Sea usted amable con él y le contará todo. Pero hacen falta seis días… Y lo principal, lo principal de todo: ¡ni una palabra a Iulia Mihailovna! Es un secreto. ¿Puede usted guardar un secreto?

—Pero ¿cómo? —preguntó Lembke asombrado—. ¿Nada le dijo usted a Iulia Mihailovna?

—¿A ella? ¡Dios no lo permita! ¡Pero, querido Andrei Antonovich! Yo aprecio demasiado la amistad de su esposa y le tengo un gran respeto… y todo lo demás…, ¡pero meteduras de pata, eso no! Yo no le llevo la contraria, porque, como usted sabe, llevársela es peligroso. Tal vez le haya insinuado algo porque eso le gusta, pero revelarle nombres, como acabo de revelárselos a usted, o cosas por el estilo, ¡ni pensarlo! Vamos a ver, ¿por qué he acudido a usted ahora? Porque usted, al fin y al cabo, es un hombre, un hombre serio, de larga y sólida experiencia en la Administración. Usted ha visto mucho mundo. Usted, en estos asuntos, sabe qué paso dar, y estoy seguro de que lo sabe de memoria por su experiencia en Petersburgo. Si yo le dijera a ella, por ejemplo, esos dos nombres, armaría un escándalo mayúsculo… Porque lo que quiere es asombrar a Petersburgo. No, señor, es demasiado fogosa, y eso es lo malo.

—Sí, tiene algo de *fougue* —murmuró, no sin contento, Andrei Antonovich, pero lamentando al mismo tiempo que este ignorante se atreviera a expresarse de esa manera tan libre acerca de Iulia Mihailovna. A Piotr Stepanovich seguramente le parecía todavía poco y creía necesario aumentar aún más la presión para darle coba a «ese Lembke» y tenerlo enteramente en su poder.

—En efecto, tiene *fougue*. Sin duda hablamos de una gran mujer, de una literata, pero… que ahuyentaría a esos pájaros. No guardaría el secreto seis horas, y mucho menos ocho días. ¡Ay, Andrei Antonovich, no pida a una mujer que guarde un secreto seis días! Usted conviene en que tengo alguna experiencia en estos asuntos, ¿verdad?, en que sé algo de esto, ¿verdad?, y en que usted mismo sabe que puedo saber algo de esto, ¿verdad? Si le pido a usted seis días no es por broma, sino porque el asunto lo requiere.

—He oído decir… —Lembke titubeaba en manifestar lo que pensaba—, he oído decir que usted, al volver del extranjero, expresó a las autoridades competentes… algo así como arrepentimiento, ¿no es cierto?

—Bueno, lo que pasara entre nosotros no le importa a nadie.

—Ni yo, por supuesto, quiero meterme en… Pero me parece que hasta ahora ha hablado usted de modo muy diferente; por ejemplo, de la fe cristiana, de las

instituciones sociales y, por último, del gobierno…

—¡Se han dicho tantas cosas! Y las sigo diciendo; la diferencia aquí está en que esas ideas no deben llevarse a la práctica como lo hacen esos imbéciles. ¿Cuál es la ganancia de mordisquear el nombre de alguien? Sabe de lo que hablo y está de acuerdo, lo que dijo fue que era prematuro.

—Ninguna de las dos cosas: no he dicho que estoy de acuerdo ni que fuera prematuro.

—Mide demasiado las palabras con cuentagotas, señor mío —observó Piotr Stepanovich alegremente—. Necesitaba conocerlo mejor y por eso le he hablado así como lo he hecho. No es solamente a usted, sino a otros muchos, a quienes trato de ese modo. Puede que haya querido averiguar de qué pie cojea usted.

—¿Para qué?

—No tengo idea —dijo riendo otra vez—. Vea, mi querido y respetado Andrei Antonovich, usted es muy *listo*, pero las cosas no han llegado aún *a ese punto* y probablemente no llegarán, ¿me entiende? Quizá lo entienda. Aunque al volver del extranjero di ciertas explicaciones a las autoridades competentes, y, a decir verdad, no veo por qué un hombre de ideas notorias no puede obrar en pro de sus opiniones sinceras…, lo cierto es que *allí* nadie me ordenó que enviara un informe acerca del carácter de usted, ni hubiera aceptado tales órdenes *de allí*. Piense que no tenía obligación de revelar a usted esos dos nombres. Hubiera podido mandarlos directamente allí, es decir, a donde di mis primeras explicaciones.

Y si hubiera obrado por lucro o gusto propio habría salido perdiendo, porque le estarían agradecidos a usted y no a mí. Lo hago sólo por Shatov —Piotr Stepanovich agregó noblemente—, sólo por Shatov, en atención a nuestra antigua amistad…, y si por acaso quiere usted decir algo en mi favor cuando tome la pluma para escribir allá, hágalo enhorabuena, que no seré yo quien se lo impida, ¡ja, ja! Pero, adiós, que llevo aquí mucho tiempo, y no debiera darle tanta charla.

—Al contrario, me alegro mucho de que el asunto quede aclarado, por así decirlo —dijo Von Lembke levantándose también y con semblante amable, bajo la evidente impresión de las últimas palabras—. Acepto su propuesta agradecido y puede estar seguro de que haré cuanto esté de mi mano para que el celo que usted ha mostrado…

—Lo importante es respetar esos seis días. No necesito más.

—De acuerdo.

—Eso no significa que le ato a usted las manos. No puede usted abandonar sus investigaciones pero no los alarme antes de tiempo. Eso es lo que espero del talento y la experiencia de usted. Y de seguro que tiene usted en reserva una buena traílla de sabuesos y rastreadores, ¡ja, ja! —agregó Piotr Stepanovich con su cháchara alegre y frívola de mozalbete.

—No es precisamente así —Von Lembke esquivó con tono amable una respuesta

directa—. Ésos son prejuicios de la gente joven, que cree que las autoridades tienen muchas cosas en reserva… Pero, a propósito, permítame una palabra más: si este Kirillov sirvió de segundo en el duelo de Stavrogin, supongo que también Stavrogin estará…

—¿Qué pasa con Stavrogin?

—Quiero decir que si son tan buenos amigos…

—¡Oh, no, no, no! En eso se equivoca usted, aunque es muy ladino. ¡Me sorprende usted! Yo pensaba que usted no carecía de informes acerca de ello… Hum, Stavrogin es exactamente lo contrario; pero absolutamente… *Avis au lecteur*.

—¿En verdad es posible? —desconfió Lembke—. Iulia Mihailovna me ha dicho que, según los informes que había recibido en Petersburgo, es hombre que viene con ciertas, ¿cómo diré?, instrucciones…

—Yo no sé nada, nada en absoluto, lo que se dice nada. *Adieu. Avis au lecteur!* — Piotr Stepanovich se negó repentina y limpiamente a hablar de ello.

Voló hacia la puerta.

—Por favor, Piotr Stepanovich, por favor —gritó Lembke—. Hay un asuntillo más y después ya no lo detengo.

Sacó un sobre del cajón de su mesa de despacho.

—Aquí hay otra muestra del mismo género, y con ello pruebo que me fío implícitamente de usted. Mírela. ¿Qué opina?

En el sobre había una carta, una carta extraña, anónima, dirigida a Lembke, recibida el día anterior. Enfurecido, Piotr Stepanovich, leyó:

Excelencia:

Que eso es usted debido a su cargo. Por la presente doy noticias de que ha ocurrido un atentado contra la vida de personas del grado de general y contra la patria: todos los indicios apuntan a este motivo. Yo mismo las he repartido continuamente durante muchos años. También ateísmo. Se prepara un motín, y miles de hojas revolucionarias, y para cada una habrá cien personas que irán corriendo a cogerlas con la lengua fuera si las autoridades no se incautan antes de ellas; porque se ha prometido mucho en recompensa, y la gente ordinaria es imbécil y hay además vodka. Y la gente, buscando al culpable, destruirá al culpable y al inocente, por temor a ambos. Me arrepiento de lo que no he hecho, pues tales son mis circunstancias. Si desea que informe a la autoridad para la salvación de la patria, y también de las iglesias y las imágenes, yo soy el único que puede hacerlo. Pero a condición de recibir al momento un perdón de la policía secreta por telégrafo, para mí solo, y que los otros respondan de sí. Coloque usted una vela encendida todas las noches a las siete en la ventana de la portería de su casa, ésa será la

señal. Cuando la vea, creeré e iré a besar la mano misericordiosa venida de Petersburgo, con tal que se me dé una pensión, porque, de otro modo, ¿cómo voy a vivir? Pero usted no se arrepentirá ya que ello le valdrá una estrella. Hay que obrar con sigilo, pues de lo contrario me retuercen el pescuezo.

Quedo de Vuestra Excelencia desesperado servidor, y librepensador arrepentido, que se arrodilla ante usted.

Anónimo.

Von Lembke explicó que habían dejado la carta en la portería cuando en ella no había nadie.

—Bueno, ¿qué piensa usted? —preguntó Piotr Stepanovich en tono más bien rudo.

—Parece una broma.

—Lo más probable es que sea eso. A usted no le toma nadie el pelo.

—Y sobre todo porque es tan estúpido.

—¿Ha recibido usted cosas así antes?

—Dos veces. Siempre anónimas.

—Claro, no las firmarían. ¿De estilo diferente? ¿De letra distinta?

—De estilo diferente y de letra distinta.

—¿Y de tono zumbón como ésta?

—Sí, igual y, sobre todo, muy repugnantes.

—Pues si ha habido otras, ésta es seguramente de la misma laya.

—Y, sobre todo, la cosa es tan estúpida. Porque ésas son personas educadas y seguramente no escribirían de ese modo.

—Pues sí, sí.

—Pero ¿y si se trata de alguien que quiere efectivamente informar a las autoridades?

—No es probable —cortó secamente Piotr Stepanovich—. ¿Qué quiere decir lo del telegrama de la policía secreta y la pensión? Está claro que es un pasquín.

—Sí, sí —dijo Lembke avergonzado.

—Mire, deje esto de mi cuenta. De seguro que averiguo quién lo ha escrito. Me entero antes que los otros.

—Tómelo —asintió Von Lembke tras un breve titubeo.

—¿Se lo ha enseñado usted a alguien?

—A nadie.

—¿Quiere decir a Iulia Mihailovna?

—¡Dios no lo permita! ¡Y, por los clavos de Cristo, no sea usted quien se lo enseñe! —gritó Lembke aterrado—. Le causaría mucho sobresalto… y se pondría furiosa conmigo.

—Sí, usted sería el primero en llevarse la bronca. Diría que merece usted que le escriban de ese modo. Ya se sabe lo que es la lógica femenina. Bueno, adiós. Quizá en dos o tres días pueda traerle el anónimo autor de esta carta. Pero, ante todo, ¡no olvide nuestro acuerdo!

4

Se fue de la casa de Von Lembke convencido de que al menos se respetaría el plazo de los seis días. Pero se equivocaba, porque su conclusión tenía como única base la de haberse inventado de una vez para siempre un Andrei Antonovich que era un perfecto mentecato. Típico del enfermo de desconfianza, Andrei Antonovich se lanzaba a la plena confianza no bien salía de la incertidumbre. El nuevo curso de los acontecimientos se le presentó al principio con aspecto muy risueño, no obstante algunas nuevas e inquietantes zozobras. En todo caso, las dudas anteriores se habían disipado. Además, últimamente estaba tan cansado, que lo único que deseaba era un poco de calma. Pero, ¡ay!, una vez más estaba inquieto. Su larga residencia en Petersburgo había dejado en su mente huellas indelebles. La historia oficial e incluso secreta de la «nueva generación» le era conocida con suficiente detalle —era curioso y coleccionaba proclamas revolucionarias—, pero nunca entendió palabra de ella. La sensación era la de estar perdido en el medio del bosque: algo le decía que las cosas no cerraban lógicamente en los dichos de Piotr Stepanovich, «aunque sabe Dios lo que podrá pasar con esa “nueva generación” y lo que se traerá entre manos», como se decía a sí mismo, absorto en toda suerte de cavilaciones.

Y ahora, además, Blum volvió a asomar la cabeza por la puerta. Durante la visita de Piotr Stepanovich se había mantenido cerca. Blum era pariente lejano de Andrei Antonovich, aunque había ocultado el parentesco con timidez y cuidado toda su vida. Pido perdón al lector por dedicar aquí algunas palabras a este insignificante individuo. Blum pertenecía a la rara estirpe de los alemanes «desdichados», y no por carencia total de dotes, sino por un motivo desconocido. Los alemanes «desdichados» no son un mito; existen en realidad, incluso en Rusia, y constituyen una clase especial. Andrei Antonovich le tuvo siempre una simpatía conmovedora, y cuando pudo y en la medida de sus propios éxitos en la Administración le procuró algún puestecillo subordinado al suyo propio; pero nunca con suerte. O se eliminaba el puesto por no ser permanente, o se daba la jefatura de la oficina a otra persona, o, como ocurrió una vez, el propio Blum era procesado junto con otros funcionarios. Era hombre escrupuloso, pero adusto, sin necesidad de serlo y en perjuicio propio: pelirrojo, alto, cargado de espaldas, tétrico, incluso sentimental y, no obstante su humildad, pertinaz y terco como un buey, aunque siempre a destiempo. Tanto él como su mujer y su numerosa prole profesaban a Andrei Antonovich honda gratitud desde hacía muchos años. A excepción de Andrei Antonovich, nadie le tuvo nunca aprecio. Iulia Mihailovna quiso deshacerse de él desde el primer momento, pero no pudo vencer la obstinación de su marido. Ése fue el primer altercado conyugal que tuvieron, y ocurrió inmediatamente después de la boda, en los primeros días de la luna de miel, cuando de improviso apareció ante ella Blum —a quien hasta entonces

se había mantenido oculto— con el secreto humillante de su parentesco. Andrei Antonovich imploró con las manos juntas, contó en tono patético la historia entera de Blum y la amistad que los unía desde la infancia, pero Iulia Mihailovna se sintió deshonrada para siempre y hasta recurrió al arbitrio de desmayarse. Pero Von Lembke no dio su brazo a torcer y declaró que no prescindiría de Blum por nada del mundo ni lo apartaría de su lado, de modo que ella, perpleja al cabo, se vio obligada a tolerar a Blum. Ahora bien, quedó acordado que el parentesco se mantendría aún más secreto que hasta entonces, si ello era posible; más aún, que se cambiarían el nombre y el patronímico de Blum, pues por algún motivo eran también Andrei Antonovich, los mismos de Von Lembke. En nuestra ciudad Blum no conocía a nadie, salvo a un boticario alemán, no visitaba a nadie, y llevaba, por arraigada costumbre, vida solitaria y frugal. Hacía tiempo que sabía de estos pecados literarios de Andrei Antonovich, ya que solía hacerle escuchar fragmentos de la novela, mientras Blum trataba de mantenerse despierto. Al regresar a su casa con su flaca y desgarbada esposa se lamentaba de la infausta debilidad que su bienhechor sentía por la literatura rusa.

Andrei Antonovich dirigió a Blum una mirada penosa.

—Te ruego, Blum, que me dejes en paz —dijo con voz rápida y agitada, deseando por lo visto evitar el diálogo que la llegada de Piotr Stepanovich había interrumpido.

—Y, sin embargo, la cosa podría llevarse a cabo de manera muy delicada y sin la menor publicidad; al fin y al cabo, tiene usted poderes —dijo Blum, insistiendo en algún punto, con respeto pero tenazmente, y encorvando la espalda a medida que se iba acercando a Andrei Antonovich.

—Blum, eres tan fiel y tan servicial conmigo que tiemblo de miedo cada vez que te miro.

—¿No será por lo que le ha dicho ese joven mentiroso en quien ni siquiera usted confía? Lo ha engañado con este asunto del talento literario.

—Blum, no entiendes nada. Tu proyecto es absurdo, te lo aseguro. No encontraremos nada y pondrán el grito en el cielo; se reirán luego y después vendrá Iulia Mihailovna…

—Encontraremos lo que buscamos, estoy seguro —dijo Blum acercándose con paso firme y la mano derecha en el corazón—. Hacemos el registro de sopetón, por la mañana temprano, con la máxima cortesía hacia ese señor y observando rigurosamente las formas legales. Los jóvenes, Liamshin y Teliatnikov, tienen la completa seguridad de que hallaremos todo lo que queremos. Ambos iban seguido de visita. Nadie siente mucha simpatía por el señor Verhovenski. La generala Stavrogina se niega claramente a seguir ayudándolo, y todo hombre honrado, si es que los hay en esta ciudad de palurdos, está convencido de que allí ha estado oculta siempre la fuente de la incredulidad y de las doctrinas sociales subversivas. Allí guarda todos los

libros prohibidos, los *Pensamientos* de Ryleyev, las obras completas de Herzen… De cualquier modo, tengo un catálogo aproximado…

—¡Ay, Dios! ¡Pero si esos libros los tiene todo el mundo! ¡Pero qué simple eres, mi pobre Blum!

—Y muchas proclamas revolucionarias —Blum prosiguió sin escuchar la observación—. Acabaremos por descubrir la pista de las hojas que se imprimen aquí. Ese joven Verhovenski me parece muy sospechoso, muy sospechoso.

—Estás confundiendo al padre con el hijo. Los dos no se llevan bien. El hijo se ríe abiertamente del padre.

—Es para despistar.

—¡Blum, qué quieres! ¡Mortificarme! Piensa que, en todo caso, se trata de una persona que goza de prestigio aquí. Fue profesor, es hombre conocido, armará un escándalo mayúsculo, la ciudad entera lo tomará enseguida a broma y al cabo lo echaremos todo a perder…, ¡y piensa en lo que dirá Iulia Mihailovna!

Blum prosiguió, sin escuchar.

—Apenas fue profesor auxiliar, nada más que auxiliar; y en el escalafón sólo asesor colegiado cuando se acogió al retiro —añadió golpeándose el pecho—. No ha recibido distinción ninguna y fue dado de baja por sospechoso de conspirar contra el gobierno. Estuvo vigilado por la policía y sin duda lo sigue estando. Y en vista de los desórdenes que ahora se descubren, tiene usted sin duda esa obligación. Muy al contrario, es usted el que sacrifica una distinción por apoyar al verdadero criminal.

—¡Iulia Mihailovna! ¡Vete, Blum! —gritó de pronto Von Lembke al oír la voz de su mujer en la habitación vecina.

Blum se estremeció, pero no se dio por vencido.

—Por favor, señor, por favor, deme su permiso —insistió, apretando aún más ambas manos contra el pecho.

—¡Vete! —gritó Andrei Antonovich rechinando los dientes—. ¡Haz lo que quieras… más tarde…! ¡Dios mío!

Se levantó la cortina y apareció Iulia Mihailovna. Al ver a Blum se detuvo majestuosamente y le dirigió una mirada arrogante y ofensiva, como si la sola presencia de ese hombre allí fuera un insulto para ella. Blum le hizo una profunda reverencia, silenciosa y respetuosamente, y, encorvado en señal de pleitesía, se dirigió de puntillas a la puerta con las manos ya un poco separadas.

Fuera porque, en efecto, entendiese la postrera exclamación histérica de Andrei Antonovich como licencia inequívoca para proceder como lo había solicitado, o por deseo de obrar, acallando su conciencia, en provecho de su bienhechor, firmemente persuadido como estaba del éxito final de la empresa, el caso es que de este coloquio entre el gobernador y su subordinado resultó, como se verá en lugar oportuno, algo enteramente inesperado que hizo reír a muchos, que causó mucho ruido, que provocó

la ira furiosa de Iulia Mihailovna y que, por último, desquició por completo a Andrei Antonovich, que se dejó caer en la indecisión justo cuando apremiaba entrar en acción.

5

Día complicado para Piotr Stepanovich. Luego de ver a Von Lembke corrió hasta la calle Bogoyavlenskaya, pero al pasar por la calle Bykova, junto a la casa en que se hospedaba Karmazinov, se detuvo de pronto, sonrió con su mueca habitual, y entró. Aunque no había dado noticias de su visita, el criado lo recibió diciéndole que se lo estaba esperando. Y así era, el gran escritor quería verlo desde hacía una semana. Tres días antes le había entregado el manuscrito de *Merci* (que pensaba leer en la *matinée* literaria el día del festival de Iulia Mihailovna), y lo había hecho por benevolencia, en la firme convicción de que halagaría mucho la vanidad del joven dándole a leer de antemano la gran obra. Piotr Stepanovich había advertido ya mucho antes que este caballero vanidoso, mimado y ofensivamente inalcanzable para quien no estuviera entre los elegidos, ese «talento casi nacional», trataba sencillamente de congraciarse con él, y hasta con notable ahínco. Tengo la impresión de que el joven acabó por sospechar que Karmazinov, aunque no lo considerase el cabecilla de toda la organización secreta revolucionaria en Rusia, era por lo menos uno de los mejor iniciados en los secretos de la revolución rusa y uno de los que gozaban de indiscutible ascendiente entre la juventud. El estado de ánimo del «hombre más listo de Rusia» interesaba a Piotr Stepanovich, pero por algunos motivos había evitado hasta entonces cambiar impresiones con él.

El gran escritor se hospedaba en casa de una hermana, esposa de un gentilhombre de cámara y propietaria de tierras en nuestra provincia. Ambos, marido y mujer, veneraban a su ilustre pariente, pero cuando llegó en esta ocasión ambos se encontraban en Moscú, con gran pesar suyo, por lo que el honor de recibirlo recayó sobre una señora anciana, también pariente lejana y pobre del gentilhombre, que vivía en la casa y desde hacía largo tiempo desempeñaba el oficio de ama de llaves. Toda la casa andaba de puntillas desde la llegada del señor Karmazinov. La anciana escribía a Moscú casi todos los días acerca de cómo el escritor había pasado la noche y de lo que había comido, y una vez mandó un telegrama con la noticia de que, después de un banquete en casa del alcalde, había tenido que tomar una cucharada de cierta medicina. Sólo raras veces se atrevía a entrar en el cuarto del huésped, aunque éste la trataba cortésmente, si bien con sequedad, y hablaba con ella sólo cuando precisaba alguna cosa.

Piotr Stepanovich ingresó en la casa cuando éste comía su filete matinal con medio vaso de vino tinto. Piotr Stepanovich había pasado ya antes a verlo y siempre lo había encontrado frente a ese filete matutino, que consumía en presencia del visitante, sin invitarlo una sola vez a almorzar con él. Después del filete le trajeron una tacita de café. El criado que le servía vestía de frac, llevaba guantes y calzaba zapatos de suela blanda que no hacían ruido.

—¡Ahh! —Karmazinov se levantó del sofá, pasándose la servilleta por los labios con los ojos brillantes de contento; intercambió unos besos con el visitante, hábito característico de los rusos si son muy famosos. Pero Piotr Stepanovich recordó por experiencia lo de los besos, y cuando Karmazinov levantó la mejilla, él levantó la suya. Ambas mejillas se tocaron. Karmazinov, haciendo como si no lo hubiera notado, tomó asiento en el sofá y señaló amablemente a Piotr Stepanovich un sillón frente a él, donde el visitante se repantingó.

—Supongo que no… ¿No quiere usted almorzar? —preguntó el anfitrión, alterando esta vez su costumbre, pero, por supuesto, con aire patente de esperar una negativa cortés. Piotr Stepanovich al momento expresó el deseo de almorzar. Un velo de sorpresa contrariada cubrió el rostro del anfitrión, pero fue sólo un instante. Tiró nerviosamente de la campanilla y, a despecho de su buena educación, levantó la voz desabridamente para mandar al criado que trajera un segundo almuerzo.

—¿Qué tomará usted? —preguntó una vez más.

—Filete y café. Y pida que traigan más vino. Tengo un hambre feroz —respondió Piotr Stepanovich examinando con tranquila atención el atuendo de su anfitrión. El señor Karmazinov vestía una especie de chaqueta casera acolchada, con botones de nácar, pero demasiado corta, lo que no iba bien con su abdomen bastante rotundo y con sus muslos de voluminosa redondez; pero hay gustos de todas clases. Las rodillas las tenía cubiertas con una manta de lana a cuadros, aunque no hacía frío en la habitación.

—¿Qué? ¿Está usted enfermo? —observó Piotr Stepanovich.

—No, no lo estoy, pero temo estarlo en este clima —respondió el escritor con su voz aguda, midiendo delicadamente cada palabra y con un agradable ceceo aristocrático—. Ya le estuve esperando ayer.

—¿Por qué? No prometí venir.

—Es verdad, pero tiene mi manuscrito. ¿Lo ha… leído?

—¿Manuscrito? ¿Qué manuscrito?

Karmazinov quedó terriblemente sorprendido.

—Pero lo habrá traído, ¿no? —preguntó con alarma tal que hasta dejó de comer y miró a Piotr Stepanovich con cara de terror.

—¡Ah! ¿Se refiere usted a *Bonjour*?

—*Merci*.

—Da lo mismo. Se me olvidó por completo y no lo he leído. No he tenido tiempo. La verdad es que no sé a punto fijo…, en los bolsillos no está…, lo habré dejado en mi mesa. No se preocupe, que ya aparecerá.

—No. Lo mejor será mandar a alguien por él a casa de usted. Puede perderse y, además, pueden robarlo.

—Pero ¿quién iba a quererlo? ¿Y por qué se asusta tanto? Iulia Mihailovna me ha

dicho que manda usted hacer varias copias, una la deja con su notario en el extranjero, otra en Petersburgo, otra más en Moscú, y la cuarta la envía usted al banco, ¿no es así?

—Pero, hombre, también Moscú puede quemarse y con él mi manuscrito. No, lo mejor será que mande por él.

—¡Espere! ¡Aquí está! —y Piotr Stepanovich sacó del bolsillo trasero un envoltorio de notas—. Está algo arrugado. ¡Hay que ver! Desde que me lo dio usted lo he tenido todo el tiempo en el bolsillo de atrás revuelto con el pañuelo. Lo olvidé por completo.

Karmazinov cogió el manuscrito con ansia, lo hojeó con cuidado, contó las hojas y lo colocó respetuosamente en una mesita especial que tenía junto a sí, pero sin perderlo de vista un momento.

—Por lo visto, no lee usted mucho —siseó, sin poder contenerse.

—No, no mucho.

—¿Y nada de literatura rusa?

—¿De literatura rusa? Sí, un momento, he leído *Por el camino*… o *En camino*… o *En la encrucijada del camino*, o algo por el estilo. No me acuerdo. Hace mucho que lo leí, cinco años. No tengo tiempo.

Hubo una breve pausa.

—Cuando llegué, dije a todo el mundo que es usted un hombre extraordinariamente inteligente, y ahora, parece que todos quieren alabarlo.

—Muchas gracias —contestó Piotr Stepanovich con humildad.

Trajeron el almuerzo. Piotr Stepanovich comenzó a comer el filete con singular apetito, lo devoró en un tris, se bebió el vino y tomó el café.

«Ese tramposo —pensaba Karmazinov mirándolo de reojo, en tanto que acababa con el último bocado y apuraba la última gota—, ese patán seguramente entendió al momento toda la mordacidad de mi frase… y, por supuesto, ha leído el manuscrito con avidez, y miente sólo por fastidiar. Pero también puede ser que no mienta y que sea sencillamente tonto. A mí me gusta que un hombre de genio sea un poco estúpido. ¿No es éste algo así como un genio entre los suyos? En fin, que se lo lleve el demonio».

Se levantó del sofá y se puso a pasear por la habitación para estirar las piernas, cosa que hacía siempre después de almorzar.

—¿Se marcha usted pronto? —preguntó Piotr Stepanovich desde su sillón, encendiendo un cigarrillo.

—Yo, en realidad, he venido a vender mi finca y dependo ahora de mi administrador.

—¿Pero no vino porque allí se esperaba una epidemia después de la guerra?

—N-no, no fue precisamente por eso —prosiguió el señor Karmazinov midiendo

afablemente sus frases y sacudiendo un poco el piececito derecho cuando daba la vuelta en un extremo de la habitación—. Yo, a decir verdad, tengo intención de vivir lo más posible —añadió, riendo no sin malicia—. En la aristocracia rusa hay algo que la desgasta rápidamente, en todos los aspectos. Pero yo pienso desgastarme lo más tarde posible y ahora me voy al extranjero para siempre. Allí el clima es mejor, las casas son de piedra y todo es más fuerte. Pienso que Europa se tendrá en pie mientras yo viva.

Y usted, ¿qué piensa?

—¡Yo qué sé!

—Hum. Si la Babilonia de allí se viene efectivamente abajo y el batacazo es grande (y en eso estoy de acuerdo con usted, aunque creo que se mantendrá en pie el resto de mi vida), entonces no hay nada que pueda desmoronarse aquí en Rusia, relativamente hablando. Aquí no hay piedras que puedan caerse, sino que todo se disolverá en barro. La Santa Rusia está en peores condiciones que nadie para ofrecer resistencia a nada. El pueblo bajo sobrevivirá con ayuda de su Dios ruso, pero, según las últimas noticias, el Dios ruso no es muy de fiar y apenas ha podido oponerse a la emancipación de los siervos. Al menos, se ha bamboleado bastante. Y con eso de los Ferrocarriles y con que ustedes… Yo, francamente, no creo en absoluto en el Dios ruso.

—¿Y en el europeo?

—Tampoco. En ninguno. A mí se me ha calumniado ante la juventud rusa. Yo siempre he simpatizado con todos y cada uno de sus movimientos. Me han enseñado esas hojas subversivas de aquí. La gente las mira confusa porque se asusta de su forma de expresión, pero está segura de su gran eficacia, aunque sin darse cuenta por completo. Todos están cayendo desde hace tiempo y todos saben desde hace tiempo que no tienen de dónde agarrarse. Yo estoy seguro del éxito de esa propaganda clandestina porque hoy Rusia es, ante todo, el único sitio del mundo donde puede suceder cualquier cosa sin la menor oposición. Entiendo demasiado bien por qué los rusos pudientes se van por pies al extranjero, y cada año en mayor número. Es sólo cuestión de instinto. Cuando el barco se hunde, las ratas son las primeras en abandonarlo. La Santa Rusia es un país de madera, de miseria y… de peligro, un país de mendigos vanidosos en los altos niveles sociales, mientras que la inmensa mayoría vive en chozas inmundas. Se alegrará de cualquier solución con tal de que se la expliquen. El gobierno es el único que todavía quiere oponerse, pero lo que hace es blandir el garrote en la oscuridad y apalear a sus propios partidarios. Aquí todo está sentenciado y condenado a muerte. Rusia, tal como es ahora, no tiene porvenir. Yo me he nacionalizado alemán y lo tengo a mucha honra.

—Usted empezó hablando de las hojas revolucionarias. Quiero saber qué piensa de ellas.

—Todo el mundo les teme, lo que demuestra que son efectivas. Ponen el fraude claramente al descubierto y prueban que aquí no hay nada de qué agarrarse ni nada en qué apoyarse. Hablan alto cuando todos hacen silencio. Lo más impresionante de ellas (a pesar de la forma) es ese atrevimiento, insólito hasta ahora, de mirar la verdad cara a cara. Esa facultad de mirar la verdad cara a cara es propia de los rusos de la generación actual. No. En Europa no son aún tan atrevidos, Allí los reinos son de piedra, allí hay algo en qué apoyarse. Por lo que veo y se me alcanza, toda la esencia de la idea revolucionaria rusa consiste en la negación del honor. Me gusta que eso se exprese de manera tan atrevida y audaz. No. En Europa no podrían entenderlo todavía, pero aquí es cabalmente en eso en lo que se hace hincapié. Para el ruso, el honor no es más que una carga superflua; y siempre ha sido una carga, en el curso entero de su historia. Se lo puede atraer mucho mejor con un franco «derecho al deshonor». Yo pertenezco a la vieja generación y confieso que estoy a favor del honor, pero sólo por costumbre. Me gustan las viejas formas, pero digamos que sólo por pusilanimidad; de alguna manera tengo que llenar los años que me quedan.

Se detuvo de pronto.

«Y yo habla que te habla —pensó— y él no hace más que quedarse callado, mirándome. Él ha venido para que le haga una pregunta directa. Pues bien, se la voy a hacer».

—Iulia Mihailovna me ha pedido que averigüe de usted, por algún subterfugio, qué clase de sorpresa prepara usted para el baile de pasado mañana —preguntó de improviso Piotr Stepanovich.

—Sí, habrá, en efecto, una sorpresa, y los voy a dejar a todos turulatos… —dijo Karmazinov con aire importante—, pero no voy a decirle a usted el secreto.

Piotr Stepanovich no insistió.

—Aquí vive un sujeto llamado Shatov —dijo el gran escritor— y figúrese usted que aún no le he visto.

—Buena persona. Bien, ¿y qué?

—Pues nada; que habla de muchas cosas. ¿No es el que dio una bofetada a Stavrogin?

—Sí.

—¿Y qué piensa usted de Stavrogin?

—No lo sé; una especie de Don Juan.

Karmazinov detestaba a Stavrogin porque éste se había empeñado en no percatarse de su presencia.

—Ese Don Juan será el primero a quien colgarán de un árbol si sucede lo que predican esas proclamas subversivas —dijo Karmazinov con una risita.

—Quizá aun antes de eso —Piotr Stepanovich apuntó de pronto.

—Le estará bien empleado —asintió Karmazinov, ya sin reírse y en un tono muy

serio.

—Eso ya lo dijo usted otra vez; y sepa que yo se lo dije a él.

—¿Cómo? ¿Se lo dijo usted?

—Contestó que, si a él le colgaran, a usted bastaría con que lo vapuleasen, pero no por pura forma, sino que le diesen una buena paliza, como las que les dan a los campesinos.

Piotr Stepanovich tomó el sombrero y se levantó. Karmazinov, al despedirle, le alargó ambas manos.

—Y, vamos a ver —preguntó con voz aguda y melosa y una entonación peculiar, mientras retenía en las suyas las manos de Piotr Stepanovich—, si lo que ustedes traman llega a pasar…, ¿cuándo cree usted que será?

—¡Yo qué sé! —contestó Piotr Stepanovich con alguna brusquedad. Ambos se miraron fijamente.

—¿Poco más o menos? ¿Aproximadamente? —Karmazinov acentuó el empalago de su voz.

—Tendrá usted tiempo para vender su finca y escurrir el bulto —dijo Piotr Stepanovich en tono más brusco aún. Se miraron con mayor intensidad. Hubo unos segundos de silencio.

—Empezará a principios de mayo y acabará para principios de octubre —declaró de pronto Piotr Stepanovich.

—Mil gracias —dijo Karmazinov con voz cálida, estrechándole ambas manos.

«Una rata como tú tendrá tiempo para escapar del barco —pensó Piotr Stepanovich al salir a la calle—. Ahora bien, si este “talento casi nacional” pregunta con tanta confianza por el día y la hora, y me agradece respetuosamente la información que le doy, quiere decirse que nosotros no tenemos por qué dudar —agregó con sonrisa torcida—. Hum. Al fin y al cabo no es tonto…, es sólo una rata que cambia de domicilio. Éste no irá con cuentos a la policía».

Corrió a casa de Filippov, en la calle Bogoyavlenskaya.

6

Piotr Stepanovich entró primero a ver a Kirillov. Éste, según costumbre, estaba solo, y en esta ocasión hacía gimnasia en medio del cuarto, es decir, con las piernas abiertas hacía girar los brazos de un modo especial por encima de la cabeza. En el suelo había una pelota. En la mesa estaba, ya frío, el desayuno, aún sin recoger. Piotr Stepanovich permaneció un instante en el umbral.

—¡Hay que ver lo bien que cuida usted de su salud! —dijo en voz alta y alegre entrando en el cuarto—. ¡Qué bonita pelota! ¡Y cuánto bota! ¿Es también para la gimnasia?

Kirillov se endosó la levita.

—Sí, también para la salud —murmuró con sequedad—. Siéntese.

—Vengo sólo un momento; pero, aun así, voy a sentarme. Lo de la salud está muy bien, pero a lo que vengo es a recordarle un pacto. El plazo se acerca… en cierto sentido —concluyó, retorciéndose con embarazo.

—¿Qué pacto?

—¿Cómo que qué pacto? —preguntó Piotr Stepanovich sorprendido, casi asustado.

—Eso no fue ni pacto ni obligación. Yo no me comprometí a nada. Eso es mala interpretación suya.

—Pero, oiga, ¿qué quiere decir con eso? —preguntó Piotr Stepanovich levantándose de un salto.

—Lo que me dé la gana.

—¿Y eso significa?

—Lo de antes.

—¿Y cómo se entiende eso? ¿Quiere decir que sigue con el propósito de antes?

—Lo quiere decir. Ahora bien, no hay pacto ni lo ha habido, y yo no me comprometí a nada. Sólo mi libre voluntad y sigue siendo sólo mi libre voluntad.

Kirillov hablaba en tono perentorio y desdeñoso.

—De acuerdo, de acuerdo; sólo su voluntad, con tal de que no cambie —Piotr Stepanovich volvió a sentarse ya con aire satisfecho—. Se sulfura usted por una mera palabra. De algún tiempo a esta parte se ha vuelto muy quisquilloso. Por eso evitaba venir a visitarle. Pero estaba seguro de que no nos traicionaría.

—Yo a usted no lo estimo mucho; pero puede estar completamente seguro. Aunque no reconozco eso de traicionar o no traicionar.

—Pero, mire —dijo Piotr Stepanovich nuevamente alarmado—, es menester hablar con claridad para no desbarrar. El asunto requiere precisión y usted no hace más que exasperarme. ¿Me permite que hable?

—Hable —dijo Kirillov secamente y sin mirarle.

—Hace tiempo que decidió usted suicidarse… o, al menos, ha tenido esa idea. ¿Me he expresado bien? ¿Me he equivocado en algo?

—Sigo teniendo la misma idea.

—Perfectamente. Observe además que nadie lo ha obligado.

—Claro que no. ¡Qué tonterías dice usted!

—Bueno, bueno. Me he expresado tontamente. Sin duda, habría sido una idiotez obligarlo. Prosigo. Usted ya es miembro de la Sociedad bajo la antigua organización y se lo confesó usted a uno de sus miembros.

—No se lo confesé. Sencillamente se lo dije.

—Bueno. Habría sido ridículo «confesarlo», como si fuera una revelación. Usted sencillamente se lo dijo. Está bien.

—No está bien, porque sigue usted farfullando. No debo a usted explicación alguna, ni puede usted entender mis pensamientos. Quiero suicidarme porque tengo esa idea, porque me repugna el temor a la muerte, porque…, porque eso no le importa a usted… ¿Qué quiere? ¿Té? Está frío. Espere que le traiga otro vaso.

En efecto, Piotr Stepanovich había cogido la tetera y buscaba un vaso vacío. Kirillov fue al aparador y trajo un vaso limpio.

—Acabo de almorzar en casa de Karmazinov —observó el visitante—. Después he estado escuchándolo y sudando; luego he venido corriendo aquí y sudando… y me estoy muriendo de sed.

—Beba. El té frío está bueno.

Kirillov volvió a sentarse y a clavar los ojos en el otro extremo del cuarto.

—A la Sociedad se le ocurrió —prosiguió en el mismo tono de voz— que podría serle útil suicidándome, y que cuando usted armara aquí un escándalo y las autoridades buscaran a los responsables, yo de pronto me pegaría un tiro y dejaría una carta en la que me declararía culpable, de modo que no sospecharan de usted durante todo un año.

—Aunque no fuesen más que unos días. Hasta un día solo sería valioso.

—Bien. A este respecto me dijeron que, si lo deseaba, podía esperar. Yo les contesté que aguardaría hasta que la Sociedad dijera cuándo, porque a mí me da lo mismo.

—Sí, pero no se olvide de que se comprometió a escribir la última carta sólo con mi ayuda, y a que, cuando llegase usted a Rusia, estaría a mi…, bueno, para decirlo de alguna manera, a mi disposición; claro que sólo para tal ocasión, y que quedaría usted libre para todo lo demás —agregó Piotr Stepanovich casi amable.

—No me comprometí. Consentí, porque a mí me da igual.

—Muy bien, muy bien. No tengo la menor intención de lastimar el orgullo de usted, pero…

—No es cuestión de orgullo.

—Pero recuerde que le dieron ciento veinte táleros para gastos de viaje; es decir, que aceptó usted dinero.

—No hay tal —salió Kirillov—. El dinero no era para eso. Para eso no se acepta dinero.

—A veces se acepta.

—Miente usted. Yo lo expliqué por carta desde Petersburgo, y en Petersburgo le devolví a usted en propia mano ciento veinte táleros…, dinero que se habrá mandado desde allí, si es que usted no lo guardó.

—Bueno, bueno. No quiero discutir sobre ello. Ese dinero fue enviado. Lo que ahora cuenta es que siga usted con la idea de antes.

—Con la misma. Cuando venga usted y me diga «ya es hora», lo hago. ¿Qué? ¿Va a ser pronto?

—No faltan muchos días… Pero recuerde que escribiremos la carta juntos esa misma noche.

—No importa que sea el mismo día. ¿Dice usted que debo hacerme responsable de las proclamas subversivas?

—Y de algo más.

—No me haré responsable de todo.

—¿De qué no se va a hacer responsable? —preguntó Piotr Stepanovich, de nuevo alarmado.

—De lo que no quiera. Basta. No quiero hablar más del tema.

Piotr Stepanovich se contuvo y dio otro giro a la conversación.

—Hay otra cosa de que quiero hablar —anunció—. ¿Estará usted esta noche con nosotros? Es el día del santo de Virginski y con ese pretexto nos juntaremos allí.

—No quiero.

—Hágame el favor. Vaya. Es necesario. Es necesario dar ánimos con nuestro número y nuestras caras… Usted tiene una cara…, quiero decir que tiene usted una cara fatídica.

—¿Cree usted? —dijo Kirillov riéndose—. Bueno, iré; pero no por lo de la cara. ¿A qué hora?

—Oh, cuanto más temprano mejor. A las seis y media. Y, ¿sabe?, puede entrar, sentarse y no hablar con nadie, aunque haya mucha gente. Pero no se olvide de llevar papel y lápiz.

—Y eso ¿para qué?

—¿Y a usted qué le importa? Es un capricho mío. Usted sencillamente se sienta sin hablar con nadie, escucha y, de cuando en cuando, hace como si tomara notas. Puede pintar monos si tiene ganas.

—¡Qué tontería! ¿Y por qué?

—¿Y a usted qué más le da? ¿No dice usted que le es igual?

—No. ¿Por qué?

—Bueno, porque un miembro de la Sociedad, el inspector, se ha quedado en Moscú, y yo he dicho a alguien de aquí que podría visitarnos el inspector. Pensarán que es usted el inspector, y como ya lleva usted aquí tres semanas la sorpresa será todavía mayor.

—Eso es una farsa. No hay inspector en Moscú.

—Es verdad, no lo hay. Pero ¡maldita sea!, ¿qué le importa a usted? ¿Qué le molesta tanto? ¿No es usted miembro de la Sociedad?

—Dígales que soy el inspector. Me sentaré y guardaré silencio, pero eso del papel y el lápiz no lo quiero.

—Pero ¿por qué no?

—Porque no quiero.

Piotr Stepanovich se enfureció hasta casi ponerse verde, pero una vez más se contuvo, se levantó y agarró el sombrero.

—¿Está *ése* aquí? —preguntó a media voz.

—Está.

—Bueno. Me lo llevaré pronto, no se preocupe.

—No me preocupo. Aquí sólo viene a dormir. La vieja está en el hospital y la nuera está muerta. Hace dos días que estoy solo. Le he mostrado un sector en la valla donde se puede quitar un tablón. Sale por allí sin que nadie lo vea.

—Me lo llevaré de aquí pronto.

—Dice que tiene muchos lugares donde pasar la noche.

—Miente. La policía lo está buscando y aquí por el momento está a salvo. ¿Ha hablado usted con él?

—Sí. Toda la noche. Dice cosas horribles de usted. Yo de noche le leo el Apocalipsis y los dos bebemos té. Escucha con atención, sí, con mucha atención, toda la noche.

—¡Qué diablo! Lo va a convertir usted al cristianismo.

—¡Pero si es cristiano! No se preocupe. Matará. ¿A quién quiere usted que mate?

—No. No lo quiero para eso. Lo quiero para otra cosa… Y Shatov ¿sabe algo de Fedka?

—No hablo con Shatov ni le veo.

—¿Es que está enojado?

—No, no estamos enojados, sino que cada cual tira por su lado. Vivimos juntos en América demasiado tiempo.

—Ahora paso a verle.

—Como quiera.

—Quizá Stavrogin y yo pasemos a verlo a usted después de la reunión, a eso de la diez.

—Vengan.

—Tengo que hablar con él de algo importante… Oiga, regáleme la pelota. ¿De qué va a servirle ahora? Yo también la quiero para hacer gimnasia. Si desea, se la pago.

—Tómela, no hace falta que me dé nada.

Piotr Stepanovich se metió la pelota en el bolsillo trasero.

—Pero no le daré nada contra Stavrogin —murmuró al despedir a su visitante.

Las últimas palabras de Kirillov desconcertaron mucho a Piotr Stepanovich. Apenas tuvo tiempo para preguntarse sobre su significado; pero ya subiendo la escalera que conducía al cuarto de Shatov se esforzó por trocar el descontento de su semblante en gesto amable. Shatov estaba en casa y algo indispuesto. Estaba acostado en la cama, pero vestido.

—¡Qué mala suerte! —gritó Piotr Stepanovich desde el umbral—. ¿Enfermo de cuidado?

La afable expresión de su rostro desapareció en un segundo; algo avieso brilló en sus ojos.

—No me pasa nada —repuso Shatov levantándose nervioso—. No estoy en absoluto enfermo. Sólo un pequeño dolor de cabeza…

Parecía sorprendido. La llegada repentina de tal visitante sin duda lo había asustado.

—Vengo a verlo por un asunto que no deja paso a la enfermedad —Piotr Stepanovich empezó a hablar con rapidez y en tono un tanto imperioso—. Permita que me siente —añadió sentándose—, y usted vuelva a sentarse en su catre. Así. Hoy, so pretexto de ser el día del santo de Virginski, algunos de nosotros nos vamos a reunir en su casa. No habrá, sin embargo, nada más; se han tomado las medidas necesarias. Yo iré con Nikolai Stavrogin. Por supuesto que no lo llevaría a usted a la fuerza, dada su manera de pensar actual…, es decir, no quiero que se sienta incómodo allí. Ni tampoco pensamos que nos vaya a denunciar. Pero, según despuntan las cosas, será preciso que vaya usted. Allí encontrará a las personas con quienes decidiremos por fin cómo darlo a usted de baja en la Sociedad y a quién deberá entregar el material que tiene en su posesión. Lo arreglaremos discretamente. Yo lo llevo a usted a un rincón, y aunque habrá mucha gente, nadie tiene por qué darse cuenta. Debo confesar que he tenido que esforzar mucho la lengua en favor de usted; pero ahora todos parecen conformes, a condición de que entregue la imprenta y todos los papeles. Después de eso puede usted ir a donde le venga en gana.

Shatov escuchaba cejijunto y rencoroso. El temor nervioso de antes había desaparecido por completo.

—No reconozco obligación alguna de dar cuenta de nada a nadie —dijo categóricamente—. Nadie tiene derecho a ponerme en libertad.

—No es precisamente así. A usted le hemos confiado muchas cosas. Usted no tenía derecho a romper con nosotros de esa manera. Y, en fin de cuentas, nunca dio una explicación clara, con lo que puso a todos en una situación equívoca.

—Cuando vine aquí lo expliqué claramente por carta.

—No. Está claro que no —objetó con calma Piotr Stepanovich—. Yo, por ejemplo, le mandé «Un espíritu noble» para que lo imprimiera aquí y guardara los ejemplares hasta que se le pidieran. Había también dos octavillas. Usted lo devolvió todo con esa carta ambigua que no significaba nada.

—Yo me negué a imprimir eso.

—Sí, pero no rotundamente. Usted escribió diciendo «No puedo», pero sin explicar por qué. «No puedo» no significa lo mismo que «no quiero». Cabía pensar que no podía usted hacerlo por razones materiales. Así lo entendieron ellos, y sacaron la conclusión de que usted estaba de acuerdo en continuar afiliado a la Sociedad y, por lo tanto, podían confiarle otras cosas y comprometerse todavía más. Aquí dicen que lo que usted se proponía era sencillamente engañarlos y denunciarlos cuando recibiera algún informe importante. Yo lo defendí cuanto pude y les mostré ese par de renglones de su nota como testimonio a favor de usted. Pero debo confesar, después de releer la nota ahora, que ese par de renglones es confuso y se presta a engaño.

—¿Y ha conservado usted esa nota con tanto cuidado?

—No importa que la haya conservado. Lo que importa es que ahora la tengo.

—¡Pues guárdela, qué demonio! —gritó Shatov rabioso—. ¡Deje que esos imbéciles de usted crean que los he denunciado! ¡Me importa un pito! ¡Quisiera ver yo lo que me pueden hacer!

—Lo pondrían en la lista negra y lo ahorcarían con el primer éxito de la revolución.

—¿Cuando consigan ustedes el poder y conquisten a Rusia?

—No se ría. Repito que he salido en su defensa. Pero, sea como fuere, le aconsejo que vaya a la reunión de hoy. ¿A qué vienen esas palabras inútiles, nacidas de un falso orgullo? ¿No será mejor separarnos amistosamente? Porque, en todo caso, tendrá usted que devolver la prensa, los tipos y todos los papeles viejos. De eso hablaremos.

—Iré —murmuró Shatov, inclinando pensativo la cabeza. Piotr Stepanovich lo miraba de reojo desde su asiento—. ¿Estará Stavrogin? —preguntó Shatov de pronto, levantando la cabeza.

—No faltará.

—¡Ja, ja!

De nuevo guardaron silencio unos segundos. Shatov sonreía despreciativo e irritado.

—Y ese infame «Espíritu noble» de usted que no quise imprimir aquí, ¿lo ha

publicado ya?

—Sí.

—¿Y trata de hacer creer a los alumnos de secundaria que el propio Herzen lo escribió en el álbum de usted?

—El propio Herzen.

Esta vez el silencio duró unos tres minutos. Shatov se levantó finalmente de la cama.

—¡Váyase de aquí! No quiero estar en la misma habitación que usted.

—Me voy —dijo Piotr Stepanovich casi alegre, levantándose al momento—. Sólo una palabra más: Kirillov, por lo visto, está ahora solo en su cuarto, sin criada, ¿no es eso?

—Está solo. Váyase, que no soporto estar con usted en la misma habitación.

«¡Bueno! ¡Ahora estás arreglado! —pensaba gozoso Piotr Stepanovich al salir a la calle—. También lo estarás esta noche, y así es como necesito que estés. La cosa no podría presentarse mejor, ¡imposible que se presentara mejor! ¡El propio Dios ruso me está ayudando!».

7

Sin duda estuvo muy atareado ese día, yendo de la ceca a la meca con diversos fines; y, por lo visto, con buen resultado, como se colegía por la expresión satisfecha de su rostro cuando al anochecer, a las seis en punto, se presentó en casa de Nikolai Vsevolodovich. Sin embargo, no fue recibido de inmediato; desde hacía un instante Mavriki Nikolayevich tenía una reunión a puerta cerrada con Nikolai Vsevolodovich en el despacho de éste. Esta noticia lo inquietó por un momento. Se sentó junto a la puerta del despacho para aguardar la salida del visitante. Podía escuchar la conversación, pero sin distinguir las palabras. La visita no duró mucho; pronto se oyó un rumor, tronó una voz sonora y aguda e inmediatamente después se abrió la puerta y salió Mavriki Nikolayevich, más blanco que una sábana. Ni se dio cuenta de la presencia de Piotr Stepanovich y pasó de largo. Piotr Stepanovich, al momento, entró corriendo.

No puedo omitir una relación detallada de esa entrevista, sobremanera breve, entre los dos «rivales» —entrevista al parecer imposible, dadas las circunstancias, pero que, sin embargo, se realizó—.

Ocurrió del modo siguiente: después de comer, Nikolai Vsevolodovich dormía una siesta en el sofá de su despacho cuando Aleksei Yegorovich le anunció la llegada del inesperado visitante. Al oír su nombre, Nikolai Vsevolodovich se levantó de un salto sin poder entender; pero pronto apareció en sus labios una sonrisa —una sonrisa de altivo triunfo al par que de asombro confuso e incrédulo—. Al entrar, Mavriki Nikolayevich quedó sorprendido, al parecer, por la índole de esa sonrisa; en todo caso, se detuvo como indeciso en medio de la habitación: ¿avanzar o retroceder? Stavrogin logró al momento alterar la expresión de su rostro y, con gesto de grave preocupación, dio un paso hacia él. Mavriki Nikolayevich no estrechó la mano que se le alargaba, pero acercó torpemente una silla y sin decir palabra se sentó, sin aguardar la invitación de Stavrogin a que lo hiciese. Éste se sentó en el sofá y, mirando al visitante, esperó en silencio.

—Si puede, cásese con Lizaveta Nikolayevna —dijo Mavriki Nikolayevich de pronto. Lo curioso era que por el tono de la voz no se podía diferenciar si lo decía como ruego, consejo, permiso o mandato.

Nikolai Vsevolodovich se mantuvo callado; pero el visitante había dicho, por lo visto, cuanto había venido a decir y lo miraba fijamente en espera de respuesta.

—Si no me equivoco (pero, por lo que oigo, es cierto), Lizaveta Nikolayevna está comprometida para casarse con usted —dijo al cabo Stavrogin.

—Así es, en efecto —asintió Mavriki Nikolayevich con voz firme y clara.

—¿Han… reñido ustedes? Perdone que se lo pregunte, Mavriki Nikolayevich.

—No. Ella «me ama y respeta»; tales son sus palabras. Y sus palabras son lo que

más aprecio en este mundo.

—De eso no cabe duda.

—Pero sepa que si ella estuviera al pie mismo del altar y usted la llamara, me dejaría a mí y a todo el mundo y se iría con usted.

—¿Desde el altar?

—Incluso después de la boda.

—¿No está usted en un error?

—No. Por debajo del odio que siente por usted, un odio que es continuo, intenso y sincero, rebulle a cada momento el amor y… la locura…, ¡amor también sincero e infinito y… locura! Por el contrario, debajo del amor que siente por mí, que también es sincero, rebulle a cada momento el odio…, ¡el odio más intenso! Jamás, hasta ahora, habría yo podido imaginar tales… metamorfosis.

—Pero lo que no entiendo es que venga usted aquí a ofrecerme la mano de Lizaveta Nikolayevna. ¿Es que tiene derecho a hacerlo? ¿O es que ella misma lo autoriza?

Mavriki Nikolayevich frunció el ceño y por un momento bajó la cabeza.

—Lo que usted dice no son más que palabras —dijo de pronto—, palabras de venganza y triunfo. Estoy seguro de que puede leer entre renglones; ¿o es que cree usted que ésta es la ocasión para una vanidad mezquina? ¿No tiene usted todavía bastante? ¿Debo entrar en detalles y poner los puntos sobre las íes? Muy bien, así lo haré, si tantas ganas tiene usted de humillarme: no tengo derecho alguno ni sería posible tal autorización. Lizaveta Nikolayevna no sabe nada de esto, pero su prometido ha perdido el seso que le quedaba y merece que lo metan en un manicomio; y como toque final, él mismo ha venido a decírselo a usted. En el mundo entero sólo usted puede hacerla feliz y sólo yo puedo hacerla desgraciada. Usted trata de conseguirla, usted la persigue, pero no veo por qué no se casa con ella. Si se trata de una riña entre amantes que empezó en el extranjero y para hacer las paces necesitan sacrificarme a mí, háganlo. Ella es demasiado desgraciada y yo no puedo sufrir eso. Mis palabras no son ni un permiso ni un mandato, y no pueden, por tanto, herir la vanidad de usted. Si usted quisiera ocupar mi puesto ante el altar, podría hacerlo sin consentimiento alguno de mi parte, en ese caso no hay motivo para que yo venga aquí con esta propuesta descabellada. Máxime teniendo en cuenta que, tras el paso que acabo de dar, nuestro matrimonio es de todo punto imposible. No puedo llevarla al altar después de portarme como un canalla. Lo que estoy haciendo aquí y el cedérsela a usted, que es quizá su peor enemigo, es a mi juicio una canallada tal que, por supuesto, nunca podré quitármela de encima.

—¿Se pegará usted un tiro el día de nuestra boda?

—No. Mucho después. ¿Para qué manchar con mi sangre su vestido de novia? Puede ser que no me pegue un tiro ni ahora ni nunca.

—¿Es que desea usted tranquilizarme diciendo eso?

—¿A usted? ¿Qué puede significar para usted una gota más de sangre?

Palideció y le brillaron los ojos. Hubo un instante de silencio.

—Perdone las preguntas que le he hecho —empezó Stavrogin de nuevo—. No tenía ningún derecho a hacerle algunas de ellas pero hay una que sí creo tener pleno derecho a hacerle. Dígame: ¿en qué datos se ha basado para enjuiciar mis sentimientos hacia Lizaveta Nikolayevna? Quiero decir la intensidad de esos sentimientos, de la que tan convencido está usted que se ha permitido venir a verme y… arriesgarse a hacer propuesta semejante.

—¿Cómo? —Mavriki Nikolayevich exclamó con sorpresa—. ¿Es que no ha tratado usted de conquistarla? ¿No trata todavía de hacerlo? ¿O es que ya no quiere conquistarla?

—Por lo común, prefiero no hablar de mis sentimientos hacia esta o aquella mujer con una tercera persona o con nadie que no sea la mujer misma.

Perdone usted, pero ésa es mi manera de ser. Ahora bien, como compensación le diré la verdad sobre todo lo demás: estoy casado y me es imposible casar o «conquistar» a nadie.

Mavriki Nikolayevich se asombró tanto que cayó sobre el respaldo de su silla y durante algún tiempo tuvo los ojos clavados en el rostro de Stavrogin.

—Figúrese que nunca había pensado en eso —murmuró—. Usted dijo entonces, aquella mañana, que no estaba casado… y por eso creí que no lo estaba…

Se puso intensamente pálido. De pronto dio con todas sus fuerzas un golpe en la mesa.

—¡Si después de tal confesión no deja en paz a Lizaveta Nikolayevna, y la hace desgraciada, lo mato a palos, como a un perro en una cuneta!

Se levantó de un salto y salió rápidamente de la habitación. Piotr Stepanovich, que entró corriendo, halló a Stavrogin en un estado de ánimo insólito.

—¡Ah! ¿Es usted? —dijo Stavrogin con bronca carcajada. Al parecer, se reía así sólo de ver entrar a Piotr Stepanovich con cara de increíble curiosidad.

—¿Estaba usted escuchando atrás de la puerta? Espere. ¿A qué ha venido? Le prometí algo, ¿no es eso? Ya me acuerdo. Ir a ver a «nuestra gente». Vamos. Me agrada la idea. No podría usted haber pensado en nada más a propósito.

Tomó el sombrero y ambos salieron al momento de la casa.

—¿Se ríe usted sólo de pensar que va a ver a «nuestra gente»? —preguntó jocosamente Piotr Stepanovich, caracoleando en torno de Nikolai Vsevolodovich, mientras trataba de marchar junto a éste por la angosta vereda enladrillada, o correteando por el barro de la calle, ya que Stavrogin no se percataba de que iba ocupando justo el centro de la vereda y de que no dejaba, por tanto, lugar a nadie.

—No me río en absoluto —Stavrogin repuso en voz alta y alegre—. Al contrario.

Estoy seguro de que allí tiene usted reunida a gente seria.

—A «imbéciles huraños», como dijo usted en cierta ocasión.

—A veces no hay nada más divertido que un imbécil huraño.

—¡Ah, eso lo dice usted por Mavriki Nikolayevich! Estoy seguro de que ha venido a cederle a su novia, ¿eh? Fui yo quien lo incitó a ello, indirectamente, figúrese. Y si no se la cede, se la quitaremos de todos modos, ¿eh?

Piotr Stepanovich sabía, por supuesto, lo que arriesgaba metiéndose en terreno tan movedizo, pero cuando estaba agitado prefería jugarse todo o nada a quedarse en la ignorancia. Nikolai Vsevolodovich no hizo más que reírse.

—¿Y usted piensa todavía ayudarme? —preguntó.

—Si me llama usted… Pero debe saber que hay otro método y que es el mejor.

—Ya sé cuál es su método.

—Pues no. De momento es un secreto. Pero no olvide que los secretos cuestan dinero.

«Sé lo que ése cuesta», dijo para sí Nikolai Vsevolodovich, pero se contuvo y guardó silencio.

—¿Cuánto? ¿Qué ha dicho usted? —preguntó Piotr Stepanovich con alarma.

—¡He dicho que se vaya al diablo con su secreto! Más vale que me diga quiénes van a estar ahí. Sé que vamos a una fiesta de día de santo, pero ¿quiénes estarán allí?

—¡Oh, toda la pandilla! Incluso Kirillov.

—¿Son todos socios de grupos?

—¡Demonio, qué prisa tiene usted! Todavía no se ha formado un solo grupo.

—Entonces, ¿cómo se las ha arreglado para repartir tantas octavillas?

—En el sitio al que ahora vamos sólo cuatro son miembros del grupo. Los demás, en espera de serlo, se espían mutuamente con grandísimo celo y vienen a darme sus informes. Es gente de confianza. Todo esto es material que tenemos que organizar antes de salir por pies. Pero usted fue el que redactó los estatutos y no hay por qué explicarle nada.

—Entonces, ¿qué? ¿Las cosas no están bien? ¿Algún tropiezo?

—¿Que si las cosas no están bien? Perfectamente, como una seda. Le diré algo chistoso: lo primero que de veras impresiona a la gente es un uniforme. No hay nada más potente que un uniforme. He inventado de propósito cargos y funciones: tengo secretarios, confidentes secretos, tesoreros, presidentes, archiveros y sus ayudantes; les gusta lo que no puede usted figurarse; se pirran por ello. Lo que sigue a eso en eficacia es, por supuesto, el sentimentalismo. Sepa que, entre nosotros, el socialismo se propaga sobre todo por medio del sentimentalismo. La dificultad la ofrecen esos tenientes que dan mordiscos; a veces uno mete la pata. Después vienen los pillos redomados, pero éstos puede que no sean malos del todo y a veces hasta resultan muy útiles; pero con ellos perdemos mucho tiempo y no puede uno quitarles los ojos de

encima. Y lo que tiene mayor fuerza (el cemento que lo une todo) es el avergonzarse de tener opinión propia. ¡Hay que ver lo fuerte que es eso! ¿Y quién ha trabajado tanto, quién ha sido ese «chico simpático» que se ha esforzado para que no les quede en la cabeza una sola idea? ¡Creen que ser originales es una vergüenza!

—Si es así, ¿por qué se preocupa usted tanto?

—Y si alguien no hace más que tumbarse a la bartola, mirando a todo el mundo con la boca abierta, ¿por qué no meter mano? ¿No puede usted creer seriamente en la posibilidad del éxito? Sí, tiene usted fe, en efecto, pero le hace falta voluntad. Sí, es justamente con gente como ésa con la que el éxito es posible. Le digo que andarían sobre ascuas por mí con sólo echarles en cara que no son bastante liberales. Los muy tontos se quejan de que los he engañado con lo del comité central y sus «innumerables ramificaciones». Usted mismo me lo reprochó una vez, pero ¿dónde está el engaño? El comité central somos nosotros dos, y en cuanto a ramificaciones habrá tantas como queramos.

—¡Y siempre la misma chusma!

—Materia prima. También ésos en algún momento serán útiles.

—¿Y sigue usted contando conmigo?

—Usted es el jefe, usted es la fuerza; yo sólo estaré a su lado, seré su secretario. Nosotros, ¿sabe usted?, nos sentaremos en la barca: los remos son de arce, las velas de seda y al timón va sentada una hermosa muchacha, Lizaveta Nikolayevna… ¡Demonio!, a ver si puedo recordar cómo dice la canción…

—¡Se ha quedado atascado! —dijo Stavrogin riendo—. Mejor será que yo le dé mi versión. Ahí está usted, contando con los dedos los individuos que componen los grupos. Todo eso de los cargos y el sentimentalismo es buen cemento, pero hay algo todavía mejor: convenza a cuatro miembros del grupo de que maten al quinto con pretexto de que va a denunciarlos a la policía y enseguida los tiene usted atados, hechos un ovillo a consecuencia de la sangre derramada. Serán esclavos de usted y no se atreverán a rebelarse ni a pedirle cuentas. ¡Ja, ja, ja!

«Pero tú…, tú pagarás caras esas palabras —se dijo para sí Piotr Stepanovich—, y esta misma noche. Vas demasiado lejos».

Así, poco más o menos, pensaría Piotr Stepanovich. Pero ya llegaban a casa de Virginski.

—Supongo que me habrá presentado aquí como miembro llegado del extranjero y relacionado con la *Internationale*, ¿algo así como un inspector? —preguntó de pronto Stavrogin.

—No. Como inspector, no. El inspector no será usted. Usted es uno de los miembros fundadores en el extranjero, conocedor de secretos importantísimos. Ése es su papel. ¿Usted hablará, por supuesto?

—¿De dónde ha sacado usted eso?

—No tiene más opción que hablar.

Stavrogin sintió tal asombro que se quedó plantado en medio de la calle, no lejos de un farol. Piotr Stepanovich sostuvo su mirada con calma y arrogancia. Stavrogin escupió y prosiguió su camino.

—Y usted, ¿va a hablar? —preguntó súbitamente a Piotr Stepanovich.

—No. Yo voy a escucharlo a usted.

—¡Váyase al diablo! En todo caso, me da usted una idea.

—¿Qué idea?

—Puede que hable allí, pero luego le daré a usted una paliza. Y le advierto que será muy grande.

—A propósito, esta mañana dije a Karmazinov que, según usted, debían propinarle una paliza, y no por pura forma, sino para hacerle daño de veras, como apalean a los campesinos.

—¡Pero si yo no he dicho eso nunca! ¡Ja, ja!

—No importa. *Se non e vero*…

—Bueno, gracias. Se lo agradezco de veras.

—¿Y sabe lo que dice Karmazinov? Que nuestra ideología es en esencia la negación del honor; y que el modo más sencillo de atraer a un ruso es proclamar abiertamente el derecho al deshonor.

—¡Muy bien dicho! ¡Palabras justas! —exclamó Stavrogin—. ¡Ha dado en el clavo! El derecho al deshonor. Pues con eso la gente se nos viene a montones. No va a quedar nadie al otro lado. Oiga, Verhovenski, ¿no será usted acaso de la policía secreta?

—Si de verdad pensara usted eso, no lo diría.

—Sí, lo sé. Pero aquí estamos a solas.

—No. Por el momento no soy de la policía secreta. Basta, que ya hemos llegado. Ponga usted la cara para la ocasión, Stavrogin. Yo también la pongo cuando entro. Una cara sombría, eso es todo lo que necesita. Es muy fácil.

SÉPTIMO CAPÍTULO:
En casa de Virginski

1

Virginski vivía en casa propia, mejor dicho, en la casa de su mujer, en la calle Muravinaya. Era una casa de madera, de una sola planta, y en ella no tenía inquilinos. So capa de ser el día del santo del dueño se habían reunido allí unas quince personas, pero la reunión no se parecía en nada a una fiesta onomástica de provincias. Ya desde el comienzo de su vida conyugal, los esposos Virginski acordaron, de una vez para siempre, que era absurdo tener invitados en un día de santo y que, a decir verdad, «no había nada que celebrar». En breves años se las arreglaron para darle la espalda por completo a la sociedad. Aunque hombre capaz y, por cierto, nada pobre, todos lo consideraban por algún motivo un tipo raro, amigo de la soledad y, por consecuencia, «arrogante» en su modo de hablar. La propia *madame* Virginskaya, que era comadrona, ocupaba por su misma profesión el peldaño más bajo en la escala social, inferior aún al de la mujer del pope, a pesar de que su marido había sido oficial del ejército. Pero en ella no había el menor indicio de la humildad ajena a su condición social. Y después de la intriga amorosa, «por principios», tan sumamente necia como imperdonablemente pública, con un sinvergüenza como el capitán Lebiadkin, hasta las más indulgentes de nuestras damas se apartaron de ella con desprecio. Pero *madame* Virginskaya lo aceptó todo como si fuera precisamente lo que ella buscaba. Asimismo esas mismas damas severas recurrían, cuando se hallaban en estado interesante, a Arina Prohorovna (es decir, a *madame* Virginskaya), haciendo caso omiso de las otras comadronas que había en la ciudad. Es más, mandaban a buscarla de las casas de los propietarios más ricos del distrito para asistir a sus mujeres; tanta era la fe que todos tenían en su experiencia, buena suerte y destreza en casos de urgencia. Eso la llevó a limitar su clientela a las familias más ricas, porque sentía verdadera pasión por el dinero. Cuando se percató bien de su ascendiente, acabó por dar libre expresión a su carácter. Quizá a propósito, cuando hacía su oficio en las casas más conocidas, asustaba a las parturientas nerviosas con alguna salida nihilista sumamente injuriosa a las conveniencias sociales, o con sátiras contra «todo lo sagrado», cabalmente cuando «lo sagrado» habría venido muy a propósito. Nuestro médico titular, el doctor Rozanov, que era también obstetra, afirmaba rotundamente que una vez, cuando una mujer, en los dolores del parto, gritaba e invocaba el nombre del Todopoderoso, una de esas eyaculaciones sacrílegas de Arina Prohorovna, súbitas «como un disparo de fusil», asustó tanto a la paciente que ayudó a la rápida resolución del alumbramiento. Ahora bien, aunque nihilista, Arina Prohorovna no desdeñaba, en caso de necesidad, prejuicios sociales y aun añejas supersticiones, si de unos y otras podía sacar algún provecho. Por ejemplo, nunca habría dejado de asistir al bautismo de un niño venido al mundo bajo su cuidado, ceremonia a la que iría con un vestido de seda verde con cola y el moño adornado de rizos y bucles, mientras que

otras veces gustaba presentarse con el mayor desaliño. Y aunque durante la ceremonia ponía «una cara terriblemente insolente», con gran confusión del clero, ella misma era la que al final servía el champaña a los concurrentes (para eso había venido y se había emperifollado), y ¡ay del invitado que, después de tomar una copa, no le pusiera en la bandeja una «propina»!

Los invitados reunidos esa noche en casa de Virginski (en su mayoría hombres) tenían todos un aspecto casual a la vez que singular. No había provisión de refrescos o naipes. En medio de la amplia sala, de paredes cubiertas con un papel azul viejísimo, había dos mesas pegadas, tapadas con un mantel grande aunque no del todo limpio, y en ellas hervían dos samovares. En un lado de una mesa había una bandeja enorme con veinticinco vasos y una cesta con el consabido pan francés, cortado en numerosos trozos, como en los pensionados de postín para escolares de ambos sexos. El té lo servía una solterona de treinta años, hermana de la dueña de la casa, mujer taciturna y malévola, sin cejas y de pelo casi incoloro, que profesaba las mismas ideas progresistas que su hermana y a quien el propio Virginski, en su vida doméstica, le tenía mucho miedo. En la sala no había más que tres mujeres: el ama de la casa, su hermana —la desprovista de cejas— y la hermana de Virginski, jovencita que acababa de llegar de Petersburgo. Arina Prohorovna, mujer de veintisiete años y de aspecto imponente, guapa aunque un poco desgreñada, con un vestido de diario de lana verduzca, estaba sentada y ojeaba descaradamente a los invitados como si tuviera prisa por dar a conocer su opinión: «Ya ven que no me asusto de nada». La señorita Virginskaya, guapa también, estudiante y nihilista, bajita, redondita como una pelota y colorada de mejillas, estaba sentada junto a Arina Prohorovna, casi con la ropa del viaje. Tenía un rollo de papel en la mano y miraba a los visitantes con ojos que bailaban de impaciencia. Virginski se hallaba algo indispuesto esa noche, pero entró y se sentó en un sillón junto a la mesa. Los invitados estaban también sentados, y la manera ordenada en que las sillas estaban dispuestas alrededor de la mesa sugería una reunión oficial. Era obvio que todos estaban esperando algo, y mientras tanto mantenían una conversación trivial en voz alta. Cuando llegaron Stavrogin y Verhovenski todos se callaron.

Pero voy a permitirme algunas explicaciones para aclarar la situación.

Pienso que todos esos señores estaban reunidos con la halagüeña esperanza de oír algo de interés especial, y que habían sido avisados de antemano. Eran la flor y nata del «liberalismo» más radical de nuestra antigua ciudad y habían sido cuidadosamente escogidos por Virginski para esa «reunión». Indicaré además que algunos de ellos, aunque muy pocos, no lo habían visitado nunca antes. Por supuesto, la mayoría de los invitados no tenían clara noción de por qué se los había convocado. Era cierto que todos consideraban entonces a Piotr Stepanovich como emisario llegado del extranjero con plenos poderes, idea que apadrinaron enseguida y que

naturalmente los halagaba. Y, no obstante, en ese puñado de ciudadanos, reunidos con el pretexto de celebrar un día de santo, había algunos a quienes se habían hecho propuestas concretas. Piotr Stepanovich había conseguido formar entre nosotros un «quinteto» semejante al que ya había constituido en Moscú y, por lo que se hizo público más tarde, también entre los oficiales del ejército de nuestro distrito. Se decía que tenía otro en la provincia de H*. Este «quinteto» estaba sentado ahora a la mesa común, y sus miembros habían logrado con mucha destreza ofrecer el aspecto de personas ordinarias para no llamar la atención. Allí estaban —puesto que ya no es un secreto—. Liputin, en primer lugar, luego el propio Virginski, Shigaliov, el de las orejas largas (que era hermano de *madame* Virginskaya), Liamshin y, por último, un tal Tolkachenko, sujeto extraño entrado ya en la cuarentena, notable por su amplio conocimiento del pueblo, sobre todo de pícaros y ladrones. Era aficionado a visitar tascas (y no solamente para estudiar al pueblo), y gustaba de pavonearse entre nosotros con su ropa raída, sus botas embreadas, sus guiños astutos y sus expresiones a la vez plebeyas y retóricas. En dos o tres ocasiones Liamshin lo había llevado a las reuniones en casa de Stepan Trofimovich, donde, por lo demás, no había producido gran impresión. Aparecía por la ciudad de tarde en tarde, sobre todo cuando no tenía trabajo, y ahora estaba empleado en los ferrocarriles. Cada uno de estos cinco activistas había entrado en ese primer grupo con la ferviente convicción de que era sólo uno entre centenares y millares de grupos semejantes diseminados por toda Rusia, todos ellos dependientes de una vasta y clandestina organización central, relacionada a su vez orgánicamente con el movimiento revolucionario general de Europa. Pero siento tener que confesar que ya entonces empezaban a surgir desavenencias entre ellos. La causa era que, aunque venían esperando a Piotr Verhovenski desde la primavera, visita que Tolkachenko fue el primero en anunciarles, seguido por Shigaliov, que acababa de llegar a la ciudad; aunque venían esperando de él grandes milagros, y aunque habían formado el grupo inmediatamente y sin objeción alguna en cumplimiento de su convocatoria, apenas lo hubieron formado se sintieron todos de algún modo defraudados; y sospecho que fue por la rapidez misma con que habían consentido en formarlo. Formaron el grupo, por supuesto, empujados por un magnánimo sentimiento de vergüenza, para que nadie dijera más tarde que no se habían atrevido a formarlo. En todo caso, Piotr Stepanovich habría debido apreciar su noble hazaña y, como recompensa, revelarles alguna noticia importante; pero Verhovenski no tenía la menor intención de satisfacer su legítima curiosidad y no les dijo nada que no fuera lo necesario; más aún, los trató en general con gran rigor y hasta con displicencia. Esto los irritó más aún, y Shigaliov, miembro del grupo, incitaba ya a los otros a que «le pidieran una explicación», aunque, claro, no ahora en casa de Virginski, en presencia de tantos extraños.

A propósito de los extraños, se me ocurre que los miembros del primer grupo arriba mentados eran propensos a sospechar esa noche que entre los invitados por Virginski había también miembros de otros grupos que ellos desconocían, constituidos por Piotr Verhovenski en nuestra ciudad y pertenecientes a la misma organización secreta; de tal manera, que todos los concurrentes sospechaban unos de otros, y cada uno adoptaba ante los demás una actitud estudiada, lo que daba a la reunión un aspecto bastante confuso y hasta romántico. Por otra parte, allí había personas de quienes no cabía en absoluto sospechar, por ejemplo, un comandante del ejército, pariente cercano de Virginski, hombre absolutamente inocente que no había sido invitado, sino que había venido por propia iniciativa a felicitar a su pariente en el día de su santo y a quien habría sido imposible no recibir. Pero Virginski no se sobresaltó, porque el comandante «era incapaz de denunciarlos» y, a pesar de su estupidez, había sido aficionado toda su vida a frecuentar los lugares donde se reunían los «liberales» más exaltados; y aunque no compartía sus ideas le gustaba escucharlos. Además, había estado comprometido una vez. Ello sucedió cuando, en su juventud, pasaron por sus manos paquetes enteros del periódico de Herzen *La Campana* y de hojas subversivas, y aunque había tenido miedo hasta de abrirlos, habría considerado vergonzoso negarse a repartirlos —y aún hoy encontramos en Rusia a personas de esa calaña—.

Los demás invitados eran bien personas cuyo honrado amor propio había sido cruelmente pisoteado, o bien personas que sentían aún los primeros impulsos nobles de la ardiente juventud. Había dos o tres maestros, uno de los cuales, cojo, de cuarenta y cinco años, profesor en el instituto de segunda enseñanza, era hombre avieso y sumamente pagado de sí; y dos o tres oficiales del ejército. Uno de éstos era un artillero muy joven que acababa de llegar de la Escuela Militar, muchacho taciturno que aún no había tenido tiempo de entablar amistad con nadie, y que ahora se hallaba de improviso en casa de Virginski; con un lápiz en la mano y sin apenas participar en la conversación, apuntaba algo a cada momento en su cuaderno. Todos observaron lo que hacía, pero por alguna razón hacían como si no lo vieran. También estaba allí el seminarista holgazán que había ayudado a Liamshin a poner las fotografías obscenas en la bolsa de la vendedora de Biblias. Era un sujeto robusto, de ademanes desenfadados al igual que suspicaces, con una sempiterna sonrisa sardónica y, por añadidura, un aire tranquilo de triunfal confianza en su propia perfección. Estaba asimismo presente, y no sé por qué, el hijo de nuestro alcalde, el sujeto vicioso y prematuramente avejentado de quien ya he hablado al contar la historia de la mujercita del alférez. Éste no despegó los labios durante toda la sesión. Y, por último, había un estudiante de secundaria, mozo exaltado y desgreñado de dieciocho años, que estaba sentado con el aire sombrío de alguien herido en su dignidad, y que sufría visiblemente sólo por ser tan joven. Este rapaz era ya cabecilla de un grupo

independiente de conspiradores que se había formado en el curso superior del instituto, lo que con asombro general salió a relucir más tarde.

No he mencionado a Shatov. Estaba allí, en el extremo más apartado de la mesa, con la silla un poco a la zaga de las demás, los ojos fijos en el suelo y sumido en tétrico silencio. Había rehusado el té y el pan, y durante la reunión no soltó la gorra de la mano, como dando a entender que no era de los invitados, que había venido para atender a unos asuntos y que se levantaría y se iría cuando le viniera en gana. No lejos de él se había instalado Kirillov, también muy callado, pero sin mirar al suelo; muy al contrario, a cada uno de los que hablaban lo escudriñaba con sus ojos inmóviles y sin brillo y escuchaba todo sin pizca de emoción o sorpresa. Algunos de los invitados, que nunca lo habían visto antes, lo observaban con curiosidad y a hurtadillas. Se ignora si la propia *madame* Virginskaya conocía la existencia del «quinteto». Sospecho que lo sabía todo, sin duda por conducto de su marido. La estudiante, por supuesto, no había tomado parte en nada, pero también tenía de qué preocuparse: su propósito era no permanecer en nuestra ciudad más que uno o dos días y visitar luego todas las poblaciones donde había universidades para «hacer suyas las penalidades de los estudiantes pobres e incitarlos a la protesta». Era portadora de varios cientos de ejemplares de una alocución litografiada, al parecer de su propia cosecha. Es curioso que el estudiante de secundaria concibiera por la joven una inquina mortal desde el primer momento, aunque la veía por vez primera en su vida; y ella le pagaba con la misma moneda. El comandante era tío carnal de la muchacha y en esa ocasión la veía también por primera vez al cabo de diez años. Cuando entraron Stavrogin y Verhovenski, la muchacha tenía las mejillas rojas como amapolas: acababa de reñir con su tío por las opiniones de éste sobre la cuestión femenina.

2

Con singular desembarazo y casi sin saludar a nadie, Verhovenski se repantingó en una silla a la cabecera de la mesa. Su semblante expresaba desdén y altivez. Stavrogin se inclinó cortésmente, pero aunque los estaban esperando, todos, como obedeciendo a una orden, fingieron no haber notado su presencia. La señora de la casa se volvió severamente a Stavrogin cuando éste se hubo sentado.

—Stavrogin, ¿quiere té?

—Sí, gracias —contestó él.

—Té para Stavrogin —ordenó ella a su hermana—. Y usted, ¿quiere también? —preguntó a Verhovenski.

—Pues claro. ¿Es que se hace una pregunta como ésa a un invitado? Y crema también. ¡Hay que ver la porquería que da usted siempre con el nombre de té! ¡Y, para colmo, en un día de santo!

—Pero, ¿qué? ¿Ustedes celebran los días de santo? —preguntó la estudiante riendo—. De eso hablábamos hace un momento.

—Eso ya no se estila —comentó el alumno de secundaria desde el lado opuesto de la mesa.

—¿Qué es lo que no se estila? Deshacerse de prejuicios, por inocentes que sean, siempre se estila, aunque para vergüenza general siga pareciendo hasta hoy algo nuevo —replicó al momento la muchacha, inclinándose hacia delante en su asiento —. Además, no hay prejuicios inocentes —añadió con vehemencia.

—Sólo he querido decir —exclamó el de secundaria agitadísimo— que, en efecto, los prejuicios son cosa anticuada y deben ser arrancados de cuajo, pero los días de santo todo el mundo sabe que son estúpidos y están pasados de moda, y que no vale la pena gastar tiempo en ellos. Que bastante tiempo se gasta ya en el mundo aun sin eso, y que podría usted emplear su talento en algo más útil…

—Habla usted por los codos, y nadie entiende pizca de lo que dice —gritó la muchacha.

—Creo que uno tiene tanto derecho como cualquier otro a expresar su opinión; y si yo quiero expresar la mía como cualquier otro…

—Nadie le quita su derecho a expresar su opinión —la propia ama de la casa lo interrumpió de modo tajante—. Sólo se ha pedido que no masculle las palabras, porque nadie puede entenderle.

—De todos modos, me permito decir que no me trata usted con respeto. Si no he podido expresar mi pensamiento con claridad no ha sido por falta de ideas, sino más bien por sobra de ellas… —murmuró el muchacho casi desesperado y acabando por hacerse un lío.

—Si no sabe hablar, cállese —exclamó bruscamente la muchacha.

El muchacho saltó de su asiento.

—Sólo he querido decir —exclamó rojo de vergüenza y sin atreverse a mirar en torno— que usted sólo pretendía mostrar lo lista que es porque entraba el señor Stavrogin… ¡Ni más ni menos!

—Lo que ha dicho usted es ofensivo e inmoral y demuestra su retraso mental. Le pido que no vuelva a hablarme —rezongó la muchacha.

—Stavrogin —empezó la señora de la casa—, antes de llegar ustedes estaban discutiendo aquí sobre los derechos de la familia. Este oficial sobre todo —añadió señalando con un gesto a su pariente, el comandante—; y, desde luego, no voy a aburrirlo con tonterías anticuadas que quedaron resueltas hace ya tiempo. ¿Pero de dónde ha podido salir la idea de los derechos y obligaciones de la familia en la forma supersticiosa en que ahora existen? He ahí la cuestión. ¿Cuál es su opinión?

—¿Qué quiere decir con lo de «ha podido salir»?

—Lo que quiere decir es que se sabe, por ejemplo, que la superstición de Dios procede del trueno y el relámpago —dijo la estudiante, entrando una vez más en liza y mirando a Stavrogin con ojos casi desorbitados—. Es bien sabido que el hombre primitivo, aterrorizado por el trueno y el relámpago, divinizó a un enemigo invisible frente al cual se daba cuenta de su propia debilidad. ¿Pero de dónde salió la superstición de la familia? ¿De dónde surgió la familia misma?

—Eso no es igual —dijo el ama de la casa intentando detenerla.

—Sospecho que la respuesta a esa pregunta sería un tanto indiscreta —respondió Stavrogin.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha adelantando el cuerpo.

Pero en el grupo de maestros se oyó una risita mal contenida, a la que enseguida se sumaron Liamshin y el alumno de secundaria desde el lado opuesto de la mesa, secundados a su vez por la risa bronca del comandante.

—Debiera usted escribir sainetes —dijo el ama a Stavrogin.

—Eso no lo honra a usted. No sé cómo se llama —interrumpió la muchacha visiblemente indignada.

—¡Y tú no seas tan insolente! —tronó el comandante—. ¡Eres una señorita y debieras conducirte con modestia, y no como si estuvieras sentada en la punta de una aguja!

—Haga el favor de callarse y no vuelva a tutearme ni a hacer esas comparaciones odiosas. Ésta es la primera vez que lo veo y me importa un comino el parentesco.

—¡Pero si soy tío tuyo! ¡Si te llevaba en brazos cuando eras tamañita!

—¿Y a mí qué me importa que me llevara o no me llevara usted? Yo no le pedí que me llevara. Lo cual significa, señor comandante maleducado, que a usted le gustaba llevarme. Y permítame advertirle que no se atreva a tutearme como no sea por común acuerdo. Se lo prohíbo de una vez para siempre.

—¡Así son todas ellas! —exclamó el comandante dando un puñetazo en la mesa y dirigiéndose a Stavrogin, que estaba sentado frente a él—. No, señor, permítame decirle que estimo el liberalismo y las ideas modernas, y que me gusta oír conversaciones inteligentes, con tal de que sean conversaciones de hombres. Pero las de mujeres, tomo estas deslenguadas de ahora, ¡no, señor, no las aguanto! ¡No rebullas! —gritó a la muchacha, que estaba a punto de saltar de su silla—. No, señor, pido la palabra, porque se me ha ultrajado.

—Usted sólo molesta a los demás, sin decir nada de provecho —dijo indignada el ama de la casa.

—No, señor, insisto en hablar —le dijo muy nervioso el comandante a Stavrogin —. Cuento con usted, señor Stavrogin, porque acaba de llegar, aunque no lo conozca. Lo cierto es que las mujeres no podrían subsistir sin los hombres. No tendrían qué comer. El invento del feminismo es algo que los mismos hombres han echado a correr y no advierten que es en perjuicio propio. ¡Agradezco al cielo el no estar casado! Ellas no tienen ni la más básica de las habilidades, para confeccionar un vestido tienen que copiar el molde de algún modelo diseñado por un hombre. Le doy un ejemplo: la llevaba en brazos, bailaba con ella la mazurca cuando era una niña de diez años. Aquí sigo; apenas llega voy corriendo a abrazarla, y sin agua va y me dice que Dios no existe, no podía esperar para decir eso. Bueno, supongo que las personas inteligentes no son creyentes por el hecho mismo de ser inteligentes. Pero tú, idiota, ¿qué sabes tú de Dios? Algún estudiante te enseñó eso, y si te hubiera enseñado a encender una lamparilla delante de las imágenes, la encenderías.

—Todo mentira. Es usted rencoroso, y acabo de demostrarle la inconsistencia de sus opiniones —respondió la muchacha con desprecio y como desdeñando dar mayores explicaciones a un hombre como él—. Acabo de decirle lo que a todos nos enseñó el catecismo: «Si honras a tus padres, vivirás largos años y te será concedida la riqueza». Eso está en los Diez Mandamientos. Si Dios consideró necesario recompensar el amor, es evidente que ese Dios de usted es inmoral. Así se lo he demostrado; y no de buenas a primeras, sino porque usted ha puesto atención especial a sus derechos. ¿Quién tiene la culpa de que sea usted tonto y no lo entienda aún? Está usted ofendido y enfadado; en eso se parece usted a los de su generación.

—¡Tontuela! —dijo el comandante.

—¡Imbécil!

—¿Te atreves a insultarme?

—*Kapitan* Maksimovich, usted mismo me ha dicho que no cree en Dios —dijo Liputin con voz aflautada desde el otro extremo de la mesa.

—Bueno, ¿y qué? ¡No es lo mismo! A lo mejor creo, aunque no completamente. Aunque no crea del todo, no digo que haya que fusilar a Dios. Yo comencé a pensar acerca de Dios cuando estaba en los húsares. De creer lo que dice la poesía, los

húsares no hacen más que beber y armar jarana. Bueno, sí, señor, puede que yo bebiera también; pero, créame, de noche saltaba de la cama sin otra cosa que los calcetines y me santiguaba delante de las imágenes para que Dios me diera fe, porque ya entonces me preocupaba la cuestión de si había Dios o no. ¡Me traía de cabeza! Por la mañana, claro, la fe parece esfumarse. A decir verdad, la fe siempre parece esfumarse de día.

—¿Tiene cartas? —preguntó Verhovenski al ama de la casa, bostezando con descaro.

—Lo mismo digo —interpuso la muchacha, roja de indignación ante las palabras del comandante.

—Se está malgastando un tiempo precioso con esta polémica inútil —dijo en tono tajante el ama mirando con reproche a su marido.

La muchacha comprendió:

—Mi intención era dar cuenta a la reunión de las penalidades y las protestas de los estudiantes, pero como se ha estado malgastando el tiempo en conversaciones inmorales…

—No hay nada moral ni inmoral —el alumno de secundaria no pudo contenerse en cuanto empezó a hablar la muchacha.

—Eso lo sabía yo antes de que se lo enseñaran a usted, señor colegial.

—Y yo lo que digo —respondió muy enojado— es que usted es una maestra ciruela llegada de Petersburgo a enseñarnos lo que ya todos sabemos. Y sobre ese mandamiento «honra a tu padre y a tu madre», que ha citado usted erróneamente, todo el mundo, desde los días de Belinski, sabe en Rusia que el tal mandamiento es inmoral.

—¿Va a continuar esto mucho más? —le dijo *madame* Virginskaya a su marido. Desde su puesto de dueña de casa, se sentía incómoda con el giro frívolo de la conversación, en especial porque había invitados que era la primera vez que venían.

—Señoras y señores —Virginski interrumpió—, si hay alguien que quiera agregar algo sobre este punto, lo invito a que lo haga ahora mismo.

—Yo quisiera hacer una pregunta —dijo con voz suave el maestro cojo, que hasta entonces no había dicho palabra—. Quisiera saber si los que estamos aquí formamos una especie de sesión, o si no somos más que un conjunto de mortales ordinarios que están de visita. Lo pregunto para gobierno de todos y para no seguir en la ignorancia.

Esta pregunta «astuta» fue efectiva. Se miraron unos a otros, como si cada cual esperase respuesta de los demás y, de pronto, como respondiendo a una orden, todos miraron a Verhovenski y Stavrogin.

—Votemos entonces para saber si constituimos o no una sesión —dijo *madame* Virginskaya.

—Apoyo la propuesta —agregó Liputin—, aunque es un poco vaga.

—Yo también apoyo.

—Yo apoyo —dijeron varias voces a coro.

—Yo también opino que es lo mejor —concluyó Virginski.

—Votemos ahora —dijo su esposa—. Liamshin, haga el favor de sentarse al piano. Usted puede dar su voto desde ahí cuando empiece la votación.

—¿Otra vez? —gritó Liamshin—. ¿No he tecleado ya bastante?

—Por favor, se lo ruego, toque el piano. ¿Es que no quiere ser útil a la causa?

—Nadie puede escuchar lo que decimos, se lo aseguro, Arina Prohorovna, a usted le parece, es eso nada más. Y si alguien escuchara, las ventanas son tan altas, que poco podría entender.

—¡Si ni nosotros estamos entendiendo! —dijo alguien.

—Y yo le digo que las precauciones son siempre necesarias. Lo digo por si acaso hay espías —agregó a modo de explicación volviéndose a Verhovenski—. Que oigan en la calle que tenemos música y fiesta de día de santo.

—¡Maldita sea! —juró Liamshin. Fue al piano y comenzó con vals, aporreando las teclas casi con los puños.

—A los que quieren que haya sesión les propongo que levanten la mano derecha —anunció *madame* Virginskaya.

Unos la levantaron y otros no. Hubo otros que la levantaron, luego la bajaron y volvieron a levantarla.

—No entiendo nada —gritó un militar.

—Yo tampoco —gritó otro.

—Yo sí lo entiendo —exclamó un tercero—. Si es sí, levanta usted la mano.

—Pero ¿qué significa *sí*?

—Significa sesión.

—Yo he votado por la sesión —gritó el alumno de secundaria volviéndose a *madame* Virginskaya.

—¿Entonces por qué no levantó la mano?

—Estuve mirándola a usted, y como no la levantó, yo tampoco la levanté.

—¡Qué tontería! No levanté la mano porque fui yo quien hizo la propuesta. Señoras y señores, ahora propongo lo contrario: quien quiera sesión que permanezca sentado y no levante la mano; y quien no la quiera, que levante la mano derecha.

—¿Quien no la quiera? —preguntó el muchacho.

—¿Pero lo hace usted adrede? —gritó irritada *madame* Virginskaya.

—No, perdón; quién la quiere y quién no la quiere, porque hay que definirlo con más precisión —gritaron dos o tres voces.

—Los que no la quieren, los que *no* la quieren.

—Bueno, pero ¿qué es lo que hay que hacer? ¿Levantar o no levantar la mano, si *no* la queremos? —preguntó un militar.

—¡Qué problema! Cuesta acostumbrarse a estos métodos parlamentarios —observó el comandante.

—Señor Liamshin, perdone; podría tocar un poco más bajo —dijo el maestro cojo.

—¡Pero, Arina Prohorovna, si nadie está escuchando! —exclamó Liamshin, levantándose de un salto—. ¡No quiero tocar! He venido aquí como invitado y no a aporrear el piano.

—Señoras y señores, contesten de palabra: ¿estamos o no en sesión?

—¡En sesión, en sesión! —se oyó por todos lados.

—Entonces no hay por qué votar. Con eso basta. ¿Están satisfechos, señoras y señores? ¿O todavía quieren votar?

—No, no. Estamos de acuerdo.

—¿Hay alguien en esta sala que no desee que haya sesión?

—Nadie.

—Pero ¿qué es estar en sesión? —alguien se aventuró pero nadie le contestó.

—Hay que elegir a un presidente —se oyó gritar desde varios sitios.

—¡Nuestro anfitrión, por supuesto, nuestro anfitrión!

—Señoras y señores —empezó el elegido Virginski—, en tal caso vuelvo a mi propuesta original: si hay alguien que quiere decir algo más a propósito de nuestro asunto, o desea hacer una declaración, que lo haga sin perder más tiempo.

Silencio general. Las miradas de todos convergieron de nuevo en Stavrogin y Verhovenski.

—Verhovenski, ¿no tiene usted nada que decir? —le preguntó *madame* Virginskaya sin rodeos.

—Nada, en absoluto —contestó él bostezando y estirándose en su silla—. Pero sí quisiera una copa de coñac.

—Stavrogin, ¿y usted?

—Gracias. No bebo.

—No le ofrezco coñac, le pregunto si quiere hablar.

—¿Hablar? ¿De qué? No, en absoluto.

—Le traerán coñac —contestó ella a Verhovenski.

Se levantó la estudiante. Desde hacía rato lo estaba intentando.

—He venido a dar cuenta de las penalidades de nuestros infortunados estudiantes y de cómo incitarlos en todas partes a la protesta…

Pero hizo alto. En el extremo opuesto de la mesa había surgido un rival y todos los ojos se fijaron en él. Shigaliov, el de las orejas largas, se levantó, sombrío y adusto, de su asiento y con gesto melancólico puso en la mesa un grueso cuaderno lleno de letra menuda. Permaneció de pie, en silencio. Muchos miraban el cuaderno consternados, pero Liputin, Virginski y el maestro cojo parecían satisfechos.

—¡Pido la palabra! —dijo Shigaliov con voz lúgubre, pero resuelta.

—Usted la tiene —asintió Virginski.

El orador se sentó, guardó silencio medio minuto y dijo con voz solemne:

—Señoras y señores…

—Aquí tiene el coñac —dijo desabrida y desdeñosa la pariente de *madame* Virginskaya que había servido el té, poniendo ante Verhovenski una botella y un vaso que traía en las manos, sin bandeja ni plato.

El orador, interrumpido, aguardó con dignidad.

—No haga caso. Siga, que no le estoy escuchando —gritó Verhovenski llenándose un vaso.

—Señoras y señores —empezó de nuevo Shigaliov—, al encomendarme a la atención de ustedes y, como verán más adelante, al solicitar su ayuda en una cuestión de primerísima importancia, debo hacer unas observaciones preliminares.

—Arina Prohorovna, ¿no tiene usted unas tijeras? —preguntó de sopetón Piotr Stepanovich.

—Tijeras… ¿Para qué? —preguntó con sorpresa.

—Veo que tengo las uñas muy largas —contestó él examinando imperturbable sus uñas largas y sucias.

Arina Prohorovna enrojeció, pero la estudiante parecía complacida.

—Me parece que las he visto por aquí —dijo mientras se levantaba para ir a buscarlas. Piotr Stepanovich no la miró siquiera, tomó las tijeras y empezó a usarlas. Arina Prohorovna comprendió que éste era el modo de comportarse con naturalidad y se avergonzó de ser tan sensible. Los congregados se miraban en silencio. El maestro cojo observaba a Verhovenski con envidia y rencor. Shigaliov prosiguió:

—Habiendo consagrado mis fuerzas al estudio de la organización social que en el futuro reemplazará a la actual, he llegado a la conclusión de que todos los inventores de sistemas sociales, desde los tiempos más remotos hasta nuestro año de 187…, han sido soñadores, fabulistas, necios, que se contradicen a sí mismos, que no saben absolutamente nada de las ciencias naturales ni del animal que llamamos ser humano. Platón, Rousseau, Fourier son columnas de aluminio que apenas sostienen a los pajarillos pero no a una sociedad. Pero dado que la futura organización social es indispensable ahora, cuando por fin nos disponemos a la acción, ofrezco mi propio sistema de organización mundial para poner fin a tantas dudas. ¡Está todo aquí! —dijo señalando el cuaderno—. Tenía la intención de explicar brevemente el contenido de mi libro pero ahora advierto que se necesitarán unas diez noches, una para cada uno de los capítulos —se oyeron risas en la sala—. Debo advertir, además, que mi sistema no está todavía completo —más risas—. Mis propios datos me tienen perplejo, y mi conclusión contradice directamente la idea que me sirvió de punto de partida. Partiendo de la libertad sin límites llego al despotismo ilimitado. Debo

añadir, sin embargo, que no puede haber más solución que la mía al problema social.

La gente se reía cada vez con más intención, sobre todo los jóvenes, y por así decirlo, los concurrentes no del todo iniciados. La señora de la casa, Liputin y el maestro cojo se veían irritados.

—Si usted mismo no ha logrado articular debidamente su propio sistema y por eso se desespera, ¿qué podemos hacer nosotros? —preguntó un militar con cautela.

—Eso es verdad, señor oficial —Shigaliov se volvió a él con vehemencia—, sobre todo al emplear el verbo «desesperarse». Sí, me desespero. Pero, en todo caso, lo que expongo en mi libro es irrefutable y no hay otra solución. Nadie puede inventar otra cosa. Y por eso, para no perder más tiempo, me apresuro a invitar a todo el grupo a dar su opinión después de haber escuchado durante diez noches la lectura de mi libro. Si los miembros se niegan a escucharme, entonces que cada cual se vaya por su lado a partir de este momento: los hombres a sus empleos oficiales; las mujeres a sus cocinas, porque si se rechaza mi solución, no hay otra. ¡Absolutamente ninguna! Si no aprovechan esta ocasión, la culpa será de ustedes, porque no tendrán más remedio que volver a la solución que propongo.

Los presentes empezaron a rebullir: «Pero ¿qué le pasa? ¿Está loco?», preguntaron algunos.

—Entonces todo depende de la desesperación de Shigaliov —dijo Liamshin—. Y la cuestión primordial está en si debe o no debe desesperarse.

—El que esté Shigaliov al borde de la desesperación es una cuestión personal —declaró el alumno de secundaria.

—Propongo que votemos sobre el efecto que la desesperación de Shigaliov puede tener en la causa común y, junto con eso, si vale la pena escucharlo o no —sugirió alegremente un militar.

—No es ésa la cuestión —por fin se decidió a hablar el maestro cojo que siempre tenía en el rostro una sonrisa burlona, lo que hacía difícil juzgar si hablaba en serio o en broma—. No, señoras y señores, no es ésa la cuestión. El señor Shigaliov se consagra a su labor con entera seriedad y es, por añadidura, modesto en demasía. He leído su libro, donde propone, como solución definitiva del problema, la división de la humanidad en dos partes desiguales. Una décima parte recibe libertad personal y un derecho ilimitado sobre las nueve décimas partes restantes. Éstas últimas deberán perder toda individualidad y convertirse en una especie de rebaño, y, mediante su absoluta sumisión, alcanzarán, tras una serie de regeneraciones, la inocencia original, algo así como en el Paraíso terrenal. Tendrán, sin embargo, que trabajar. Las medidas propuestas por el autor para privar de voluntad a nueve décimas partes del género humano y convertirlo en un rebaño mediante la reeducación de generaciones enteras son muy dignas de nota, muy lógicas, y están basadas en datos tomados de la naturaleza. Puede uno no estar de acuerdo con algunas de sus conclusiones, pero no

cabe dudar de la inteligencia y los conocimientos del autor. Lástima que el tiempo que pide (diez noches) no permita aceptar su estipulación, porque podríamos oír cosas muy interesantes.

—¿Lo dice en serio? —muy alarmada preguntó *madame* Virginskaya al cojo—. ¡Pero si es un hombre que, cuando no sabe qué hacer con la gente, esclaviza a nueve décimas partes de la humanidad! Hace mucho tiempo que vengo sospechando de él.

—¿Eso dice de su propio hermano? —preguntó el cojo.

—¿Hermano? ¿Qué dice?

—Y, además, trabajar para los aristócratas y obedecerlos como si fueran dioses, ¡qué villanía! —comentó furiosamente la estudiante.

—Lo que propongo no es una villanía, sino un Paraíso, un Paraíso terrenal; y en la Tierra no puede haber ningún otro.

—Si pudiera disponer de esas nueve décimas de la sociedad —exclamó Liamshin —, no buscaría un Paraíso pudiendo volarlas con explosivos. Quedarían unos pocos bien educados que podrían vivir felices por los siglos de los siglos según principios científicos.

—¡Sólo un payaso puede hablar así! —con gran enojo intervino la estudiante.

—Sí, pero es útil —le dijo al oído *madame* Virginskaya.

—¡Y quizá sea ésa la mejor solución del problema! —Shigaliov exclamó con ardor dirigiéndose a Liamshin—. Usted, por supuesto, no sabe qué cosa tan profunda acaba de decir, mi querido y alegre amigo. Pero como la idea de usted es punto menos que irrealizable, no hay más remedio que conformarse con un Paraíso terrenal, puesto que así lo llaman.

—Sin embargo, es una reverenda estupidez —dijo Verhovenski sin levantar los ojos y casi a regañadientes, mientras seguía cortándose las uñas.

—¿Por qué es una estupidez? —preguntó ansioso el cojo, como si hubiera esperado a que hablara para hacer presa en sus primeras palabras—. A ver, dígalo. El señor Shigaliov es un tanto fanático en su amor a la humanidad, pero recuerde usted que Fourier, Casbet sobre todo, y hasta el mismo Proudhon propugnaron medidas sumamente despóticas e incluso fantásticas. Hasta puede ser que el señor Shigaliov sea más moderado que ellos en su modo de resolver la cuestión. Le aseguro que, después de leer el libro de ese señor, es imposible no estar de acuerdo con algunas cosas. Puede ser también que se aparte de la realidad menos que nadie, y que su Paraíso terrestre sea casi el verdadero, ese cuya pérdida sigue lamentando la humanidad, si es que en efecto existió.

—Ya sabía lo que se me venía —murmuró de nuevo Verhovenski.

—Permítame —agregó el cojo con creciente exaltación—. Los comentarios y juicios sobre la futura organización social son una necesidad insoslayable para todas las gentes pensantes de nuestro tiempo. Herzen no se ocupó de otra cosa en toda su

vida. Belinski, según me consta de fuente fidedigna, pasaba veladas enteras con sus amigos debatiendo y puntualizando de antemano hasta los menores detalles; por así decirlo, hasta los detalles domésticos de la futura organización social.

—Hay quien hasta enloquece —dijo el comandante.

—En todo caso, es más fácil llegar a una conclusión hablando que permaneciendo sentados y en silencio, dándoselas de dictadores —dijo Liputin, atreviéndose por fin a iniciar el ataque.

—No hablaba de Shigaliov cuando dije que era una estupidez —murmuró Verhovenski—. Escuchen, señoras y señores: según mi opinión, todos esos libros son ficciones, un pasatiempo. Comprendo que, aburridos como están ustedes en un pueblucho como éste, devoren cualquier papel que lleve algo escrito.

—Permítame, señor —el cojo se enderezó en su silla—. Aunque somos provincianos y, por supuesto, merecedores de esa conmiseración, sabemos, sin embargo, que hasta ahora nada bastante nuevo ha ocurrido en el mundo para que lloremos por no haberlo visto. Se nos propone, por ejemplo, en varias proclamas de hechura extranjera, distribuidas clandestinamente, que nos unamos y formemos grupos con el único fin de llevar a cabo la destrucción universal. Y se da como pretexto que ya que el mundo, hágase lo que se haga, no tiene arreglo, cortando de cuajo cien millones de cabezas podríamos aligerar la carga y saltar con más facilidad por encima del foso. La idea es soberbia, sin duda, pero tan incompatible con la realidad como la «teoría» de Shigaliov a la que acaba usted de referirse con tanto desprecio.

—Bueno, no he venido para meterme en discusiones —Verhovenski se permitió esta alusión significativa y, como sin darse cuenta de su error, acercó una vela para ver mejor.

—Gran pérdida que se ocupe ahora de sus afeites en lugar de intervenir en la discusión.

—¿Qué le importan mis afeites?

—Cercenar cien millones de cabezas es tan difícil como cambiar el mundo por medio de la propaganda. Quizá hasta sea más difícil, sobre todo en Rusia —Liputin se atrevió de nuevo a intervenir.

—Es en Rusia donde ahora ponen sus esperanzas —dijo un militar.

—Ya nos lo han dicho —confirmó el cojo—. Sabemos que un dedo misterioso apunta a nuestra hermosa patria como el país ideal para llevar a cabo la gran tarea. Ahora bien: si la cuestión se resuelve gradualmente por medio de la propaganda, yo saldré ganando algo personalmente: una cháchara agradable, por lo menos, y alguna recompensa del gobierno por mis servicios a la causa social. Pero si ocurre lo segundo, es decir, si se trata de una solución rápida como la de los cien millones de cabezas, ¿cuál será la recompensa? Si se empieza a predicar eso, puede ser que le

corten a uno la lengua.

—A usted se la cortarían con toda seguridad —dijo Verhovenski.

—Ya ve usted. Y como aun en las circunstancias más propicias ese ejercicio de degollar para pulir la sociedad durará por lo menos cincuenta años, porque, después de todo, los hombres no son ovejas que se vayan a dejar degollar así no más, ¿no sería más inteligente hacer las valijas y partir hacia una de las islas del Pacífico, y allí cerrar los ojos con tranquilidad? Créanme —y dio un puñetazo en la mesa—, con esa propaganda lo único que harán ustedes es fomentar la emigración. ¡Eso y no otra cosa!

Terminó evidentemente satisfecho de sí mismo. Era uno de los intelectuales de nuestra provincia. Liputin sonreía maliciosamente. Virginski escuchaba un tanto abatido, pero los demás seguían el debate con insólita atención, sobre todo las señoras y los militares. Todos comprendían que los partidarios de la tesis de los cien millones de cabezas estaban entre la espada y la pared, y aguardaban a ver en qué quedaba aquello.

—Muy hermosas palabras —murmuró Verhovenski con mayor indiferencia que antes; más aún, como si estuviera aburrido—. El Pacífico parece a primera vista un buen destino. Pero si, a pesar de todas las evidentes desventajas que usted prevé, se presentan cada día más personas a luchar por la causa común, se podrá prescindir de usted. Porque aquí de lo que se trata, amigo, es de una nueva religión que viene a desalojar a la vieja. Y por eso se presentan tantos combatientes y el asunto es de tan gran envergadura. ¡Vamos, viaje! Y, ¿sabe?, le aconsejo que sea a Dresde y no a una isla del Pacífico. En principio, porque es una ciudad que nunca ha conocido una epidemia; y como es usted un hombre educado, seguramente teme a la muerte. En segundo lugar, porque está cerca de la frontera rusa, con lo que puede usted recibir con más facilidad las rentas que percibe de su amada patria. Tercero, porque alberga lo que se suele decir «tesoros de arte» y usted entiende lo que le digo ya que es hombre de vasta cultura y ha sido alguna vez profesor de literatura. Y, por último, tiene su propia Suiza en miniatura, gran inspiración para los versos que seguramente usted escribe. Total: ¡un tesoro envuelto para regalo!

Los militares sobre todo, se movilizaron ante tales palabras. Si el cojo no hubiera interrumpido con su intervención, todos habrían comenzado a vociferar a la vez.

—No, señor, quizá no abandone todavía la causa común. Debe usted comprender que…

—¿Me dice entonces que ingresaría en un grupo de cinco si yo se lo propusiese? —estalló de pronto Verhovenski, dejando las tijeras en la mesa.

Esto sorprendió al auditorio. El hombre misterioso se había quitado el antifaz con demasiada rapidez y hablaba ahora directamente de un «grupo de cinco».

—Todos aquí somos personas dignas y no negaremos nuestro rol para la causa

común —dijo el cojo procurando escabullirse—, pero…

—No, señor, aquí no hay *pero* que valga —interrumpió Verhovenski con voz cortante y perentoria—. Señoras y señores, les digo que necesito una respuesta concreta. Me comprometo a darles las explicaciones que les debo pero no sin antes escuchar de ustedes cuál es su modo de pensar. Prescindiendo de toda esta conversación (porque no podemos seguir hablando treinta años más, como se viene hablando durante los últimos treinta años), les estoy preguntando qué elección hacen: la vía lenta, que consiste en escribir novelas sociales y diseñar sobre el papel los destinos de la humanidad dentro de mil años, mientras el despotismo engulle los bocados suculentos que entrarían por sí mismos en la boca de ustedes por poco esfuerzo que hicieran; o bien la vía rápida, cualquiera que sea, pero que al fin les dejará las manos libres y dará a la humanidad ancho espacio para organizarse socialmente, y no en teoría, sino en la acción. Algunos gritan: «¡Cien millones de cabezas!», lo que puede ser sólo una metáfora; pero ¿a qué viene asustarse si durante esos sueños teóricos el despotismo puede devorar en cien años, no ya ciento, sino quinientos millones de cabezas? Observen que a un enfermo incurable no se lo cura de ningún modo, cualesquiera que sean las recetas que se le escriban en un papel. Antes al contrario, si hay demora, su infección será tal que nos contaminará también a nosotros y corromperá todas las energías sanas con que aún es posible contar, hasta el extremo de que todos acabaremos de mala manera. Estoy plenamente de acuerdo en que es muy agradable discursear con elocuencia y en tono liberal; la acción, por el contrario, es un tanto arriesgada… Pero, en fin, no sé hablar. He venido a transmitir una idea y pido a la respetable compañía que no vote, sino sencillamente que declare qué prefiere: ¿paso de tortuga para atravesar un pantano o cruzarlo a toda vela?

—¡Yo estoy enteramente a favor de las velas desplegadas! —gritó entusiasmado el estudiante.

—Yo también —dijo Liamshin.

—No hay duda, por supuesto, en cuanto a la preferencia —murmuró un militar, tras él otro, y después de éste un tercero. Lo que a todos les causó impresión fue que Verhovenski había venido «con ideas» y que había prometido explicarse.

—Señoras y señores, veo que casi todos han decidido obrar según el espíritu de las proclamas revolucionarias —dijo paseando la vista por la concurrencia.

—Todos —gritó la mayoría.

—Yo confieso que prefiero el otro método —dijo el comandante—, pero como son mayoría voy con ellos.

—Conclusión: usted no se opone —dijo Verhovenski al cojo.

—No es que me oponga… —contestó éste enrojeciendo un poco—, pero si ahora estoy de acuerdo con los demás es sólo para no generar un problema…

—¡Todos ustedes son así! ¡Está usted dispuesto a gastar seis meses discutiendo

para demostrar su elocuencia liberal y luego acaba votando con los demás! Señoras y señores, piénsenlo, pues. ¿Están todos ustedes listos?

(¿Listos para qué? La pregunta era vaga, pero tentadora).

—Todos, por supuesto… —se miraron entre sí antes de responder.

—¿Pero quizá más tarde lamenten haber dado su aprobación tan pronto? Porque eso les pasa las más de las veces.

Todos estaban agitados, por motivos diferentes, pero muy agitados. El cojo se encaró con Verhovenski.

—Permítame advertirle, sin embargo, que las respuestas a tales preguntas son condicionales. Aunque hemos dado nuestra decisión, repare en que nos ha hecho las preguntas de manera un tanto extraña…

—¿De qué manera extraña?

—De una manera en que no se hacen tales preguntas.

—Entonces enséñeme, por favor. Y sepa que estaba seguro de que sería usted el primero en ofenderse.

—Usted nos ha arrancado una respuesta sobre nuestra disposición para la acción inmediata. ¿Qué derecho tiene para proceder así? ¿Qué autoridad tiene para hacer tales preguntas?

—¡Debiera usted haber preguntado eso antes! ¿Por qué contestó usted? Usted aprobó primero y quiso echarse atrás después.

—A mi parecer, la franqueza frívola de su pregunta principal me hace pensar que usted no tiene autoridad de ninguna clase, ni tampoco derecho, y que sólo ha preguntado por curiosidad.

—Pero ¿a qué se refiere usted? —gritó Verhovenski, empezando por lo visto a alarmarse.

—¡Me refiero a que la admisión de nuevos miembros, sea el grupo que fuere, se efectúa siempre en secreto y no ante veinte personas desconocidas! —clamó el cojo. Ahora no se mordía la lengua; estaba demasiado irritado para dominarse. Verhovenski se volvió a los concurrentes con una cara de alarma muy bien simulada.

—Señoras y señores, considero mi deber declarar que esto es una tontería y que nuestro coloquio ha ido demasiado lejos. Yo hasta ahora no he admitido a miembro alguno, y nadie puede decir que estoy admitiendo a nuevos miembros. Hablábamos sólo de opiniones, ¿no es cierto? Pero, sea como quiera, me alarma usted mucho —y se volvió de nuevo al cojo—. Nunca pensé que había que hablar así en secreto de cosas tan inocentes. ¿O es que temen ustedes que los delaten? ¿Es posible que haya entre nosotros un delator?

La agitación subió de punto. Todos rompieron a hablar.

—Señoras y señores, en tal caso —prosiguió Verhovenski— yo me he comprometido más que nadie, y por eso les propongo contestar a una pregunta. Por

supuesto, si lo desean. Ustedes dirán.

—¿Qué pregunta? —comenzaron a gritar.

—Una respuesta que pondrá en claro si debemos continuar juntos o tomar el sombrero y marcharnos cada uno por su lado sin decir palabra.

—¡La pregunta!

—Si uno cualquiera de nosotros supiera que se trama un asesinato político, ¿iría a denunciarlo, previendo todas las consecuencias, o se quedaría en casa esperando los acontecimientos? Sobre esto puede haber varias opiniones. La respuesta a esta pregunta decidirá si debemos irnos cada uno por su lado o seguir juntos, y no sólo para la reunión de esta noche. Permita que se lo pregunte a usted primero —dijo volviéndose al cojo.

—¿Por qué me lo pregunta a mí primero?

—Porque usted fue quien empezó. Por favor, no se haga rogar, además no le servirá de nada su argucia en este punto. Haga como quiera.

—Perdone, pero esa pregunta es intimidatoria.

—A ver, sea más preciso.

—Nunca he sido agente de la policía secreta —contestó el cojo, tratando más que nunca de escabullirse.

—Por favor, sea más preciso. No nos haga esperar.

Tanta impotencia sintió el cojo en ese momento que se quedó callado y miraba por debajo de sus lentes con furia contenida.

—¿Sí o no? ¿Denunciaría o no denunciaría? —gritó Verhovenski.

—¡Claro que no! —exclamó el cojo con un grito aún mayor.

—¡Nadie lo haría! —repitieron varias voces.

—Permita que le pregunte a usted, señor comandante: ¿denunciaría usted o no denunciaría? —prosiguió Verhovenski—. Y observe que me dirijo a usted a propósito.

—No, señor. Nunca.

—Pero si usted se enterase de que alguien quiere matar y robar a otro, a un individuo cualquiera, ¿lo denunciaría y avisaría a las autoridades?

—Claro que sí. Eso sería sólo un delito común, mientras que lo otro es cuestión política. Nunca quise ser agente de la policía secreta.

—Y ninguno lo es aquí —se oyeron de nuevo varias voces—. La pregunta está de más. Todos darán la misma contestación. ¡Aquí no hay delatores!

—¿Por qué se levanta ese señor? —gritó la estudiante.

—Es Shatov. ¿Por qué se ha levantado usted, Shatov? —preguntó la señora de la casa.

Shatov, en efecto, se había levantado. Tenía el sombrero en la mano y miraba fijamente a Verhovenski. Parecía querer decirle algo, pero titubeaba. Tenía la cara

pálida, contraída de furia, pero se contuvo. Sin decir palabra se dirigió a la puerta.

—¡Shatov, ya sabe usted que no gana nada con eso! —le gritó Verhovenski enigmáticamente.

—¡Pero tú sí, como espía y canalla que eres! —vociferó Shatov desde la puerta, al salir.

—¡De modo que ésa es la prueba! —exclamó una voz.

—¡Y ha servido de mucho! —repuso otra.

—Espero que no sea demasiado tarde —observó una tercera.

—¿Quién lo ha invitado? ¿Quién lo ha traído? ¿Quién es? ¿Quién es Shatov? ¿Delatará o no delatará? —hubo un diluvio de preguntas.

—Si fuera delator, habría fingido no serlo, en lugar de salir echando pestes por la boca —apuntó alguien.

—¡Hola! ¡También se levanta Stavrogin! ¡Tampoco él ha contestado a la pregunta! —gritó la estudiante.

En efecto tanto Stavrogin como Kirillov se habían puesto de pie de uno y otro lado de la mesa.

—Permita, señor Stavrogin —le dijo *madame* Virginskaya—. Usted es el único que se ha negado a responder a esa pregunta.

—No veo por qué habría de contestar a la pregunta que le interesa —murmuró Stavrogin.

—Pero nosotros nos hemos comprometido y usted no —exclamaron algunas voces.

—¿Y eso a mí qué me importa? —dijo riendo Stavrogin, pero con ojos por los que parecía salir un fuego rojo.

—¿Cómo que no le importa? ¿Cómo que no le importa? —gritaron algunos que empezaron a levantarse.

—Permítanme, señoras y señores, permítanme —suplicó el cojo—. Tampoco el señor Verhovenski respondió a la pregunta que él mismo ha hecho.

Su intervención produjo un efecto extraordinario. Se miraban unos a otros. Stavrogin soltó una carcajada en las barbas mismas del cojo y salió. Kirillov atrás. Verhovenski los siguió hasta el vestíbulo.

—¿Qué me está usted haciendo? —murmuró apretándole ambas manos a Stavrogin. Stavrogin hizo todo lo posible para soltarse.

—Espéreme en la casa de Kirillov. Necesito verlo.

—Yo no —dijo tajante Stavrogin.

—Stavrogin estará allí —sentenció Kirillov—. Stavrogin lo necesita a usted. Allí se lo explicaré.

Se fueron al fin.

OCTAVO CAPÍTULO:
El *zarevich* Ivan

Por un momento Piotr Stepanovich pensó regresar a la «sesión» y calmar los ánimos pero de pronto algo le hizo pensar que no valía la pena. No sólo no entró sino que se puso a seguir a los otros dos. De pronto recordó que había un atajo para llegar antes a casa de Filippov y por allí se fue.

—¿Ya llegó? —observó Kirillov—. Bueno, entre.

—¿Por qué me dijo que vivía solo? —preguntó Stavrogin cuando, en la entrada, pasó junto a un samovar hirviendo.

—Ya verá usted con quién vivo —musitó Kirillov—. Pase.

No bien entraron, Verhovenski sacó del bolsillo el anónimo que había recibido de Lembke horas antes y lo puso delante de Stavrogin. Los tres se sentaron. Stavrogin leyó la carta en silencio.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó.

—Ese granuja va a hacer lo que escribe —explicó Verhovenski—. Y puesto que está bajo su jurisdicción, usted me dirá lo que tenemos que hacer con él. Le advierto que quizá vaya mañana mismo a ver a Lembke.

—Pues que vaya.

—¿Cómo que vaya?

—Se equivoca usted. Ese individuo no depende de mí. Además, no me importa. Las amenazas no son para mí, sino para usted.

—Y para usted también.

—No creo.

—Pero ¿no comprende usted que otros podrían no perdonárselo? Oiga, Stavrogin, eso no es más que un subterfugio. ¿O es que no quiere usted soltar el dinero?

—¿Pero se necesita dinero?

—¡Claro que se necesita! Dos mil rublos o, como mínimo, mil quinientos. Démelos mañana, u hoy mismo, y mañana lo mando a Petersburgo. Eso es también lo que él quiere. Si usted lo desea, en compañía de María Timofeyevna. Tome usted nota.

Parecía un tanto turbado; hablaba con cierto descuido y sin fijarse en lo que decía. Stavrogin lo observaba asombrado.

—No tengo por qué hacer que María Timofeyevna se vaya de aquí.

—Puede que ni siquiera lo desee usted —Piotr Stepanovich se sonrió con ironía.

—Puede que no.

—En resumen, ¿habrá o no habrá dinero? —Verhovenski gritó a Stavrogin con impaciencia airada y tono autoritario. Éste lo miró gravemente de pies a cabeza.

—No habrá dinero.

—¡Oiga Stavrogin! ¡O sabe algo o ya ha hecho algo! ¡Usted… bromea!

Tenía el rostro contraído, le temblaban las comisuras de los labios y, de pronto, rompió a reír con risa sin sentido ni objeto.

—Usted ha cobrado de su padre el dinero de la hacienda —observó con calma Nikolai Vsevolodovich—. *Maman* le dio seis u ocho mil rublos por cuenta de Stepan Trofimovich. Pues bien, dé usted mil quinientos de su propio bolsillo. Yo no quiero andar pagando cuentas ajenas. Además, he repartido ya tanto dinero que la cosa empieza a molestarme… —y se sonrió de sus propias palabras.

—¡Ah, ya empieza usted con sus bromas…!

Stavrogin se levantó de su asiento; acto seguido saltó del suyo Verhovenski y automáticamente apoyó la espalda en la puerta como para impedirle que saliera. Nikolai Vsevolodovich hizo ademán de apartarlo de un empujón para salir, pero de pronto se detuvo.

—No le cedo a Shatov —dijo.

Piotr Stepanovich se estremeció. Los dos se miraron.

—Le he preguntado esta noche por qué necesita la sangre de Shatov —prosiguió Stavrogin con mirada centelleante—. Es el aglutinante con el que quiere usted unir a su grupo. Hace un rato logró usted absolutamente que se retirara Shatov. Usted estaba consciente de que él no iba a decir que no delataría y que consideraba una bajeza mentirle a usted. Pero ¿y a mí? ¿Para qué me necesita usted a mí ahora? No me deja usted solo ni un minuto desde que lo conocí en el extranjero. La explicación que me ha dado hasta este momento no es más que una locura. Mientras tanto, procura usted persuadirme de que entregue a Lebiadkin mil quinientos rublos y que con ello dé motivo a Fedka para asesinarlo. Sé que usted piensa que también deseo el asesinato de mi mujer, y que, implicándome en ese delito, espera, por consecuencia, tenerme en sus garras, ¿no es eso? ¿Por qué quiere tenerme en sus garras? ¿Para qué diablos me necesita? De una vez para siempre, míreme bien: ¿soy yo el hombre que busca? ¡A ver si me deja en paz!

—¿Es que Fedka mismo ha ido a verlo? —preguntó Verhovenski sofocado.

—Sí. Su precio es también mil quinientos… Pero aquí está. Él mismo puede confirmarlo… —Stavrogin alargó el brazo.

Piotr Stepanovich giró sobre sus talones. Surgiendo de la oscuridad apareció en el umbral la figura de Fedka, con pelliza pero sin gorro como si estuviera en su propia casa. Se plantó allí, riendo y descubriendo su blanca y regular dentadura. Sus ojos negros, circundados de un blanco amarillento, escudriñaban cautelosamente la habitación y observaban a los señores. Había algo allí que no comprendía. Era evidente que Kirillov lo había traído y a éste iba dirigida su mirada interrogante. Se había detenido en el umbral sin querer entrar en la habitación.

—Supongo que lo ha traído usted para que oiga nuestros tratos o incluso para que vea el dinero en nuestras manos. ¿No es eso? —preguntó Stavrogin y, sin esperar respuesta, salió de la casa. Verhovenski, casi frenético, lo alcanzó a la puerta de la valla.

—¡Alto ahí! ¡Ni un paso más! —gritó agarrándolo del codo. Stavrogin trató de librar el brazo, pero sin éxito. Estaba furioso. Tironeó del pelo a Verhovenski y con toda su fuerza consiguió tirarlo al piso. Luego salió. Verhovenski tras él.

—¡Hagamos las paces! ¡Hagamos las paces! —le imploró agitado.

Stavrogin siguió como si no hubiera oído.

—Escuche. Mañana le traigo a Lizaveta Nikolayevna, ¿quiere? ¿No? ¿Por qué no contesta? ¿Qué debo hacer? Dígame y lo hago. Escuche, a Shatov se lo cedo, ¿quiere?

—Entonces, ¿usted pensaba matarlo? —gritó Stavrogin.

—Pero ¿para qué quiere a Shatov? ¿Para qué? —preguntó el anhelante Verhovenski hablando con rapidez, corriendo para adelantarse a Stavrogin y deteniéndolo por el codo, quizá sin darse cuenta—. Es suyo. Pide usted mucho, pero lo importante es que hagamos las paces.

Stavrogin entonces se detuvo, lo observó y se quedó pasmado. No eran ya la mirada y la voz de siempre; ni tampoco las que había notado hacía un rato en la habitación. Ahora veía un rostro distinto. El tono de la voz no era el mismo: Verhovenski imploraba, suplicaba. Éste era un hombre a quien iban a privar, o habían privado ya, de su más preciada posesión y quien aún no había logrado superar el golpe.

—Pero ¿qué es lo que le pasa? —gritó Stavrogin.

No hubo respuesta de Verhovenski, pero corría tras él, con la misma mirada suplicante, aunque inflexible.

—¡Hagamos las paces! —murmuró una vez más—. Escuche. Llevo en la bota un cuchillo, igual que Fedka, pero quiero hacer las paces con usted.

—Pero, vamos a ver, ¡maldita sea!, ¿para qué me quiere usted? —vociferó Stavrogin con intensa furia e indignación—. ¿Es un secreto acaso? ¿Es que me toma usted por una especie de talismán?

—Escuche. Vamos a provocar disturbios —susurró el otro con voz rápida y casi delirante—. ¿Cree usted que no podemos provocar disturbios? Vamos a armar un alboroto tal que todo va a quedar dado vuelta. Karmazinov tiene razón al decir que no hay nada a qué agarrarse. Karmazinov es muy listo. Basta con diez grupos como ése en Rusia y estaré seguro.

—¿Grupos de majaderos como ésos? —preguntó involuntariamente Stavrogin.

—¡Oh, trate de ser menos listo, Stavrogin! ¡Trate de no ser tan listo! Y bien sabe que no es lo bastante listo para no desear eso. Tiene usted miedo y no tiene fe. Se asusta de hacer las cosas en gran escala. ¿Y por qué habrán de ser majaderos? No son tan majaderos. Hoy día nadie tiene inteligencia propia. Hoy día son poquísimas las cabezas originales. Virginski es un hombre muy puro de corazón, diez veces más puro que nosotros dos juntos. Pero dejémoslo aparte. Liputin es un granuja, pero

conozco su punto débil. No hay granuja que no tenga su punto débil. El único que no lo tiene es Liamshin, pero a ése lo tengo bien agarrado. Unos grupitos más como ése y tengo dinero y pasaportes para todas partes. Eso por lo menos. ¿Y sólo eso? También sitios para esconderme. Que me busquen. Desarticularán un grupo y no hallarán el siguiente. Armaremos un enorme alboroto… ¿Es que piensa que no basta con nosotros dos?

—Tome a Shigaliov y a mí déjeme en paz…

—¡Shigaliov es un genio! ¿Sabe usted que es un genio como Fourier, sólo que más audaz que Fourier, más fuerte que Fourier? Voy a ocuparme mucho de él… ¡Ha inventado la «igualdad»!

«Está febril y delira. Algo raro le ha ocurrido», Stavrogin pensó mirándolo de nuevo. Siguieron su camino sin detenerse.

—En ese cuaderno suyo tiene bien detalladas las cosas —prosiguió Verhovenski —. El espionaje. Cada miembro de la sociedad espía a los demás y está obligado a delatarlos. Uno para todos y todos para uno. Todos esclavos e iguales en la esclavitud. En casos extremos, calumnia y asesinato, pero ante todo igualdad. Como primera providencia se rebaja el nivel de la educación, la ciencia y el talento. Un alto nivel de ciencia y educación vale sólo para mentes excepcionales, ¡y las mentes excepcionales están de más! Las mentes excepcionales han alcanzado siempre el poder y han sido déspotas. A Cicerón había que dejarlo mudo, a Copérnico dejarlo ciego, a Shakespeare apedrearlo (¡ahí tiene usted la doctrina de Shigaliov!). Los esclavos deben ser iguales. Sin despotismo no ha habido nunca ni libertad ni igualdad, pero en el rebaño habrá necesariamente igualdad (¡he ahí la doctrina de Shigaliov!). ¡Ja, ja, ja! ¿Le parece a usted extraño? ¡Yo hago mía la doctrina de Shigaliov!

Stavrogin intentó apurar el paso para llegar antes así a su casa.

«Si este hombre está borracho —se preguntó mentalmente—, ¿dónde ha podido emborracharse? ¿Habrá sido el coñac?».

—Oiga, Stavrogin. Allanar montañas es una muy buena idea y nada ridícula. Yo estoy de parte de Shigaliov. No creo que sea necesaria la educación, la ciencia ya ha tenido su espacio, lo que falta aquí es la obediencia. La educación es un prurito aristocrático. En cuanto un hombre se enamora o funda una familia siente el deseo de propiedad privada. Bueno, al diablo con ese deseo; echaremos mano a la embriaguez, la calumnia, la delación; recurriremos a la depravación más extremada; estrangularemos a todo ingenio en su infancia para destruir ese deseo. Reduciremos todo a un común denominador: la igualdad más absoluta. «Hemos aprendido un oficio y somos personas decentes; no necesitamos más que eso»; ésta fue la respuesta que hace no mucho dieron los obreros ingleses. Sólo lo necesario es necesario: he ahí el lema del orbe entero de ahora en adelante. Pero también se necesita una sacudida;

de eso nos ocupamos nosotros, los dirigentes. Los esclavos necesitan quién los guíe. Obediencia completa, completa falta de individualidad. Pero una vez cada treinta años Shigaliov recurre a una sacudida: de pronto todos comienzan a devorarse unos a otros; bueno, hasta cierto punto, sólo para no aburrirse. El aburrimiento es un sentimiento aristocrático. En el sistema de Shigaliov no habrá deseos. El deseo y el sufrimiento se quedan para nosotros; para los esclavos basta con el sistema de Shigaliov.

—¿Usted se excluye a sí mismo? ——preguntó Stavrogin involuntariamente.

—Y a usted también. ¿Sabe que he pensado entregar el mundo al Papa? Que salga caminando, descalzo, y se presente ante la plebe diciendo: «Vean hasta dónde me han traído», y todos lo seguirán, incluso el ejército. El Papa a la cabeza, nosotros en torno de él, y por debajo de nosotros el sistema de Shigaliov. Sólo hace falta que la *Internationale* llegue a un acuerdo con el Papa. ¡Y lo hará! El viejo aceptará enseguida; no le queda otro remedio. Recuerde lo que le digo. ¡Ja, ja, ja! Dígame: ¿en serio le parece una tontería?

—Le ruego que se calle —murmuró Stavrogin irritado.

—¡Basta! Escuche. ¡Renuncio al Papa! ¡Al diablo con el sistema de Shigaliov! ¡Al diablo con el pontífice! Lo que se necesita es algo más eficaz y rápido. No el sistema de Shigaliov, porque es labor del joyero, un ideal que sólo podrá realizarse con el tiempo. Shigaliov es un joyero y un tonto, como lo son todos los filántropos. Lo que queremos es trabajo rudo y Shigaliov detesta el trabajo rudo. Escuche: ¡el Papa reinará en Occidente y usted reinará sobre nosotros, sobre nuestro país!

—¡Déjeme en paz, borracho! —murmuró Stavrogin caminando aún más rápido.

—¡Stavrogin, es usted hermoso! —gritó Piotr Stepanovich casi extático—. ¿Sabe que es hermoso? Lo mejor de usted es que a veces ni se da cuenta de ello. ¡Ah, hace rato ya que lo observo! ¡Cuántas veces lo he mirado de reojo! Es usted hasta sencillo e ingenuo. ¿Lo sabe? ¡Pues sí, lo es, lo es! Supongo que sufre usted, que sufre de veras por causa de esa ingenuidad. Yo amo la belleza. Soy nihilista, pero amo la belleza. ¿Acaso los nihilistas son incapaces de amar la belleza? Lo que no aman son los ídolos, pero yo amo a un ídolo. ¡Usted es mi ídolo! Usted no lastima a nadie y sin embargo todos lo detestan. Usted considera a todos iguales y todos le temen. Eso está bien. Nadie se acercará a usted para darle una palmada en la espalda. Es usted un aristócrata terrible. ¡Un aristócrata partidario de la democracia es irresistible! Para usted no significa nada sacrificar la vida (la propia o la ajena). Usted es el hombre que necesitamos; y yo, en particular, necesito a un hombre como usted.

No conozco a otro más que a usted. Usted es mi caudillo, usted es mi sol y yo soy su gusano…

De pronto le besó la mano. Stavrogin sintió un escalofrío en la espina y retiró la mano consternado. Ambos se detuvieron.

—¡Loco! —murmuró Stavrogin.

—¡Quizá deliro, quizá deliro! —asintió Verhovenski al instante—, pero soy yo quien ha pensado en el primer paso. A Shigaliov nunca se le habría ocurrido pensar en el primer paso. Hay muchos Shigaliovs, pero sólo hay un hombre en Rusia que sabe cuál es el primer paso y cómo darlo. Ese hombre soy yo. ¿Por qué me mira así? Usted, usted, es el hombre que necesito. Sin usted soy un cero a la izquierda. Sin usted soy sólo una mosca, una idea embotellada, un Colón sin América.

Stavrogin se detuvo y clavó sus ojos en los ojos vesánicos de su acompañante.

—Escuche. Para empezar provocamos una revuelta —Verhovenski siguió diciendo nerviosamente, agarrando continuamente a Stavrogin de la manga izquierda —. Ya se lo he dicho: llegaremos hasta la plebe. ¿Sabe que ya tenemos una fuerza enorme? Nuestra gente no es sólo la que mata e incendia, la que emplea armas de fuego al estilo clásico o muerde a sus superiores. Ésos sólo son un estorbo. Sin obediencia, las cosas no tienen sentido para mí. Ya ve que soy un pillo y no un socialista. ¡Ja, ja! Escuche, los tengo a todos ya contados: el maestro que se ríe con los niños del Dios de ellos y de su cuna es ya de los nuestros. El abogado que defiende a un asesino educado porque éste tiene más cultura que sus víctimas y tuvo necesariamente que asesinarlas para agenciarse dinero también es de los nuestros. Los escolares que matan a un campesino por el escalofrío de matar son nuestros. Los jurados que absuelven a todo delincuente, sin distinción, son nuestros. El fiscal que tiembla en la sala de juicio porque teme no ser bastante liberal es nuestro, nuestro. Los funcionarios, los literatos, ¡oh, muchos de ellos son nuestros, muchísimos, y ni siquiera lo saben! Además, la docilidad de los escolares y de los tontos ha llegado al más alto nivel; los maestros rezuman rencor y bilis. Por todas partes vemos que la vanidad alcanza dimensiones pasmosas, los apetitos son increíbles, bestiales… ¿Se da cuenta de la cantidad de gente que vamos a atrapar con unas cuantas ideíllas fabricadas al por mayor? Cuando me fui al extranjero hacía furor Littré con su teoría de que el crimen es demencia; cuando he vuelto ya no es demencia, sino sentido común, casi un deber y, cuando menos, una noble protesta. «¿Cómo no ha de matar un hombre educado si necesita dinero?». Pero esto no es más que el principio. El Dios ruso ya se ha vendido al vodka barato. El campesinado está borracho, las madres están borrachas, los hijos borrachos, las iglesias vacías, y en los tribunales lo que uno oye es: «O una garrafa de vodka o doscientos latigazos». ¡Oh, que crezca esta generación! ¡Lo malo es que no tenemos tiempo que perder; de lo contrario habría que permitirles emborracharse aún más! ¡Ay, qué lástima que no haya proletariado! Pero lo habrá, lo habrá. Todo apunta en esa dirección…

—Es lástima también que seamos más tontos de lo que éramos antes —murmuró Stavrogin prosiguiendo su camino.

—Escuche. Yo he visto con mis propios ojos a un niño de seis años que guiaba a

casa a su madre borracha, mientras ella lo maldecía con palabras soeces. ¿Cree que me dio placer ver eso? Cuando dependa de nosotros, quizá los podamos curar… Si es preciso, los mandaremos al desierto por cuarenta años… Pero de momento son indispensables una o dos generaciones de libertinaje. De libertinaje monstruoso, procaz, del género que hace de un hombre un bellaco asqueroso, cobarde, cruel y egoísta. ¡Eso es lo que se necesita! Y, además, un poco de «sangre fresca» para ir acostumbrándonos. ¿De qué se ríe? No me contradigo. Contradigo sólo a los filántropos y al shigaliovismo, pero no a mí mismo. Soy un pillo y no un socialista. ¡Ja, ja, ja! ¡Lástima que no tengamos más tiempo! A Karmazinov le prometí empezar en mayo y acabar a principios de septiembre. ¿Demasiado pronto? ¡Ja, ja! ¿Sabe lo que le digo, Stavrogin? Aunque el pueblo ruso emplea muchas palabrotas no tiene pizca de cinismo. ¿Sabe usted que un siervo poseía más amor propio que Karmazinov? Aunque lo vapuleaban, seguía fiel a sus dioses, cosa que no hace Karmazinov.

—Bueno, Verhovenski, es la primera vez que lo escucho, y lo escucho con asombro —observó Nikolai Vsevolodovich—. ¿Así, pues, no tiene usted ni un ápice de socialista, sino que es una especie de… político ambicioso?

—Un pillo, un pillo. ¿Le preocupa la clase de hombre que soy? Se lo digo enseguida; a eso voy. Por algo le he besado la mano. Pero también es preciso que el pueblo crea que sabemos lo que queremos y no como los otros, que «alzan los garrotes y pegan a su propia gente». ¡Ay, si tuviéramos más tiempo! Lo malo es que no lo hay. Proclamaremos la destrucción… porque…, ¡porque es una idea fascinante! Pero es preciso, sí, desentumecer los músculos… Provocaremos incendios… Haremos circular algunas leyendas… Cualquier grupo ruin nos será útil… Y en esos mismos grupos encontraré para usted individuos tan dispuestos a todo que se alegrarán de enzarzarse a tiros y hasta lo tendrán a mucha honra. En fin, armaremos un zafarrancho. ¡Habrá un bochinche como el mundo no lo ha visto hasta ahora…! Rusia se verá sumida en tinieblas, la tierra llorará por sus antiguos dioses… Y entonces sacaremos…, ¿a quién?

—¿A quién?

—Al *zarevich* Ivan.

—¿A qui… én?

—Al *zarevich* Ivan. ¡A usted! ¡A usted!

Stavrogin se quedó pensando un momento.

—¿Un impostor? —preguntó de pronto mirando con profundo asombro al demente—. ¡Ah, conque ése es su plan!

—Diremos que «se oculta» —prosiguió Verhovenski con calma y un murmullo casi amoroso, como si de verdad estuviese borracho—. ¿Sabe lo que supone esa expresión «se oculta»? Ahora bien, aparecerá. Aparecerá. Haremos circular una

leyenda mejor que la de la secta de los Castrados. Existe, pero nadie lo ha visto. ¡Ah, qué leyenda se puede inventar!

Y lo mejor es que entrará en acción una fuerza nueva. Que es lo que se necesita. Por una fuerza como ésa están todos clamando. Porque, vamos a ver, ¿qué ha hecho el socialismo? Destruir la vieja fuerza, pero sin poner otra nueva en su lugar. Pero aquí tenemos una fuerza, ¡y qué fuerza! ¡Como nunca se ha visto! Sólo necesitamos una palanca para levantar la tierra. ¡Todo se levantará!

—¿Conque, en serio, ha contado usted conmigo para eso? —preguntó Stavrogin riendo maliciosamente.

—¿Por qué se ríe? ¿Y con tanta malicia? No me asuste. Ahora soy como un niño a quien se puede matar de susto con una sonrisa como ésa. Escuche. No permitiré que nadie lo vea. Nadie. Es necesario. Usted existe, pero nadie lo ha visto. Usted se oculta. Pero, ¿sabe?, es posible mostrarlo a usted a un hombre entre cien mil, por ejemplo. Y la noticia cundirá por toda la Tierra: «Lo hemos visto, lo hemos visto». También a Ivan Filippovich, el cabecilla de los Flagelantes, se lo vio subir en un carro al cielo en presencia de la multitud. Los presentes lo vieron con sus «propios» ojos. Y usted no es Ivan Filippovich. Usted es hermoso y altivo como un dios, usted no busca nada para sí y tiene un dejo de víctima; usted «se oculta». Lo que importa es la leyenda. Usted los conquistará. Bastará con que los mire para conquistarlos. «Se oculta» y traerá una nueva verdad. Y entre tanto pronunciaremos dos o tres sentencias al estilo de Salomón. Nuestros grupos, nuestros «quintetos», ¿sabe usted? No necesitamos periódicos. Si de diez mil peticiones concedemos una, todos vendrán con peticiones. En cada distrito, todo campesino sabrá que en algún sitio hay un árbol hueco donde puede depositar su petición. Y la Tierra entera retumbará al grito de «¡Llega una ley nueva y justa!». Se encrespará el mar, y se derrumbará todo el falso aparato. Y entonces nosotros pensaremos en cómo levantar un edificio de piedra. ¡Por primera vez! ¡*Nosotros* lo levantaremos, nosotros, y sólo nosotros!

—¡Locura! —dijo Stavrogin.

—¿Por qué no quiere usted? ¿Por qué? ¿Tiene miedo? ¡Pero si me agarro a usted es precisamente porque no le tiene miedo a nada! ¿Es una sinrazón? ¡Pero si aún no soy más que un Colón sin América! ¿Es razonable un Colón sin América?

Stavrogin guardó silencio. Para ese momento ya habían llegado a la casa y se detuvieron a la puerta.

—Escuche —dijo Verhovenski hablándole al oído—. Lo haré sin cobrarle nada. Mañana le saco de en medio a María Timofeyevna… sin cobrar nada. Y mañana le traigo a Liza. ¿Quiere que le traiga a Liza? ¿Mañana?

«¿Pero estará de veras loco?», pensó Stavrogin sonriendo. Se abrió la puerta de la calle.

—Stavrogin, ¿es América nuestra? —preguntó Verhovenski agarrándolo de la

mano por última vez.

—¿Para qué? —preguntó, con gravedad, Nikolai Vsevolodovich.

—Usted no quiere… ¡Ya lo sabía! —gritó Verhovenski en un acceso de ira rabiosa—. ¡Miente usted, señorito miserable, lujurioso, pervertido! No le creo. ¡Tiene usted apetito de fiera…! ¡Sepa que su cuenta es muy larga y que ya no puedo prescindir de usted! ¡No hay otro como usted en el mundo! Yo lo inventé a usted en el extranjero. Lo inventé cuando lo observaba. Si no lo hubiera observado desde mi rincón, nada de esto se me habría ocurrido…

Stavrogin, sin rechistar, subió los escalones de entrada.

—¡Stavrogin! —gritó tras él Verhovenski—. Le doy a usted un día…, dos, entonces…, tres… ¡Eso es todo lo que puedo ofrecerle! ¡Y volveré enseguida por la respuesta!

NOVENO CAPÍTULO:
Registro en casa de Stepan Trofimovich

Stepan Trofimovich quedó consternado por algo que ocurrió en el ínterin, yo por mi parte estaba particularmente sorprendido. Nastasya vino corriendo con la noticia de que habían «invadido» a su amo. Eran las ocho de la mañana. Al principio no entendía: decía que unos funcionarios habían «invadido» su casa, que habían venido y habían robado unos papeles, y que un soldado había hecho un bulto con ellos y se los «había llevado en una carretilla de mano». Era una noticia absurda. Inmediatamente fui a ver a Stepan Trofimovich.

Estaba con un estado de ánimo muy particular: trastornado y agitadísimo, pero a la vez con cara de inequívoco triunfo. En la mesa, en el centro de la habitación, hervía el samovar y había un vaso de té ya servido hacía rato, sin tomar. Stepan Trofimovich iba y venía por la sala abriendo cajones sin darse cuenta de sus actos. Llevaba su consabido jersey de lana roja, pero en cuanto me vio se cubrió con el chaleco y la levita, cosa extraña que jamás había hecho. De pronto me tomó de la mano con gran alteración.

—*Enfin un ami!* —dijo lanzando un hondo suspiro—. *Cher*, he avisado sólo a usted y nadie más sabe nada. Debo mandar a Nastasya que cierre la puerta y no admita a nadie, salvo a *ésos*, claro está… *Vous comprenez!*

Me miró intranquilo, como en espera de respuesta. Yo, por supuesto, me apresuré a hacerle preguntas; y de sus frases inconexas, con pausas y paréntesis innecesarios, saqué en claro que un empleado del gobierno provincial había venido a verlo «de improviso»…

—*Pardon, fai oublié son nom. Il riest pas du pays*, pero, según parece, lo trajo Lembke, *quelque chose de bête et d'allemand dans la physionomie. Il s'appelle Rosenthal*

—¿No sería Blum?

—Blum. Ése fue precisamente el nombre que me dijo. *Vous le connaissez? Quelque chose d'hébété et de très content dans la figure, pourtant très sévère, roide et sértieux*. Un tipo de la policía, uno de esos que sólo cumplen órdenes, *je m'y connais*. Yo dormía todavía, y figúrese, me preguntó si podía «echar un vistazo» a mis libros y manuscritos, *oui, je m'en souviens, il a employé ce mot*. No me detuvo, se quedó con los libros… *Il se tenait à distance*, y cuando comenzó a explicarme su visita, tenía una expresión como si yo… *enfin il avait l'air de croire que je tomberais sur lui inmédiatement et que je commencerais à le battre comme plâtre. Tous ces gens du bas étage sont comme ça* cuando tienen que habérselas con una persona educada. Por supuesto que lo comprendí todo al momento. *Voilà vingt ans que je m'y prépare*. Le abrí todos los cajones y le entregué todas las llaves. Yo mismo se las di; le di todo. *J'étais digne et calme*. Sacó las ediciones extranjeras de Herzen, el volumen encuadernado de *La Campana*, cuatro copias de mi poema, *et enfin… tout ça*. Después unos papeles y cartas *et quelques unes de mes ébauches historiques*,

critiques et politiques. Nada dejaron. Nastasya dice que se lo llevó un soldado en una carretilla de mano y que todo iba cubierto con un delantal; *oui, c'est cela,* con un delantal.

Parecía una locura. ¿Quién podía entender algo? Volví a acribillarlo a preguntas: ¿Blum estaba solo o con alguien más? ¿Quién dijo que lo mandaba? ¿Con qué derecho? ¿Cómo se había atrevido? ¿Qué explicación había dado?

—*Il était seul, bien seul*, pero había alguien más *dans l'antichambre, oui, je m'en souviens, et puis*… Sí, parece que había alguien más de guardia en el recibimiento. Nastasya, ella sabe mejor. *J'étais surexcité, voyez-vous. Il parlait, il parlait… un tas de choses*; sin embargo, dijo muy poco; fui yo el que dijo todo… Le conté la historia de mi vida, pero, por supuesto, sólo desde ese punto de vista… *J'étais surexcité, mais digne, je vous l'assure*. Temo, sin embargo, haber llorado. La carretilla se la pidieron al tendero de aquí al lado.

—¡Cielo santo! ¿Cómo puede suceder tal cosa? ¡Por lo que más quiera, Stepan Trofimovich, deme más detalles! Lo que me cuenta usted es tan vago como un sueño.

—*Cher*, a mí mismo me parece que estoy soñando… *Savez-vous, il a prononcé le nom de Teliantikoff* y creo que era el que estaba escondido en el recibimiento. Sí, recuerdo que me propuso llamar al fiscal y también, creo, a Dimitri Mitrich… *qui me doit encore quinze roubles* de unas partidas de whist, *soit dit en passant. Enfin, je riaipos trop compris*. Pero *yo* fui más astuto que ellos, ¿y a mí qué me importa Dimitri Mitrich? Creo que le rogué encarecidamente que no divulgara nada de esto; se lo rogué mucho, hasta temo haberme rebajado, *comment croyez-vous? Enfin il a consentí*. Sí, recuerdo que fue él mismo quien dijo que más valía no divulgarlo, porque sólo había venido a «echar un vistazo», *et rien de plus, y* nada más, nada más…, y que si no encontraba nada, no pasaría nada. De modo que lo acabamos todo *en amis, je suis tout-a-fait contení*.

—Pero, perdone. ¡Él le ofreció a usted el procedimiento usual y las garantías normales en tales casos y usted renunció a ellas! —exclamé con indignación amistosa.

—No. Así es mejor. Sin garantías. ¿De qué valdría un escándalo? De momento tratemos el asunto *en amis*… Usted sabe que si en la ciudad se enterasen… *mes ennemis… et puis à quoi bon ce procureur, ce cochon de notre procureur, qui deux fois m'a manqué de politesse et qu'on a rossé à plaisir l'autre année chez cette charmante et belle Nathalie Pavlovna, quand il se cacha dans son boudoir? Et puis, mon ami*, no me contradiga ni me desanime, se lo ruego, porque no hay nada más insufrible que, cuando un hombre está consternado, vengan un centenar de amigos a mostrarle dónde se ha equivocado. Pero siéntese y tome un vaso de té. Estoy muy cansado… ¿No cree que debería acostarme y ponerme un paño con vinagre en la cabeza?

—¡Por supuesto —exclamé—, y ponga hielo! Se lo ve muy preocupado y muy pálido. Le tiemblan las manos. Más tarde me contará qué sucede, ahora acuéstese, descanse. Me sentaré aquí a su lado y esperaré.

Dudaba de si debía acostarse, pero yo insistí. Nastasya acercó una taza con vinagre. Mojé una toalla y se la puse en la cabeza. Luego Nastasya se subió a una silla y encendió la lamparilla ante la imagen que estaba en el rincón. Vi eso con asombro; allí nunca había habido una lámpara y ahora aparecía una de pronto.

—Le dije que la pusiera ahí esta mañana, tan pronto como se fueran ésos —murmuró Stepan Trofimovich mirándome con astucia—, *quand on a de ces choses-là dans sa chambre et quon vient vous arrêter* produce una impresión y con toda seguridad declaran que la han visto.

Cuando terminó con la lámpara, Nastasya se plantó junto a la puerta, apoyó la mejilla en la palma de la mano derecha y se puso a mirar a su amo con expresión lastimera.

Me hacía una seña desde el sofá cuando agregaba:

—*Eloignez-la*. No puedo aguantar esa conmiseración rusa, *et puis ça m'embête*.

Ella se retiró sin que nadie se lo pidiera. Noté que él seguía mirando la puerta y tratando de oír algún ruido en el pasillo.

—*Il faut être prêt, voyez-vous* —me dijo con una mirada llena de intención—, *chaque moment*… vienen, lo agarran a uno y ¡desaparece por arte de magia!

—¡Dios santo! ¿Quién viene? ¿Quién podría llevárselo?

—*Voyez-vous, mon cher*, se lo pregunté sin rodeos cuando se iba: ¿y ahora qué harán conmigo?

—¡Mejor habría sido que le preguntase a dónde van a desterrarle! —exclamé con el mismo enojo.

—En eso pensé cuando hice la pregunta, pero se marchó sin contestarme. *Voyez-vous*, en cuanto a ropa blanca, a ropa de calle, a ropa de abrigo en particular, será lo que ellos quieran; si me dicen que la lleve, la llevo; o tal vez me manden con un abrigo de soldado. Pero —prosiguió bajando de pronto la voz y mirando la puerta por donde había salido Nastasya— he metido treinta y cinco rublos en un descosido del bolsillo del chaleco… Mire, tiente aquí… No creo que me quiten el chaleco. Y para despistar he dejado siete rublos en el portamonedas, como si fuera todo lo que tengo. Mire usted, ahí está en la mesa, en monedas pequeñas y calderilla, para que no se crean que he escondido el dinero y piensen que ahí está todo. Porque sabe Dios dónde voy a dormir esta noche.

Bajé la cabeza al escuchar tantas cosas ridículas, a nadie se lo llevaban preso de la forma en que él lo estaba describiendo. Sin duda lo barajaba todo en la cabeza. Cierto que todo eso había sucedido antes de aprobarse las leyes que ahora están en vigor. También es cierto que, según sus propias palabras, le habían propuesto un

procedimiento más legal, pero él *había sido más astuto que ellos* y lo había rehusado… Desde luego que antes —en verdad, aún no hace mucho— un gobernador podía en circunstancias extremas… Pero, ¿qué circunstancias extremas podía haber en este caso? Eso era lo que me estaba volviendo loco.

—De seguro que ha habido un telegrama de Petersburgo —dijo de pronto Stepan Trofimovich.

—¿Un telegrama sobre usted? ¿Por lo de las obras de Herzen y el poema ese suyo? ¿Se ha vuelto loco? Y si no lo está así lo parece… Podrían detenerlo por eso.

—¿Acaso sabe uno en nuestros días por qué lo detendrán? —murmuró enigmáticamente. Por la mente me cruzó una idea absurda, descabellada.

—Stepan Trofimovich, dígame como a un amigo —grité—, como a un amigo leal que jamás lo delataría: ¿pertenece usted a alguna sociedad secreta?

—Eso depende, *voyez-vous*…

—¿Eso depende?

—Cuando uno está de todo corazón a favor del progreso y… ¿Quién puede estar seguro? Piensa uno que no pertenece a nada y de pronto resulta que sí pertenecía a algo.

—¿Cómo es posible? Diga sí o diga no.

—*Cela date de Petersbourg*, cuando ella y yo quisimos fundar una revista. Ahí está la raíz de todo. Entonces nos escabullimos y se olvidaron de nosotros, pero ahora se han acordado. *Cher, cher*, ¿es que no me conoce usted? —preguntó con voz apenada—. Total, que nos prenderán, nos pondrán en un carromato, e iremos a Siberia para siempre o a un presidio donde se olvidarán de nosotros.

Se puso a llorar desconsoladamente. Se tapó los ojos con un pañuelo rojo y lloró, se lamentó durante cinco minutos, convulsivamente. Era muy triste ver a quien había sido nuestro profeta durante veinte años, predicador, caudillo, patriarca, *kukolnik*, que descollaba tanto y con tal hidalguía otrora, el hombre ante quien nos inclinábamos con tanta reverencia, teniendo a honra hacerlo así, ahora quebrado como un infante aterrado esperando la vara del maestro. Me provocaba conmiseración. Se notaba que creía en el «carromato» tanto como en mí, sentado junto a él; y que esperaba su llegada esa misma mañana, de un momento a otro, en ese mismo minuto. ¡Y todo por las obras de Herzen y cierto poema suyo! Que fuera tan ignorante sobre la realidad cotidiana era conmovedor a la vez que un poco repulsivo.

Cuando dejó el llanto, se incorporó, se levantó del sofá y se puso otra vez a pasear por la habitación sin dejar de conversar conmigo, pero asomándose a cada instante por la ventana y procurando oír algún ruido en el pasillo. Nuestra conversación proseguía de modo inconexo. Todas las seguridades y consuelos que le daba rebotaban en él como garbanzos en una pared. Apenas escuchaba, y, sin embargo, necesitaba angustiosamente que lo tranquilizase y hablase sin cesar con ese fin. Vi

que ahora no podía prescindir de mí y que por nada del mundo me alejaría de su lado. Permanecí allí, sentado con él, dos horas y pico. Durante la conversación recordó que Blum se había llevado dos proclamas revolucionarias que había encontrado en la casa.

—¿Proclamas revolucionarias? —pregunté con necia alarma—. ¿Acaso usted…?

—¡Ah, es que dejaron diez aquí! —replicó irritado (me hablaba con irritación y arrogancia un momento y al siguiente en tono horriblemente quejumbroso y humilde)—. Pero ya me había deshecho de ocho y Blum se llevó sólo dos… —de repente enrojeció de indignación—. *Vous me mettez avec ces gens-là!* ¿Es que usted cree que me junto con esos pillos, con esos repartidores de literatura clandestina, con mi hijo Piotr Stepanovich, *avec ces esprits forts de la lâcheté*? ¡Dios mío!

—¡Bali! ¿No lo habrán tomado a usted por otro…? En fin, es una idiotez. ¡No puede ser! —observé yo.

—*Savez-vous?* —se le escapó de pronto—. Siento a veces *que je ferai la-bas quelque esclandre*. ¡Oh, no se vaya! ¡No me deje solo! *Ma carrière est finie dujourd'hui, je le sens*. Quizá, ¿sabe usted?, caiga allí sobre alguien y lo muerda, como hizo aquel subteniente…

Me miró de modo extraño, con mirada asustada a la vez que deseosa de asustar. En efecto, se lo veía más enfurecido contra alguien y algo a medida que pasaba el tiempo y el «carromato» no aparecía. Llegó incluso a montar en cólera. De pronto Nastasya, que había salido de la cocina al pasillo por algún motivo, tropezó con la percha que allí había y la derribó. Stepan Trofimovich se echó a temblar y quedó clavado en el sitio; pero cuando se aclaró la causa del ruido, arremetió con Nastasya de palabra y, pataleando de lo lindo, la hizo volverse de nuevo a la cocina. Un minuto después dijo, mirándome desesperado:

—¡Estoy perdido! *Cher* —prosiguió, sentándose a mi lado y clavando sus ojos en los míos con expresión lastimera—, *cher*, no es Siberia lo que temo, se lo juro, *oh, je vous jure!* —hasta se le saltaron las lágrimas—. Es otra cosa la que temo…

Adiviné por su aspecto que deseaba por fin decirme algo de suma importancia, algo que hasta entonces no había querido revelar.

—Temo la afrenta —murmuró misteriosamente.

—¿Qué afrenta? ¡Al contrario! Créame, Stepan Trofimovich. Todo esto quedará hoy en claro y acabará a favor suyo…

—¿Tan seguro está usted de que me perdonarán?

—¿Perdonar? ¿Qué manera de hablar es ésa? ¿Qué ha hecho usted? ¡Le aseguro que no ha hecho nada!

—*Quen savez-vous?* Si yo siempre… *cher*… Lo recordarán todo… y si no encuentran nada, *peor todavía* —agregó inesperadamente.

—¿Cómo que peor todavía?

—Peor.

—No entiendo.

—Amigo mío, amigo mío, que me manden a Siberia, a Arhangelsk, que me priven de mis derechos…, si debo morir, a morir. Pero… es otra cosa lo que temo —de nuevo el murmullo, la cara de espanto, el misterio.

—¿Y eso qué es?

—Que me azoten —dijo mirándome con aire desesperado.

—¿Quién va a azotarlo? ¿Dónde? ¿Por qué? —grité temiendo que se hubiera vuelto loco.

—¿Que dónde? Pues allí…, donde se hace eso.

—Pero ¿dónde se hace eso?

—¡Ay, *cher*! —me susurró casi al oído—. De pronto la tierra se abre bajo los pies de uno, cae dentro hasta la cintura… Todo el mundo sabe eso.

—¡Ésos son cuentos! —exclamé adivinando al fin—. Cuentos de comadres. ¿Cómo puede usted creer eso? —solté la carcajada.

—¿Cuentos? Algún fundamento tendrán esos cuentos. El azotado no dirá nada. Yo me lo he imaginado diez mil veces.

—¿Pero a usted? ¿Por qué a usted? ¡Si no ha hecho usted nada!

—Peor todavía. Verán que no he hecho nada y me azotarán.

—¿Y está seguro de que por eso lo van a llevar a Petersburgo?

—Amigo mío, yo le he dicho que no lamento nada, *ma carriere est finie*. Desde aquel momento en que ella me dijo adiós en Skvoreshniki mi vida no tiene valor alguno…; pero la afrenta, *¿que dira-t'elle* si se entera?

Mi miró angustiado y, pobre hombre, enrojeció hasta la raíz del cabello. Yo también bajé los ojos.

—No se enterará de nada porque nada le pasará a usted. Parece como si hablase con usted por primera vez, Stepan Trofimovich, tan grande es el asombro que me causa usted esta mañana.

—Amigo mío, ¡pero si no es terror! Pongamos que me perdonan, que me traen de nuevo aquí y que no me hacen nada…; eso no quita el que esté perdido. *Elle me soupçonnera toute sa vie*… ¡a mí, a mí, al poeta, al pensador, al hombre a quien ha adorado durante veintidós años!

—No se le pasará por la cabeza.

—Sí se le pasará —murmuró con honda convicción—. De eso hablamos ella y yo a veces en Petersburgo, durante la Cuaresma, antes de marcharnos de allí, cuando ambos temíamos que… *Elle me soupçonnera toute sa vie*… ¿y cómo sacarla de su error? Le parecerá improbable. Además, ¿quién lo va a creer aquí, en la ciudad? *C'est invraisemblable… Et puis les femmes*… Se alegrará de ello. Lo sentirá mucho, mucho, sinceramente, como amiga leal, pero por dentro… Se alegrará. Le habré dado

un arma que puede usar contra mí el resto de mi vida. ¡Ay, mi vida está arruinada! ¡Veinte años de tan completa felicidad con ella… y mire ahora!

Se cubrió el rostro con las manos.

—Stepan Trofimovich, ¿no debiera informar enseguida a Varvara Petrovna de lo ocurrido? —propuse yo.

—¡Dios no lo permita! —exclamó estremeciéndose y levantándose de un salto—. ¡De ninguna manera! ¡Jamás, después de lo que nos dijimos en nuestra despedida en Skvoreshniki! ¡Ja-más!

Nos quedamos sentados una hora o algo más todavía esperando lo peor. Se acostó y pareció haberse dormido hasta que de pronto se levantó no sin esfuerzo, se sacó la toalla de la cabeza, saltó del sofá, corrió al espejo, se acomodó la corbata con manos temblorosas, y en voz muy alta pidió su gabán, sombrero nuevo y bastón a Nastasya.

—No puedo más —dijo con voz quebrada—. ¡No puedo, no puedo…! Yo mismo voy.

—¿A dónde? —pregunté, poniéndome de pie.

—*Chez* Lembke. *Cher*, tengo que ir. Es un deber. Soy un hombre y un ciudadano, no una cosa. Tengo derechos y exijo mis derechos… Durante veinte años me he quedado quieto. Toda mi vida ha sido así. Ahora él tendrá que decirme todo, todo. Ha recibido un telegrama. No tiene derecho a atormentarme. Si quiere, ¡que me mande detener, que me detenga!

Esto lo decía chillando y zapateando.

—Estoy de acuerdo con usted —dije en el tono más tranquilo posible, a propósito, aunque temía mucho por él—. Sin duda más vale eso que quedarse aquí sintiendo tal zozobra. Pero con lo que no estoy de acuerdo es con su estado de ánimo. Vea la cara que tiene y la mísera condición en que va usted allá. *Il faut être digne et calme avec Lembke*. No me chocaría que se lanzara usted allí sobre alguien y la emprendiera a mordiscos con él.

—Yo mismo me entrego. Voy directo a las fauces del león…

—Y yo con usted.

—Me lo suponía y acepto su sacrificio, el sacrificio de un amigo de verdad. Pero me acompañará hasta la casa, no más. Usted no debe, no tiene derecho a comprometerse más con mi compañía. *O, croyez-vous, je serai calme!* En este instante me siento *à la hauteur de tout ce qu'il y a de plus sacré*…

—Entraré en la casa con usted —no lo dejé terminar—. Vysotski me avisó ayer que cuentan conmigo y me invitan al festival de mañana como acomodador o cosa así… Uno de los jóvenes encargados de cuidar de las bandejas, asistir a las señoras, conducir a los invitados a sus sitios y llevar una escarapela roja y blanca en el hombro izquierdo. Iba a decir que no, pero de pronto pensé que era bueno tener una excusa para hablar de ello con la propia Iulia Mihailovna… Yo iré con usted.

Me escuchaba meneando la cabeza, pero creo que sin entender nada. Nos hallábamos en el umbral de la puerta.

—*Cher* —dijo alargando el brazo hacia la imagen del rincón—, *cher*, nunca he creído en eso, pero… ¡sea lo que Dios quiera! —se santiguó—. *Allons!*

Al bajar las escaleras algo me hizo pensar que al llegar a casa se calmaría. No sé de dónde saqué tal cosa. En ese trayecto donde todo iba a solucionarse según mi prospecto, algo ocurrió que hizo agotar aún más el alma de Stepan Trofimovich y dio por confirmada su decisión, a tal punto, que, debo decirlo, me sorprendió la energía que demostró aquella mañana. ¡Pobre mi buen amigo!

DÉCIMO CAPÍTULO:
Filibusteros. Una mañana funesta

1

La aventura que nos sucedió en el camino era también de las extraordinarias. Pero hay que referirlo todo con el orden debido. Una hora antes de que Stepan Trofimovich y yo saliéramos a la calle, atravesó la ciudad, y fue observado con curiosidad por muchos, un nutrido grupo de personas, operarios de la fábrica de Shpigulin, unos setenta, poco más o menos. Marchaban sin hacer ruido, casi en silencio, en concertado desfile. Más tarde se afirmó que estos setenta habían sido elegidos como delegados de todos los obreros, de los que había hasta novecientos en la fábrica, para ir a ver al gobernador y, en ausencia de los propietarios, solicitar ayuda contra el administrador, que, habiendo cerrado la fábrica y despedido a los obreros, había engañado a éstos con el mayor descaro; hecho, por cierto, del que ahora no cabe duda alguna. Hay gente que hasta hoy sigue negando que hubiese elección de delegados, y que sostiene que setenta hombres eran demasiados para una elección. Según ese parecer, se trataba pura y simplemente de los más agraviados, que venían a pedir remedio sólo para sí mismos; por lo tanto, el «motín» general de los obreros, de que tan sensacionalmente se habló después, jamás había ocurrido. Otros aseguran con ardor que los setenta hombres no eran sólo revoltosos, sino auténticos revolucionarios, es decir, que además de los más levantiscos eran los más influidos por las proclamas revolucionarias repartidas en la fábrica. En suma, que aún no se ha esclarecido si hubo o no incitación o influencia de nadie. Mi opinión personal es que los obreros no habían leído las susodichas proclamas, y si las habían leído no habían entendido palabra de ellas, por la sencilla razón de que quienes las escriben, no obstante la crudeza del estilo, lo hacen con notable oscuridad. Pero como los obreros se hallaban, en efecto, en difícil situación, y la policía, a la que acudieron, no quiso intervenir en favor de ellos, les pareció cosa muy natural dirigirse en masa «al propio general» con un memorial, si era posible, formar ordenadamente ante su puerta y, cuando apareciera, hincarse todos de rodillas e implorarle como se implora a la Providencia misma. A mi parecer, no había que ver en ello ni motín ni delegación, sino una vieja costumbre histórica; desde siempre el pueblo ruso ha gustado de hablar con «el propio general», por el mero gusto de hacerlo, sin parar mientes en lo que pueda resultar de la conversación.

Así, pues, estoy convencido de que, aunque Piotr Stepanovich, Liputin y acaso alguno más —quizás incluso Fedka— habían circulado entre los obreros y conversado con ellos (y de esto hay pruebas harto fidedignas), seguramente habían hablado sólo con dos, con tres, pongamos que con cinco, a modo de prueba, sin que de esas conversaciones resultase nada concreto. En cuanto a motín, si los obreros sacaron algo en claro de la propaganda, lo más probable es que al momento se tapasen los oídos, como ante algo estúpido que nada tenía que ver con ellos. Muy

diferente era el caso de Fedka: parece ser que éste tuvo mejor suerte que Piotr Stepanovich. Ahora resulta indudable que en el incendio que se produjo en la ciudad tres días después participaron, en efecto, Fedka y dos obreros; y un mes más tarde fueron detenidos en el distrito otros tres antiguos operarios de la fábrica y procesados por robo e incendio. Pero si Fedka logró inducirlos a la acción directa e inmediata, fue sólo a esos cinco, ya que a ninguno de los otros se los acusó de tales delitos.

Como quiera que fuese, el hecho es que los obreros llegaron, por fin, en grupo a la plazoleta donde estaba la casa del gobernador y se colocaron en filas, ordenada y silenciosamente; y boquiabiertos clavaron los ojos en la entrada de la casa y se dispusieron a esperar. Oí decir más tarde que, no bien hicieron alto, se quitaron las gorras, es decir, quizá media hora antes de la llegada del gobernador, que, como a propósito, no estaba en su domicilio en ese momento. La policía se presentó al instante, al principio en pequeños grupos y luego en un contingente lo más numeroso posible; y, por supuesto, empezaron con amenazas a conminar al grupo a que se disolviese. Pero los trabajadores persistieron en su actitud, como ovejas en el corral, y contestaron lacónicamente que habían venido a ver «al propio general». Su resolución era evidente. Cesó la gritería un tanto teatral de la policía, y fue sucedida al punto por consultas, instrucciones secretas cambiadas en voz baja y una ansiedad hosca y confusa que arrugaba la frente de los oficiales de la fuerza pública. El jefe de policía prefería esperar la llegada del propio Von Lembke. Es absurdo lo que se ha dicho del jefe, que llegó en una *troika* a galope tendido y que empezó a dar golpes a diestro y siniestro aun antes de detener el vehículo; aunque bien es verdad que era aficionado a circular por la ciudad en su carruaje con la parte de atrás pintada de amarillo, con los caballos al galope. Y en tanto que los caballos, «pervertidos» por la veloz carrera, llegaban al paroxismo, provocando el entusiasmo de los mercaderes del bazar, él se levantaba en el carruaje agarrándose a la correa que para ese fin había a un lado del vehículo y, estirando el brazo derecho en el aire como figura de monumento, escudriñaba la ciudad entera en esa postura. Pero en el caso presente no repartió golpes, y, aunque al bajar del carruaje no dejó de soltar algunas palabrotas, fue sólo para no perder su popularidad. Aún más absurdo es decir que se organizó un piquete de soldados con bayoneta calada y que se telegrafió a Dios sabe dónde para que enviaran artillería y cosacos; paparruchas que ya no creen ni los mismos que las inventaron. Absurdo es decir también que llegaron los bomberos con cubas de agua y que con ella empaparon a la gente. Lo que sí ocurrió fue que Ivan Ilich, el jefe de policía, gritó en su agitación que ni uno solo de los manifestantes saldría sin «mojarse», esto es, recibir un castigo, expresión que fue la causa probable de lo de las cubas de agua, cuento tan traído y llevado después en los periódicos de Petersburgo y Moscú. Cabe suponer, como versión más fidedigna, que la policía disponible formó inmediatamente un cordón en torno del grupo y que se mandó a un mensajero en

busca del gobernador, un inspector del primer distrito, que partió disparado en el carruaje del jefe de policía por el camino de Skvoreshniki, sabiendo que hacia allá había salido Von Lembke media hora antes…

Pero confieso que aún queda una pregunta sin respuesta, a saber, ¿cómo un grupo ordinario e insignificante de solicitantes (aunque, sí, eran setenta) pudo transformarse desde el primer instante, desde el primer paso, en motín que ponía en peligro los cimientos mismos del Estado? ¿Por qué el propio Lembke hizo, sin más ni más, hincapié en tal idea al presentarse con el mensajero veinte minutos después? Supongo (y repito que es sólo opinión personal) que a Ivan Ilich, el jefe de policía, que era amigote del administrador de la fábrica, le convenía caracterizar de ese modo a los manifestantes al dar su informe a Von Lembke, para que éste no ordenara una investigación detenida del caso; y había sido el mismo Lembke quien le había sugerido esa idea. En los dos últimos días Ivan Ilich había tenido un par de entrevistas especiales y secretas con él, muy confusas, por cierto, pero de las que había sacado la impresión de que el gobernador insistía en lo de las proclamas revolucionarias y en que alguien estaba incitando a los obreros de la fábrica a una revuelta socialista; e insistía tanto, que quizá se lamentara si todo ello resultaba ser en fin de cuentas una majadería. «Quiere distinguirse sea como sea en Petersburgo —pensaba nuestro astuto Ilya Ilich saliendo de ver a Von Lembke—. Bueno, tanto mejor para mí».

Yo estoy seguro, sin embargo, de que el pobre Andrei Antonovich no habría deseado un motín ni siquiera como motivo de distinción personal. Era un funcionario muy pundonoroso, que había vivido en la inocencia hasta el día de su boda. ¿Y acaso tenía él la culpa de que, en vez de ser inocente proveedor de leña a las oficinas del Estado y de casarse con una no menos inocente Minnchen, fuera una princesa cuarentona la que lo había elevado a su nivel? Sé casi a ciencia cierta que desde aquella mañana fatídica empezaron a manifestarse los primeros síntomas inequívocos del estado mental que, según se dice, llevó al pobre Andrei Antonovich a la conocida clínica suiza donde parece que está recuperando fuerzas. Pero si se admite que, en efecto, se manifestaron esa mañana síntomas evidentes de *algo*, cabe admitir también —creo yo— que síntomas parecidos se habrían producido la víspera, aunque quizá no tan evidentes. Sé por conductos muy privados (bueno, imagínense ustedes que fue la propia Iulia Mihailovna la que me contó parte de la historia, ya no en triunfo, sino *casi* con remordimiento), sé que Andrei Antonovich fue a ver a su mujer la víspera, ya muy tarde, a eso de las dos de la madrugada, que la despertó y le exigió que escuchara su «ultimátum». Fue tan insistente la exigencia que ella, indignada, tuvo que levantarse de la cama, con los ruleros puestos, sentarse en el diván y ponerse a escuchar, aunque con gesto de sarcástico desdén. Fue entonces cuando se percató por vez primera de lo avanzado que estaba el desequilibrio de su Andrei Antonovich, lo

que le produjo un secreto terror. Habría debido prever por fin su actitud y templar su actitud, pero lo que hizo fue disimular su terror y mostrarse más terca que antes. Supongo que como cualquier otra cónyuge, tenía su táctica propia para habérselas con su marido, táctica que ya había usado más de un vez y que ponía a éste al borde de la exasperación. La táctica de Iulia Mihailovna era el silencio desdeñoso durante una hora, durante dos, durante un día entero, y hasta durante tres días con sus noches —silencio a toda costa, a despecho de lo que él dijera o hiciera, incluso si hubiera tratado de tirarse por la ventana de un tercer piso—, ¡método intolerable para un hombre sensible! Acaso Iulia Mihailovna castigaba a su marido por los desatinos de éste en los últimos días y por la envidia celosa que, como gobernador de la provincia, sentía por las dotes administrativas de su esposa; acaso se indignaba ante la crítica que él hacía de su comportamiento con los jóvenes y con la sociedad en general y por la incomprensión que mostraba ante los sutiles y sagaces objetivos políticos de ella; acaso se enojaba ante los celos estúpidos e insensatos que él sentía por Piotr Stepanovich —en fin, cualquiera que fuese la causa, ella decidió no deponer ahora tampoco su actitud, aunque eran ya las tres de la mañana y aunque nunca antes había visto a Andrei Antonovich en semejante estado de agitación—.

Caminando, fuera de sí, sobre las alfombras del *boudoir* de su esposa, le dijo todo —aunque de modo incoherente, es cierto—, *todo* lo que bullía en su alma, porque «la cosa ya pasaba de castaño oscuro». Empezó afirmando que todo el mundo se reía de él, que «lo llevaban agarrado de las narices». «¡Maldita sea la frase! —chilló al momento cuando notó la sonrisa de ella—. Pero sí, sí, eso es, ¡de las narices…! No, señora, ha llegado la hora. Sepa usted que ya no hay risa que valga ni coquetería femenina. No estamos en el *boudoir* de una dama remilgada, sino que somos, por así decirlo, dos criaturas abstractas que se han juntado en un globo para decir la verdad». (Desbarraba, por supuesto, y no encontraba las palabras exactas para expresar sus ideas, aunque éstas eran correctas). «Es usted, usted, señora, la que me hizo abandonar mi empleo anterior. Tomé éste sólo por usted, por la ambición de usted… ¿Se ríe usted burlonamente? Pues no cante victoria, no se dé tanta prisa. Sepa usted, señora, sepa que yo habría podido arreglármelas bien en este cargo, y no sólo en este cargo, sino en una docena de cargos como éste, porque tengo talento para ello; pero con usted, señora, con usted es imposible; porque cuando está usted presente no tengo talento. No puede haber dos centros, y usted ha creado dos: uno, en mi despacho, y otro, en el *boudoir* de usted, dos centros de autoridad, señora; ¡y eso no lo consiento! ¡No lo consiento! En la administración pública, como en el matrimonio, sólo puede haber un centro, porque es imposible que haya dos… ¿y qué pago me ha dado usted? —siguió gritando—. Nuestro matrimonio ha consistido en que usted siempre, a cada hora, me ha demostrado que soy un cero a la izquierda, un imbécil y hasta un pillo; mientras que yo siempre, a cada hora y de modo humillante, me he visto obligado a

mostrar a usted que no soy un cero a la izquierda, que no tengo pelo de tonto, y que impresiono a todos con la probidad de mi carácter. A ver, ¿no es esto degradante para ambos?».

En este punto comenzó a dar rápidas patadas en la alfombra, hasta el extremo de que Iulia Mihailovna se vio obligada a levantarse con severa dignidad. Él se calmó al instante, se enterneció y empezó a sollozar (sí, a sollozar). Estuvo golpeándose el pecho durante casi cinco minutos, con creciente frenesí ante el silencio absoluto de Iulia Mihailovna. Al cabo cometió el desatino de decir que tenía celos de Piotr Stepanovich. Percatándose de que se había puesto en ridículo, se enfureció y se puso a gritar que «no permitiría que se negase a Dios», que disolvería «el *salón* de incrédulos descarados» que ella regía, que el gobernador de una provincia estaba obligado a creer en Dios, «y, por lo tanto, también su esposa»; que no toleraría a esos jóvenes; que «usted, usted, señora, por su propia dignidad, debería tomar el partido de su marido y volver por los fueros de la inteligencia de él, aun si careciera de dotes (y no carezco, ni mucho menos, de ellas); mientras que usted sólo hace que aquí todos me desprecien. Usted, señora, tiene la culpa de ello…». Gritaba que acabaría con el feminismo, que no dejaría rastro de él; que al día siguiente prohibiría y disolvería el estúpido festival a beneficio de las institutrices (¡al diablo con ellas!); que a la primera institutriz con que tropezase al día siguiente la echaría de la provincia «¡con un cosaco, señora! ¡Para que se fastidie usted, para que se fastidie! —chillaba—. ¿Sabe usted, sabe usted que los tunantes de usted están incitando a los obreros de la fábrica y que tengo noticia de ello? ¿Sabe usted que están repartiendo deliberadamente proclamas revolucionarias? ¿De-li-be-rada-mente, señora? ¿Sabe usted que conozco los nombres de cuatro de esos tunantes, y que me estoy volviendo loco, loco de remate, loco de remate?».

Pero en ese momento Iulia Mihailovna rompió su silencio y anunció severamente que ella también conocía desde hacía tiempo esos proyectos criminales y que todo eso era una tontería que él tomaba demasiado en serio; y que en cuanto a los tunantes, ella conocía no sólo a esos cuatro, sino a todos ellos (era mentira); que no tenía la menor intención de volverse loca por eso; antes al contrario, creía con más firmeza en su propia perspicacia y esperaba llevar todo esto a feliz término: alentar a la juventud, hacerla tomar conciencia de sus errores, revelarle súbita e inesperadamente que sus planes eran conocidos, y luego señalarle nuevos objetivos para una acción más beneficiosa y razonable.

¡Ay, qué efecto produjeron esas palabras en Andrei Antonovich! Al saber que Piotr Stepanovich había vuelto a engañarlo y se reía de él de modo tan grosero, de que había dicho a ella mucho más y se lo había dicho mucho antes que a él, y de que era quizás el instigador principal de todos los proyectos criminales, estalló de rabia: «¡Has de saber, mujer fatua aunque maligna —exclamó echando por alto todas las

reticencias—, has de saber que voy a detener en el acto a tu indigno amante, cargarlo de cadenas y mandarlo a presidio, o… me tiro de la ventana ahora mismo delante de ti!».

Iulia Mihailovna, verde de furia ante invectiva semejante, prorrumpió al momento en una larga y sonora carcajada, que se disolvió en risotadas como las que se oyen en el teatro francés cuando una actriz traída de París con cien mil rublos de sueldo para hacer un papel de coqueta se ríe en las barbas de su marido cuando éste se atreve a mostrarse celoso. Von Lembke estuvo a punto de correr a la ventana, pero se paró en seco, cruzó los brazos sobre el pecho y, pálido como un difunto, dirigió una mirada torva a su hilarante cónyuge: «¿Sabes, sabes, Iulia —dijo con voz ahogada y suplicante—, sabes que yo también puedo hacer algo?». Pero ante el nuevo y más fuerte estallido de risa que secundó sus últimas palabras, apretó los dientes, lanzó un gemido y se precipitó, no a la ventana, sino sobre su esposa, con el puño en alto. No lo bajó; no, tres veces no. Pero la escena había llegado al colmo. Sin darse cuenta de nada corrió a su cuarto y, vestido como estaba, se echó boca abajo en la cama, se envolvió convulsivamente en la sábana, cabeza y todo, y así pasó dos horas, sin pegar ojo, sin pensar en nada, con una losa sobré el corazón y el alma oprimida por una desesperación sorda y tenaz. De vez en cuando, un temblor doloroso y febril le sacudía todo el cuerpo. Por su mente desfilaban imágenes incoherentes, sin relación con nada; pensaba, por ejemplo, en el viejo reloj de pared que había tenido en Petersburgo quince años antes y al que le faltaba el minutero; o en el jovial funcionario Millebois, con quien había cogido un gorrión en el parque Aleksandrovski y con quien, después de cogerlo, había recorrido todo el parque, riéndose a carcajadas de pensar que uno de los dos había llegado ya a asesor colegiado. Creo que se quedó dormido a las siete de la mañana y que, sin darse cuenta de ello, durmió a pierna suelta y tuvo sueños agradables. Al despertarse a eso de las diez, saltó presurosamente de la cama, recordó al punto todo lo ocurrido y se dio una fuerte palmada en la frente; no desayunó, ni quiso recibir a Blum, ni al jefe de policía, ni al empleado que vino a avisarle de que los miembros de cierta comisión lo esperaban esa mañana para que la presidiera. No quiso oír nada ni enterarse de nada. Corrió disparado a los aposentos de su esposa, donde Sofía Antropovna, una noble anciana que desde hacía tiempo vivía con Iulia Mihailovna, le informó que ésta había salido a las diez de la mañana con muchas personas, en tres carruajes, a visitar a Varvara Petrovna en Skvoreshniki, para reconocer el lugar con vistas a un segundo festival que se proyectaba para quince días después, visita que se había acordado tres días antes con la propia Varvara Petrovna. Sorprendido por la noticia, Andrei Antonovich volvió a su despacho y sobre la marcha pidió el coche. Apenas pudo esperar a que se lo aparejasen. Su alma suspiraba por Iulia Mihailovna: aunque sólo fuese verla, estar junto a ella cinco minutos; quizás ella le mirase, se diese cuenta de

su presencia, se sonriese como antes, le perdonase… ¡Oh! «Pero ¿qué hay del coche?». Maquinalmente abrió un grueso libro que estaba en la mesa (a veces probaba su fortuna por medio de un libro, abriéndolo al azar y leyendo en la página de la derecha los tres primeros renglones). Lo que salió esta vez fue: «*Tout est pour le mieux dans le meilleur des mondes possibles*», Voltaire: *Candide*. Lanzó un juramento y fue volando a subirse al coche: «¡A Skvoreshniki!». El cochero dijo más tarde que su señor fue dándole prisa todo el camino, pero que cuando estaban por llegar a la mansión, le ordenó dar la vuelta y regresar a la ciudad: «¡Deprisa, por favor; deprisa!». Antes de llegar a las murallas «me mandó parar otra vez, bajó del coche y cruzó el camino para meterse en el campo. Pensé que quería hacer alguna necesidad, pero se detuvo y se puso a mirar las flores. Así estuvo algún tiempo. Aquello era raro de veras. Yo empecé a preocuparme». Ése fue el testimonio del cochero. Recuerdo el tiempo que hacía esa mañana. Era un día de septiembre, claro y frío, pero de mucho viento. Ante Andrei Antonovich se extendía un paisaje áspero de campos yermos, en los que se había recogido la cosecha hacía ya tiempo. Las ráfagas de viento sacudían, entre aullidos, los tristes restos de unas moribundas flores amarillas… ¿Acaso quería compararse a sí mismo y su suerte con esas miserables florecillas abatidas por el otoño y la helada? No lo creo. Hasta juzgo probable que no fuera así, que ni siquiera se percatara de las flores, no obstante el testimonio del cochero y del inspector del primer distrito (que llegaba en ese momento mismo en la *troika* del jefe de policía), que afirmaba más tarde que, en efecto, había encontrado al gobernador con un manojo de flores amarillas en la mano. Este inspector, Vasili Ivanovich Filibusterov —ejemplo del administrador entusiasta—, llevaba aún poco tiempo en nuestra ciudad, pero ya descollaba y era conocidísimo por su desmesurada consagración a su cargo, el inusitado celo con que cumplía sus deberes y su congénita embriaguez. Se apeó de un salto del vehículo y, sin extrañarse en lo más mínimo de ver al gobernador ocupado en esas actividades, le soltó con aire engreído la noticia de que «la ciudad estaba alborotada».

—¿Eh? ¿Qué es eso? —preguntó Andrei Antonovich volviéndose hacia él con rostro severo, pero sin la menor sorpresa y sin acordarse del carruaje y el cochero; igual que si estuviera en su propio despacho.

—El inspector Filibusterov, del primer distrito, Excelencia. En la ciudad hay un motín.

—¿Filibusteros? —repitió Andrei Antonovich con aire pensativo.

—Sí, Excelencia. Los obreros de Shpigulin están amotinados.

Al oír el nombre de Shpigulin recordó algo. Hasta se estremeció y se llevó un dedo a la frente: «¡Los obreros de Shpigulin!». En silencio, pero aún con aire pensativo, fue sin apresurarse al coche, tomó asiento en él y ordenó que se le condujese a la ciudad. El inspector lo siguió en su *troika*.

Supongo que durante el trayecto se le ocurrirían vagamente muchísimas cosas interesantes sobre multitud de temas, pero dudo de que tuviera idea clara o intención concreta alguna cuando llegó a la plaza frente a la residencia del gobernador. Pero apenas puso los ojos en el grupo de «revoltosos», alineados ordenada y tenazmente, en el cordón de policías, en el impotente (y quizás impotente a propósito) jefe de policía y en la expectación general que en él convergía, se le subió toda la sangre a la cabeza. Con semblante pálido se bajó del coche.

—¡Fuera las gorras! —dijo jadeante y con voz apenas perceptible—. ¡De rodillas! —chilló de improviso, de improviso incluso para sí mismo, y he aquí que en esos gritos inesperados quizá se deba buscar la explicación ulterior del asunto. Fue algo parecido a lo que ocurre en las montañas nevadas en tiempo de carnaval: ¿acaso puede un trineo que se desliza raudo desde las alturas detenerse a mitad de la pendiente? Para su desgracia, Andrei Antonovich se distinguió toda su vida por su carácter sereno y nunca le había gritado a nadie ni pataleado de rabia; y para personas como ésas, si alguna vez se ven en el trance de deslizarse en trineo cuesta abajo, el peligro es mucho mayor. Todo lo que tenía ante los ojos empezó a dar vueltas.

—¡Filibusteros! —chilló aún más aguda y estúpidamente, y se le cortó la voz. Allí seguía erguido, sin saber aún qué hacer, pero sabiendo y sintiendo con todo su ser que irremisiblemente tenía que hacer algo.

—¡Santo Dios! —dijo alguien entre el gentío. Un muchachito empezó a santiguarse. Tres o cuatro manifestantes estuvieron, en efecto, a punto de arrodillarse, pero los demás dieron en masa tres pasos al frente y, de pronto, empezaron a gritar a la vez: «Excelencia…, nos contrataron para toda la temporada…, el administrador…, no podrá decir…», etc., etc. No era posible sacar nada en claro.

¡Ay! Andrei Antonovich no estaba en condiciones de sacar nada en claro. Conservaba en las manos el manojo de flores. El motín era tan palpable para él como el «carromato» lo había sido poco antes para Stepan Trofimovich. Y entre la multitud de los «revoltosos» con los ojos fijos en él también podía ver a quien los había «incitado», a Piotr Stepanovich, al odiado Piotr Stepanovich…

—¡Las varas! —gritó aún más inesperadamente.

Se produjo un silencio mortal.

Eso fue lo que sucedió al principio mismo, según testimonios fidedignos y mis propias conjeturas. Pero sobre lo que aconteció más tarde los testimonios no son tan exactos, como tampoco lo son mis conjeturas. Hay, sin embargo, algunos datos.

En primer lugar, las varas aparecieron con demasiada prontitud; por lo visto habían sido preparadas de antemano por el jefe de policía en previsión de que hubiera necesidad de ellas. Los castigados fueron sólo dos, o a lo más tres; de eso estoy seguro; lo de que lo fueron todos, o al menos la mitad, es pura invención. También es

sandez decir que una pobre señora que acertaba a pasar por allí fue aprehendida y por algún motivo apaleada; aunque yo mismo leí unos días después el reportaje acerca de esa señora en un periódico de Petersburgo. Muchos de mis conciudadanos hablaron de una tal Avdotia Petrovna Tarapygina, residente en un asilo para pobres junto al cementerio, que al volver al asilo de hacer una visita y pasar por la plaza se había abierto paso entre la gente por natural curiosidad y, viendo lo que ocurría, había gritado: «¡Qué vergüenza!» y había escupido. Por ello, según lenguas, también la habían cogido y «le habían dado una lección». Sobre este caso no sólo se habló en los periódicos, sino que se organizó en la ciudad una suscripción en beneficio de ella. Yo mismo aporté veinte kopeks. ¿Y qué hubo en realidad? Pues, por lo que ahora parece, ninguna mujer de apellido Tarapygina residía en el asilo. Yo mismo fui a informarme al asilo junto al cementerio, donde nunca habían oído hablar de ninguna Tarapygina; más aún, se ofendieron cuando les conté el rumor que corría. Hago mención especial de esta inexistente Avdotia Petrovna, porque a Stepan Trofimovich le pasó dos cuartos de lo mismo que a ella (si es que, en efecto, existió); y, en realidad, puede ser que el rumor estúpido que corrió acerca de ella estuviera relacionado de algún modo con él, esto es, que al propagarse el chisme transformaran sin más a Stepan Trofimovich en una mujer apellidada Tarapygina. Lo que más me solivianta es no saber cómo me dio esquinazo Stepan Trofimovich no bien llegamos a la plaza. Previendo algo muy desagradable, yo había querido conducirlo a la puerta misma del gobernador dando un rodeo por la plaza, pero también fui víctima de la curiosidad y me detuve un instante a preguntar qué pasaba al primero que encontré. Miré de pronto y Stepan Trofimovich ya no estaba junto a mí. Instintivamente corrí a buscarlo en el sitio más peligroso; no sé por qué presentía que su trineo también volaba montaña abajo; y, efectivamente, lo hallé en el centro mismo de los acontecimientos. Recuerdo haberle cogido de la mano, pero él me miró sereno y orgulloso, con suprema autoridad.

—*Cher* —dijo con voz en que vibraba una nota de congoja—, si toda esta gente arregla las cosas con tan poca ceremonia aquí en la plaza, delante de nosotros, ¿qué cabe esperar de *ése*… si se le ocurre obrar por cuenta propia?

Y temblando de indignación y con deseo ferviente de provocar, apuntó con dedo ominoso y acusador a Filibusterov, que estaba a dos pasos y clavaba en nosotros una mirada escudriñadora.

—¿Ése? —gritó el inspector, ciego de rabia—. ¿De qué *ése* se trata? Y tú ¿quién eres? —dijo avanzando con el puño cerrado—. ¿Tú quién eres? —rugió furioso, con mezcla de histeria y desesperación (debo advertir que sabía muy bien quién era Stepan Trofimovich). Un segundo más y sin duda lo habría agarrado por el cuello de la levita, pero por fortuna Lembke volvió la cabeza al oír el grito. Aunque perplejo, miró fijamente a Stepan Trofimovich como preguntándose quién podría ser y, de

pronto, hizo con la mano un gesto de impaciencia. Filibusterov paró en seco. Yo, a tirones, saqué a Stepan Trofimovich de entre el gentío. Pero quizás él también quería ya largarse de allí.

—A casa, a casa —insistí—. Si no le han pegado ha sido, sin duda, gracias a Lembke.

—Váyase, amigo mío. Yo tengo la culpa de ponerlo en peligro. Usted tiene un porvenir y una carrera, pero yo… *mon heure a sonné*.

Con paso firme subió los escalones de la casa del gobernador. El conserje me conocía y le dije que íbamos a ver a Iulia Mihailovna. Nos sentamos a esperar en la sala que servía de recibimiento. Yo no quería dejar a mi amigo, pero ya no juzgaba necesario decirle más. Tenía cara de hombre que se ha condenado a sí mismo a morir por la patria. No estábamos sentados juntos, sino en rincones diferentes: yo cerca de la puerta de entrada, y él frente a mí, al otro extremo de la sala, con la cabeza baja en actitud pensativa, y las manos apoyadas ligeramente en el bastón. En la izquierda tenía su sombrero de ala ancha. De esta suerte pasaron allí unos diez minutos.

2

Lembke entró de improviso con paso rápido en compañía del jefe de policía. Nos miró distraído e iba a entrar en su despacho, situado a la derecha, sin hacer caso de nosotros, cuando Stepan Trofimovich se levantó y se plantó frente a él cerrándole el paso. La alta figura de Stepan Trofimovich, en nada semejante a ninguna otra, produjo efecto: Lembke se detuvo.

—¿Quién es éste? —murmuró confuso, como preguntando al jefe de policía, pero sin volver la cabeza hacia él ni apartar los ojos de Stepan Trofimovich.

—El asesor colegiado en situación de retiro Stepan Trofimovich Verhovenski, Excelencia —repuso Stepan Trofimovich inclinando la cabeza con dignidad. Su Excelencia siguió mirándolo, no obstante, con expresión obtusa.

—¿De qué se trata? —y con laconismo autoritario, fastidio e impaciencia tendió el oído a Stepan Trofimovich, tomándolo finalmente por un solicitante común y corriente que iba a presentarle un memorial.

—Mi casa ha sido hoy objeto de un registro por un funcionario que obraba en nombre de Vuestra Excelencia. Por eso quisiera…

—¿El nombre? ¿El nombre? —preguntó Lembke con impaciencia como si de pronto recordase algo. Stepan Trofimovich repitió su nombre con mayor dignidad aún.

—¡Ajá! Ése es…, ése es el semillero… Señor mío, usted ha demostrado ser… ¿Es usted profesor? ¿Profesor?

—Hubo un tiempo en que tuve el honor de dictar conferencias a la juventud en cierta universidad.

—¡A la juventud! —Lembke pareció estremecerse, aunque apuesto a que todavía no se había enterado de qué se trataba ni, quizá, de con quién hablaba—. Yo, señor mío, no lo permito —exclamó de pronto furibundo—. No permito a la juventud. Son todas esas proclamas revolucionarias. Es un ataque a la sociedad, señor mío, un ataque por mar… de filibusteros… ¿Qué solicita usted?

—Al contrario, señor. Es la esposa de Vuestra Excelencia la que me ha pedido que lea algo en su festival de mañana. Yo no solicito nada. He venido sólo a reivindicar mis derechos…

—¿En el festival? No habrá festival. No permito el festival de ustedes. ¿Conferencias? ¿Conferencias? —gritó furioso.

—Desearía que hablara más cortésmente conmigo, Excelencia, sin patalear ni gritarme como a un chicuelo.

—¿Es que no se da cuenta de con quién habla? —preguntó Lembke enrojeciendo.

—Perfectamente, Excelencia.

—Yo protejo a la sociedad y usted la destruye. ¡La des-tru-ye! Usted… Pero

ahora recuerdo algo de usted. ¿No estaba de tutor en casa de la generala Stavrogina?

—Sí, estaba de… tutor… en casa de la generala Stavrogina.

—Y durante veinte años ha venido usted sembrando las ideas que se cosechan ahora…, el fruto de todo ello… Me parece haberlo visto en la plaza hace un momento. ¡Ojo, señor mío, ojo! Las ideas que profesa son conocidas. Tenga la seguridad de que no le quito la vista de encima. No puedo permitir sus conferencias, señor mío, no puedo permitirlas. No me venga con esa solicitud.

Y una vez más se dispuso a avanzar.

—Repito, Excelencia, que está en un error. Es su esposa la que me ha pedido a mí una lectura; no una conferencia, sino algo literario, para el festival de mañana. Pero yo soy ahora el que rehúsa la invitación. Lo que pido respetuosamente es que se me explique, si es posible, con qué fin y por qué motivo se me ha hecho objeto hoy de un registro. Se han incautado libros y papeles, además de cartas personales que tienen un valor sentimental para mí, y se lo han llevado a través de la ciudad en una carretilla de mano…

—¿Quién hizo el registro? —preguntó Lembke ya repuesto y prestando atención a lo que ocurría en realidad. Estaba rojo como un tomate. Se volvió rápidamente al jefe de policía. En ese momento apareció en la puerta la figura larguirucha, encorvada y grotesca de Blum.

—Ése es el funcionario que lo hizo —dijo Stepan Trofimovich señalándolo. Blum dio unos pasos adelante con aire culpable, pero en ningún modo contrito.

—*Vous ne faites que des bétises* —le dijo Lembke en tono irritado y vejatorio; y de pronto pareció transformado por completo y estar en pleno dominio de sus facultades—. Perdone… —murmuró sobremanera consternado y ruborizándose intensamente—. Todo esto…, todo esto no ha sido más que una equivocación, un malentendido…, sólo una equivocación.

—Excelencia —observó Stepan Trofimovich—, en mi juventud fui testigo de un incidente muy curioso. En el pasillo de un teatro un hombre se acercó rápidamente a otro y, delante de todo el público, le dio una sonora bofetada. Percatándose enseguida, sin embargo, de que la víctima no era la persona a quien había querido abofetear, sino otra que se le parecía ligeramente, dijo despechado y presuroso, como quien no puede darse el lujo de perder tiempo, lo mismo que Vuestra Excelencia acaba de decir: «Me he equivocado…, perdone, ha sido una equivocación, nada más que una equivocación». Y cuando el agredido seguía, no obstante, quejándose en voz alta, el agresor le dijo con suma irritación: «¿Pero no le he dicho que ha sido una equivocación? ¿Entonces por qué chilla?».

—Eso…, eso, sí, es muy divertido, sin duda —dijo Lembke con una mueca—, pero ¿es que no ve lo desgraciado que yo también soy?

Dijo eso casi a gritos y…, y, según parece, queriendo cubrirse el rostro con las

manos.

Esta exclamación tan imprevista como penosa, por no decir este sollozo, resultaba intolerable. Era con toda probabilidad el primer instante desde la víspera en que Lembke tenía clara conciencia de lo sucedido; acompañado seguidamente de una plena, afrentosa y humillante desesperación. ¡Quién sabe si en un momento más no habría prorrumpido en sollozos! Stepan Trofimovich le miró al principio con profundo enojo, pero luego bajó la cabeza y dijo con voz hondamente compasiva:

—Excelencia, no se preocupe más por mi enojosa petición. Mande sólo que se me devuelvan mis libros y mis cartas…

Fue interrumpido. En ese momento y con gran alharaca volvía Iulia Mihailovna con todo su séquito. Pero ahora quisiera describir de manera más detallada lo que ocurrió.

3

En primer lugar, todos los ocupantes de los tres carruajes entraron en tropel en la sala. La entrada particular a los aposentos de Iulia Mihailovna estaba a la izquierda del vestíbulo; pero en esta ocasión todos atravesaron la sala. Sospecho que fue cabalmente porque allí estaba Stepan Trofimovich y porque de todo lo que le había ocurrido, como también de lo relativo a los obreros de Shpigulin, había sido ya informada Iulia Mihailovna cuando regresó a la ciudad. Quien se lo había dicho era Liamshin, a quien no quisieron llevar en la excursión por algún pecadillo y no había tomado parte en ella, con lo que se había enterado de todo antes que los demás. Con malicioso regocijo salió al galope en un jamelgo de alquiler por el camino de Skvoreshniki, llevando las festivas noticias a la cabalgata que regresaba. Pienso que Iulia Mihailovna, no obstante su gran determinación, quedó bastante desconcertada al oír nuevas tan singulares, aunque probablemente sólo un momento. La faceta política del asunto, por ejemplo, apenas podía preocuparla, ya que Piotr Stepanovich le había hecho ver ya tres veces la necesidad de azotar a los alborotadores de la fábrica de Shpigulin; y desde hacía tiempo Piotr Stepanovich había llegado, en efecto, a ser para ella notabilísima autoridad. «Pero… en todo caso él me las pagará», probablemente pensaba para sus adentros, y ese *él*, por supuesto, era su marido. Diré de paso que, como de propósito, Piotr Stepanovich tampoco tomó parte esta vez en la excursión general, y que nadie lo había visto en parte alguna desde la mañana temprano. Indicaré también que, después de recibir a los visitantes, Varvara Petrovna regresó con ellos a la ciudad (en el mismo coche en que iba Iulia Mihailovna) para asistir a la última sesión del comité encargado del festival del día siguiente. A ella también, por supuesto, debieron interesarle las noticias que trajo Liamshin acerca de Stepan Trofimovich, y cabe creer que la consternaran.

El arreglo de cuentas con Andrei Antonovich empezó al instante. ¡Ah, él vio venir la tormenta no bien puso los ojos en su excelente esposa! Con cándido semblante y sonrisa encantadora, ella se acercó rápidamente a Stepan Trofimovich, le alargó una mano lujosamente enguantada y lo colmó de alabanzas sobremanera halagüeñas, como si sólo los quehaceres de esa mañana le hubieran impedido llegar más pronto y mostrar el agrado que sentía de ver por fin a Stepan Trofimovich en su casa. No hubo alusión alguna al registro de la mañana, como si ella todavía no se hubiese enterado de nada. No le dijo ni una palabra a su marido ni le dirigió una mirada, como si éste no estuviera en la sala. Para mayor abundamiento, secuestró imperiosamente a Stepan Trofimovich y lo condujo al salón, dando a entender que no había explicaciones que cambiar con Lembke o que no valía la pena continuarlas si las había habido. Vuelvo a repetir que, a pesar de su tono autoritario, Iulia Mihailovna cometió otro error de bulto en esta ocasión. Quien la ayudó a salir del paso fue sobre todo Karmazinov (que

había ido en la excursión a instancia personal de Iulia Mihailovna y que de ese modo, aunque indirectamente, había hecho por fin una visita a Varvara Petrovna, de la que ésta, algo alicaída por entonces, había quedado encantada). Viendo a Stepan Trofimovich, lo llamó ya desde la puerta (había entrado después que los demás) y corrió a abrazarlo, interrumpiendo incluso a Iulia Mihailovna.

—¡Dichosos los ojos! Por fin… *excellent ami*.

Siguió el rito del mutuo besuqueo, en el que Karmazinov, por supuesto, ofreció su mejilla. Tan desorientado estaba Stepan Trofimovich que se vio obligado a estampar un ósculo en ella.

—*Cher* —me dijo esa noche recordando lo sucedido durante el día—, yo pensé en ese instante: ¿cuál de nosotros dos es más despreciable? ¿Él, que me abraza para humillarme, o yo, que lo detesto a él y su mejilla y que la beso, aunque pudiera volver la cara…? ¡Qué asco!

—¡Vamos, cuente, cuénteme todo! —balbuceó Karmazinov con ceceo afectado, como si Stepan Trofimovich pudiera contarle la historia de veinticinco años de vida. Esa estúpida frivolidad era, sin embargo, de «muy buen tono».

—Recuerde que la última vez que nos vimos fue en Moscú, en la comida en honor de Granovski, y que de entonces aquí han pasado veinticuatro años… —empezó diciendo Stepan Trofimovich razonablemente (y, por lo tanto, sin el menor «buen tono»)…

—*Ce cher homme* —le interrumpió Karmazinov con voz aguda y amistosa, apretándole el hombro con demasiada familiaridad—; pero, vamos, Iulia Mihailovna, llévenos cuanto antes a la sala. Allí se sentará y nos lo contará todo.

—Y, sin embargo, nunca he sido amigo íntimo de ese vejestorio de mal genio —siguió quejándose esa noche Stepan Trofimovich trémulo de furia—. Eramos todavía casi muchachos y yo había empezado ya a detestarlo… ni más ni menos que él a mí, por supuesto…

El salón de Iulia Mihailovna quedó pronto lleno. Varvara Petrovna daba muestras de especial agitación, aunque se esforzaba por aparentar indiferencia. Sin embargo, noté las dos o tres miradas de odio que dirigió a Karmazinov y de enojo a Stepan Trofimovich, de enojo por anticipado, de enojo nacido de los celos, nacido del amor. Si en esa ocasión Stepan Trofimovich hubiese cometido un desatino que le hubiera valido un desaire de Karmazinov, creo que ella habría saltado al punto de su asiento y la habría emprendido a golpes con él. He olvidado decir que allí también estaba Liza y que nunca la había visto más radiante, más frívolamente alegre y feliz que entonces. Por supuesto, allí estaba también Mavriki Nikolayevich. Entre la muchedumbre de damas jóvenes y mozos libertinos que componían el séquito habitual de Iulia Mihailovna, para quienes el libertinaje era tenido por regocijo y el cinismo chabacano por agudeza, noté dos o tres caras nuevas: un polaco servil que estaba de paso en la

ciudad, un doctor alemán, un viejo de saludable aspecto que a cada momento se reía sonoramente de sus propios chistes, y, por último, un joven príncipe de Petersburgo que parecía un autómata, con porte de estadista y un cuello de levita desmesuradamente alto. Era evidente que Iulia Mihailovna estimaba en sumo grado a este visitante y se preocupaba mucho de la impresión que su *salón* producía en él…

—*Cher monsieur Karmazinoff* —empezó Stepan Trofimovich acomodándose en el diván con estudiada postura y ceceo nada inferior al de Karmazinov—, *cher monsieur Karmazinoff*, la vida de un hombre de nuestro tiempo y de nuestras notorias ideas habrá de parecer monótona aun tras un paréntesis de veinticinco años…

El alemán soltó una carcajada bronca y abrupta, semejante a un relincho, creyendo, al parecer, que Stepan Trofimovich había dicho algo muy jocoso. Éste lo miró con fingida sorpresa, que, por lo demás, no produjo en el otro efecto alguno. También lo miró el príncipe, volviéndose hacia él con todo su cuello alto y calándose los lentes, aunque sin mostrar la menor curiosidad.

—… habrá de parecer monótona —repitió adrede Stepan Trofimovich, arrastrando cada palabra con insolencia—. Así también ha sido mi vida en ese cuarto de siglo, *et comme on trouve par tout plus de moines que de raison*, y como estoy plenamente de acuerdo con esa opinión, resulta, pues, que durante todo ese cuarto de siglo…

—*C'est charmant, les moines* —murmuró Iulia Mihailovna volviéndose a Varvara Petrovna, que estaba sentada junto a ella.

Varvara Petrovna contestó con una mirada orgullosa. Pero Karmazinov no pudo tolerar el éxito de la frase francesa y al momento interrumpió a Stepan Trofimovich con voz chillona:

—En lo que a mí toca, estoy tranquilo en ese respecto, y llevo siete años viviendo en Karlsruhe. Y cuando el ayuntamiento decidió el año pasado instalar nuevas cañerías para la conducción de aguas, sentí en mi corazón que la cuestión de la conducción de aguas en Karlsruhe me era más atrayente y simpática que todas las cuestiones de mi amada patria… durante todo el período de las llamadas reformas…

—No puedo menos de simpatizar con usted, aunque sea contra lo que dicta el corazón —suspiró Stepan Trofimovich, inclinando la cabeza significativamente.

Iulia Mihailovna estaba triunfante. La conversación iba adquiriendo profundidad e intención crítica.

—¿Una cañería para aguas residuales? —preguntó el doctor con voz bronca.

—Para agua potable, doctor, para agua potable. Yo también ayudé en el trazado de los planos.

El doctor lanzó una carcajada. Tras él lo hicieron otros, ahora en las mismísimas barbas de él, sin que se diera cuenta, y él parecía contentísimo de la hilaridad general.

—Lamento profundamente no estar de acuerdo con usted, Karmazinov —se

apresuró a apuntar Iulia Mihailovna—. Lo de Karlsruhe está muy bien, pero a usted le gusta mistificar y esta vez no le creemos. ¿Qué escritor ruso ha creado tantos personajes contemporáneos, ha revelado tantas cuestiones contemporáneas, ha llamado la atención sobre tantos puntos contemporáneos importantes de los que surge el tipo de moderno estadista? Usted, sólo usted y nadie más. Ahora afirme cuanto guste su indiferencia hacia la patria y su horrendo interés por las cañerías de conducción de aguas de Karlsruhe. ¡Ja, ja, ja!

—Sí, yo, por supuesto —ceceó Karmazinov—, he incorporado en el personaje de Pogozhev todos los defectos de los eslavófilos y en el personaje de Nikodimov todos los defectos de los europeizantes…

—De seguro que no *todos* —murmuró Liamshin suavemente.

—Pero hago eso de pasada, para matar el tiempo que tanto me aburre y… para satisfacer las demandas pertinaces de mis compatriotas.

—Usted, Stepan Trofimovich, sabe seguramente —prosiguió entusiasmada Iulia Mihailovna— que mañana tendremos el placer de oír frases preciosas…, una de las últimas y más exquisitas inspiraciones literarias de Karmazinov, titulada *Merci*. En esa composición declara que no volverá a escribir, que nada en el mundo lo obligará a hacerlo, aunque baje un ángel del cielo o, mejor todavía, aunque toda la alta sociedad le ruegue que cambie de parecer. En suma, que suelta la pluma para siempre.

Y este gentil *Merci* va dirigido al público, agradeciéndole el entusiasmo inquebrantable con que durante tantos años ha secundado sus servicios incesantes a la causa del recto pensamiento ruso.

Iulia Mihailovna estaba en la cumbre de la bienaventuranza.

—Sí, me despido. Digo mi *Merci* y me voy. Y allí… en Karlsruhe… cierro los ojos —Karmazinov se iba enterneciendo poco a poco.

Como muchos de nuestros grandes escritores (¡y tenemos tantos grandes escritores!), no podía resistir el sahumerio y empezó a derretirse a pesar de su agudeza. Pero esto me parece perdonable. Se dice que uno de nuestros Shakespeares llegó a decir en conversación privada que «nosotros, los *grandes hombres*, no podemos obrar de otro modo», etc., sin darse siquiera cuenta de ello.

—Allí, en Karlsruhe, cerraré los ojos. A nosotros, los grandes hombres, lo único que nos queda, una vez terminada nuestra labor, es cerrar los ojos cuanto antes sin buscar un galardón. Eso es lo que yo también haré.

—Déme usted la dirección e iré a Karlsruhe a visitar su tumba —dijo el alemán con una risotada.

—Hoy a los muertos los llevan incluso en ferrocarril —dijo sin venir a cuento uno de los jóvenes insignificantes.

Liamshin chillaba de gozo. Iulia Mihailovna frunció el ceño. Entró Nikolai Stavrogin.

—Y a mí que me dijeron que lo habían detenido, ¿qué le parece? —dijo en voz alta acercándose a Stepan Trofimovich antes que a nadie.

—No. Ha sido sólo un *detenimiento* particular —dijo Stepan Trofimovich jugando con el vocablo.

—Ahora bien, espero que ello no afectará en nada a mi requerimiento —volvió a indicar Iulia Mihailovna—. Confío en que usted, no obstante este lamentable incidente, que hasta ahora no consigo explicarme, no decepcionará nuestras vivas esperanzas y no nos privará del placer de oír su lectura en el festival de mañana.

—No sé…, yo… ahora…

—La verdad, Varvara Petrovna, tengo tan mala suerte… Figúrese que ahora, justamente cuando tan ansiosa estaba de conocer personalmente a uno de los pensadores rusos más notables e independientes, Stepan Trofimovich nos dice que piensa abandonarnos.

—Su alabanza ha sido expresada en voz tan alta que, por supuesto, no he podido menos de oírla —dijo tersamente Stepan Trofimovich—; pero no creo que mi humilde persona sea tan indispensable mañana para el festival de ustedes. Ahora bien, yo…

—¡Lo están ustedes echando a perder! —exclamó Piotr Stepanovich entrando veloz en el salón—. Apenas acabo de meterlo en cintura cuando de repente, en una mañana, registro, detención, un policía que lo agarra del cuello de la levita ¡y ahora las señoras le están echando flores en el salón del gobernador! ¡No hay hueso en su cuerpo que no esté bailando de alegría! ¡Ni en sueños se le habrá ocurrido triunfo semejante! ¡En fin, no me chocaría que ahora le diera por denunciar a los socialistas!

—¡Imposible, Piotr Stepanovich! El socialismo es una idea demasiado grande para que Stepan Trofimovich no lo reconozca —dijo Iulia Mihailovna tomando enérgicamente el partido de Stepan Trofimovich.

—Una gran idea, pero los que la predican no son siempre gigantes, *et brisons-là, mon cher* —concluyó Stepan Trofimovich volviéndose a su hijo y levantándose con gracia de su asiento.

Pero en este instante aconteció algo de todo punto inesperado. Von Lembke llevaba ya un rato en el salón, pero nadie parecía haber notado su presencia aunque todos lo habían visto entrar. Según su táctica usual, Iulia Mihailovna seguía sin hacerle caso. Él se había colocado junto a la puerta y escuchaba la conversación con aire lúgubre y severo. Al oír las referencias a los acontecimientos del día siguiente, empezó a dar señales de agitación. Primero fijó la vista en el príncipe, impresionado quizá por las puntas exageradas de su cuello rígidamente almidonado; luego pareció estremecerse al oír la voz y ver la entrada precipitada de Piotr Stepanovich; y cuando Stepan Trofimovich dijo aquella frase acerca de los socialistas, fue corriendo hacia él, y tropezó al pasar con Liamshin, que al momento dio un salto atrás con fingido gesto

de sorpresa, frotándose el hombro como dando a entender que se lo había lastimado.

—¡Basta! —dijo Von Lembke cogiendo con fuerza de la mano al asustado Stepan Trofimovich y estrujándola entre las suyas—. ¡Basta! Los filibusteros de nuestro tiempo han sido descubiertos. Ni una palabra más. Han sido tomadas las medidas oportunas…

Hablaba con voz tan recia que se lo oía en todo el salón, y concluyó su comentario enérgicamente. La impresión que causó fue penosa. Todos sentían que algo no iba bien. Vi que Iulia Mihailovna se ponía pálida. Un incidente estúpido vino a acentuar esa impresión. Después de anunciar que se habían tomado las tales medidas Lembke giró sobre los talones y se apresuró a salir del salón, pero a los dos pasos tropezó en una alfombra, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer de bruces. Al instante se detuvo, miró el sitio donde había dado el traspiés y, diciendo en voz alta: «¡Que la cambien!», salió al punto. Iulia Mihailovna corrió tras él. Al salir ella, se produjo un griterío en el que apenas cabía distinguir una sílaba; algunos decían que estaba «indispuesto», otros que estaba «tocado»; otros, en fin, se llevaban el dedo a la sien; en un rincón, Liamshin levantaba dos dedos por encima de la frente. Se aludía a incidentes domésticos, todo ello en voz baja, por supuesto. Nadie tomó el sombrero para irse y todos esperaban. No sé lo que Iulia Mihailovna conseguiría hacer, pero volvió al cabo de cinco minutos esforzándose en lo posible por parecer tranquila. Dijo evasivamente que Andrei Antonovich estaba un tanto excitado, pero que no era nada, que así había sido desde la infancia, que ella «sabía lo que se traía entre manos» y que el festival del día siguiente le devolvería, por supuesto, su buen humor. Después dijo otras palabras lisonjeras a Stepan Trofimovich, aunque sólo por cumplir, e invitó con voz campanuda a los miembros del comité a abrir al instante la sesión. En ese punto, los que no formaban parte del comité se aprestaron a irse de casa. Pero los incidentes penosos de ese día fatal aún no habían terminado…

En el momento mismo en que entró Nikolai Vsevolodovich noté que Liza lo miró con fijeza y que durante largo rato no apartó los ojos de él —tan largo rato que acabó por llamar la atención—. Vi que Mavriki Nikolayevich, que estaba detrás de ella, se inclinaba hacia delante, al parecer para decirle algo al oído, pero por lo visto cambió de intención y se irguió de pronto, mirando con aire culpable a quienes estaban en torno. También produjo curiosidad Nikolai Vsevolodovich. Estaba más pálido que de ordinario y miraba todo con aire notablemente distraído. Después de hacer a su entrada la pregunta a Stepan Trofimovich, pareció olvidarse al punto de él y, a decir verdad, tengo la impresión de que también olvidó saludar a la señora de la casa. A Liza no le dirigió una sola mirada, no deliberadamente, sino —y lo aseguro— porque tampoco se dio cuenta de su presencia. Y de pronto, después del breve silencio que siguió a la petición de Iulia Mihailovna de abrir la última sesión sin perder más tiempo, de pronto, repito, sonó estridente, a propósito estridente, la voz de Liza.

Llamaba a Nikolai Vsevolodovich.

—Nikolai Vsevolodovich, un capitán que se dice pariente suyo, hermano de su esposa, de apellido Lebiadkin, me escribe a menudo cartas indecorosas quejándose de usted y proponiendo revelarme algunos secretos acerca de usted. Si es, en efecto, pariente suyo, prohíbale que me insulte y líbreme de sus molestias.

En esas palabras vibraba un tremendo desafío y todos lo comprendieron. La acusación era inequívoca, aunque quizás inesperada hasta para la propia Liza. Era como cuando un hombre, cerrando a medias los ojos, se dispone a tirarse desde el tejado.

Pero la respuesta de Nikolai Vsevolodovich fue aún más sorprendente. Como primera providencia, era insólito que no mostrara extrañeza y que escuchara a Liza con sosegada atención. Su semblante no reflejaba ni confusión ni enojo. Contestó a la pregunta fatal con sencillez, firmeza y aire de buena voluntad:

—Sí, tengo la desgracia de ser pariente de ese sujeto. Soy marido de su hermana, de apellido de soltera Lebiadkina, desde hará ya cinco años. Tenga usted la seguridad de que le pasaré el recado cuanto antes y le prometo que ya no volverá a molestarla.

Nunca olvidaré el horror que se pintó en el rostro de Varvara Petrovna. Con ojos extraviados se incorporó de su asiento, al par que alzaba ante sí, como para protegerse, la mano derecha. Nikolai Vsevolodovich la miró, miró a Liza y a los circunstantes, y de repente se sonrió con infinita arrogancia y, sin apresurarse, abandonó el salón. Todos vieron cómo Liza se levantó abruptamente del sofá en cuanto Nikolai Vsevolodovich se volvió para salir, y dio muestra de querer seguirlo, pero se reportó y no lo hizo, sino que salió despacio, sin decir palabra ni mirar a nadie, y por supuesto en compañía de Mavriki Nikolayevich, que corrió tras ella…

Nada diré del barullo y los comentarios que hubo en la ciudad aquella noche. Varvara Petrovna se encerró en su residencia urbana, y Nikolai Vsevolodovich, según me dijeron, se fue derecho a Skvoreshniki sin ver a su madre. Stepan Trofimovich me mandó esa noche a casa de *cette chere amie* para rogarle que le permitiera ir a verla, pero ella no quiso recibirme. Él estaba terriblemente afectado y rompió a llorar: «¡Qué matrimonio! ¡Qué matrimonio! ¡Qué horror para esa familia!», repetía de continuo. Sin embargo, se acordaba también de Karmazinov, a quien ponía como chupa de dómine. Se estuvo preparando con ardor para la lectura del día siguiente —tal es el talento artístico—, se preparaba frente al espejo, tratando de recordar todas las agudezas y dichos festivos que había usado durante toda su vida y que apuntaba cuidadosamente en un cuaderno para insertarlos en la lectura del día siguiente.

—Amigo mío —me dijo para justificarse—, hago esto en pro de una gran idea. *Cher amí*, he empezado a moverme al cabo de veinticinco años y ahora, de pronto, me pongo en camino…, ¿para dónde?, no lo sé, pero me pongo en camino…

TERCERA PARTE

PRIMER CAPÍTULO:
El festival: Primera sección

1

Se celebró el festival no obstante los embrollos del día anterior, el «día de Shpigulin». Pienso que aun si Lembke hubiera muerto esa misma noche, igual se habría celebrado el festival a la mañana siguiente; tan relevante era el significado que le atribuía Iulia Mihailovna. ¡Ay!, hasta el último momento siguió obcecada sin comprender el estado de ánimo general. Al final, nadie imaginaba que transcurriría ese día festivo sin algún incidente de mayor cuantía, sin algún «descalabro», como decían algunos, frotándose las manos por anticipado. Es cierto que muchos trataban de poner cara sombría y aprensiva; pero, hablando en general, el ruso halla en cualquier escándalo público un motivo de jovialidad. Es cierto también que lo que cundía entre nosotros era algo mucho más grave que el mero deseo de escándalo: era una irritación general, algo implacablemente maligno, como si todos estuviesen hartos de todo. Reinaba un cinismo incoherente y general, diríase un cinismo forzado. Sólo las señoras eran consecuentes, pero en un único punto: en su odio tenaz a Iulia Mihailovna; en eso convergían todas las opiniones femeninas. Y ella, la pobre, ni se daba cuenta: hasta el último momento estuvo convencida de que tenía un «séquito», de que todos sentían por ella una «lealtad fanática».

Ya he indicado que hicieron su aparición en la ciudad numerosas personas de medio pelo. En épocas turbias, de incertidumbre y transición, aparecen siempre y por todos lados personas de medio pelo. No hablo de los llamados «progresistas», de los que siempre se dan más prisa que los demás (tal es su afán cardinal), cuyos propósitos, aunque a menudo descabellados, están más o menos definidos. No. Hablo sólo de la canalla. En todo período de transición surge esa canalla de la que ninguna sociedad está libre, y surge no sólo sin propósito alguno, sino sin ningún asomo de idea, sólo para sembrar con ahínco la inquietud y la impaciencia. Y, sin embargo, esa canalla, sin advertirlo siquiera, cae casi siempre bajo el caudillaje de un puñado de «progresistas», que ya sí obran con un propósito definido, y son los que llevan a ese hato de truhanes a donde les da la gana, si es que ese puñado de «progresistas» no es también un puñado de sandios, lo que, por otra parte, sucede más de una vez. Entre nosotros se dice ahora, cuando ya todo ha pasado, que a Piotr Stepanovich lo gobernaba la *Internationale*, que él gobernaba a Iulia Mihailovna y que ésta, por su parte, gobernaba, con él como guía, a la canalla de toda especie. Las cabezas más claras de la ciudad se maravillaban ahora de sí mismas: ¿cómo es posible que fuesen entonces tan torpes? En qué consistió nuestra época turbia y de qué a qué fue nuestra transición son cosas que no sé ni pienso que nadie sepa; quizá sólo lo sepan algunos de los que nos visitaron. Y, con todo, las personas más ruines adquirieron de súbito ascendiente entre nosotros y se pusieron a criticar a voz en cuello todo lo más sagrado, cuando antes no osaban decir esta boca es mía; en tanto que las personas

principales, que hasta entonces habían llevado la voz cantante, se aprestaron de pronto a escucharlos, mientras ellos a su vez callaban; y algunos hasta aprobaban cínicamente con risitas mal disimuladas. Individuos como Liamshin, como Teliatnikov, terratenientes por el estilo del Tentiotnikov de Gogol, toscos y quejumbrosos Radishchevs caseros, pequeños israelitas de lúgubre aunque altiva sonrisa, viajeros jocosos, vates politizados de la capital, poetas que a falta de ideas o talento visten camisas campesinas y calzan botas embreadas, comandantes y coroneles que se burlan de lo insensato de su profesión y que por un rublo más estarían dispuestos a colgar el sable y trabajar como escribientes en los ferrocarriles, generales que se hacen abogados, educados árbitros de conflictos laborales y pequeños comerciantes en vías de educarse, incontables seminaristas, mujeres que encarnan la cuestión femenina…, toda esta gente se enseñoreó de pronto. ¿Y sobre quién? Sobre el club, sobre los funcionarios, sobre generales mutilados en campaña y sobre las damas más severas e inabordables de nuestra sociedad. Si la propia Varvara Petrovna, con su adorado hijo, habían servido casi de mandaderos de toda esa pillería hasta el momento mismo de la catástrofe, bien se puede perdonar hasta cierto punto a otras de nuestras Minervas locales por la aberración de entonces. Como ya he apuntado, ahora se culpa de todo a la Internationale. Esta idea ha tomado tal arraigo que se ofrece como explicación a los que nos visitan. No hace mucho que el consejero Kubrikov, hombre de sesenta y dos años condecorado con la Orden de San Estanislao, se presentó a las autoridades sin haber sido convocado y declaró en redondo que había estado bajo el influjo de la *Internationale* tres meses seguidos. Cuando, con todo el respeto debido a sus años y servicios, se lo invitó a explicarse más concretamente, no pudo ofrecer prueba documental alguna, salvo que había sentido esa influencia «en todas las fibras de su espíritu», y se confirmó de tal modo en su declaración que se juzgó innecesario proseguir el interrogatorio.

Repito una vez más: aun entre nosotros hubo un pequeño grupo de gente sensata que se mantuvo apartada desde un principio, más aún, que se encasilló en su aislamiento. Pero ¿qué castillo puede prevalecer contra la ley natural? Aun en las familias más prudentes hay muchachas casaderas que necesitan bailar. Y de ahí cómo esas muchachas acabaron también por suscribirse al baile a beneficio de las institutrices. Se daba por seguro que el tal baile iba a ser un acontecimiento brillante, singularísimo. Se contaban maravillas de él. Corrían rumores acerca de los príncipes con *lorgnettes* que iban a asistir; de los diez acomodadores, todos ellos solteros jóvenes, con escarapelas en el hombro izquierdo; de la venida de algunas personas de Petersburgo que eran los promotores del festival; de que Karmazinov, para aumentar los ingresos, había consentido leer *Merci* con el disfraz de una institutriz de nuestra provincia; y de que habría una «cuadrilla literaria», con el vestuario apropiado, en el que cada traje representaría un movimiento literario particular. Por último, también en

traje de fantasía, danzaría el «cuerdo pensamiento ruso», lo que constituiría una verdadera novedad. ¿Cómo no suscribirse? Todos se suscribieron.

2

El programa del festival estaba dividido en dos partes: una *matinée* literaria, de mediodía a cuatro de la tarde, y luego un baile, de nueve de la noche hasta el amanecer. Pero ese plan llevaba ya en sí gérmenes de desorden. Para empezar, corrió entre el público desde un principio el rumor de que se ofrecería un almuerzo inmediatamente después de la *matinée* literaria, o incluso durante ésta, en un intervalo dedicado expresamente a ello; almuerzo gratis, por supuesto, incluido en el programa, con champaña y todo. El precio exorbitante del billete (tres rublos) contribuyó a que cundiera el rumor: «¿Iba yo a suscribirme por nada? El festival supone un día entero, por lo tanto tendrán que dar de comer o la gente va a tener hambre»; así discurría todo el mundo. Debo confesar que la misma Iulia Mihailovna dio pie con su ligereza a que se propagara este malentendido desastroso. Un mes antes, bajo el hechizo inicial del gran proyecto, hablaba a tontas y a locas de su festival con el primero que encontraba, y hasta había enviado a uno de los periódicos de Petersburgo la noticia de que se ofrecerían brindis en tal ocasión. Esos brindis parecían obsesionarla entonces de manera muy particular; ella misma deseaba proponerlos y los compuso de antemano. Tendrían por objeto poner en claro nuestro propósito principal (pero ¿cuál?; apuesto a que la pobre mujer no compuso nada al cabo), debían ser publicados a modo de reportajes en los periódicos de Moscú y Petersburgo, impresionar y cautivar a las autoridades supremas del país, y después circular por todas las provincias causando pasmo y emulación. Ahora bien, para los brindis es indispensable el champaña, y como no se puede beber champaña con el estómago en ayunas, era necesario, claro está, un almuerzo. Más adelante, cuando en virtud de sus esfuerzos se formó el comité y el asunto fue tratado con más seriedad, se le demostró inmediatamente que, si se soñaba con banquetes, quedaría muy poco dinero para las institutrices, por mucho que se obtuviera con las suscripciones. Había dos modos de resolver la cuestión: o un festín estilo Rey Baltasar, con brindis y noventa rublos para las institutrices, o una suma considerable de dinero, reduciendo el festival, por así decirlo, a simple formalidad. El comité, sin embargo, se propuso sólo atemorizarla un poco, y lo que hizo fue idear una tercera solución, conciliadora y sensata, a saber, un festival muy decoroso en todos los sentidos, aunque sin champaña, que dejaría como sobrante una cantidad muy respetable, superior con mucho a noventa rublos. Pero Iulia Mihailovna no se conformó; su carácter desdeñaba las componendas mezquinas. Al punto decidió que si su idea inicial era irrealizable, había que lanzarse sin titubeos al extremo opuesto, esto es, recaudar una enorme cantidad de dinero que fuera la envidia de todas las provincias. «El público debe acabar por comprender —concluyó diciendo en su fogosa alocución al comité— que el logro de objetivos de interés general humano es incomparablemente más

importante que los deleites corporales pasajeros; que el festival es, en esencia, sólo la proclamación de una noble idea, y que, por consiguiente, el público debe conformarse con un baile estilo alemán, muy modesto, una mera alegoría; ¡y ello si no se puede prescindir enteramente de este baile inaguantable!». A ese punto había llegado el repentino odio que le cobró. Pero por fin consiguieron apaciguarla. Fue entonces cuando se pensó, por ejemplo, en lo de la «cuadrilla literaria» y otros números estéticos en sustitución de los deleites corporales. Fue también entonces cuando Karmazinov consintió por fin en leer *Merci* (hasta entonces, con medias palabras, había tenido a todos en suspenso), y de ese modo quitarle de la cabeza a nuestro insaciable público la idea misma de comer. De tal modo, pues, el baile volvía a ser un magnífico acontecimiento, aunque de índole diferente. Y para que no todo fueran vagos ideales se acordó que al comienzo del baile se podía ofrecer té con limón y galletas, más tarde horchata y limonada, y al final también helado, pero nada más. Para aquéllos, sin embargo, que en todo tiempo y lugar tienen hambre y, sobre todo, sed, se podría abrir un buffet especial en la más apartada de las salas de la misma planta, a cargo de Prohorych (el jefe de cocina del club), que, bajo la estrecha vigilancia del comité, ofrecería lo necesario a quien quisiera pagarlo, por lo que a la entrada de la sala se anunciaría por escrito que el buffet no estaba incluido en el programa. A la mañana siguiente, sin embargo, se decidió no abrir el buffet para que no estorbase la lectura, a pesar de que se había pensado situarlo cinco salas más allá del Salón Blanco en que Karmazinov había consentido leer su *Merci*. Es curioso que el comité, sin excluir a personas de temple práctico, atribuyese, por lo visto, una extraordinaria importancia a esa lectura. En cuanto a talante poético, la esposa del mariscal de la Nobleza, por ejemplo, dijo a Karmazinov que después de la lectura haría colocar en una pared del Salón Blanco una placa de mármol en la que en letras doradas se haría constar que, en esa fecha y en ese mismo lugar, el gran escritor ruso y europeo había leído su *Merci*, en señal de que dejaba la pluma para siempre, y que por primera vez se había despedido del público ruso, representado por lo mejorcito de nuestra ciudad. Por último, los asistentes podrían leer la inscripción durante el baile mismo, esto es, sólo cinco horas después de la lectura de *Merci*. Sé de buena tinta que el propio Karmazinov había exigido que de ninguna manera se abriese el buffet por la mañana, durante su lectura, aunque algunos miembros del comité observaron que ese modo de obrar no se estilaba entre nosotros.

Así andaban las cosas cuando en la ciudad se seguía creyendo en un festín de Baltasar, esto es, en comer y beber gratis; y ello se siguió creyendo hasta el último momento. También las jovencitas soñaban con confites y jaleas en abundancia y con algo aún más sugestivo. Todo el mundo sabía que los ingresos serían enormes, que la ciudad entera participaría en el festival, que vendría gente de los distritos cercanos y que no habría bastantes billetes. También se sabía que, además del precio estipulado

para éstos, se habían recibido importantes contribuciones: Varvara Petrovna, por ejemplo, había pagado treinta rublos por su billete y había prometido como regalo todas las flores de su invernadero para el adorno de la sala; la mariscala (miembro del comité) había contribuido con la casa y la luz; el club aportaba la música y la servidumbre, amén de ceder a Prohorych para todo el día. Hubo otras contribuciones, aunque no tan grandes, por lo que se pensó en rebajar el precio inicial del billete de tres rublos a dos. A decir verdad, el comité había temido al principio que las señoritas no acudieran si tenían que pagar tres rublos por el billete, y recomendó la venta de billetes familiares para que cada familia pagase sólo por una de las jóvenes y todas las demás de la familia, aunque hubiera una docena de ejemplares, entrasen gratis. Pero todos los temores resultaron vanos; fueron las muchachitas las que al cabo vinieron. Hasta los empleados del Estado más modestos trajeron a sus hijas casaderas, y se vio claro que, de no tenerlas, no se les habría ocurrido suscribirse. Un humilde secretario trajo a sus siete hijas, sin contar, por supuesto, a su esposa y, por añadidura, una sobrina, y cada una de ellas venía provista de un billete de tres rublos.

Fácil es imaginar el barullo que hubo en la ciudad. Empecemos con el festival, que estaba dividido en dos partes, lo que hacía necesario que cada señorita tuviera dos vestidos: uno de mañana para la lectura y otro de noche para el baile. Muchas personas de la clase media, como se supo más tarde, empeñaron para ese día todas sus posesiones, hasta la ropa blanca, las sábanas y en algún caso los colchones, y lo empeñaron a los judíos locales, que, como de propósito, se venían estableciendo en gran número entre nosotros durante los dos últimos años y cuyo contingente fue más tarde en aumento. Casi todos los funcionarios cobraron su sueldo por anticipado, y algunos de los propietarios vendieron ganado que les era necesario; todo ello para llevar a sus hijas ataviadas con lujo y no quedar deslucidos ante nadie. Lo espléndido de los vestidos en esta ocasión era algo desconocido hasta entonces en nuestra ciudad, en la que desde quince días antes del festival circulaban por doquier anécdotas divertidas que nuestros guasones llevaron sin perder tiempo a los oídos de Iulia Mihailovna. Todo ello llegó a ser bien conocido por los que habían servido de blanco de tales anécdotas; lo que de seguro redobló la inquina de las familias contra Iulia Mihailovna. Ahora todos la cubren de improperios y no pueden recordarla sin rechinar los dientes; pero ya antes era evidente que si el comité fallaba en algún punto, o si algo desagradable sucedía en el baile, el estallido de indignación sería estruendoso. He ahí por qué todos, en su fuero interno, esperaban un escándalo; y si tanto lo esperaban, ¿cómo no iba a producirse?

La orquesta rompió a tocar al mediodía en punto. Siendo uno de los acomodadores, o sea, uno de los doce «jóvenes con escarapela», vi con mis propios ojos cómo se anunciaba ese día de aciaga memoria. Empezó con increíbles apretujones en las puertas de entrada. ¿Cómo sobrevino que todo saliera manga por

hombro desde el principio mismo, sin exceptuar a la policía? No echo la culpa al público auténtico. Los padres de familia, a pesar de su categoría social, no se hacinaron ni empujaron a nadie. Al contrario, he oído decir que se mostraban desconcertados ya en la calle, viendo la inaudita muchedumbre que sitiaba las puertas y que, más que entrar por ellas, las tomaba por asalto. Mientras tanto seguían llegando coches que terminaron por obstruir la calle. Ahora, cuando escribo esto, tengo datos irrecusables para afirmar que algunos de los mayores granujas de nuestra ciudad fueron introducidos sin billete por Liamshin y Liputin y quizá también por alguien que, al igual que yo, era acomodador. Al menos hicieron su aparición personas enteramente desconocidas, llegadas de los distritos circundantes y de quién sabe dónde. Apenas entraron en la sala, estos bárbaros empezaron a preguntar al unísono (como a instigación de alguien) dónde estaba el buffet y al oír que no lo había, empezaron a blasfemar y a proferir improperios, sin el menor comedimiento y con una arrogancia jamás conocida hasta entonces entre nosotros. Cierto que algunos llegaron borrachos. Otros, como verdaderos salvajes, se detuvieron asombrados ante la magnificencia del salón de la mariscala por no haber visto jamás nada semejante, y quedaron momentáneamente cohibidos, mirándolo todo con la boca abierta. Este gran salón blanco, aunque bastante deteriorado, era de veras espléndido: de enormes dimensiones, con dos filas de ventanas, techo pintado al estilo antiguo y molduras doradas, con una galería, espejos en las paredes, cortinajes en rojo y blanco, estatuas de mármol (nada buenas, pero estatuas al fin y al cabo), mobiliario antiguo, macizo, del período napoleónico, blanco con incrustaciones doradas y tapizado de terciopelo rojo. En la ocasión que describo se había instalado en un extremo del salón una plataforma elevada para los autores que iban a leer, mientras que el salón entero estaba acondicionado como el patio de butacas de un teatro, con anchos pasillos para el público. Pero después de los primeros minutos de asombro empezaron a oírse preguntas y exclamaciones sin sentido: «Puede ser que no queramos lecturas… Nuestro dinero nos ha costado… Se ha engañado descaradamente al público… ¡Aquí somos nosotros los que mandamos, no los Lembke…!». En suma, actuaban como si hubieran recibido instrucciones para armar escándalo. Recuerdo en particular un encuentro en el que se distinguió el pequeño príncipe, que había estado la mañana de la víspera en casa de Iulia Mihailovna, el del cuello desmesuradamente alto y de cara como la de un muñeco de madera. También él, a insistente petición de ella, había consentido en prender una escarapela en su hombro derecho, convirtiéndose así en uno de nuestros acomodadores. Al parecer, esta silente figura de cera montada sobre resortes sabía, si no hablar, por lo menos obrar a su modo. Cuando un capitán jubilado, de estatura colosal y picado de viruelas, secundado por una caterva de bribones de la peor calaña, empezó a importunarle preguntándole por dónde se iba al buffet, él guiñó el ojo a un policía. El aviso fue al instante puesto en práctica: pese a

los juramentos del ebrio capitán, fue expulsado del salón. Entretanto llegaba, por fin, el público «genuino», que en tres largas filas iba discurriendo por los pasillos que había entre las sillas. Los revoltosos comenzaron a calmarse, pero incluso el sector más «limpio» del público parecía descontento y confuso; y algunas de las señoras estaban sencillamente asustadas.

Por fin, todos ocuparon sus asientos. Cesó la música. Los concurrentes empezaron a sonarse las narices y mirar en torno. Aguardaron con aire solemne en demasía, lo que ya de por sí era mala señal. Pero «los Lembke» no habían llegado aún. Las sedas, los terciopelos, los diamantes se destacaban y refulgían por todas partes; en el aire flotaba el aroma de perfumes caros. Los hombres ostentaban todas sus condecoraciones, y hasta los ancianos estaban de uniforme. Hizo, por fin, su entrada la mariscala, acompañada por Liza, nunca tan deslumbrantemente bella ni tan elegantemente ataviada como esa mañana. Tenía el pelo en tirabuzones, brillo en los ojos y una sonrisa radiante en el rostro. Produjo, evidentemente, una gran sensación: todos la miraban y comentaban algo sobre ella al oído de sus vecinos. Oí decir que buscaba con los ojos a Stavrogin, pero ni éste ni Varvara Petrovna estaban allí. No comprendí entonces la expresión de su semblante: ¿por qué reflejaba tanta felicidad y energía, tanto gozo, tanta vitalidad? Recordaba el incidente de la víspera y no sabía a qué atenerme. Pero «los Lembke» seguían sin venir, lo cual fue grave error. Supe después que Iulia Mihailovna estuvo esperando a Piotr Stepanovich hasta el postrer momento, ya que últimamente no podía dar un paso sin él, aunque no se lo confesaba a sí misma. Entre paréntesis diré que la víspera, en la sesión final del comité, Piotr Stepanovich se había negado a hacer de acomodador, y con ello había afligido tanto a la dama que estuvo a punto de llorar. Primero con sorpresa, y más tarde con grandísima consternación (que más tarde explicaré) de la dama, Piotr Stepanovich desapareció durante toda la mañana y no estuvo presente en la *matinée* literaria; así que no lo vieron hasta la noche. Al cabo, el público empezó a dar señales inequívocas de impaciencia. Tampoco en la plataforma se presentaba nadie. En las últimas filas la gente se puso a hacer palmas, como en un teatro. Los señores viejos y las señoras fruncían el ceño: «Los Lembke se estaban dando demasiada importancia». Incluso entre lo mejor del público corrió el rumor absurdo de que quizá no habría festival, de que quizá Lembke estuviese indispuesto, etc., etc.

Pero, gracias a Dios, apareció por fin Lembke con su mujer del brazo; yo, lo confieso, también empezaba a pensar que no vendrían. Se disiparon los rumores y se estableció la verdad. El auditorio pareció respirar sin empacho. El propio Lembke aparentaba buena salud, y, según recuerdo, tal era la opinión común, porque, como era natural, en él estaban fijas la mayoría de las miradas. Debo advertir que, en general, muy pocas personas de nuestra alta sociedad creían que Lembke estuviera indispuesto; consideraban sus actos enteramente normales y aun habían visto con

beneplácito lo sucedido en la plaza en la mañana del día anterior. «Así debiera haber obrado desde el principio —decían los altos funcionarios—. Son filántropos cuando llegan, pero todos acaban haciendo lo mismo, sin darse cuenta de que ello es necesario hasta para la misma filantropía». Así al menos opinaban en el club. Lo único que deploraban era que hubiera montado en cólera. «Eso hay que hacerlo con más sangre fría, pero, al fin y al cabo, es un novato», decían los entendidos.

¡Con qué avidez se volvieron todos los ojos hacia Iulia Mihailovna! Nadie, por supuesto, tiene derecho a esperar de mí, como narrador, detalles demasiado precisos acerca de cierto punto; aquí hay un secreto y una mujer; pero una cosa sí sé, y es que la noche antes ella había entrado en el despacho de Andrei Antonovich y había estado con éste hasta mucho después de medianoche. Andrei Antonovich había sido perdonado y confortado. Los esposos se habían puesto de acuerdo en todo; todo quedó olvidado; y cuando al final de las explicaciones, como si ello no bastara, Von Lembke se puso de rodillas, recordando con horror el incidente capital y último de la noche anterior, la pequeña y exquisita mano, y tras ella los labios, de la esposa pusieron punto final a la ferviente efusión de palabras de remordimiento de un marido caballerosamente delicado, pero debilitado por la emoción. Todo el mundo vio en la cara de ella la felicidad que sentía. Caminaba con desembarazo y lucía un vestido magnífico. Parecía haber alcanzado la cumbre de su ambición: el festival, meta y corona de su política, estaba celebrándose. Al acercarse a sus asientos frente a la plataforma, ambos Lembke se inclinaron a guisa de saludo y en agradecimiento a los saludos que se les dirigían. Al momento se vieron rodeados de gente. La mariscala se levantó para recibirlos… Pero en ese instante se produjo un incidente fastidioso: la orquesta, sin venir a cuento, tocó un floreo, no una marcha cualquiera, sino un floreo como los que tocan en los banquetes oficiales de nuestro club cuando se brinda por la salud de alguien. Hoy sé que de eso fue responsable Liamshin en su calidad de acomodador, y que fue, según dijo, en honor de la llegada de «los Lembke». Claro está que siempre pudo excusarse alegando haberlo hecho por estupidez o exceso de celo… ¡Ay!, yo entonces no sabía aún que esa gente ya no se preocupaba por excusas y contaba con concluirlo todo ese mismo día. Pero la cosa no acabó con el floreo; además de la irritada confusión y las sonrisas del público, se oyeron de improviso en el otro extremo del salón gritos de «¡Hurra!», al parecer también en honor de Lembke. No fueron muchos los vítores, pero confieso que se prolongaron bastante. Iulia Mihailovna enrojeció y sus ojos relampaguearon. Lembke se paró en seco junto a su asiento y, volviéndose hacia donde se oían los gritos, escudriñó el salón severa y majestuosamente… Lo hicieron sentarse al instante. Una vez más noté con alarma en su rostro la misma sonrisa peligrosa que tenía la mañana del día anterior en la sala de su esposa, la sonrisa con que miraba a Stepan Trofimovich antes de acercarse a él. Me pareció que también ahora se dibujaba en su rostro una expresión siniestra y, peor

todavía, un tanto cómica, la expresión de un hombre decidido sin más a sacrificarse en aras de los altos designios de su esposa… Iulia Mihailovna me hizo rápidamente seña de que me acercara y me dijo al oído que fuese corriendo hasta Karmazinov y le rogase que empezara. Y he aquí que cuando me volvía para hacerlo se produjo otro incidente vergonzoso, sólo que mucho más repugnante que el primero.

En la plataforma, en la plataforma vacía, en la que hasta ese momento convergían la atención y expectación del auditorio, y donde había sólo una mesa no muy grande, una silla ante ella, y en la mesa un vaso de agua sobre una bandeja de plata; en la plataforma vacía —digo— apareció inopinadamente la gigantesca figura del capitán Lebiadkin en frac y corbata blanca. Tan atónito quedé que no daba crédito a mis ojos. El capitán, por lo visto, se quedó cortado e hizo alto en el fondo de la plataforma. De pronto se oyó un grito entre el auditorio: «¡Lebiadkin! ¿Pero eres tú?». La cara estúpida y colorada del capitán (que estaba borracho perdido) se distendió en una ancha y vaga sonrisa al oír ese grito. Levantó la mano, se secó con ella la frente, sacudió la enmarañada cabeza, dio dos pasos adelante como dispuesto a todo, y de repente rompió a reír, no con risa bronca, sino convulsa, prolongada, feliz, que sacudía su corpulencia y que lo hacía lagrimear.

Ante escena semejante la mitad, o poco menos, de los presentes rompieron a reír y una veintena comenzaron a aplaudir. La parte seria del público cruzaba miradas sombrías. Todo ello, sin embargo, no duró más de medio minuto. A la plataforma subió corriendo Liputin, con su escarapela de acomodador en el hombro, acompañado por dos criados, que cogieron al capitán con cuidado por ambos brazos, mientras Liputin le decía algo en voz baja. El capitán frunció el ceño y murmuró: «Bueno, si así ha de ser», hizo un gesto con la mano, volvió su enorme espalda al público y desapareció con sus acompañantes. Pero un instante después volvió Liputin a la plataforma. En sus labios se dibujaba una de sus sonrisas más empalagosas, que de ordinario sugerían más bien una mezcla de vinagre y azúcar, y en las manos traía una hoja de papel de cartas. Con paso menudo aunque ligero avanzó hasta el borde delantero de la plataforma.

—Señoras y señores —anunció al público—: A causa de una inadvertencia se ha producido una equivocación cómica que ya ha quedado subsanada. Pero con la esperanza de que les sea grato, he aceptado el encargo de transmitirles la muy sentida y respetuosa petición de uno de nuestros poetas locales… Movido por un propósito humano y elevado…, no obstante su aspecto…, ese señor, quiero decir, ese poeta local… que desea guardar el incógnito…, anhela ardientemente que se lea un poema suyo antes de comenzar el baile…, mejor dicho, la *matinée* literaria. Aunque este poema no figura en el programa, y no figura… porque se ha recibido hace sólo media hora, nosotros (¿quiénes son esos nosotros?; estoy leyendo al pie de la letra este discurso confuso e incoherente) hemos creído que, por la notable ingenuidad de sus

sentimientos, junto con su no menos notable jovialidad, el poema puede ser leído, claro que no como algo serio, pero sí como algo consonante con el festival…, en una palabra, con la idea de éste…, tanto más cuanto es breve…, y a este fin solicito el beneplácito del público.

—¡Léalo! —rugió una voz en el fondo del salón.

—¿Qué? ¿Lo leo entonces, señoras y señores?

—¡Léalo, léalo! —exclamaron varias voces.

—Lo leeré con la venia de ustedes, señoras y señores —dijo Liputin torciendo de nuevo el rostro con la consabida sonrisa azucarada. Parecía todavía indeciso, y a mí se me figuró que estaba agitado. Esa gente, no obstante su falta de vergüenza, a veces pierde pie. Sin embargo, un seminarista no habría perdido pie, y Liputin, al fin y al cabo, pertenecía a la vieja generación.

—Les advierto, mejor dicho, tengo el honor de advertirles, que no es una oda como las que antes se escribían para los festivales, sino más bien, por así decirlo, casi un chiste, aunque compuesto con indudable sentimiento, junto con un regocijo jocoso y, por así decirlo, con una verdad de lo más realista.

—¡Lee, lee!

Desplegó el papel. Nadie, por supuesto, tuvo tiempo de detenerlo, aparte de que se había presentado con la escarapela de acomodador. Con voz sonora exclamó:

—«A una institutriz rusa local». De un poeta en el festival.

¡Salve, salve, institutriz!
da muestra de tu alegría,
ya seas «progre», ya seas «carca»,
recuerda que éste es tu día.

—¡Eso es de Lebiadkin! ¡Ése es Lebiadkin! —exclamaron algunas voces. Se oyeron risas y hasta aplausos, pero no muchos.

A mocosos el francés
les enseñas con afán,
mientras que tratas, con guiños,
de atrapar a un sacristán.

—¡Hurra, hurra!

Mas en siglo como el nuestro
Toda tu artimaña es poca,
Ni a un sacristán pescarás

Como no lleves la «mosca».

—¡Eso es, eso es! ¡Eso sí que es realismo! ¡Sin la «mosca» no se va a ninguna parte!

Mas, espera, que una dote
te dará este festival;
danzando, pues, de alegría
de aquí esta noche saldrás.

Ya seas «progre», ya seas «carca»,
Recuerda que éste es tu día.
Con tu dote en el bolsillo,
di al sacristán «no hay tu tía».

Confieso que no daba crédito a mis oídos. En ello había tal descaro que no cabía disculpar a Liputin achacándolo a estupidez. Y además, Liputin no tenía pelo de tonto. A mí la intención me parecía clara: se apresuraban a sembrar el desorden. Algunos versos de esa necia composición, como, por ejemplo, los últimos, eran de tal índole que ninguna estupidez podía excusarlos. Es de suponer que el mismo Liputin notó que se había sobrepasado: realizada su hazaña, quedó tan desconcertado ante su propia desfachatez que no bajó de la plataforma, sino que siguió en ella como si quisiese arreglar algo. Probablemente había supuesto que el efecto sería harto diferente; pero hasta el pequeño grupo de gamberros que había aplaudido la desvergonzada diablura enmudeció de pronto, como sobrecogido también de consternación. Lo más absurdo era que muchos habían tomado la composición como algo patético, esto es, no como una bufonada, sino como la pura verdad con respecto a las institutrices, como versos «con intención». Pero la desmedida licencia de los versos acabó también por asombrarlos. En cuanto al público en general, el salón entero estaba no sólo escandalizado sino ofendido. No me equivoco al dar esta impresión. Iulia Mihailovna decía más tarde que en un momento más se habría desmayado. Uno de los caballeros ancianos más respetables ayudó a su esposa a levantarse y ambos abandonaron el salón seguidos por las inquietas miradas del auditorio. Quién sabe si su ejemplo no habría sido secundado por otros si en ese punto no hubiera aparecido en la plataforma el propio Karmazinov, en frac y corbata blanca y con un cuaderno en la mano. Iulia Mihailovna le dirigió una mirada llena de embeleso, como a su salvador… Pero yo ya estaba entre bastidores; necesitaba encararme con Liputin.

—Eso lo ha hecho usted adrede —dije indignado agarrándolo por un brazo.

—Yo, de veras que no pensé… —respondió intimidado, empezando a mentir y fingiendo perturbación—. Acababan de traer los versos y me pareció una buena broma…

—No pensó usted tal cosa. ¿O cree que esa porquería estúpida es una buena broma?

—Sí, señor. Sí lo creo.

—Miente usted. Y esos versos no se los acababan de traer. Usted mismo los ha escrito con Lebiadkin, quizás ayer, y para armar escándalo. El último verso es sin duda de usted y también el del sacristán. ¿Por qué vino Lebiadkin de frac? Eso significa que usted quería que leyera esos versos si no estaba borracho, ¿no es eso?

Liputin me miró con frialdad y malevolencia.

—¿Y a usted qué le va en ello? —preguntó con calma extraña.

—¿Cómo que qué me va en ello? Usted también lleva la escarapela… ¿Dónde está Piotr Stepanovich?

—No sé. Estará por aquí. ¿Por qué?

—Porque ahora veo lo que traman ustedes. Se trata sencillamente de una conjura contra Iulia Mihailovna para echar a perder el día.

Una vez más Liputin me miró de soslayo.

—Bueno ¿y a usted qué? —sonrió torcidamente, se encogió de hombros y se escabulló.

Me quedé de una pieza. Todas mis sospechas resultaban ciertas. Y, sin embargo, tenía todavía esperanza de equivocarme. ¿Qué podía hacer yo? Pensé en pedir consejo a Stepan Trofimovich, pero éste estaba ante el espejo, ensayando sonrisas y consultando a cada momento un papel en el que tenía algunas notas. Debía salir a la plataforma inmediatamente después de Karmazinov y ahora no era cosa de conversar conmigo. ¿Ir a ver a Iulia Mihailovna? Era demasiado pronto para hablar con ella; además, había que darle primero una buena lección para quitarle la idea de que tenía un «séquito» y de que todos le profesaban una «lealtad fanática». No me habría creído y habría pensado que yo tenía alucinaciones. Y, además, ¿en qué podría ayudar? «Bueno —pensé—, a fin de cuentas, ¿y a mí qué me importa? Me quito la escarapela y me voy a casa cuando empiece la cosa». Dije, en efecto, «cuando empiece la cosa», lo recuerdo bien.

Pero tenía que escuchar a Karmazinov. Eché un último vistazo tras los bastidores y vi que merodeaba gente extraña por allí, entrando y saliendo, incluso algunas mujeres. Cuando digo «tras los bastidores» me refiero a un espacio sobremanera estrecho, aislado del público por una cortina y comunicado con otras habitaciones por un pasillo en el fondo. Allí esperaban su turno los participantes en el recital. Pero de ellos el que llamó particularmente la atención fue el conferenciante que debía seguir a Stepan Trofimovich. Era también una especie de profesor (ni siquiera ahora sé de

cierto quién era) que se había retirado voluntariamente de un centro de enseñanza por algún incidente con los estudiantes y había llegado a nuestra ciudad sólo unos días antes para algún asunto particular. Había sido recomendado también a Iulia Mihailovna, que lo había recibido con suma deferencia. Ahora sé que estuvo en casa de ella sólo la noche antes de la *matinée* literaria, que había guardado silencio toda la velada, que se sonreía equívocamente de las chanzas y el tono del círculo de Iulia Mihailovna, y que causó en todos una impresión desagradable por su aire desdeñoso al par que por su frágil pusilanimidad. Fue la propia Iulia Mihailovna la que lo reclutó como conferenciante. Ahora ese señor iba y venía de un lado para otro y, al igual que Stepan Trofimovich, mascullaba algo entre dientes, pero con los ojos en el suelo y no en el espejo. No ensayaba sonrisas, aunque sonreía a menudo y con aire avieso. Estaba claro que tampoco se podía hablar con él. Era pequeño, cuarentón, calvo, de barba grisácea y vestía pulcramente. Pero lo más interesante era que cada vez que daba la vuelta levantaba el puño derecho, lo enarbolaba por encima de la cabeza y de pronto lo descargaba de un golpe, como si quisiera aplastar a algún rival. Repetía ese gesto a cada minuto. Acabé por acobardarme. Fui deprisa a oír a Karmazinov.

3

De nuevo algo iba mal en la sala. Advertiré de antemano que rindo pleitesía a los grandes genios; pero ¿por qué estos señores genios de nuestra patria se comportan, al final de sus años de gloria, como unos párvulos? ¿Qué importaba que fuera Karmazinov y saliera a la plataforma con el garbo propio de cinco chambelanes? ¿Acaso es posible captar la atención de un público como el nuestro durante una hora entera con un solo ensayo? En general, según mi experiencia, ni un supergenio puede con impunidad mantener viva la atención del público más de veinte minutos en un recital literario que no sea de mucho vuelo. Cierto que la aparición del gran genio fue acogida con el mayor respeto. Incluso los ancianos de más severo talante daban muestra de aprobación e interés, y las señoras hasta manifestaban algún entusiasmo. Los aplausos, sin embargo, fueron de breve duración, no muy cordiales y algo esporádicos; pero en las filas de atrás no hubo una sola interrupción hasta el momento en que Karmazinov empezó a hablar, y aun entonces nada que pudiera estimarse censurable; sólo alguna incomprensión. Ya he indicado más arriba que tenía una voz harto aguda y penetrante, un tanto femenina, y que, por añadidura, ceceaba afectadamente como un gentilhombre cortesano. No bien pronunció algunas palabras, alguien se permitió soltar una risotada; sin duda algún imbécil maleducado que no habría visto antes nada del gran mundo y que sería por añadidura guasón. Pero no hubo la menor salida de tono; al contrario, chistaron al imbécil para que guardara silencio y así lo hizo. Pero el señor Karmazinov, con su voz amanerada y relamida, declaró que «en un principio no había consentido leer» (como si fuera necesario decir tal cosa). «Hay algunas frases —dijo— que brotan tan directamente del corazón que no cabe decirlas en voz alta; así, pues, una cosa tan sagrada no debe ser revelada en público (entonces, ¿por qué revelarla?); pero como se lo han pedido, va a revelarla, y como, además, deja la pluma para siempre y jura que por nada del mundo volverá a escribir, ha escrito esta última pieza; y como había jurado que “de ninguna manera volvería a leer nada en público”», etc., etc., y así por el estilo.

Ahora bien, nada de esto tendría importancia, porque ¿quién no conoce los exordios de un autor? Aunque debo advertir que, dada la parca educación de nuestro público y la irritabilidad de las últimas filas de oyentes, todo ello pudo influir en lo que pasó. Pero ¿no habría sido mejor leer un breve cuento, uno de esos relatos cortísimos que solía escribir antes, esto es, un relato que, aunque trabajado y pulido, era a veces ingenioso? De ese modo se habría salvado la situación. Pero no, señor; nada de eso. ¡Qué retahíla nos soltó! Dios mío, ¿qué no metería en ella? Puedo afirmar que no ya a nuestro público, sino al de Petersburgo, lo habría paralizado de hastío. Imagínense ustedes casi treinta páginas impresas de la cháchara más vacua y relamida; y, por añadidura, este señor leía con voz un tanto condescendiente y

lastimera, como si estuviera haciéndonos un favor, lo que era casi un vejamen para el auditorio. El tema…, ¿quién podría desentrañar ese tema suyo? Era algo así como un recuento de ciertas impresiones y reminiscencias. Pero ¿qué? ¿Y sobre qué? Por mucho que arrugábamos nuestros ceños provincianos durante la primera mitad de la lectura no lográbamos sacar nada en claro; de modo que durante la segunda mitad escuchábamos sólo por cortesía. Verdad es que allí se hablaba mucho de amor, del amor del genio por una dama, pero confieso que produjo cierta impresión molesta en el auditorio. Con su figura bajita y oronda, me parecía que al genial escritor no le iba muy bien hablar de su primer beso… Y, una vez más, era una lástima que esos besos no fueran como los de todo el mundo. No podían faltar en el ambiente descrito matas de aulaga (tenía que ser aulaga u otra planta cuyo nombre habría que buscar en un diccionario de botánica); y tampoco podía faltar en el cielo un matiz violáceo, que, por supuesto, ningún mortal había notado antes, o mejor dicho, que todos habían visto antes pero que no habían acertado a notar; pero sepan ustedes que «yo sí lo he visto y se lo describo a ustedes, tontos de capirote, como la cosa más natural del mundo». El árbol, bajo el que estaba sentada la interesante pareja de amantes había de ser obligadamente de color naranja. Estaban sentados no sé dónde en Alemania. De improviso ven a Pompeyo o Casio la víspera de la batalla, y sienten un escalofrío de arrobo en el espinazo. Una náyade se pone a chillar en los matorrales. Gluck toca el violín entre los juncos. El título de las piezas se da en *toutes lettres* pero nadie parece conocerlo y hay que buscarlo en un diccionario de música. Entretanto se levanta una bruma, una bruma tal que más que bruma parece un millón de almohadas. Y de buenas a primeras todo se esfuma, y el gran genio atraviesa el Volga durante un deshielo en invierno. Dos páginas y media dedica a la travesía, pero, no obstante, se las arregla para caerse por un agujero que hay en el hielo. El genio se va a ahogar… ¿Ustedes creen que se ahogó? ¡Ni por pienso! Todo eso es sólo para mostrar que, cuando estaba a punto de ahogarse y entregar el alma a Dios, vio pasar ante él un pequeño témpano de hielo, un témpano de hielo del tamaño de un guisante, pero puro y transparente «como una lágrima congelada», y en él se refleja Alemania o, más precisamente, el cielo de Alemania, y el brillo iridiscente de ese reflejo le trae a la memoria esa misma lágrima. Que «¿recuerda?, cayó de tus ojos cuando estábamos sentados bajo el árbol de esmeralda y tú gritaste gozosa: “¡No hay crimen!”. “No (dije yo entre lágrimas), pero en tal caso tampoco hay hombres justos”. Rompimos a llorar y nos separamos para siempre». Ella se va a un sitio junto al mar y él a unas grutas; y he aquí que él desciende, desciende y sigue descendiendo durante tres años bajo la torre Suharev de Moscú y, de buenas a primeras, en las mismísimas entrañas de la tierra, dentro de una cueva halla una lámpara y ante ella a un ermitaño. El ermitaño está orando. El genio se acerca a los barrotes de un tragaluz y de pronto oye un suspiro. ¿Creen ustedes que fue el ermitaño el que suspiró? No, señores. ¿Qué le

importa a él el ermitaño? Lo que pasa es sencillamente que ese suspiro le «trajo a la memoria el primer suspiro de ella, treinta y siete años antes, cuando, ¿recuerdas?, estábamos sentados bajo el árbol de ágata en Alemania y tú me dijiste: "¿Para qué amar? Mira, en torno nuestro crece el almizcle, y estoy enamorada; pero cuando deje de crecer el almizcle dejaré de amar"». Y una vez más se levanta una bruma, aparece Hoffmann, la náyade silba un aire de Chopin y, de improviso, coronado de laurel, surge de entre la bruma Anco Marcio por encima de los tejados de Roma. «Sentimos en la espina un estremecimiento de deleite y nos separamos para siempre», etc., etc. En suma, quizá no lo cuente bien ni sepa contarlo, pero el sentido de la charla era algo por el estilo. Y, por último, ¡hay que ver la pasión indecorosa que nuestros grandes talentos sienten por los juegos enrevesados de palabras! El gran filósofo europeo, el gran erudito, el inventor, el trabajador, el mártir, todos los que laboran y sufren agobio vienen a ser para nuestro gran genio ruso poco más que cocineros que trabajan en su cocina. Él es el amo, y ellos se presentan ante él con sus altos gorros blancos en la mano a pedir órdenes. Lo cierto es que se ríe desdeñosamente de Rusia y que nada le gusta tanto como proclamar la bancarrota de Rusia en toda la línea ante los grandes intelectos de Europa; pero en cuanto a él mismo, no, señor, él está ya muy por encima de esos grandes intelectos europeos, que no son sino materia prima para sus juegos de palabras. Toma una idea ajena, le empalma su antítesis, y ya está listo el juego. Hay crimen, pero no crímenes; no hay verdad, no hay hombres justos; ateísmo, darwinismo, campanas de Moscú… Pero, ¡ay!, tampoco cree ya en las campanas de Moscú; Roma, laureles, pero él ni siquiera cree en los laureles… Aquí tienen ustedes un acceso fingido de hastío byroniano, muecas a la manera de Heine, un poco de Pechorin; y sigue rodando, rodando, la máquina de vapor dando silbidos… «Pero alábenme, alábenme, que me gusta muchísimo. Lo de dejar la pluma no son más que palabras; esperen, que los voy a aburrir trescientas veces más, que se hartarán de leerme…».

Claro está que aquello no acabó bien; pero lo peor era que la culpa fue suya. Desde hacía rato la gente arrastraba los pies, se sonaba la nariz, tosía y hacía lo que se hace cuando el escritor, quienquiera que sea, retiene al público más de veinte minutos en una lectura literaria. Pero el autor genial no se daba cuenta de ello. Seguía ceceando y balbuceando sin parar mientes en el auditorio, hasta que todos empezaron a dar muestras de desasosiego. De pronto, salió de las últimas filas una voz, una voz sola pero tonante:

—¡Dios mío, cuántas estupideces!

Fue una exclamación involuntaria y, estoy seguro, sin intención de provocar. Era un hombre que estaba sencillamente harto. Pero el señor Karmazinov se detuvo, miró irónicamente al público y dijo con voz afectada y el empaque de un chambelán agraviado: «Señoras y señores, ¿es que los he aburrido más de la cuenta?».

Su error estuvo en ser el primero en hablar, porque provocando de tal modo una respuesta, daba pie a cualquier bellaco para que hablase a su vez, y, por así decirlo, legítimamente, mientras que si se hubiera reportado, la gente sólo habría seguido sonándose la nariz a más y mejor y se habría salido del paso… Quizás esperaba una salva de aplausos en respuesta a su pregunta, pero no los hubo; al contrario, todo el mundo pareció intimidarse y encogerse; todo el mundo permaneció mudo.

—Usted no ha visto nunca a Anco Marcio; eso no es más que su modo de escribir —exclamó de pronto una voz irritada y casi histérica.

—Claro que no —confirmó al momento otra voz—. En nuestro tiempo no hay espectros, sino fenómenos naturales. Consúltelo en un libro de ciencias naturales.

—Señoras y señores, lo que menos esperaba eran reparos como ésos —dijo Karmazinov hondamente sorprendido. El gran genio había perdido toda noción de su país durante su residencia en Karlsruhe.

—En nuestro siglo es vergonzoso decir que el mundo se apoya en tres peces —gorjeó de pronto una muchachita—. No es posible, Karmazinov, que haya bajado usted a la gruta del ermitaño. Y, además, ¿quién habla de ermitaños en el día de hoy?

—Señoras y señores, lo que me choca es que tomen esto tan en serio. Sin embargo…, sin embargo, llevan ustedes toda la razón. Nadie aprecia la verdad y el realismo más que yo…

Aunque sonreía irónicamente, se veía que estaba sobrecogido. Su rostro parecía decir: «No soy lo que ustedes piensan de mí. Estoy al lado de ustedes. Lo único que les pido es que me alaben, que me alaben aún más, cuanto más mejor, porque eso me gusta muchísimo».

—Señoras y señores —gritó, herido al fin en su amor propio—. Veo que mi pobre poema no encaja bien aquí. Y tampoco encajo yo, por lo visto…

—Apuntó usted a un cuervo y le dio a una vaca —dijo algún tonto con voz de trueno, algún borracho, sin duda, a quien en fin de cuentas no había que hacer caso; aunque es cierto que provocó una risa clamorosa.

—¿Dice usted que a una vaca? —repitió al punto Karmazinov, cuya voz se hacía por momentos más aguda y chillona—. De cuervos y vacas, señoras y señores, prefiero no decir nada. Respeto demasiado a toda clase de público para permitirme cualquier género de comparaciones, por inocentes que sean. Pero he pensado que…

—Yo que usted, señor mío, andaría con más cuidado —exclamó alguien en las últimas filas.

—Pero yo pensaba que al dejar la pluma y despedirme de mis lectores sería escuchado…

—Sí, sí, queremos oírle, sí queremos —osaron decir al cabo unas cuantas personas en la primera fila.

—¡Lea usted, lea! —repitieron extáticas algunas voces femeninas, y por fin se

oyeron aplausos, si bien tímidos y esporádicos. Karmazinov sonrió torcidamente y se levantó de su asiento.

—Créame, Karmazinov, que todos lo consideramos como un honor… —incluso la mariscala se atrevió a hablar.

—Señor Karmazinov —interrumpió una voz juvenil en el fondo del salón. Era la voz de un maestro muy joven de la escuela del distrito, muchacho excelente, juicioso y honrado, llegado poco antes a nuestra ciudad. Hasta se levantó de su asiento—. Señor Karmazinov, si yo tuviera la dicha de enamorarme del modo que usted ha descrito, la verdad es que no haría de mi amor un ensayo destinado a la lectura pública…

Se puso como la grana.

—Señoras y señores —exclamó Karmazinov—. He concluido. Suprimo el final de mi lectura y me marcho. Pero permítanme que lea sólo los seis últimos renglones:

«¡Sí, amigo lector, adiós! —leyó seguidamente en su manuscrito y ya sin sentarse en el sillón—. Adiós, lector. Ni siquiera insisto en que nos separemos como buenos amigos, porque ¿de qué vale inquietarse? Puedes incluso insultarme. ¡Oh, insúltame cuanto quieras, si ello te place! Pero lo mejor sería que nos olvidáramos para siempre uno de otro. Y si todos vosotros, lectores, fuerais de pronto tan generosos que, cayendo de rodillas, me pidierais con lágrimas: “Escribe, escribe para nosotros, Karmazinov, para la patria, para la posteridad, para las coronas de laurel”, también os respondería (agradeciéndooslo, por supuesto, con la mayor cortesía): “No, queridos compatriotas, ya hemos viajado juntos bastante tiempo, *merci*. ¡Ya es hora de que cada cual se vaya por su camino! *Merci, merci, merci*”».

Karmazinov se inclinó ceremoniosamente y, rojo como salido de agua hirviendo, se aprestó a abandonar la escena.

—Nadie va a caer de rodillas. ¡Habráse visto mayor tontería!

—¡No es vanidoso, que digamos!

—Eso es sólo su género de humorismo —rectificó otro con más sensatez.

—Dios nos libre de esa clase de humorismo.

—Pero, así y todo, ¡hay que ver qué descaro, señoras y señores!

—Por lo menos ha terminado ya.

—¡Y no ha sido poco aburrimiento!

Pero todas estas exclamaciones, fruto de la incultura, que salían de las últimas filas (aunque, en verdad, no sólo de las últimas) fueron ahogadas por los aplausos de otro sector del público. Hubo llamadas a Karmazinov. Algunas señoras, con Iulia Mihailovna y la mariscala a la cabeza, se apiñaron en torno de la plataforma. En manos de Iulia Mihailovna, sobre un cojín de terciopelo, apareció una preciosa corona de laurel, que a su vez rodeaba a otra corona de rosas.

—¡Laureles! —dijo Karmazinov con sonrisa débil y un si es no es mordaz—.

Esto, por supuesto, me conmueve. Acepto con honda emoción esta corona preparada de antemano que aún no ha tenido tiempo de marchitarse. Pero les aseguro a ustedes, *mes dames*, que me he vuelto de improviso tan realista que creo que hoy día los laureles están más a propósito en manos de un cocinero hábil que en las mías…

—Sí, un cocinero es más útil —gritó el seminarista que había estado en la «sesión» de Virginski. Hubo un conato de desorden. En muchas filas se levantó la gente para ver la ceremonia de la corona de laurel.

—Yo ahora mismo daría tres rublos más por un cocinero —anunció clamorosamente otra voz, clamorosa en demasía, clamorosa con insistencia.

—Y yo también.

—Y yo.

—Pero ¿es que no hay buffet?

—Señoras y señores, esto es una estafa…

No obstante, es menester confesar que toda la gente que alborotaba miraba con temor a los altos funcionarios y al comisario de policía que se hallaba en el salón. Al cabo de diez minutos todo el mundo volvió a sentarse, pero ya sin el orden de antes. Y tal fue el caos incipiente con que vino a enfrentarse el pobre Stepan Trofimovich…

4

Yo, sin embargo, corrí una vez más a verlo entre bastidores. Agitado en extremo, logré avisarle que, a mi ver, todo se había venido abajo y lo mejor sería que no saliera, que se fuera inmediatamente a casa pretextando un malestar gástrico. Yo, por mi parte, me quitaría la escarapela y lo acompañaría. Él estaba ya para salir a la plataforma cuando se detuvo de súbito, me miró con altivez de pies a cabeza y dijo solemnemente:

—¿Se puede saber, señor mío, por qué me juzga capaz de tamaña bajeza?

Desistí de mi intento. Quedé plenamente convencido de que él no saldría de allí a menos que mediara una catástrofe. Allí, pues, estaba yo, hondamente abatido, cuando volvió a pasar ante mí la figura del profesor visitante a quien le tocaba hablar luego de Stepan Trofimovich, el mismo que un rato antes levantaba y descargaba el puño con toda la fuerza posible. Ese señor seguía yendo y viniendo, ensimismado, y mascullando algo entre dientes con sonrisa maliciosa pero triunfal. Me acerqué a él, aunque sin propósito alguno especial…

—Bien sabe usted —dije— que, según se ha visto en muchos casos, el público deja de escuchar si el conferenciante habla más de veinte minutos. Ni siquiera una celebridad puede retener la atención del auditorio durante media hora…

Hizo alto y pareció casi estremecido de encono. Su rostro expresó una inmensa arrogancia.

—No se preocupe —murmuró con desdén, pasando de largo. En ese momento se oyó en el salón la voz de Stepan Trofimovich.

«¡Bueno, que se vayan todos a freír espárragos!», pensé y fui corriendo al salón.

Stepan Trofimovich se sentó en el sillón cuando aún no se había calmado el barullo. Era evidente que en las filas delanteras no se lo recibía con buenos ojos. (Últimamente habían dejado de estimarlo en el club y lo respetaban mucho menos que antes). Pero por lo pronto tuvo la suerte de que no lo abuchearan. A mí, desde la víspera, me venía atosigando una idea singular: se me antojaba que en cuanto apareciera empezarían a silbarle. Y, sin embargo, al principio su presencia pasó casi inadvertida a causa del desorden reinante. ¿Y qué podía esperar este hombre después de cómo habían tratado a Karmazinov? Estaba pálido; hacía diez años que no se presentaba ante el público. A juzgar por su agitación y por cuanto de él yo sabía, concluí que él mismo conceptuaba su aparición actual en la plataforma como el momento cumbre de su vida o algo por el estilo. Eso era precisamente lo que yo temía. Ese hombre me era querido. ¡Y bien pueden ustedes figurarse lo que sentí cuando despegó los labios y oí la primera frase!

—¡Señoras y señores! —dijo de pronto como resuelto a todo, pero con voz algo temblona—. ¡Señoras y señores! Esta misma mañana he tenido ante mis ojos una de

las proclamas ilegales que se han repartido hace poco en la ciudad; y por centésima vez me he preguntado: ¿Dónde está su secreto?

Todo el salón guardó al punto silencio, todas las miradas se volvieron a él, algunas con alarma. Ni qué decir tiene que sabía despertar interés desde la primera palabra. Hasta por detrás de los bastidores asomaron algunas cabezas. Liputin y Liamshin escuchaban con ansia. Iulia Mihailovna volvió a hacerme una seña con la mano:

—¡Deténgalo, deténgalo, por lo que más quiera! —murmuró sobresaltada. Yo me limité a encogerme de hombros. ¿Quién podía detener a un hombre dispuesto a todo? ¡Ay, yo conocía bien a Stepan Trofimovich!

—¡Epa! ¡Habla de las proclamas! —se oía susurrar entre el público. Hubo un movimiento de agitación en toda la sala.

—Señoras y señores, yo he descifrado todo el secreto. ¡Todo el secreto de sus efectos consiste en su estupidez! —Le chispeaban los ojos—. Sí, señoras y señores, si esa estupidez fuera deliberada, calculadamente fingida, ¡ah, eso sería una ocurrencia genial! Pero hay que ser absolutamente justo con ellos: no han fingido nada. Se trata de la estupidez más sencilla, más candorosa, más limitada… *c'est la bêtise dans son essence la plus pure, quelque chose comme un simple chimique*. Si hubieran puesto un ápice más de perspicacia, todo el mundo habría visto enseguida la absoluta nimiedad de esa estupidez. Pero ahora todo el mundo anda perplejo: nadie piensa que puede ser una estupidez elemental. «Imposible que eso no venga con segunda», dice para sí cada cual, poniéndose a buscar el secreto, viendo en ello un misterio, queriendo leer entre renglones… ¡y así se logra el efecto! Nunca antes ha recibido la estupidez tan triunfal galardón a pesar de haberlo merecido muy a menudo… Porque, dicho *en parenthèse*, la estupidez, como el genio eximio, son de pareja utilidad en la configuración del destino humano…

—¡Juego de palabras de los años cuarenta! —exclamó una voz, muy modesta, por cierto, pero seguida de un clamoreo.

Mucha gente empezó a gritar y chillar.

—¡Señoras y señores, hurra! ¡Propongo un brindis a la estupidez! —voceó Stepan Trofimovich en pleno frenesí, desafiando al público.

Corrí a él con el pretexto de llenarle el vaso.

—Stepan Trofimovich, desista usted, Iulia Mihailovna le ruega…

—No. ¡Déjeme, joven holgazán! —dijo a voz en cuello, volviéndose hacia mí. Yo me escabullí.

—*Messieurs*! —prosiguió—. ¿Por qué ese revuelo, por qué esos gritos de indignación que oigo? Vengo aquí con una rama de olivo. Les traigo mi última palabra, porque en este asunto yo soy quien tiene la última palabra, y nos separaremos amistosamente.

—¡Abajo con él! —gritaron algunos.

—¡Orden! Déjenlo hablar. Déjenlo que diga lo que quiera —vociferaban otros.

Quien más agitado estaba era el joven maestro, que, habiéndose lanzado a hablar una vez, parecía no poder callarse.

—*Messieurs*, mi última palabra en este asunto es el perdón universal. Yo, un viejo que ya nada espera de la vida, declaro solemnemente que el espíritu de la vida alienta como antes y que la nueva generación no ha perdido su fuerza vital. El entusiasmo de la juventud de hoy es tan puro y radiante como lo era en nuestro tiempo. Sólo ha ocurrido una cosa: un cambio de miras, la sustitución de un género de belleza por otro. Toda la confusión proviene de tener que decidir qué es más bello: Shakespeare o un par de zapatos, Rafael o el petróleo.

—¿Es un delator? —exclamaron algunos.

—¡Preguntas comprometedoras!

—*Agent provocateur*.

—Y yo declaro —chilló Stepan Trofimovich en el colmo del enardecimiento—. Y yo declaro que Shakespeare y Rafael valen más que la emancipación de los siervos, más que el socialismo, más que la nueva generación, más que la química, más, casi, que la humanidad entera, porque son el fruto, el verdadero fruto, de la humanidad entera, quizás el mejor fruto que pueda dar. Una forma ya lograda de belleza, pero para el logro de la cual yo quizá estaría dispuesto a vivir… ¡Oh, Dios mío! —dijo elevando los brazos—, hace diez años dije lo mismo en una plataforma de Petersburgo, con idénticas palabras, y tampoco entendieron nada, se rieron y silbaron lo mismo que ahora. Gente miope, ¿qué os hace falta todavía para entender? ¿Pero no sabéis, no sabéis, que la humanidad puede seguir viviendo sin ingleses, sin Alemania, y por supuesto sin rusos? ¿Que es posible vivir sin ciencia, sin pan, pero que sin belleza es imposible vivir, porque entonces al mundo no le quedará nada que hacer? ¡Ahí está el secreto! ¡Ahí está toda la historia! ¡Ni siquiera la ciencia podría existir un minuto sin la belleza! ¿Sabéis eso, los que os reís de mí? ¡Se hundiría en la barbarie, no podría inventar ni siquiera un clavo…! ¡Yo no me rindo! —gritó absurdamente en conclusión, dando un tremendo puñetazo en la mesa.

Pero mientras gritaba de este modo insensato e incoherente el desorden del salón fue en aumento. Muchas personas se levantaron de un salto y algunas otras avanzaron precipitadamente hacia la plataforma. Todo esto ocurrió con mucha mayor rapidez de lo que lo cuento y no hubo tiempo de tomar las medidas oportunas. También es posible que no se quisiera tomarlas.

—¡A usted, señorito mimado, que lo tiene todo, no le cuesta nada hablar así! —bramó al pie de la plataforma el mismo seminarista de antes, enseñando los dientes a Stepan Trofimovich en mueca que quería ser sonrisa. Éste lo notó y corrió al borde mismo de la plataforma.

—Pero, ¿no acabo de decir que el entusiasmo de la nueva generación es tan puro y radiante como antes, y que se está dañando sólo por equivocarse en cuanto a las formas de lo bello? ¿Le parece poco? Y si se considera que esto lo dice un padre abrumado y ultrajado, entonces (¡oh, gente mezquina!), ¿es posible dar muestra de mayor imparcialidad y mejor proceder? ¡Desgraciados…, injustos…! ¿Por qué no queréis hacer las paces?

Y rompió a sollozar histéricamente. Se limpiaba con los dedos las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Los sollozos le sacudían los hombros y el pecho… Se había olvidado por completo del mundo a su alrededor.

Un pánico genuino se apoderó del público. Casi todo el mundo se puso de pie. Iulia Mihailovna se levantó bruscamente y levantó a su marido agarrándolo del brazo… El escándalo llegó al colmo.

—¡Stepan Trofimovich! —el seminarista vociferó con deleite—. Fedka, un criminal escapado de presidio, merodea ahora por la ciudad y sus contornos. Se dedica al robo y no hace mucho cometió otro asesinato. Permita usted una pregunta: si hace quince años no lo hubiera vendido usted al ejército para pagar una deuda de juego (es decir, suponiendo que no lo perdiera usted sencillamente a las cartas), diga: ¿habría él ido a presidio? ¿Habría matado a gente, como ahora lo hace, para poder comer? ¿Qué contesta usted a eso, señor esteta?

Renuncio a describir la escena que siguió a estas palabras. Para empezar, hubo una tempestad de aplausos. No aplaudían todos, quizá sólo una quinta parte de los presentes, pero aplaudían con frenesí. El resto del auditorio se precipitó a la salida, pero como la parte que aplaudía avanzaba en masa hacia la plataforma, se produjo una confusión descomunal. Las señoras gritaban, algunas señoritas empezaban a llorar y pedían que las llevaran a casa. Lembke, de pie junto a su asiento, miraba como fiera acorralada a su alrededor. Iulia Mihailovna perdió por completo la cabeza —por primera vez desde que inició su carrera entre nosotros—. En cuanto a Stepan Trofimovich, pareció, en primer momento, literalmente apabullado por las palabras del seminarista; pero de repente levantó los brazos, como extendiéndolos sobre el auditorio, y dijo con voz tonante:

—Sacudo el polvo de mis pies y os maldigo…, éste es el fin, éste es el fin…

Y girando sobre sus talones entró corriendo tras los bastidores, moviendo los brazos con gesto amenazador.

—¡Ha insultado al público…! ¡Verhovenski! —rugieron encolerizados los circunstantes. Algunos hasta quisieron salir en su seguimiento. Era imposible apaciguarlos, al menos de momento. Y de pronto una catástrofe final reventó sobre el público como una bomba y desbarató la reunión: el tercer lector, el maníaco a quien hemos visto entre bastidores dando manotazos, vino corriendo a plantarse en la plataforma.

Su aspecto era el de un loco de atar. Con ancha y triunfal sonrisa, llena de suprema autosuficiencia, oteó el agitado salón y al parecer quedó satisfecho con el desorden. No lo perturbaba en lo más mínimo tener que hablar en medio de aquel alboroto. Al contrario, se veía que le gustaba. Eso era tan evidente que se atrajo al momento la atención general.

—Pero ¿hay más todavía? —la gente se preguntaba—. Pero ¿qué es esto? ¿Qué va a decir?

—¡Señoras y señores! —gritó con todas sus fuerzas el maníaco, de pie junto al borde mismo de la plataforma, y con voz chillona y afeminada como la de Karmazinov, pero sin ceceo aristocrático—. ¡Señoras y señores! Hace veinte años, en vísperas de una guerra con media Europa, Rusia era considerada un país ideal para todos los consejeros de Estado y consejeros privados. La literatura era la sirvienta de la censura; en las universidades se enseñaba la instrucción militar; el ejército fue convertido en un cuerpo de baile, y los campesinos pagaban sus tributos y callaban bajo el látigo de la servidumbre. El patriotismo se trocó en modo de practicar el soborno con los vivos y los muertos. Los que no aceptaban el soborno eran tenidos por rebeldes, puesto que destruían la armonía general. Bosques enteros de abedules fueron talados para hacer varas con que mantener el orden público. Europa temblaba… Pero nunca, en los mil años insensatos de su vida, conoció Rusia infamia semejante…

Alzó el puño, lo blandió con gesto triunfal y amenazante por encima de la cabeza y lo descargó rabiosamente, como si quisiera hacer polvo a su rival. Un alarido formidable estalló en todo el salón, seguido de una ovación ensordecedora. Ahora aplaudía casi la mitad del público; los más pacatos se sintieron arrebatados. Se insultaba a Rusia públicamente, ante todo el mundo: ¿cómo no iba la gente a rugir de entusiasmo?

—¡Así hay que hablar! ¡Así hay que decir las cosas! ¡Hurra! ¡Sí, señor, éste no es un esteta!

El maníaco prosiguió entusiasmado:

—Desde entonces han pasado veinte años. Las universidades han vuelto a abrirse y se han multiplicado. La instrucción militar ha pasado a ser una leyenda. Se necesitan miles de oficiales para llenar los cupos. Los ferrocarriles han consumido todo el capital y han cubierto a Rusia como una tela de araña, al punto de que en quince años quizá podamos ir a alguna parte. Se prende fuego a los puentes sólo de vez en cuando, pero a las ciudades se les prende fuego con regularidad, según un plan preconcebido, durante la temporada de incendios. En los tribunales se pronuncian sentencias salomónicas y los miembros del jurado permiten que se les unte la mano sólo porque la vida es dura, pues de lo contrario se morirían de hambre. Los siervos han sido emancipados y se vapulean mutuamente en lugar de ser vapuleados por sus

antiguos amos. Se consumen mares y océanos de vodka en ayuda del presupuesto, y en Novgorod, enfrente de la antigua e inútil catedral de Santa Sofía, se ha instalado con entusiasmo un globo colosal de bronce en memoria de los mil años de desorden y confusión. Europa frunce el ceño y de nuevo empieza a inquietarse… ¡Quince años de reformas! Y, sin embargo, aun en la época más caricaturesca de su confusa historia, nunca ha conocido Rusia…

No fue posible oír sus últimas palabras a causa del rugido de la multitud. Pudo verse que, una vez más, levantaba el brazo y lo descargaba con gesto triunfal. El entusiasmo del público era indescriptible: gritaba, aplaudía, y hasta hubo señoras que exclamaban: «¡Basta! ¡No lo dirá usted ya mejor de lo que lo ha dicho!». La gente estaba como embriagada. El orador abarcaba a todos con sus miradas y parecía derretirse de gusto ante el entusiasmo general. Vi momentáneamente que Lembke, presa de agudísima agitación, señalaba algo a alguien. Iulia Mihailovna, pálida como la cera, decía apresuradamente algo al príncipe, que había corrido a su lado… Pero en ese momento, un grupo de seis personas, más o menos de carácter oficial, salieron de entre bastidores a la plataforma, agarraron al orador y se lo llevaron arrastrando. No comprendo cómo pudo soltarse, pero el hecho es que se soltó, vino galopando de nuevo al borde mismo de la plataforma y tuvo tiempo de gritar a voz en cuello, con el puño en alto:

—Pero nunca ha conocido Rusia…

Se lo llevaron de nuevo a rastras. Vi que unas quince personas fueron corriendo tras los bastidores para liberarlo, pero no cruzando la plataforma, sino bordeándola, rompiendo el endeble tabique, que con ello se vino abajo… Luego vi, sin dar crédito a mis ojos, que saltaba a la plataforma la estudiante (la pariente de Virginski) con el consabido rollo de papel bajo el brazo, con el mismo vestido, y tan colorada y regordeta como siempre, rodeada por dos o tres mujeres y otros tantos hombres y acompañada por su enemigo mortal, el estudiante de secundaria. Tuve tiempo incluso para descifrar la frase.

—Señoras y señores, he venido para dar cuenta de las penalidades de los desgraciados estudiantes e incitarlos en todas partes a la protesta…

Pero salí corriendo. Me metí la escarapela en el bolsillo, y por pasadizos casi secretos que conocía atravesé el edificio y llegué a la calle. Antes que nada, por supuesto, fui a casa de Stepan Trofimovich.

SEGUNDO CAPÍTULO:
Fin del festival

1

No me recibió. Se había encerrado y escribía. A mis repetidos golpes y llamadas respondió a través de la puerta:

—Amigo mío, he terminado con todo. ¿Quién puede esperar más de mí?

—No ha terminado usted con nada. Sólo ha contribuido a echarlo todo a perder. Por el amor de Dios, Stepan Trofimovich, no más juegos de palabras. Abra la puerta. Es necesario tomar medidas. Todavía pueden venir a insultarlo…

Me creía con derecho a ser particularmente severo y aun exigente con él. Temía que tramase algo aún más insensato. Pero, con gran asombro mío, tuve que encararlo con una firmeza nada común:

—Entonces no sea usted el primero en insultarme. Le agradezco cuanto ha hecho por mí, pero repito que he terminado con la gente, buena y mala. Estoy escribiendo una carta a Daria Pavlovna, a quien vengo olvidando hasta ahora de modo imperdonable. Mañana puede usted llevársela, si quiere. Y ahora, *merci*.

—Stepan Trofimovich, le aseguro que el asunto es más grave de lo que piensa. Usted cree que aplastó a alguien allí, ¿no es verdad? Pero no aplastó a nadie, sino que usted mismo se hizo añicos como botella vacía. (¡Oh, estuve brusco y descortés, lo recuerdo con amargura!). No tiene usted por qué escribir a Daria Pavlovna… ¿Y qué será de usted sin mí ahora? ¿Qué sabe de la vida práctica? ¿A que de seguro está usted maquinando alguna cosa? Pues si es así, saldrá usted otra vez con las manos a la cabeza…

Se levantó y vino hasta la puerta.

—No ha vivido usted mucho con ellos, pero ya se le han pegado su tono y modo de hablar. *Dieu vous pardonne, mon ami, et Dieu vous garde*. Siempre he notado en usted rudimentos de buena educación y quizá todavía recapacite, *apres le temps*, por supuesto, como todos nosotros los rusos. En cuanto a lo que dice de mi falta de sentido práctico, le recordaré sólo un viejo pensamiento mío: que en Rusia hay un sinfín de personas que se ocupan sólo de atacar a los demás por su falta de sentido práctico, con singular furia y persistencia, como moscas en verano, y que acusan a todos y a cada uno salvo a sí mismo. *Cher*, recuerde que estoy agitado y no me atormente. Una vez más, *merci* por todo, y separémonos como lo ha hecho Karmazinov de su público, es decir, olvidémonos uno de otro con la mayor generosidad posible. Él hablaba irónicamente cuando pedía con tanta insistencia a sus antiguos lectores que le olvidasen. *Quant à moi*, yo no soy tan vanidoso, y pongo mis esperanzas sobre todo en la juventud del inexperto corazón de ustedes. ¿Para qué recordar largo tiempo a un viejo inútil? «Siga viviendo», amigo mío, como me decía Nastasya, el último día de mi santo (*ces pauvres gens ont quelque fois de mots charmants et pleins de philosophie*). No le deseo mucha felicidad porque se aburriría

usted. Tampoco le deseo desgracias. Y a tono con la máxima de filosofía popular repetiré sencillamente: «Siga viviendo» y procure de algún modo no aburrirse demasiado. Ese vano deseo se lo añado de mi propia cosecha. Bueno, adiós, y le digo adiós con toda seriedad. No siga plantado ante mi puerta, que no abriré.

Se retiró y no logré más de él. No obstante su «agitación», hablaba fluidamente, sin prisa, con ponderación, y era obvio que quería impresionarme. No había duda de que estaba algo molesto conmigo y de que se vengaba de mí indirectamente, acaso por aquello de los «carromatos» y «escotillones» de la víspera. Las lágrimas que había derramado en público esa mañana —a despecho de haber logrado lo que a su juicio era una victoria— lo habían dejado —y bien lo sabía— en una situación algo ridícula; y no había nadie tan preocupado de la galanura y rigor de sus relaciones con los amigos como Stepan Trofimovich. ¡Oh, no lo culpo! Pero el desdén y sarcasmo de que seguía dando muestra, no obstante las sacudidas que había recibido, me tenían muy soliviantado: un hombre que, al parecer, había cambiado tan poco en relación con como había sido siempre no estaría dispuesto en ese momento a hacer nada insólito o trágico. Así razonaba yo entonces, y ¡Dios mío, cómo me equivoqué! No tomé en consideración todo lo que había que tomar…

Anticipando los acontecimientos, citaré algunos de los primeros renglones de la carta a Daria Pavlovna, que, en efecto, ella recibió al día siguiente:

> Mon enfant, *me tiembla la mano, pero he terminado con todo. Usted no estuvo en mi último enfrentamiento con la gente; no vino a esa «lectura», e hizo bien. Pero le dirán que en nuestra Rusia, tan yerma de gente de carácter, se levantó un hombre intrépido y, a pesar de las amenazas de muerte que sobre él llovieron de todos lados, les dijo la verdad a esos imbéciles, a saber, que son imbéciles. O,* ce sont des pauvres petits vauriens et rien de plus, des petits imbéciles, voilá le mot! *¡La suerte está echada! Me voy de esta ciudad para siempre y no sé a dónde. Todo aquel a quien he amado me ha vuelto la espalda. Pero usted, usted, criatura pura e inocente; usted, que es tan buena, cuya suerte estuve a punto de unir a la mía por voluntad de un corazón antojadizo y despótico; usted, que quizá miró con desprecio las lágrimas pusilánimes que derramé la víspera de nuestro abortado casamiento; usted, que, por bondadosa que sea, no puede ver en mí más que un tipo cómico, ¡oh, para usted es el último grito de mi corazón, mí último deber, para usted sola! No puedo dejarla para siempre con la idea de que soy un mentecato desagradecido, un patán y un egoísta, como probablemente le asegura a diario un corazón desagradecido y cruel que, ¡ay!, no puedo olvidar…*

Y así sucesivamente. Cuatro grandes hojas de papel.

Después de golpear la puerta tres veces en respuesta a su «no abriré» y de decirle a gritos que mandaría a Nastasya a buscarlo tres veces ese día, pero que yo ya no vendría, le dejé y corrí a casa de Iulia Mihailovna.

2

Allí fui testigo de una escena bochornosa: a la pobre mujer la estaban engañando descaradamente y yo no podía hacer nada para impedirlo. Porque, a ver, ¿qué podía decirle? Yo ya había tenido tiempo para recapacitar un poco y concluir que todo lo que tenía eran vagas impresiones, presentimientos recelosos, y nada más. La hallé bañada en llanto, casi histérica, con un paño con agua de colonia en la cabeza y tomando sorbos de agua. Ante ella estaban Piotr Stepanovich, que hablaba por los codos, y el príncipe, silencioso como si tuviera la boca cosida. Ella, con lágrimas y gritos, colmaba de reproches a Piotr Stepanovich por su «apostasía». Al momento comprendí con sorpresa que atribuía todo el fracaso, toda la ignominia, de esa mañana, en suma, absolutamente todo, sólo a la ausencia de Piotr Stepanovich.

En él observé un cambio importante: daba la impresión de estar bastante preocupado por algo, de estar casi serio. De ordinario, nunca parecía serio, reía siempre, incluso cuando se encolerizaba, y se encolerizaba a menudo. ¡Oh, también ahora estaba furioso, hablaba groseramente, con descuido, en tono de impaciencia e irritación! Aseguraba que se había puesto enfermo, con dolor de cabeza y náusea, en casa de Gaganov, a quien había ido a visitar por casualidad esa mañana temprano. ¡Ay, la pobre mujer deseaba tanto ser engañada! La cuestión cardinal que se debatía era si debiera haber o no baile, esto es, la segunda mitad del festival. Iulia Mihailovna por nada del mundo consentía en presentarse en el baile después de «los insultos de la mañana», o, dicho de otro modo, anhelaba que se la obligara a hacerlo, y que la obligara precisamente él, Piotr Stepanovich. Lo tenía por un oráculo, y creo de veras que si él hubiera tomado la puerta en ese instante, ella habría tenido que guardar cama. Pero él tampoco quería irse: le era absolutamente necesario que el baile se celebrara ese día a toda costa y que Iulia Mihailovna estuviera sin falta en él…

—Pues, bueno, ¿a qué viene llorar? ¿Es que quiere dar un escándalo? ¿Descargar su enojo sobre alguien? Pues bien, descárguelo sobre mí, pero dese prisa porque el tiempo vuela y debe usted tomar una determinación. Desbarataron la lectura, ¿y qué? Pues nos desquitaremos con el baile. El príncipe es de igual parecer. Si el príncipe no hubiera estado allí, no sé cómo habría acabado aquello.

El príncipe estaba al principio en contra del baile (esto es, en contra de la presencia de Iulia Mihailovna en él, pues el baile en fin de cuentas tendría que celebrarse), pero después de dos o tres referencias como ésa a su opinión, comenzó gradualmente a sacudir la cabeza en señal de asentimiento.

Me chocó también entonces el tono de palpable descortesía que empleaba Piotr Stepanovich. ¡Oh, rechazo indignado la vil calumnia que circuló más tarde de que hubo algún lío amoroso entre Iulia Mihailovna y Piotr Stepanovich! No lo hubo ni pudo haberlo. Él ganó su ascendiente sobre ella apoyando vigorosamente desde el

principio los sueños de la dama de influir sobre la sociedad y el ministerio. Entró en los planes de ella, incluso se los trazó, recurrió a la más burda adulación, la enredó de pies a cabeza en una maraña, y llegó a serle tan indispensable como el aire que respiraba.

Al veme, gritó ella con ojos relampagueantes:

—Pregúntele a él, que al igual que el príncipe no se apartó de mí un instante. Diga —prosiguió dirigiéndose a mí—, ¿no está claro que todo ello fue una conjura, una conjura indigna y artera para hacernos el mayor daño posible a mí y a mi Andrei Antonovich? ¡Ah, lo tenían todo preparado! Tenían un plan. ¡Es un complot, todo un complot!

—Va usted demasiado lejos, como siempre. Y como siempre, tiene la cabeza llena de poesía. Pero me alegro de ver al señor… —fingió haberse olvidado de mi nombre —, que nos dará su opinión.

—Mi opinión —me apresuré a decir— concuerda en todo punto con la de Iulia Mihailovna. La conjura está demasiado clara. Le he traído a usted estas escarapelas, Iulia Mihailovna. Que se celebre o no se celebre el baile no es asunto mío, puesto que está fuera de mi incumbencia; ahora bien, mi papel de acomodador ha terminado. Perdone mi nerviosismo, pero yo no puedo obrar en detrimento del sentido común y de mis propias convicciones.

—¿Oyen? ¿Oyen ustedes? —dijo abriendo agitada los brazos.

—Sí oigo, señora. Y usted escuche lo que digo —y se volvió hacia mí—. Supongo que todos ustedes han comido algo que produce alucinaciones. A mi parecer, no pasó nada, absolutamente nada, que no haya pasado antes y que no pueda pasar siempre en esta ciudad. ¿Qué conjura es ésa? Lo ocurrido resultó grotesco, estúpido a más no poder, pero ¿dónde está la conjura? ¿Una conjura contra Iulia Mihailovna, que los tiene a todos consentidos, que es quien los protege y que les ha perdonado sus travesuras de colegiales? Iulia Mihailovna, ¿qué vengo repitiéndole desde hace un mes? ¿Qué vengo advirtiéndole? ¿Para qué quiere a esa gente? ¿Qué necesidad hay de alternar con gentuza como ésa? ¿Por qué? ¿Con qué fin? ¿Para unir a la sociedad? Pero, por los clavos de Cristo, ¿cree usted que la sociedad se unirá alguna vez?

—¿Cuándo me hizo usted advertencia alguna? Al contrario, usted aprobaba, incluso exigía… Confieso que me asombra usted… Usted mismo me ha traído a gente del más extraño pelaje.

—Al contrario. Discutí con usted y no aprobé lo que hacía. En cuanto a traerle gente, sí, se la traje, pero ya cuando esa gente había entrado aquí a docenas; y además, sólo últimamente, para organizar la «cuadrilla literaria», lo que usted no habría podido hacer sin esos zopencos. Pero le apuesto lo que quiera a que hoy han dejado entrar sin billete a otra docena, si no más, de zopencos como ésos.

—No hay duda de ello —confirmé yo.

—Ya ve que saca la misma conclusión. ¿Recuerda el ambiente que hemos tenido aquí últimamente, en este poblado de mala muerte? Porque esto ha sido pura insolencia y descaro, un escándalo incesante. ¿Y quién lo alentaba? ¿Quién lo encubría con su autoridad? ¿Quién sacaba a todo el mundo de sus casillas? ¿Quién ha enfurecido a toda esa gente? Porque usted tiene apuntados en su álbum todos los secretos de las familias de aquí. ¿No ha dado palmaditas de aprobación a esos poetas y dibujantes de usted? ¿No ha dejado que Liamshin le bese la mano? ¿No fue en presencia de usted que un seminarista insultó a un consejero de Estado y estropeó el vestido de su hija con sus botas embreadas? ¿Por qué le choca entonces que la gente esté indignada con usted?

—¡Pero todo eso es obra de usted! ¡Suya solamente! ¡Ay, Dios mío!

—No, señora. Yo se lo advertí. Reñimos por eso, ¿oye usted? Reñimos por eso.

—Miente usted descaradamente.

—Bueno, claro, a usted le es fácil decir eso. Ahora necesita una víctima, alguien en quien descargar su furia. Bien, ya le he dicho que la descargue sobre mí. Más vale que le pregunte a usted, señor… —todavía no podía recordar mi nombre—. Contemos con los dedos: yo sostengo que, con excepción de Liputin, no hubo ninguna conjura, ¡nin-gu-na! Voy a probarlo, pero primero analicemos a Liputin. Él salió a escena con los versos de ese idiota de Lebiadkin. Vamos a ver, ¿cree usted que fue una conjura? ¿No ha pensado que a Liputin pudo parecerle sencillamente ingenioso? Sí, en serio, en serio, ingenioso. Salió con el simple propósito de hacer reír y regocijar a todo el mundo; y a su protectora, Iulia Mihailovna, antes que a nadie. Eso fue todo. ¿No me cree? ¿Pero no concuerda eso con lo sucedido aquí durante un mes entero? ¿Quiere que le diga toda la verdad? Tengo la certeza de que en otras circunstancias todo podría haber salido bien. Fue una broma pesada, demasiado pesada, sí, pero divertida, ¿no le parece?

—¿Cómo? ¿Considera usted ingenioso el proceder de Liputin? —exclamó Iulia Mihailovna con intensa indignación—. ¿Esa grosería? ¿Esa falta de tacto? ¡Algo tan ruin, tan repulsivo, fue hecho adrede! ¡Lo dice usted a propósito! ¡Sin duda estaba usted en la conjura con ellos!

—Sin duda. Estaba sentado detrás de ellos, y a hurtadillas puse la maquinaria en marcha. ¿Pero no ve que de haber estado yo metido en el ajo la cosa no habría terminado con Liputin? ¿No se da cuenta? ¿Entonces de seguro cree también que conspiré con mi papaíto para que armara adrede aquel escándalo? Bien, señora, ¿quién tiene la culpa de que mi padre hablara? ¿Quién trató de disuadirla ayer, ayer mismo?

—Oh, *hier il avait tant d’esprit* ¡Contaba tanto con él, y, además, tiene tan buenos modales! Pensé que él y Karmazinov…, ¡y ahora, ya ve!

—Sí, señora, ya ve. Pero, a pesar de *tant d'esprit*, resultó un fracaso; y de haber sabido yo de antemano que sería un fracaso, y estando en la conjura contra el festival de usted, sin duda no habría intentado persuadirla de que no soltara la cabra en la huerta, ¿no le parece? Sin embargo, ayer traté de disuadirla, y de disuadirla por lo que pudiera pasar. No era posible, por supuesto, preverlo todo; lo probable es que ni él mismo supiera un minuto antes lo que iba a decir. Estos viejos neuróticos no se parecen al resto de la humanidad. Pero aún se puede salvar algo: para aplacar a la gente, envíele dos médicos mañana, con mandato administrativo y los honores debidos, para que lo reconozcan (incluso hoy, si es posible) y lo metan seguidamente en el hospital para una cura de agua fría. Al menos, así todo el mundo se echará a reír y verá que no hay por qué ofenderse. Yo lo anunciaré hoy mismo en el baile, porque al fin y al cabo soy su hijo. El caso de Karmazinov es distinto. Demostró ser un asno al leer durante una hora entera. ¡Seguramente ha estado en la conjura conmigo! Porque, a ver, ¿no haría yo también todo lo posible para ofender a Iulia Mihailovna?

—Oh, Karmazinov, *quelle honte!* Yo estaba casi ardiendo de la vergüenza que sentía por nuestro público.

—Pues, yo, señora, no llegué a arder, pero a él sí lo habría asado vivo. El público tenía razón. Y, una vez más, ¿quién tiene la culpa de lo de Karmazinov? ¿Acaso se lo impuse yo? ¿He sido yo de los que lo adoraban? ¡En fin, al diablo con él! ¿Pero y ese tercer maníaco, el político? Ése es harina de otro costal. Ahí metimos la pata todos. Ésa no fue conjura únicamente mía.

—¡Ay, no hable de eso, no hable! ¡Fue horrible, horrible! De eso la única culpable soy yo.

—Por supuesto que sí, pero en este caso la disculpo. Porque ¿quién puede vigilar a gente como ésa? ¿A los que hablan con el corazón en la mano? Ni en Petersburgo puede uno librarse de ellos. Se lo recomendaron a usted, ¿no es eso? ¡Y muy bien recomendado que venía! Así, pues, reconozca que no tiene más remedio que asistir al baile. Porque el caso es grave, ya que fue usted la que le puso en la tribuna. Ahora está usted obligada a declarar públicamente que no tiene nada que ver con ese individuo, que está ya en manos de la policía, y que la engañaron a usted de un modo inexplicable. Debe declarar con indignación que fue víctima de un loco. Porque eso, por supuesto, fue locura, ni más ni menos. Eso es lo que tiene usted que decir a las autoridades. Yo no puedo aguantar a la gente que muerde. Yo, quizá, digo cosas más fuertes todavía, pero no desde una tribuna pública. Y ahora se ha empezado a vocear lo del senador.

—¿Del senador? ¿Quiénes son los que vocean?

—Pues mire, ni yo mismo lo entiendo. ¿Usted, Iulia Mihailovna, no sabe nada de un senador?

—¿De un senador?

—Pues sepa que la gente está convencida de que han nombrado gobernador de aquí a un senador y que a ustedes los relevan desde Petersburgo. Se lo he oído decir a muchos.

—Y yo también —confirmé yo.

—¿Quién ha dicho tal cosa? —preguntó Iulia Mihailovna enrojeciendo.

—O sea ¿quién lo dijo primero? ¡Yo qué sé! Pero sí lo dicen. Lo dice todo el mundo. Sobre todo ayer. Todos lo estaban comentando muy en serio, aunque no se puede sacar nada en claro. Por supuesto que los más listos y capaces no dicen nada, pero sí escuchan lo que dicen los otros.

—¡Qué bajeza! ¡Y… qué estupidez!

—Pues por eso debe usted presentarse en el baile, para cerrar la boca de esos idiotas.

—Confieso que yo misma me considero obligada, pero… ¿y si se produce otro escándalo? ¿Y si no viene nadie? ¡Porque no vendrá nadie, nadie!

—¡Menuda broma! ¿Que no vienen? ¿Y la ropa que se han hecho? ¿Y los vestidos de las jóvenes? Después de esto no puedo considerarla a usted como mujer. ¡Qué poco conoce a la gente!

—La mariscala no vendrá. ¡No vendrá!

—Pero, en fin de cuentas, ¿qué ha ocurrido? ¿Por qué no vendrán? —acabó él por gritar con irritada impaciencia.

—Deshonra, vergüenza. Eso es lo que ha ocurrido. No sé lo que pasó, pero fuera lo que fuera, no puedo volver allí.

—¿Por qué no? Pero, vamos a ver, ¿de qué tiene usted la culpa? De ese modo lo que hace es echársela a sí misma. ¿No es la culpa más bien del público, de los señores viejos, de los padres de familia? Debieran haber parado los pies a esos granujas y haraganes, porque se trata de pillos y haraganes y nada más. Nada serio. No se puede contar con la policía en ninguna sociedad del mundo. Aquí cada cual parece esperar que un policía especial lo proteja dondequiera que vaya. No comprenden que la sociedad tiene que protegerse a sí misma. ¿Y qué hacen aquí los padres de familia, los altos funcionarios, y sus esposas e hijas en tales circunstancias? Callar y morderse las uñas. No hay espíritu cívico para poner coto a los pillos.

—¡Ay, ésa es la pura verdad! Callan, se muerden las uñas y… se hacen los desentendidos.

—Pues si es la verdad, entonces tiene que ir allí y decírsela en voz alta, con orgullo, con severidad. Mostrarles, en efecto, que no se da usted por vencida. Sobre todo a esos viejos y esas madres. ¡Oh, lo sabrá usted hacer! No le faltan dotes cuando tiene la cabeza clara. Los junta usted a todos y se lo dice en voz alta, muy alta. Y, después, un comunicado a *La Voz* y a la *Gaceta de la Bolsa*. Espere, que yo se lo arreglo todo, yo mismo se lo preparo. Y, claro, hay que poner más cuidado: hay que

vigilar el buffet; pedir al príncipe, pedir a este señor… No puede usted abandonarnos, *monsieur*, cuando precisamente hay que empezar de nuevo. Y, por último, usted y Andrei Antonovich llegan del brazo. ¿Qué tal está Andrei Antonovich?

—¡Ay, de qué modo tan injusto, tan equivocado, tan cruel ha juzgado usted siempre a ese hombre angelical! —exclamó Iulia Mihailovna en un arranque inesperado y casi con lágrimas, llevándose el pañuelo a los ojos. Piotr Stepanovich quedó tan asombrado que casi perdió el habla.

—Pero, santo cielo, ¿qué he hecho yo…? Yo siempre…

—Usted nunca, ¡nunca! ¡Nunca ha sido justo con él!

—¡Jamás se puede comprender a una mujer! —murmuró Piotr Stepanovich con sonrisa torcida.

—¡Es el hombre más veraz, más delicado, más angélico! ¡La bondad personificada!

—Pero, vamos a ver, ¿he dicho yo alguna vez que no sea bueno…? Yo siempre he dicho que…, que…

—¡Nunca! Pero dejemos esto. No me he portado con él como debía. Hace un rato esa hipócrita, la mariscala, ha hecho también alusiones sarcásticas a lo de ayer.

—¡Oh, ella no tiene por qué aludir a lo de ayer! Ya tiene bastante con preocuparse de lo de hoy. ¿Y por qué se inquieta usted tanto si no va al baile? Claro que no irá después de verse envuelta en ese escándalo. Quizá no tenga la culpa de nada, pero en todo caso tiene que mirar por su reputación. Se ha ensuciado las manos.

—¿Qué es eso, que no lo entiendo? ¿Por qué tiene las manos sucias? —preguntó perpleja Iulia Mihailovna.

—Bueno, yo no lo sé de cierto, pero por toda la ciudad se clamorea que ella ha sido quien los ha juntado.

—¿A qué se refiere usted? ¿A quiénes ha juntado?

—¡Ah! ¿Pero no lo sabe? —preguntó él con fingido asombro—. ¡Pues a Stavrogin y Lizaveta Nikolayevna!

—¿Cómo? ¿Qué? —gritamos todos.

—¿Pero de veras que no lo saben? ¡Vaya! Pues bien, la ciudad ha sido escena de unos trágicos amoríos: Lizaveta Nikolayevna se fue derecha del coche de la mariscala al coche de Stavrogin y se escapó con «éste último» a Skvoreshniki en pleno día. Hace sólo una hora, quizá no tanto.

Nos quedamos de piedra. Lo asediamos, por supuesto, a preguntas, pero con gran sorpresa nuestra no pudo darnos detalles precisos aunque había sido testigo «accidental» de lo sucedido. La cosa, por lo visto, pasó así: cuando la mariscala llevaba en coche a Liza y Mavriki Nikolayevich desde la «lectura» hasta la casa de la madre de Liza (que seguía enferma de las piernas), vieron un carruaje que esperaba a la vuelta de la esquina, no lejos de la puerta de la casa, a unos veinticinco pasos. Liza

se apeó corriendo y se acercó a ese carruaje; se abrió la portezuela y se cerró seguidamente. Liza gritó a Mavriki Nikolayevich: «¡Perdóneme!», y el carruaje salió a toda velocidad para Skvoreshniki. A nuestras febriles preguntas sobre si todo había sido preparado de antemano y sobre quién estaba en el carruaje, Piotr Stepanovich contestó que no sabía nada, que sin duda todo había sido preparado y que no había visto a Stavrogin en el carruaje. Quizás el que iba en él fuera el mayordomo, el viejo Aleksei Yegorovich. Cuando le preguntamos por qué él, Piotr Stepanovich, se encontraba allí y por qué estaba seguro de que Liza había ido a Skvoreshniki, contestó que por casualidad pasaba por allí en ese momento, y que al ver a Liza se acercó corriendo al carruaje (¡y, sin embargo, con toda su curiosidad no logró ver quién iba adentro!), y que Mavriki Nikolayevich no sólo no corrió en su seguimiento, sino que ni siquiera intentó detener a Liza; más aún, que detuvo a la mariscala cuando ésta se puso a gritar a voz en cuello: «¡Que se va con Stavrogin!».

En ese momento ya no pude contenerme más y apostrofé a Piotr Stepanovich:

—¡Tú, canalla, eres quien lo ha tramado todo! ¡Por eso has estado tan ocupado toda la mañana! ¡Tú has ayudado a Stavrogin, tú llegaste en el carruaje, tú la ayudaste a subir en él… tú, tú, tú! Iulia Mihailovna, este hombre es enemigo de usted. ¡La destruirá a usted también! ¡Tenga cuidado!

Y salí disparado de la casa.

Incluso ahora no comprendo cómo pude lanzarle a la cara esas frases. Yo mismo me maravillo. Pero tuve razón: según se supo después, todo había pasado casi exactamente como yo se lo dije. Ante todo saltaba a la vista el modo equívoco en que dio la noticia. Al llegar a la casa no se había apresurado a contarlo como noticia sensacional, sino que había fingido que nosotros lo sabríamos aun sin decírnoslo él, algo imposible en el escaso tiempo transcurrido. Y de saberlo nosotros, no lo habríamos callado hasta que él lo contase. Tampoco pudo haber oído lo del «clamoreo» de toda la ciudad contra la mariscala, también por falta de tiempo. Por añadidura, cuando lo contaba se sonrió un par de veces, con sonrisa harto despectiva y satisfecha, considerando sin duda que éramos tontos de capirote a quienes había engañado por completo. Pero yo tenía otras cosas en qué pensar. Estaba convencido de la verdad del caso principal y salí de casa de Iulia Mihailovna lleno de furia. La catástrofe me llegó al alma. Me sentía tan dolorido que casi se me saltaban las lágrimas; sí, quizás incluso lloré. No sabía qué hacer. Decidí ir a ver a Stepan Trofimovich, pero el fastidioso señor se negó de nuevo a abrirme. Nastasya me aseguró con un murmullo respetuoso que se había acostado a descansar, pero no le creí. En casa de Liza conseguí interrogar a unos criados, que confirmaron la huida, pero no sabían más. En la casa reinaba el desconcierto; la señora había tenido desmayos y Mavriki Nikolayevich estaba con ella. Me pareció improcedente llamar a Mavriki Nikolayevich. De Piotr Stepanovich me dijeron, en respuesta a mis

preguntas, que había venido a la casa varias veces en los últimos días, en ocasiones hasta dos veces al día. Los criados estaban tristes y hablaban de Liza con especial respeto; le tenían afecto. Que estaba arruinada, absolutamente arruinada, me parecía indudable, pero no alcanzaba a explicarme el lado psicológico del caso, máxime después de la escena de la víspera con Stavrogin. Corretear por la ciudad haciendo preguntas en casa de amigos maliciosos, adonde de seguro había llegado ya la noticia, me parecía repugnante, aparte de ser humillante para Liza. Pero lo extraño fue que corrí a ver a Daria Pavlovna, donde no me recibieron (en casa de Varvara Petrovna no recibían a nadie desde la víspera); y no sé qué habría podido preguntarle ni para qué fui. De allí me dirigí a casa de su hermano. Shatov me escuchó sombrío y en silencio. Debo indicar que lo hallé muy deprimido; parecía sobremanera abstraído y me escuchó como haciendo un gran esfuerzo. Apenas dijo nada, limitándose a ir y venir por su cuchitril con zancadas más fuertes que de costumbre. Cuando yo ya bajaba por la escalera me gritó que fuera a ver a Liputin: «Allí se enterará de todo». Pero no fui a ver a Liputin, sino que volví sobre mis pasos cuando ya estaba bastante lejos y subí de nuevo a casa de Shatov, a quien, sin entrar, pregunté lacónicamente, entreabriendo la puerta, si no pensaba ir a ver a María Timofeyevna ese día. Shatov me lanzó un juramento y yo me fui. Haré notar, para que no se olvide, que esa misma noche fue adrede a ver a María Timofeyevna al otro extremo de la ciudad. Hacía tiempo que no la veía. La halló en excelente estado de salud y humor y a Lebiadkin ebrio perdido, durmiendo en el sofá de la habitación delantera. Esto fue a las nueve en punto. Él mismo me lo dijo al día siguiente cuando nos encontramos momentáneamente en la calle. Antes de las diez de la noche decidí ir al baile, pero ya no como «joven acomodador» (había dejado mi escarapela en casa de Iulia Mihailovna), sino por curiosidad de oír (sin hacer preguntas) qué se decía en la ciudad de todos esos acontecimientos. También deseaba ver a Iulia Mihailovna, aunque fuera de lejos. Me reprochaba a mí mismo el haber salido tan deprisa de su casa aquella tarde.

3

Toda esa noche, con sus incidentes casi grotescos y el terrible «desenlace» de la mañana siguiente, me persigue todavía como horrenda pesadilla y constituye —al menos para mí— la parte más penosa de mi crónica. Llegué tarde al baile, aunque antes de que terminara; tan pronto estaba destinado a concluir. Eran ya las once cuando entré en casa de la mariscala, donde el salón blanco en que se había celebrado la «lectura» había sido desocupado no obstante el poco tiempo transcurrido y habilitado como sala principal de baile (según se anticipaba) para toda la ciudad. Pero aunque me hallaba mal dispuesto esa mañana en lo tocante al baile, no había podido presentir toda la verdad: no acudió ni una sola familia de la buena sociedad, ni siquiera los funcionarios de cierta categoría, lo que era digno de notar. En cuanto a señores y señoritas, las previsiones de Piotr Stepanovich resultaron en sumo grado inexactas: asistieron muy pocas. Para cada cuatro hombres apenas había una dama. ¡Y qué damas! Las esposas «poco más o menos» de algunos oficiales de la guarnición, de algunos empleados de correos y de algunos funcionarios de baja categoría, tres mujeres de médicos con sus hijas, dos o tres pequeñas propietarias, las siete hijas y la sobrina del secretario a quien he aludido más arriba, las mujeres de algunos tenderos… ¿Era esto lo que esperaba Iulia Mihailovna? No asistió la mitad de los comerciantes. En cuanto a hombres, los hubo en gran número, no obstante la ausencia en masa de los de buen tono, pero causaban una impresión equívoca y sospechosa. Había, por supuesto, oficiales modosos y respetables acompañados de sus esposas, algunos mansos padres de familia como el secretario arriba mentado, padre de siete hijas. Toda esa gente humilde y de poca monta había venido, como dijo uno de ellos, porque era «inevitable». Por otra parte, el número de los «despabilados», sin contar el de los que Piotr Stepanovich y yo barruntábamos que habían sido admitidos sin billete, parecía mucho mayor que el de la mañana. De momento todos estaban sentados en el buffet y parecía que iban derecho allí según previo acuerdo. Eso, al menos, fue lo que yo conjeturé. El buffet estaba en una amplia sala, última de una hilera, donde se había instalado Prohorych con todos los hechizos de la cocina del club y un surtido tentador de artículos de comer y beber. Allí vi a varios sujetos con las levitas casi rotas o en trajes de baile que no eran los más indicados para la ocasión. Era evidente que a duras penas se los retenía en la linde de la embriaguez, sólo por poco tiempo, y que los habían traído de Dios sabe dónde, porque no eran de la ciudad. Yo sabía, por supuesto, que Iulia Mihailovna había pensado que el baile fuera lo más democrático posible, y que no se debería «excluir ni a los artesanos, si por ventura alguno se presentaba con su billete pagado». Bien podía atreverse a decir eso en el seno del comité, con plena seguridad de que a ninguno de los artesanos de la provincia, todos muy pobres, se le ocurriría sacar un

billete. Pero, con todo, me parecía dudoso admitir a los portadores de esas levitas sobadas y casi en jirones, no obstante las aficiones democráticas del comité. Pero ¿quién los admitió y con qué fin? Liputin y Liamshin se habían visto ya privados de sus escarapelas de acomodadores (aunque acudieron al baile como partícipes en la «cuadrilla literaria»); pero el puesto de Liputin lo ocupó, con gran asombro mío, el seminarista de marras, el que había contribuido más que nadie a desacreditar la *matinée* mediante la pelotera con Stepan Trofimovich; y el de Liamshin lo ocupó el propio Piotr Stepanovich. ¿Qué cabía, pues, esperar en tales circunstancias? Traté de oír lo que se decía. Algunas de las opiniones chocaban por lo grotescas. En el grupo se decía, por ejemplo, que todo el asunto de Stavrogin y Liza lo había tramado Iulia Mihailovna, pagada para ese fin por el mismo Stavrogin. Se citaba hasta la cantidad. Otros afirmaban que el festival mismo lo había organizado ella con ese propósito, y que tal era el motivo de que media ciudad no asistiera cuando se enteró de qué se trataba; y que el propio Lembke había quedado con ello tan trastornado que «había perdido la chaveta», y que su mujer lo «llevaba» ahora como a un loco. Cundía también la risa por la sala, una risa bronca, desatada y de mala intención. También se criticaba duramente el baile y se injuriaba a Iulia Mihailovna sin el menor miramiento. En general, la cháchara era alborotada, incoherente, ebria y convulsa, hasta tal punto que costaba trabajo entenderla y sacar nada en claro. Es cierto que en el buffet había gente que, sencillamente, lo estaba pasando bien, incluso algunas damas complacientes y festivas de ésas que no se sorprenden ni se asustan de nada, en su mayor parte esposas de militares acompañadas de sus maridos. Hacían tertulia en torno de mesitas separadas y tomaban alegremente té. El buffet se convirtió en refugio para casi la mitad de los asistentes. Y, sin embargo, en muy poco tiempo toda esa muchedumbre se precipitaría en el salón; era horrible pensarlo.

Mientras tanto, con ayuda del príncipe se formaban en el salón blanco tres escuálidas cuadrillas. Las jovencitas bailaban y los padres las contemplaban con deleite. Pero, allí también, algunas de las personas respetables empezaron a pensar en cómo podrían escurrir el bulto una vez que se hubieran divertido sus niñas y antes de que “empezara el jaleo”. Era evidente que todos estaban convencidos de que empezaría sin remedio. Me habría sido difícil imaginar el estado de ánimo de Iulia Mihailovna. No hablé con ella, aunque me acerqué bastante a donde estaba. No contestó al saludo que le dirigí cuando entré porque no notó mi presencia (de veras que no la notó). Su rostro delataba alarma y sus ojos, si bien turbados e inquietos, miraban con desdén y altanería. Se dominaba haciendo a todas luces un esfuerzo ímprobo. ¿Para qué y para quién? Debía irse de allí y, sobre todo, llevarse al marido, ¡pero allí seguía! Por la expresión de su rostro resultaba patente que «había abierto los ojos», que ya nada podía esperar. Ni siquiera llamó a Piotr Stepanovich (al parecer, éste, por su parte, evitaba encontrarse con ella; lo vi en el buffet y estaba la

mar de contento). Pero, en todo caso, permaneció en el baile, sin dejar a Andrei Antonovich apartarse de ella un instante. ¡Oh, hasta el último momento habría rechazado con sincera indignación cualquier alusión a la salud de su esposo, incluso esa misma mañana! Pero, sin duda, ahora también «abriría los ojos» sobre ese particular. A mí, por lo menos, me pareció, en cuanto lo vi, que Andrei Antonovich tenía peor cara esa mañana. Era como si se hallase en una especie de trance y no se diese cuenta de dónde estaba. De cuando en cuando miraba a su alrededor con severidad inesperada; así, por ejemplo, me miró a mí un par de veces. Una de ellas intentó decir algo, empezó a hablar en voz alta y sonora, pero sin terminar la frase, con lo que dio un buen susto a un humilde y viejo funcionario que casualmente se hallaba junto a él. Sin embargo, aun esa mitad sensata del público que se hallaba en el salón blanco se apartaba sombría y recelosamente de Iulia Mihailovna al tiempo que lanzaba miradas harto extrañas a su marido, miradas que por su insistencia y descaro no se correspondían con la timidez habitual de esa gente.

—Fue esa circunstancia la que me heló el corazón —me confesó más tarde la propia Iulia Mihailovna—; y de pronto empecé a sospechar lo que le pasaba a Andrei Antonovich.

Sí, una vez más era ella la que tenía la culpa. Después de mi salida precipitada de la mañana y de haber acordado con Piotr Stepanovich que habría baile y que asistiría a él, ella seguramente había entrado en el despacho de Andrei Antonovich, que había quedado muy «conmocionado» a resultas de la «lectura», había usado con él todas sus artes seductoras y logrado que la acompañara. Pero ahora ¡cuánto sufría de seguro! ¡Y, no obstante, no se iba, no sé si por el orgullo que la roía o sencillamente porque había perdido la cabeza! A pesar de su altivez, intentó hablar a algunas señoras en tono humilde y con cara sonriente, pero ellas mostraban turbación, se apartaban murmurando un monosílabo receloso, «Sí, señora», «No, señora», y trataban a ojos vistas de darle esquinazo.

Personas de alta categoría, en la ciudad sólo había una en el baile: el general retirado del servicio, muy pagado de sí mismo, a quien ya he descrito una vez, aquel que en casa de la mariscala, después del duelo de Stavrogin con Gaganov «abrió la puerta a la impaciencia pública». Se paseaba muy estirado por las salas, observaba y escuchaba, y quería dar a entender que había venido no por su gusto, lo que era indudable, sino para estudiar usos y costumbres. Acabó por acercarse a Iulia Mihailovna y no apartarse de ella un paso, con el propósito evidente de animarla y tranquilizarla. Era un hombre buenísimo y muy digno, y tan viejo que en él hasta la compasión resultaba tolerable. Pero tener que admitir que ese viejo charlatán osaba complacerla y casi protegerla, entendiendo que la honraba con su presencia, era demasiada mortificación. El general, sin embargo, no se alejaba y seguía charlando por los codos.

—Según dicen, una ciudad no puede existir sin siete hombres justos…, siete, al parecer, aunque no recuerdo exac-ta-men-te el número. No sé cuántos de estos siete… hombres indudablemente justos de nuestra sociedad… han tenido el honor de asistir al baile de usted, pero, no obstante su presencia, empiezo a sentirme un tanto… en peligro. *Vous me pardonnerez, charmante dame, n'est-ce pas?* Hablo alegóricamente, pero acabo de dar una vuelta por el buffet y me alegro de haber salido de allí sano y salvo… Nuestro inapreciable Prohorych no está allí a gusto; no me chocaría que a la mañana dieran al traste con el tinglado que tiene allí montado. Lo digo en broma, claro. Sólo estoy esperando a ver qué es eso de la «cuadrilla literaria»; y luego a la cama. Perdone a un viejo gotoso que se acuesta temprano. Yo también le daría un consejo: le diría: «¡hala, a dormir!», como dicen *aux enfants*. Yo, la verdad, he venido a echar un vistazo a las chicas guapas… y en ningún sitio puedo encontrar un surtido tan grande como aquí… todas son del otro lado del río y yo no voy por allí nunca. He visto ahí a la mujer de un militar…, creo que de un regimiento de cazadores…, que no está nada mal, nada en absoluto…, y ella misma lo sabe. He cambiado unas palabras con la muy pícara, atrevidilla ella, y… hay también unas muchachitas muy frescas, pero sólo frescas; frescura es todo lo que tienen. Pero, en fin, estoy satisfecho. ¡Y qué capullitos se ven! Sólo que tienen los labios un poco gruesos. En general, a la belleza de las caras femeninas rusas le falta regularidad…, más que caras parecen tortas… *Vous me pardonnerez, n'est-ce pas*…?, aunque los ojos son bonitos…, ojos risueños. Esos capullitos tienen un par de años en-can-tado-res en su juventud, quizás hasta tres…, pero luego se despliegan desmesuradamente…, produciendo en sus maridos esa triste in-di-fe-ren-cia que tanto favorece el desarrollo de la cuestión femenina…, si es que entiendo a derechas en cuestión…, ¡hum! El salón es hermoso; las habitaciones no están mal decoradas. Podrían estarlo peor. La música también habría podido ser mucho peor…, no digo que debería serlo. Lo que no es de buen efecto es que haya tan pocas señoras. De los vestidos mejor es no hablar. ¡Qué mal está ese hombre de los pantalones grises que se permite bailar el cancán de forma tan insolente! No me importaría que lo hiciera por puro regocijo, dado que es el boticario local. Ahí en el buffet había dos individuos que estaban riñendo y no los echaron. A los que empiezan a reñir a las once de la noche hay que expulsarlos, cualesquiera que sean las costumbres del público…; no digo las tres de la mañana, porque entonces hay que someterse a la opinión general…, si es que este baile llega a las tres de la mañana. Por cierto que Varvara Petrovna no ha cumplido con su palabra y no ha mandado las flores. ¡Hum, no está para flores, *pauvre mère!* Y pobre Liza, ¿ha oído usted? Dicen que es un asunto misterioso y…, y otra vez anda por medio Stavrogin… ¡Hum! Debería ir a acostarme…, apenas puedo despegar los ojos. ¿Pero y esa «cuadrilla literaria»?

Por fin empezó la «cuadrilla literaria». Últimamente, no bien se hablaba en la

ciudad del venidero baile, la conversación giraba al punto en torno de esa «cuadrilla literaria». Y como nadie podía figurarse lo que era, llegó a despertar enorme curiosidad. Nada podía ser tan peligroso para su éxito. ¡Y cuál no sería la decepción!

Se abrieron las puertas laterales del salón blanco, cerradas hasta entonces, y aparecieron de pronto unas cuantas figuras enmascaradas. El público las rodeó con interés. Toda la gente que estaba en el buffet se precipitó al salón. Las máscaras se colocaron donde les correspondía para bailar. Yo logré abrirme paso hasta las filas delanteras y me puse justamente detrás de Iulia Mihailovna, Von Lembke y el general.

En ese momento Piotr Stepanovich, a quien hasta entonces nadie había visto, se acercó corriendo a Iulia Mihailovna.

—He estado a la mira todo este tiempo en el buffet —le susurró con aire de colegial en falta, pero lo bastante fingido para encocorarla aún más. Iulia Mihailovna enrojeció de ira.

—¡Si esta vez al menos no me engañara usted, hombre insolente! —exclamó casi en voz alta, tanto que parte del público lo oyó. Piotr Stepanovich se marchó a la carrera, muy satisfecho de sí mismo.

A duras penas puede uno imaginarse nada más mezquino, vulgar, incoloro e insípido que esa «cuadrilla literaria». Nada cabía inventar menos acorde con nuestro público; y, sin embargo, me han dicho que fue Karmazinov quien se lo sacó del magín. Es verdad que fue Liputin quien lo organizó, en consulta con el maestro cojo a quien conocimos en la reunión de Virginski. Pero, en fin de cuentas, Karmazinov fue quien tuvo la idea y, según rumores, quiso también vestirse de máscara y hacer un papel especial e independiente en el espectáculo. La cuadrilla estaba formada por seis parejas de miserables máscaras, mejor dicho, no máscaras del todo, porque estaban vestidas como los demás. Había, por ejemplo, un caballero bajito entrado en años, vestido de frac —es decir, como todo el mundo—, con una venerable barba entrecana (sujeta con un cordón; tal era su único disfraz), que bailaba empinándose y agachándose con una frígida expresión en el rostro, haciendo rápidos y mínimos movimientos de piernas que casi no le permitían cambiar de sitio. Emitía unos sonidos curiosos con voz de bajo mesurada aunque ronca, y se suponía que esa ronquera simbolizaba uno de los periódicos mejor conocidos. Frente a esta máscara bailaban dos gigantes, x y z, que llevaban estas letras prendidas en el frac, pero no cabía averiguar lo que significaban. El «cuerdo pensamiento ruso» lo encarnaba un señor de mediana edad con anteojos, frac, guantes y… esposas (esposas de verdad; de las de la policía).

Este «pensamiento» llevaba bajo el brazo una cartera con algún «expediente». Del bolsillo asomaba una carta abierta procedente del extranjero dando fe a los escépticos de la cordura del «cuerdo pensamiento ruso». Todo esto lo explicaban

oralmente los acomodadores, porque habría sido imposible leer la carta, medio metida como estaba en el bolsillo. El «cuerdo pensamiento ruso» tenía en su mano derecha, levantada en alto, una copa, como si quisiera brindar por algo. A ambos lados, y casi pegadas a él, brincaban dos jovencitas nihilistas de pelo corto, y *vis-à-vis* danzaba un caballero de edad provecta vestido de frac, pero con un grueso garrote en la mano, que parecía representar una temible revista, aunque no de Petersburgo: *¡Te rompo la crisma!*. Pero, a pesar del garrote, no podía resistir los anteojos del «cuerdo pensamiento ruso» clavados en él y procuraba desviar la vista; y cuando hizo su *pas de deux*, giró y se retorció sin saber qué hacer; tanto, por lo visto, le remordía la conciencia… Pero no recuerdo todas estas invenciones absurdas; ello era todo por el estilo, al punto que acabé por sentir una vergüenza inaguantable. Y esa misma sensación de vergüenza la reflejaban las caras de los circunstantes, hasta las malhumoradas de los que habían venido del buffet. Durante algún tiempo todos guardaron silencio, mirando aquello con irritada incomprensión. Por lo común, cuando un hombre siente vergüenza acaba por irritarse y tiende al cinismo. Poco a poco, nuestro público empezó a murmurar:

—Pero ¿qué es esto? —preguntó en voz baja uno de los que vinieron del buffet.

—¡Qué sé yo! ¡Una idiotez!

—Una especie de literatura. Están criticando a *La Voz*…

—¿Y a mí qué?

En otro grupo:

—¡Qué asnos!

—No. No son ellos los asnos. Los asnos somos nosotros.

—¿Por qué eres tú un asno?

—Yo no soy un asno.

—Pues si tú no eres un asno, yo desde luego no lo soy.

En un tercer grupo:

—¡A puntapiés con todos ellos y a mandarlos al infierno!

—¡Echar abajo la sala!

En un cuarto grupo:

—¿Cómo no les da a los Lembke vergüenza de mirar?

—¿Por qué a ellos? ¿Por qué no a ti?

—A mí también me da, pero él es el gobernador.

—Y tú eres un cerdo.

—En mi vida he visto un baile tan desabrido como éste —dijo aviesamente una señora que estaba junto a Iulia Mihailovna, con el propósito evidente de ser oída. La señora era cuarentona, gruesa e iba muy pintada; llevaba un vestido de seda de color claro; en la ciudad casi todos la conocían, pero nadie la recibía. Era viuda de un consejero de Estado, que le había dejado una casa de madera y una pensión exigua,

pero vivía bien y tenía coche y caballos. Un mes antes se había presentado a hacer una visita a Iulia Mihailovna, pero ésta no la había recibido.

—Así lo había previsto yo —agregó mirando con insolencia y cara a cara a Iulia Mihailovna.

—Entonces, si lo había previsto, ¿por qué ha venido? —Iulia Mihailovna no pudo menos de preguntar.

—Por inocencia, señora —respondió al momento muy agitada la maliciosa dama (que buscaba camorra a toda costa), pero terció el general:

—*Chère dame* —dijo inclinándose ante Iulia Mihailovna—, sería mejor marcharse. Aquí no hacemos más que cohibirlos, y sin nosotros se divertirán de lo lindo. Usted ha hecho cuanto de su mano estaba, les ha abierto el salón para que bailen y ahora… déjelos en paz… Además, Andrei Antonovich no parece sentirse muy bien. Espero que no ocurra nada desagradable.

Pero ya era demasiado tarde.

Mientras duró la cuadrilla, Andrei Antonovich había estado observando a los danzantes con algo así como ceñuda perplejidad, y cuando se oyeron los primeros comentarios del público se puso a mirar inquieto a su alrededor cuando por primera vez notó la presencia de algunos de los que habían venido del buffet, y su rostro manifestó la más aguda extrañeza. De pronto estalló una sonora carcajada, fruto de una payasada de la cuadrilla: el editor de la «revista temible, aunque no de Petersburgo», que bailaba garrote en mano, concluyó que ya no aguantaba más los anteojos del «cuerdo pensamiento ruso» y, de pronto, sin saber dónde meterse, en la última figura se dirigió andando sobre las manos y con los pies en alto al encuentro de los anteojos, lo que se suponía que significaba la continua tergiversación del sentido común por parte de la «revista temible, aunque no de Petersburgo». Como el único que sabía andar con los pies en alto era Liamshin, él fue quien se había brindado a representar al editor del garrote. Por supuesto, Iulia Mihailovna no sabía que se iba a andar así. «¡Me lo ocultaron, me lo ocultaron!», me repetía después dolorida e indignada. Las risotadas de la gente habían sido provocadas no por la alegoría, que a nadie le importaba un comino, sino sencillamente por el espectáculo de un hombre que andaba con las manos en el suelo y los pies en el aire, en frac y con faldones. Lembke se enfureció y tembló como un azogado.

—¡Bellaco! —gritó señalando a Liamshin—. ¡Cojan al bribón y denle la vuelta…, denles la vuelta a los pies…, a la cabeza… para que la cabeza quede arriba… arriba!

Liamshin se puso de pie de un salto. Redoblaron las risas.

—¡Echen de aquí a todos los sinvergüenzas que se ríen! —ordenó Lembke.

La concurrencia empezó a refunfuñar y a reír a carcajadas.

—Eso no se puede hacer, Excelencia.

—No se puede insultar al público, señor.

—¡Tú también eres un idiota! —salió una voz de un rincón.

—¡Filibusteros! —gritó alguien desde el extremo opuesto.

Lembke se volvió al punto hacia el lugar de donde había salido el grito y se puso pálido. En sus labios apareció una sonrisa boba. Como si de súbito se hubiese enterado o acordado de algo.

—Señoras y señores —Iulia Mihailovna se dirigió a la multitud que se les venía encima. Al mismo tiempo, la señora intentaba arrastrar al marido consigo—. Señoras y señores, perdonen a Andrei Antonovich. Andrei Antonovich no se encuentra bien…, discúlpenlo…, ¡perdónenlo, señoras y señores!

Oí que decía «perdónenlo», así como suena. Todo ello ocurrió en un santiamén. Pero recuerdo bien que en ese momento mismo una parte del público se apresuraba a salir del salón como acometido de alarma, justamente después de que Iulia Mihailovna hubo pronunciado esas palabras. Incluso recuerdo el grito histérico de una mujer que decía entre lágrimas:

—¡Ay, vuelta a las andadas!

Y de pronto, en medio de esos apretujones junto a la puerta, estalló de nuevo una bomba, prueba de que se «había vuelto a las andadas».

—¡Fuego! ¡El barrio al otro lado del río está ardiendo!

Lo que no recuerdo es quién lanzó primero ese grito terrible: si alguien en las salas o, lo que es más probable, alguien que llegó corriendo de la escalera que conducía al vestíbulo; pero fue seguido de inmediato por un rugido tal que ni contarlo puedo. Más de la mitad de los asistentes al baile eran del otro lado del río, dueños o inquilinos de las casas de madera de allí. Se precipitaron a las ventanas, apartaron los cortinajes en un tris y arrancaron las persianas. Ardía el barrio entero. Era verdad que el fuego acababa de empezar, pero había prendido en tres sitios diferentes y eso era lo que aterrorizaba a todos.

—¡Es fuego intencionado! ¡Los obreros de Shpigulin! ¡Nadie más!

—¡Nos han metido aquí a todos para pegar fuego al barrio!

Este último grito, tan extraño, era el de una mujer, el grito inconsciente, involuntario, de alguien que perdía sus preciados bienes en el incendio. Todo el mundo se apelotonó a la salida. No intentaré describir las apreturas en el vestíbulo, cuando se buscaban gabanes, chalets y capotas, los chillidos de las mujeres espantadas, el llanto de las muchachas. No creo que nadie robara nada, pero no es extraño que en tal desorden algunos salieran de allí sin su ropa de abrigo por no poder encontrarla, lo cual ocasionó que por la ciudad circularan más tarde toda clase de leyendas debidamente retocadas. Lembke y Iulia Mihailovna estuvieron a punto de ser aplastados por la muchedumbre a la salida.

—¡Alto todo el mundo! ¡Que nadie salga! —gritó Lembke alargando el brazo con

gesto de amenaza a los que se agolpaban a su alrededor—. ¡Registrar a todos, sin dejar uno! ¡Vamos, deprisa!

En el salón prorrumpieron en violentos denuestos.

—¡Andrei Antonovich! ¡Andrei Antonovich! —exclamó Iulia Mihailovna en el colmo de la desesperación.

—¡Deténgala a ella primero! —chilló él, apuntándola con dedo amenazante—. ¡Regístrenla a ella primero! ¡Han organizado el baile para pegar fuego a la ciudad!

Ella lanzó un grito y cayó desmayada (esta vez el desmayo fue sin duda genuino). El príncipe, el general y yo corrimos en su auxilio; hubo otros que también prestaron ayuda en ese difícil trance, incluso algunas señoras. Sacamos a la infeliz de aquel infierno y la llevamos a su carruaje, pero no volvió en sí hasta que llegamos a su casa, y su primer grito fue una vez más para Andrei Antonovich. Con el colapso de todas sus ilusiones, lo único que le quedaba era su marido. Mandaron a buscar un médico.

Y me quedé allí una hora entera y el príncipe hizo lo propio. El general, en un impulso de generosidad (aunque también había recibido un buen susto), quería permanecer toda la noche «junto al lecho de la infeliz», pero al cabo de diez minutos se quedó dormido en un sillón de la sala, donde lo dejamos en espera todavía del médico.

El jefe de policía, que había ido a toda prisa del baile al fuego, había logrado sacar del salón a Andrei Antonovich después de salir nosotros y quería que montara en el carruaje con su esposa, tratando a todo trance de convencer a Su Excelencia de que debía «descansar». Pero por algún motivo no lo consiguió. Andrei Antonovich no quería, por supuesto, que le hablaran de descanso; lo que quería era acudir al fuego, pero eso no era razón bastante. El jefe de policía acabó por llevárselo en su propia *troika* a ver el incendio. Más tarde dijo que durante el trayecto Lembke iba gesticulando y «proponiendo a voz en cuello ideas que, por lo extraordinarias, era imposible poner en práctica». Más adelante se hizo constar en un informe oficial que en tal ocasión Su Excelencia estaba delirante a consecuencia de un *shock* traumático.

No hay por qué detallar cómo acabó el baile. En él permanecieron unas cuantas docenas de juerguistas y con ellos algunas señoras. No había policía. A la banda la obligaron a quedarse y a los músicos que intentaron irse los golpearon de lo lindo. En la madrugada se echó abajo la «tienda de Prohorych», se bebió sin tino, se bailó de la manera más descocada, se cubrieron las salas de inmundicia; y sólo al amanecer algunos de los jaraneros, borrachos perdidos, se presentaron en el lugar del incendio para cometer allí nuevos desmanes. Los demás se quedaron dormidos en los salones, beodos como cubas, tumbados en los divanes de terciopelo y en el suelo mismo. Por la mañana, tan pronto como fue posible, los sacaron a la calle arrastrándolos por los pies. Así terminó el festival a beneficio de las institutrices de nuestra provincia.

4

El incendio espantó a la gente del otro lado del río que estaba en el baile cabalmente porque había sido intencionado. Es curioso que al primer grito de «¡Fuego!» sucediera al momento otro de «¡Los obreros de Shpigulin!». Ahora consta que, en efecto, tres de ellos habían tomado parte en el incendio, pero ninguno más; los demás obreros de la fábrica fueron exculpados tanto por la opinión general como por las autoridades. Además de esos tres bribones (de los cuales uno ha sido detenido y ha confesado y los otros dos se han dado a la fuga), no hay duda de que Fedka el presidiario también participó en el incendio. Esto es todo lo que de cierto se sabe hasta el momento sobre el origen de la conflagración; pero en cuanto a conjeturas, las hay de toda índole. ¿Cuál fue el motivo que impulsó a esos tres bribones? ¿Habían o no cumplido instrucciones de alguien? A estas preguntas es difícil contestar incluso hoy.

El fuego, por el fuerte viento y porque casi todas las casas de ese arrabal eran de madera y habían sido incendiadas en tres sitios distintos a la vez, se extendió velozmente y envolvió una cuarta parte del barrio con increíble furia (en realidad, había sido prendido en dos puntos extremos; el tercer incendio había sido atendido a tiempo y dominado casi al instante mismo de empezar, de lo cual nos ocuparemos más adelante). Sin embargo, los periódicos de Petersburgo y Moscú exageraron el alcance de nuestro infortunio; ardió no más (y quizá menos) de una cuarta parte del arrabal, hablando en términos generales. Nuestro cuerpo de bomberos, aunque insuficiente para la extensión y la población de nuestra ciudad, actuó, no obstante, con gran eficacia y devoción. Pero no habría podido hacer gran cosa, aun con la enérgica ayuda del vecindario, si el viento, que se calmó de improviso al amanecer, no hubiera cambiado de dirección. Cuando llegué al arrabal, sólo una hora después de nuestra huida del baile, el fuego estaba en su apogeo. Ardía una calle entera paralela al río. Había tanta luz como de día. No trataré de describir en detalle el cuadro que ofrecía el incendio: ¿quién no lo conoce en Rusia? En las calles contiguas a la que ardía el barullo y las apreturas eran extraordinarios. Se suponía que el fuego se propagaría de seguro por allí y los vecinos sacaban sus enseres, pero no abandonaban sus viviendas y, a la expectativa, seguían sentados en los baúles y colchones que habían sacado, cada uno bajo sus propias ventanas. Parte del vecindario masculino se ocupaba en la dura labor de derribar las empalizadas y aun de echar abajo tugurios enteros que estaban cerca del fuego o del lado de donde venía el viento. Sólo lloraban los niños a quienes acababan de despertar y gemían las mujeres que habían conseguido rescatar sus ajuares. Los que todavía no lo habían conseguido proseguían su trabajo en silencio y los iban sacando resueltamente a la calle. Las chispas y las ascuas volaban por todos lados y se intentaba apagarlas en lo posible. Junto al fuego

mismo se agolpaban los espectadores que habían venido corriendo de todos los puntos de la ciudad. Unos ayudaban a extinguirlo, otros se limitaban a mirarlo. Un gran incendio nocturno produce siempre una impresión tan provocativa como excitante; de ahí el atractivo de los fuegos artificiales; pero en el caso de la pirotecnia, la disposición del fuego en pautas regulares y graciosas, al par que la falta total de peligro, producen un efecto jovial y ligero, análogo al de una copa de champaña. Un incendio real es algo muy diferente, ahí el horror y cierta sensación de peligro personal, junto con la notoria impresión excitante de un incendio nocturno, producen en el espectador (por supuesto, si no es su casa la que arde) una conmoción y un reto, por así llamarlo, al instinto de destrucción que, ¡ay!, yace en el espíritu de todo hombre, aun en el del más pusilánime y hogareño funcionario público de baja categoría… Esta oscura sensación causa siempre deleite. «Yo, la verdad, no sé si es posible contemplar un incendio sin sentir algún placer». Esto, al pie de la letra, fue lo que me dijo Stepan Trofimovich cuando volvió de un incendio nocturno que había presenciado por casualidad, y todavía bajo la primera impresión que le produjo. Ello no quita, por descontado, que quien gusta de los incendios nocturnos se lance sin vacilar a las llamas para salvar a un niño o a una anciana; pero eso ya es otra cuestión.

Siguiendo de cerca la multitud de curiosos, llegué sin tener que preguntar al sitio principal y más peligroso, donde por fin vi a Lembke, a quien venía a buscar por encargo de la propia Iulia Mihailovna. Su situación era sorprendente, insólita. Estaba de pie sobre una valla destrozada; a treinta pasos a su izquierda se alzaba el esqueleto ennegrecido de una casa de madera de dos pisos, ya casi carbonizada del todo, con agujeros en lugar de ventanas, el techo hundido, y llamas que aún culebreaban entre el rescoldo de las vigas. En el fondo del patio, a unos veinte pasos de la casa incendiada, empezaba a arder una casita anexa a aquélla, también de dos pisos, y a salvarla iban encaminados los ímprobos esfuerzos de los bomberos. A la derecha, los bomberos y los que no lo eran concentraban sus afanes en un edificio grande de madera que no ardía, aunque en él había prendido ya el fuego algunas veces, y estaba condenado a arder sin remisión. Lembke gritaba y gesticulaba ante la casita y daba órdenes que nadie cumplía. Pensé al principio que lo habían dejado allí adrede y que nadie se ocupaba ya de él. En todo caso, aunque rodeado por una densa y abigarrada multitud, en la que junto a personas de toda condición se veía a algunos caballeros y aun al arcipreste de la catedral, y aunque todos lo escuchaban con curiosidad y asombro, nadie trataba de hablar con él o llevárselo de allí. Pálido y con ojos fulminantes, Lembke decía las cosas más extrañas; para colmo, tenía la cabeza al descubierto, pues había perdido el sombrero hacía largo rato.

—¡Es un incendio intencionado! ¡Esto es nihilismo! ¡Si algo arde, es nihilismo! —le oí gritar, casi con espanto; y aunque ya no había de qué asombrarse, la realidad

siempre tiene algo de chocante.

—Excelencia —dijo un guardia que de pronto corrió a su lado—, ¿no sería mejor que se fuera a descansar a casa…? Porque es peligroso para Vuestra Excelencia incluso permanecer aquí…

Este guardia, según supe después, había sido destinado por el jefe de policía a vigilar de cerca a Andrei Antonovich y tratar a todo trance de llevárselo a casa, y en caso de peligro recurrir incluso a la violencia, encargo que a todas luces era superior a sus fuerzas.

—Secarán las lágrimas de los siniestrados, pero reducirán a cenizas la ciudad. Son esos cuatro granujas, cuatro y medio. ¡Que detengan al granuja! No es más que él, porque los otros cuatro y medio son víctimas de la calumnia. Se insinúa rastreramente en la honra de las familias. Se han aprovechado de las instituciones para pegar fuego a las casas. ¡Es una vergüenza! ¡Una vergüenza! ¡Ay! Pero, ¿qué hace ese hombre? —gritó al ver a un bombero en el caballete del tejado de la casita que ardía; bajo él, el incendio había consumido ya el resto del tejado y a su alrededor prendían las llamas—. ¡Bajadlo, bajadlo! ¡Que se va a caer! ¡Que se va a prender fuego! ¡Apagadlo! Pero ¿qué hace allí?

—Está apagando el fuego, Excelencia.

—Difícilmente podrá hacerlo. El fuego está en el cerebro de la gente, no en el tejado de las casas. ¡Bajadlo y dejad lo demás! ¡Es mejor dejarlo todo! ¡Dejarlo todo! ¡Que se apague por sí solo! Dios santo, ¿quién está llorando ahí? ¡Una vieja! ¡Está chillando una vieja! ¿Cómo es que la habéis olvidado?

Efectivamente, en la planta baja de la casita en llamas gritaba una anciana, pariente octogenaria de un comerciante dueño de la vivienda. Pero no la habían olvidado, sino que había vuelto a la casa cuando aún era posible con la idea insensata de sacar su jergón de un rincón al que aún no habían llegado las llamas. Jadeando por causa del humo y chillando por el calor, puesto que el cuchitril estaba ardiendo, trataba a toda costa de hacer salir el jergón, empujándolo con sus manos débiles, por el marco de una ventana ya sin cristales. Lembke corrió a ayudarla. Todos vieron cómo se precipitaba a la ventana, agarraba el jergón de una punta y, con toda la fuerza de que era capaz, empezaba a sacarlo del marco a tirones. Por desgracia, en ese mismo momento se desprendió del tejado un tablón y cayó sobre el infeliz. No lo mató, pues sólo le dio de refilón en el cuello, pero bastó para dar fin a la carrera de Andrei Antonovich, al menos en nuestra provincia; el golpe lo derribó y cayó al suelo sin sentido.

Despuntó, por fin, el alba, adusta y sombría. Menguó el incendio; después del viento llegó de improviso la calma, acompañada poco después por una llovizna que caía lentamente, como a través de una criba. Para entonces estaba yo en otro sector del arrabal, lejos del sitio donde Lembke había sufrido el golpe, y allí, entre la

muchedumbre, oí comentarios extrañísimos. Se había descubierto un hecho insólito: en el confín del arrabal, en un descampado que había más allá de las huertas, a no menos de cincuenta pasos de otros edificios, se alzaba una casita de madera, recién construida, y esa casa aislada había ardido al comienzo del incendio, casi antes que las demás. Aun si se hubiera quemado del todo, no habría podido propagar sus llamas a otros edificios de la ciudad; y al revés, aun si se hubiera quemado el arrabal entero, esa casa habría sido la única en quedar indemne por muy fuerte que hubiese sido el viento. Resultaba, pues, que había ardido separadamente, y que, por lo tanto, algo extraño había en ello. Pero lo significativo era que no había ardido por entero, y que en su interior, al romper el día, fueron descubiertas cosas sensacionales. El dueño de esa casa nueva, un artesano que vivía en un barrio contiguo, corrió a ella en cuanto vio el fuego y logró apagarlo, dispersando con ayuda de unos vecinos los leños en llamas que habían sido apilados junto a una de las paredes laterales. Pero en la casa había inquilinos; un capitán bien conocido en la ciudad, su hermana y una criada anciana; y estos tres inquilinos, el capitán, su hermana y la criada, habían sido asesinados durante la noche y, por lo visto, robados. (Fue ahí adonde se había dirigido el jefe de policía cuando Lembke trataba de rescatar el jergón).

A la mañana se difundió la noticia, y una enorme masa de gente de toda índole, incluso los siniestrados por el incendio del arrabal, corrieron al descampado y la nueva casa. Tanta gente se aglomeró allí que era difícil abrirse paso. Al momento me dijeron que habían encontrado al capitán degollado, vestido y sobre un banco, que seguramente lo habían asesinado cuando estaba ebrio y no se había dado cuenta de nada, y que había sangrado «como un toro»; que su hermana, María Timofeyevna, había sido «cosida a puñaladas» y yacía en el suelo junto a la puerta, de modo que seguramente había estado despierta y había resistido y forcejeado con el asesino. La criada, que probablemente había estado despierta también, tenía hundido el cráneo. Según el dueño de la casa, el capitán había ido a visitarlo en la mañana de la víspera. Estaba borracho, presumía del mucho dinero que tenía y le enseñó unos doscientos rublos. En el suelo encontraron vacío el viejo portamonedas verde del capitán; pero el baúl de su hermana estaba intacto, lo mismo que la montura de plata del icono; tampoco se había tocado la ropa del capitán. Quedaba claro que el ladrón llevaba prisa, que era alguien que conocía los asuntos del capitán y había venido sólo por el dinero y que sabía dónde encontrarlo. Si el dueño de la casa no hubiera llegado en ese momento, la leña encendida seguramente habría prendido fuego a la casa y «habría sido difícil conocer la verdad a la vista de los cadáveres calcinados».

Así me contaron el caso. Se añadía otro detalle, a saber, que quien había alquilado esa vivienda para el capitán y su hermana no había sido otro que Stavrogin, Nikolai Vsevolodovich, hijo de la generala Stavrogina, que él mismo había venido a cerrar el trato y hubo de recurrir a la persuasión porque el dueño de la casa no quería alquilarla

por destinarla a taberna, pero que Nikolai Vsevolodovich no regateó en cuanto al alquiler y pagó medio año por adelantado.

—El incendio no ha sido casual —se oía decir entre el gentío.

Pero la mayoría callaba. Las caras eran torvas, pero no eché de ver señales de indignación. En torno de mí, sin embargo, se seguía hablando de Stavrogin, de que la mujer asesinada era su esposa, de que la víspera había raptado «en forma deshonesta» a una muchacha, hija de la generala Drozdova, una de las mejores familias de la ciudad, y de que por ello se había presentado una denuncia ante las autoridades de Petersburgo. Se decía también que indudablemente su mujer había sido asesinada para que él pudiera casarse con la señorita Drozdova.

Skvoreshniki estaba sólo a dos versas y media, y recuerdo haber pensado si no debería ir a avisarles. Por otra parte, no vi a nadie que estuviera tratando de soliviantar a la multitud, aunque entre ella, si he de ser sincero, vi a dos o tres de los truhanes del buffet que por la mañana habían acudido al incendio y a quienes reconocí al momento. Recuerdo en particular a un sujeto de la clase artesana, alto y delgado, de pelo rizado, bebedor habitual y tan sucio que parecía untado de hollín. Era cerrajero de oficio, según supe después. No estaba borracho, pero en contraste con la muchedumbre ceñuda y pasiva, daba muestras de enajenación. No cesaba de hablar a los allí congregados, pero no recuerdo sus palabras. Todo lo que decía de forma coherente se reducía a «Muchachos, ¿qué es eso? ¿Es que no vamos a hacer nada?», y al decirlo gesticulaba con los brazos en alto.

TERCER CAPÍTULO:
Final de unos posibles amores

1

El incendio se veía con absoluta claridad desde el salón de Skvoreshniki (el mismo salón donde se entrevistaron por última vez Varvara Petrovna y Stepan Trofimovich). Cuando amanecía, a las seis, Liza contemplaba desde la última ventana de la derecha, el rojizo resplandor que se apagaba en el cielo. Estaba sola en la habitación. Usaba el vestido de la víspera, el mismo de fiesta en que había asistido a la «lectura»: espléndido, verde claro y cubierto de encaje pero ahora estaba un poco arrugado, puesto deprisa y con descuido. De pronto notó que no había abrochado bien el corpiño, se ruborizó, se lo arregló correctamente, recogió el chal rojo que había tirado sobre el sillón el día anterior y se lo puso en el cuello. Su abundante cabellera caía en bucles desordenados sobre el hombro derecho por debajo del chal. Tenía cara de cansancio y preocupación, pero a pesar de su gesto adusto, le brillaban los ojos. Una vez más volvió a la ventana y apoyó la cabeza ardiente sobre el frío cristal. Cuando se abrió una puerta, entró Nikolai Vsevolodovich.

—He mandado a un joven a caballo con un encargo —dijo—. En diez minutos sabremos todo. Mientras tanto, la servidumbre habla sobre el incendio provocado en el arrabal al otro lado del río, en la orilla, a la derecha del puente. El fuego que se inició a la medianoche ahora se está apagando.

No se acercó a la ventana, se detuvo a tres pasos de Liza, pero ella ni se movió para mirarlo.

—Según el calendario debería haber amanecido hace una hora, pero es casi de noche todavía —dijo ella irritada.

—Los calendarios suelen mentir —dijo él con amable sonrisa, pero sintió vergüenza y aclaró—: No tiene sentido vivir pendiente del calendario, Liza.

Molesto consigo mismo por la nueva tontería que había dicho, dejó de hablar. Liza sonrió con afectación.

—Está usted tan triste, que noto que ni siquiera puede hablarme. Pero serénese, lo que dice es cierto: vivo siempre según el calendario. Cada paso que doy se ajusta al calendario. ¿Le sorprende?

Se alejó rápidamente de la ventana y se sentó en un sillón.

—Siéntese, por favor. No nos queda mucho tiempo para estar juntos y quiero hablar con franqueza… ¿Por qué no lo hace también usted?

Nikolai Vsevolodovich se sentó a su lado y con gran cuidado, que se podría entender como gran timidez, le tomó la mano.

—¿Qué quieres decirme con todo esto, Liza? ¿De dónde has sacado estas maneras? ¿Qué quieres decir con eso de que «no nos queda mucho tiempo para estar juntos»? Se trata ya de la segunda frase misteriosa que debo escucharte decir desde que te despertaste.

—¿Lleva la cuenta ahora usted de mis frases misteriosas? —rió ella—. ¿Recuerda que anoche cuando entré aquí dije que era una mujer muerta? Veo que usted ha considerado necesario olvidarse de ello. Olvidarlo o no notarlo.

—No comprendo, Liza. ¿Qué significa muerta? Hay que vivir porque…

—¿No continúa? Ha terminado su locuacidad. Yo tuve mi momento en este mundo y eso basta. ¿Recuerda a Hristofor Ivanovich?

—No —dijo él frunciendo el ceño.

—¿Hristofor Ivanovich? ¿En Lausana? Se aburría usted muchísimo con él. El hombre éste entornaba la puerta, pasaba su cabeza mientras decía: «Vengo sólo un minuto» y se quedaba todo el día. Muy bien, no quiero parecerme a Hristofor Ivanovich y pasar aquí el santo día.

Él dejó ver una expresión de dolor.

—Liza, no me gusta ese modo malsano de hablar. Es además una actitud absolutamente negativa, sólo puede traerle daño. ¿Y todo esto, para qué? ¿Con qué objetivo? —le brillaban los ojos—. ¡Liza —exclamó—, te juro que ahora te quiero más que ayer, cuando viniste!

—¡Qué extraña confesión! ¿Por qué ayer y hoy y por qué esas comparaciones?

—No me dejarás, ¿verdad? —continuó él casi desesperado—. Hoy mismo nos iremos juntos, ¿qué piensas?

—¡No me apriete tanto la mano, que me lastima! ¿Y a dónde iríamos juntos hoy? ¿Donde otra vez pudiéramos «resucitar de entre los muertos»? No, basta ya de experimentos…; esto es excesivamente lento para mí. Además, tampoco soy capaz. Es muy apresurado. Si vamos a alguna parte, será a Moscú, a hacer visitas y recibirlas. Sabe usted que ése es mi ideal. Nunca le he ocultado qué clase de persona soy, ni siquiera en Suiza. Y ya que no podemos ir a Moscú y hacer visitas porque usted está casado, no veo por qué debemos hablar de este asunto.

—Liza, ¿entonces qué pasó ayer?

—Lo que pasó ayer ya ha pasado.

—¡Es imposible! ¡Es cruel!

—Lo es. Sopórtelo porque en verdad es cruel.

—Se está vengando de mí por el capricho de ayer —murmuró él sonriendo con malicia. Liza enrojeció.

—¡Cuánta mezquindad!

—¿Entonces por qué me ofreció usted… «tanta felicidad»? Tengo derecho a saberlo.

—No. Tendrá usted que acostumbrarse a vivir sin derechos. No haga que la estupidez acentúe aún más la mezquindad de sus suposiciones. Por cierto, ¿es que le teme usted a la opinión pública? ¿Que lo censuren por «tanta felicidad»? Si es así, no se preocupe. No tiene usted la culpa de lo que pasó, usted no es responsable de nada.

Ayer, cuando abrí la puerta de esta casa, usted ni siquiera sabía quién iba a entrar. Sí, en efecto, fue sólo un capricho mío, como acaba usted de decir; nada más. Puede usted mirar a cualquiera cara a cara, con aire cándido y triunfal.

—Tus palabras y esa sonrisa me hielan de espanto desde hace una hora. Esa «felicidad» de la que hablas con tanto rencor significa… todo para mí. ¿Cómo viviré sin ti ahora? Te juro que ayer te quería menos. ¿Por qué me quitas todo hoy? ¿Sabes lo que era para mí esta nueva esperanza? He pagado por ella con la vida.

—¿La propia o la ajena?

Él se puso de pie de un salto.

—¿Qué quieres decir con eso? —interpeló mirándola fijamente.

—Saber si ha pagado por ella con su vida o con la mía; eso es lo que he preguntado. ¿O es que ya ni siquiera comprende usted? —Liza preguntó sonrojándose—. ¿Por qué este sobresalto de pronto? ¿Por qué me mira de ese modo? Me asusta usted. ¿Qué teme? Hace tiempo que noto que usted tiene miedo, ahora, precisamente ahora, en este instante… ¡Santo cielo, qué pálido está usted!

—Liza, si sabes algo, te juro que yo no… y que no hablaba en absoluto *de eso* cuando decía lo de pagar con la vida…

Finalmente, una sonrisa lenta y pensativa brotó de sus labios. Se sentó despacio, apoyó los codos en las rodillas y se cubrió el rostro con las manos.

—Un mal sueño, una pesadilla… Hablábamos de dos cosas distintas.

—Yo no sé de qué hablaba usted… ¿En verdad no sabía ayer que lo dejaría hoy? ¿Lo sabía o no lo sabía? No mienta, ¿sí o no?

—Sí, lo sabía… —confesó él con voz opaca.

—Entonces ¿qué más quiere? Lo sabía usted y se «reservó» ese momento. ¿Qué otras cuentas nos quedan por arreglar?

—Dime toda la verdad —gritó él profundamente acongojado—. Ayer, cuando abriste mi puerta, ¿sabías que la abrías sólo por una hora?

Ella lo miró con aborrecimiento.

—Evidentemente la persona más seria puede hacer las preguntas más inesperadas. ¿Qué lo preocupa a usted tanto? ¿Que una mujer lo deje a usted primero y no usted a ella? Sepa, Nikolai Vsevolodovich, que mientras he estado aquí me he dado cuenta de que usted ha sido considerablemente generoso conmigo, y eso no puedo soportarlo.

Él se levantó y caminó apenas unos pasos por la habitación.

—Bien. Supongo que así debía terminar la cosa… Pero ¿cómo ha podido ocurrir todo esto?

—¿Y eso qué importa? Lo que importa es que usted lo sabe perfectamente y lo entiende mejor que nadie. Además, usted ya sabía que las cosas iban a ocurrir de este modo. Soy una señorita de la buena sociedad, mi corazón se ha formado en la ópera. Fue así como todo empezó. Ésa es la única explicación.

—No comprendo.

—No debe sentirse herido en su vanidad. Todo comenzó como algo muy bello, que no he podido prolongar. Anteayer, cuando lo «insulté» ante todos y usted me contestó como un respetuoso caballero, llegué a casa e inmediatamente sospeché que usted me rechazaba por estar casado y no por despreciarme simplemente, y eso fue, siendo yo una señorita de buena sociedad, lo que más temía. Imaginé, qué ilusa, que usted estaba intentando protegerme al evadirme. En este errado pensamiento puede advertir usted cuánto aprecio su generosidad. Fue en ese momento en que apareció Piotr Stepanovich para aclararme todo. Él me confió que usted no sabe qué decisión tomar con respecto a una gran idea que tiene, idea ante la cual ni él ni yo somos nada, pero que en todo caso yo soy un obstáculo para usted. Dijo que él también estaba involucrado; quería que los tres siguiéramos unidos y me habló de historias harto fantasiosas que incluyen un barco y unos remos de arce de una canción rusa. Le di mis felicitaciones por su excelsa condición de poeta, cumplido que aceptó como si fuera sincera. Y como yo sabía además que mi arrojo sólo duraría un momento, decidí dar el paso. Eso es todo y nada más; ya no más explicaciones, por favor. Acabaríamos peleando. No tema usted a nadie, que yo me echo toda la culpa. Soy una chica perversa, antojadiza. Fue ese barco de ópera lo que me sedujo. Soy una señorita… Y, ¿sabe?, seguía creyendo que estaba usted enamoradísimo de mí. No desprecie a una tonta ni se ría de esta lagrimita que acabo de lanzar. Me gusta muchísimo llorar cuando «tengo lástima de mí misma». Pero basta, basta. No sirvo para nada, ni usted tampoco sirve para nada. Los dos hemos fallado, cada uno a su manera; consolémonos con eso. Al menos así no sufrirá nuestra vanidad.

—¡Una pesadilla! —gritó Nikolai Vsevolodovich retorciéndose las manos y deambulando por la sala—. Pobrecita Liza, ¿qué has hecho de ti?

—Me he quemado los dedos y nada más. ¿También usted llora? Pórtese con más decoro, sea indiferente…

—¿Por qué, por qué viniste?

—¿No se da cuenta de que se está poniendo en ridículo ante la opinión pública con esta clase de preguntas?

—¿Por qué te has arruinado de manera tan horrible y tan estúpida? ¿Qué haremos ahora?

—¿Y éste es Stavrogin, el «vampiro» Stavrogin, como gusta nombrarlo una señora de aquí que está enamorada de usted? Que le quede claro. He cambiado mi vida entera por una hora y estoy satisfecha. Cambie usted también la suya…, pero, claro, usted no tiene por qué hacerlo. Tendrá todavía muchas «horas» y muchos «momentos».

—Los mismos que tú. Te doy mi palabra formal. ¡Ni una hora más que tú!

Él seguía caminando por la sala y no vio la fugaz pero penetrante mirada de Liza

en la que de pronto parecía asomar la esperanza. Pero ese rayo de luz se apagó al momento.

—¡Liza, si supieras lo que me cuesta mi imposible sinceridad de ahora! ¡Si pudiera revelarte…!

—¿Revelarme? ¿Quiere usted revelarme algo? ¡Dios me proteja de sus revelaciones! —con cara dominada por el terror dijo esto último. Él, contenido, esperó inquieto.

—Debería decirle que ya cuando estábamos en Suiza presentí que escondía en lo más profundo de su alma algo horroroso, repugnante y sangriento, algo que al mismo tiempo lo hace parecer sumamente ridículo. Ahórrese decirme si es verdad, porque haré de usted el hazmerreír de la gente. Me reiré de usted el resto de su vida… ¡Ay! ¿Se pone pálido otra vez? ¡No lo haré, no lo haré! Ya me voy —dijo levantándose de pronto con gesto despectivo.

—¡Hostígame, mátame, descarga en mí tu rabia! —gritó él desesperado—. Estás en todo tu derecho. Sabía que no te quería y te he deshonrado. Sí, «me reservé el momento». Tenía la esperanza… No pude resistir el fulgor que me llegó al corazón cuando por voluntad propia viniste anoche, sola. De pronto creí que te quería… Casi lo podría creer ahora.

—A tal acto de sinceridad le respondo con la misma moneda: no quiero jugar el papel de una enfermera caritativa. Es posible que finalmente sea una enfermera si no encuentro manera conveniente de morir pronto; pero si llego a serlo, no lo seré para usted, aunque sin duda lo necesita más que un cojo o un manco. Siempre he creído que usted me llevaría a un lugar donde habría una araña enorme y maligna, del tamaño de un hombre, y que allí pasaríamos toda la vida observándola y temiéndole. En eso acabaría nuestro amor. Vuelva usted a Dasha; ésa irá con usted adonde quiera llevarla.

—Y usted no puede dejar de recordarla incluso ahora.

—¡Pobre perrita! Déle mis saludos. ¿Sabe ella que ya en Suiza se la reservaba usted para la vejez? ¡Hay que ver lo considerado que es usted! ¡Qué previsión! ¡Ay! ¿Quién está ahí?

En el fondo de la sala se entreabrió una puerta, asomó una cabeza y enseguida desapareció.

—¿Eres tú, Aleksei Yegorovich? —preguntó Stavrogin.

—No, soy sólo yo —dijo Piotr Stepanovich medio asomándose de nuevo—. ¿Cómo está usted, Lizaveta Nikolayevna? En todo caso, buenos días. Sabía que los encontraría en esta sala. Vengo sólo un momento, Nikolai Vsevolodovich. Lo lamento, pero necesito absolutamente decirle dos palabras…, apenas dos.

Stavrogin fue hacia la puerta, pero a los tres pasos se volvió a Liza.

—Liza, si ahora oyes algo quiero que sepas que la culpa es mía.

Ella se estremeció y le miró recelosa, pero él salió apresuradamente de la sala.

2

Piotr Stepanovich se había asomado desde una amplia antesala de forma oval. Hasta ese momento Aleksei Yegorovich había estado sentado allí, pero apenas llegó, el visitante le ordenó que se fuera. Nikolai Vsevolodovich cerró tras de sí la puerta de la sala y se dispuso a escuchar. Piotr Stepanovich le lanzó una mirada fugaz e indagadora.

—Bueno, ¿qué pasa?

—Ya lo sabe muy bien —empezó Piotr Stepanovich con rapidez, como intentando horadar con los ojos el alma de Stavrogin—, entonces ninguno de nosotros, por supuesto, tiene la culpa de nada y usted menos que nadie, porque… es una coincidencia tal…, una combinación de circunstancias…, en fin, que legalmente no pueden probar nada contra usted, y he venido a decírselo lo más pronto que pude.

—¿Abrasados? ¿Asesinados?

—Asesinados, pero no abrasados; eso sí que es mala suerte. Pero le doy mi palabra de honor de que yo no tengo la culpa, por mucho que sospeche usted de mí…, porque quizá sospecha de mí, ¿no es eso? ¿Quiere que le diga la verdad? Lo cierto es que a mí se me cruzó tal idea; usted mismo me la dio, no en serio, claro está, sino en broma (usted nunca habría dicho en serio semejante cosa), pero no lograba decidirme, y no lo habría hecho por nada del mundo, ni por cien rublos, porque en ello no hay ventaja alguna, quiero decir para mí, para mí… —se apresuraba mucho y no daba tregua a la lengua—. Pero vea qué coincidencia de circunstancias. Di a ese borrachín idiota de Lebiadkin doscientos treinta rublos de mi propio bolsillo (observe que fueron de mi propio bolsillo; del de usted no ha salido ni un rublo, y lo principal es que usted mismo lo sabe). Eso fue a última hora de anteayer; preste usted atención que fue anteayer, y no ayer después de la «lectura»; tome nota, porque es una coincidencia muy importante, ya que entonces no sabía yo con certeza si Lizaveta Nikolayevna vendría aquí o no; le di mi propio dinero sólo porque usted tuvo la idea brillante de revelar su secreto a todo el mundo… Pero en eso no me meto…, eso es asunto de usted…, el gesto de un caballero…; ahora bien, debo confesar que la noticia me dejó anonadado. Y como ya estaba hasta la coronilla de esas tragedias (y note que hablo en serio aunque utilice términos populares) porque en definitiva estorban a mis planes, juré quitarme de encima a los Lebiadkin a toda costa y sin que usted lo supiera, enviándolos a Petersburgo, sobre todo sabiendo que él mismo estaba deseando ir allá. Sin embargo, cometí un error, di el dinero en nombre de usted. ¿Fue un error o no? Quizá no lo fuera, ¡eh! Escuche ahora, escuche cómo terminó la cosa…

En pleno fuego de la conversación se acercó a Stavrogin y estuvo a punto de agarrarlo de la solapa. Stavrogin lo tomó con fuerza del brazo.

—¿Qué demonios…? ¡Basta, hombre…, me lo va a quebrar…! Lo importante es cómo terminó todo. A la noche le entregué dinero suficiente para que él y su hermana se fueran al otro día bien temprano; le encargué esa tarea al rufián de Liputin, es decir que fuera él quien los pusiera en el tren y los despidiera. Pero el tramposo de Liputin pretendió hacer una broma…, quizá lo haya usted oído ya. En la «lectura». Escuche, escuche: los dos estuvieron bebiendo y escribiendo versos, de los que la mitad eran de Liputin. Éste le puso a Lebiadkin un frac; y mientras a mí me decía que lo había metido en el tren esa mañana, lo tuvo escondido en un cuartito de atrás para empujarlo oportunamente a la plataforma. Lebiadkin, enseguida ya estaba borracho y ahí comenzó el escándalo. Al capitán lo llevaron a su casa más muerto que vivo, mientras Liputin le sacaba doscientos rublos. Pero, por desgracia, parece que esa mañana el capitán para presumir había mostrado esos doscientos rublos donde no debía. Y como eso era lo que estaba esperando Fedka, que había oído algo de ello en casa de Kirillov (la alusión de usted, ¿recuerda?), decidió aprovecharse. Ésa es toda la verdad. Por mi parte me parece muy bueno que Fedka fallara al hallar el dinero, porque el muy bandido esperaba hallar mil rublos. Buscó demasiado rápido por temor a las brasas… Le soy sincero, ese incendio ha sido un golpe duro para mí. No, la verdad es que ha sido algo espantoso. Eso es despotismo… En fin, ya ve; espero tanto de usted que no le oculto nada… Bueno, sí, la idea de provocar el incendio ha rondado mi cabeza más de una vez pero también es verdad que lo pensaba como recurso para más adelante, para ese momento precioso en que todos nos levantaríamos y… Y ahora ellos deciden ponerla en práctica por cuenta propia y sin órdenes de hacerlo. En suma, que no sé nada con certeza. He oído hablar de dos obreros de Shpigulin…, pero si han intervenido en esto algunos de los *nuestros*, si uno solo de ellos es responsable, ¡pobre de él! No, esta chusma democrática con sus grupos de cinco no es muy útil, lo que aquí se necesita es una magnífica y despótica voluntad, encarnada en un ídolo, apoyada en algo firme y ajena a todo… Entonces hasta los grupos de cinco se meterán el rabo entre las piernas sin chistar y se dedicarán servilmente a ser útiles cuando sean requeridos por una autoridad. De todos modos ya corre el rumor de que en realidad lo que sucedió es que Stavrogin quemó toda la ciudad porque en realidad lo que quería era quemar a su mujer…

—¿Ya hay rumores?

—Bueno, todavía no; la verdad es que no he oído absolutamente nada. Pero ¿qué se puede esperar de la gente, sobre todo de los que han perdido sus casas en el incendio? *Vox populi, vox Dei.* ¿Tardaría mucho en cundir un estúpido rumor como ése? Pero, en realidad, usted no tiene nada que temer. Legalmente es usted inocente, y su conciencia nada tiene que reprocharle, porque usted no quiso que ocurriera eso, ¿verdad? ¿Verdad que no lo quiso? No hay prueba alguna, sólo una coincidencia… A menos que Fedka recuerde aquellas palabras imprudentes que dijo usted en casa de

Kirillov (¿y por qué las dijo usted?), pero tampoco eso prueba nada, además a Fedka se le tapa la boca hoy mismo, yo me encargo…

—¿Los cadáveres no quedaron carbonizados?

—En absoluto. Esta pobre gente no hace nada como Dios manda. Yo, al menos, me alegro de que esté usted tan tranquilo…, porque si bien no tiene culpa de nada, ni siquiera mentalmente… ya sabe lo que pasa. Y, además, confiese que esto le viene de maravillas: ahora usted es viudo, libre y puede casarse con una muchacha guapísima que por otra parte cuenta con muchísimo dinero y, como si todo esto no alcanzara, ya está en sus manos.

—Idiota, ¿me está amenazando?

—Conque idiota, ¿eh? ¡Vaya, vaya, y con qué tono lo dice! Cualquiera en su lugar se alegraría, pero usted… He venido corriendo a avisarle cuanto antes… ¿Y por qué lo amenazaría? ¿Qué ganaría con las amenazas? Lo que necesito es su buena y libre voluntad, y no que venga a mí por miedo. Usted es la luz y el sol… Soy yo el que le teme a usted, y no usted a mí. Yo no soy Mavriki Nikolayevich… Cuando venía en mi coche volando hacia aquí vi a Mavriki Nikolayevich junto a la valla en el fondo de su jardín… con el gabán empapado; ¡habrá estado allí toda la noche! ¡Qué rareza! ¡Hay que ver hasta dónde puede llegar la locura de la gente!

—¿Mavriki Nikolayevich? ¿De verdad?

—De verdad, de verdad. Estaba sentado junto a la valla del jardín…, pienso que está a unos treinta pasos de aquí. Pasé junto a él a la carrera, pero me vio. ¿Usted no lo sabía? Entonces me alegro de haberle avisado. Un sujeto como ése puede resultar muy peligroso si lleva revólver. Además, siendo de noche, y con el lodo que hay, y con el resentimiento natural… ¡Porque hay que ver la situación en que queda! ¡Ja, ja! ¿Por qué está allí cree usted?

—Porque está esperando a Lizaveta Nikolayevna.

—¡Ajá! ¿Y por qué ella se iría con él? ¡Y con esta lluvia! ¡Qué idiota!

—Ella se irá.

—¡No me lo diga! ¡Ésa sí que es noticia! Por lo tanto… Pero, escúcheme, la situación de ella ha cambiado por completo. ¿Para qué querría ahora a Mavriki? Ahora usted es libre, viudo, y puede casarse con ella mañana mismo. Ella todavía no lo sabe, pero déjemelo a mí, que lo arreglo todo en un periquete. ¿Dónde está? Hay que darle la gran noticia.

—¿La gran noticia?

—Claro, vamos.

—¿Y usted piensa que no va a adivinar lo que significan esos cadáveres? —preguntó Stavrogin frunciendo el ceño nervioso.

—Claro que no —contestó Piotr Stepanovich como si no se diera cuenta de nada —, porque comprenda que legalmente… ¿Y si lo adivina, qué? Las mujeres saben

cómo sacarse de encima esas cosas. ¡Cómo se ve que no conoce usted todavía a las mujeres! Además, a ella le conviene casarse con usted, porque evidentemente se ha puesto en situación comprometida. Sin contar que yo ya le he hablado de lo del «barco». Porque noté que lo del «barco» le causaba efecto, ya que es ese tipo de chica. No se preocupe, que ella pasará por encima de esos tres cadáveres como si tal cosa, sobre todo sabiendo que usted es completamente inocente, ¿verdad? Ella mantendrá en reserva esos cadáveres sólo para echárselos en cara cuando lleven casados dos o tres años. Toda mujer, cuando se casa, se reserva algo por el estilo del pasado de su marido, pero ya para entonces, ¿qué no pasará en un año? ¡Ja, ja, ja!

—Si ha venido usted en coche, llévela adonde está Mavriki Nikolayevich. Acaba de decirme que no me soporta, que me deja. De modo que no aceptará el mío.

—Entonces, ¿es cierto que se va? ¿Por qué motivo? —preguntó Piotr Stepanovich con mirada atontada.

—Pude comprender esta misma noche que en realidad no la quiero… cosa que, de alguna manera, supe siempre.

—¿Y eso es cierto? —preguntó Piotr Stepanovich sinceramente sorprendido—. Porque si eso es cierto, ¿por qué razón anoche dejó usted que se quedara? ¿Por qué, como hombre honrado, no le dijo ahí mismo que no la quería? Ha actuado como un verdadero miserable; y además me ha hecho quedar a mí también como un miserable.

Stavrogin lanzó una carcajada.

—Me estoy riendo de mi mono —explicó seguidamente.

—¡Ah! Ha notado usted que me estaba haciendo el tonto —y Piotr Stepanovich también empezó a reír alegremente—. Quise darle un rato de diversión. En cuanto vino a verme vi enseguida en su cara que «no había tenido suerte». Quizás incluso que había sido un completo fracaso. Apuesto —exclamó casi sofocado de placer— a que han pasado ustedes la noche entera en la sala, sentados uno junto a otro, malgastando un tiempo precioso en hablar de algo noble y elevado… Pero perdone, perdone; no es asunto mío. Yo ya estaba seguro ayer de que la cosa terminaría tontamente. Yo se la traje con el único propósito de divertirlo y para probarle que no se aburrirá usted conmigo. Verá cien veces que puedo serle útil de ese modo. Siempre me gusta agradar a la gente. Si usted no la necesita ahora, que era lo yo esperaba cuando venía, entonces…

—¿Así que la trajo usted sólo para divertirme?

—¿Y si no, para qué?

—¿Quizá para inducirme a matar a mi mujer?

—Pero ¿cómo? ¿La ha matado? ¡Eso es ser trágico!

—Da lo mismo eso ahora, usted la mató.

—¿Que yo la he matado? Le digo que no he tenido nada que ver. De todos modos, usted me inquieta ahora…

—Continúe. Dijo usted: «Si no la necesita ahora, entonces…».

—Entonces, déjeme resolver a mí, por supuesto. La caso tranquilamente con Mavriki Nikolayevich; y, dicho sea de paso, no he sido yo quien lo ha puesto en el jardín de usted. ¡Que se le quite de la cabeza! Y ahora le tengo miedo. Usted habla de mi coche, pero apenas pasé volando junto a él… Bueno, ¿y si lleva revólver? Menos mal que yo también llevo el mío. Aquí está —sacó del bolsillo un revólver, lo mostró y lo escondió enseguida—. Lo he traído porque como el camino es tan largo… Pero yo le arreglo a usted todo enseguida; el corazoncito de ella estará ahora añorando a su Mavriki…, al menos debiera añorarlo… Y, ¿sabe usted?, me da lástima de la chica. En cuanto se la lleve a Mavriki empezará enseguida a pensar en usted. Lo colmará de alabanzas en presencia de él y él se pondrá furioso. ¡Así es el corazón de la mujer! ¿Vuelve usted a reírse? No sabe cuánto me gusta verlo tan alegre. Bueno, vamos. Yo resuelvo lo de Mavriki, y en cuanto a los otros…, a los que han sido asesinados…, ¿no cree que… es mejor no decir nada por el momento? En todo caso, ella se enterará más tarde.

—¿De qué se va a enterar? ¿A quién han asesinado? ¿Qué decía usted de Mavriki Nikolayevich? —dijo Liza, abriendo de pronto la puerta.

—¡Ah! ¿Estaba usted escuchando?

—¿Qué decía hace un instante de Mavriki Nikolayevich? ¿Lo han asesinado?

—¡Ah! ¡Conque nos oyó usted! Tranquilícese. Mavriki Nikolayevich está vivo y bien, de lo que puede cerciorarse usted al momento, porque está ahí fuera, en el camino, junto a la valla del jardín… Y, por lo visto, ahí sentado ha pasado toda la noche. Está empapado, aun con el gabán encima… Me vio cuando pasé en el coche.

—Eso no es cierto. Usted dijo «asesinado»… ¿Quién ha sido asesinado? —insistió ella, ansiosa e incrédula.

—Los asesinados han sido mi mujer, su hermano Lebiadkin y la criada que tenían —explicó Stavrogin con firmeza.

Liza se estremeció y se puso mortalmente pálida.

—Un caso tan extraño como brutal, Lizaveta Nikolayevna. Un caso estúpido de robo —se apresuró a farfullar Piotr Stepanovich—, sólo de robo seguido de incendio. El autor ha sido Fedka el presidiario y la culpa ha sido del idiota de Lebiadkin, que estuvo alardeando de su dinero frente a todo el mundo… He venido corriendo con la noticia…, que ha sido para mí como un mazazo en la cabeza. Stavrogin apenas podía mantenerse de pie cuando se lo dije. Estábamos deliberando si decírselo a usted enseguida o no.

—Nikolai Vsevolodovich, ¿es verdad lo que dice? —apenas pudo articular Liza.

—No, no es verdad.

—¿Cómo que no es verdad? —preguntó Piotr Stepanovich desesperado—. ¿Qué quiere decir con eso?

—¡Dios santo! ¡Me vuelvo loca! —gritó Liza.

—¡Comprenda en todo caso que en este momento no está en su cabal juicio! —exclamó a voz en cuello Piotr Stepanovich—. ¡Al fin y al cabo, han matado a su mujer! Mire lo pálido que está… Ha pasado toda la noche con usted, no se ha apartado de usted un instante. ¿Cómo puede sospechar de él?

—Nikolai Vsevolodovich, dígame como si estuviéramos ante Dios si es usted responsable o no, y yo le juro que creeré su palabra como si fuera la palabra de Dios y que lo seguiré hasta el confín del mundo. Lo seguiré, sí. Lo seguiré como un perro…

—¿Por qué quiere atormentarla, hombre fantaseador? —gritó Piotr Stepanovich exasperado—. Lizaveta Nikolayevna, haga conmigo lo que quiera, pero le digo que es inocente. Al contrario, como puede usted ver, es él el destrozado y el que delira. ¡No tiene culpa de nada, absolutamente de nada…! Eso ha sido obra de unos ladrones a quienes seguramente atraparán en una semana y darán una paliza… Ha sido cosa de Fedka el presidiario y algunos obreros de Shpigulin. Así lo dice la ciudad entera. Y eso es lo que yo creo también.

—¿De verdad? ¿De verdad? —preguntó Liza, temblando como una condenada que espera su sentencia final.

—Yo no los he matado y me oponía a que los mataran, pero sabía que los iban a matar y no lo impedí. Déjame, Liza —dijo Stavrogin y entró en la sala.

Liza se cubrió el rostro con las manos y salió de la casa.

Piotr Stepanovich estuvo a punto de correr tras ella, pero cambió de parecer y volvió al salón.

—¿Así que ése es su juego? ¿Así que ése es su juego? ¿No teme usted nada? —dijo lanzándose frenético sobre Stavrogin, murmurando incoherentemente sin apenas acertar con las palabras, y con los labios cubiertos de espuma.

Stavrogin, de pie en medio del salón, no contestó. Tomó con la mano izquierda un mechón de sus cabellos y sonrió desalentado. Piotr Stepanovich le tiró con violencia de la manga.

—¿Se dará por vencido? ¿Con que ése es su juego? Denunciarnos a todos a la policía mientras usted va a un monasterio o al infierno… ¡Yo lo mato aquí mismo aunque no me tenga miedo!

—¡Ah! ¿Es usted el que no deja de parlotear? —dijo por fin Stavrogin notando su presencia—. ¡Corra! ¡Corra tras ella, pida el coche, no la deje…! ¡Corra! ¡Vamos, corra! ¡Acompáñela a casa para que nadie se entere de nada y sobre todo para que no vaya allí… donde están los cadáveres…, los cadáveres…! ¡Métala en el coche a la fuerza…! ¡Aleksei Yegorovich! ¡Aleksei Yegorovich!

—¡Espere! ¡No grite! Está ya en brazos de Mavriki… Mavriki no se subirá al coche de usted… ¡Espere! ¡Hay algo más importante en el coche!

Sacó de nuevo el revólver. Stavrogin lo miró gravemente.

—Bueno, máteme —dijo en tono tranquilo, casi resignado.

—¡Maldición! ¡Las mentiras que un hombre está dispuesto a echarse encima! —dijo Piotr Stepanovich trémulo de rabia—. ¡Debería matarlo! ¡Y ella debiera haberle escupido! ¡Vaya «barco» que es usted! ¡Viejo, agujereado y haciendo agua por los cuatro costados! ¡Ahora aunque sólo sea por despecho, debe despabilarse! ¿Qué le importa, si usted mismo me pide que le levante la tapa de los sesos?

Stavrogin lanzó una extraña risotada.

—Si no fuera usted el payaso que es, quizá le habría dicho ahora: «Sí, hágalo…». Si no fuera tan pero tan torpe.

—Puede que yo sea un payaso, pero no quiero que usted, que es mi mejor parte, lo sea. ¿Puede entenderme?

Stavrogin entendió. Quizá sólo él habría entendido. ¿No quedó sorprendido Shatov cuando Stavrogin le dijo que Piotr Stepanovich tenía entusiasmo?

—¡Váyase al infierno! Mañana puede que se le ocurra algo a este cerebro mío. Vuelva mañana.

—¿Sí? ¿Sí?

—¿Qué sé yo…? ¡Váyase al infierno! —y salió del salón.

—Quién sabe… finalmente y después de todo, salgamos ganando —masculló Piotr Stepanovich guardándose una vez más el revólver.

3

Fue tras los pasos de Lizaveta Nikolayevna, que todavía estaba cerca de la casa. Aleksei Yegorovich, vestido de frac y sin sombrero, iba caminando tras ella, caminaba con miedo y se le escapaban unas lágrimas cuando por fin la detuvo. Mientras se inclinaba respetuosamente le rogó que aguardara el coche.

—Regresa. El señor quiere el té y no hay nadie que se lo sirva —dijo Piotr Stepanovich dándole un empujón y tomando a Liza del brazo.

Ella no intentó soltarse, pero parecía no estar muy consciente de lo que estaba haciendo.

—Debo señalarle que ha tomado el camino equivocado —murmuró Piotr Stepanovich deprisa—. Es por aquí y no por el jardín. Además, por ejemplo, nunca llegaríamos yendo a pie, porque de aquí hasta su casa median tres verstas, y además no lleva ropa como para caminar. ¡Un instante aguarde tan solo! Tengo aquí mi coche, y el caballo está ahí en el corral. Lo traigo en un momento, la subo y la llevo a casa sin que nadie la vea.

—¡Qué bueno es usted…! —dijo Liza amablemente.

—¡Por Dios, nada de eso! En un caso como éste cualquier hombre de sentimientos humanitarios haría lo mismo.

Liza lo miró con sorpresa.

—¡Dios! ¡Creía que era ese viejo que todavía estaba aquí!

—Escuche. Me alegro mucho de que tome las cosas así, porque todo esto no es más que un prejuicio estúpido. Y ya que hemos llegado a este punto, ¿no será mejor que sea ese viejo el que prepare el coche? Sería cuestión de diez minutos. Nosotros nos volveríamos y esperaríamos en el porche. ¿Eh? ¿Qué dice?

—Yo quiero ir primero a… ¿Dónde están esos muertos?

—¡Ah! ¡Qué idea! Era eso lo que me temía… No, no, no, mejor será que dejemos a esos pobres infelices en paz. Además, allí no se le ha perdido a usted nada.

—Sé dónde están. Conozco la casa.

—Bueno ¿y qué importa ahora? ¡Pero, santo Dios! ¿No ve que está lloviendo? ¿Que hay niebla? (¡Qué cruz cargo con este deber sagrado…!). Escuche, Lizaveta Nikolayevna, una de dos: o va conmigo en el coche, y en ese caso me espera usted aquí sin moverse, porque si damos veinte pasos más nos verá Mavriki Nikolayevich.

—¿Mavriki Nikolayevich? ¿Dónde? ¿Dónde?

—Bueno, si desea reunirse con él, vamos un poquito más adelante, si usted quiere, y le enseño dónde está sentado. Y yo me despido. En este momento no quiero acercarme a él.

—¡Dios mío! ¡Me está esperando! —exclamó ella ruborizada.

—¡Por lo que más quiera, amiga mía! ¡Si es un hombre sin prejuicios! Sepa usted,

Lizaveta Nikolayevna, que yo no tengo nada que ver con este asunto. A mí nada me importa de él, y usted bien lo sabe. Pero, con todo, deseo el bien de usted… Si falló lo de nuestro «barco», si no era más que un casco viejo y podrido, sólo servía para el desarma…

—¡Qué maravilla! —exclamó Liza.

—Qué maravilla y, sin embargo, está usted llorando a lágrima viva. Lo que necesita es valor. Debe usted estar en todo a la altura de un hombre. En estos tiempos cuando una mujer… ¡Qué demonio! —Piotr Stepanovich estuvo a punto de escupir —. Y sobre todo no lamentarse de nada. Quizá todo salga bien finalmente. Mavriki Nikolayevich es hombre…, sí, bueno. Hombre de sentimientos, aunque no habla mucho. Lo que, bien mirado, también está bien, con tal que, ¡obviamente!, no tenga prejuicios…

—¡Qué maravilla! ¡Qué maravilla! —dijo Liza con risa histérica.

—Bueno, ¡qué demonio!… Lizaveta Nikolayevna —Piotr Stepanovich acabó por enfadarse—, yo estoy aquí sólo por usted… porque, en fin de cuentas, a mí nada me va en ello… Anoche la ayudé cuando usted misma lo quería; ahora bien, hoy… Pero, mire, desde aquí se puede ver a Mavriki Nikolayevich. Mire dónde está; no nos ve. Diga, Lizaveta Nikolayevna, ¿ha leído usted *Polinka Sachs*?

—¿Qué es eso?

—Es una novela cuyo título es *Polinka Sachs*. Yo la leí cuando era estudiante… En ella figura un alto funcionario llamado Sachs, hombre rico, que detiene a su mujer por infidelidad en una casa de campo… Pero ¡qué demonio!, no importa. Ya verá usted cómo Mavriki Nikolayevich pide su mano antes de que llegue usted a casa. Todavía no nos ha visto.

—¡Ay! ¡Que no nos vea! —gritó de pronto Liza como loca—. ¡Salgamos de aquí! ¡Vámonos! ¡Al bosque!

Y dio la vuelta corriendo.

—¡Lizaveta Nikolayevna, eso es sólo cobardía! —Piotr Stepanovich corrió tras ella—. ¿Por qué no quiere que la vea? Al contrario, mírelo cara a cara y con orgullo… Y si es por *eso*…, por lo de la virginidad…, eso es un prejuicio tan tonto… Pero ¿a dónde va usted, a dónde va? Lo mejor es que volvamos a Stavrogin y tomemos mi coche… Pero ¿a dónde va usted? ¡Por ahí se va al campo…! ¡Por Dios, se ha caído…!

Se detuvo. La muchacha volaba como un pájaro, sin rumbo, y Piotr Stepanovich quedaba ya a cincuenta pasos tras ella. Liza tropezó en un montón de tierra y cayó. En ese momento se oyó detrás un grito desgarrador, un grito de Mavriki Nikolayevich, que había visto la carrera y la caída y corría hacia la joven a campo traviesa. Piotr Stepanovich se apresuró a guarecerse tras la verja de Stavrogin para subirse a su coche cuanto antes.

Mavriki Nikolayevich, poseído de espanto, estaba ya junto a Liza, que se estaba incorporando, se inclinó sobre ella y tomó una de sus manos. La increíble escena de ese encuentro le había causado fuerte conmoción, y las lágrimas corrían copiosas por sus mejillas. Veía a la mujer adorada correr como loca a campo traviesa, a esa hora, con ese tiempo, sin otro abrigo que el vestido vaporoso de la víspera, arrugado ahora y tras la caída, cubierto de barro… Sin poder articular una palabra, se quitó el gabán y con manos trémulas cubrió con él los hombros de la joven. Y de pronto mientras ella le besaba las manos, exclamó:

—¡Liza! ¡Soy un inútil, pero no me aleje de su lado!

—¡Vámonos de aquí cuanto antes! ¡No me abandone! —y fue ella quien ahora, agarrándolo de la mano, lo arrastró tras sí—. Mavriki Nikolayevich —prosiguió bajando la voz con timidez—, allí traté de hacerme la valiente, pero ahora tengo miedo a la muerte. Voy a morir, voy a morir pronto, pero tengo miedo, tengo miedo de morir… —murmuraba estrujándole la mano con fuerza.

—¡Oh, si hubiera alguien por aquí! —dijo él, mirando desesperado a su alrededor —. ¡Cualquier caminante! ¡Se mojará usted los pies…, va a perder usted el juicio!

—Estoy bien, estoy bien —dijo ella animándolo—. Con usted no tengo miedo. Tómeme de la mano y lléveme… ¿A dónde vamos ahora? ¿A casa? No, primero quiero ver a ésos a quienes han matado. Dicen que su esposa ha sido asesinada, pero él asegura que ha sido él quien la ha matado. No es cierto, ¿verdad que no? Quiero ver con mis propios ojos a los que han sido asesinados… por mi causa… Por ellos dejó de quererme anoche… Los veré y lo sabré todo. ¡Deprisa, deprisa! Conozco esa casa…, allí hay fuego… Mavriki Nikolayevich, amigo mío, no perdone a esta mujer deshonrada. ¿Por qué perdonarme? ¿Para qué llorar? ¡Golpéeme hasta matarme ahora como a un perro!

—Nadie la está juzgando —dijo Mavriki Nikolayevich con voz firme—. ¡Que Dios la perdone! ¡Yo no estoy indicado para ser su juez!

Decían todo esto tomados de la mano, caminando a toda velocidad como alucinados. Iban hacia el fuego. Mavriki Nikolayevich no perdía la esperanza de encontrar aunque sólo fuera un carro, pero no había ninguno por allí. Una fina llovizna envolvía el campo entero, absorbiendo todo rayo de luz, todo matiz, y diluyéndolo todo en una masa informe, grisácea y humosa. Hacía ya un rato que había amanecido pero aún parecía de noche. Imprevistamente apareció entre esa neblina tenebrosa y fría una figura estrambótica y absurda. Pienso ahora que, yo en lugar de Lizaveta Nikolayevna, tampoco habría dado crédito a mis ojos; y, sin embargo, lanzó un grito de alegría y al punto reconoció a la persona que llegaba. Era Stepan Trofimovich. Cómo se había puesto en camino, de qué modo había llevado a la práctica la insensata idea de su huida…, eso queda para más adelante. Ahora sólo indicaré que ya tenía fiebre esa mañana, pero ni siquiera la dolencia bastó para

detenerlo. Caminaba con paso firme sobre el terreno húmedo. Bien claro estaba que había discurrido la aventura con todo el esmero de que era capaz, sin ayuda de nadie y con falta absoluta de experiencia. Iba vestido «de camino», lo que quiere decir que llevaba un abrigo recio con ancho cinturón de charol cerrado con hebilla, y un par nuevo de botas altas en las que iban remetidos los pantalones. Probablemente venía imaginando desde tiempo atrás que tal debía ser el porte de un viajero y había preparado días antes el cinturón y las botas altas con rebordes brillantes como los de un húsar. Un sombrero de ala ancha, una bufanda arrollada al cuello, un bastón en la mano derecha y un maletín pequeño pero bien atiborrado en la izquierda completaban su equipo. Por añadidura empuñaba en la mano derecha un paraguas abierto. Esos tres artículos —paraguas, bastón y maletín— habían sido no poco engorrosos durante la primera versta del trayecto y más pesados aún durante la segunda.

—¿Pero es usted? —gritó Liza mirándolo con apenado asombro tras el primer arranque de instintivo gozo.

—*Lise!* —gritó a su vez Stepan Trofimovich corriendo hacia ella casi delirante también—, *Chère, chère*, ¿pero es usted…? ¿Y en esta niebla? ¡Vea usted el resplandor! *Vous étes malheureuse, ríest-cepas?* Lo veo, lo veo, pero no me lo diga. Tampoco me pregunte. *Nous sommes tous malheureux, mais il faut les pardonner tous. Pardonnons, Lise*, y seamos libres para siempre. Dar la espalda al mundo y ser plenamente libres… *il faut pardonner, pardonner et pardonner!*

—¿Por qué está usted de rodillas?

—Porque despidiéndome del mundo quiero también despedirme de todo mi pasado al alejarme de usted —dijo llevándose ambas manos a sus ojos desbordados de lágrimas—. Me arrodillo ante todo lo que fue bello en mi vida. Lo beso y doy gracias. Me he abierto a mí mismo en canal: a un lado está el lunático que soñaba con volar al cielo, *vingt-deux ans!;* al otro un viejo tutor desvencijado y perdido… *chez ce marchand, sil existe pour tant ce marchand*… ¡Pero está usted empapada, *Lise!* —gritó incorporándose de pronto al sentir que sus propias rodillas se humedecían al tocar el suelo—. ¿Cómo es posible que lleve ese vestido…? ¿A pie y por este campo…? ¿Está llorando? *Vous étes malheureuse?* Bah, he oído algo… Pero ¿de dónde viene ahora? —preguntaba con rapidez e inquietud, mirando a Mavriki Nikolayevich con aguda perplejidad—. *Mais savez-vous l'heure quil est?*

—Stepan Trofimovich, ¿ha oído algo por ahí de unas personas asesinadas…? ¿Es verdad? ¿Es verdad?

—¡Ah, qué gente ésa! Toda la noche he visto el resplandor de lo que han estado haciendo. No podían acabar de otra manera… —Sus ojos relampaguearon de nuevo —. Huyo de una pesadilla, de un sueño alucinante. Huyo para encontrar a Rusia, *existe-t-elle, la Russie! Bah! C'est vous, cher capitaine!* Nunca dudé de que lo encontraría en alguna parte embarcado en una gran aventura… Pero tome mi

paraguas y… ¿por qué va a pie? Por Dios santo, tome mi paraguas, que yo en todo caso alquilaré un coche en algún sitio. Yo voy a pie porque *Stasie* (es decir, Nastasya) habría desempedrado a gritos la calle entera de haber sabido que me iba. Por eso he escurrido el bulto furtivo en lo posible. No sé. En *La Voz* escriben que hay robos por todas partes, pero ¡vamos, me dije, no puede ser que tropiece con un ladrón en cuanto salga del camino! *Chère Lise*, me parece haberle oído decir que alguien ha matado a alguien. *Oh, mon Dieu*, ¡usted está enferma!

—¡Vamos, vamos! —gritó Liza casi histérica, tirando de nuevo a Mavriki Nikolayevich—. Espere, Stepan Trofimovich —dijo volviéndose a él—, espere, pobrecito, que haga sobre usted la señal de la cruz. Rece, también por la «pobre» Liza… sólo un poquito, no se tome demasiada molestia. Mavriki Nikolayevich, devuelva el paraguas a este niño. ¡Vamos, devuélvaselo! Así… ¡Vamos, vamos!

Llegaron a la casa aciaga en el momento preciso en que se agolpaba frente a ella mucha gente que ya había oído bastantes comentarios acerca de Stavrogin y lo beneficioso que le había resultado asesinar a su esposa. Sin embargo, insisto en destacar que la inmensa mayoría de los presentes seguían escuchando sin chistar y sin moverse. Algunos borrachos estaban exaltados junto a otros desequilibrados como el artesano, que gesticulaba con los brazos en alto. Todo el mundo lo tenía como hombre pacífico, pero que a veces perdía los estribos si algo le caía mal por cualquier cosa. No vi llegar a Liza y Mavriki Nikolayevich, pero fue a ella a quien distinguí primero. Quedé estupefacto al verla entre la multitud, un tanto lejos de mí; a Mavriki Nikolayevich no lo vi al principio. Parecía haberse quedado momentáneamente atrás, a dos pasos de ella, quizá por falta de lugar o quizá porque lo hicieran retroceder. Liza, que se abría camino a empujones por entre el gentío, alucinada, sin ver ni notar nada a su alrededor, atrajo pronto, por supuesto, la atención general. Las voces se alzaron y de pronto el ruido era infernal. Hasta el momento en que una de las voces gritó: «¡Es la hembra de Stavrogin!». Y del lado opuesto se oyó: «¡Además de matar se acercan a mirar lo que han hecho!». De pronto vi que detrás de ella una mano se alzaba y se descargaba sobre su cabeza. Liza cayó. Mavriki Nikolayevich lanzó un grito espantoso, fue en su ayuda, y con toda su fuerza golpeó al hombre que estaba entre él y Liza. Pero en ese instante el artesano del que hemos hablado lo agarró por detrás con ambos brazos. Durante algún tiempo fue imposible distinguir nada entre el alboroto. Liza se levantó, pero volvió a desplomarse alcanzada por un nuevo golpe. De pronto se apartó la multitud y formó un pequeño círculo alrededor de la joven, que yacía en tierra, mientras Mavriki Nikolayevich, de pie junto a ella, cubierto de sangre y loco de dolor, gritaba, lloraba y se retorcía las manos. No recuerdo exactamente lo que pasó después; sólo que se llevaban a Liza. Corrí tras ella; estaba aún viva y quizá consciente. Sacaron al artesano y a tres hombres más del medio de la muchedumbre. Los detuvieron. Los tres siguen aún hoy negando haber participado.

Quizás es verdad lo que dicen. El artesano, aunque atrapado *in fraganti*, pero retrasado mental, es todavía incapaz de dar cuenta detallada de lo sucedido. Yo también, como testigo ocular, aunque estuve a cierta distancia del lugar donde ocurrieron los hechos, tuve que prestar declaración ante el magistrado a cargo de la investigación. Lo que declaré fue que los hechos habían sido consecuencia de acciones casuales, que había sido un acto cometido por personas que si bien podían guardar malas intenciones, estaban alcoholizados y no eran muy conscientes de lo que estaban haciendo. Todavía hoy sigo pensando lo mismo que dije en mi declaración.

CUARTO CAPÍTULO:
La última decisión

1

Todos los que vieron esa mañana a Piotr Stepanovich lo recordaban extremadamente alterado. Fue a ver a Gaganov, que había llegado del campo el día anterior, a las dos de la tarde. La casa estaba colmada de visitas que hablaban acaloradamente de los sucesos recientes. Piotr Stepanovich era el que más hablaba y el que más se hacía oír. En la ciudad continuaban considerándolo «un estudiante parlanchín a quien le faltaba un tornillo», pero ahora, en medio de la agitación general, hablaba de Iulia Mihailovna y el tema era deslumbrante. Como confidente íntimo y reciente de la señora, sacaba a relucir muchos detalles tan nuevos como inesperados. Simulando un descuido (y por supuesto sin morderse la lengua), daba a conocer algunas de las opiniones personales de la dama sobre personas conocidas de la ciudad, hiriendo amores propios por doquier. Decía cosas tan confusas como incoherentes, cosa nada extraña en un hombre de escasas luces, pero resultaba que, como persona honrada, estaba penosamente obligado a esclarecer la profusión de enredos y, por su inocente impericia, ni siquiera sabía cómo empezar a acabar su relato. De modo indiscreto dio a entender también que Iulia Mihailovna había conocido el secreto de Stavrogin y había sido la que había urdido toda la intriga. En ésta lo había implicado también a él, Piotr Stepanovich, por estar asimismo enamorado de la infortunada Liza, «manipulándolo» de tal modo que casi había llevado a la joven a casa de Stavrogin en su propio coche. «Sí, a ustedes nada les cuesta reírse, señores, ¡pero si yo hubiera sabido, si hubiera sabido cómo iba a terminar todo ello!», dijo en conclusión. A varias preguntas en tono de alarma que le hicieron sobre Stavrogin contestó abiertamente que, en su opinión, la catástrofe de los Lebiadkin había sido pura casualidad y que el culpable de todo había sido el propio Lebiadkin por haber mostrado el dinero. Y esto lo remarcó con particular insistencia. Uno de los presentes observó que en vano trataba de «disimular», que había estado comiendo, bebiendo y casi durmiendo en casa de Iulia Mihailovna, que ahora era el primero en denigrarla, y que esto no era nada loable. Sin embargo, Piotr Stepanovich se defendió enseguida:

—He comido y bebido, pero no por falta de dinero; no soy el responsable de haber sido invitado. Permítame juzgar por mí mismo lo agradecido que debo estar por ello.

En general, causó una impresión favorable: «Puede que esté algo chiflado y es, por supuesto, hombre de poco seso, pero ¿acaso tiene la culpa de las necedades de Iulia Mihailovna? Al contrario, se ve que trató de ponerles coto…».

De improviso, pasadas las dos de la tarde se propagó la noticia de que Stavrogin, objeto de tantas conjeturas, se había marchado inesperadamente para Petersburgo en el tren de mediodía. Esto provocó gran interés; muchos fruncieron el ceño. Piotr Stepanovich quedó tan atónito que, según se dice, palideció y exclamó con

estupefacción: «Pero ¿cómo dejaron que partiera?». Y abandonó de inmediato la casa de Gaganov. Sin embargo, dicen haberlo visto más tarde en dos o tres casas más.

Al anochecer fue a ver a Iulia Mihailovna, aunque no le fue tan fácil dado que ella no quería verlo. Lo supe tres semanas después por boca de ella, me lo confió antes de irse a Petersburgo. No me dio detalles, pero me dijo estremeciéndose que «la había sorprendido entonces hasta lo indecible». Sospecho que lo que hizo fue sólo con la amenaza de declararla cómplice suya si a ella se le ocurría «cantar». La necesidad de asustarla estaba estrechamente ligada a los proyectos de él entonces, proyectos que, por supuesto, ella desconocía; sólo cinco días después adivinó por qué Piotr Stepanovich no se había fiado de su silencio y por qué temía tanto un nuevo estallido de indignación.

Cuando ya había oscurecido del todo, a las ocho de la noche, los cinco miembros de *nuestro* grupo se reunieron en el domicilio del alférez Erkel, en una casilla deforme del pasadizo Fomin, ubicado en un extremo de la ciudad. La reunión había sido convocada por el propio Piotr Stepanovich; pero él se retrasó imperdonablemente y los miembros del grupo llevaban ya una hora esperándolo. Este alférez Erkel era el oficial forastero que durante la reunión en casa de Virginski había estado sentado con un lápiz en la mano y un cuaderno frente los ojos. Hacía poco que estaba en la ciudad; había alquilado un cuarto en una casa propiedad de dos hermanas de la clase artesana, en una apartada callejuela, donde vivía solo, esperando marcharse pronto. Una reunión en su domicilio pasaría enteramente inadvertida. Este chico raro se distinguía por su inusitado mutismo; podía pasar siete noches seguidas sentado en medio de un grupo bullicioso enardecido en la conversación más apasionante, sin decir ni una palabra, aunque escuchando con aguda atención y clavando sus ojos de niño en los que hablaban. Tenía una cara bonita que hasta parecía inteligente. No pertenecía al grupo de los cinco; nuestra gente suponía que traía de alguna parte instrucciones especiales de índole ejecutiva. Ahora se sabe que no tenía instrucciones de nadie y que probablemente ni siquiera comprendía el papel que desempeñaba. Sencillamente había caído bajo el hechizo de Piotr Stepanovich, con quien se había relacionado hacía poco tiempo. Si hubiera conocido a un monstruo precozmente corrupto que lo hubiese incitado con cualquier pretexto socialista y romántico a juntar una cuadrilla de bandidos y, como prueba de lealtad, matar y robar al primer campesino con que se tropezara, lo habría hecho sin dudar. Su madre estaba enferma en algún lugar, y él le enviaba parte de su escaso sueldo. ¡Es fácil pensar cómo besaría ella esa cabecita rubia, cómo temblaría y rezaría por ella! Me detengo tanto en estos detalles porque el chico me daba mucha lástima.

Los «nuestros» estaban convulsionados. Los sucesos de la noche anterior los habían sorprendido enormemente y, además, atemorizado. El trivial, aunque sistemático, escándalo en el que hasta allí habían participado con tanto celo terminaba

de modo inesperado. El incendio nocturno, el asesinato de los Lebiadkin, el linchamiento popular de Liza, todo eso era tan pasmoso que no hubo posibilidad de presagio. Tachaban con ardor de despótica y falaz la mano que los guiaba. En suma, mientras esperaban a Piotr Stepanovich se instigaban mutuamente, al punto de que acordaron pedirle de nuevo una explicación categórica, y si, como había ocurrido antes, él se negaba otra vez a darla, disolverían el grupo de cinco y crearían una nueva sociedad secreta «para la propaganda de ideas», que lo sustituyera en consonancia con los principios de democracia e igualdad. Liputin, Shigaliov y el especialista en el campesinado apoyaban el proyecto. Liamshin, si bien no decía nada, parecía estar conforme. Virginski titubeaba y quería oír primero lo que Piotr Stepanovich tuviera que decir. Decidieron escucharlo. Erkel no decía palabra. Se limitó a pedir té, que él mismo fue a buscar y trajo en vasos, sobre una bandeja, sin el samovar y sin permitir a la criada entrar en la habitación.

Piotr Stepanovich no se presentó hasta las ocho y media. Con paso ligero se acercó a la mesa redonda delante del sofá a la que estaban sentados los asistentes. No soltó el sombrero de las manos y rehusó el té que le ofrecieron. El enojo, la severidad y la arrogancia se dibujaban en su rostro. De seguro que por las caras notó de inmediato que estaban «amotinados».

—Antes de que yo abra la boca saquen ustedes lo que tienen en el buche —observó mirándolos a todos con maligna sonrisa.

Liputin empezó «en nombre de todos» y declaró con voz trémula de rencor que «si las cosas seguían por ese camino bien podían todos descalabrarse». No era que temiesen descalabrarse; estaban dispuestos a ello, pero sólo en pro de la causa común (movimiento general de aprobación).

Y por eso mismo debía él confiar en ellos, darles a conocer las cosas de antemano, porque «de otro modo, ¿qué iba a pasar?» (nueva conmoción y algunos carraspeos). Obrar así era humillante y peligroso… «No es que tengamos miedo, pero si uno actúa y los demás son sólo comparsas, entonces uno puede dar un paso en falso y nos atrapan a todos los demás». (Exclamaciones: «¡Eso, eso!». Aprobación general).

—¡Maldición! ¿Qué es lo que ustedes quieren?

—¿Y qué relación tienen con la causa común las intrigas del señor Stavrogin? —preguntó furioso Liputin—. Aun si de algún modo misterioso pertenece al centro, si es que efectivamente existe ese fantástico centro, nosotros no queremos saber nada de ello. Mientras tanto se ha cometido un asesinato y la policía está sobre aviso. Si sigue la pista llegará hasta nosotros.

—Si los atrapan a usted y a Stavrogin, nos atraparán a nosotros también —agregó el especialista en el campesinado.

—Y sin beneficio alguno para la causa común —concluyó Virginski desolado.

—¡Qué tontería! El asesinato fue una casualidad. Lo cometió Fedka para robar.

—Hum. Extraña coincidencia, sin embargo —dijo Liputin enroscándose.

—Y si quieren saberlo, ha sido por ustedes.

—¿Por nosotros?

—En primer lugar, usted mismo, Liputin, tuvo parte en esa intriga; y, en segundo lugar, tenía usted órdenes de poner a Lebiadkin en el tren y darle dinero. ¿Y qué hizo usted? Si lo hubiese puesto en camino nada de esto habría pasado.

—Pero, ¿no fue usted mismo quien sugirió que sería una buena idea dejarlo leer los versos?

—Una sugerencia no es una orden. La orden era ponerlo en camino.

—Orden. Palabra bastante extraña… Al contrario, la orden de usted era que se aplazara su marcha.

—Usted cometió un error y demostró lo necio y terco que es. En cuanto al asesinato, fue decisión de Fedka. Fue obra exclusivamente suya, para robar. Usted ha oído que rumoreaban por ahí y se lo ha creído. Tiene usted miedo. Stavrogin no es tan estúpido, y la prueba es que se ha marchado hoy a las doce después de entrevistarse con el vicegobernador. De haber estado implicado en ello, no lo habrían dejado marcharse a Petersburgo en pleno día.

—¡Pero si no decimos que el señor Stavrogin haya sido el asesino! —recalcó Liputin con malicia—. Tal vez no se haya enterado, como tampoco me enteré yo. Y de esto usted tiene pruebas. Aunque por lo que veo he caído en la trampa.

—¿Y quién es el culpable entonces? —preguntó Piotr Stepanovich con mirada lúgubre.

—Aquellos que juzgaron necesario prender fuego a la ciudad. Lo peor es que quiere usted sacarse el tema de encima. Sin embargo, tenga a bien leer esto y mostrárselo a los demás. Es sólo para que estén al corriente.

Sacó del bolsillo la carta anónima de Lebiadkin a Lembke y se la acercó a Liputin. Éste la leyó, quedó sorprendido, y con aire pensativo se la pasó a su vecino. La carta dio rápidamente la vuelta al círculo.

—¿De veras es letra de Lebiadkin? —preguntó Shigaliov.

—Lo es —declararon Liputin y Tolkachenko (esto es, el especialista en el campesinado).

—La he mostrado sólo para que estén ustedes al corriente y porque sé lo sentimentales que son en lo que concierne a Lebiadkin —repitió Piotr Stepanovich recuperando la carta—. De manera, señores, que por pura casualidad Fedka nos ha librado de un sujeto peligroso. ¡Ahí tienen lo que a veces son las casualidades! Instructivo, ¿no lo creen así?

Los miembros del grupo se miraron unos a otros.

—Y ahora, señores, ha llegado mi turno de preguntar —dijo Piotr Stepanovich

tomando un aire digno—. Háganme saber qué se proponían al prender fuego a la ciudad sin permiso para ello.

—¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Que nosotros, nosotros, prendimos fuego a la ciudad? ¿Está usted en su sano juicio? —exclamaron todos.

—Entiendo que han ido ustedes ya demasiado lejos —prosiguió con insistencia Piotr Stepanovich—, pero ya no se trata de travesuras con Iulia Mihailovna, Los he reunido aquí, señores, para explicarles el grave peligro en que se encuentran por pura estupidez, peligro que, además de amenazarlos a ustedes, pone en riesgo muchas otras cosas.

—Pero si nosotros somos los que estábamos a punto de hacerle notar el despotismo y la falta de igualdad con que fue tomada una medida tan extraña y grave sin consultar con los miembros —dijo casi irritado Virginski, que hasta entonces había estado en silencio.

—¿Entonces lo están negando? Entonces yo afirmo que fueron ustedes los que prendieron fuego a la ciudad. No hay otro culpable más que ustedes. Les ruego ahora, señores, que dejen de mentir porque tengo informes que lo prueban. Su obstinación puso en peligro la causa común. Ustedes son sólo un eslabón en una larga cadena y están obligados a obedecer ciegamente al centro. Y, no obstante, tres de ustedes indujeron a los obreros de Shpigulin a provocar el incendio sin ninguna orden mía y el incendio tuvo, en efecto, lugar.

—¿Cuáles tres? ¿Cuáles de nosotros?

—Anteayer a las tres de la madrugada usted, Tolkachenko, estaba incitando a Fomka Zavyalov en la taberna Nomeolvides.

—¡Por Dios santo! —dijo Tolkachenko dando un respingo—. ¡Pero si apenas le dije una palabra, y eso sin intención! ¡Porque lo habían fustigado esa mañana! ¡Y enseguida dejé de hablarle porque vi que estaba borracho! De no recordarlo usted, ni siquiera me habría acordado de ello. No se prende fuego con una palabra.

—Usted es como aquel que se asombra de que una chispita pueda hacer volar un polvorín.

—Además, yo le estuve hablando en voz baja y al oído. ¿Cómo ha podido usted enterarse? —preguntó Tolkachenko sorprendido.

—Porque estaba debajo de la mesa. No se preocupen, señores. Conozco todos sus pasos. ¿Y usted, Liputin, se sonríe con sarcasmo? Sepa que yo sé, por ejemplo, que a medianoche, tres días atrás, usted pellizcó brutalmente a su mujer en el dormitorio cuando se iba a acostar.

Liputin palideció y abrió la boca asombrado.

(Más tarde se supo que se había enterado de la hazaña de Liputin por Agafya, la criada de éste, a quien le pagaba desde el principio para que lo espiara, lo que se puso en claro después).

—Quisiera señalar algo importante —Shigaliov se levantó de pronto.

—Hágalo.

Shigaliov se sentó y se enderezó en el asiento:

—Por lo que veo y no creo equivocarme, usted mismo al principio, y una vez más después, trazó con gran elocuencia (aunque de modo bastante teórico) un cuadro en que Rusia aparece cubierta de una red inmensa de pequeños grupos. Cada uno de estos núcleos de activistas, haciendo nuevos prosélitos y multiplicándose indefinidamente, procura mediante propaganda sistemática perjudicar el prestigio de las autoridades locales, sembrar la confusión entre la población rural, promover el cinismo y el escándalo, el descreimiento en todo lo habido y por haber, el ansia de algo mejor y, por último, recurriendo a los incendios como medio especialmente eficaz para sobresaltar al pueblo, llevar el país a la desesperación si ello es necesario. ¿No son éstas sus palabras, que he tratado de repetir al pie de la letra? ¿No es ése el programa de acción que nos comunicó usted como representante autorizado del comité central, del que todavía no sabemos absolutamente nada y que hasta la fecha es para nosotros casi un mito?

—Así es. Sólo que está haciendo muy largo el cuento.

—Cada uno tiene derecho a expresarse a su manera. Dándonos a entender que ya llegan a varios centenares los nudos individuales de esta red general que cubre a toda Rusia y predicando la teoría de que si cada cual cumple con éxito su cometido toda Rusia, en un momento dado, siguiendo una señal…

—¡Qué demonio! ¡Tengo mucho que hacer sin necesidad de su verborragia! —dijo Piotr Stepanovich moviéndose en su asiento.

—Está bien. Voy a abreviar: hemos presenciado escándalos, hemos visto el descontento de la población, hemos asistido y ayudado al colapso de la administración local y, por último, hemos sido testigos oculares del incendio. ¿De qué está usted descontento? ¿No es ése su programa? ¿De qué puede acusarnos?

—¡De obstinación! —increpó Piotr Stepanovich furioso—. Mientras yo estoy aquí, ustedes no deben atreverse a obrar sin mi permiso. ¡Ya basta!

La delación está preparada y quizá mañana o esta misma noche vengan a detenerlos. Conque ya ven. Mis informes son fidedignos.

Quedaron todos aturdidos.

—Los detendrán no sólo como instigadores del incendio, sino como miembros de un grupo de cinco. El delator conoce todos los secretos de la red. ¡Éste es el embrollo que han armado ustedes!

—¡Ha sido Stavrogin! ¡Estoy seguro! —exclamó Liputin.

—¿Qué…? ¿Por qué Stavrogin? —Piotr Stepanovich pareció sorprendido—. ¡Ay, qué demonios! —dijo reponiéndose enseguida—. ¡Es Shatov! Creo que ya saben ustedes que Shatov fue tiempo atrás miembro de la Sociedad. Debo decirles que, al

hacer seguir sus pasos por personas de quienes no sospecha, he sabido, con gran asombro mío, que para él no es un secreto la organización de la red y…, en suma, que lo sabe todo. Para soslayar la acusación de haber pertenecido antes a la Sociedad, nos delatará a todos. Hasta ahora ha estado titubeando y no le he puesto la mano encima. Pero lo del incendio lo ha decidido: está conmocionado y ya no dudará. Mañana nos detendrán como incendiarios y delincuentes políticos.

—¿Es verdad? ¿Y cómo lo sabe Shatov?

La conmoción era indescriptible.

—Es verdad, definitivamente cierto. Yo no tengo derecho a revelar mis fuentes de información y cómo me he enterado, pero mientras tanto les indicaré lo que puedo hacer por ustedes: puedo influir sobre Shatov por medio de cierta persona para que, sin sospechar nada, demore la delación, aunque sólo por veinticuatro horas. Demorarla más tiempo es imposible. Conque pueden ustedes considerarse a salvo hasta pasado mañana por la mañana.

Todos guardaban silencio.

—¡Tendremos que mandarlo al infierno! —Tolkachenko fue el primero en gritar.

—¡Debiéramos haberlo hecho hace tiempo! —agregó Liamshin con rencor, dando un golpe en la mesa.

—¿Cómo hacerlo? —murmuró Liputin.

Piotr Stepanovich se aprovechó al momento de la pregunta y expuso su plan. Consistía en persuadir a Shatov de que al anochecer del día siguiente fuera a un sitio apartado donde había enterrado la imprenta clandestina que le había sido confiada y, una vez allí, “ajustarle las cuentas”. Se detuvo en excesivos detalles absolutamente innecesarios, que pasamos aquí por alto, y explicó puntualmente las relaciones ambiguas, ya conocidas del lector, que en la actualidad mantenía Shatov con la Sociedad central.

—Sí, esto está bien —apuntó Liputin dudoso—, pero una vez más habrá… una aventura de ese género… y puede resultar demasiado sensacional.

—Sin duda —asintió Piotr Stepanovich—, pero también eso ha sido previsto. Hay un medio de desviar por completo las sospechas.

Y con igual precisión que antes les habló de Kirillov, de su intención de suicidarse y su promesa de no hacerlo hasta que se le diera la señal, dejando al morir una nota en que se haría responsable de cuanto se le dictara. (En suma, todo lo que ya sabe el lector).

—Su firme voluntad de quitarse la vida (filosófica y, a mi juicio, lunática) es ya conocida *allí*. Todo lo aprovechan para la causa común. Previendo lo útil que podría ser Kirillov y convencidos de que su propósito era absolutamente serio, le ofrecieron medios para venir a Rusia (por algún motivo quería morir en Rusia), le dieron instrucciones que se comprometió a cumplir (y que ha cumplido) y, además, le

hicieron prometer como ya saben ustedes, que se quitaría la vida sólo cuando se le dijera. Él accedió a todo. Observen que está ligado a la Sociedad por un compromiso especial y que desea serle útil. Más no puedo decirles. Mañana, *después de lo de Shatov*, le dictaré la nota en que se declarará causante de la muerte de Shatov. Lo cual no parecerá extraño. En la nota quedará bien claro que fueron amigos, que viajaron a América, donde pelearon. Si es necesario le dictaremos algo más a Kirillov, por ejemplo, lo de las proclamas revolucionarias. Y lo del incendio también. Dejen eso en mis manos. No se preocupen. No tiene prejuicios y firmará cualquier cosa.

No tuvo mucho entusiasmo la propuesta, que se veía como demasiado fantasiosa para ser cierta. Algunos más, otros menos, habían oído hablar de Kirillov. Liputin más que los otros.

—Pero puede volver a pensarlo y negarse a hacerlo —dijo Shigaliov—. En todo caso, está loco y no cabe fiarse de él.

—No se alarmen, señores, no se negará —dijo Piotr Stepanovich con brusquedad —. Según nuestro acuerdo, estoy obligado a avisarle en la víspera, es decir, hoy mismo. Invito a Liputin a ir conmigo a verle ahora mismo y asegurarnos de todo; y cuando él vuelva les dirá a ustedes (hoy mismo si es preciso) si es verdad o no. Sin embargo —agregó, dando otro rumbo a sus palabras, con aguda desesperación, como si de pronto sintiese que honraba demasiado a tales personas perdiendo demasiado tiempo en persuadirlas—, sin embargo, hagan lo que crean más conveniente. Si deciden no llevarla a cabo, la unión se viene abajo, pero sólo por la insubordinación y deslealtad de ustedes. De ser así, que cada cual se vaya por su lado ahora mismo. Pero sepan que en tal caso, además del disgusto de la delación de Shatov y sus consecuencias, tendrán que cargar con otro pequeño disgusto, del que se les advirtió severamente cuando se formó la unión… En cuanto a mí, señores, no les tengo mucho miedo… No vayan a fantasear con la idea de que estoy ligado a ustedes… Sin embargo, eso nada tiene que ver.

—Hemos decidido hacerlo —exclamó Liamshin.

—No hay otra salida —masculló Tolkachenko—. Siempre y cuando Liputin confirme lo de Kirillov, nosotros…

—Me opongo. ¡Rechazo con toda mi alma esta cruel decisión! —dijo Virginski, levantándose.

—¿Pero? —preguntó Piotr Stepanovich.

—¿Pero *qué*?

Virginski calló.

—Sin embargo yo creo que uno puede despreciar el riesgo de la vida propia —dijo Erkel, despegando repentinamente los labios—, pero cuando se pone en peligro la causa común, entonces uno no tiene derecho a despreciar el riesgo a la vida propia…

Perdió el hilo y enrojeció. A pesar de estar todos sumidos en las propias reflexiones, lo miraron atónitos, tan inusual era oírle hablar.

—Yo estoy a favor de la causa común —declaró Virginski de pronto.

Todos se levantaron. Quedó estipulado que al mediodía del día siguiente todos volverían a reunirse para intercambiar informes y definir el plan. Todos conocieron el lugar en el que estaba enterrada la imprenta, cada uno supo cuál era el rol que debía desempeñar y cuáles sus obligaciones. Sin perder más tiempo Liputin y Piotr Stepanovich se fueron juntos al encuentro de Kirillov.

2

Si bien nadie ponía en duda que Shatov iba a delatarlos, sabían que Piotr Stepanovich los movía a su antojo como si fueran fichas en un juego de damas. Pero a pesar de todo, ninguno de ellos iba a faltar a la cita. La suerte de Shatov estaba echada. Inesperadamente se habían convertido en moscas prendidas en una inmensa telaraña. Temblaban espantados a pesar de la furia que sentían. Piotr Stepanovich se había portado mal con ellos, eso no estaba en duda. Todo se habría podido solucionar fácilmente si se hubiera molestado en moderar las palabras. En vez de presentar el hecho bajo una luz favorable, como hazaña digna de ciudadanos de la Roma antigua o cosa por el estilo, había explotado sin más ni más sus terrores instintivos y acentuado el riesgo que corrían sus vidas, lo que no estaba nada bien. Claro que la lucha por la existencia se entremezclaba en todo y no había otro principio en donde ampararse, pero así y todo…

Piotr Stepanovich no tenía tiempo para poner de modelo a los romanos, pues él tampoco estaba seguro de comprender. La huida de Stavrogin lo había sorprendido y abrumado. Había mentido sobre el encuentro de Stavrogin con el vicegobernador. Lo malo era que Stavrogin se había ido sin ver a nadie, ni siquiera a su madre, y resultaba desde luego extraño que lo hubieran dejado marcharse tan fácilmente. (Más tarde se pidió cuenta de esta falla a las autoridades). Piotr Stepanovich había ocupado su día en numerosas indagaciones, pero todavía no había sacado nada en limpio y nunca había sentido semejante preocupación. ¿Pero podía prescindir de Stavrogin así de repente? Es éste uno de los motivos por los cuales no pudo mostrarse más cordial con el grupo de los cinco. Por añadidura, le habían atado las manos: había resuelto salir en pos de Stavrogin, pero Shatov lo retenía. Urgía, pues, acentuar la lealtad de los cinco para cualquier eventualidad. «No puedo desentenderme del grupo; puede serme útil algún día». Sospecho que eso era lo que pensaba.

Piotr Stepanovich estaba seguro de que Shatov los denunciaría a la policía. Le había mentido al grupo: no había visto una carta de delación ni oído hablar de ella, pero estaba seguro de que existía como de que dos y dos son cuatro. Suponía que Shatov no toleraría lo que había ocurrido —la muerte de Liza, la muerte de María Timofeyevna— y que tomaría la decisión sobre la marcha. ¡Quizá tuviera motivo de suponer tal cosa! Se sabía que odiaba a Shatov personalmente, que entre ellos había mediado alguna disputa y que Piotr Stepanovich nunca perdonaba una ofensa. A decir verdad, yo estoy convencido de que éste fue el principal motivo.

Las aceras de nuestra ciudad son de ladrillo y estrechas y en algunas calles, en vez de ellas, hay sólo tablones. Piotr Stepanovich iba a paso largo por el medio de la acera, ocupándola toda y sin hacer el menor caso de Liputin, a quien no dejaba sitio y tenía que correr a un paso tras él o, si quería hablarle, meterse en el barro de la calle.

De pronto Piotr Stepanovich recordó que hacía poco él también tuvo que chapotear en el barro para ajustar su paso al de Stavrogin, que, como él ahora, caminaba por medio de la acera ocupándola toda. Recordaba la escena y resoplaba de rabia.

A Liputin también lo sofocaba el rencor. Estaba bien que Piotr Stepanovich tratara a los otros como le viniera en ganas, pero, ¿y a él? Porque él *sabía* más que los demás, estaba en contacto más estrecho con la organización y participaba más íntimamente de su trabajo, y hasta ahora su servicio a la causa había sido, aunque indirecto, continuo. ¡Él bien sabía que ahora incluso Piotr Stepanovich podía aniquilarlo si *lo peor llegaba a pasar*! Pero hacía tiempo que odiaba a Piotr Stepanovich, y no por temerle, sino por la arrogancia con que éste le trataba. Ahora que tenía que resolver si haría lo que éste había proyectado para él, rabiaba por dentro más que todos los otros juntos. ¡Ay, bien sabía que, «como un esclavo», sería el primero en presentarse al día siguiente en el lugar acordado, llevando a los demás consigo! Y si pudiera matar a Piotr Stepanovich antes, aunque, obviamente, sin verse implicado en ello, lo haría sin titubear.

Absorto en sus sensaciones, caminaba silencioso tras su verdugo, que evidentemente se había olvidado de él y sólo de cuando en cuando, hosco y desganado, lo apartaba de un codazo. De pronto, Piotr Stepanovich se detuvo en una de las calles principales y entró en un restaurante.

—¿A dónde demonios va? —preguntó Liputin con saña—. Esto es un restaurante.

—Quiero un bistec.

—Pero, esto está siempre lleno de gente.

—¿Y qué?

—Es que… vamos a llegar tarde. Ya son las diez.

—Nunca es demasiado tarde para ir allí.

—Pero sí será tarde para mí. Están esperando mi regreso.

—Que esperen. Sería una tontería que volviera usted allí. Con este negocio de ustedes no he comido en todo el día. Y cuanto más tarde lleguemos a casa de Kirillov, más seguros estaremos de encontrarlo.

Piotr Stepanovich tomó un comedor reservado. Liputin, colérico y resentido, se sentó en un sillón apartado de la mesa y lo miraba comer. Pasó más de media hora. Piotr Stepanovich no se apresuraba y comía con apetito. Llamó al camarero, pidió otra clase de mostaza, luego cerveza, y todo eso sin dirigirle la palabra a Liputin. Podía comer con apetito y sumirse en hondas reflexiones. Liputin acabó por aborrecerlo tanto que no podía apartar la vista de él. Era como una obsesión nerviosa. Contaba cada trozo de bistec que el otro se llevaba a la boca, odiaba la manera que tenía de abrirla, el modo de masticar, el chasquido de lengua con que engullía los bocados más suculentos, detestaba el bistec mismo. Todo daba vueltas a su alrededor. Sentía que la cabeza se le iba y que un escalofrío le recorría la espalda.

—Ya que usted no está haciendo nada, lea esto —dijo Piotr Stepanovich acercándole un papel.

Liputin se acercó a la lámpara. El papel estaba cubierto de letra menuda y pésima, con enmiendas en cada renglón. Cuando lo hubo descifrado, Piotr Stepanovich había pagado ya la cuenta y se disponía a salir. En la acera, Liputin le devolvió el papel.

—Guárdeselo, ya hablaremos más tarde. Pero en todo caso, ¿qué opina?

Liputin se estremeció.

—En mi opinión…, esa proclama… es una idiotez absurda.

Estallaba su rencor. Sentía como si lo levantaran y lo llevaran contra su voluntad.

—Si vamos a repartir proclamas así… —dijo con ligero temblor de todo el cuerpo— nos pondremos en ridículo por nuestra estupidez e incompetencia.

—Yo pienso de otro modo —dijo Piotr Stepanovich caminando con paso resuelto.

—Yo también. ¡No me diga que lo ha escrito usted!

—A usted eso no le importa.

—También yo creo que esos ripios titulados «Un espíritu noble» son una grandísima porquería y no pueden haber sido escritos por Herzen.

—Se equivoca usted. Es buena poesía.

—Además, por ejemplo, me sorprende —dijo Liputin casi sin aliento y yendo siempre a la carrera—, que nos propongan obrar de modo que todo acabe en desastre. Es natural que en Europa se obre de modo que todo acabe en desastre, porque allí hay proletariado, pero aquí no somos sino aficionados y no hacemos más que dar gato por liebre.

—Creía que era usted fourierista.

—No es eso lo que Fourier dice, ni mucho menos.

—Sé que es una tontería.

—No. Fourier no es una tontería… Disculpe, pero no puedo creer que haya una insurrección en mayo.

Liputin se acaloró tanto que tuvo que desabrocharse la chaqueta.

—Bueno, basta ya. Ahora, para que no se olvide —dijo Piotr Stepanovich con notable sangre fría—, pasando a otro tema…, será usted quien imprima esa proclama. Desenterraremos la imprenta de Shatov y mañana se la lleva usted. Imprima el mayor número posible de ejemplares en el menor tiempo posible y repártalos durante todo el invierno. Tendrá los fondos que necesite para hacer el mayor número posible de ejemplares porque nos los piden de otros lugares.

—No, señor. Usted disculpe, pero no puedo cargar con… Me niego a hacerlo.

—Lo hará. Sigo instrucciones del comité central y debe usted obedecer.

—Y yo estimo que nuestros centros del extranjero han olvidado lo que es Rusia y roto todo lazo con ella; por eso dicen tantas tonterías… Más aún, pienso que somos el único grupo perdido en Rusia y que todo eso de la red es una tremenda farsa —dijo

Liputin jadeante.

—Peor y más indigno es que haya usted abrazado una causa sin creer en ella… y que venga ahora corriendo como perro roñoso.

—Se equivoca, no voy tras de usted. Nosotros tenemos pleno derecho a separarnos de usted y fundar una nueva sociedad.

—¡I-dio-ta! —aulló Piotr Stepanovich con ojos centelleantes y amenazantes.

Durante unos instantes se quedaron enfrentados sin decir palabra hasta que por fin Piotr Stepanovich giró sobre sus talones y continuó confiadamente su camino.

Por la mente de Liputin cruzó rápidamente una idea: «Ahora le vuelvo la espalda y me voy por donde he venido; si no lo hago ahora no lo haré nunca». Así pensaba mientras daba diez pasos más, pero en el undécimo brotó de su mente un nuevo y desesperado pensamiento: no volvió la espalda a Piotr Stepanovich y no se fue por donde había venido.

Se acercaban a la casa de Filippov, pero antes de llegar tomaron por un pasadizo o, mejor dicho, por una vereda apenas visible que corría junto a un vallado, con lo que tuvieron que caminar algún tiempo por el borde escarpado de una zanja en el que no podían afianzar el pie sin agarrarse a la valla. En el rincón más lóbrego de la casi derruida empalizada Piotr Stepanovich quitó un tablón, dejando un boquete por el que rápidamente se deslizó. Sorprendido, Liputin, se coló también por allí. De inmediato, el tablón fue puesto en su lugar. Era la entrada secreta por la que Fedka venía a visitar a Kirillov.

Piotr Stepanovich se acercó a Liputin y en voz baja y dándole una orden le dijo que Shatov no debía enterarse de esa visita.

3

Kirillov tomaba el té, sentado en su diván de cuero, tal como solía hacerlo diariamente a la misma hora. Recibió a sus huéspedes sin levantarse, los miró con cierta inquietud pero apenas hizo un gesto de sorpresa.

—Usted no se equivoca —dijo Piotr Stepanovich—. Ya sabe a lo que vengo.

—¿Hoy?

—No, no. Mañana… más o menos a esta hora.

Deprisa se sentó a la mesa y observó con cierto desasosiego la agitación de Kirillov. Enseguida, éste logró calmarse y volvió a su aspecto habitual.

—¿No le molesta que haya traído a Liputin? Esta gente todavía no lo cree.

—No, hoy no me molesta, pero mañana quiero estar solo.

—Pero no antes de que yo llegue, y por lo tanto en mi presencia.

—Desearía que no fuera delante de usted.

—No olvide que prometió escribir y firmar lo que yo le dictara.

—Me da igual. Pero ahora, ¿se va a quedar mucho tiempo?

—Me quedaré media hora, tengo que ver a un individuo; de modo que estaré esa media hora aquí, diga usted lo que diga.

Kirillov permaneció en silencio. Mientras tanto Liputin se había sentado bajo el retrato del obispo. El pensamiento desesperado de antes se enseñoreaba de él con mayor brío. Kirillov apenas se había fijado en él. Liputin conocía ya de antes la teoría de Kirillov y siempre se había reído de él; pero ahora callaba y miraba amargado a su alrededor.

—No rechazaría un vaso de té —dijo Piotr Stepanovich acercándose más a la mesa—. Acabo de comerme un bistec y esperaba que usted me ofreciera un té.

—Apruebo su decisión, sírvase.

—Antes usted mismo me lo servía —destacó Piotr Stepanovich con aspereza.

—Es lo mismo. También Liputin puede tomar uno.

—No, yo… no puedo.

—¿No quiere o no puede? —hostigó Piotr Stepanovich volviéndose rápido hacia él.

—No voy a tomar té aquí —dijo Liputin con presteza. Piotr Stepanovich frunció el ceño.

—Eso huele a mística. ¡Que me torturen si entiendo a gente como usted!

Nadie respondió. El silencio duró todo un minuto.

—Pero sí sé una cosa —agregó con brusquedad—, y es que no hay prejuicio que impida a ninguno de nosotros cumplir con su deber.

—¿Stavrogin se ha marchado?

—Sí.

—Bien hecho.

A Piotr Stepanovich le brillaron los ojos, pero se contuvo.

—A mí no me importa lo que piensen ustedes, con tal de que cada uno cumpla con su palabra.

—Yo cumpliré con la mía.

—A decir verdad, siempre he sabido que cumpliría usted con su deber como hombre independiente y progresista que es.

—Usted es divertido.

—Es posible. Me alegra divertirlo. Me gusta siempre complacer a la gente.

—¿Usted está deseando que me pegue un tiro y teme que de pronto decida no hacerlo?

—Sí; pero fue usted quien unió su plan con nuestros proyectos. Contando con su plan nosotros ya hemos hecho algo; de modo que ahora no puede echarse atrás porque nos engañaría.

—Ustedes no tienen derecho alguno a reclamar.

—Sí, lo sé. Es su libre voluntad, y nosotros no nos metemos en ella, siempre y cuando usted cumpla lo que se ha propuesto hacer.

—¿Debo hacerme responsable de todas las bajezas que han hecho ustedes?

—Escuche, Kirillov, ¿se ha acobardado? Si va a negarse, debe decirlo en este momento.

—No, no me acobardo.

—Si se lo pregunto es por la cantidad de preguntas que hace.

—¿Se va usted pronto?

—¿Otra pregunta?

Kirillov le dirigió una mirada despectiva.

—Es evidente —continuó Piotr Stepanovich crispándose cada vez más y sin dar con el tono adecuado— que quiere usted que me vaya para estar solo y concentrarse en sus cavilaciones, pero ésos son síntomas peligrosos, sobre todo para usted mismo. Usted piensa demasiado. A mi juicio, lo mejor sería hacerlo sin pensar. Y, a decir verdad, usted me inquieta.

—Sólo hay una cosa que me repugna, y es que en ese momento esté junto a mí un reptil como usted.

—¡Pero bueno, eso no importa! Si prefiere, ya mismo salgo de la casa y me paro en el escalón de entrada. Es muy mala señal que pronto a morir sólo se preocupe por estas nimiedades. Si así lo desea, me instalo en el escalón de entrada mientras usted piensa que no soy inteligente y que, además, como hombre estoy infinitamente por debajo de usted.

—Infinitamente no. Tiene algunas luces; pero no comprende muchas cosas porque es mezquino.

—Me alegro, me alegro. Ya he dicho antes que me alegro de entretenerle… en un momento como éste.

—Usted no comprende nada.

—Mire, en todo caso, yo… escucho con respeto.

—Usted no puede hacer nada. En este mismo instante es incapaz de disimular la sórdida inquina que siente, aunque no le conviene mostrarla. Logrará enojarme y entonces puede que lo demore medio año.

Piotr Stepanovich miró su reloj.

—Nunca he comprendido su teoría, pero sé que no la inventó para nosotros y que, por consiguiente, la pondrá en práctica aun sin nosotros. Sé también que no es usted el que se ha adueñado de la idea, sino la idea la que se ha adueñado de usted, y que, por lo tanto, no lo aplazará.

—¿Qué dice? ¿Está usted diciendo que la idea se ha adueñado de mí?

—Sí.

—¿Y no yo de la idea? Eso está bien. Tiene algo de juicio. Sólo que me está tomando el pelo y yo soy orgulloso.

—¡Muy bien, pero que muy bien! Eso es lo que justamente necesita: ser orgulloso.

—Si ha terminado usted el té, váyase.

—¡Demonios! Tendré que irme —Piotr Stepanovich se levantó—. Aunque todavía es temprano. Oiga, Kirillov. ¿Encontraré a ese tipo en casa de Myasnichiha? Ya sabe a quién me refiero. ¿O es que también ella miente?

—No lo encontrará porque no está allí, sino aquí.

—¿Cómo que está aquí? ¡Maldición! ¿Dónde?

—En la cocina, sentado comiendo y bebiendo.

—¿Cómo se atreve? —Piotr Stepanovich enrojeció de rabia—. Tenía que haber esperado… ¡Qué estupidez! No tiene ni pasaporte ni dinero.

—No sé. Ha venido a despedirse; está vestido y listo para la marcha. Se va para no volver. Dice que usted no tiene escrúpulos y que no quiere esperar a que le dé usted el dinero.

—Con que teme que yo…, que aun ahora podría, si… ¿Dónde está? ¿En la cocina?

Kirillov abrió una puerta lateral que daba a un cuarto pequeño y oscuro; tres escalones bajaban de él a la parte de la cocina donde, tras un tabique, la cocinera solía poner su catre. Allí, en un rincón bajo los iconos, estaba Fedka, sentado a una mesa de pino sin mantel. Tenía delante una botella de medio litro, un plato con pan y, en una cazuela de loza, un trozo de carne fría con papas. Comía despacio y estaba ya medio ebrio, pero llevaba puesta la chaqueta y era evidente que estaba por marcharse. Tras el tabique hervía el samovar, pero no para Fedka, que durante una semana había

soplado las brasas todas las noches, sino para «Aleksei Nilych, que tenía la costumbre de beber té de noche». Creo firmemente que, como no tenía cocinera, fue el propio Kirillov quien le había cocinado a Fedka la carne y las papas esa mañana.

—¿Qué te has creído? —gritó Piotr Stepanovich bajando al cuarto—. ¿Por qué no aguardaste como se te había ordenado? —dijo alzando el brazo y dando un fuerte golpe en la mesa. Fedka se enderezó con dignidad en su asiento.

—Más despacio, Piotr Stepanovich, más despacio —dijo marcando nítidamente cada palabra—. Tu primera obligación es hacerte cargo de que estás de visita de cumplido en casa del señor Kirillov, Aleksei Nilych, a quien ni siquiera mereces limpiar las botas, porque comparado contigo es un hombre educado, mientras que tú no eres sino esto… —y volviendo la cabeza con desdeñosa altanería hizo ademán de escupir. Eran notorias su arrogancia, su determinación y cierta intención muy peligrosa de entablar un debate razonable antes de que se produjera la explosión. Pero Piotr Stepanovich no estaba ya en condiciones de darse cuenta del peligro. Liputin observaba la escena con curiosidad desde el cuartucho oscuro, en lo alto de los escalones.

—¿Quieres o no tener un pasaporte válido y dinero contante para ir donde se te ha dicho? ¿Sí o no?

—Piotr Stepanovich, tú me has embaucado desde el principio, y siempre te has portado conmigo como un perfecto inescrupuloso. Como un mismísimo asqueroso piojo humano (así es como yo te veo). Me prometiste un montón de dinero por derramar sangre inocente y juraste que era para el señor Stavrogin, aunque ahora resulta que eso fue sólo tu falta de educación. Yo no he sacado de esto ni un centavo; y mucho menos, que digamos, mil quinientos rublos. Y el señor Stavrogin te dio hace poco una trompada en las narices, cosa de la que ya nos hemos enterado. Ahora vuelves a amenazarme y a prometerme dinero, pero sin decir para qué es. Y ya nadie me saca la idea de que me mandas a Petersburgo para vengarte del señor Stavrogin, Nikolai Vsevolodovich, porque así eres de rencoroso, y quieres aprovecharte de que soy un hombre confiado. Eso demuestra que eres tú el verdadero asesino. ¿Y sabes lo que mereces porque en la maldad de tu corazón has dejado de creer en Dios mismo, el Creador verdadero? No eres más que un idólatra, de la misma pasta que un tártaro o un *mordva*. Aleksei Nilych, que es filósofo, te ha explicado un montón de veces al Dios verdadero, al Creador, y también la creación del universo mundo, y lo que será de nosotros en el tiempo del futuro, y en qué se cambiarán todas las criaturas y todas las bestias del Apocalipsis. Pero tú, como ídolo sin seso que eres, sigues emperrado en tu ceguera y mudez; y a eso has llevado también al alférez Erkel, igualito que ese seductor maligno llamado el ateo…

—¡Perro borracho! ¡Él es quien roba los iconos y ahora nos viene a predicar!

—Escúchame, Piotr Stepanovich, eso de robar los iconos es verdad; pero me

quedé solamente con las perlas. ¿Y tú qué sabes? Puede ser que en ese mismísimo momento una lágrima mía se volviera perla en el horno del Altísimo por las penas que he sufrido en este mundo, visto y sabido que soy un pobre huérfano que no tiene quién mire por él. Deberás saber por los libros que una vez, allá en los tiempos antiguos, un mercader, también con oraciones y suspiros tristes, robó una perla del nimbo de la Madre de Dios y después, de rodillas y ante toda la gente, puso el precio entero de la perla a los pies de la Divina Madre, y ella lo tapó con su manto ante los ojos de todos, de modo y manera que inclusive entonces lo tuvieron por milagro y las autoridades lo mandaron escribir palabra por palabra en los libros imperiales. Mientras que tú lo que hiciste fue meter un ratón, con lo que insultaste el dedo mismo de Dios. Y si no fueras mi amo natural, a quien llevé en brazos cuando yo era así de insignificante, te mataría ahora mismo sin moverme de aquí.

Piotr Stepanovich estalló en violenta furia.

—Dime la verdad, ¿has visto hoy a Stavrogin?

—No tienes ningún derecho a preguntarme eso. El señor Stavrogin te mira, digamos, con asombro, y no tuvo nada que ver en esto. No quería que se hiciera, no mandó que se hiciera y no dio dinero para que se hiciera. Fuiste tú el que me empujó.

—Recibirás el dinero y dos mil más cuando llegues a Petersburgo.

—Mientes, caballerito, y me da risa ver lo simple que eres. Comparado contigo, el señor Stavrogin está en lo alto de la escalera, y tú le ladras desde abajo como un perro roñoso; y te honraría con sólo lanzarte un escupitajo.

—Bribón —dijo Piotr Stepanovich rabioso—, no te permitiré salir de aquí y te entregaré sin más ni más a la policía.

Fedka se levantó de un salto con ojos fulgurantes. Piotr Stepanovich sacó el revólver. Entonces sobrevino una escena tan fugaz como repulsiva: antes de que Piotr Stepanovich pudiera apuntar, Fedka se dio vuelta sorpresivamente y le asestó una trompada certera en el rostro. Enseguida le dio otro golpe terrible, luego un tercero y un cuarto, todos en la mejilla. Piotr Stepanovich quedó aturdido, con los ojos desorbitados; murmuró algo y se desplomó sin remedio.

Con aire triunfal Fedka gritó «¡Ahí lo tiene! ¡Agárrelo!» a Kirillov. Dicho esto recogió su gorro, sacó sus pertenencias de debajo del banco y se fue. Piotr Stepanovich yacía inconsciente, respirando a duras penas. Liputin pensó que Fedka lo había matado. Kirillov corrió hasta la cocina pidiendo agua, que sacó de un cubo con un cucharón de hierro. Luego roció la cabeza del caído. Piotr Stepanovich reaccionó lentamente y en cuanto pudo ver a Liputin, que lo espiaba desde la cocina, se sonrió con su odiosa sonrisa y se puso de pie de un salto, recogiendo el revólver del suelo.

—Si tiene pensado escaparse mañana como ese canalla de Stavrogin —dijo abalanzándose sobre Kirillov, pálido y sin poder articular bien las palabras—, aunque se vaya a las antípodas… lo aplastaré como a una mosca…, lo ahorcaré…, ¿me

entiende?

Y le puso a Kirillov el revólver en la frente; pero recobrando en ese momento su autodominio se guardó el revólver en el bolsillo y, sin decir una palabra más, salió corriendo de la casa. Liputin corrió tras él. Piotr Stepanovich apresuró tanto el paso por la calleja que Liputin apenas podía alcanzarlo. Al llegar a la primera bocacalle, Piotr Stepanovich se detuvo.

—Y bueno, ¿qué? —dijo, volviéndose a Liputin con aire de reto.

Liputin tuvo en cuenta el revólver y recordaba todavía trémulo la escena que había presenciado; pero la respuesta, repentina e involuntaria, le vino por sí sola a los labios.

—Creo…, creo que no están esperando a ese «estudiante» con tanta impaciencia «desde Smolensk a Tashkent».

—¿Vio usted lo que estaba bebiendo Fedka?

—¿Lo que estaba bebiendo? Vodka, bebía vodka.

—Entonces escuche bien lo que le digo: es la última vez en su vida que bebe vodka. Téngalo en cuenta y recuérdelo. Y ya basta, ahora váyase al infierno, váyase, nadie lo necesita hasta mañana… Pero ¡cuidado, Liputin! No cometa errores.

Liputin corrió como un loco hacia su casa.

4

El nombre falso en su pasaporte estaba listo desde hacía tiempo. Sin embargo parecía inadmisible que este ser mezquino, meticuloso, empleado del Estado (a pesar de ser secuaz de Fourier) y, sobre todo, capitalista y usurero, tuviera la precaución de gestionarse ese pasaporte para cualquier eventualidad, para escapar al extranjero *si*… Admitía la posibilidad de ese *si*, aunque, por supuesto, nunca pudo concretar en qué podría consistir ese *si*…

Pero ahora ese *si* se concretaba de pronto y del modo más imprevisto. Ese pensamiento desesperado con que había ido a casa de Kirillov, después del «¡idiota!» que le había lanzado Piotr Stepanovich en la acera, consistía en que al día siguiente, tan pronto como rompiera el alba, lo abandonaría todo y emigraría al extranjero. Quien crea que cosas tan fantásticas no ocurren a diario en Rusia, aun en nuestros días, debe leer las biografías de nuestros verdaderos emigrantes rusos en el extranjero. Ninguno de ellos se expatrió por un motivo más inteligente y válido. Ha sido siempre un dominio irrefrenable de fantasmas y nada más.

Cuando llegó a su casa empezó por encerrarse, sacar una maleta y meter cosas en ella con prisa febril. Su principal preocupación era el dinero y cuánto podría conseguir en el tiempo con que contaba. Sí, conseguir, porque pensaba que no tenía tiempo que perder y que tan pronto como amaneciera debía ponerse en camino. Tampoco sabía cómo lograría meterse en el tren; acordó vagamente tomarlo en la segunda o tercera estación importante más allá de nuestra ciudad, aunque tuviera que ir allí a pie. De esa manera, instintiva y maquinalmente, con un revoltijo de ideas en la cabeza, estaba haciendo la valija cuando… de pronto dejó todo y con un hondo gemido se tendió en el sofá.

Vio que quizá podría escaparse, pero dudaba si debía hacerlo *antes* o *después* de lo de Shatov. Por el momento era apenas un cuerpo exánime, una cruda masa inerte, movida sin embargo por una fuerza terrible y ajena; y aunque tenía pasaporte para el extranjero y podía escaparse de Shatov (porque, de otro modo, ¿para qué apresurarse?), no se escaparía *antes* del asesinato de Shatov, ni de Shatov, sino *después* del asesinato, cuando todo hubiera quedado decidido, firmado y sellado. Con angustia intolerable, temblando de continuo y asombrándose de sí mismo, unas veces gimiendo, otras conteniendo el aliento, logró de algún modo permanecer así, encerrado y tumbado en el sofá, hasta las once del día siguiente. Fue entonces cuando tuvo la sacudida que venía esperando y que lo confirmó en su resolución. A las once, cuando abrió la puerta y se reunió con sus familiares, se enteró por ellos de que Fedka, el ladrón fugado de presidio que tanto terror causaba a todos, el saqueador de iglesias, el asesino e incendiario del día antes, tras el que iba la policía sin conseguir apresarlo, había sido hallado asesinado esa mañana temprano a siete verstas de la

ciudad, en el sitio en que la carretera tuerce hacia la aldea de Zaharino, y de que toda la gente estaba ya hablando de ello. Enseguida, salió de la casa para averiguar más detalles y se enteró de que a Fedka le habían robado y hundido el cráneo. Además, la policía tenía ya bastantes motivos para sospechar, y aun datos fidedignos para concluir, que su asesino había sido Fomka, obrero de Shpigulin, el mismo que había sido su cómplice en el asesinato de los Lebiadkin y el posterior incendio de la casa; y que al parecer habían reñido en el camino por una suma fuerte de dinero sustraída a los Lebiadkin que por lo visto Fedka tenía escondida… Liputin fue corriendo al hospedaje de Piotr Stepanovich y logró averiguar, en la puerta trasera y en secreto, que aunque éste no había vuelto hasta la una de la madrugada, había dormido a pierna suelta hasta las ocho de la mañana siguiente. De ahí resultaba, por supuesto, que nada extraordinario había en la muerte de Fedka, y que gentes que se entregan a tales menesteres acaban a menudo así. Pero la coincidencia de aquellas palabras fatales de Piotr Stepanovich (que era «la última vez que Fedka bebería vodka») con lo ocurrido… Ante la promesa cumplida Liputin dejó de titubear. Sintió que una gran roca caía sobre su cuerpo y lo aplastaba para siempre. Volvió a su casa, guardó la valija debajo de la cama y esa misma noche, con el pasaporte en su bolsillo, fue el primero en llegar al lugar del encuentro con Shatov.

QUINTO CAPÍTULO:
La vagabunda

1

Shatov estaba profundamente impresionado con la desgracia de Liza y la muerte de María Timofeyevna. Recuerdo que ya he comentado que cuando lo vi aquella mañana pensé que no estaba en sus cabales. Entre las cosas que me dijo, me contó que unas tres horas antes del incendio, a eso de las nueve, había estado en casa de María Timofeyevna. Sé que a la mañana siguiente fue a ver los cadáveres, pero, según tengo entendido, no declaró ante la policía. Pero cuando ese día llegaba a su fin, se produjo en su espíritu una verdadera tempestad y… creo poder afirmar sin equivocarme que hubo un momento en el que quiso salir y contarlo todo. Cuál era el contenido de ese *todo*, sólo él lo sabía. Claro que lo único que habría logrado hubiera sido delatarse a sí mismo. No tenía prueba alguna de la culpabilidad de quienes habían cometido esos crímenes; mejor aún, no tenía más que vagas conjeturas que sólo para él equivalían a certidumbre. Pero estaba dispuesto a destruirse a sí mismo con tal de «aplastar a los inescrupulosos» —tales eran sus propias palabras—. Piotr Stepanovich había adivinado con bastante acierto ese impulso suyo, y sabía bien lo mucho que arriesgaba si aplazaba hasta el día siguiente la ejecución de su nuevo y horrendo proyecto. Como siempre, tenía absoluta confianza en sí mismo y sentía desprecio por toda aquella «gentuza» y, en particular, por Shatov. Hacía largo tiempo que despreciaba a Shatov por su «idiotez gemebunda», como la llamaba cuando ambos estaban aún en el extranjero, y estaba seguro de poder manejarlo y controlarlo. No iba a quitarle la vista de encima en todo el día e iba a cerrarle el paso ante la primera señal de peligro. Sin embargo, lo que salvó a los «inescrupulosos» por algún tiempo fue una circunstancia inesperada que ninguno de ellos había previsto.

Cerca de las ocho de la noche (cuando «los cinco» estaban reunidos en la casa de Erkel, esperando indignados e inquietos a Piotr Stepanovich), Shatov estaba tendido en su cama, en completa oscuridad. Tenía dolor de cabeza y una fiebre ligera. Lo atormentaba la incertidumbre, estaba enfadado consigo mismo, trataba de tomar una decisión pero sin lograrlo y presentía, maldiciéndose, que todo quedaría al cabo en agua de borrajas. Poco a poco fue cayendo en un breve sopor y tuvo una pesadilla.

Soñó que estaba tendido en su cama, amarrado con cuerdas e incapacitado para moverse, y que por toda la casa retumbaban golpes terribles, en la valla, en la puerta de ésta, en la puerta de la casa, en la de Kirillov, haciendo temblar todo el edificio, mientras que una voz lejana y familiar que conmovía las fibras de su alma lo llamaba lastimeramente. De repente despertó y se incorporó en la cama. Notó con sorpresa que continuaban los golpes en la puerta de la valla, y a pesar de que no eran tan fuertes como los que había soñado, eran continuos y obstinados, y que la voz extraña que lo había conmovido, aunque nada lastimera, antes bien impaciente e irritada, seguía oyéndose abajo, junto a la puerta, igual que antes, confundida con la otra voz,

más moderada y ordinaria. Saltó de la cama, abrió el postigo y asomó por él la cabeza.

—¿Quién anda ahí? —gritó, literalmente petrificado de espanto.

—Si es usted Shatov —le respondió desde abajo una voz firme y bronca—, tenga la bondad de contestarme honrada y francamente si quiere o no permitirme entrar.

—*Marie…!* ¿Eres tú?

—Sí, soy yo, María Shatova, y le aseguro que no puedo retener al cochero un minuto más.

—Un momento…, voy a encender una vela… —exclamó Shatov con voz débil, apresurándose a buscar fósforos. Como ocurre casi siempre en tales casos, no los encontraba. Dejó caer al suelo el candelero, y cuando volvió a oír la voz impaciente de abajo, abandonó la búsqueda y se lanzó volando por la empinada escalera a abrir la puerta.

—Haga el favor de sostener el maletín mientras ajusto la cuenta con este bruto —fue como lo recibió la señora María Shatova, que puso en sus manos un maletín de lona barato, provisto de tachones de latón, fabricado en Dresde. Mientras tanto ella se enfrentaba con el cochero:

—Me permito decirle que pide demasiado. Si ha estado una hora más dando vueltas por estas calles asquerosas, la culpa es suya por no saber dónde estaba esta calle estúpida o esta casa absurda. Tome sus treinta kopeks y tenga por seguro que no le doy ni uno más.

—Pero, señora, usted me dijo que iba a la calle Voznesenskaya y ésta es la Bogoyavlenskaya. La calleja Voznesenskaya está lejísimos de aquí. Mire mi caballo. Está empapado de sudor.

—Voznesenskaya, Bogoyavlenskaya… debería usted saber esos nombres estúpidos mejor que yo puesto que vive aquí. Además, es usted un tramposo, ya que le dije bien claro que me dirigía a casa de Filippov y usted me aseguró que sabía dónde estaba. Si lo desea puede denunciarme mañana. Ahora le pido que me deje en paz.

—Tome, aquí tiene, cinco kopeks más —dijo Shatov, sacando a toda prisa una moneda del bolsillo y entregándosela al cochero.

—¡Le ruego que no lo haga! —dijo sulfurada *madame* Shatova, pero el cochero arreó a su caballo y Shatov, tomándola de la mano, la hizo entrar por la puerta de la valla.

—¡Deprisa, *Marie*, deprisa…, eso no importa… estás mojada hasta los huesos! Ten cuidado, tenemos que subir por aquí…, lástima que no haya luz…, la escalera es empinada, agárrate bien, bien fuerte…, éste es mi cuarto. Perdona, no tengo luz… ¡Un momento!

Levantó del suelo el candelero, y tardó bastante en encontrar los fósforos. La

señora Shatova, a todo esto, estaba quieta y callada.

—¡Al fin, a Dios gracias! —gritó él alegre por ver el cuarto alumbrado. María Shatova lo examinó con rápida mirada.

—Me habían contado que vivía usted miserablemente, pero no creía que fuera para tanto —comentó en tono desapacible dirigiéndose a la cama—. ¡Ay, estoy rendida! —dijo sentándose en la dura cama con gesto de agotamiento—. Suelte, por favor, el maletín y siéntese también en esa silla. Pero, en fin, haga lo que le parezca. Me molesta verlo ahí de pie. Me vengo con usted sólo una temporada, hasta que encuentre trabajo, porque no sé nada de esta ciudad y no tengo dinero. Pero si soy una carga, vuelvo a pedirle que haga el favor de decírmelo, como tiene obligación de hacerlo si usted es hombre honrado. En todo caso puedo vender algo mañana y tomar una habitación en el hotel, pero usted tendría que llevarme a él… ¡Ay, qué cansada estoy!

Shatov temblaba como una hoja.

—¡No irás a un hotel, *Marie*, no debes ir! ¿A qué hotel? ¿Por qué? ¿Por qué? —imploró con las manos juntas.

—Entonces, si no necesito irme a un hotel debo, no obstante, explicar mi posición. Recuerde, Shatov, que vivimos como marido y mujer en Ginebra dos semanas y pico y que hace ya tres años que nos separamos, aunque, bien mirado, sin que mediara pelea alguna. Pero no piense que he vuelto para reanudar las tonterías de entonces. He vuelto para buscar trabajo, y si he venido directamente a esta ciudad es porque me da lo mismo. No he venido porque me haya arrepentido de nada. Por favor, no piense semejante idiotez.

—¡Oh, *Marie*! ¡No hay por qué decir eso, no hay por qué decirlo! —murmuró Shatov con vaguedad.

—Y si es así, si es lo bastante despabilado para comprender eso, me permito agregar que si he vuelto y estoy en su casa es en parte porque siempre he pensado que está usted lejos de ser un canalla y ¡quizá sea mucho mejor que otros… truhanes!

Le brillaron los ojos. Seguramente había sufrido mucho por causa de algunos «truhanes».

—Y, por favor, no vaya a creer que me reía de usted cuando decía que es usted bueno. Hablaba con franqueza, sin frases bonitas, que no soporto. Pero, en fin, éstas son tonterías. Siempre he tenido la esperanza de que no sea usted fastidioso… Bueno, basta. Estoy cansada.

Y fijó en él una mirada larga, atormentada, consumida de cansancio. Shatov estaba frente a ella, al otro lado del cuarto, sólo a cinco pasos, y la escuchaba tímidamente, pero con ojos que delataban una nueva vida y con una radiante expresión en el rostro. Este hombre fuerte y tosco, todo aspereza por fuera, se ablandó y transfiguró de pronto. Algo insólito, inesperado, conmovía su espíritu. Tres

años de separación, tres años de ruptura matrimonial, no habían desterrado nada de su corazón. Y quizá todos los días, durante esos tres años, había pensado en ella, en la criatura amada que una vez le había dicho: «Te quiero». Conociendo, como conozco, a Shatov puedo afirmar que nunca se habría permitido pensar que una mujer pudiera decirle: «Te quiero». Era rudamente pudoroso y casto, se consideraba a sí mismo un verdadero monstruo, detestaba su propio rostro y carácter, y se equiparaba a uno de esos «fenómenos» que se exhiben en las ferias. A consecuencia de esto apreciaba la honradez por encima de todo y se aferraba fanáticamente a sus convicciones. Era sombrío, orgulloso, irascible y taciturno. Pero ahora estaba aquí el único ser que lo había amado quince días (eso lo creía, siempre), un ser a quien en todo momento había juzgado infinitamente superior a él, no obstante hacerse cargo de sus defectos; un ser a quien podía perdonarle todo, absolutamente *todo* (de eso no había duda posible; mejor dicho, más bien lo contrario, que era él quien tenía la culpa), esta mujer, esta María Shatova, estaba de pronto en su casa, de nuevo ante él…, lo cual era casi inconcebible. Estaba perplejo, este acontecimiento era aterrador y a la vez alegre. Sin embargo no podía y quizá no quería —quizá temía— darse cuenta de su situación. Era un sueño. Pero cuando ella lo miró con ojos atormentados cayó en la cuenta de que esta mujer a quien tanto amaba sufría y que quizás había sido agraviada. Se le heló el corazón. Miró con ansiedad los rasgos del rostro amado: hacía ya tiempo que de ese semblante exhausto había huido la lozanía de la primera juventud. Cierto que era aún hermosa —a los ojos de él una belleza, como siempre lo había sido—. En realidad, era una mujer de veinticinco años, de dura naturaleza, de más que mediana estatura (más alta que Shatov), abundante cabello castaño oscuro, rostro pálido y ovalado y grandes ojos negros que ahora despedían un brillo febril. Ahora bien, la energía saltarina, cándida y afable de antes, que él tan bien conocía, se había cambiado ahora en torva irritación, en desengaño, en algo así como cinismo, al que aún no se acostumbraba y del que ella misma se resentía. Pero lo principal era que estaba enferma, lo que él notó al momento. A despecho del temor que le tenía, se acercó a ella y la tomó de ambas manos:

—*Marie*…, ya sabes…, estás quizá muy cansada… ¡por amor de Dios, no te enojes…! ¿No te gustaría un poco de té? ¿Eh? ¿Qué dices? El té reanima mucho, ¿eh? Si aceptaras tomarlo…

—Aceptar, claro que acepto. Es usted el mismo muchachito de antes. Démelo si puede. ¡Qué cuarto tan pequeño es éste! ¡Y qué frío hace!

—¡Voy enseguida por leña… por alguna leña…, tengo leña! —dijo Shatov, yendo y viniendo agitado por el cuarto—. Leña…, lo que es leña, bueno… pero traigo el té enseguida —dijo haciendo con la mano un gesto como de resolución desesperada, y tomando su gorra.

—¿A dónde va usted? ¡Conque no tiene té en casa!

—Lo habrá, lo habrá, habrá todo enseguida…, yo… —dijo tomando del estante el revólver—. Voy corriendo a vender el revólver… o a empeñarlo…

—¡Pero qué tontería! Además, tardará mucho. Mire, tome mi dinero, si no tiene usted. Aquí tiene ochenta kopeks, según creo. Es todo lo que tengo. Esto parece un manicomio.

—No quiero tu dinero, no lo quiero. Vuelvo enseguida. Puedo procurarme té aun sin el revólver…

Y fue corriendo a la vivienda de Kirillov. Esto ocurrió probablemente un par de horas antes de que Piotr Stepanovich y Liputin visitaran a Kirillov. Aunque vivían en el mismo patio, Shatov y Kirillov apenas se veían, y cuando se encontraban no se saludaban ni se hablaban; bastante tiempo habían estado «tumbados uno junto a otro» en América.

—Kirillov, usted siempre tiene té. ¿Tiene té y un samovar?

Kirillov, que, según su costumbre, pasaba la noche entera paseando por su habitación, se detuvo de pronto y miró fijamente, aunque sin especial asombro, a su apresurado visitante.

—Hay té, hay azúcar y hay samovar. Pero el samovar no hace falta; el té está caliente. Siéntese, y, simplemente, tómelo.

—Kirillov, en América estuvimos tumbados uno junto a otro… Mi mujer ha vuelto a casa… Yo…, déme el té… Necesito el samovar.

—Con su mujer aquí, necesita usted el samovar. Pero lléveselo después. Tengo dos. Ahora tome de la mesa la tetera. Está caliente, ardiendo. Tome usted todo, llévese el azúcar, todo el azúcar. Pan…, hay mucho pan. Hay un poco de ternera. Tengo un rublo.

—Démelo, amigo. Se lo devuelvo mañana. ¡Oh, Kirillov!

—¿La misma esposa de Suiza? Eso está bien. Y el que usted haya entrado aquí también está bien.

—¡Kirillov! —gritó Shatov poniéndose la tetera bajo el brazo y llevando en ambas manos el azúcar y el pan—. ¡Kirillov! Sí…, si pudiera usted renunciar a sus horribles fantasías y abandonar sus delirios ateos…, ¡qué hombre sería usted, Kirillov!

—Se ve que ama usted a su mujer después de lo de Suiza. Vuelva por aquí cuando necesite té. Vuelva usted a cualquier hora de la noche; yo no duermo nada. Habrá samovar. Aquí tiene el rublo, tómelo. Vuelva con su mujer; yo seguiré aquí y pensaré en usted y su mujer.

María Shatova quedó sumamente contenta por la prisa con la que había vuelto su marido y tomó el té casi con ansia, pero no fue necesario ir por el samovar; bebió sólo media taza y comió sólo una pizca de pan. Rechazó la ternera con repugnante frenesí.

—*Marie*, estás enferma, eso es señal de enfermedad… —observó Shatov con timidez mientras le servía.

—Claro que estoy enferma. Siéntese, por favor. ¿Dónde encontró el té, puesto que no lo tenía?

Shatov le habló de Kirillov brevemente. Ella ya había oído algo de él.

—Sé que está loco. Bastantes locos hay en este mundo. ¿Conque estuvo usted en América? Me dijeron que había escrito.

—Sí…, te escribí a París.

—Bueno. Hable de otra cosa. ¿Es usted eslavófilo por convicción?

—Yo… no lo soy precisamente… Ya que no puedo ser ruso me hice eslavófilo —respondió con amarga sonrisa, con el esfuerzo de quien ha dicho una broma torpe y forzada.

—¿No es usted ruso?

—No, no soy ruso.

—Eso es una tontería. Siéntese, se lo ruego. ¿Por qué anda de un lado para otro? ¿Cree que estoy delirando? ¿Entonces son sólo ustedes dos los que viven en la casa?

—Dos… abajo…

—Y los dos tan inteligentes. ¿Qué es eso de abajo? ¿Dijo usted abajo?

—No, no es nada.

—¿Cómo que no es nada? Quiero saber.

—Lo que le he querido decir es que ahora somos dos los que vivimos en el patio, pero que antes vivían abajo los Lebiadkin…

—¿Es esa mujer que mataron anoche? —preguntó agitada de pronto—. He oído hablar de eso. Lo oí tan pronto como llegué. ¿No ha habido aquí un incendio?

—Sí, *Marie*, sí, y quizás en este momento hago una canallada perdonando a esos miserables… —dijo levantándose de pronto y paseando por el cuarto con las manos en alto, como atacado de rabia.

Pero *Marie* no le había entendido del todo. Había oído la respuesta distraídamente. Hacía preguntas pero no escuchaba.

—¡Pero vaya que suceden exquisiteces por aquí! ¡Qué asqueroso es todo eso! ¡Qué asquerosos son todos ellos! ¡Siéntese, por Dios! ¡Me saca usted de quicio! —y, extenuada, dejó caer la cabeza en la almohada.

—*Marie*, yo no… Quizá quieras acostarte, *Marie*.

No respondió y, agotada, cerró los ojos. Su rostro pálido parecía el de una difunta. Se durmió casi al momento. Shatov miró en torno, apagó la vela, inquieto examinó el semblante de su esposa una vez más, apretó fuerte las manos y salió de puntillas al pasillo. En un rincón, en lo alto de la escalera, volvió la cara a la pared y estuvo quieto y en silencio diez minutos. Habría seguido más tiempo en esa postura si de pronto no hubiera oído abajo pasos leves y furtivos. Alguien subía. Shatov recordó

que había olvidado cerrar la puerta de la valla.

—¿Quién va allí? —preguntó en voz baja.

El desconocido visitante siguió subiendo sin apresurarse ni responder. Cuando llegó arriba se detuvo. Era imposible verle la cara en la oscuridad. Entonces se oyó una pregunta cautelosa:

—¿Ivan Shatov?

Shatov dijo que era él y al momento estiró el brazo para impedirle que avanzase, pero el visitante le cogió la mano y Shatov se estremeció como si hubiera tocado una víbora asquerosa.

—Quédese aquí —murmuró con rapidez—. No entre. No puedo recibirle en este momento. Ha vuelto mi mujer. Voy a buscar una vela.

Cuando volvió con la vela vio allí a un joven oficial del ejército. No sabía su nombre, pero lo había visto en alguna parte.

—Erkel —dijo éste presentándose—. Me vio usted en casa de Virginski.

—Lo recuerdo. Estaba usted sentado tomando notas. Oiga —dijo Shatov enfureciéndose de pronto, acercándose a él airadamente, pero hablando aún en voz baja—, acaba usted de hacerme una seña con la mano al tomar la mía. ¡Sepa que esas señas me importan un comino! No las reconozco…, no quiero reconocerlas… ¿Sabe que puedo tirarlo escaleras abajo en este instante?

—No. No sé nada de eso, ni tampoco por qué se enfurece —respondió el visitante sin rencor y casi con generosidad—. Sólo sé que tengo que darle un recado y que para eso he venido, sobre todo para no perder tiempo. Tiene usted una imprenta que no le pertenece y de la que tiene que responder, como bien sabe. Se me ha mandado pedirle que la entregué mañana a las siete de la tarde a Liputin. Además, se me ha mandado decirle que no se le pedirá nada más.

—¿Nada más?

—Nada más, en absoluto. Su solicitud ha sido aceptada y para siempre deja usted de ser miembro de la Sociedad. Esto es, concretamente, lo que se me ha mandado decirle.

—¿Quién lo mandó?

—Los mismos que me dieron la seña.

—¿Ha venido del extranjero?

—Eso…, según creo nada tiene que ver con usted.

—¡Allá usted! ¿Y por qué no ha venido antes si se lo mandaron?

—Debí cumplir con ciertas instrucciones y no estaba solo.

—Entiendo que no estuviera usted solo. En fin, ¡qué demonio! ¿Por qué no ha venido Liputin personalmente?

—A las seis en punto de mañana vendré a buscarlo y nos iremos caminando los tres.

—¿Nos espera Verhovenski?

—No, no estará. Verhovenski se marcha de aquí mañana a las once de la mañana.

—¡Me lo imaginaba! —Shatov murmuró rabioso, dándose un golpe en la cadera —. ¡El muy miserable se fuga!

Se sumió en agitada reflexión. Erkel, en silencio, fijaba en él los ojos y esperaba.

—¿Cómo van a llevársela ustedes? Porque no es sencillamente cosa de tomarla y cargar con ella.

—No será necesario. Bastará con que usted indique el lugar y comprobemos que, efectivamente, está allí enterrada. Sabemos poco más o menos dónde está, pero no el lugar preciso. ¿Se lo ha indicado usted ya a alguien?

Shatov le miró.

—¿Un muchacho como usted, un joven inocente como usted, ha caído en la red como un borrego? ¡Pero, claro, es sangre joven lo que necesitan! ¡Bueno, márchese! ¡Uf, ese sinvergüenza los ha engañado a todos ustedes y ha salido por pies!

Erkel lo miraba tranquilo y sereno, pero por lo visto sin comprender.

—¡Verhovenski se ha fugado, Verhovenski! —gritó Shatov, rechinando los dientes.

—¡Pero si está aquí todavía, si todavía no se ha ido! ¡Si no se va hasta mañana! —observó Erkel en tono suave y persuasivo—. Yo le insté muy especialmente a que asistiera como testigo. Mis instrucciones se referían todas a él —explicó con la franqueza de un muchacho joven e inexperto—. Pero lamento decir que no aceptó a causa de su partida. Debe de tener mucha prisa.

Shatov volvió a mirar compasivamente al bobo, pero de golpe hizo con la mano un gesto de impaciencia como diciéndose que no valía la pena compadecerlo.

—Está bien, iré —dijo poniendo fin a la conversación—. Pero ahora, fuera de aquí.

—Entonces, a las seis en punto —dijo Erkel saludando cortésmente y bajando la escalera sin apresurarse.

Desde lo alto de la escalera y sin poder contenerse Shatov le gritó: «¡Idiota!».

—¿Señor, ha dicho usted algo? —preguntó Erkel desde abajo.

—No, puede irse, no he dicho nada.

—Creí que había dicho usted algo.

2

Privado de razón, Erkel parecía un idiota incapaz de resolver nada con inteligencia; sin embargo, en algunas ocasiones, actuaba con cierta astucia. Parecía candorosamente dedicado en cuerpo y alma a la «causa común», aunque en realidad respondía a los mandatos de Piotr Verhovenski, cumplía con el rol que le había asignado en la reunión del grupo de los cinco. Piotr Stepanovich le había señalado el papel de mensajero, había logrado hablar con él reservadamente unos cinco minutos. El cumplimiento de órdenes recibidas era necesidad insoslayable para este carácter mezquino e irreflexivo, siempre ansioso de someterse a la voluntad ajena —por supuesto, sólo en pro de la «causa común» o de la «gran idea»—. Pero hasta eso no habría importado mucho, porque los pequeños fanáticos como Erkel no pueden comprender el servicio de una causa sino confundiéndola con la persona que, según ellos, la encarna. Erkel, benévolo, afable y sentimental, era quizás el más insensible de los que iban a matar a Shatov y presenciaría el asesinato sin pestañear ni manifestar odio personal alguno. Entre otras cosas se le había ordenado que cuando fuera a cumplir su encargo, se fijara en el ambiente en que vivía Shatov; y cuando éste lo recibió en la escalera y reveló en su acaloramiento —quizá hasta sin darse cuenta— que había vuelto su mujer, Erkel fue bastante astuto para no mostrar curiosidad, no obstante cruzarle por la mente la sospecha de que el regreso de la esposa sería por demás significativo para lograr el éxito esperado…

Y así sucedió en efecto: ese hecho fue lo único que salvó a los «inescrupulosos» de lo que Shatov tenía pensado hacer, y al mismo tiempo los ayudó a «quitarlo de en medio». Como primera providencia, incitó a Shatov, lo sacó de sus casillas privándolo de su perspicacia y cautela habituales. Ahora menos que nunca podía preocuparse de su seguridad personal, ya que tenía la cabeza ocupada por pensamientos de índole muy diferente. Al contrario, creía fervientemente que Piotr Verhovenski se fugaría al día siguiente, lo cual concordaba con sus sospechas. Volvió a la habitación, se sentó de nuevo en un rincón, apoyó los codos en las rodillas y ocultó el rostro entre las manos. Lo embargaban desagradables pensamientos…

Pronto volvió a alzar la cabeza y fue en puntas de pie a mirar de nuevo a su esposa: «¡Dios santo, tendrá fiebre mañana por la mañana! ¡Quizá ya la tiene! Se habrá resfriado. No está acostumbrada a este clima horrible. Además, un vagón de tercera, un torbellino a su alrededor, la lluvia, un pobre abrigo que apenas calienta… ¡Y abandonarla aquí, dejarla sin ayuda alguna! ¡Y ese maletín tan pequeño, tan ligero y abollado, que no pesará diez libras! ¡Pobrecilla, con lo cansada que está y lo que habrá sufrido! Porque orgullosa, lo es, y por eso no se queja. Pero lo que es mal humor, sí que lo tiene. Es la enfermedad. Hasta un ángel tendría mal humor si estuviera enfermo. Debe de tener la frente seca y ardiendo…, ¡y qué ojeras! Sin

embargo, hay que ver lo hermoso que es ese rostro oval y lo espléndido que es ese pelo…».

Pero al momento desvió los ojos y se apartó de la cama, como asustado de sólo pensar que podría ver en la que en ella yacía algo más que una criatura infeliz y agotada a quien había que ayudar. ¿Cuáles esperanzas cabía resguardar? ¡Oh, qué mezquino y despreciable era! Y volvió a sentarse en su rincón, a cubrirse la cara con las manos, a soñar y recordar de nuevo… y de nuevo a acariciar esperanzas.

«¡Qué cansada estoy… qué cansada!». Recordaba las exclamaciones de ella, su voz débil, quebrada. «¡Dios mío, abandonarla ahora con apenas ochenta kopeks! ¡Me dio su portamonedas tan viejo, tan pequeño! Ha venido en busca de empleo. Pero ¿qué sabe ella de empleos? ¿Qué saben estas gentes de Rusia? Son como niños caprichosos que viven de las fantasías que ellos mismos se inventan. ¡Y la pobre se enfada porque Rusia no se parece a lo que sueñan en el extranjero! ¡Oh, infelices! ¡Oh, inocentes! Pero… de veras que hace frío aquí».

Recordó que ella se había quejado del frío y que él había prometido cargar la estufa. «Hay leña en la casa. Puedo traerla sin despertarla. Hay que intentarlo. Quizá cuando se levante quiera comer la ternera. Pero eso será más tarde. Kirillov no pega un ojo en toda la noche. ¿Con qué puedo taparla? Duerme a pierna suelta, pero seguramente tiene frío…».

Una vez más se acercó para contemplarla. Tenía el vestido un poco levantado y la pierna derecha medio descubierta hasta la rodilla. Él, casi con alarma, volvió la cara del otro lado, se quitó el gabán, y quedándose sólo con la vieja y ligera levita, cubrió con él, procurando no mirar, lo que estaba descubierto.

Encender fuego, ir y venir de puntillas, observar a la durmiente, soñar en el rincón, con todo ello pasó bastante tiempo: dos o tres horas. Y fue durante ellas cuando Verhovenski y Liputin hicieron su visita a Kirillov. También él se quedó dormido. La oyó gemir. Se había despertado y lo llamaba. Sobresaltado se levantó como un criminal.

—*Marie*! Temo haberme dormido… ¡Ay, qué bribón soy, *Marie!*

Ella se incorporó un poco, miró atónita a su alrededor como sin saber dónde estaba, y enojada dijo con indignación:

—He ocupado la cama de usted y, cansada, me he quedado dormida. ¿Por que no me despertó? ¿Piensa que quiero molestarlo?

—¡No, *Marie*, pero no podía despertarte!

—¡Podía y debía hacerlo! No tiene usted otra cama y he ocupado la que tiene. No ha debido ponerme en una situación falsa. ¿O acaso cree que vengo a aprovecharme de su beneficencia? ¡Vamos, acuéstese en su cama, que yo me echaré en unas sillas en el rincón!

—*Marie*, no hay bastantes sillas para eso y, además, no tengo nada que ponerles

encima.

—Entonces en el suelo. De otro modo tendría usted que acostarse en el suelo. La que se acuesta en el suelo soy yo…, ¡muévase, muévase!

Se levantó con deseo de caminar, pero de pronto, un agudo espasmo de dolor le quitó las fuerzas y volvió a caer en la cama con un ronco gemido. Shatov corrió a su lado, pero *Marie*, con el rostro hundido en la almohada, le tomó una mano y empezó a apretársela con todas sus fuerzas. Así lo hizo durante un minuto.

—*Marie*, cariño, si es preciso, aquí hay un médico, el doctor Frenzel, conocido mío… Podría ir a llamarlo.

—¡Pavadas!

—¿Cómo que pavadas? Dime, *Marie*, ¿qué es lo que te duele? Podría ponerte una cataplasma… en el estómago, por ejemplo… Puedo hacerlo yo sin ayuda del médico… O un fomento de mostaza.

—¿Qué es eso? —preguntó ella con tono extraño, levantando la cabeza y mirándole consternada.

—¿Cómo que qué es eso, *Marie*? —dijo Shatov sin comprender—. ¿Qué es lo que preguntas? ¡Ay, Dios mío, qué desacierto! Perdona, *Marie*, no entiendo nada.

—Ya déjeme en paz. No tiene por qué entender nada. Además, sería ridículo que lo entendiera… —agregó con amarga sonrisa—. Háble me de cualquier cosa. Pasee por el cuarto y hable. No esté de pie junto a mí ni me mire. Ésta es la milésima vez que se lo pido. ¡Por favor!

Shatov empezó a pasear por la habitación, mirando el suelo y procurando con empeño no fijar los ojos en ella.

—No te enojes, *Marie*, te lo ruego. Aquí tengo un poco de ternera y hay también té a dos pasos… Comiste tan poco hace un rato…

Ella hizo un gesto de asco. Shatov, desesperado, se mordió la lengua.

—Escuche. Quiero abrir aquí un taller de encuadernación sobre una base racional de competencia. ¿Qué piensa usted? ¿Saldría bien la cosa o no?

—¡Oh, *Marie*! Aquí no se leen libros, y ni siquiera los hay. ¿Cómo va la gente a encuadernarlos?

—¿Qué quiere decir con «la gente»? ¿Quién es la gente?

—El lector local y, en general, todo el que vive aquí, Marie.

—¿Y por qué no lo dice más claro? «La gente», dice usted, y no sabe quién es esa gente. No sabe usted gramática.

—Eso está en el espíritu de la lengua, *Marie* —murmuró Shatov.

—Váyase al cuerno con su espíritu. ¡Qué pesado es usted! ¿Por qué no habrían de encuadernar libros el lector o el que vive aquí?

—Porque leer un libro y encuadernarlo son dos etapas del progreso enteramente diferentes. Al principio, el individuo se habitúa poco a poco a leer. Eso, por supuesto,

requiere siglos. Pero no se cuida de su libro y lo deja tirado en cualquier parte, porque no lo toma en serio. La encuadernación, al contrario, supone ya el respeto al libro, significa que el individuo no sólo gusta de leerlo, sino que lo estima como algo valioso.

Rusia no ha llegado aún a esta etapa. Europa encuaderna libros desde hace mucho tiempo.

—Si bien lo dice usted con pedantería, al menos no es una estupidez. Eso me recuerda lo que pasaba hace tres años, cuando, de vez en cuando, daba usted muestra de bastante agudeza.

Dijo esto en el mismo tono despectivo que las frases caprichosas de antes.

—*Marie, Marie* —Shatov se volvió a ella hondamente emocionado—. ¡Oh, *Marie*! ¡Si supieras cuánto ha pasado en esos tres años! Después oí decir que me despreciabas por mi cambio de ideas. Pero ¿a quiénes volví la espalda? ¡A los enemigos de la vida, a liberales trasnochados que se asustan de su propia independencia; a lacayos del pensamiento, a enemigos de la individualidad y la libertad, a predicadores de créditos de ideas muertas y putrefactas! ¿Qué es lo que ofrecen? Senectud, dorada mediocridad, la mezquina ignorancia de la pequeña burguesía, igualdad envidiosa, igualdad sin dignidad propia, igualdad como la concibe un lacayo o un francés del ’93… ¡Y lo peor es que por todas partes sólo hay canallas, canallas, canallas…!

—Sí, canallas hay muchos —dijo ella con voz abrupta y penosa. Estaba acostada cual larga era, inmóvil y como temerosa de moverse, con la cabeza hundida en la almohada, de costado, mirando el techo con ojos febriles y cansados. Tenía la cara y los labios resecos y ardientes.

—¡Lo comprendes, *Marie*, lo comprendes! —exclamó Shatov. Ella quería sacudir la cabeza, pero de pronto se retorció con el mismo espasmo de antes. Volvió a hundir el rostro en la almohada y a apretar durante un minuto con todas sus fuerzas la mano de Shatov, que había corrido a su lado loco de espanto.

—*Marie, Marie!* ¡Quizás esto sea muy grave, *Marie*!

—¡Cállese! ¡No quiero, no quiero! —gritó ella frenética, volviendo de nuevo la cara hacia arriba—. ¡No se atreva a mirarme! ¡No quiero su compasión! Camine por el cuarto, diga algo, hable…

Shatov volvió a murmurar algo.

—¿A qué se dedica usted aquí? —preguntó ella, interrumpiéndolo con impaciencia desdeñosa.

—Trabajo en la oficina de un comerciante. Si quisiera, *Marie*, podría ganar bastante incluso aquí.

—Mejor para usted…

—¡Oh, *Marie*, no vayas a pensar…! Lo he dicho sólo por…

—Pero ¿qué otra cosa hace? ¿Qué predica? Porque usted no puede vivir sin predicar. Lo lleva en la masa de la sangre.

—Predico a Dios, *Marie*.

—¿Qué clase de persona era esa María Timofeyevna?

—Hablemos de eso más tarde, *Marie*.

—¡No se atreva a hacerme esas observaciones! ¿Es cierto que esa muerte ha sido causada por la maldad… de esas gentes?

—Sin duda alguna —respondió Shatov mascullando las palabras.

Marie levantó la cabeza de pronto y gritó histérica:

—¡No vuelvas a hablarme de eso! ¡Nunca! ¿Me oyes? ¡Nunca! —y volvió a desplomarse sobre la cama, presa del mismo dolor espasmódico. Era ya la tercera vez, pero ahora los gemidos subían de tono y llegaban a ser gritos—. ¡Ay, qué hombre más inaguantable! ¡Qué hombre más detestable! —gritó, retorciéndose sin poder ya contenerse, y apartando a empujones a Shatov, que se inclinaba sobre ella.

—*Marie*, haré lo que quieras…, caminaré por el cuarto, hablaré…

—¿Pero no ve usted que ha empezado?

—¿Qué es lo que ha empezado, *Marie*?

—¡No lo sé! ¿Acaso sé yo algo de esto? ¡Maldición! ¡Maldito sea todo desde el principio!

—*Marie*, si me dijeras qué es lo que ha empezado… De otro modo ¿cómo voy a saberlo?

—¡Es usted un teorizante, un charlatán inútil! ¡Y maldito sea el mundo entero!

—*Marie, Marie*… —Shatov creía de veras que se estaba volviendo loca.

—Santo Dios, ¿no ve que lo que tengo son dolores de parto? —dijo levantándose a medias y clavando en él una mirada terrible, histéricamente malévola, que le desfiguraba el rostro—. ¡Maldito de antemano sea lo que nazca!

—*Marie* —exclamó Shatov, cayendo por fin en la cuenta—, *Marie!* Pero ¿por qué no lo dijiste antes? —de pronto sacó fuerzas de flaqueza y con enérgica resolución agarró la gorra.

—¿Cómo iba a saberlo cuando llegué aquí? ¿Habría venido aquí en ese caso? Me dijeron que faltaban todavía diez días. ¿A dónde va usted? ¿A dónde va? ¡Le prohíbo que se vaya!

—Traeré a la comadrona. Venderé el revólver. Necesitamos dinero.

—¡Le prohíbo que haga nada! ¡Le prohíbo que llame a la comadrona! Basta con una aldeana, con una vieja. En mi bolso tengo ochenta kopeks… Las aldeanas dan a luz sin ayuda de comadronas… Y si muero, tanto mejor…

—Tendrás una comadrona y además una vieja. Pero ¿cómo voy a dejarte sola, *Marie*?

Haciendo caso omiso a los gritos y gemidos frenéticos, Shatov bajó desesperado

las escaleras, convencido de que debía salir en busca de ayuda.

3

Lo primero que hizo fue ir a ver a Kirillov, que aguardaba de pie en el medio de la habitación. Ya casi era la una de la madrugada.

—¡Kirillov, mi mujer va a dar a luz!

—¿Qué? ¿Cómo?

—¡Un niño! ¡Va a tener un niño!

—¿Está seguro?

—¡Por supuesto que lo estoy! ¡Tiene espasmos…! ¡Necesito una vieja, una mujer, pronto! ¿Podremos encontrarla ahora? Solía usted tener varias mujeres en la casa…

—¡Cuánto siento no saber dar a luz! —exclamó Kirillov pensativo—. No quiero decir que sea yo quien dé a luz, sino que no sé ayudar a dar a luz… o, en fin, no sé cómo es que debe decirse…

—Lo que usted quiere decir es que no sabe ayudar en un parto. Pero no lo busco a usted, necesito una mujer, una vieja, una enfermera, una criada.

—¡Encontraré una vieja, pero quizá no enseguida…! Si quiere, yo mismo puedo ir…

—No, no, de ningún modo. Iré a buscar a Virginskaya, la comadrona.

—¡Horrible mujer!

—Lo sé, Kirillov, lo sé, pero es la mejor. Todo ocurrirá sin reverencia ni júbilo, con repugnancia, entre blasfemias y juramentos. ¡Ante un misterio tan enorme como es la venida al mundo de una nueva criatura…!

¡Y ya la está maldiciendo!

—Si quiere usted, yo…

—No venga. Mientras voy a buscar a Virginskaya, acérquese de vez en cuando a la escalera y escuche sin hacer ruido. Pero no se atreva a entrar, porque la asustaría. No entre por nada del mundo; escuche tan sólo… pero si pasa algo horrible… si algo horrible ocurre, entre.

—Comprendo. Tengo otro rublo. Tome, aquí está. Iba a comprar una gallina mañana, pero ya no quiero. Vaya usted corriendo, lo más deprisa que pueda. El samovar estará listo toda la noche.

Kirillov ignoraba por completo lo que se tramaba con respecto a Shatov, y jamás antes había sospechado la magnitud del peligro que amenazaba a éste. Sólo sabía que Shatov tenía algunas cuentas pendientes con «esa gente», y aunque él también estaba enredado con ella por instrucciones recibidas del extranjero (muy superficiales, por lo demás, ya que nunca había estado muy metido en nada), lo cierto era que últimamente había echado todo por alto, todos los encargos, había desatendido todos los asuntos, especialmente los de «la causa común», y se había consagrado a la vida contemplativa… Aunque Piotr Verhovenski, en la sesión que ya conocemos, había

invitado a Liputin a acompañarlo a casa de Kirillov para cerciorarse de que éste se haría responsable en momento oportuno del «caso Shatov», no había nombrado a Shatov en su entrevista con Kirillov, ni aludido a él en modo alguno, probablemente por considerarlo improcedente y aun por desconfiar del propio Kirillov. Demoró hablar de eso hasta el día siguiente cuando todo estuviera terminado y ya a Kirillov no le importaría el asunto. Eso era lo que pensaba Piotr Verhovenski de Kirillov. También Liputin había notado que no se había mentado a Shatov, no obstante lo prometido por Piotr Verhovenski, pero tan agitado estaba que no pudo protestar.

Como un vendaval corrió Shatov a casa de los Virginski, maldiciendo lo largo de la calle y pensando que no tenía fin.

Tuvo que llamar largo rato a la puerta, pues hacía tiempo que todos dormían; pero no dudó en golpear con furia las ventanas. Un perro encadenado en el patio intentaba soltarse mientras ladraba rabiosamente. Lo siguieron los perros de toda la calle, provocando un verdadero estruendo de ladridos.

—¿Por qué golpea usted de ese modo y qué necesita? —se oyó por fin en la ventana la mansa voz del propio Virginski, que no correspondía al calibre del «ultraje». Las ventanas se abrieron, y también el postigo.

—¿Quién está ahí? ¿Quién es el sinvergüenza? —gritó una voz femenina que ahora sí correspondía a la magnitud del «ultraje». Era la solterona pariente de Virginski.

—Soy yo, Shatov. Mi mujer ha vuelto y está a punto de dar a luz…

—Entonces que lo haga. ¡Váyase!

—¡Busco a Arina Prohorovna y no me voy sin ella!

—No puede atender a todo aquel que se presente. Menos de noche… ¡Vaya a buscar a la Maksheyeva y deje de armar ese alboroto! —gruñó la irritada voz de la mujer. Se oía cómo Virginski trataba de calmarla, pero la vieja solterona lo apartó a empujones sin dejar de gritar.

—¡No me iré de aquí! —gritó de nuevo Shatov.

—¡Un momento, espere un momento! —gritó al fin Virginski, imponiéndose a la vieja—. Le ruego que espere cinco minutos, Shatov. Voy a despertar a Arina Prohorovna. Pero por favor, deje de dar golpes y no grite… ¡Qué horrible es todo esto!

Al cabo de cinco interminables minutos apareció Arina Prohorovna.

—¿Ha llegado su mujer? —se oyó su voz en el postigo y, con asombro de Shatov, no irritada, sino perentoria como de costumbre; porque Arina Prohorovna no sabía hablar de otra manera.

—Sí, está con dolores de parto.

—¿María Ignatyevna?

—Sí, María Ignatyevna. ¿Quién iba a ser, sino María Ignatyevna?

Después de un silencio, Shatov oyó que en la casa cambiaban palabras en voz baja.

—¿Hace mucho que llegó? —volvió a preguntar *madame* Virginskaya.

—A las ocho de la noche. Apúrese, por favor.

Nuevo cuchicheo y como un cambio de pareceres.

—Escuche. ¿No se equivoca usted? ¿Ha sido ella misma quien le ha mandado a buscarme?

—No. Ella no me ha mandado a buscarla. Ella quiere una campesina, una simple campesina, para no ser pesada. Pero no se preocupe, que yo le pagaré.

—Bien. Voy. Me pague o no. Siempre he apreciado la independencia de pareceres de María Ignatyevna, aunque quizás ella no se acordará de mí. ¿Tiene usted todo lo necesario?

—No tengo nada. Pero lo compraré todo, todo, todo…

«Hay generosidad hasta en esta gente —pensó Shatov encaminándose a casa de Liamshin—. El hombre y sus convicciones son, por lo visto, dos cosas muy diferentes. ¡Puede que haya sido injusto con ellos! Todos somos culpables, todos somos culpables y… ¡sólo falta que nos convenzamos de eso…!».

No tuvo que llamar mucho rato en casa de Liamshin. Sorprendido por Shatov, abrió enseguida el postigo, saltando de la cama en paños menores y con los pies descalzos a riesgo de resfriarse; y eso que era hombre muy aprensivo que cuidaba siempre de su salud. Pero había motivo especial de tal vigilancia y presteza: Liamshin había pasado la noche temblando y no había podido cerrar los ojos todavía por la agitación que le había provocado la reunión de los cinco; lo espantaba pensar en visitas imprevistas e indeseables. Sobre todo le atormentaba la noticia de la delación de Shatov. Y he aquí que, de pronto y como a propósito, alguien llamaba con fuerza a su ventana.

Tanto se acobardó de ver a Shatov que cerró de golpe el postigo y volvió corriendo a la cama. Shatov empezó a gritar y golpear la ventana con el puño cerrado.

—¿Cómo se atreve a llamar así en plena noche? —gritó Liamshin con voz amenazante, aunque paralizado de terror, cuando al cabo de un par de minutos resolvió abrir de nuevo el postigo y se convenció por fin de que Shatov había venido solo.

—Tome su revólver; se lo devuelvo. Déme quince rublos.

—¿Qué dice? ¿Está usted borracho? Esto es escandaloso. Voy a pescar un catarro. Espere que me eche la manta encima…

—Déme rápido quince rublos. Si no, voy a seguir golpeando y gritando hasta que amanezca. Le haré polvo la ventana.

—Y yo llamaré a un guardia y lo llevarán al calabozo.

—¿Usted cree que soy mudo? ¿O acaso no puedo también yo llamar a un

guardia? ¿Quién le teme más a un guardia, usted o yo?

—¡Pensar que tiene usted ideas tan canallescas…! Sé a qué alude… ¡Espere, espere, y por lo que más quiera deje de golpear! ¿Quién tiene dinero de noche? ¿Y para qué quiere dinero si no está borracho?

—Ha vuelto mi mujer. Se lo devuelvo por diez rublos menos de los que me cobró usted. No lo he disparado una sola vez. Tome el revólver. ¡Vamos, tómelo!

Como un autómata Liamshin sacó la mano por el postigo y tomó el revólver. Esperó un instante, de pronto, asomó la cabeza y como desquiciado, sintiendo un escalofrío en la espalda le dijo:

—Miente. Su mujer no ha vuelto. La verdad es que… usted quiere fugarse.

—Es usted un estúpido. ¿A dónde iba a ir? Lo de fugarse le va mejor a Piotr Verhovenski que a mí. Acabo de estar en la casa de la comadrona Virginskaya y ha aceptado ir enseguida. Pregúnteles, si no. Mi mujer está con dolores de parto. Necesito el dinero. ¡Démelo!

Un enjambre de ideas revoloteó en la mente tramposa de Liamshin. Todo tomó otro rumbo, pero el pánico aún no lo dejaba pensar.

—Pero ¿cómo…, si no vive usted con su mujer?

—¡Le rompo a usted el cráneo por preguntar eso!

—¡Entiendo! ¡Perdóneme! Es que me tomó de sorpresa… Pero entiendo; entiendo. ¿De veras que irá Arina Prohorovna? ¿Acaba usted de decir que había ido? Bien sabe usted que no es verdad. Vea, vea cómo está mintiendo a cada paso.

—Seguramente en este momento está ya con mi mujer. No me haga esperar… Yo no tengo la culpa de que sea usted tonto.

—¡Mentira! No soy tonto. Perdone, pero me es imposible… —y desconcertado por completo trató por tercera vez de cerrar la ventana, pero Shatov lanzó un alarido tal que al momento volvió a asomarse.

—¡Esto es un verdadero atentado personal! ¿Qué es lo que quiere usted de mí? ¡Dígamelo! ¡Diga sus exigencias! ¡Pero piense, piense, que estamos en plena noche!

—¡Exijo quince rublos, cabeza de asno!

—Pero puede que no quiera aceptar la devolución del revólver. No tiene usted derecho a exigirlo. Usted compró la cosa y se terminó… No tiene usted derecho. No puedo reunir ese dinero en medio de la noche. ¿Dónde iba a procurarme esa cantidad?

—Siempre tienes dinero, siempre. Te he rebajado diez rublos, pero todo el mundo sabe que eres un roñoso.

—Vuelva pasado mañana, ¿me oye? Pasado mañana por la mañana, a las doce en punto, y le daré esa suma. ¿Qué le parece?

Shatov aporreó por tercera vez el marco de la ventana.

—Dame diez rublos y mañana, en cuanto amanezca, cinco más.

—No. Pasado mañana por la mañana, cinco. Mañana le juro que no los tengo.

Más vale que no venga… que no venga.

—¡Dame diez, roñoso!

—¿A qué vienen esos insultos? Voy a encender una vela. Mire, ha roto el cristal… ¿A quién se le ocurre blasfemar así de noche? Aquí tiene —dijo dándole un billete por la ventana.

Shatov lo tomó. Era un billete de cinco rublos.

—Le juro que no puedo darle más. ¡Aunque me mate! ¡No puedo! Pasado mañana podré dárselo todo, pero ahora es absolutamente imposible.

—¡De aquí no me voy! —rugió Shatov.

—Bueno, tome. Aquí tiene más; vea, aquí hay más, y eso es todo lo que le doy. Aunque brame y siga bramando no le doy más. No le doy más, haga lo que haga. ¡No, no y no!

Estaba frenético, desesperado, cubierto de sudor. Los dos billetes que acababa de entregar eran de un rublo cada uno. En total, fueron siete rublos los que recibió Shatov.

—Vete al infierno. Mañana vuelvo. No me das los ocho que me adeudas, y yo te muelo a palos, Liamshin.

«No estaré en casa, idiota», al instante le replicó Liamshin aunque para sus adentros.

—¡Espere, espere! —gritó furioso a Shatov, que ya salía corriendo—. ¡Espere, vuelva! Diga, por favor: ¿es verdad eso de que ha vuelto su mujer?

—¡Bruto! —le gritó con asco Shatov mientras corría vertiginosamente hacia su casa.

4

Es necesario aclarar que Arina Prohorovna desconocía por completo las decisiones tomadas en la sesión del día anterior. Virginski, que había regresado demasiado abatido y por demás agotado, no había tenido el valor de anunciarle la totalidad de la resolución adoptada; sin embargo, sí pudo contarle a medias, es decir, contarle que Verhovenski les había revelado la inequívoca intención de Shatov de denunciarlos a la policía, aunque agregó que él no daba pleno crédito a la noticia. Arina Prohorovna quedó aterrada. He ahí por qué, cuando vino a buscarla Shatov, decidió ir enseguida, aunque estaba muy cansada por haber pasado toda la noche anterior asistiendo a una parturienta. Siempre había pensado que «un bribón como Shatov era capaz de cualquier canallada política»; pero la llegada de María Ignatyevna le daba al asunto una fisonomía muy distinta. El pánico de Shatov, el tono desesperado de su ruego, la manera en que pedía auxilio, indicaban un cambio de actitud en el traidor: el individuo que había resuelto denunciarse a sí mismo a fin de destruir a otros debería tener otro aspecto que el que en realidad presentaba. En suma, Arina Prohorovna resolvió corroborar los hechos con sus propios ojos. Virginski quedó muy contento de su decisión, como si le hubiesen quitado un gran peso de encima. Llegó hasta abrigar una esperanza: el aspecto de Shatov le parecía de todo punto incompatible con las conjeturas de Verhovenski…

No se había equivocado: cuando Shatov volvió a su casa encontró ya a Arina Prohorovna con Marie. La comadrona acababa de llegar y había despedido lacónicamente a Kirillov, que estaba de plantón al pie de la escalera. Se apresuró a presentarse a *Marie,* que no recordaba que habían sido antiguas conocidas. La halló en «pésimo estado», o, lo que es lo mismo, de mal humor, irascible y «presa de cobarde desesperación». Pero apenas cinco minutos después impuso silencio a todas las protestas de la paciente.

—¿Pero por qué se empeña en no querer una comadrona cara? —preguntaba en el momento en que entraba Shatov—. Ésa es una perfecta tontería, una opinión equivocada nacida del estado anormal en que se encuentra. En manos de una vieja cualquiera, de una comadrona de aldea, tiene usted un cincuenta por ciento de posibilidades de que la cosa vaya mal y acabaría con más ajetreo y gastos que con una comadrona cara. ¿Y quién le dice que soy una comadrona cara? Puede pagar más tarde; no le cobraré demasiado y respondo de mi éxito. Conmigo no se morirá. Peores casos he visto. Y mañana mismo, si usted quiere, mando al niño al orfanato, y que lo críen en el campo; y ahí terminará todo este asunto. Y mientras tanto usted se repondrá, podrá dedicarse a un trabajo racional y en poco tiempo ya le habrá pagado a Shatov lo que le adeuda por el alojamiento y demás, que no será gran cosa…

—No es eso… Es que no tengo derecho a ser pesada…

—Pero esos son sólo sentimientos racionales y cívicos. Créame, Shatov no tendrá casi nada que gastar si, en vez del personaje fantástico que es ahora, llega a ser, aun con el mínimo grado, un hombre de ideas sensatas. Lo único que debe evitar es el cometer tonterías, no tocar el bombo, ni andar corriendo por la ciudad con la lengua afuera. Si no lo detenemos puede que despierte a todos los médicos de la ciudad antes de que amanezca; en mi calle despertó a todos los perros. No hacen falta médicos; ya he dicho que lo garantizo todo. Puede, si quiere, tomar una vieja para que ayude: eso no cuesta mucho. Él, también, puede servir para algo, y no sólo para hacer tonterías. Tiene manos, tiene pies, y puede ir corriendo a la droguería, sin herir con su beneficencia la susceptibilidad de usted. ¡Aunque vaya beneficencia! ¿No es él el motivo de que esté usted así? ¿No fue él quien la enemistó con la familia donde estaba usted de institutriz con el fin egoísta de casarse con usted? Porque eso fue lo que oímos decir… Sin embargo, no hace mucho vino corriendo como loco a buscarme, gritando por toda la calle. Yo no me meto donde no me llaman y he venido sólo por usted, por cuestión de principios, porque todos tenemos el deber de ayudarnos mutuamente. Eso es lo que le dije a él antes de salir de casa. Si cree usted que estoy de más, adiós. Espero sólo que no haya contratiempos que pudieran evitarse fácilmente.

Y, en efecto, se levantó de su asiento. *Marie* estaba tan desvalida, tan atormentada por los dolores y, la verdad sea dicha, tan aprensiva de lo que iba a pasar, que no se atrevió a dejarla ir. Pero esta mujer le resultaba de pronto detestable; lo que decía no era lo que quería oír, no era nada de lo que estaba pensando. Pero el presagio de una posible muerte en manos de una vieja inexperta se impuso a su aversión. Ahora bien, desde ese momento se volvió más exigente e inclemente con Shatov, hasta le prohibió que la mirara y que estuviera delante de ella. Los dolores aumentaban. Los juramentos, incluso las blasfemias, resultaban cada vez más frenéticos.

—¡Lo vamos a echar de aquí! —gritó Arina Prohorovna—. ¡Qué cara tiene! Parece un difunto. Asusta. ¿Y a usted qué le va en esto? ¡A ver, dígame, farsante! ¡Vaya comedia!

Shatov guardó silencio, había resuelto no decir nada.

—¡Ya he visto a muchos padres tontos en casos así, a punto de perder el juicio! Pero, al menos, ésos…

—¡Cállese o déjeme morir sola! ¡Ni una palabra más! ¡No quiero, no quiero! —gritó *Marie*.

—Es imposible no decir una palabra, si no es que ha perdido usted el juicio; que, por lo que entiendo, es lo que le pasa a usted. En todo caso, hay que hablar de lo que hay que hacer. Diga, ¿tiene todo preparado? Responda usted, Shatov, pues ella es incapaz de hacerlo.

—Dígame qué es precisamente lo que se necesita.

—Eso significa que no se ha preparado nada.

Entonces detalló lo que el caso requería; y, hay que señalarlo, limitándose a lo necesario, a lo absolutamente indispensable. Algo de ello tenía Shatov. *Marie* sacó una llave y se la entregó para que abriera su maletín. Como a él le temblaban las manos, tardó más de lo debido en dar con el cerrojo. *Marie* se puso fuera de sí, pero cuando Arina Prohorovna corrió a él para quitarle la llave, no la dejó mirar dentro del maletín e insistió, con gritos y sollozos pueriles, en que sólo Shatov lo abriese.

Para algunas cosas hubo que acudir a Kirillov. Cuando Shatov se dispuso a bajar, ella al punto lo llamó frenética y sólo se apaciguó cuando Shatov, que volvió a toda prisa de la escalera, le explicó que estaría fuera un instante y nada más y que volvería enseguida con lo necesario.

—Bueno, señora, es difícil complacerla —dijo riendo Arina Prohorovna—. Un momento le ordena usted estar con la cara a la pared, sin que se atreva a mirarla, y al momento siguiente, si se aleja un instante, se pone usted a llorar. Puede que empiece a figurarme algo. ¡Vamos, no sea tonta y no se ofenda, que lo digo sólo en broma!

—No se atreverá a imaginarse nada.

—Debió haberlo visto corriendo por la calle con la lengua afuera, alborotando a todos los perros y rompiéndome el marco de la ventana, tan enamorado está de usted, que parece un corderito obediente.

5

Kirillov caminaba por su cuarto cuando entró Shatov. Estaba tan ensimismado que hasta había olvidado la llegada de *Marie*. De todas maneras lo escuchó sin entender.

—¡Oh! —se acordó de repente, como si se arrancara a la fuerza, y sólo por un momento, de una idea seductora—. Sí, sí…, una vieja… Una esposa o una vieja. Espere: una esposa y una vieja, ¿no era eso? Ya recuerdo. He ido… Vendrá una vieja, pero no enseguida. Tome la almohada. ¿Algo más? Sí… Espere un minuto, Shatov: ¿tiene usted momentos de armonía eterna?

—¿Kirillov? No debería seguir pasando las noches sin dormir.

Kirillov se recuperó y, extrañamente, empezó a hablar con mucha más coherencia que nunca. Era evidente que venía pensando en el asunto hace rato y que incluso llevaba todo lo que estaba diciendo escrito previamente.

—Hay segundos (sólo cinco o seis a la vez) en que uno logra sentir la plenitud de la armonía eterna. Es algo sobrenatural. No estoy diciendo que sea algo divino, sino que el hombre, en cuanto ser terrenal, no lo puede sobrellevar. Tiene que cambiar físicamente o morir. Es una sensación diáfana e inequívoca. Como si de improviso abarcara uno la naturaleza entera y dijese: Sí. Esto es verdad. Dios, cuando creaba el mundo, decía al fin de cada día de la creación: «Sí, esto es verdad, esto es bueno». Esto…, esto no es ternura, sino sólo gozo. Uno no perdona nada, porque no tiene nada que perdonar. No es amor. ¡Es más que amor! Y lo realmente atroz es que todo es tan claro ¡y qué dicha! Si durase más de cinco segundos, el alma no podría resistirlo y ocurriría la muerte instantáneamente. En esos cinco segundos vivo una vida entera, y por ellos daría toda mi vida, pues lo vale. Para resistir diez segundos tendría uno que cambiar físicamente. Soy de la opinión de que el hombre debe dejar de reproducirse. ¿Para qué tener hijos, de qué sirve el progreso, cuando ya se ha llegado a la meta? Se dice en los Evangelios que en la resurrección los hombres no procrearán y serán como los ángeles del Señor. Es un indicio. ¿Ya está dando a luz su mujer?

—Kirillov, ¿esto le ocurre a menudo?

—Una vez cada tres días o una vez a la semana.

—¿Y sufre ataques?

—No.

—Pues los sufrirá. Tenga cuidado, Kirillov. He oído decir que así empiezan los ataques. Un epiléptico me describió detalladamente la sensación que precede al ataque: en todo punto como lo ha dicho usted. Dijo también que duraba cinco segundos y que era imposible resistirla más tiempo. Recuerde el jarro de Mahoma, del que no se derramaba una gota de agua mientras el Profeta daba a caballo una vuelta al Paraíso. El jarro son los cinco segundos. Eso se parece mucho a la armonía

de usted, y Mahoma fue epiléptico. Tenga cuidado, Kirillov; eso es epilepsia.

—No habrá tiempo para ello —dijo Kirillov con sonrisa apacible.

6

En plena noche Shatov fue de aquí para allá, recibió retos y requerimientos. Muchos fueron los momentos en los que *Marie* desesperó creyéndose al borde de la muerte. Gritaba que quería vivir, que «tenía que vivir» y que tenía terror a la muerte. «¡No quiero, no quiero!», repetía. De no haber sido por Arina Prohorovna lo habría pasado muy mal. Poco a poco logró calmar a la paciente, que empezó a obedecer, como una criatura, cuanto la otra le decía y ordenaba. Arina Prohorovna trataba a sus clientes con más severidad que dulzura, lo que no le impedía trabajar con gran pericia. Amanecía. De pronto, Arina Prohorovna supuso que Shatov había salido a la escalera para rezar y empezó a reír. *Marie* también rompió a reír, con risa maligna, ponzoñosa, como si en ello encontrase alivio. Terminaron por expulsar a Shatov sin más contemplaciones. La mañana repuntaba húmeda y fría. Shatov, en un rincón, juntó la cara a la pared, lo mismo que había hecho la víspera, cuando vino Erkel. No dejaba de temblar, sentía miedo de pensar, pero su mente se aferraba a toda imagen que en ella surgía, como acontece en los sueños. Se veía de continuo arrebatado por sus fantasías, que, a su vez, se deshacían sin cesar como hilo viejo. De la habitación salían atroces alaridos animales, intolerables, increíbles. Quería taparse los oídos, pero no podía. Cayó de rodillas, repitiendo inconscientemente: *¿Marie, Marie?* Luego se oyó de pronto un grito, un nuevo grito, que le hizo estremecerse e incorporarse de un salto, el grito débil y discordante de una criatura. Se persignó y corrió a la habitación. Arina Prohorovna tenía en brazos un minúsculo ser humano, rojo y cubierto de arrugas, que gritaba y agitaba brazos y piernas, lamentablemente impotente, y que parecía, como una partícula de polvo, estar a merced del menor soplo de aire, pero chillando como si quisiese hacer valer su pleno derecho a vivir…

Marie estaba adormecida, pero un momento después abrió los ojos y clavó en Shatov una mirada extraña, muy extraña. Era una mirada enteramente nueva que Shatov no podía descifrar. No recordaba haber visto antes en ella mirada semejante.

—¿Varón? —preguntó ella a Arina Prohorovna con un hilo de voz.

—¡Varón! —gritó la comadrona, que ya estaba fajando al pequeño.

Ya fajado y colocado entre dos almohadas, se lo dio a Shatov para que lo tuviera en brazos. *Marie*, como temerosa de Arina Prohorovna, le hizo una seña a escondidas. Él comprendió de inmediato y le llevó el niño para que lo viera.

—¡Qué hermoso…! —murmuró con débil sonrisa.

—¡Mírenlo! —Arina Prohorovna rió alegre y triunfal mirándole la cara de Shatov —. ¡Hay que verle la cara!

—¡Anímese, Arina Prohorovna…! ¡Ésta es una alegría inmensa…! —murmuró Shatov con semblante prodigiosamente feliz, radiante al oír las dos palabras de *Marie* acerca del niño.

—¿A qué alegría inmensa se refiere? —preguntó Arina Prohorovna jovialmente, poniendo todo en orden y trabajando como una esclava.

—El misterio de la llegada de un nuevo ser humano es grande e incomprensible. ¡Lamento, Arina Prohorovna, que no lo crea usted así!

Shatov, aturdido y embelesado, murmuraba palabras inconexas. Era como si algo le agitara la cabeza y desbordara de su alma, a pesar suyo.

—Eran dos seres y ahora hay un tercero, un espíritu nuevo, completo y acabado, de los que no puede hacer el hombre con sus propias manos…, un nuevo pensamiento y un nuevo amor…, causa hasta espanto pensarlo… ¡Y en este mundo no hay nada más grande!

—¡Pero mire lo que dice este hombre! Sólo se trata de un desarrollo ulterior del organismo, sólo eso. No hay misterio de ninguna clase —dijo Arina Prohorovna con risa franca y alegre—. De ser verdad lo que dice, hasta una mosca sería un misterio. Pero escuche lo que digo: no debiera nacer más gente, pues ya sobra. Primero hay que cambiarlo todo de manera que no sobre, y después ¡que nazca! Bueno, pasado mañana tendremos que llevarlo al orfanato… No hay más remedio.

—De ningún modo lo mandaré al orfanato —exclamó Shatov con firmeza, mirando el suelo.

—¿Lo va usted a adoptar?

—Es mi hijo.

—Por supuesto es un Shatov, legalmente es un Shatov, y no tiene usted que hacerse pasar por bienhechor de la humanidad. Los hombres no pueden vivir sin frases bonitas. Bueno, bueno, muy bien; pero, señores míos, tengo que irme —dijo cuando acabó de arreglarlo todo—. Volveré esta mañana y también luego a la tarde, si es necesario; pero ahora, ya que todo ha resultado bien, tengo que ver a otras pacientes que me esperan hace tiempo. Creo que tiene por ahí a una vieja, Shatov. Una vieja está bien, pero no deje sola mucho tiempo a su mujer. Siéntese a su lado, que quizá puede serle útil. María Ignatyevna no le mandará a paseo, por lo visto… Vamos, hombre, que lo decía sólo en broma.

En la puerta, hasta donde la acompañó Shatov, agregó sólo para él:

—Me ha dado usted que reír para el resto de mi vida. No le cobraré nada. Me reiré hasta en sueños. Nunca he visto nada más cómico que usted esta noche pasada.

Y se marchó plenamente satisfecha. Por el aspecto y las palabras de Shatov era evidente que este hombre «se preparaba a ser padre y era un atontado». De inmediato corrió a su casa para contarle todo a Virginski, aunque le habría quedado más cerca ir a ver a otra paciente.

—*Marie*, ha dicho la comadrona que debes esperar un ratito antes de dormirte, aunque veo que te va a ser muy difícil… —apuntó Shatov con timidez—. Yo me sentaré aquí a la ventana y te cuidaré, ¿qué te parece?

Y se sentó junto a la ventana, detrás del sofá para que no pudiera verlo. Pero no había pasado un minuto cuando lo llamó y le pidió quejumbrosa que le arreglara la almohada. Él se puso a hacerlo, mientras ella miraba enfurruñada la pared.

—¡No, así no, así no…! ¡Qué manos más torpes!

Él volvió a intentarlo.

—¡Baje la cabeza! —dijo ella de pronto con voz huraña y esforzándose por no mirarle.

Él se estremeció, pero inclinó la cabeza sobre ella.

—Un poco más…, así no…, más cerca… —y con un movimiento impulsivo, rodeó el cuello de él con el brazo izquierdo y le estampó en la frente un beso húmedo y ardiente.

—*¡Marie!*

A ella le temblaban los labios y pugnaba por dominarse, pero de improviso se incorporó y exclamó con ojos chispeantes:

—¡Nikolai Stavrogin es un miserable! —y, exhausta, volvió a caer en la cama como si la hubiesen cortado de raíz, con la cabeza hundida en la almohada, sollozando histéricamente y apretando con fuerza en la suya la mano de Shatov.

Desde ese momento ya no le permitió alejarse de ella y le pidió que se sentase a la cabecera de la cama. No podía hablar mucho, pero no apartaba de él la vista, sonriendo cándidamente. Parecía haberse convertido de súbito en una jovencita inconsciente. Todo parecía haber cambiado. Shatov lloraba como un mocoso, o bien hablaba arrebatado, como una cotorra, a tontas y a locas. Le besaba las manos. Ella lo escuchaba extasiada, quizá sin entender palabra, pero acariciándolo con la mano débil. Él le habló de Kirillov, de cómo empezarían a vivir «una vida nueva» y «para siempre», de la existencia de Dios; de lo bueno que era todo el mundo… En medio de su entusiasmo sacaron de nuevo al niño para contemplarlo.

—*Marie* —exclamó, tomando al niño en brazos—, la pesadilla de antes ha concluido, igual que la vergüenza y las demás porquerías. Ahora comenzaremos de nuevo los tres juntos…, ¡sí, sí…! Ah, a propósito ¿qué nombre le pondremos?

—¿Qué nombre? ¿A él? —repitió sorprendida. Su rostro dio muestra de terrible angustia.

Cruzó las manos, miró a Shatov con reproche y ocultó la cara en la almohada.

—*Marie* ¿qué te pasa? —gritó él con dolorida alarma.

—¡Ingrato! ¿Cómo pudo usted, cómo pudo…?

—*Marie*… , perdóname, *Marie*… Sólo te he preguntado qué nombre íbamos a ponerle. Yo no sé…

—¡Ivan! ¡Ivan! —ella levantó la cara, sonrojada y cubierta de lágrimas—. ¿Cómo podía pensar que le pondríamos otro nombre horrible?

—*Marie*, cálmate. ¡Estás muy nerviosa!

—¡Otra grosería! ¡Atribuirlo a mis nervios! Apuesto a que si yo hubiera dicho que le pusiéramos… ese nombre horrible, usted habría consentido inmediatamente, quizás hasta sin pensarlo. ¡Oh, qué viles y mezquinos son los hombres! ¡Todos son iguales!

Por supuesto, un momento después, habían hecho las paces. Shatov la persuadió de que durmiera un rato. Ella se durmió, pero sin soltarle la mano. Se despertaba a menudo, lo miraba como recelosa de que se fuera y volvía a dormirse.

Kirillov mandó sus «felicitaciones» con la vieja, y envió té caliente, filetes fritos, caldo y pan blanco para «María Ignatyevna». La paciente bebió el caldo con ansia y la vieja le cambió los pañales al niño. *Marie* hizo que Shatov se comiera los filetes.

Tiempo después, extenuado, Shatov, se durmió en su silla, con la cabeza en la almohada de *Marie*. Así los encontró Arina Prohorovna, que cumplía con su palabra. Los despertó alegremente, habló con *Marie* de lo que había que hacer, examinó al niño y ordenó una vez más a Shatov que no dejara sola a su mujer. Luego, después de burlarse de la «feliz pareja» se fue satisfecha como la vez anterior.

Cuando Shatov se despertó ya no había luz, por eso lo primero que hizo fue encender una bujía. Luego fue a buscar a la vieja. Al llegar a la escalera sintió los pasos suaves y lentos de alguien que subía a su encuentro. Era Erkel.

—¡No entre! —murmuró Shatov; y tomándolo impulsivamente de la mano lo obligó a volver a la puerta—. Espere aquí, que enseguida vuelvo. ¡Me había olvidado de usted por completo! ¡Ay, cómo me lo recuerda usted ahora!

Tanta prisa se daba que no corrió a ver a Kirillov y sólo llamó a la vieja. *Marie* estaba desesperada al par que indignada de que a él «pudiera ocurrírsele dejarla sola».

—¡Pero si éste es el último paso! —gritó él con entusiasmo—. ¡Y luego una vida nueva, y nunca más recordaremos los horrores pasados!

De algún modo logró calmarla y prometió volver a las nueve en punto. La besó con ardor, besó al niño y bajó de inmediato para encontrarse con Erkel.

Fueron al parque de Stavrogin en Skvoreshniki, donde, en un lugar solitario, en un extremo del parque lindante con un pinar, había enterrado hacía un año y medio la imprenta que le había sido confiada. Era un sitio agreste y despoblado, enteramente invisible, bastante apartado de la mansión de Stavrogin. Distaba de la casa de Filippov unas tres versas y media, quizá cuatro.

—¿Vamos a ir andando? Tomaré un coche.

—Le ruego encarecidamente que no lo tome —respondió Erkel—. Han puesto mucho énfasis en este punto porque el cochero sería un testigo.

—Está bien, da lo mismo. ¡Lo que importa es terminar con esto!

Caminaron deprisa.

—¡Erkel, es usted un jovencito! —gritó Shatov—. ¿Ha sido usted feliz alguna vez?

—El que parece serlo y mucho, es usted —le respondió Erkel intrigado.

SEXTO CAPÍTULO:
Noche de gran ajetreo

1

Virginski estuvo vagando dos horas buscando a los cinco miembros del grupo para avisarles que Shatov no iba a delatarlos. Las cosas habían cambiado, su esposa había vuelto y acababa de dar a luz a un varón. Y, «conociendo el corazón humano», era imposible que Shatov fuera peligroso en esos momentos. Se sintió confundido cuando no encontró a nadie, a excepción de Erkel y Liamshin. El primero lo escuchó sin decir palabra y cuando se le preguntó sobre si iría o no al encuentro de las seis, no dudó en contestar con una sonrisa cándida que sí.

Liamshin estaba en cama, bastante enfermo, tenía la cabeza cubierta con una manta. Cuando vio entrar a Virginski se sobresaltó y en cuanto éste empezó a hablar, agitó violentamente las manos bajo la manta, rogándole que lo dejara en paz. De todas maneras escuchó cuanto le dijo de Shatov, y por algún motivo se sorprendió mucho cuando Virginski le dijo que no había encontrado a nadie en casa. Parecía enterado también (por Liputin) de la muerte de Fedka, de la que dio rápida y confusa cuenta a Virginski, a quien ahora le tocó por su parte sorprenderse. Cuando Virginski volvió a preguntar sobre si debían ir o no, volvió a rogarle, con grandes aspavientos, que lo dejara en paz, que él nada sabía y nada tenía que ver con el asunto.

Virginski regresó a casa deprimido y bastante inquieto. Aunque siempre le contaba todo a su esposa, en este caso tenía que ocultar todo. Y de no haber sido porque empezó a crecer en su mente acalorada una nueva idea, un nuevo plan de conciliación ante lo que pudiese sobrevenir, quizá también él se habría metido en cama como Liamshin. Pero la nueva idea le dio más bríos, hasta el punto de que empezó a aguardar con impaciencia la hora fijada y salió para el lugar señalado más temprano de lo necesario.

Era un lugar absolutamente tétrico en un extremo del enorme parque de Stavrogin. Más tarde yo mismo fui adrede a verlo. ¡Qué apariencia siniestra habrá tenido en aquella lóbrega noche de otoño! Limitaba con el viejo bosque perteneciente al patrimonio del Estado. Enormes pinos centenarios se destacaban en las tinieblas como manchas yerras y sombrías. En aquella oscuridad apenas se podían ver unos a otros a dos pasos de distancia, pero Piotr Stepanovich, Liputin y más tarde Erkel habían traído faroles. En tiempo inmemorial, sin que se supiese para qué o cuándo, se había construido allí con piedra sin labrar una gruta un tanto absurda. La mesa y los bancos que había habido dentro de la gruta hacía ya tiempo que se habían desmoronado y convertido en polvo. A unos doscientos pasos a la derecha estaba el tercer estanque del parque. Estos tres estanques, que empezaban en la casa, iban uno tras otro en fila algo más de una versta hasta el lindero mismo del parque. Nadie podía imaginar que a los ocupantes de la mansión de Stavrogin pudiera llegar ruido alguno, o grito o incluso disparo. Con la marcha de Nikolai Vsevolodovich el día

antes y la ausencia de Aleksei Yegorovich sólo quedaban en la casa cinco o seis personas, todas ellas, por así decirlo, inválidas. En todo caso, cabía suponer con toda seguridad que si alguno de los ocupantes solitarios de la casa oyera voces o gritos de socorro, su única reacción sería el espanto y que ninguno de ellos dejaría el calor de la estufa o el cómodo sillón para ir en ayuda de nadie.

Sobre las seis y veinte casi todos estaban allí, salvo Erkel, a quien se había enviado a recoger a Shatov. Piotr Stepanovich no se hizo esperar en esa ocasión; llegó con Tolkachenko, al que se lo notaba preocupado. Su arrojo petulante y su pretendida arrogancia se habían esfumado. Apenas se apartaba de Piotr Stepanovich, de quien, por lo visto, se había convertido de súbito en fiel secuaz. A menudo se acercaba a él y le susurraba algo con aire inquieto, pero Piotr Stepanovich apenas le respondía o murmuraba irritado alguna palabra para quitárselo de encima.

Shigaliov y Virginski se presentaron algo antes que Piotr Stepanovich, y cuando llegó éste se hicieron a un lado, en silencio tenaz y claramente deliberado. Piotr Stepanovich levantó el farol y los indagó con descaro e insultante minuciosidad. «Quieren hablar», le cruzó por la mente.

—¿Falta Liamshin? —preguntó a Virginski—. ¿Quién ha dicho que está enfermo?

—Aquí estoy —respondió Liamshin apareciendo tras un árbol. Llevaba puesto un gabán muy abrigado y se hacía difícil distinguir su cara aun con el farol.

—¿Entonces sólo falta Liputin?

Enseguida Liputin salió en silencio de la gruta. Piotr Stepanovich levantó el farol de nuevo.

—¿Por qué se escondió usted allá? ¿Por qué no salió?

—Imagino que todos tenemos todavía derecho a la libertad de… nuestros movimientos —murmuró Liputin, pero probablemente sin saber exactamente lo que quería decir.

—Señores —Piotr Stepanovich levantó la voz por primera vez y produjo una reacción en los presentes—. Creo que deben darse cuenta de que ésta no es ocasión para perder el tiempo en discusiones. Ayer se dijo todo y todo quedó analizado abiertamente y sin rodeos. Pero, por lo que veo por sus caras, puede que alguien quisiera hacer una declaración. Si es así, que se dé prisa. ¡Qué demonios! Queda poco tiempo y Erkel puede llegar con él en cualquier momento…

—No cabe duda de que lo trae —Tolkachenko creyó necesario agregar.

—Me parece, si no me equivoco, que primero hay que proceder a la entrega de la imprenta —indicó Liputin, aunque una vez más no parecía comprender por qué lo decía.

—Por supuesto. No vamos a perderla —dijo Piotr Stepanovich levantando el farol hasta la cara de Liputin—. Pero ya decidimos ayer que no era necesario llevárnosla.

Basta con que nos señale el lugar exacto en que está enterrada. Después la desenterraremos nosotros. Sé que está por aquí, a diez pasos de una de las esquinas de esta gruta… Pero ¡demonios!, ¿cómo es que lo ha olvidado usted, Liputin? Se decidió que usted iría a su encuentro solo y que nosotros lo seguiríamos después… Es extraño que siga usted preguntando, ¿o es que lo hace por molestar?

Liputin guardó un silencio adusto. Todos callaron. El viento movía las copas de los pinos.

—Señores, espero que cada uno cumpla con su deber —comentó impaciente Piotr Stepanovich.

—Sé que la mujer de Shatov ha vuelto y ha dado a luz un niño —dijo de pronto Virginski, agitado, atropellando las palabras y gesticulando—. Conociendo el corazón humano…, puede uno estar seguro de que ahora… no nos delatará… porque es feliz… Como esta mañana fui en busca de los demás y no los encontré en casa…, en fin, creo que ahora no será necesario hacer nada…

No terminó lo que iba a decir y se le cortó el aliento.

—Señor Virginski, si usted de pronto fuera feliz —dijo Piotr Stepanovich acercándose a él— ¿dejaría usted, no de delatar, pues no se trata de eso, sino de llevar a cabo una acción pública peligrosa que había proyectado usted antes de ser feliz y cuya ejecución consideraba como un deber y una obligación, no obstante el riesgo y la pérdida de la felicidad?

—¡No, no dejaría de llevarla a cabo! ¡Por nada del mundo dejaría de llevarla a cabo! —respondió Virginski con vehemencia un tanto absurda y gesticulando.

—¿Qué preferiría usted: volver a ser infeliz o ser un bribón?

—Claro…, todo lo contrario…; preferiría ser un perfecto bribón…, no, no quiero decir eso…, no quiero decir un bribón, sino al contrario, preferiría ser completamente infeliz a ser un bribón.

—En ese caso, sepa que Shatov considera esa delación como un deber público, como su más honda convicción; y la prueba es que, hasta cierto punto, él también se pone en peligro ante las autoridades, aunque, por supuesto, le perdonarán mucho los informes que les dé. Un hombre como ése no abandona su propósito. Ninguna felicidad lo apartará de su meta. Un día más y caerá en la cuenta, se colmará a sí mismo de reproches, irá derecho a la policía y presentará la denuncia. Aparte de que yo no veo felicidad alguna en que haya vuelto su mujer al cabo de tres años para dar a luz en casa de él al hijo de Stavrogin.

—¡Pero nadie ha visto la denuncia escrita! —exclamó Shigaliov de pronto y en tono tajante.

—¡Yo la he visto! —gritó Piotr Stepanovich—. ¡Esa denuncia existe, y todo esto es pura idiotez, señores!

—Protesto —estalló Virginski—. Protesto con todas mis fuerzas… Quiero…,

miren lo que quiero: quiero que cuando llegue salgamos todos a preguntarle si es verdad. Y si lo es, hacerle que se arrepienta; y si nos da su palabra de honor, dejarlo que se vaya. En todo caso, debe haber un juicio, y proceder según lo que de él resulte. Y no escondernos todos y abalanzarnos de repente sobre él.

—¡Arriesgar la causa común por una palabra de honor es el colmo de la necedad! ¡Hay que ver, lo estúpido que se ha vuelto todo esto ahora! ¡Y vaya bonito papel el que piensan ustedes a la hora del peligro!

—¡Protesto, protesto! —repitió Virginski.

—¡Por lo menos no berree, que no vamos a oír la señal! Shatov, señores… (¡Demonios, qué ridículo es todo esto ahora!) ya les he dicho que Shatov es eslavófilo o, lo que es lo mismo, uno de los hombres más imbéciles que hay… Pero ¡maldición! Eso no importa ahora. ¡No hacen ustedes más que embrollarme…! Shatov, señores, es un hombre enfrentado con todo el mundo. Como de grado o por fuerza pertenecía a la Sociedad, yo tenía la esperanza, hasta el último momento, de que pudiera prestar servicio a la causa común y me pudiera ser útil como hombre amargo que es. Me daba lástima y lo protegí a pesar de haber recibido instrucciones muy severas… ¡Lo protegí cien veces más de lo que él lo merecía! Pero acabó delatándonos. ¡Sin embargo, al infierno con eso…! ¡Que pruebe alguno de ustedes ahora a esquivar el bulto! ¡Ninguno de ustedes tiene derecho a degradar a la causa común! Pueden, si quieren, abrazar a Shatov, pero no tienen derecho a vincular la causa común a su palabra de honor. Así se comportan sólo los cerdos y los que están a sueldo del gobierno.

—¿Quién está aquí a sueldo del gobierno? —preguntó Liputin alargando las sílabas.

—Usted, quizá. Mejor es que se calle, Liputin, porque, como de costumbre, sólo habla por hablar. A sueldo, señores, están los que se acobardan a la hora del peligro. Siempre habrá un imbécil que, temblando de pánico en el último momento, irá corriendo a las autoridades y gritando. «¡Ay, perdónenme, y les diré quiénes son los demás!». Pero sepan, señores, que en estos momentos ya no los perdonarán por mucho que delaten. Aunque les rebajen la condena, quedará Siberia para cada uno de ustedes, sin contar la venganza que les vendría de otro lado; y sepan que esa venganza será mucho más rigurosa que el castigo impuesto por el gobierno.

Piotr Stepanovich estaba furioso y hablaba de más. Shigaliov, audazmente, dio tres pasos hacia él.

—Vengo pensando sobre este asunto desde anoche —dijo, con el aplomo de siempre y exactitud (pienso que si se abriera la tierra bajo sus pies no levantaría la voz ni alteraría un ápice su metódica exposición)—. Y habiéndolo pensado he llegado a la conclusión de que el asesinato sugerido no es sólo una pérdida de tiempo precioso que podría emplearse en menesteres de mayor pertinencia e importancia,

sino que representa, además, ese deplorable desvío de la vía normal que ha sido siempre sumamente perjudicial a nuestra causa y ha estorbado su triunfo durante muchísimos años, por estar bajo la dirección de hombres de ínfimo talento, en su mayoría políticos, en vez de socialistas auténticos. Si a algo he venido es a mostrar mi descontento contra la acción que se está planeando, vengo para darles una lección y para luego marcharme en cuanto llegue ese momento preciso que, no sé por qué, llaman ustedes su momento de peligro. Me voy, no por miedo a ese peligro o por simpatía a Shatov, a quien no tengo ganas de abrazar; sino porque todo este asunto, se lo mire como se lo mire, va en contra de lo que yo considero mi programa. En cuanto a que yo los denuncie o esté a sueldo del gobierno, pueden estar completamente tranquilos. No habrá denuncia.

Dio media vuelta y se retiró.

—¡Qué demonio! ¡Ahora irá a contarle todo a Shatov! —gritó Piotr Stepanovich sacando el revólver. Se oyó cómo levantaba el gatillo.

—Pueden estar seguros —dijo Shigaliov volviéndose de nuevo hacia ellos— de que si encuentro a Shatov en el camino quizá lo salude, pero no le diré nada sobre estos planes.

—¿Sabe usted, señor Fourier, que esto puede costarle caro?

—Le ruego que tome nota de que no soy Fourier. Confundirme con ese patrañero empalagoso sólo prueba que desconoce usted por completo mi manuscrito, a pesar de haberlo tenido en sus manos. En cuanto a la amenaza, le diré que de nada le vale montar el revólver; en este momento nada gana usted con disparar. Aun si me amenaza con matarme mañana o pasado, tampoco ganará nada con ello, como no sea un dolor de cabeza. Usted podrá matarme pero tarde o temprano tendrá que aceptar mi sistema. Adiós.

En ese momento se oyó un silbido en el parque, del lado del estanque, a unos doscientos pasos. Liputin respondió al punto con otro silbido, según lo acordado la víspera (para ello, como desconfiaba de poder hacerlo con su boca desdentada, había comprado un silbato de arcilla esa mañana en el mercado). Al venir, Erkel había advertido a Shatov que silbarían para que éste no sospechara nada.

—No se preocupen, que yo iré por otro lado y nadie notará mi presencia —murmuró Shigaliov solemnemente. Y con deliberación y sin prisas se encaminó a su casa a través del tenebroso parque.

Ahora ya se sabe, aun en los más nimios detalles, cómo se desarrolló aquel feroz episodio. Primero fue Liputin al encuentro de Erkel y Shatov; a la entrada misma de la gruta. Shatov no lo saludó inclinándose ni le ofreció la mano, sino que al momento dijo en voz alta y apresurada:

—Veamos, ¿dónde está su pala? ¿No hay otro farol? Y no se asuste, que aquí no hay nadie, y en Skvoreshniki no oirían nada aunque se disparara un cañón. Aquí es,

aquí mismo, en este mismo lugar…

Y, en efecto, dio una patada en el suelo a diez pasos de la parte de detrás de la gruta, del lado del pinar. En ese preciso instante salió Tolkachenko de detrás de un árbol y se arrojó sobre él, a la vez que Erkel le sujetaba de los codos por detrás; Liputin se abalanzó sobre él por delante, y entre los tres lo derribaron y lo inmovilizaron en el suelo. Fue entonces cuando salió Piotr Stepanovich con su revólver. Gracias a la luz de tres faroles, se presume que Shatov tuvo tiempo de girar la cabeza, verlo y reconocerlo. Shatov lanzó de pronto un grito breve y desesperado, pero no le dieron tiempo a que siguiera gritando. Piotr Stepanovich, diestra y firmemente, le puso el revólver en la frente, lo apretó contra ella y disparó. Prácticamente no se oyó el disparo en Skvoreshniki. Shigaliov sí lo oyó, teniendo en cuenta que apenas había tenido tiempo de alejarse trescientos pasos de allí; oyó tanto el grito como el disparo, pero, según declaró más tarde, no volvió sobre sus pasos y ni siquiera se detuvo. La muerte fue casi instantánea. Aunque era evidente que estaba aterrado, Piotr Stepanovich fue el único que no perdió la cabeza. Ya en cuclillas revisó los bolsillos del muerto con la mano rápida y firme. Dinero no había (el portamonedas había quedado bajo la almohada de María Ignatyevna); sólo se hallaron dos o tres trozos de papel sin importancia, una nota de su oficina, el título de un libro y la vieja cuenta de un restaurante en el extranjero que, Dios sabe por qué, había llevado dos años en el bolsillo. Los trozos de papel Piotr Stepanovich los metió en su propio bolsillo, y al notar de pronto que sus secuaces se habían congregado en torno de él, mirando el cadáver y sin hacer nada, se alteró aún más y empezó a hostigarlos y a decirles que se despabilaran. Tolkachenko y Erkel, tomando conciencia de la situación, fueron corriendo a la gruta y al momento trajeron dos piedras que allí tenían dispuestas desde esa mañana, cada una de veinte libras, y atadas fuertemente con cuerdas. Como tenían el propósito de llevar el cadáver al estanque más cercano (el tercero) y echarlo allí al fondo, procedieron a atarle una piedra a los pies y otra al cuello. Eso lo hizo Piotr Stepanovich; Tolkachenko y Erkel levantaron las piedras y se las dieron. Erkel le dio la primera, y mientras Piotr Stepanovich, rezongando y blasfemando, ataba los pies del cadáver y amarraba ellos a esa primera piedra, Tolkachenko tuvo la otra en las manos bastante tiempo, sosteniéndola a plomo, con el cuerpo encorvado hacia delante, se diría que casi con respeto, preparado para entregarla cuando se le pidiera, y sin pensar siquiera un momento en depositarla mientras tanto en el suelo. Cuando por fin quedaron amarradas ambas piedras, Piotr Stepanovich se incorporó para escudriñar el semblante de sus compañeros, ocurrió de improviso algo extraño, totalmente inesperado, que dejó maravillados a casi todos.

Como queda apuntado, todos, salvo en parte Tolkachenko y Erkel, seguían allí plantados sin hacer nada. Virginski, aunque también se arrojó sobre Shatov cuando lo hicieron los demás, no había puesto las manos en él ni había ayudado a sujetarlo.

Liamshin se había unido al grupo ya después del disparo. Más tarde, mientras Piotr Stepanovich trajinaba con el cadáver —lo que fue cosa de unos diez minutos—, todos parecieron haber perdido el dominio de sus facultades. Se agruparon en torno del cuerpo yacente, pero más con sorpresa que con inquietud y alarma. Liputin estaba delante de los otros, junto al cadáver. Virginski estaba detrás de él, mirando por encima de su hombro con curiosidad singular y casi clínica, en puntas de pie para ver mejor. Liamshin se escondía tras Virginski, y sólo de vez en cuando y recelosamente echaba una ojeada y volvía a esconderse. Cuando quedaron amarradas las piedras y Piotr Stepanovich se hubo levantado, Virginski empezó a temblar ligeramente, entrecruzó las manos en un gesto de desesperación y gritó a voz en cuello:

—¡Está mal, esto está mal, está mal! ¡Esto está muy mal!

Seguramente estaba dispuesto a agregar más palabras a ese discurso pero Liamshin lo interrumpió. Lo agarró por detrás y lo estrujó con todas sus fuerzas al par que lanzaba un alarido inhumano. Hay momentos de agudo pánico cuando, por ejemplo, un hombre grita con voz que no es suya, sino con otra que nadie le habría atribuido antes, y esto produce a veces terrible efecto. El grito de Liamshin había sido más animal que humano. Estrujando compulsivamente a Virginski cada vez con más fuerza, gritaba sin cesar, sin hacer una pausa, con ojos que se le saltaban de las órbitas y boca desmesuradamente abierta, pataleando en el suelo. Virginski se asustó tanto que empezó por su parte a gritar como un demente, y con una ferocidad tan rencorosa de la que nadie le habría creído capaz, empezó por intentar soltarse de la opresión de Liamshin, arañándolo cuanto le permitían los brazos de éste, que lo tenían sujeto por detrás. Erkel lo ayudó por fin a librarse de Liamshin, pero cuando Virginski, aterrado, se puso a salvo a diez pasos de distancia, Liamshin, viendo a Piotr Stepanovich, rompió a chillar una vez más y se arrojó sobre él. Tropezó con el cadáver y se cayó sobre Piotr Stepanovich, lo atacó con tal fuerza que ni Erkel, ni Tolkachenko, ni Liputin, pudieron hacer nada en el primer momento. Piotr Stepanovich gritaba, insultaba mientras se daba contra el suelo hasta que en un momento logró liberarse y entonces sacó el revólver. Puso el cañón en la boca abierta del vociferante Liamshin, a quien Tolkachenko, Erkel y Liputin ya tenían agarrado de los brazos; pero Liamshin seguía aullando a pesar del revólver. Por último, Erkel, haciendo una pelota con su pañuelo de seda, se lo metió en la boca y de ese modo puso fin a los gritos. Tolkachenko, mientras tanto, le ató las manos con una cuerda.

—¡Qué cosa más extraña! —dijo Piotr Stepanovich mirando al loco con impaciente sorpresa. Su estupefacción era evidente—. Esperaba algo muy diferente de él —añadió absorto.

Hicieron que Erkel lo vigilara un rato. Era menester darse prisa con el muerto, pues la gritería había sido tal que alguien podía haberla oído. Tolkachenko y Piotr Stepanovich tomaron los faroles y levantaron el cadáver por la cabeza; Liputin y

Virginski lo agarraron de los pies y de ese modo lo llevaron. A raíz de las piedras la carga era pesada, aparte de que la distancia a cubrir era de más de doscientos pasos. El más fuerte era Tolkachenko, que aconsejó que fueran todos al mismo ritmo, pero nadie le contestó y allá fueron, cada uno como quiso. Piotr Stepanovich iba a la derecha, doblado por la cintura, con la cabeza del muerto en su hombro y sosteniendo la piedra con la mano izquierda. Como en la primera mitad del trayecto Tolkachenko no pensó en ayudarlo con la piedra, Piotr Stepanovich le lanzó una blasfemia. Fue un grito único e inesperado; todos siguieron llevando el cuerpo en silencio, y sólo cuando llegaron a las orillas del estanque, Virginski, encorvado bajo la carga y como abrumado por el peso, volvió a exclamar con la misma voz ronca y plañidera de antes:

—¡Está mal, esto está mal, está mal! ¡Esto está muy mal!

El sitio donde terminaba el tercer estanque de Skvoreshniki, por cierto, bastante grande, al que llevaron al muerto era uno de los más solitarios y menos frecuentados del parque, sobre todo en esa tardía estación del año. En ese lado la orilla del estanque estaba tapada por los juncos. Pusieron el farol en el suelo, mecieron el cuerpo y lo arrojaron al agua. Se oyó un chapoteo prolongado y sordo. Piotr Stepanovich alzó el farol y todos, al par que él, trataron de ver cómo se sumergía el cadáver; pero ya no se veía nada: el cuerpo, con el peso de las piedras, se hundió inmediatamente. Muy pronto, las ondas que se habían extendido por la superficie, desaparecieron. Era el fin.

—Señores —Piotr Stepanovich se dirigió a todos, ya nos podemos retirar. Indudablemente sienten ustedes el orgullo sin trabas que acompaña al cumplimiento de un deber libremente aceptado. Sí, por desgracia, están ustedes ahora demasiado agitados para sentirlo, sin duda lo sentirán mañana, cuando sería ominoso no experimentarlo. Estoy dispuesto a considerar la violencia y escandalosa excitación de Liamshin como una especie de delirio, tanto más cuanto que, según dicen, ha estado verdaderamente enfermo todo el día. Y a usted, Virginski, le bastará sólo un momento de sosegada reflexión para comprender que era imposible fiarse de una palabra de honor si era cuestión de proteger los intereses de la causa común, y que no había otro remedio que obrar como lo hemos hecho. Los acontecimientos futuros demostrarán que hubo delación. Incluso puedo dejar atrás sus exclamaciones. Considero que no se corre ningún peligro ya que sería un desatino sospechar de cualquiera de nosotros, sobre todo si ustedes se comportan como es debido. Lo principal del caso, pues, depende de ustedes y de la convicción en que, confío y espero, se confirmarán mañana mismo. Uno de los motivos por los cuales se han unido en una organización independiente de hombres libres que profesan idénticas ideas ha sido el de aunar sus energías en un momento dado y, si fuera necesario, vigilarse mutuamente. Cada uno está obligado a responder plenamente de sí mismo. Reciben ustedes el llamado a

insuflar vida en un organismo decrépito y prácticamente paralizado; ténganlo siempre presente para lograr nuevos ímpetus. Sus actos tienen como fin la destrucción de todo lo existente: el Estado y su estructura moral. Sólo quedaremos nosotros, los que nos hemos preparado de antemano para conquistar el poder. Llevaremos con nosotros a los brillantes y pasaremos por arriba de los imbéciles. Nunca deben perder eso de vista. Debemos reeducar a una generación para hacerla digna de la libertad. Nos toparemos todavía con muchos miles de Shatov. Nos organizaremos para dirigir el curso de los acontecimientos: es vergonzoso no apoderarse de aquello que por sí solo se nos viene a las manos. Ahora mismo voy a ver a Kirillov y al amanecer habrá un documento en el cual, al morir, se hará responsable de todo por vía de explicación a las autoridades. Nada puede ser más verosímil que tal combinación de asesinato y suicidio. En primer lugar, estaba reñido con Shatov; habían vivido juntos en América y, por lo tanto, habían tenido ocasión de enemistarse. Es sabido que Shatov había cambiado de ideas, lo que supone que la enemistad entre ellos procedía de ese cambio y del temor a la delación; en suma, que era una hostilidad de lo más implacable. De todo esto se dejará constancia por escrito. Por último, se mencionará que Fedka había estado alojado en el apartamento que Kirillov tiene en casa de Filippov. De esta manera se aleja de ustedes cualquier sombra de sospecha y verán que esos asnos perderán la pista. Señores, mañana no nos veremos, tengo que aparecer por el distrito; pero pasado mañana tendrán noticias mías. Yo les aconsejaría que pasaran el día de mañana en casa. Ahora debemos irnos por dos caminos distintos. A usted, Tolkachenko, le pido que se encargue de Liamshin y lo lleve a casa; quizá pueda usted influir sobre él y, sobre todo, hacerle ver cuánto se perjudica con su cobardía. De su pariente Shigaliov, señor Virginski, tengo tan pocas dudas como de usted mismo: no nos delatará. Sólo lamento su proceder. No ha dicho, sin embargo, que piensa salir de la Sociedad y sería, por lo tanto, prematuro enterrarle. ¡Bueno, vamos, señores! Aunque los de la policía son unos asnos, conviene tener cuidado…

Virginski se marchó con Erkel, que, antes de dejar a Liamshin a cargo de Tolkachenko, lo llevó donde estaba Piotr Stepanovich y dijo a éste que Liamshin había recobrado sus facultades, se había arrepentido y pedía perdón, y que no recordaba nada de lo que había pasado. Piotr Stepanovich se fue solo, desviándose por el límite del parque, al otro lado de los estanques. Ese camino era el más largo. ¡Cómo no iba a sorprenderse cuando Liputin lo alcanzó a mitad de camino de casa!

—¡Piotr Stepanovich, Liamshin nos denunciará!

—No. Volverá a estar en sus cabales y se dará cuenta de que él sería el primero en ir a Siberia si nos denuncia. Ya nadie nos denunciará. Ni siquiera usted.

—¿Y usted?

—Puede estar seguro de que los quitaré del medio a cada uno de ustedes ante el primer intento de traición. Usted sabe bien lo que le estoy diciendo. ¿Ha corrido usted

dos verstas sólo para decirme eso?

—¡Piotr Stepanovich, Piotr Stepanovich, quizá no volvamos a vernos!

—¿Por qué dice eso?

—Una cosa más.

—¿Qué? Y lárguese de inmediato.

—Una sola respuesta, pero que sea verdad. ¿Somos nosotros el único grupo de cinco en el mundo, o de veras hay varios centenares más? Es una pregunta de suma importancia para mí, Piotr Stepanovich.

—Lo noto, dada la ansiedad con que la hace. ¿Sabe, Liputin, que es usted más peligroso que Liamshin?

—Lo sé, lo sé. Quiero la respuesta, ahora.

—Es usted un necio. ¿Qué más le da ahora que haya un grupo o que haya mil?

—¡Entonces no hay más que uno! —gritó Liputin—. ¡Lo sabía! Siempre he sabido que había sólo uno. ¡Siempre lo he sabido…! —y sin esperar otra respuesta, giró sobre sus talones y desapareció en la oscuridad.

Por un momento Piotr Stepanovich especuló con la idea de la denuncia, pero un rato después estaba convencido de que nadie iba a denunciar nada. Sin embargo pensó que era muy peligroso permitir que el grupo no continuara y se alejó murmurando: «¡Pero qué gente asquerosa!».

2

Pensaba tomar el tren expreso de las seis de la mañana. Fue a su casa y con dedicación y sin apuro, preparó su baúl. Era un tren semanal y hacía poco que recorría la vía de prueba. Si bien Piotr Stepanovich le había dicho al grupo que iba a dar una breve vuelta por el distrito, estaba claro, como se comprobó después, que sus intenciones eran muy diferentes. Cuando terminó de organizar su baúl, pagó la cuenta a su patrona, a quien había dado previo aviso de su partida, y fue en coche de alquiler a la casa de Erkel, que no estaba lejos de la estación. Y luego, cerca de la una de la madrugada, fue a casa de Kirillov, en donde entró, como antes, por la vía secreta de Fedka.

Su estado de ánimo era horroroso. Además de varios motivos muy graves de descontento (aún no había averiguado nada acerca de Stavrogin), parece —aunque no puedo asegurarlo con certeza— que ese día había recibido de algún sitio (de Petersburgo, casi seguro) una noticia confidencial en la que se le advertía que en un futuro próximo correría cierto peligro. Por lo contado, ahora circulan en nuestra ciudad toda suerte de leyendas sobre aquellos tiempos; pero si algo de cierto se sabía, lo sabían sólo los interesados. Yo, por mi parte, conjeturo que Piotr Stepanovich bien podía estar implicado en otros lugares y asuntos además del de nuestra ciudad, y que, en efecto, pudo recibir aviso semejante. Es más, estoy convencido, no obstante los recelos cínicos y alterados de Liputin, de que pudo haber dos o tres ‘quintetos” además del nuestro, por ejemplo, en Moscú y Petersburgo; y si no grupos, al menos conexiones y amistades, y muy curiosas, por cierto, algunas de ellas. Tres días después de su partida, se recibió de Petersburgo la orden de detenerlo inmediatamente, no sé si por lo que había hecho en nuestra ciudad o en otros sitios. Esa orden llegó a tiempo para intensificar la ya abrumadora impresión de místico pavor que de pronto se apoderó de nuestras autoridades y de la sociedad local, asiduamente frívola hasta entonces, al descubrirse el misterioso y significativo asesinato del estudiante Shatov —asesinato que era ya el colmo de nuestros disparates— y las circunstancias sumamente enigmáticas que lo acompañaban. Pero la orden llegó tarde, Piotr Stepanovich ya estaba en Petersburgo con nombre falso, y, sospechando lo que estaba ocurriendo, se fugó sin perder un minuto al extranjero… Pero me adelanto indebidamente a los acontecimientos.

Enojado y desafiante fue a ver a Kirillov. Además del asunto principal, parecía empeñado en hacer personal el enfrentamiento. Kirillov pareció alegrarse de verlo: era evidente que lo esperaba desde hacía largo rato y con penosa impaciencia. Estaba más pálido que de costumbre y sus ojos negros, de mirar fijo, delataban cansancio.

—Ya pensaba que no venía usted —dijo con voz fatigosa desde un extremo del sofá, pero sin moverse para recibir al visitante. Piotr Stepanovich se plantó ante él y,

antes de decir palabra, clavó en él los ojos.

—Ya todo está listo y no nos desviamos de nuestra intención. ¡Bravo! —dijo con sonrisa ofensiva por lo condescendiente—. Bueno —añadió con odiosa jocosidad—, si llego tarde no tiene usted por qué quejarse: le he dado tres horas de propina.

—No acepto de ti horas de propina —dijo Kirillov tuteándolo—, ni tú me las puedes dar…, ¡idiota!

—¿Cómo? —Piotr Stepanovich dio un respingo, pero se dominó al momento—. ¡Qué susceptible! ¿Conque estamos sublevados? —añadió con la misma altanería ofensiva—. Lo que se necesita en tal momento es calma. Lo mejor que puede hacer es considerarse a sí mismo Colón y a mí un ratón, y no ofenderse de nada de lo que diga. Ya se lo aconsejé ayer.

—No lo considero un ratón.

—¿Es un cumplido? A propósito, el té está frío, lo que quiere decir que todo está mal. No, aquí pasa algo raro. ¡Ah! ¿Qué es eso que veo en un plato en la ventana? —interrogó mientras se acercaba a la ventana—. ¡Pollo cocido con arroz…! Pero ¿no lo ha probado todavía? Será porque como nos hallamos en ese estado de ánimo… ni siquiera pollo…

—Ya he comido, además eso a ti ni te va ni te viene… ¡Cierra la boca!

—¡Pero, claro! Y, además, da lo mismo. Aunque a mí no me da lo mismo ahora. Imagínese que casi no he comido todavía; así que… y como supongo que ya está de más ese pollo…

—Si puedes, cómetelo.

—Gracias, y después tomaré té.

Al momento se sentó a la mesa, en el extremo opuesto del sofá, y con hambre canina se puso a comer, pero alzando la vista a cada instante para vigilar a su víctima. Kirillov, inmóvil, lo observaba con colérica aversión, como si no pudiera apartarse de allí.

—Bueno, bueno —exclamó de pronto Piotr Stepanovich sin dejar de comer—, ¿qué hay de nuestro negocio? ¿No nos hemos echado atrás, eh? ¿Y el documento?

—Esta noche he decidido que me da igual. Lo escribiré. ¿Y qué hay de las proclamas?

—Sí, claro, también las proclamas. Pero, ya que le da igual, seré yo quien dicte el documento. No creo que le preocupe el contenido en un momento como éste.

—Eso no te importa.

—Claro. No me importa. Por lo demás, sólo serán unos cuantos renglones: que usted y Shatov repartieron las proclamas, por cierto con ayuda de Fedka, que estaba escondido en este apartamento. Este último detalle acerca de Fedka y el apartamento es muy importante; a decir verdad, el más importante de todos. Ya ve que le soy completamente franco.

—¿Shatov? ¿Por qué Shatov? ¡De ninguna manera!

—Pero ¿qué le importa a usted eso? Ya no puede usted hacerle daño alguno.

—Su mujer ha vuelto. Ya se ha despertado y me ha preguntado dónde está.

—¿Así que ha mandado a preguntar dónde está? Hmm…, eso no me gusta nada. Quizá mande otra vez a preguntar. Nadie debe saber que estoy aquí…

Piotr Stepanovich estaba inquieto.

—No se enterará. Ha vuelto a dormirse. La comadrona Arina Virginskaya está con ella.

—Comprendo… ¿No oirá nada, entonces? ¿No sería mejor cerrar la puerta de la calle?

—No oirá nada. Y si llega Shatov, lo esconderé a usted en ese cuarto.

—Shatov no vendrá. Usted escribirá también que ustedes pelearon por la traición de él y su denuncia a la policía…, esta noche…, y que le causó la muerte.

—¿Muerto? —gritó Kirillov saltando del sofá.

—Hoy a las siete y pico de la noche, o, mejor dicho, ayer a las siete y pico de la noche, porque ya es la una de la madrugada.

—¡Tú lo has matado…! ¡Y yo lo previ ayer!

—Sin duda que lo previó usted. Mire, con este mismo revólver —sacó el revólver, primero para mostrárselo, pero después no lo volvió a guardar y siguió empuñándolo en la mano derecha preparado para cualquier eventualidad—. ¡Usted es muy raro, Kirillov! Usted sabía perfectamente que ese estúpido individuo acabaría así. ¿Qué podía hacer para evitarlo? Ya se lo repetí a usted varias veces. Shatov iba a denunciarnos y yo estaba sobre aviso. No había más remedio que obrar. También a usted se le había mandado que lo vigilase. Usted mismo me lo dijo hace tres semanas…

—¡Cierra esa boca! ¡Lo has hecho porque te escupió en la cara en Ginebra!

—Por eso y por algo más. Por mucho más. Pero lo hice sin rencor. ¿Por qué se levanta de un salto? ¿Por qué hace esos ademanes? ¡Ah bueno! ¡Conque ésas tenemos…!

Se puso de pie y levantó el revólver. Lo que pasaba era en realidad que Kirillov había agarrado su propio revólver, que tenía, desde esa mañana, cargado y preparado en la ventana. Piotr Stepanovich apuntó a Kirillov con el arma. Éste rió colérico.

—Confiesa, miserable, que has traído tu revólver pensando que iba a pegarte un tiro… Pero no lo haré, no te lo pegaré, aunque…, aunque…

Una vez más apuntó a Piotr Stepanovich como ensayando el disparo, como si no pudiera privarse del gusto de imaginarse cómo le pegaría un tiro. Piotr Stepanovich, siempre en posición, esperó, esperó hasta el último momento sin apretar el gatillo, con riesgo de ser el primero en recibir una bala en la frente; con ese «maníaco» todo era posible. Pero el «maníaco» bajó por fin la mano, trémulo, jadeante y casi incapaz

de hablar.

—El juego ha terminado, ya ha jugado bastante —dijo Piotr Stepanovich, bajando también su arma—. Sabía yo que estaba usted jugando. ¿Pero se hace cargo del peligro que ha corrido? Yo podría haber disparado.

Y con bastante sosiego se sentó en el sofá y se sirvió un vaso de té, aunque con mano un tanto insegura. Kirillov dejó el revólver en la mesa y se puso a deambular por el cuarto.

—No escribiré que he matado a Shatov… y ahora no escribiré nada. ¡No habrá documento!

—¿Que no escribirá? ¿Que no habrá documento?

—No lo habrá.

—¡Esto es una infamia y una estupidez! —Piotr Stepanovich estaba verde de furia—. Ya me lo imaginaba, no me toma desprevenido, allá usted. Si pudiera obligarlo por la fuerza, lo haría. Es usted un villano —Piotr Stepanovich perdía los estribos minuto a minuto—. En aquella época nos pidió usted dinero y nos prometió el oro y el moro… En todo caso, de aquí no salgo con las manos vacías. Veré al menos cómo se levanta usted la tapa de los sesos.

—Váyase, quiero que se largue ahora mismo —le dijo enfrentándolo Kirillov.

—Esto no puede ser —dijo Piotr Stepanovich mientras volvía a agarrar el revólver—. Ahora, quizá por despecho y cobardía, ha decidido usted aplazar la cosa, y mañana irá a la policía a que le den más dinero, pues por eso pagan siempre. ¡Maldición! ¡La gentuza como usted todo lo saquea! Pero no se preocupe, que yo ya lo tenía previsto. De aquí no me voy sin pegarle un tiro con este revólver, como se lo pegué a ese miserable de Shatov, si usted mismo no se lo pega ahora y lo deja para otra ocasión. ¡Canalla!

—¿Quieres ver también mi sangre?

—Y sepa que no es por rencor. En verdad, me da lo mismo. Lo hago para que no sufra la causa. No se puede confiar en la gente: usted es la prueba de ello. Yo no entiendo en absoluto de dónde ha sacado esa manía de quitarse la vida. No fui yo quien se lo sugerí y, antes de decírmelo a mí, ya se lo había dicho usted a otros miembros de la Sociedad en el extranjero.

Y advierta que ninguno de nosotros trató de instigarlo, ninguno lo conocía siquiera. Fue usted mismo el que se cruzó con ellos, por sentimentalismo. ¿Y qué hacer si un plan de acción basado en esto, que se preparó para aquí con aprobación y a propuesta de usted (¡advierta que fue a propuesta suya!) no puede de ningún modo alterarse ahora? Se ha puesto usted en una situación en que ya sabe demasiado. Si le da por cometer un disparate e ir mañana a la policía, saldríamos quizá con las manos a la cabeza, ¿qué le parece? No, señor. Usted se comprometió, dio su palabra y recibió dinero. Eso no puede negarlo…

Piotr Stepanovich estaba cada vez más alterado, pero Kirillov hacía rato que no lo escuchaba. Seguía yendo y viniendo por el cuarto, sumido en cavilaciones.

—Lamento lo de Shatov —dijo parándose de nuevo ante Piotr Stepanovich.

—También yo, quién sabe, pero veamos…

—¡Cierra esa boca, miserable! —rugió Kirillov, con escalofriante e inequívoco ademán—. ¡Te mato!

—Bueno, bueno, he mentido. De acuerdo, no lo siento. ¡Pero basta ya, basta ya! —Piotr Stepanovich, receloso, se levantó de súbito, extendiendo el brazo como para evitar un golpe.

Kirillov se calmó al instante y volvió a sus paseos.

—No me echo atrás. Quiero matarme ahora. Son todos unos canallas.

—Pues sí, es una idea. Claro que son todos unos canallas, y como la vida en este mundo es tan cochina para un hombre honrado…

—¡Estúpido! Yo soy tan canalla como tú, como todos, y no un hombre honrado. Hombres honrados no existen.

—¡Al fin ha dado usted en el clavo! Pero, Kirillov, ¿es posible que con todo su talento no se haya dado cuenta hasta ahora de que todos los hombres son lo mismo, que no los hay ni mejores ni peores, sino sólo listos y tontos, y que si todos son unos canallas (lo que, dicho sea de paso, es una tontería), la canallada no puede existir?

—¿Ahora tampoco te burlas? —Kirillov le miró con alguna sorpresa—. Has hablado con brío y sencillez… ¿Es posible que hasta gente como tú tenga convicciones?

—Kirillov, nunca he podido comprender por qué quiere matarse. Sólo sé que por convicción…, por convicción firme. Pero si siente la necesidad, por así decirlo, de sincerarse, estoy a su disposición… Sólo que el tiempo vuela…

—¿Qué hora es?

—Caramba, las dos en punto —Piotr Stepanovich miró el reloj y encendió un cigarrillo. «¡Por fin parece que podremos llegar a un acuerdo!», dijo para sí.

—No tengo nada que decirte a ti —murmuró Kirillov.

—Si mal no recuerdo… hay algo en ello acerca de Dios… Usted mismo me lo explicó una vez… mejor dicho, dos veces. Si se pega usted un tiro se convierte en Dios ¿no es eso?

—Así es, me convierto en Dios.

Piotr Stepanovich ni siquiera sonrió; sólo esperaba. Kirillov lo miró astutamente.

—Eres un impostor y un intrigante político. Quieres hacerme hablar de filosofía y excitarme para lograr una reconciliación y calmar mi enojo, y cuando me haya reconciliado contigo, pedirme una nota diciendo que maté a Shatov.

Piotr Stepanovich respondió con franqueza casi natural:

—Bueno, digamos que soy un canalla, ahora bien, ¿qué le importa a usted,

Kirillov, en el último momento? Dígame, por favor, ¿por qué estamos discutiendo? Yo soy como soy, usted es como es, bueno, ¿y qué? Y, además, los dos somos…

—Canallas.

—Si usted quiere, somos eso, canallas. Pero ya sabe usted que ésas son sólo palabras.

—Durante toda mi vida he querido que no sean sólo palabras. He vivido sólo para que no lo sean. Y aún hoy quiero que no lo sean.

—Bueno, cada cual busca el lugar que mejor le cuadra. El pez… quiero decir que cada cual busca su propio bienestar, eso es todo. Cosa conocida desde tiempos inmemoriales.

—¿Hablas de bienestar?

—Bueno, no nos peleemos por palabras.

—No. Has dicho bien. Pongamos que bienestar. Dios es necesario y, por tanto, debe existir.

—Bueno, muy bien.

—Pero yo sé que no existe y que no puede existir.

—Probablemente.

—¿No comprendes que con dos ideas como ésas el hombre no puede seguir viviendo?

—Debe pegarse un tiro, ¿no es así?

—¿No comprendes que el hombre puede pegarse un tiro por eso sólo? ¿Tú no comprendes que puede haber un hombre, uno solo entre vuestros miles de millones, uno solo que no tolere eso y no quiera tolerarlo?

—Lo único que comprendo es que, por lo visto, usted titubea… y eso está muy mal.

—A Stavrogin también lo consume una idea —Kirillov, sin darse cuenta de la observación, siguió paseando sombríamente.

—¿Cómo dijo? —Piotr Stepanovich aguzó los oídos—. ¿Qué idea? ¿Él le dijo a usted algo?

—No fue necesario, lo adiviné: si Stavrogin cree en Dios, cree que no cree. Si no cree en Dios no cree que no cree.

—Stavrogin tiene algo mucho más sensato que eso… —murmuró displicente Piotr Stepanovich, siguiendo inquieto el nuevo rumbo de la conversación y el semblante pálido de Kirillov. «¡Qué demonios, éste no se pega un tiro! —pensaba—. Ya lo sabía, lo único que tiene es una chifladura y nada más. ¡Qué porquería de gente!».

—Tú eres la última persona que está conmigo. No quisiera que nos separásemos de malos modos —Kirillov, inopinadamente, le hizo este obsequio. Piotr Stepanovich no contestó de momento. «¡Al infierno con él! ¿Qué significa esto ahora!», volvió a

pensar.

—Créame, Kirillov, que no tengo personalmente nada contra usted como hombre, y siempre…

—Eres un canalla y un tergiversador; pero yo soy igual que tú y me mato, mientras que tú seguirás vivo.

—Lo que usted quiere decir es que soy tan ruin que quiero seguir viviendo.

Aún no podía determinar si sería o no provechoso proseguir tal conversación y resolvió «dejarse guiar por las circunstancias». Pero el tono de superioridad y evidente desprecio con que le hablaba Kirillov siempre lo había irritado, claro que ahora más que nunca, quizá porque Kirillov, que iba a morir en menos de una hora (Piotr Stepanovich aún contaba con ello), le parecía ya como un medio hombre, como alguien en quien la altivez ya no era permisible.

—Veo que se vanagloria usted ante mí de que va a matarse.

—Siempre me ha sorprendido que todo el mundo siga viviendo —dijo Kirillov, sordo al comentario.

—Aceptemos que es una idea, pero…

—Eres un monigote. Me halagas porque quieres ganarte mi indulgencia. ¡Cierra esa boca, que no entiendes nada! Si no hay Dios, entonces yo soy Dios.

—Nunca he podido comprender esa afirmación: ¿por qué es usted Dios?

—Si Dios existe, todo es Su Voluntad y yo no puedo hacer nada contra Su Voluntad. Si no existe, todo es mi voluntad y estoy obligado a poner de manifiesto mi voluntad.

—¿Su voluntad? ¿Y por qué obligado?

—Porque toda la voluntad llega a ser mía. ¿Es que no hay ningún hombre en todo el planeta que, después de deshacerse de Dios y creyendo en su propia voluntad, tenga bastante arrojo para expresar esa voluntad en este su más alto nivel? Es como si un mendigo que recibe una herencia se asustara y no se atreviera a acercarse a la bolsa de dinero, juzgándose demasiado débil para poseerlo. Yo quiero poner de manifiesto mi voluntad. Quizá sea el único que lo haga, pero lo haré.

—Hágalo entonces.

—Estoy obligado a pegarme un tiro porque el nivel más alto de mi voluntad es matarme.

—No es usted el único que se mata; hay muchos suicidas.

—Todos ellos tienen un motivo. Yo soy el único que lo hace sin motivo alguno, por pura voluntad.

«Éste no se mata», volvió a pensar Piotr Stepanovich.

—¿Sabe? —observó irritado—. Yo en su lugar, para poner de manifiesto mi voluntad, mataría a otra persona, pero no me mataría a mí mismo. En tal caso, podría sernos útil. Yo le diré a quién, si usted no se asusta. Quizás así no tenga que pegarse

un tiro hoy. Podríamos llegar a un acuerdo.

—Matar a otro sería el nivel más bajo de mi voluntad, y con eso demuestras claramente lo que eres. Yo no soy tú: yo quiero el nivel más alto y me mataré.

—Ha llegado ahí con su propia lógica —masculló con despecho Piotr Stepanovich.

—Estoy obligado a expresar mi incredulidad —dijo Kirillov caminando por el cuarto—. Creo que no hay idea más grande que la de que Dios no existe. La historia humana está de mi parte. Todo lo que el hombre ha hecho es inventar a Dios para vivir y no tener que matarse: en eso consiste hasta ahora la historia universal. Yo soy el único en la historia universal que por primera vez no ha querido inventar a Dios. Que lo sepan de una vez para siempre.

«Éste no se mata», siguió pensando cada vez más alarmado Piotr Stepanovich.

—¿Y quién va a saberlo? —dijo provocándolo—. Aquí no hay nadie más que usted y yo. ¿Quizá Liputin?

—Todos deben saberlo. Todos lo sabrán. No hay nada secreto que no acabará divulgándose. *Él* lo dijo —y con entusiasmo febril señaló con el dedo una imagen del Redentor ante la que ardía una lamparilla. Piotr Stepanovich perdió por completo los estribos.

—¿De modo que sigue usted creyendo en él y hasta le ha encendido una lámpara! ¿Lo hace «por si las moscas»?

El otro no respondió.

—¿Sabe lo que digo? Que me parece que usted cree más que un sacerdote.

—¿En quién? ¿En *Él*? Escucha —Kirillov se detuvo, mirando frente a sí con ojos inmóviles y extáticos—. Escucha una gran idea: en la tierra hubo un día y en medio de la tierra había tres cruces. Uno que estaba en la cruz tenía tal fe que dijo a otro: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso». Terminó ese día, murieron ambos y pasaron de este mundo, pero no hallaron ni Paraíso ni resurrección. Lo dicho no se confirmó. Escucha: ese hombre era el más excelso de toda la tierra: fue para Él para lo que ésta fue creada. Sin este hombre, todo el planeta, con todo lo que hay en él, sería pura insensatez. Ni antes ni después de Él ha habido otro como Él, ni lo habrá nunca, ni siquiera de milagro. Y justamente en eso consiste el milagro: en que no hubo ni habrá nunca otro como Él. Y si es así, si las leyes de la naturaleza no lo exceptuaron ni siquiera a Él, si no exceptuaron su propio milagro, sino que lo hicieron vivir en medio de la mentira y morir por una mentira, la conclusión es que todo el planeta es y está basado en una mentira, en una estúpida burla. Sus propias leyes también lo son. Todo es una farsa diabólica. ¿Para qué vivir? Contesta, si eres hombre.

—Eso es otra cosa. Está mezclando ahí dos causas diferentes; y eso es arriesgado. Ahora bien, ¿y si es usted Dios? ¿Y si se acabara la mentira y se diera usted cuenta de que toda la mentira consistía en haber creído en ese Dios previo?

—¡Por fin has comprendido! —exclamó Kirillov con entusiasmo—. ¡Entonces, si alguien como tú lo comprende… es posible comprenderlo! ¿Entiendes que la salvación de todos está en probar a cada uno esa idea? ¿Quién la probará? ¡Yo! No me entra en la cabeza cómo un ateo que sabe que Dios no existe no se mata inmediatamente. Entender que Dios no existe y no entender con eso que te has convertido en Dios es un absurdo, pues de lo contrario te matarías. Si lo comprendes, eres un rey y ya no te matarás, sino que vivirás en plena gloria. Ahora bien, el primero que lo entienda debe matarse irremediablemente, porque si no ¿quién empezará y lo probará? Por eso me mato yo, para empezar y probarlo. Yo todavía soy sólo Dios a la fuerza, un desdichado, porque estoy *obligado* a manifestar mi voluntad. El hombre ha sido hasta ahora pobre y desdichado porque ha temido afirmar su voluntad en el más alto nivel y lo ha hecho sólo en cosas minúsculas, como un niño de escuela… Yo soy pavorosamente desdichado porque temo. El terror es la maldición del hombre… Pero afirmaré mi voluntad, estoy obligado a creer que no creo. Yo empezaré y acabaré y con ello abriré la puerta. Y salvaré a los demás. Sólo eso salvará a la humanidad y la transformará físicamente en la próxima generación; porque en su estado físico actual, si no me equivoco, el hombre no puede prescindir de su Dios anterior. Durante tres años he estado buscando mi atributo divino y lo he hallado; ¡mi atributo divino es «mi real voluntad»! Esto es cuanto puedo hacer para demostrar mi insumisión en el más alto nivel y mi nueva y terrible voluntad. Porque es singularmente terrible. Me mato para probar mi insumisión y mi nueva y terrible libertad.

Tenía el rostro palidísimo y la mirada extremadamente triste. Parecía poseído de delirio febril. Piotr Stepanovich llegó a pensar que caería redondo al suelo.

—¡Alcánceme una pluma! —gritó Kirillov imprevistamente, en un arranque de inspiración—. Dicta, y firmaré lo que digas. Incluso que maté a Shatov. Dicta, mientras esto me divierte. ¡No me asusta lo que piensen unos esclavos engreídos! Ya verás que todo lo que ahora es secreto saldrá a la luz.

Y te aplastarán… ¡Creo, creo!

Piotr Stepanovich se levantó de un salto, le acercó el tintero y el papel, y empezó a dictar, aprovechándose del momento y temblando de ansiedad por el éxito de su plan.

—«Yo, Aleksei Kirillov, declaro…».

—¡No, alto! ¡No quiero eso! ¿A quién declaro?

Kirillov se estremecía como enfebrecido. Esta declaración, junto con cierta idea tan extraña como repentina acerca de ella, pareció embargarlo por completo, como si fuera una vía de escape, afanosa aunque efímeramente buscada, para su espíritu atormentado:

—¿A quién declaro? Quiero saber a quién.

—A todos, a nadie, al primero que lo lea. ¿Para qué precisarlo? ¡Al mundo entero!

—¿Al mundo entero? ¡Sí, bravo! ¡Y ningún arrepentimiento! ¡No quiero arrepentirme! ¡Y no quiero declararlo frente a ninguna autoridad!

—¡Pero claro que no! ¡No es preciso! ¡Fuera las autoridades! ¡Vamos, escriba, si va usted en serio…! —exclamó histérico Piotr Stepanovich.

—¡Un momento! Quiero dibujar una cara con la lengua afuera en el encabezamiento.

—¡Qué pavada! —dijo irritado Piotr Stepanovich—. Eso se puede expresar sin el dibujo, sólo con el tono.

—¿Con el tono? Eso es verdad. ¡Con el tono, con el tono! ¡Dicta con el tono!

—«Yo, Aleksei Kirillov —dictó Piotr Stepanovich con voz firme y perentoria, inclinándose sobre el hombro de Kirillov y siguiendo letra por letra lo que éste escribía con mano trémula de agitación—, yo, Kirillov, declaro que hoy, día tal de octubre, sobre las siete de la noche, maté al estudiante Shatov en el parque, por traidor, por delatar a la policía lo relativo a las proclamas revolucionarias, y a Fedka, que estuvo viviendo y durmiendo diez días con nosotros en casa de Filippov. Hoy me mato con mi revólver, no por arrepentimiento o temor a nadie, sino porque resolví en el extranjero quitarme la vida».

—¿Eso es todo? —preguntó Kirillov, atónito e indignado.

—Sí, ni una palabra más —dijo Piotr Stepanovich, haciendo un gesto con la mano e intentando arrebatarle el documento.

—¡Espera! —Kirillov puso la mano firmemente sobre el papel—. ¡Espera! ¡Eso es una tontería! Quiero saber con qué lo maté. ¿Y por qué Fedka? ¿Y qué pasó con el incendio? ¡Lo quiero todo y, además, quiero insistir con el tono, con el tono!

—Es suficiente, Kirillov, le aseguro que eso es suficiente —dijo Piotr Stepanovich casi con voz suplicante, temblando de pensar que aquél podría romper el papel—. Para que sea creíble hay que escribirlo lo más oscuramente posible, tal como está, con alusiones nada más. Solo hay que mostrar una puntita de la verdad, sólo para ponerles los dientes largos. Ellos contarán un cuento más disparatado que el nuestro y, por supuesto, le darán más crédito que al nuestro. ¡Y eso será mucho mejor! ¡Pero mucho mejor! Déme eso. Tal como está no puede estar mejor. ¡Démelo, démelo!

Y trataba de arrancarle el papel. Kirillov escuchaba con ojos desorbitados, como tratando de entender las palabras de Piotr Stepanovich, pero, en realidad, incapaz ya de comprender nada.

—¡Qué demonio! —gritó Piotr Stepanovich furioso—. ¡Pero si todavía no lo ha firmado! ¿Por qué mira con esos ojos saltones? ¡Firme!

—Quiero insultarlos… —murmuró Kirillov, pero tomó la pluma y firmó—.

Quiero insultarlos…

—Agregue usted: *«Vive la république!»* y basta.

—¡Bravo! —Kirillov casi rugió de gusto—. *«Vive la république démocratique, sociale et universelle ou la mort!»*. No, no, así no. *«Liberté, égalité, fraternité ou la mort!»*. Así está mejor —y lo escribió complacido debajo de su firma.

—Suficiente, suficiente —seguía repitiendo Piotr Stepanovich.

—Espera un poco todavía… ¿Sabes? Voy a firmar también en francés; *«de Kiriloff, gentilhomme russe et citoyen du monde*». ¡Ja, ja, ja! —Rompió a reír a mandíbula batiente—. No, no, no, he encontrado algo mejor. ¡Eureka! *«Gentilhomme-séminariste russe et citoyen du monde civilisé!»*. Ésa es la mejor frase de todas… —saltó del sofá y con rápido ademán tomó el revólver de la ventana, corrió con él a la habitación de al lado y cerró tras sí la puerta. Piotr Stepanovich quedó un momento pensativo mirando la puerta.

«Si lo hace ahora mismo, quizá se pegue el tiro; pero si se pone a pensar, no hará nada».

Entre tanto agarró el papel, tomó asiento y volvió a echarle un vistazo. El texto de la declaración seguía gustándole.

«¿Qué es lo que se necesita ahora? Lo que se necesita es despistarlos por algún tiempo y distraerlos de algún modo. ¿El parque? En la ciudad no hay parque; así, pues, adivinarán que se trata de Skvoreshniki. Pero antes de que lo hagan, pasará tiempo, las pesquisas llevarán tiempo también, y cuando encuentren el cadáver comprobarán que el documento dice la verdad, toda la verdad, incluso con respecto a Fedka. ¿Y qué representa Fedka? Fedka es el incendio, los Lebiadkin. Representa que todo fue tramado aquí, en la casa de Filippov, y que ellos no sabían nada del caso, que no lo habían advertido…, ¡y quedarán totalmente despistados! ¡Ni por asomo pensarán en nuestro grupo! Shatov y Kirillov y Fedka y Lebiadkin, y por qué se mataron unos a otros… ¡A ver… hay otra preguntita que queda por contestar! ¡Demonios, no se oye el disparo…!».

Aunque había estado leyendo y admirando el texto del documento, seguía escuchando con ansiedad penosa y… de pronto estalló de furia. Miró intranquilo el reloj: se iba haciendo tarde y habían pasado diez minutos desde que Kirillov había salido… Tomó el candelero y se acercó a la puerta del cuarto en que se había encerrado. Junto a la puerta misma echó de ver que la vela estaba muy gastada, que no duraría más de veinte minutos y que no había otra en el cuarto. Agarró el picaporte y se puso a escuchar con cautela, pero no oyó el menor ruido. De improviso abrió la puerta y levantó la vela: algo lanzó un rugido y se arrojó sobre él. Cerró la puerta de un estruendoso portazo y apoyó el hombro contra ella, pero ya todo estaba tranquilo y reinaba de nuevo una calma mortal.

Largo rato permaneció confundido con el candelero en la mano. Durante el

instante que la puerta estuvo abierta apenas pudo distinguir nada, pero vislumbró el rostro de Kirillov, que estaba junto a la ventana, en el fondo de la habitación, y recordó la furia salvaje con que se había abalanzado sobre él. Piotr Stepanovich se estremeció, puso rápidamente la vela en la mesa, preparó el revólver y corrió en puntas de pie al otro lado del cuarto: si Kirillov abría la puerta e iba derecho a la mesa con el revólver, él tendría tiempo de apuntar y disparar antes de que Kirillov lo hiciera.

A esas alturas Piotr Stepanovich ya no creía en absoluto que Kirillov se suicidaría: "Estaba en medio del cuarto meditando —pasó como un torbellino por su mente—; y, además, qué cuarto tan oscuro y horrible… Dio un chillido y se echó sobre mí… Hay dos posibilidades o le interrumpí justo cuando iba a disparar o…, o estaba pensando en cómo matarme… Sí, así fue, lo estaba pensando… Sabe que de aquí no me voy sin matarlo si se acobarda; por consiguiente, necesita matarme a mí para que yo no lo mate…

Y ahora otra vez…, otra vez ese silencio. Me aterra pensar que puede abrir la puerta de pronto… Lo peor de todo es que cree en Dios más que un sacerdote. ¡Nada, que no se mata…! Hay ahora centenares de individuos como él, que llegan a esto por dictado de la propia razón. ¡Valiente plebe! ¡Maldita sea! ¡La vela, la vela! Seguro que se me apaga en un cuarto de hora… hace falta acabar con esto, acabar a toda costa… Supongo que ahora ya puedo matarlo… Con este documento no creerán que yo lo he matado. Puedo disponer su cuerpo de tal manera en el suelo, con el revólver descargado en la mano, que creerán sin más que él mismo lo ha hecho… Pero ¿cómo demonio matarlo? Si abro la puerta se echa otra vez sobre mí y dispara primero. ¡Pero apuesto a que falla el tiro!".

De esta manera se atormentaba, nervioso ante la necesidad insoslayable de hacer algo y ante su propia indecisión. Acabó por tomar la vela y acercarse de nuevo a la puerta, levantando y apretando el revólver. Con la mano izquierda, en la que llevaba la vela, dio vuelta al picaporte, pero lo hizo torpemente: el picaporte rechinó, se oyó un crujido: «¡Ahora sí dispara!», pensó… abrió la puerta de un tremendo puntapié, levantó la vela y apuntó con el revólver, pero no hubo ni disparo ni grito… La habitación estaba vacía.

Sintió un escalofrío. La habitación no tenía salida ni ofrecía escape alguno. Levantó más la vela y examinó el lugar con cuidado: no había nadie. Llamó a Kirillov a media voz y enseguida lo hizo con una voz más fuerte, esta vez tampoco respondió.

«¿Había salido por la ventana? —el postigo de una de ellas estaba abierto—. ¡Pero era totalmente absurdo! ¡Cómo iba a escaparse por el postigo! —entonces cruzó la habitación y fue hacia la ventana—. ¡Era imposible!». de pronto se dio vuelta y lo que vio heló la sangre de sus venas.

A la derecha de la puerta, apoyado en la pared que estaba frente a las ventanas, había un armario. Un espacio vacío quedaba entre ese mueble y uno de los rincones del cuarto. Allí, inmóvil, en una extraña posición, con los brazos rígidos pegados a los costados de su cuerpo, la cabeza erguida y la nuca apoyada en la pared, estaba Kirillov. Era evidente que deseaba ocultarse, desaparecer. A pesar de que todo indicaba que se estaba escondiendo, costaba creerlo. Desde donde estaba ubicado Piotr Stepanovich apenas podía observar la parte del cuerpo que sobresalía. No se animaba a desplazarse hacia la izquierda para ver de lleno a Kirillov y descifrar el misterio. Su corazón latía con fuerza… Y de pronto se vio enfermo de furia: de un salto, lanzando un grito y pisando fuerte, se acercó rabioso, pero se detuvo antes de llegar, helado de espanto. Lo que más asombro le produjo fue que la figura, a pesar del grito y la embestida, no se movió, ni siquiera movió un solo miembro, como si fuera de piedra o de cera. La palidez de su rostro era sobrenatural y sus ojos negros se fijaban inertes en un punto del espacio. Piotr Stepanovich alzó la vela, luego la bajó y la volvió a levantar para alumbrar la figura desde todos los ángulos y examinarla minuciosamente. De pronto notó que, aunque Kirillov miraba de frente sin desviar los ojos, lo observaba quizá con el rabillo del ojo. Entonces se le ocurrió levantar la vela hasta el rostro del «bribón», quemarlo y ver qué haría. De repente creyó ver que la barbilla de Kirillov se contraía y que en sus labios despuntaba una como sonrisa burlona, como si le hubiera adivinado la intención. Se estremeció y, fuera de sí, agarró a Kirillov fuertemente del hombro.

Entonces ocurrió algo tan nauseabundo y momentáneo que Piotr Stepanovich jamás pudo recordarlo con coherencia. En cuanto tocó a Kirillov, éste agachó rápidamente la cabeza y de un cabezazo le hizo soltar la vela de la mano. El candelero cayó al suelo con estrépito y la vela se apagó. En ese mismo instante sintió un dolor insoportable en el dedo meñique de la mano izquierda. Lanzó un grito, y todo lo que recordaba después era que, fuera de sí y con toda la fuerza de que era capaz, golpeó tres veces con el revólver la cabeza de Kirillov, que cuando se había agachado, le había mordido el meñique. Por fin consiguió librar el dedo y echó a correr, buscando la salida a tientas y en la oscuridad. Tras él salieron de la habitación gritos horribles:

—Enseguida, enseguida, enseguida, enseguida…

Hasta diez veces. Pero él seguía corriendo y ya había llegado al vestíbulo cuando oyó un disparo escandaloso. Entonces se detuvo en el vestíbulo oscuro, pensando durante cinco minutos, al cabo de los cuales volvió otra vez a la habitación. Necesitaba encontrar la vela. Bastaba con buscar en el suelo, a la derecha del armario, el candelero que le habían arrancado de la mano. Pero ¿cómo encender la vela? Por su mente cruzó de improviso un vago recuerdo: se acordó de una caja de fósforos grande y roja que había visto el día anterior, cuando entró en la cocina para agredir a

Fedka. A tientas buscó a la izquierda la puerta de la cocina, cruzó el pasillo y bajó los escalones. En el estante, cabalmente en el sitio de que se acordaba, encontró en la oscuridad una caja de fósforos sin empezar. Subió deprisa los escalones sin encender la luz, y sólo cuando estuvo junto al armario, en el mismo lugar donde había apaleado con el revólver a Kirillov y éste lo había mordido, se acordó de su dedo lastimado y en aquel momento sintió que le dolía de modo intolerable. Apretando los dientes, encendió la vela, la puso de nuevo en el candelero y miró a su alrededor. Junto a la ventana que tenía el postigo abierto, con los pies apuntando al rincón de la derecha, yacía el cadáver de Kirillov. Se había disparado el tiro en la sien derecha y la bala había salido por la parte superior del lado izquierdo, perforando el cráneo. Vio salpicaduras de sangre y masa encefálica. El revólver permanecía en la mano del suicida, en el suelo. La muerte debió de ser instantánea. Después de examinarlo todo con el mayor cuidado, Piotr Stepanovich se incorporó y salió en puntas de pie, cerró tras sí la puerta, puso la vela en la mesa de la habitación de delante, pensó un momento y resolvió no apagarla. Volvió a mirar el documento que estaba en la mesa mientras sonreía casi instintivamente. Cuando salió de la casa todavía estaba en puntas de pie. Tomó el atajo secreto de Fedka y se preocupó por dejar el tablón en su lugar.

3

Piotr Stepanovich y Erkel caminaban de un extremo a otro por el andén de la estación, faltaban diez minutos para que el reloj diera las seis de la mañana. Piotr Stepanovich era el pasajero y Erkel quien había ido a despedirlo. El equipaje ya había sido registrado y el baúl estaba colocado en un asiento de segunda clase. Ya había sonado la primera campanada y se esperaba la segunda. Piotr Stepanovich miraba sin temor a su alrededor, observando a los pasajeros que subían a los vagones. Pero no vio a nadie que conociese bien; sólo un par de veces tuvo que hacer una inclinación de cabeza: primero a un comerciante a quien conocía ligeramente y luego a un joven cura de aldea que se bajaría en su parroquia dos estaciones después. Evidentemente Erkel deseaba hablar sobre algo muy importante, a último momento, aunque es probable que ni él mismo supiera de qué, pero lo cierto es que no se atrevía a empezar. Tenía la impresión de que Piotr Stepanovich estaba ya harto de su presencia y que esperaba impaciente las dos últimas campanadas.

—Mira usted a todos con bastante libertad —observó con un poco de timidez, como si quisiera prevenirle.

—¿Y por qué no? No ha llegado aún la hora de esconderme. Todavía es muy pronto. No se preocupe. Lo único que temo es que el demonio traiga a Liputin por aquí. Si se huele algo, viene aquí volando.

—Piotr Stepanovich, no son de fiar —Erkel declaró con decisión.

—¿Liputin?

—Todos, Piotr Stepanovich.

—No diga pavadas. Ahora están todos atados por lo de ayer. Ninguno nos delataría. ¿Quién, a no ser que haya perdido el juicio, se expondría a una ruina segura?

—Ya lo perderán, Piotr Stepanovich.

Como Piotr Stepanovich ya había pensado en ello, el comentario de Erkel lo irritó doblemente.

—¿También está usted acobardado? Mire que yo confío en usted más que en los otros. ¡Ya he visto lo que vale cada uno de ellos! Déles mis instrucciones de palabra; los dejo a todos a su cargo. Vaya a verlos mañana. Puede leerles mis instrucciones escritas mañana o pasado, cuando se reúna usted con ellos y sean capaces de escuchar…, pero, créame, mañana ya estarán dispuestos a escuchar, porque tendrán un miedo inconcebible y estarán más blandos que la cera… Lo importante es que usted no se desanime.

—¡Ah, Piotr Stepanovich, si usted no se fuera!

—¡Pero apenas son unos días! Enseguida estoy de vuelta.

—Piotr Stepanovich —dijo Erkel con prudencia pero firme—, no me importaría

que fuera usted incluso a Petersburgo. Sé que sólo lo hace usted porque así lo requiere la causa común.

—No esperaba menos de usted, Erkel. Si ha adivinado que voy a Petersburgo, comprenderá que no podía decírselo a los otros ayer, en ese momento, porque se habrían asustado. Ya vio en qué estado se hallaban. Pero usted se hace cargo de que voy por la causa, por un motivo de suma importancia por la causa común, y no para evadirme como supone ese fulano de Liputin.

—Aunque fuera al extranjero, yo lo comprendería, Piotr Stepanovich. Comprendería que debe usted cuidar de su persona, porque usted lo es todo y nosotros no somos nada. Lo comprendería, sí, señor.

Al pobre chico hasta le temblaba la voz.

—Gracias, Erkel… ¡Ay, me ha tocado usted este dedo malo! —Erkel le había dado, sin fijarse, un apretón de manos; el dedo herido estaba tapado discretamente con seda negra—. Pero le aseguro positivamente que voy a Petersburgo sólo para explorar el terreno, quizá sólo un día, y que enseguida regreso. Cuando regrese, estaré en la casa de campo de Gaganov para despistar. Si hay algún indicio de peligro, yo seré el primero en compartirlo con ellos. Y, claro, si tengo que quedarme más tiempo en Petersburgo se lo indicaré a usted enseguida… del modo que usted sabe, y usted se lo dice a ellos.

Sonó la segunda campanada.

—Eso indica que apenas faltan cinco minutos para la salida. Yo, ¿sabe usted?, no quisiera que se disgregase el grupo de aquí. No es que tema nada, no se preocupe. Los nudos de esta red tan grande son bastante numerosos y la cosa no tiene mayor importancia. Pero otro nudo no vendría mal. De todos modos, me voy tranquilo en lo que a usted respecta, aunque le dejo casi solo con esos monstruos. No se preocupe, que no irán con el cuento a la policía. No se atreverán… ¿Conque también se marcha usted hoy? —gritó de pronto, en tono diferente y alegre, a un joven que se acercaba a saludarlo—. No sabía que se iba usted también en el expreso. ¿Hacia dónde? ¿Quizás a visitar a su madre?

La madre del joven era una propietaria riquísima que vivía en una provincia vecina. El joven era pariente lejano de Iulia Mihailovna y había pasado quince días en nuestra ciudad.

—No. Voy más lejos, a R*. Tengo ocho horas de tren por delante. Y usted, ¿va a Petersburgo? —preguntó sonriendo el joven.

—¿Por qué piensa que voy a Petersburgo? —preguntó a su vez Piotr Stepanovich, riendo aún con mayor desparpajo.

El joven le amenazó festivamente con el índice de su mano enguantada.

—Lo ha adivinado usted —susurró misteriosamente Piotr Stepanovich—. Voy con cartas de Iulia Mihailovna y tengo que encontrarme con tres o cuatro personas

influyentes…, ya sabe usted quiénes son… ¡un desastre, hablando claro! ¡Un encargo modestísimo!

—¿Sabe por qué está tan amedrentada? —le susurró el joven—. Ayer ni siquiera quiso recibirme. A mi juicio, no tiene nada que temer con respecto al marido. Al contrario, se desplomó tan honorablemente en el fuego que parecía que sacrificaba su vida.

—Pues ahí tiene usted —dijo Piotr Stepanovich riendo—. Mire, lo que ella teme es que alguien haya escrito ya desde aquí…, es decir, ciertos señores…, en fin, que quien anda entremetiéndose en el asunto es Stavrogin, o, mejor aún, el príncipe K*. Bah, es una historia que trae mucha cola; algo le contaré a usted durante el viaje, si lo desea…, al menos, lo que permitan mis sentimientos caballerescos… Le presento a mi pariente, el teniente Erkel, que está de servicio no lejos de aquí.

El joven, que había estado mirando de reojo a Erkel, se llevó la mano al sombrero. Erkel se inclinó.

—Pero, Verhovenski, la verdad es que ocho horas de tren se hacen inaguantables. El coronel Berestov, que es un hombre graciosísimo y que tiene una finca junto a la mía, va conmigo en un compartimento de primera clase. Está casado con una Garin (de apellido de soltera *De Garine*) y ya sabe usted que es de gente bien. Es, además, hombre de ideas. Ha pasado aquí un par de días. Es un aficionado impenitente al *whist*. Podríamos arreglar una partida, ¿qué le parece? Ya tengo pensado quién será el cuarto: Pripuhlov, nuestro comerciante barbudo de T*. Un millonario, lo que se dice un millonario auténtico. Se lo presentaré a usted. Un señor Talegas de lo más interesante. Nos divertiremos de lo lindo.

—Con muchísimo gusto. Me gusta muchísimo jugar al *whist* en el tren, pero voy en segunda clase.

—Pero eso se arregla enseguida. Suba con nosotros. Voy a mandar que lleven sus cosas a primera clase. El revisor hará lo que yo le pida. ¿Qué tiene usted? ¿Una maleta? ¿Una manta de viaje?

Piotr Stepanovich recogió sus cosas y con notable presteza se mudó a primera clase. Erkel le ayudó. Sonó la tercera campanada.

—Bueno, Erkel —dijo Piotr Stepanovich estrechándole la mano con prisa y aire preocupado desde la ventanilla del vagón por última vez—. Lo lamento, pero tengo que sentarme a jugar con ellos.

—Usted no tiene por qué darme explicaciones, Piotr Stepanovich. Comprendo, comprendo perfectamente, Piotr Stepanovich.

—Bueno, en ese caso… hasta la próxima —dijo éste, dándose vuelta para conocer a sus compañeros de juego.

Erkel no volvió a ver a Piotr Stepanovich nunca más.

Cuando llegó a su casa estaba muy triste. El motivo no tenía que ver con la

ausencia de Piotr Stepanovich sino con la rapidez con la que le había dado la espalda para consentir a ese joven excesivamente atildado… habría querido decirle algo más o quizás haberle estrechado la mano con más fuerza.

Si bien la fugaz despedida era lo que más le apenaba, un hecho relacionado con la noche anterior y que todavía no lograba interpretar acribillaba su corazón.

SÉPTIMO CAPÍTULO:
La peregrinación de Stepan Trofimovich

1

Cuando se dio cuenta de que se vencía el plazo para llevar a cabo su empresa, Stepan Trofimovich se sintió amedrentado. Sé que sufrió mucho por la secuela del terror que le dejó aquella noche horrenda, la noche antes de su partida. Nastasya recordaba que el señor se había acostado tarde y había dormido. Pero ello no prueba nada: cuentan que los condenados a muerte duermen la víspera misma de subir al patíbulo. Aunque salió de casa al amanecer, cuando un hombre nervioso se siente con mayores bríos (y el comandante, pariente de Virginski, dejaba de creer en Dios tan pronto como terminaba la noche), estoy seguro de que nunca logró, sin un escalofrío de horror, imaginarse a sí mismo solo en la carretera y en semejante estado. Sin duda, algún sentimiento de desesperación atenuó en alguna medida la espantosa soledad que sintió cuanto dejó a *Stasie* y el cálido hogar en que había pasado veinte años. Sé también que habría salido a la carretera e iniciado su marcha aunque se hubiera imaginado algunos de los horrores que le esperaban. Mediaba en ello una dosis de orgullo que lo seducía a pesar de todos los pesares. ¡Ah, si hubiera podido aceptar las espléndidas condiciones de Varvara Petrovna y continuar viviendo de las mercedes de ella *comme un simple gorron*. Pero no había aceptado la limosna y no se había quedado. Y ahora era él quien dejaba a la señora, levantando «el estandarte de la gran idea» y yendo a morir por él en la carretera. Tal era sin duda su manera de sentir; era, evidentemente, su modo de actuar.

Más de una vez se me ha ocurrido otra pregunta: ¿por qué «salió por pies», es decir, por qué se escapó a pie, literalmente, y no se fue en coche? Al principio lo atribuí a cincuenta años de falta de sentido práctico y al fantástico desvarío provocado por una fuerte emoción. Suponía que la idea de apalabrar coches y caballos de relevo (aunque tuvieran campanillas) se le antojaría por demás sencilla y pedestre; por otra parte, una cruzada, aun con paraguas y todo, era algo mucho más pintoresco y más consonante con su deseo de expresar amor y venganza. Pero ahora que todo ha terminado, sospecho que ello ocurrió de modo mucho más sencillo. En primer lugar, temía alquilar caballos porque Varvara Petrovna podía enterarse e impedir su marcha a la fuerza —seguro que lo habría hecho tanto como que él lo habría acatado—; y entonces ¡adiós para siempre a la gran idea! En segundo lugar, para apalabrar caballos de relevo había que saber por lo menos a dónde se iba; y su mayor aflicción en ese momento consistía en que no lograba decidirse por lugar alguno. Su empresa habría resultado si él se hubiera decidido por algún sitio. ¿Porque qué haría precisamente en esa ciudad, y por qué no en otra? ¿Buscar a *ce marchando*? Pero ¿qué *marchando*? Ahí volvía a surgir la segunda y más angustiosa pregunta. Porque, a decir verdad, nada le infundía tanto miedo como *ce marchando* a quien tan de repente y con tanta premura se había lanzado a buscar, y a quien, en verdad, se

espantaba de encontrar. No. La carretera era, sencillamente, lo mejor. Salir y andar por ella sin tener que pensar en nada. La carretera como algo largo, algo que no tiene fin, como la vida humana, como el ensueño humano. Hay una idea en la carretera, pero ¿qué clase de idea guarda la de apalabrar caballos de relevo? Apalabrar caballos de relevo es la muerte de la idea… *Vive la grande route!* y que Dios nos proteja.

Después del inesperado encuentro con Liza que ya he escrito, continuó su marcha más abstraído que nunca. La carretera pasaba a media versta de Skvoreshniki y, cosa rara, al principio no se dio cuenta de que iba por ella. En aquel momento le era intolerable pensar racionalmente o hacerse pleno cargo de lo que hacía. La llovizna apenas cesaba, volvía a empezar, pero él ni siquiera lo notaba. Tampoco notó que se había echado el maletín al hombro y que así podía caminar con más soltura. Después de haber recorrido una versta o versta y media se detuvo y miró a su alrededor. La vieja carretera, negra, cortada por surcos y bordeada de sauces, se alargaba ante él como un hilo interminable. A la derecha, campos desnudos cubiertos de rastrojo; a la izquierda, arbustos, y más allá de ellos un pequeño bosque. Y a lo lejos, muy a lo lejos, un tanto apacible, apenas se percibía la línea del ferrocarril y, por encima, el humo de un tren, pero sin que se oyera ruido alguno. Stepan Trofimovich se intimidó un poco, pero fue apenas un instante. Suspiró, apoyó el maletín en un sauce y se sentó a descansar. Al sentarse, notó un escalofrío y se arropó con la manta, y al notar que llovía abrió el paraguas. Así estuvo un largo rato, murmurando algo de vez en cuando y empuñando con fuerza el mango del paraguas. Ante él desfilaron varias imágenes en febril procesión, sucediéndose unas a otras en su mente. «Lise, Lise —pensaba—, y con ella *ce Maurice*… Gente más rara… Pero ¿qué fue ese incendio extraño que hubo por allí y eso que decían de unos asesinados…? Me parece que *Stasie* no ha tenido tiempo de enterarse de nada y me sigue esperando con el café… ¿A las cartas? ¿De veras que perdí hombres a las cartas? Hmm…, en Rusia, durante la llamada época de la servidumbre… ¡Ay, Dios mío! ¿Pero Fedka?». Se estremeció de espanto y miró en torno. “Bueno, ¿y qué pasará si detrás de una de esas matas está escondido Fedka? Porque dicen que tiene toda una banda de ladrones aquí por la carretera. ¡Dios! Yo en tal caso…, yo en tal caso le digo toda la verdad, le digo que tengo la culpa y que durante diez años he sufrido por él más de lo que él ha sufrido como soldado, y…, y le daré mi bolsa. Hmm,*j’ai en tout quarante roubles; il prendra les roubles et il me tuera tout de même!*

De puro miedo, y sin que se sepa por qué, cerró el paraguas y lo puso junto a sí. A lo lejos, en la carretera, se veía un carro que venía de la ciudad; lo miró intranquilo.

«Grâce à Dieu; es un carro y viene despacio. No puede ser cosa de peligro. Estos pobres caballejos de aquí…, yo siempre he dicho que esa raza… Fue Piotr Illich el que habló de la raza en el club y le impuse una multa, *et puis*… Pues ¿qué es eso detrás del carro?… Creo que va en él una mujer. Una campesina y un campesino,

celia commence à être rassurant. La mujer detrás y el hombre delante… *c'est très rassurant*. Detrás del carro llevan una vaca atada de los cuernos… *c'est rassurant au plus haut degré*».

El carro se acercó a donde él estaba, era un carro de campesinos, de sólida factura y buen aspecto. La mujer iba sentada en un saco relleno y el hombre en una de las tablas con las piernas colgando hacia el lado de la carretera donde estaba Stepan Trofimovich. Detrás del carro, en efecto, caminaba balanceándose una vaca colorada, atada por los cuernos al vehículo. El campesino y la mujer miraron detenidamente a Stepan Trofimovich, que les devolvió la mirada, pero cuando ya habían rebasado en unos veinte pasos el lugar donde estaba se levantó deprisa y trató de alcanzarlos. Era natural que se sintiese más seguro cerca del carro, pero habiéndolo alcanzado volvió una vez más a olvidarse de todo y a sumirse en sus despojos, en sus ideas y visiones. Iba caminando sin sospechar, por supuesto, que para el campesino y la mujer era en aquel momento el objeto más interesante y misterioso con que se podían cruzar en la carretera.

—¿Le molestaría decirnos de dónde sale usted, señor? —no pudo menos de inquirir la mujer cuando de pronto Stepan Trofimovich la miró distraído. Quizás la mujer tuviera unos veintisiete años, era robusta, de cejas negras y mejillas coloradas, con labios rojos que sonreían cordialmente y tras los cuales brillaban dientes blancos y regulares.

—¿A mí? ¿Me…, me pregunta usted a mí? —murmuró Stepan Trofimovich con afligida sorpresa.

—Seguro es un comerciante —dijo el campesino con suficiencia. Era un hombre alto, de complexión recia, rostro ancho e inteligente y barba cerrada de color rojizo.

—No, no formo precisamente parte del comercio; yo…, yo… *moi c'est autre chose* —Stepan Trofimovich paró de algún modo la pregunta y, por si acaso, se fue quedando un poco rezagado, a la altura de la vaca.

—Entonces un caballero —sentenció el campesino al oír palabras que no eran rusas y tirando de las riendas.

—Por eso lo mirábamos. ¿Es que va de paseo? —volvió a preguntar la mujer con curiosidad.

—¿Me…, me pregunta usted?

—El tren trae a veces a extranjeros, las botas de usted no son como las de aquí…

—Son botas militares —dijo el campesino con gravedad y muy pagado de su saber.

—No. No, tampoco soy precisamente militar; yo…

«¡Qué mujer más preguntona! —se dijo, irritado, Stepan Trofimovich—. ¡Y cómo me miran…! *Mais en fin*… Además, es raro que tenga la sensación de haberles hecho algo malo, cuando lo cierto es que nada malo les he hecho».

La mujer murmuró algo al oído del hombre.

—Si no le molesta y le parece bien, podría subir con nosotros.

—Sí, sí, amigos míos, con muchísimo gusto, porque estoy cansadísimo. Pero ¿cómo voy a subirme?

«¡Qué raro —decía para sus adentros— que haya ido tanto rato junto a esta vaca y no se me haya ocurrido pedirles que me lleven… Esta vida real tiene algo muy peculiar…».

El hombre, sin embargo, seguía sin detener el caballo.

—Pero ¿hacia dónde va usted, señor? —preguntó con un poco de confianza.

Stepan Trofimovich no comprendió al momento.

—¿Quizás a Hatovo?

—¿Hatovo? No, no precisamente a casa de Hatov… No lo conozco, aunque he oído hablar de él.

—A siete verstas de aquí está la aldea de Hatovo.

—¿La aldea? *C'est charmant*. Sí, claro, he oído hablar de ella.

Stepan Trofimovich seguía andando y aún no lo subían al carro. Una idea genial cruzó por su cerebro:

—Ustedes quizá creen que soy… Tengo pasaporte y soy profesor, mejor dicho, si lo prefieren, maestro. Maestro-jefe. *Oui, c'est comme qa quonpeut traduire*. Me gustaría mucho ir en el carro…, les compraré…, les compraré por ello una punta de vodka.

—Tendrá que ser medio rublo, señor; el camino es malo.

—De otro modo no nos tendría cuenta —apuntó la mujer.

—*¿Medio rublo? Pues bien, medio rublo. C'est encore mieux; fai en tout quarante roubles, mats*…

El campesino paró el carro, y entre él y la mujer ayudaron a Stepan Trofimovich a subirse y se sentó junto a ella. Su mente seguía siendo un torbellino. A veces, él mismo se sentía terriblemente distraído, pensaba en lo que no tenía por qué pensar, y se maravillaba de ello. Muchas habían sido las veces en las que le daba pena y humillación notar su morbosa debilidad mental.

—¿Qué es esto que va detrás? ¿Una vaca? —preguntó de pronto a la mujer.

—¿Pero qué, señor? ¿Nunca ha visto una? —dijo riendo ésta.

—En la primavera se nos murió el ganado —medió el campesino—, ¿entiende…? La peste. Murieron todos los animales. No quedó ni la mitad. Aquello fue el fin.

Y arreó al caballo, que había vuelto a atascarse en un bache.

—Sí, eso es lo que pasa en Rusia… y, por lo común, nosotros los rusos… Bueno, en realidad eso también nos pasa —Stepan Trofimovich no terminó la frase.

—Si es usted maestro, ¿a qué va a Hatovo? ¿O es que va más allá todavía?

—Yo… no es que vaya más allá…, *c'est à dire*, voy a casa de un comerciante.

—Entonces será a Spasov.

—Sí, sí, precisamente. A Spasov. Pero es lo mismo.

—Si va a usted a Spasov a pie y con esas botas, tardará ocho días en llegar —dijo riendo la mujer.

—Sí, sí, es verdad, *mes amis*, da igual —la interrumpió impaciente Stepan Trofimovich.

«¡Qué gente tan preguntona! Sin embargo, la mujer habla mejor que él, y observo que desde el 19 de febrero, cuando los emanciparon, su modo de hablar ha cambiado un poco… ¿Y a ellos qué les importa si voy o no voy a Spasov? Si les pago, ¿por qué no me dejan en paz?».

—Si va usted a Spasov, tendrá que tomar el vapor —persistió el campesino.

—Eso es —dijo la mujer con animación—, porque en coche, por la orilla, es un rodeo de veinte verstas.

—Más bien cuarenta.

—Llegará con el tiempo justo de tomar el vapor en Ustyevo mañana a las dos —reclamó la mujer. Pero Stepan Trofimovich guardaba un silencio parco. También lo guardaron sus interrogadores. El campesino tiraba de las riendas del caballo; la mujer cambiaba breves palabras con él de vez en cuando. Stepan Trofimovich se adormeció, y quedó atónito cuando la mujer, riendo, lo despertó de una sacudida y se encontró en una aldea bastante grande, a la puerta de una cabaña con tres ventanas.

—¡Qué siesta, señor!

—¿Qué? ¿Dónde estoy? ¡Está bien, está bien, no importa! —dijo Stepan Trofimovich con un suspiro, bajándose del carro.

Miró tristemente en torno. La aldea le parecía extraña y por demás inadecuada.

—¡Pero si he olvidado el medio rublo! —dijo al campesino con gesto innecesariamente apresurado. Era evidente que ahora temía separarse de ellos.

—Arreglaremos cuentas ahí dentro; pase, por favor —invitó el campesino.

—Ahí dentro se está bien —le animó la mujer.

Stepan Trofimovich subió los escalones desvencijados. «Pero ¿cómo es posible esto? —murmuró con honda y recelosa perplejidad, entrando en la cabaña—. *Elle l'a voulu*». Algo le dio una punzada en el corazón y volvió a olvidarse de todo, hasta de haber entrado en la cabaña.

Era una cabaña campesina clara y bastante limpia, con tres ventanas y dos habitaciones. No era una posada, sino simple cabaña, en la que por antigua costumbre solía pararse la gente que pasaba por la aldea. Stepan Trofimovich, sin dudarlo, fue derecho al primer rincón. Se olvidó de saludar, tomó asiento y se sumió en sus meditaciones. Mientras tanto, sintió de pronto en todo el cuerpo un calorcillo que resultaba grato después de las tres horas que había pasado en la humedad del camino. Incluso el breve e intermitente escalofrío que le recorría la columna, como suele

ocurrir en los ataques de fiebre, sobre todo a las personas nerviosas, se le antojó curiosamente agradable al pasar de súbito del frío al calor. Levantó la cabeza y el olor delicioso de las tortitas calientes que la dueña preparaba en el fogón le hizo cosquillas en la nariz. Sonriendo infantilmente, se inclinó hacia la mujer y le dijo:

—¿Eso qué es? ¿Son tortitas? Pero… *c'est charmant*.

—¿Quiere, señor? —al momento la dueña le invitó respetuosamente.

—Claro que quiero, claro que sí, y… también quisiera pedirle té —repuso Stepan Trofimovich reanimándose.

—¿Quiere que ponga el samovar? Con mucho gusto.

En un plato grande con ancho dibujo azul aparecieron las tortitas, las típicas tortitas campesinas, delgadas, hechas en parte con harina de trigo, y cubiertas de mantequilla fresca caliente, en suma, tortitas muy sabrosas. Stepan Trofimovich las probó con deleite.

—¡Qué ricas están! ¡Ah, si hubiera por aquí *un doigt d'eau de vie*!

—Disculpe, señor, ¿es vodka lo que quiere?

—Exacto, exacto, un poquitín, *un tout petit rien*.

—¿Unos cinco kopeks, quiere decir?

—Cinco, sí, cinco, cinco, cinco, *un tout petit rien* —asintió Stepan Trofimovich con sonrisa beatífica—.

Pídale a un campesino que haga algo por usted, y él si quiere y puede, le servirá con cordialidad y cuidado; pero si le pide que vaya por vodka, su cordialidad usual y reposada se transforma al instante en un apresurado y gozoso afán de servirle, en una solicitud por usted que nada tiene que envidiar a la de un pariente próximo. El que va por vodka —aunque sepa de antemano que es usted y no él quien lo va a beber— parece, como si dijéramos, que va a participar en alguna medida de la futura satisfacción de usted…

En menos de tres o cuatro minutos (la taberna estaba a dos pasos) Stepan Trofimovich tenía ante sí en la mesa una botella y un vaso grande de color verdoso.

—¿Todo esto es para mí? —preguntó asombrado—. Siempre he tenido vodka, pero nunca he sabido que daban tanto por cinco kopeks.

Llenó el vaso, se levantó y, cruzando la habitación con cierta solemnidad, fue al otro rincón, donde estaba sentada su compañera de viaje con la que había compartido el saco, la joven de las cejas negras que tanto lo había fastidiado en el camino con sus preguntas. Al principio, la mujer se sorprendió y rechazó la oferta pero después de hacerse rogar, según exigía la cortesía, se levantó y terminó el vaso decorosamente en tres tragos, como beben las mujeres. Devolvió el vaso y se inclinó ante Stepan Trofimovich con expresión de agudo sufrimiento en el rostro. Él se inclinó a su vez, solemnemente, y volvió a la mesa con aire de orgullo.

Todo esto lo hizo sin premeditación. Un segundo antes no tenía idea de obsequiar

a la joven campesina.

«Yo sé a la perfección cómo tratar a la gente del pueblo; sí, a la perfección; y siempre se lo he dicho», pensaba contento de sí mismo mientras vertía en el vaso lo que quedaba en la botella; aunque era menos de un vaso entero, lo satisfizo y reanimó y hasta se le subió a la cabeza.

«*Je suis malade tout a fait, mais ce n'est pas trop mauvais d'etre malade*».

—¿Quiere usted comprar? —oyó junto a él una voz suave de mujer.

Alzó los ojos y vio con sorpresa ante sí a una señora —*une dame et elle en avait l'air*— de algo más de treinta años, de aspecto muy modesto, ataviada al estilo de la ciudad, con un vestido oscuro y un gran chal gris sobre los hombros. En su rostro había algo muy afable que le gustó de inmediato a Stepan Trofimovich. Acababa de volver a la cabaña, donde había dejado sus cosas en un banco cerca de donde estaba sentado Stepan Trofimovich, entre ellas una cartera que él, al entrar —lo recordaba ahora—, había mirado con curiosidad, y una bolsa de hule no muy grande. De la bolsa sacó dos libros exquisitamente encuadernados, con una cruz grabada en la cubierta, y se los alargó a Stepan Trofimovich.

—Eh…, *mais je crois que c'est l'Evangile*…, con el mayor gusto del mundo… ¡Ah, ahora comprendo… *vous étes ce quon appelle* una vendedora de biblias…! Más de una vez he leído algo acerca de ello… ¿Medio rublo?

—Treinta y cinco kopeks —respondió la vendedora.

—Con sumo gusto… *Je nai rien contre l'Evangile, et*… Hace tiempo que quería volver a leerlo…

En ese momento se dio cuenta de que no había leído el Evangelio en por lo menos treinta años y que quizá sólo siete años antes había recordado algunos pasajes cuando estaba leyendo la *Vie de Jesús*, de Renán. Como no llevaba cambio, sacó sus cuatro billetes de diez rublos —todo lo que llevaba encima—. La dueña de la cabaña se encargó de cambiarlos, y fue entonces cuando él se dio cuenta de que habían entrado muchas personas en la cabaña. Hacía rato que lo observaban y, al parecer, hablaban de él. Hablaban también del incendio de la ciudad, y más que nadie el hombre del carro y la vaca, que acababa de volver de allí. Hablaban de incendios y de los obreros de Shpigulin.

«Cuando me traía, no me dijo palabra del incendio, aunque habló de todo lo demás», recordó por algún motivo Stepan Trofimovich.

—Pero, Stepan Trofimovich, señor mío, ¿en verdad es usted? ¡Nunca lo habría pensado…! ¿Pero no me conoce el señor? —gritó un sujeto entrado en años, con cara de siervo a la usanza antigua, barba afeitada, y embutido en un grueso gabán de ancho cuello vuelto hacia abajo. Stepan Trofimovich se alarmó al oír que lo llamaban por su nombre.

—Perdón —murmuró—, pero no me doy cuenta de quién puede ser usted…

—¡Seguramente el señor se ha olvidado! Soy Anisim, Anisim Ivanov. Estuve sirviendo al difunto señor Gaganov, y más de una vez vi al señor, con Varvara Petrovna, en casa de la difunta Avdotia Sergeyevna. Iba a casa del señor con libros que ella le mandaba, y un par de veces le llevé dulces que ella encargaba de Petersburgo…

—¡Ahora sí, me acuerdo de ti, Anisim! —dijo Stepan Trofimovich sonriente—. ¿Vives aquí?

—Vivo cerca de Spasov, señor, cerca del monasterio de V. Estoy de criado en casa de María Sergeyevna, la hermana de Avdotia Sergeyevna. Quizás el señor se acuerde de que la señora se rompió una pierna cuando se cayó del coche yendo a un baile. Ahora la señora vive cerca del monasterio y yo sigo con ella. Y ahora, como el señor puede ver, voy a la ciudad a visitar a mis parientes…

—Veo, ya veo.

—¡Qué alegría verlo, señor! El señor siempre me trató muy bien —dejo Anisim sonriendo de contento—. Pero ¿a dónde va el señor, solo por lo que parece? El señor, que se sepa, nunca ha viajado solo.

Stepan Trofimovich le miró con timidez.

—¿Va el señor por casualidad a Spasov?

—Sí, voy a Spasov. *Il me semble que tout le monde va a Spasof*…

—Será, seguramente a casa de Fiodor Matveyevich, ¿no es verdad? ¡Cómo se va alegrar! Allá en tiempos le tenía al señor mucho respeto. Todavía sigue hablando del señor muy a menudo…

—Así es, voy a casa de Fiodor Matveyevich.

—Claro, claro. Por eso estos campesinos se han hecho un lío y creen haber visto al señor andando por la carretera. Es gente de poco entendimiento.

—En realidad, yo…, yo…, ¿sabes, Anisim? Aposté, como hacen los ingleses, a que iría a pie, yo, yo…

La frente se le cubrió de sudor.

—Claro, claro… —Anisim lo escuchaba con rigurosa curiosidad. Pero Stepan Trofimovich no podía aguantar más. Estaba tan desconcertado que quería levantarse y salir de la cabaña. Sin embargo, trajeron el samovar y en ese momento volvió la vendedora de biblias, que había salido a buscar algo. Como quien se agarra a una tabla de salvación, Stepan Trofimovich se volvió hacia ella y le ofreció té. Anisim se dio por vencido y se fue.

En efecto, entre los campesinos se propagaba la perplejidad: «¿Qué clase de hombre es éste? ¡Lo habían encontrado en la carretera, decía que era maestro, iba vestido como un extranjero, tenía menos juicio que un niño, contestaba disparadamente, como si estuviera huyendo de alguien y llevaba dinero!». Empezaban a pensar que se debía dar parte a las autoridades, «ya que las cosas no

iban bien en la ciudad». Pero Anisim lo arregló todo en un santiamén. Salió al zaguán y dijo a todo el que quiso escuchar que Stepan Trofimovich no era precisamente un maestro, sino «un sabio que estudiaba cosas de mucha importancia, que en tiempos había sido también propietario allí, que había vivido veintidós años en casa de la generala Stravrogina y que era la persona más importante en ella, y que todo el mundo le respetaba muchísimo en la ciudad; que en el club de la nobleza había noches que perdía hasta billetes de cincuenta y cien rublos; que tenía el título de consejero, que era igual que un teniente coronel del ejército, sólo que con una graduación menos que la de coronel; y en cuanto a tener dinero, le daba tanto la generala Stavrogina que no había quien pudiera contarlo», etc., etc.

«Mais c'est una dame, et tres comme il faut —pensó Stepan Trofimovich, descansando después del asedio de Anisim y mirando con agradable curiosidad a su vecina la vendedora, que bebía el té después de echarlo en el platillo y mordisqueaba un terrón de azúcar—. *Cepetit morceau de sucre, ce ríest ríen*… Hay algo en ella noble e independiente a la vez que… dulce. *Comme ilfaut toutpur*, sólo que de un estilo diferente».

Pronto se enteró por ella misma de que se llamaba Sofya Matveyevna Ulitina y que vivía en K*, donde tenía una hermana viuda de un artesano. Ella también era viuda, y su marido, que había sido sargento antes de ascender a subteniente, había sido muerto en Sebastopol.

—*Pero usted es muy joven, vous ríavezpos trente ans*.

—Treinta y cuatro, señor —dijo Sofya Matveyevna sonriendo.

—¿Entiende usted el francés?

—Un poco, señor. Después de morir mi marido pasé cuatro años en casa de un caballero y lo aprendí de los niños.

Contó que cuando quedó viuda a los dieciocho años había pasado algún tiempo de enfermera en Sebastopol y después había vivido en varios sitios, y que ahora viajaba vendiendo el Nuevo Testamento.

—*Mais, mon Dieu*, ¿no fue usted quien tuvo una aventura extraña en la ciudad, una aventura muy extraña?

Ella se ruborizó; resultó que había sido ella.

—*Ces vauriens, ces malheureux…!* —dijo él con voz trémula e indignada; el recuerdo penoso y abominable fue como una punzada en el corazón. Durante un momento pareció abstraído.

«Bah, ha salido otra vez —dijo despabilándose y notando que ella no estaba a su lado—. Sale a menudo y tiene algo que hacer. Noto que también parece preocupada… Bah, *je deviens égoiste*…».

Alzó la vista y vio de nuevo a Anisim, pero esta vez en circunstancias sumamente peligrosas. La cabaña estaba llena de campesinos, a quienes por lo visto el propio

Anisim había traído. Allí estaban el dueño de la cabaña, el campesino de la vaca, otros dos campesinos (que resultaron ser cocheros), un hombrecillo quizá ya un poco borracho, vestido a lo campesino aunque bien afeitado, que parecía un artesano arruinado por la bebida y que hablaba más que nadie. Y todos ellos hablaban de él, de Stepan Trofimovich. El campesino de la vaca se mantenía en sus trece, y aseguraba que siguiendo por la orilla del lago se daba un rodeo de treinta y cinco verstas, y que no había más remedio que tomar el vapor. El artesano medio borracho y el dueño de la cabaña lo contradecían vivamente:

—Pero si el señor cruza el lago en el vapor le resulta más cerca. Eso no tiene vuelta de hoja. Pero lo que pasa es que el vapor no va por allí en esta parte del año.

—Sí, va, sí va, y seguirá yendo ocho días más —Anisim estaba más excitado que los demás.

—¡Pues claro que va! Pero no va puntual porque se acaba la temporada. Hay veces que se queda en Ustyevo tres días seguidos.

—Mañana está aquí, mañana a las dos en punto. El señor estará en Spasov antes de anochecer —rugió Anisim.

—*Mais qu es-ce quil a, cethomméi* —gritó tembloroso Stepan Trofimovich, aguardando con terror lo que le deparaba la suerte.

También fueron de la partida los cocheros y trataban de conchabarse con él. Pedían tres rublos por llevarlo a Ustyevo. Los otros gritaban que era demasiado, que ésa era la tarifa corriente y que todo el verano habían cobrado lo mismo por llevar gente allá.

—Pero… aquí también se está bien —masculló Stepan Trofimovich—. Y no quiero…

—Sí, señor, sí. El señor tiene razón. Ahora se está muy bien en Spasov y Fiodor Matveyevich se alegrará mucho de ver al señor.

—*Mon Dieu, mes amis*, todo esto es tan nuevo para mí…

Por fin volvió Sofya Matveyevna. Pero se sentó en el banco con aire triste y deprimido.

—¡No llegaré nunca a Spasov! —dijo a la dueña.

—¿Cómo? ¿También usted va a Spasov? —preguntó Stepan Trofimovich sorprendido.

Resultaba que una señora le había dicho la víspera que esperase en Hatovo y le había prometido llevarla a Spasov, pero la señora no había venido.

—Y ahora, ¿qué hago? —repetía Sofya Matveyevna.

—*Mais ma chère et nouvelle amie!* Yo puedo llevarla tan bien como esa señora a esa aldea, cualquiera que sea, y tengo alquilado un coche, y mañana…, bueno, mañana iremos juntos a Spasov.

—¿Pero usted también va a Spasov?

—*Mais que faire? Et je suis enchanté*. Yo la llevo allí con sumo gusto. Éstos quieren llevarme y ya me he puesto de acuerdo con ellos… ¿Con quién de vosotros he arreglado? —Stepan Trofimovich sintió de pronto un deseo irresistible de ir a Spasov.

Un cuarto de hora después se subieron a una carretela cubierta, él muy animado y plenamente satisfecho, ella junto a él, con su bolsa y sonriendo agradecida. Anisim les ayudó a montar.

—Buen viaje, señor —dijo, afanándose solícito en torno al vehículo—. Ha sido un placer muy grande ver al señor.

—¡Adiós, adiós, amigo mío, adiós!

—El señor verá a Fiodor Matveyevich.

—Fiodor Matveyevich, sí, lo veré… Adiós, entonces.

2

Apenas el carruaje partió, Stepan Trofimovich comenzó a hablar afectuosamente con su compañera de viaje.

—Usted, amiga mía… Usted me permite llamarla mi amiga, *n'est-ce-pas?* —se apresuró a decir—. Vea usted, yo… *J'aime le peuple, c'est indispensable, mais il me semble que je ne l'avais jamais vu de près… Stasie… cela va sans dire qu'elle est aussi du peuple… mais le vrai peuple*, es decir, el auténtico, el que encuentra uno en la carretera, parece que sólo se interesa por saber a dónde voy precisamente. Pero pasemos eso por alto. Quizás estoy desvariando, pero es porque estoy hablando muy deprisa.

—Me parece que no está usted bien, señor —Sofya Matveyevna lo miró atenta, aunque respetuosamente.

—No, no. Sólo necesito abrigarme; además corre un viento fresco, muy fresco, por cierto, pero… olvidemos eso. Yo, la verdad, no era eso lo que quería decir. *Chère et incomparable amie*, se me antoja que soy casi feliz y que usted es la causa de ello. Pero la felicidad me cuesta cara, porque de inmediato empiezo a perdonar a todos mis enemigos.

—Pero, señor, eso está muy bien…

—No siempre, *chère inocente. L'Evangile… Voyez-vous, désormais nous le prêcherons ensemble* y yo venderé de buena gana esos bonitos libros de usted. Sí, siento que es quizás una buena idea, *quelque chose de très nouveau dans ce genre*. El pueblo es religioso, *c'est admis*, pero todavía no conoce el Evangelio. Yo se lo explicaré… En una explicación verbal se pueden corregir los errores de ese notabilísimo libro, que yo estoy desde luego dispuesto a tratar con el mayor respeto. Le seré a usted útil hasta en la carretera.

Yo siempre he sido útil; yo siempre se lo he dicho a ellos *età cette chère ingrate*… ¡Oh!, perdonemos, perdonemos, ante todo perdonar a todos y en todo momento… Esperemos que también ellos nos perdonen. Sí, porque todos y cada uno de nosotros somos culpables ante los demás. ¡Todos somos culpables!

—Lo que usted ha dicho, señor, creo que está muy bien dicho.

—Sí, sí… Tengo la impresión de que estoy hablando muy bien. Les hablaré a ellos muy bien, pero ¿qué era lo principal que quería decir? He perdido el hilo y no recuerdo… permitirá usted que no nos separemos, ¿verdad? Siento que su modo de mirarme…, francamente, me sorprenden los modales de usted: es usted sencilla de corazón, me llama usted «señor» y echa usted el té de la taza al platillo; y… ese horrible terrón de azúcar. Pero hay algo en usted que seduce y lo veo en sus facciones… ¡Oh, no se ruborice ni me tema como a un hombre! *Chère et incomparable, pour moi une femme c'est tout*. Yo no puedo vivir sin una mujer a mi

lado, pero solamente a mi lado… Estoy desorientado, absolutamente desorientado… No recuerdo en absoluto lo que quería decir. ¡Oh, bienaventurado aquél a quien Dios siempre le envía una mujer!, y…, y pienso que estoy hasta un poco exaltado, ¡también en la carretera hay una gran idea! Eso…, eso era lo que quería decir, lo de la gran idea, ahora me acuerdo, pero antes no daba con ello. ¿Y por qué nos han llevado más lejos? Allí también se estaba bien, pero aquí… *cela deviene trop froid. A propos, fai en tout quarante roubles et voilà cet argent*. Tómelo, tómelo, yo no sé guardarlo y seguramente lo voy a perder o me lo quitarán, y… Además creo que quiero dormir; mi cabeza está dando vueltas. Sí, vueltas, vueltas, y más vueltas. ¡Oh, qué buena es usted! ¿Con qué me tapa?

—Estoy segura de que tiene fiebre, señor, y le he tapado con mi manta. Y en lo del dinero, preferiría…

—¡Oh, por Dios santo, *nen parlons plus, parce que cela me fait mal!* ¡Oh, qué buena es usted!

De pronto dejó de hablar y enseguida se durmió, con sueño trémulo y febril. El camino por el que recorrieron esas diecisiete verstas no era nada llano y el vehículo daba enormes sacudidas. Stepan Trofimovich se despertaba a menudo, levantaba la cabeza de la almohadilla que le había puesto Sofya Matveyevna, la tomaba de la mano y preguntaba: «¿Está usted aquí?» como si temiera que se hubiese ido. También le dijo que había soñado con unas mandíbulas abiertas, llenas de dientes, que le habían causado mucho asco. La preocupación de Sofya Matveyevna subió de punto.

Los cocheros los llevaron directamente a un albergue grande, con cuatro ventanas en la fachada y otras viviendas más pequeñas en el corral. Stepan Trofimovich se despertó, entró y fue derecho a la segunda habitación, la mejor y más espaciosa de la casa. Su rostro soñoliento delataba una afanosa inquietud. Sin perder tiempo explicó a la patrona, mujer alta y gruesa de unos cuarenta años, pelo muy negro y una sombra de bigote, que necesitaba el cuarto sólo para él, «y que cerrara y no dejara entrar a nadie, *parce que nous avons aparler. Oui, jai beaucoup a vous dire, chère amie*. Le pagaré, le pagaré», le dijo a la patrona, despidiéndola con un gesto de la mano.

Aunque se daba prisa, articulaba las palabras con trabajo. La patrona escuchaba un tanto indiferente, pero en silencio, como señal de asentimiento, en el que, no obstante, despuntaba una nota de amenaza. Él no se dio cuenta de ello y le pidió (con prisa desmesurada) que se fuera y le trajera de comer cuanto antes, «sin perder un instante»…

La mujer del bigote ya no aguantó más.

—Esto no es un mesón, señor, y no servimos comida a los viajeros. Podríamos servirle unos cangrejos y preparar el samovar, pero no hay otra cosa. Pescado fresco no habrá hasta mañana.

Como si no la hubiera escuchado, Stepan Trofimovich volvió a gesticular y a

repetir con aire de impaciencia: «Le pagaré, pero ¡hala!, deprisa, deprisa». Pactaron sopa de pescado y pollo asado. La mujer le dijo que no se hallaría un pollo en toda la aldea, pero consintió en ir a buscarlo, aunque con cara de estar haciéndole un inmenso favor.

Tan pronto como la mujer salió, Stepan Trofimovich se sentó en el sofá e hizo sentarse a Sofya Matveyevna junto a él. En la habitación había sofá y butacas, pero de aspecto miserable. El aposento era bastante grande (dividido por un medio tabique tras el cual estaba la cama), con un papel viejo, amarillo y harapiento en las paredes, litografías horrendas de tema mitológico, una larga hilera de iconos pintados y otros varios de cobre en el rincón más cercano a la puerta. Con su extraño surtido de muebles, la habitación ofrecía una mezcla grotesca de vida urbana y tradiciones campesinas. Pero él ni se fijó en ello, ni miró por la ventana el extenso lago, cuya orilla estaba a treinta pasos del albergue.

—¡Por fin estamos solos y no dejaremos entrar a nadie! Quiero contarle a usted todo, todo, desde el mismísimo principio.

Sofya Matveyevna, le contuvo sumamente inquieta:

—*Comment, vous savez déjà mon nom?* —sonrió regocijado.

—Se lo oí esta mañana a Anisim Ivanov cuando hablaba usted con él. Yo, por mi parte, quisiera decirle que…

Y empezó a decirle en voz baja y rápida, mirando la puerta cerrada por si alguien pudiera oír, que «es ésta una aldea de cuidado; aunque todos los aldeanos son pescadores, se ganan principalmente la vida sacando a los forasteros en el verano todo el dinero que pueden; la aldea no está en la carretera, sino en un camino apartado, y la gente viene aquí sólo para tomar el vapor; y si el vapor no llega (y nunca llega cuando el tiempo es malo), los viajeros tienen que quedarse aquí varios días y todas las cabañas se llenan de gente, que es lo que quieren sus dueños, porque cobran por cualquier cosa tres veces más de lo que vale; y el patrón de este albergue es orgulloso y arrogante porque es rico, según lo que aquí entienden por ser rico. Su red de pescar por sí sola vale mil rublos».

Stepan Trofimovich miraba casi con reproche el rostro extraordinariamente animado de Sofya Matveyevna y varias veces intentó pararla, pero ella se empeñó en continuar y dijo todo lo que tenía que decir. Según ella, ya había estado allí, una vez en verano, «con una señora amabilísima» de la ciudad, y allí pasaron dos días enteros hasta que llegó el vapor; y lo que tuvieron que aguantar no era para contarlo. «Usted, Stepan Trofimovich, ha pedido una habitación particular. Se lo digo para que esté sobre aviso. Ahí, en ese cuarto de al lado, ya hay viajeros: un señor anciano y un joven, y una señora con niños; y mañana el albergue estará lleno de gente hasta las dos de la tarde, porque el vapor, que lleva dos días sin venir, vendrá mañana seguramente. Así, pues, por un cuarto particular y haber pedido de comer le cobrarán

lo que en la ciudad misma sería una barbaridad…».

Pero él sufría, sufría de veras.

—¡*Assez, mon enfant*, se lo ruego! *Nous avons notre argent, et après… et après le bon Dieu!* Me asombra que una persona como usted, de tan elevados pensamientos… *Assez, assez, vous me tourmentez* —exclamó histéricamente—. Tenemos todo nuestro futuro por delante y usted… me asusta con lo que puede depararnos.

Sin perder tiempo le contó la historia entera de su vida, y lo hizo con tal premura que al principio costaba trabajo entenderle. El relato duró mucho tiempo. Trajeron la sopa de pescado, trajeron el pollo, trajeron por último el samovar, y él no paraba de hablar… La narración era un tanto extraña e histérica, pero en fin de cuentas estaba enfermo. Fue un esfuerzo mental imprevisto y supremo que —como preveía la afligida Sofya Matveyevna mientras él hablaba—, dado su pésimo estado actual de salud, había de terminar en un profundo decaimiento. Empezó casi con su infancia, cuando «corría por los campos con el corazón abierto», y una hora después había llegado sólo a sus dos casamientos y su vida en Berlín. Pero no crean que me río de él. En ello había algo que él juzgaba de suma importancia o, como se dice en la jerga de ahora, una cuestión de lucha por la existencia. Tenía delante a la mujer que había escogido para compartir su vida futura y se apresuraba, como si dijéramos, a iniciarla. Su genio no debía seguir siendo un secreto para ella… Puede ser que se formara un concepto exagerado de Sofya Matveyevna, pero ya la había elegido. No podía vivir sin una mujer. Mirándola, deducía sin dificultad que apenas entendía lo que le contaba, y mucho menos la idea principal.

«Ce ríest rien, nous attendrons, y mientras tanto puede entenderlo por intuición…».

—Amiga mía, lo único que necesito es su corazón —exclamó interrumpiendo el relato— y esa dulce y encantadora mirada con que me está usted contemplando. ¡No, no se ruborice! Ya le he dicho…

La pobre Sofya Matveyevna, atrapada de tal modo, se veía en apuros para seguir el relato de Stepan Trofimovich cuando éste se convirtió en una amplia disertación, o poco menos, acerca de cómo nadie había podido comprender nunca a Stepan Trofimovich y cómo «se destruye a los hombres de genio en Rusia». Todo aquello era «de lo más inteligente, diría ella más tarde con abatimiento. Escuchaba con evidente angustia, con los ojos muy abiertos. Cuando Stepan Trofimovich eligió continuar la vía humorística y empezó a decir bromas contra nuestras «clases progresistas y dirigentes», ella hizo dos penosos esfuerzos por secundar la risa de él, pero fue peor que si hubiera llorado, a tal punto que el propio Stepan Trofimovich quedó desconcertado y se puso a atacar a los nihilistas y los «hombres nuevos» con despechado brío. Lo único que logró fue simplemente alarmarla, y sólo respiró con alivio, aunque no por mucho tiempo, cuando él empezó a contarle el gran amor de su

vida. La mujer es siempre mujer aunque sea monja. Se sonreía, sacudía la cabeza y luego enrojeció y bajó los ojos, lo que provocó en Stepan Trofimovich tal éxtasis e inspiración que hasta se permitió algunas pequeñas mentiras. Varvara Petrovna se transformó en su relato en una morena encantadora («la admiración de Petersburgo y de muchas capitales de Europa»), cuyo marido «había sucumbido a las balas enemigas en Sebastopol» por juzgarse indigno de su amor y dejar el campo libre a su rival, esto es, al propio Stepan Trofimovich… «¡No se escandalice, mi dulce amiga, cristiana mía! —dijo Stepan Trofimovich, que casi llegó a creer lo que contaba—. Aquello fue algo muy espiritual y tan delicado que jamás hablamos de ello durante toda nuestra vida». A medida que proseguía el relato, la causa de tal estado de cosas resultaba ser una rubia (si no era Daria Pavlovna, no sé en quién pensaría Stepan Trofimovich). La rubia lo debía todo a la morena y se había criado en casa de ésta en calidad de pariente lejana. Cuando por fin la morena se apercibió del amor de la rubia por Stepan Trofimovich, encerró el secreto en su pecho. Y los tres, languideciendo de grandeza colectiva, mantuvieron en secreto su suerte durante veinte años, cada uno con su misterio bien oculto en el pecho. «¡Oh, qué pasión fue aquélla, qué pasión! —gritó, con un sollozo de genuina emoción—. Yo vi el florecimiento de su belleza —la de la morena—. La veía a diario con el corazón desconsolado pasar junto a mí como avergonzada de su propia belleza» (una vez dijo: «avergonzada de estar tan gorda»). Y él había acabado por huir, abandonando ese sueño febril de veinte años —*vingt ans* —. Y estaba ahora ahí, en la carretera… Luego, en una especie de delirio, empezó a explicar a Sofya Matveyevna el verdadero sentido del «encuentro tan casual como fatal» que había tenido ese día, encuentro destinado a unir sus vidas «por los siglos de los siglos». Sofya Matveyevna, terriblemente confusa, se levantó por fin del sofá, y él hizo ademán de caer de rodillas ante ella, lo que la hizo llorar. Empezaba a oscurecer. Llevaban ya varias horas encerrados en la habitación.

—No, lo mejor será, señor, que me deje ir al otro cuarto —murmuró ella—; de lo contrario no se sabe lo que pensará la gente.

Por fin consiguió huir, él la dejó ir, dándole palabra de que se acostaría enseguida. Al despedirse de ella se quejó de que le dolía mucho la cabeza. Sofya Matveyevna, cuando entró en el albergue, había dejado la bolsa y otras cosas en la habitación delantera, pensando pasar la noche con la gente de la casa; pero no tuvo descanso.

Durante la noche Stepan Trofimovich sufrió el ataque de gastritis al que tanto yo como otros amigos estábamos tan habituados, remate inevitable de su tensión nerviosa y de sus trastornos morales. La pobre Sofya Matveyevna no logró dormir en toda la noche. Dado que para atender al paciente tuvo que entrar y salir a menudo cruzando el cuarto de la patrona, ésta y los viajeros que dormían allí refunfuñaban y llegaron hasta insultarla cuando al amanecer decidió preparar el samovar. Durante todo el tiempo que duró el ataque, Stepan Trofimovich estuvo adormecido; a veces le

parecía que preparaban el samovar, que le daban algo de beber (té de frambuesa), que le ponían fomentos en el estómago y en el pecho. Pero a cada instante sentía que ella estaba allí, a su lado, que era ella la que entraba y salía, la que le ayudaba a incorporarse y volvía a acostarlo. Sobre las tres de la madrugada empezó a sentirse mejor; se sentó en el lecho, sacó de él las piernas y, sin previo aviso, cayó al suelo delante de ella. Ya no se trataba sólo de arrodillarse ante ella como lo había hecho la víspera, sino de caer a sus pies y besar el borde de su vestido…

—No haga eso, por favor, señor, no haga eso. No lo merezco, señor —murmuró ella tratando de subirse a la cama.

—Mi redentora —dijo devoto, juntando las manos—. *Vous étes noble comme une marquise!* Yo…, yo soy un miserable. ¡Oh, toda la vida he sido un embustero…!

—¡Cállese! —imploraba Sofya Matveyevna.

—Todo lo que le dije anoche fue una calumnia, para darme fama, por jactancia… Todo, todo, hasta la última sílaba… ¡Oh, qué embustero, qué embustero soy!

De ese modo el ataque gástrico abrió paso a otro género de ataque, al remordimiento histérico. Ya hice mención de tales ataques cuando hablé de sus cartas a Varvara Petrovna. De pronto se acordó de Lise y de su encuentro con ella la mañana del día antes: «Fue cruel, y estoy seguro de que había pasado algo horrible; ¡y no pregunté nada y no me enteré de nada! ¡Pensaba sólo en mí mismo! ¡Oh! ¿Qué le habrá ocurrido? ¿Sabe usted lo que le ha ocurrido?», suplicó a Sofya Matveyevna.

A continuación juró que «nunca la engañaría» y que volvería a ella —esto es, a Varvara Petrovna—. «Iremos a la puerta de su casa —esto es, con Sofya Matveyevna — todos los días, cuando se suba al coche para dar un paseo matinal, y la miraremos a escondidas… ¡Oh, quisiera que me abofeteara la otra mejilla; lo deseo con avidez! ¡Le volveré la otra, *comme dans votre livre*! Recién ahora, comprendo lo que eso quiere decir… volver la otra mejilla. Antes no lo había comprendido nunca».

Los dos días siguientes fueron de los más angustiosos en la vida de Sofya Matveyevna; todavía hoy los recuerda estremecida. Stepan Trofimovich enfermó de tanta gravedad que no pudo tomar el vapor, que en esa ocasión llegó puntualmente a las dos de la tarde; ella, por su parte, no tuvo valor para dejarlo solo y tampoco partió para Spasov. Según ella, él se alegró mucho cuando zarpó el navío.

—Eso está bien, eso es magnífico —murmuraba en la cama—. Temía que nos fuésemos. ¡Aquí se está tan bien, mejor que en ninguna otra parte…! Usted no me abandonará, ¿verdad? ¡Oh, usted no me ha abandonado!

«Aquí», sin embargo, no se estaba tan bien como decía. Él no quería saber nada de las dificultades de ella; tenía la cabeza llena de fantasías, y nada más. Conceptuaba su enfermedad como algo pasajero, insignificante, y no le hacía el menor caso; en lo único que pensaba era en cómo irían a vender «esos libros». Pidió a Sofya Matveyevna que le leyera el Evangelio.

—Hace ya mucho tiempo que no lo he leído… en el original. Quizás alguien podría preguntarme y yo podría equivocarme. Debo, por lo tanto, prepararme.

Ella se sentó a su lado y abrió el libro.

—Lee usted delicadamente —la interrumpió tras el primer renglón—. Ya veo, ya veo que no me equivocaba —agregó con imprecisión pero con cierto entusiasmo. En realidad, su estado era de entusiasmo constante. Ella leyó el Sermón de la Montaña.

—*Assez, assez, mon enfant*, basta… ¿No cree usted que eso es suficiente?

Exhausto, cerró los ojos. Estaba muy débil y, sin embargo, no perdía el conocimiento. Sofya Matveyevna se levantó pensando que quería dormir, pero él la detuvo.

—Amiga mía, he mentido toda mi vida. Hasta cuando decía la verdad. Nunca he hablado por amor a la verdad, sino por amor a mí mismo; esto ya lo sabía antes, pero sólo ahora lo veo… ¡Oh! ¿Dónde están esos amigos a quienes he agraviado con mi amistad toda la vida? ¡A todos, a todos! *Savez-vous*, quizá miento ahora también; sí, sí, también ahora estoy mintiendo. Lo peor de todo es que me creo a mí mismo cuando miento. Lo más arduo en la vida es vivir y no mentir… y no creer en las propias mentiras. ¡Sí, sí, eso! Pero espere un poco; ya se lo contaré luego… ¡Estamos juntos, juntos! —añadió con entusiasmo.

—Stepan Trofimovich —preguntó Sofya Matveyevna tímidamente—, ¿no debemos llamar al médico de la ciudad?

Él quedó paralizado.

—¿Para qué? *Est-ce que je suis si malade? Mais rien de sérieux*… ¿Quién necesita extraños? Puede enterarse, y entonces ¿qué pasaría? No, no, nada de extraños. ¡Nosotros juntos, nosotros juntos!

—Léame algo más, lo que usted quiera, lo primero que salte a la vista —dijo tras breve pausa.

Sofya Matveyevna abrió el libro y comenzó a leer.

—¡Justo ahí, donde se ha abierto, donde se ha abierto por casualidad! —repitió él.

—«Y escribe el ángel de la iglesia en Laodicea…».

—¿De dónde es?

—Del Apocalipsis.

—*Oui, je men souviens, oui, l’Apocalypse. Lisez, lisez*, para adivinar por el libro lo que será nuestro futuro. Quiero saber lo que ha resultado. Lea empezando con lo del ángel, el ángel…

—«Y escribe el ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa; y no conoces que tú eres desventurado y

miserable y pobre y ciego y desnudo».

—¿Está eso en tu libro? —exclamó con ojos centelleantes, levantando la cabeza de la almohada—. ¡Nunca había conocido ese pasaje magnífico! Escuche: más vale frío, frío, que tibio, que sólo tibio. ¡Oh, yo lo demostraré! ¡Pero no me deje, no me deje solo! ¡Lo demostraremos, lo demostraremos!

—¡Pero claro que no lo dejaré, Stepan Trofimovich! ¡No lo dejaré nunca, señor! —dijo ella tomándole de la mano; y apretándola en las suyas se la llevó al corazón mirándole con lágrimas en los ojos. («Me dio mucha lástima de él en ese momento», dijo más tarde). Los labios de él tiritaron trémulos.

—Entonces, Stepan Trofimovich, ¿qué vamos a hacer? ¿Le avisamos a algún conocido suyo o a algún pariente?

Él se alarmó tanto con la propuesta que ella sintió haberla repetido. Todo tembloroso, le suplicó que no avisara a nadie ni hiciera nada. Le pidió que le diera su palabra, insistiendo «¡A nadie, nadie! ¡Nosotros solos, nosotros dos, *nous partirons ensemble!*».

Lo peor era que los dueños del albergue empezaron también a inquietarse; murmuraban y asediaban a Sofya Matveyevna. Ella les pagó y se las arregló para hacerles ver que tenía dinero, lo que los apaciguó de momento, pero el patrón insistió en ver «los papeles» de Stepan Trofimovich. Con altanera sonrisa el enfermo señaló su maletín; en él halló Sofya Matveyevna el certificado de su dimisión de la universidad, o algo por el estilo, que le había servido de pasaporte toda la vida. El dueño no quedó satisfecho y porfió que habría que llevarle a otro sitio, porque aquello no era un hospital, y si moría se armaría de seguro un lío; «las pasaríamos todos negras». Sofya Matveyevna le habló también de llamar a un médico, pero mandar a buscarlo en la ciudad podía resultar tan caro que tuvo que abandonar por completo la idea. Volvió afligida al lado del enfermo, que iba debilitándose cada vez más.

—Léame ahora otro pasaje…, el de los puercos —dijo de pronto.

—¿Qué dice, señor? —preguntó Sofya Matveyevna sumamente alarmada.

—El de los puercos… está ahí también… *ces cochorts*… Recuerdo que los demonios entraron en los puercos y todos se ahogaron. Debe leerme eso, ya le diré después por qué. Quiero recordarlo al pie de la letra. Necesito recordarlo al pie de la letra.

Sofya Matveyevna conocía bien el Evangelio y enseguida encontró el pasaje de San Lucas que he puesto como epígrafe de mi corazón. Lo cito aquí de nuevo:

—«Y había allí un hato de muchos puercos que pacían en el monte; y le rogaron que los dejase entrar en ellos; y los dejó. Y salidos los demonios del hombre, entraron en los puercos; y el hato se arrojó de un despeñadero en el lago y ahogóse. Y los pastores, como vieron lo que había ocurrido, huyeron, y dieron aviso en la ciudad y

por las fincas. Y salieron a ver lo que había ocurrido; y vinieron a Jesús, y hallaron sentado al hombre de quien habían salido los demonios, vestido y en su juicio a los pies de Jesús; y tuvieron miedo. Y les contaron, los que lo habían visto, cómo había sido salvado aquel endemoniado».

—Amiga mía —dijo Stepan Trofimovich con aguda agitación— *¿savez-vous* que ese prodigioso y… extraordinario pasaje ha sido para mí un tropiezo toda la vida… *dans ce livre*… hasta el punto de que vengo recordándolo desde la niñez? Ahora se me ocurre una idea, una comparación. Ahora se me ocurre un sinfín de ideas. Vea usted: eso corresponde cabalmente a nuestra Rusia. Esos demonios que salen del enfermo y entran en los puercos son todos los demonios grandes y pequeños que se han ido acumulando en este nuestro grande y amado inválido, en nuestra Rusia, siglo tras siglo. *Oui, cette Russie, que fai mais toujours!* Pero una gran idea y una gran voluntad la escudarán desde las alturas, como a ese loco poseído por los demonios; y todos esos demonios, toda la impureza, toda esa abominación que supuraba en la superficie…, todo eso pedirá que lo dejen entrar en los puercos. ¡Y quizás haya entrado ya! Eso es lo que somos nosotros, nosotros y ésos, y Petrusha… *et les autres avec lui*, y yo el primero, delante de todos, y nos arrojaremos, los delirantes y endemoniados, de un acantilado al mar y nos ahogaremos todos, y estará bien destinado porque eso es lo único para lo que servimos. Pero el enfermo sanará y «se sentará a los pies de Jesús»… y todos lo mirarán pasmados… Querida mía, *vous comprendrez après*, pero por lo pronto esto me desasosiega mucho… *vous comprendrez après… nous comprendrons ensemble*.

Empezó a delirar y perdió el conocimiento. Así estuvo todo el día siguiente. Sofya Matveyevna estuvo sentada junto a él, llorando, sin apenas dormir durante tres noches y sin atreverse a mirar a los dueños de la casa sospechando que estaban tramando algo. Antes del tercer día, llegó la liberación. Stepan Trofimovich volvió en sí a la mañana, la reconoció y le extendió la mano. Esperanzada, ella se persignó. Él miró por la ventana: «*Tiens, un lac* —dijo—. ¡Ay!, Dios mío, no lo había visto antes…». Un griterío excesivo se escuchaba por la casa, había llegado un carruaje.

3

Un coche de cuatro plazas tirado por cuatro caballos portaba a la mismísima Varvara Petrovna. La acompañaban lacayos y Daria Pavlovna. Del modo más simple y sencillo, había ocurrido un milagro. Fue Anisim quien, muerto de curiosidad, no tardó en ir a la casa de Varvara Petrovna, allí le contó a los criados que había visto a Stepan Trofimovich solo, en una aldea, y que éste había sido recogido por unos campesinos cuando andaba solo por la carretera y que iba a Spasov, pasando por Ustyevo, en compañía de Sofya Matveyevna. Como Varvara Petrovna estaba ya preocupadísima y había hecho lo imposible por hallar a su pobre amigo, le comunicaron de inmediato el relato de Anisim. Después de haberlo escuchado de su propia boca, y especialmente después de escuchar los detalles de la partida para Ustyevo en compañía de una tal Sofya Matveyevna en la misma carretela, organizó el viaje de inmediato. Siguiendo la pista aún fresca, se presentó ella misma en Ustyevo.

Su voz severa e imperiosa resonó por toda la casa, intimidando a los propios dueños. Se había detenido sólo para pedir informes, convencida de que Stepan Trofimovich habría salido para Spasov bastante antes; pero al enterarse de que estaba allí mismo, y por añadidura enfermo, entró agitadísima en el albergue.

—¿Dónde está? ¡Ah, eres tú! —gritó al ver a Sofya Matveyevna que en ese momento apareció en el umbral de la segunda habitación—. Por esa cara desvergonzada que tienes puedo ver que eres tú. ¡Fuera de aquí, de lo contrario, mocita, te mando encerrar en el calabozo y tiro la llave! Mientras tanto, enciérrenla en otro sitio de por aquí. Ya ha estado antes en la cárcel de la ciudad y allí volverá. Y usted, patrón, procure que nadie entre en esta casa mientras yo estoy en ella. Soy la generala Stavrogina y alquilo la casa entera. Y tú, muchacha, tendrás que darme cuenta detallada de todo.

La tan conocida voz trastornó a Stepan Trofimovich. Empezó a temblar. Pero ella ya había pasado al otro lado del tabique. Con ojos fulminantes acercó con el pie una silla y, apoyándose en el respaldo, le gritó a Dasha:

—Vete de la habitación. Ve con la patrona. ¿Por qué esa curiosidad? Y cierra bien la puerta cuando salgas.

Miró el rostro aterrado del enfermo, durante un tiempo y en silencio, como un ave de rapiña.

—¿Y? ¿Cómo estamos, Stepan Trofimovich? ¿Se ha divertido? —las palabras se le escaparon con furiosa ironía.

—*Chère* —balbuceó Stepan Trofimovich, sin saber lo que decía—. Me he enterado de lo que es la verdadera vida rusa… *Et je prêcherai l'Evangile*…

—¡Desvergonzado, desagradecido! —se lamentó ella de pronto alzando los manos—. No le alcanza con abochornarme, sino que ahora se junta con… ¡Viejo

verde, indecente!

—*Chère*…

Se quedó sin voz, no pudo articular palabra. Lo único que pudo hacer fue mirarla espantado.

—¿Quién es ésa?

—*C'est un ange… C'etait plus qu'un ange pour moi. Toda la noche ha estado… ¡Ay, no le grite, no la asuste, chère, chère*…!

Repentinamente Varvara Petrovna se levantó de su silla con gran estrépito. «¡Agua, agua!», gritó alarmada. Aunque él recobró el reconocimiento, ella seguía temblando de susto y, muy pálida, miraba el rostro contraído del enfermo. Sólo entonces se dio cuenta por primera vez de la gravedad de su estado.

—Daria —murmuró de improviso a Daria Pavlovna—, manda enseguida a buscar a un médico, manda a buscar a Salzfisch. ¡Que vaya Yegorovich enseguida! Que alquile caballos aquí y se traiga otro coche de la ciudad. ¡Y que esté aquí sin falta esta noche!

Dasha corrió a cumplir la orden. Stepan Trofimovich seguía mirándola con ojos desorbitados de terror. Sus labios temblaban descoloridos.

—Espere, Stepan Trofimovich, espere, mi buen amigo —decía, exhortándolo como a un niño—. Vamos, vamos, espere, que Daria Pavlovna vuelve pronto y… ¡Ay, Dios mío, patrona, patrona, venga acá, buena mujer!

En su impaciencia, ella misma fue corriendo a buscar a la patrona.

—¡Rápido! ¡Traiga a esa mujer ahora mismo! ¡Tráigala, tráigala!

Afortunadamente Sofya Matveyevna no había tenido tiempo bastante para irse y estaba junto al portón de la valla con su paquete y su bolsa. La trajeron. Tan asustada estaba que le temblaban los brazos y las piernas. Varvara Petrovna se lanzó sobre ella como un halcón sobre un pollito, la tomó del brazo y la arrastró hasta donde estaba Stepan Trofimovich.

—¡Mírela! ¡Aquí la tiene! ¡No me la he comido! Usted creía que iba a comérmela, ¿no es verdad?

Stepan Trofimovich le tomó la mano a Sofya Matveyevna, se la llevó a los ojos y se deshizo en lágrimas, sollozando histérica y espasmódicamente.

—¡Ya cálmese, querido mío, cálmese, pobrecito mío! ¡Ay, Dios mío! ¡Pero vamos, cálmese ya! —Varvara Petovna exclamó frenética—. ¡Ay, qué tormento de hombre, qué tormento de mi vida!

—Querida mía —murmuró al cabo Stepan Trofimovich dirigiéndose a Sofya Matveyevna—, quédese en el otro cuarto, que quiero decir algo aquí…

Sofya Matveyevna se apresuró a salir.

—*Chérie, chérie*… —dijo respirando con dificultad.

—Espere un poco antes de hablar, Stepan Trofimovich, espere hasta que

descanse. Tome el agua. ¡Pero, hombre, espere!

Volvió a sentarse en la silla. Stepan Trofimovich la tenía tomada fuertemente de la mano. Durante un largo rato ella no lo dejó hablar. Él se llevó la mano a los labios y empezó a besarla. Ella apretó los dientes y apartó la vista, clavándola en un rincón.

—*Je vous aimais!* —brotaron por fin las palabras. Nunca le había oído ella tal confesión, expresada en ese tono.

—Hum —refunfuñó en respuesta.

—*Je vous aimais toute ma vie… vingt ans!*

Ella no despegó los labios durante dos o tres minutos.

—Y cuando vino usted a cortejar a Dasha y se roció de perfume… —insinuó ella en terrible susurro. Stepan Trofimovich quedó atónito—. Y se puso una corbata nueva…

Otro silencio, que duró un par de minutos.

—¿Recuerda usted el cigarro?

—Amiga mía —murmuró horrorizado.

—¿El cigarro, aquella noche, en la ventana…, brillaba la luna…, en Skvoreshniki? ¿Se acuerda, se acuerda? —saltó de la silla, agarró la almohada por los dos extremos y la sacudió junto con la cabeza de él—. ¿Se acuerda, hombre inútil, infame, cobarde, hombre siempre inútil, inútil? —reiteró con su feroz susurro, esforzándose por no gritar. Por último lo soltó y se dejó caer en la silla, cubriéndose la cara con las manos—. ¡Basta! —agregó atajándose e incorporándose—. Ya han pasado veinte años y no hay quien los haga volver. Yo también fui tonta.

—*Je vous aimais* —dijo él volviendo a juntar las manos.

—¡Y sigue con lo mismo! *Aimais, aimais, aimais!* ¡Ya basta! —y dio un nuevo gruñido—. ¡Y si no se duerme enseguida, voy a…! Necesita descansar. ¡Vamos a dormir, a dormir ahora mismo! ¡Cierre esos ojos! ¡Ay Dios, quiere almorzar! ¿Qué toma usted? ¿Qué es lo que come? ¡Ay, Dios! ¿Dónde está esa mujer? ¿Dónde está?

Estaba a punto de provocar tremendo escándalo cuando de pronto Stepan Trofimovich murmuró débilmente que quería, sí, *dormir une heure* y luego *un bouillon, un thé… en fin il était si heureux*. Se tendió y, efectivamente, pareció dormirse (probablemente, lo fingió). Varvara Petrovna esperó un rato y, en puntas de pie, pasó al otro lado del tabique.

Se acomodó en el cuarto de la patrona, destituyó de él a ésta y al marido, y mandó a Dasha que trajera a esa mujer. Empezó una indagación en serio.

—Vamos a ver, muchacha, cuéntamelo todo en detalle. Siéntate a mi lado…, así. Bueno. ¡Empiece…!

—Encontré a Stepan Trofimovich…

—Aguarda un momento. Calla. Te advierto que si mientes o me ocultas algo, te lo arranco de cuajo por muy hondo que lo metas. Andando.

—Stepan Trofimovich y yo…, tan pronto como llegué a Hatovo, señora… —empezó Sofya Matveyevna casi sin aliento…

—Aguarda. Calla. Espera un momento. ¿Qué es todo ese cotorreo? Primero dime qué clase de persona eres.

Sofya Matveyevna le contó algo de sí misma, lo más brevemente posible, empezando con Sebastopol. Varvara Petrovna la escuchaba en silencio, muy estirada en su silla, mirando fijamente y con severidad a la narradora.

—¿Por qué estás tan asustada? ¿Por qué bajas los ojos? A mí me gusta que la gente me hable sin desviar la vista. Sigue.

Ella habló de cómo se habían encontrado, de los libros, de cómo Stepan Trofimovich había obsequiado a la campesina con un vaso de vodka…

—Bien, así, no olvides el más pequeño detalle —la animó Varvara Petrovna. Le contó por último cómo viajaron juntos en la carretela, cómo Stepan Trofimovich no paraba de hablar, aunque ya estaba «enfermo de veras», y cómo aquí le había narrado la historia entera de su vida, desde el principio, hablando varias horas.

—Dime lo que te dijo de su vida.

Sofya Matveyevna hizo alto, perpleja.

—De eso, señora, no puedo decirle nada —dijo casi llorando—. Además, casi no entendí nada de lo que contó.

—¡Mentira! Algo habrás entendido.

—Habló mucho de una señora muy distinguida de pelo negro —Sofya Matveyevna se ruborizó al notar que Varvara Petrovna tenía el pelo rubio y que en nada se parecía a la «morena» de la historia.

—¿De pelo negro? ¿Qué dijo exactamente? Vamos, cuenta.

—Dijo que esa señora distinguida había estado muy enamorada de él, toda la vida, durante veinte años, pero no se había atrevido a decírselo, y que tenía vergüenza de presentarse ante él porque estaba muy gorda…

—¡Estúpido! —exclamó Varvara Petrovna pensativa, pero sin morderse la lengua.

Sofya Matveyevna no dejaba de llorar.

—No sé cómo contarlo, especialmente siendo él una persona tan instruida…

—Boba, tú no eres quién para juzgar de su sabiduría. ¿Te ofreció su mano?

La pobre mujer tembló.

—¿Se enamoró de ti…? ¡Habla! ¿Te ofreció su mano? —gritó Varvara Petrovna.

—Fue más o menos así, señora —murmuró entre lágrimas—. Pero no lo tomé en serio a causa de su enfermedad —añadió con firmeza, levantando los ojos.

—¿Cómo te llamas?

—Sofya Matveyevna, señora.

—Está bien, Sofya Matveyevna, ¡pues sabrás que es el hombrecillo más inútil y miserable! ¡Santo Dios! ¿Por quién me tomas? ¿Por una mujer malvada?

Sofya Matveyevna la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Por una tirana malvada? ¿Crees que he arruinado su vida?

—No, ¿cómo podría creer eso, señora, cuando usted también está llorando?

Y, en efecto, Varvara Petrovna tenía lágrimas en los ojos.

—Siéntate, siéntate, no te asustes. Mírame otra vez a los ojos. ¿De qué te ruborizas? Dasha, ven acá. Fíjate en ella. ¿Qué te parece? Tiene el corazón puro…

Y con sorpresa, por no decir con gran alarma, de Sofya Matveyevna, dio a ésta de pronto una palmadita en la mejilla.

—Lo único malo es que es tonta. Demasiado tonta para su edad. Bueno, hija, yo me encargo de ti. Ya veo que todo ha sido una tontería. Quédate de momento por aquí cerca. Haré que te alquilen un cuarto; y la comida y todo lo demás corre a mi cargo… hasta que te mande llamar.

Asustada, Sofya Matveyevna murmuró que tenía que irse inmediatamente.

—Te compro todos los libros y te quedas aquí. No tienes por qué darte prisa. ¡Silencio! ¡No hay pero que valga! Si yo no hubiera venido, tú te habrías quedado de todos modos con él, ¿verdad?

—No lo habría abandonado por nada del mundo, señora —respondió con calma y firmeza Sofya Matveyevna, secándose los ojos.

El doctor Salzfisch llegó a última hora de la noche. Era un anciano muy respetable, facultativo de bastante experiencia, que poco antes había perdido su cargo en el servicio como resultado de un altercado con sus superiores sobre un supuesto desaire. Tan pronto como llegó, revisó cuidadosamente al enfermo, le hizo preguntas y explicó con cautela a Varvara Petrovna que el estado del «paciente» era muy dudoso como consecuencia de algunas complicaciones, y que había que prepararse para «lo peor». Varvara Petrovna, habituada durante veinte años a no esperar de Stepan Trofimovich nada serio y decisivo, quedó hondamente impresionada y hasta se puso pálida:

—¿Me dice usted que no hay esperanza?

—No puedo decir que no haya en absoluto esperanza, pero…

Varvara Petrovna no se acostó en toda la noche y apenas pudo aguardar la llegada del día. No bien el paciente abrió los ojos y recobró el conocimiento (hasta entonces no lo había perdido, aunque su debilidad iba en aumento), se acercó a él y dijo resueltamente:

—Stepan Trofimovich, hay que estar preparado para todo. He mandado por un sacerdote. Tiene usted que cumplir con su deber…

Conociendo sus ideas, temía mucho que se negara. Él la miró sorprendido.

—¡Tonterías, tonterías! —gritó ella, pensando que ya estaba negándose—. Ya no hay tiempo para chiquilinadas. Suficientes han sido ya sus necedades.

—Pero… ¿tan mal estoy?

Aceptó pensativo. Y, a decir verdad, me sorprendió saber más tarde por Varvara Petrovna que no había mostrado temor alguno ante la muerte. Quizá fuese sólo porque no creía que iba a morirse y seguía pensando que su dolencia no era de cuidado.

Se confesó y comulgó de buen grado. Todos, incluso Sofya Matveyevna y los criados, entraron a felicitarle por haber recibido el sacramento. Todos, sin excepción, lloraban calladamente contemplando su semblante demacrado y exhausto y sus labios descoloridos y trémulos.

—*Oui, mes amis,* me sorprende que… se hayan tomado tanta molestia. Mañana me levanto de seguro y… nos marcharemos… *Toute cette cérémonie*… por la que, por supuesto, siento el mayor respeto…, ha sido…

—Le ruego encarecidamente, padre, que permanezca con el enfermo —dijo Varvara Petrovna, apresurándose a detener al sacerdote que ya se había quitado la vestidura—. Así que sirvan el té, le ruego que le hable de algún tema religioso para robustecer su fe.

El sacerdote comenzó a hablar. Todos, sentados o de pie, rodeaban la cama del enfermo.

—En esta época pecadora —comenzó suavemente el sacerdote, con una taza de té en la mano—, la fe en el Altísimo es el único refugio del género humano en todos los pesares y tribulaciones de la vida, a la vez que su esperanza en esa vida eterna prometida al justo…

Stepan Trofimovich pareció reanimarse. Una fina sonrisa afloró a sus labios.

—*Mon père, je vous remercie, et vous êtes bien bon, mais*…

—¡No hay *mais* que valga, no hay *mais* que valga! —gritó Varvara Petrovna, rebotando de su asiento—. Padre —dijo al sacerdote—, éste es un hombre que… un hombre que… ¡Tendrá usted que volver a confesarlo dentro de una hora! ¡Ésa es la clase de hombre que es!

Stepan Trofimovich se sonrió ligeramente.

—Amigos míos —dijo—, Dios me es necesario porque es el único ser a quien se puede amar eternamente…

Quizás porque, en efecto, había recobrado la fe, o quizás porque la solemne ceremonia de la administración del sacramento lo había conmovido y había despertado su natural sensibilidad artística, pero lo cierto es que, según he oído decir, pronunció con voz firme y hondo sentimiento algunas palabras que estaban en contradicción manifiesta con sus opiniones anteriores:

—Necesito la inmortalidad porque Dios no cometerá la injusticia de apagar por completo la llama de amor por Él que ha prendido en mi corazón. ¿Y qué es más precioso que el amor? El amor es más excelso que la existencia, el amor es la corona de la existencia; ¿y cómo es posible que la existencia misma no caiga bajo su

imperio? Si he llegado a amar a Dios y me gozo en mi amor, ¿es posible que Él apague mi vida y mi gozo y me devuelva de nuevo a la nada? ¡Si Dios existe, yo también soy inmortal! *Voila ma profession de foi*.

—Dios existe, Stepan Trofimovich, le aseguro que existe —le imploró Varvara Petrovna—. ¡Abjure de sus ideas, reniegue de sus disparates por una vez en su vida! —por lo visto, no entendía del todo su *profession de foi*.

—¡Oh! Amiga mía —dijo cada vez más animado, aunque a menudo se le cortaba la voz—, amiga mía, cuando comprendí… eso de volver la otra mejilla…, entendí de pronto algo *mis… Jai menti toute ma vie*, ¡toda, toda la vida! Me gustaría que…, sin embargo, mañana…, mañana nos iremos todos.

Varvara Petrovna rompió a llorar. Él buscaba a alguien con los ojos.

—¡Ella está aquí, mírela! ¡Está aquí! —dijo tomándola de la mano a Sofya Matveyevna y llevándola a su lado. Él sonrió con ternura.

—¡Cuánto quisiera vivir mi vida de nuevo! —exclamó en un arranque de energía —. Cada instante, cada segundo de vida deberían ser una bendición para el hombre… ¡Sí, deberían serlo, deberían serlo! Es obligación del hombre hacer que lo sean. Es la ley de la naturaleza, que indiscutiblemente existe, aunque esté oculta… ¡Oh, cómo me gustaría ver a Petrusha…, y a todos ellos…, y a Shatov!

Es importante destacar que todavía nadie sabía lo de la muerte de Shatov, ni Daria Pavlovna, ni Varvara Petrovna, ni siquiera el doctor Salzfisch, que era el último en llegar de la ciudad.

Stepan Trofimovich se mostraba cada vez más agitado, con morbosa agitación superior a sus fuerzas.

—Saber que existe algo infinitamente más justo y feliz me llena de inmensa ternura… y de gloria… ¡Quienquiera que yo sea y cualesquiera que sean mis hechos! Saber y creer en cada instante que en algún sitio existe una felicidad perfecta y serena para todos y para todo es algo mucho más esencial para el hombre que su felicidad personal… Toda la ley de la existencia humana consiste en que el hombre es siempre capaz de reverenciar lo infinitamente grande. Si al hombre se le priva de lo infinitamente grande, se negará a seguir viviendo y morirá desesperado. Lo infinito y lo eterno le son tan necesarios como este pequeño planeta en que habita… Amigos míos, amigos todos, todos: ¡Viva la Gran Idea! ¡La eterna, infinita idea! Todo hombre, sea quien fuere, debe inclinarse ante lo que es la Gran Idea. Hasta el hombre más necio necesita algo grande. Petrusha… ¡Oh, cómo me gustaría verlos a todos! ¡No saben, no saben que también en ellos reside la Gran Idea!

El doctor Salzfisch no había asistido a la ceremonia. Cuando entró de improviso, quedó horrorizado y ordenó despejar el cuarto, insistiendo en que no se debía inquietar al paciente.

Stepan Trofimovich murió tres días después, pero ya para entonces había perdido

por completo el conocimiento. Su vida se apagó débilmente, como un cabo de vela. Después de la misa de cuerpo presente celebrada allí mismo, Varvara Petrovna condujo el cadáver de su pobre amigo a Skvoreshniki. Su tumba, en el cementerio de la iglesia, está ya cubierta de una losa de mármol. La inscripción y la verja han quedado para la primavera.

La ausencia de Varvara Petrovna de la ciudad había durado ocho días. Sofya Matveyevna llegó con ella en el coche, al parecer, para vivir en su compañía de modo permanente. Debo señalar que tan pronto como Stepan Trofimovich perdió el conocimiento (en esa misma mañana), Varvara Petrovna hizo a Sofya Matveyevna salir otra vez del albergue y asistió ella misma al enfermo, sola hasta el final; pero mandó buscarla en cuanto éste dio el último suspiro. Se negó a escuchar las objeciones que la atemorizada joven puso a la propuesta (mejor sería decir mandato) de instalarse para siempre en Skvoreshniki.

—¡Boberías!, juntas iremos a vender los Evangelios. Ya no me queda nadie en el mundo.

—Le queda un hijo —señaló el doctor Salzfisch.

—¡No tengo hijo! —prorrumpió Varvara Petrovna. Todo un vaticinio.

OCTAVO CAPÍTULO:
Conclusión

Todos los delitos e infamias que se habían cometido quedaron al descubierto con notable rapidez, con rapidez mucho mayor de lo que había supuesto Piotr Stepanovich. Para empezar, la infortunada María Ignatyevna se despertó antes del alba la noche del asesinato de su marido, echó de menos a éste y sufrió un trastorno indescriptible al no verlo a su lado. Con ella había pasado la noche la asistenta que le había procurado Arina Prohorovna, que, al no conseguir calmarla, fue corriendo a la comadrona no bien se hizo de día, asegurando a la paciente que Arina Prohorovna sabía dónde estaba su marido y cuándo volvería. Mientras tanto, la propia Arina Prohorovna empezó también a alarmarse: ya conocía por su marido la hazaña de esa noche en Skvoreshniki. Virginski había vuelto a casa a eso de las once, en lastimoso estado físico y mental, retorciéndose las manos. Se echó boca abajo en la cama, repitiendo entre sollozos convulsivos: «¡Esto está mal, está mal; esto está muy mal!». Acabó, por supuesto, confesándoselo todo a su esposa, pero sólo a ella en la casa. Ésta lo dejó en la cama, amonestándolo severamente y diciéndole que «si quería gimotear, lo hiciera en la almohada para que no lo oyesen, y que sería un necio si al día siguiente daba la menor muestra de dolor». Quedó, no obstante, algo pensativa y empezó a prepararse sobre la marcha para cualquier eventualidad; logró esconder o destruir por completo toda clase de papeles comprometedores, libros, quizás incluso hojas subversivas. Pronto se hizo cargo de que ni ella, ni su hermana, ni su tía, ni el estudiante, ni tampoco acaso su hermano el de las orejas largas, tenían nada que temer. Cuando la asistenta vino a buscarla por la mañana, fue a casa de María Ignatyevna sin el menor empacho. Sin embargo, tenía verdadera ansia por averiguar cuanto antes si era verdad lo que su marido, en susurro empavorecido y descompuesto, semejante al delirio, le había dicho esa noche, a saber, que Kirillov se suicidaría en beneficio de todos.

Pero llegó a casa de María Ignatyevna demasiado tarde. Después de despedir a la asistenta y quedarse sola, María Ignatyevna ya no pudo aguantar la incertidumbre; se levantó de la cama y, echándose encima el primer abrigo que tuvo a mano —por lo visto algo muy ligero e impropio de la temporada—, bajó a la vivienda de Kirillov, figurándose que éste, mejor que nadie, podría decirle algo acerca de su marido. ¡Cabe imaginarse el efecto que le produjo lo que allí vio! Es curioso que no leyera la última nota de Kirillov, que estaba en la mesa, muy a la vista, pero seguramente en su pánico no se fijaría en ella. Volvió corriendo a su buhardilla, cogió al niño y salió con él a la calle. Siguió corriendo desalentada en medio del lodo frío y cenagoso y empezó, por último, a llamar a las puertas de las casas. En una no le abrieron, en la siguiente tardaron tanto en abrir que pasó adelante y empezó a llamar en la tercera. Era ésta la casa de nuestro comerciante Titov. Allí armó un gran alboroto, gritando y clamando de modo incoherente que «habían matado a mi marido». Algo de Shatov y su historia se sabía en casa de Titov; se quedaron espantados de que su mujer, habiendo dado a

luz la víspera, según decía, fuera corriendo por las calles tan ligera de ropa y con un frío tan grande, con un niño casi desnudo en los brazos. Creyeron al principio que deliraba, tanto más cuanto que no se podía colegir quién era el asesinado: si Kirillov o su marido. Viendo que no le creían, estuvo a punto de echar a correr de nuevo, pero la sujetaron contra su voluntad, con lo que, según se dice, se puso a gritar y forcejear violentamente. Fueron a casa de Filippov, y dos horas más tarde la ciudad entera conocía el suicidio de Kirillov y la nota que había dejado antes de morir. La policía interrogó a María Ignatyevna, aún consciente, y de ello resultó que no había leído la nota de Kirillov; y cómo pudo inferir que habían matado a su marido fue algo que nunca pudieron averiguar de ella. Sólo decía a gritos que si habían matado a Kirillov también habían matado a su marido, porque estaban juntos. A mediodía tuvo un síncope del que ya nunca salió y falleció tres días después. El niño había sufrido un enfriamiento y había muerto antes que ella.

Arina Prohorovna, al no encontrar a María Ignatyevna y al niño, y barruntando que el asunto se ponía feo, quiso volver enseguida a casa, pero se detuvo en la puerta y mandó a la asistenta que «preguntara al señor que vivía al lado si estaba allí María Ignatyevna o si sabía algo de ella». La asistenta volvió, gritando a voz en cuello. Persuadiéndola de que no gritara y no lo dijera a nadie, mediante el conocido argumento de que «me metería en un lío», Arina Prohorovna salió del patio sin ser observada.

Ni que decir tiene que la interrogaron esa misma mañana como comadrona de María Ignatyevna, pero no le sonsacaron mucho. Les contó fría y objetivamente lo que había visto y oído en casa de Shatov, pero de lo ocurrido dijo que no sabía nada y que nada comprendía.

Bien puede el lector figurarse el tumulto que se produjo en la ciudad. ¡Otro «acontecimiento», otro asesinato! Pero ahora había algo más: quedaba patente que existía una sociedad secreta de asesinos, incendiarios y revoltosos. La horrible muerte de Liza, el asesinato de la esposa de Stavrogin, Stavrogin mismo, el incendio, el baile a beneficio de las institutrices, la relajación en torno de Iulia Mihailovna… Hasta en la desaparición de Stepan Trofimovich se quería ver un misterio. Fue mucho lo que se murmuró de Nikolai Vsevolodovich. Al anochecer se supo también la ausencia de Piotr Stepanovich, y, cosa rara, se hablaba de él menos que de nadie. Pero de quien ese día se habló más fue del «senador». Durante toda la mañana hubo una multitud de curiosos frente a la casa de Filippov. No había duda de que la nota de Kirillov había despistado a la policía, la cual creyó que Kirillov había dado muerte a Shatov y se había suicidado. Pero aunque despistada, no estaba engañada del todo. La palabra «parque», por ejemplo, tan vagamente insertada en la nota de Kirillov, no desorientó a nadie, pese a lo que esperaba Piotr Stepanovich. La policía fue directamente a Skvoreshniki, y no sólo porque allí había un parque y era el único en aquellos

contornos, sino por una especie de instinto, ya que todos los horrores estos últimos días estaban directa o indirectamente vinculados con Skvoreshniki. Por lo menos, eso es lo que yo sospecho. (Debo indicar que esa mañana temprano, sin saber nada de lo ocurrido, Varvara Petrovna había salido en busca de Stepan Trofimovich).

El cadáver fue descubierto en el estanque al anochecer de ese mismo día, en virtud de algunos indicios. En el lugar del asesinato se encontró la gorra de Shatov, que los asesinos, con notable imprudencia, habían descuidado recoger. La investigación policíaca, la autopsia y ciertas conjeturas derivadas de ella dieron pie a la sospecha de que Kirillov había tenido cómplices. Resultaba patente que existía una sociedad secreta, de la que Shatov y Kirillov habían formado parte, responsable de las proclamas revolucionarias. ¿Quiénes eran, pues, esos cómplices? Nadie pensó ese día en ningún miembro del grupo de los cinco. Se averiguó que Kirillov había vivido como un recluso y tan solitario que, como indicaba la nota, Fedka había podido residir con él muchos días a pesar de que la policía lo buscaba por todas partes… Lo que desconcertaba a todo el mundo era la imposibilidad de hallar en esa mañana un solo dato que pudiera ayudar a desenredar la madeja. Sabe Dios a qué conclusiones y delirantes hipótesis habría llegado nuestra empavorecida sociedad si de pronto no se hubiera aclarado todo el misterio al día siguiente gracias a Liamshin.

Éste no pudo aguantar. Le ocurrió lo que el propio Piotr Stepanovich llegó a sospechar hacia el final. Bajo la vigilancia de Tolkachenko, y más tarde de Erkel, pasó el día siguiente en cama, tranquilo al parecer, con la cara vuelta a la pared y sin decir palabra, contestando apenas cuando alguien le hablaba. Así, pues, no se enteró de nada de lo que sucedió en la ciudad ese día. Pero Tolkachenko, que sí estaba enterado, resolvió al atardecer renunciar al papel de guardián de Liamshin que le había confiado Piotr Stepanovich y alejarse de la ciudad, o, dicho con más sencillez, fugarse. En realidad, todos perdieron la cabeza como había vaticinado Erkel. A propósito, debo indicar que también Liputin desapareció de la ciudad antes de las doce de ese día. Pero dio la casualidad de que la policía no se enteró de su desaparición hasta el anochecer del día siguiente, cuando fue a interrogar a sus familiares que, aunque aterrorizados por su ausencia, no dijeron nada por temor a comprometerse. Pero volvamos a Liamshin. No bien se quedó solo (Erkel, confiando en Tolkachenko, ya se había ido a su casa), salió volando a la calle y, por supuesto, se enteró muy pronto del estado de cosas. Sin volver a casa siquiera, él también intentó escapar, fuese donde fuese. Pero la noche era tan oscura y la aventura de fugarse tan ardua y terrible que, después de recorrer dos o tres calles, regresó a su domicilio y se encerró para toda la noche. Parece que a la mañana siguiente intentó suicidarse, pero fracasó en la tentativa. Permaneció, no obstante, encerrado hasta cerca del mediodía, cuando, de repente, corrió a la policía. Se dice que se arrastró arrodillado, sollozando y chillando, que besaba el suelo, diciendo a gritos que era hasta indigno de besar las

botas de los comisarios que tenía delante. Lo calmaron; más aún, estuvieron afables con él. El interrogatorio duró, según me han dicho, tres horas. Lo contó todo, toda la sórdida historia, todo lo que sabía, con todo detalle; se adelantaba a las preguntas que le hacían, daba informes sobre mucho que no era pertinente al caso y sin que se lo solicitaran. Resultó que sabía bastante y que daba una explicación satisfactoria de lo sucedido. La tragedia de Shatov y Kirillov, el incendio, la muerte de los hermanos Lebiadkin, etc., todo eso quedó relegado a un segundo plano. El primer plano lo ocupaban Piotr Stepanovich, la sociedad secreta, la organización y la red. A la pregunta de por qué se habían cometido tantos asesinatos, escándalos y ultrajes, contestó con presteza febril: «para quebrantar sistemáticamente los cimientos de la sociedad y los principios que la rigen, para acobardar a todo el mundo y sembrar por todos lados la confusión, de tal suerte que cuando la sociedad (enferma, abatida, cínica e incrédula, pero con ansia infinita de una idea rectora y con instinto de conservación) esté a punto de desencuadernarse, hacerse con el poder, levantar la bandera de la insurrección con el apoyo de toda una red de quintetos que, mientras tanto, habrán estado reclutando nuevos secuaces y sondeando los puntos débiles para atacarlos mejor». Agregó en conclusión que en nuestra ciudad Piotr Stepanovich había organizado el primer experimento de ese desorden sistemático, un programa, por así decirlo, para actividades ulteriores e incluso para todos los grupos de cinco; que esto era su propia idea (es decir, de Liamshin), su propia teoría, y que «recordaran y tuvieran muy en cuenta lo franca y satisfactoriamente que había explicado todo, por lo que podría prestar un gran servicio a las autoridades en el futuro». A la pregunta concreta de cuántos grupos de cinco había, respondió que miles y miles, que la red cubría toda Rusia, y aunque no ofreció prueba alguna, tengo la impresión de que su respuesta fue absolutamente sincera. Entregó sólo un programa de la sociedad impreso en el extranjero, y un plan para la expansión de actividades futuras, apenas un esbozo, del puño y letra de Piotr Stepanovich. Resultaba que lo de «quebrantar los cimientos» lo había tomado al pie de la letra de ese documento, sin olvidar punto ni coma, aunque había dicho que era sólo conjetura suya. De Iulia Mihailovna declaró en tono jocoso y adelantándose a posibles preguntas que «era inocente y sencillamente se habían burlado de ella». Pero lo notable fue que eximió a Nikolai Stavrogin de toda participación en la sociedad secreta, de toda colaboración con Piotr Stepanovich. (De las recónditas y harto absurdas esperanzas que Piotr Stepanovich cifraba en Stavrogin, Liamshin no tenía la menor idea). La muerte de los Lebiadkin, de acuerdo con sus palabras, había sido tramada sola y exclusivamente por Piotr Stepanovich, sin ninguna participación de Nikolai Vsevolodovich, con el artero propósito de implicar a éste en un delito y hacerle bailar al son que le tocase; pero en vez de la gratitud con que imprudentemente contaba, lo que logró fue sólo provocar la indignación y aun el

desconsuelo del «bien nacido Nikolai Vsevolodovich». Concluyó su declaración acerca de Stavrogin diciendo —siempre deprisa y sin que se lo preguntasen, aunque con segunda intención— que éste era un personaje muy importante; pero que en su conducta había algún misterio; que había estado viviendo entre nosotros de incógnito, por así decirlo, que había venido con alguna misión confidencial y que era muy posible que regresara de Petersburgo a nuestra ciudad (Liamshin estaba seguro de que Stavrogin se hallaba en Petersburgo), pero con funciones enteramente diferentes y en circunstancias enteramente distintas, y rodeado de personas de las que quizá nosotros también oiríamos hablar pronto; y que todo esto se lo oyó decir a Piotr Stepanovich, «enemigo secreto de Nikolai Vsevolodovich».

Aquí debo intercalar una nota, a saber: que dos meses después Liamshin confesó haber exonerado a Stavrogin a propósito, con la esperanza de que éste lo protegiera y obtuviera para él en Petersburgo la atenuación de su sentencia, eximiéndolo de dos cargos, y le facilitara dinero y cartas de recomendación en Siberia. De esta confesión se deduce claramente que tenía un concepto exagerado de la influencia de Nikolai Stavrogin.

Por supuesto, ese mismo día detuvieron a Virginski y, en el primer arrebato, la policía detuvo asimismo a todos sus familiares. (Arina Prohorovna, su hermana, su tía, e incluso la estudiante están en libertad desde hace ya mucho tiempo, se dice que también Shigaliov será en breve puesto en libertad, porque no se le puede procesar bajo ningún artículo del Código Penal; sin embargo, esto hasta ahora no es más que un rumor). Virginski se declaró al momento culpable. Estaba enfermo, con fiebre, cuando fue detenido. Dicen que casi se alegró: «Es un peso que me quitan de encima», parece haber dicho. Se rumorea que está declarando con franqueza, pero con cierta dignidad, sin retractarse de ninguna de sus «luminosas esperanzas», aunque maldiciendo del procedimiento político (tan opuesto al del socialismo) al que, por necedad e inadvertencia, había sido arrastrado «en un torbellino de circunstancias coincidentes». Su conducta en lo tocante al asesinato se interpreta a su favor, y no me chocaría que esperase una atenuación de su sentencia. Esto es, al menos, lo que se afirma en la ciudad.

Por otra parte, apenas cabe pensar en una mitigación de la condena impuesta a Erkel. Desde que fue detenido, guarda porfiado silencio o hace lo posible por tergiversar la verdad. Todavía no se le ha podido arrancar una sola palabra de arrepentimiento. Y, no obstante, ha despertado la compasión de sus más severos jueces por su juventud, por su vulnerabilidad, y por el hecho evidente de ser víctima fanática de un impostor político; y, más que nada, por su conducta con su madre, a quien enviaba casi la mitad de su escaso sueldo. Su madre está ahora en la ciudad. Es una mujer débil y enferma, prematuramente envejecida, que llora y literalmente se arrastra por el suelo implorando clemencia para su hijo. Pase lo que pase, muchos de

nosotros nos apiadamos de Erkel.

A Liputin lo detuvieron en Petersburgo, donde había pasado quince días. Allí le ocurrió algo casi increíble y difícil de explicar. Se dice que tenía un pasaporte con nombre falso, amplia oportunidad de escapar al extranjero y fondos más que suficientes; y, no obstante, permaneció en Petersburgo y no intentó ir a ningún sitio. Pasó algún tiempo buscando a Stavrogin y Piotr Stepanovich, y de buenas a primeras empezó a beber y llevar una vida de desenfrenado libertinaje, como hombre que había perdido por completo la cordura y con ella la noción de su situación personal. Lo detuvieron embriagado en un lenocinio y, según se dice, no ha perdido el ánimo, miente en sus declaraciones y se prepara para el juicio próximo con esperanza y una punta de ufanía. Tiene incluso el propósito de echar un discurso ante el tribunal. Tolkachenko, detenido no lejos de la ciudad diez días después de su fuga, se comporta con decoro incomparablemente mayor: no miente, no se anda con rodeos, dice todo lo que sabe, no se justifica, se declara modestamente culpable, pero también tiende a la retórica. Habla mucho y de buen grado, y cuando el tema versa sobre el campesinado y sus elementos revolucionarios (?), no duda en pavonearse a fin de causar efecto. De él también se dice que hará un discurso en el juicio. Por lo general, ni él ni Liputin dan muestra de temor, por extraño que parezca.

Repito que el asunto no ha concluido. Ahora, tres meses después, la sociedad local ha tenido tiempo de descansar, de recobrar el equilibrio, de reponerse, de formar su propia opinión: tanto así que algunos hasta consideran a Piotr Stepanovich casi como un genio, o, al menos, como sujeto «con dotes geniales». «¡Organización, sí, señor!», proclaman en el club, levantando el dedo. Pero todo ello es muy inocente y, además, no son muchos los que lo dicen. Otros, por el contrario, no niegan su grandeza, pero señalan que de la vida real no sabe absolutamente nada, que sus juicios son terriblemente abstractos, grotesca y estúpidamente parciales y, por ende, frívolos en demasía. En lo tocante a sus ideas morales, todo el mundo está de acuerdo: sobre ello no hay opiniones contradictorias.

Francamente, no sé a quién mentar ahora para no dejarme a nadie en el tintero. Mavriki Nikolayevich se ha ido para no volver. La anciana señora Drozdova está chocha… Sin embargo, me queda por contar todavía una historia harto sombría. Me limitaré a consignar los hechos escuetos.

A su regreso a Ustyevo, Varvara Petrovna se instaló en su casa de la ciudad. Todas las noticias acumuladas durante su ausencia se descargaron sobre ella de golpe y le causaron terrible conmoción. Se encerró sola en su habitación. Recién había caído la noche, todos estaban cansados y se acostaron temprano.

A la mañana siguiente, la doncella, con aire de misterio, dio una carta a Daria Pavlovna, que, según dijo, había llegado la víspera, ya muy tarde, cuando todos se habían acostado y ella no se atrevió a despertarlos. No había venido por correo, sino

que había sido entregada por un desconocido a Aleksei Yegorovich en Skvoreshniki. Éste, sin pérdida de tiempo, que la había traído a la ciudad, se la había entregado a ella en mano y había regresado inmediatamente a Skvoreshniki.

Daria Pavlovna, con corazón palpitante, estuvo mirando la carta largo rato sin atreverse a abrirla. Sabía de quién era: de Nikolai Stavrogin Leyó la dirección en el sobre: *A Aleksei Yegorovich para entregar secretamente a Daria Pavlovna*.

He aquí la carta, copiada al pie de la letra, sin enmendar ni una de las faltas de un aristócrata ruso no muy ducho en la gramática de su lengua materna, no obstante su educación europea:

Querida Daria Pavlovna:

En cierta ocasión manifestó usted el deseo de ser mi «enfermera» y me hizo prometer «que mandaría a buscarla cuando fuese necesario». Me voy dentro de dos días para no volver. ¿Quiere ir conmigo?

El año pasado, siguiendo el ejemplo de Herzen, me naturalicé ciudadano del cantón de Uri, cosa que nadie sabe. Allí he comprado una casita. Me quedan todavía veinte mil rublos; iremos a vivir allá. No quiero ir nunca a ningún otro lugar.

El sitio es poco interesante: un valle angosto. Las montañas limitan la vista y el pensamiento. Lugar muy adusto. Lo escogí porque allí había una casita en venta. Si no le gusta, la venderé y compraré otra en otro sitio.

No me siento bien, pero espero que el aire de allá me libre de mis alucinaciones. Esto en cuanto a lo físico; en cuanto a lo moral, ya lo sabe usted todo. Pero ¿es eso todo?

Ya le he contado mucho de mi vida, pero no todo. ¡Ni siquiera a usted se lo he contado todo! A propósito, repito que en mi conciencia me juzgo culpable de la muerte de mi esposa. Lo repito porque no la he visto a usted desde entonces. También me juzgo culpable de lo de Lizaveta Nikolayevna; pero eso lo sabe usted; casi todo esto lo predijo usted.

Mejor está que no vaya conmigo. El pedirle que lo haga es una atroz mezquindad de mi parte. Porque ¿para qué enterrar su vida con la mía? Me es usted muy querida y en horas de desaliento, me he sentido bien a su lado; únicamente con usted he podido hablar en voz alta de mí mismo. Pero eso no prueba nada. Usted misma se ofreció como «enfermera», según su propia expresión. ¿Pero por qué sacrificar tanto? Entienda también que no la compadezco, puesto que la llamo, y que no la respeto, puesto que la espero. Y, sin embargo, la llamo y la espero. En todo caso, necesito su respuesta porque tengo que irme muy pronto. En ese caso iré solo.

No espero nada de Uri: simplemente voy allá. No he escogido adrede un

lugar adusto. Nada me retiene en Rusia —todo en ella me es tan extraño como en cualquier otra parte. A decir verdad, me desagrada vivir allí más que en ningún otro sitio; pero incluso allí no puedo odiarlo todo.

He puesto a prueba mi fuerza en todas partes. Usted me lo aconsejó para que llegara a «conocerme a mí mismo». Cuando lo hacía para mí mismo o para impresionar a otros, esa fuerza parecía infinita, como antes lo había sido en mi vida. Ante los ojos de usted recibí una bofetada de su hermano; reconocí públicamente mi matrimonio. Pero en qué emplear esa fuerza es algo que nunca he visto ni ahora veo, no obstante sus alabanzas en Suiza a las que di crédito. Aún soy capaz, y siempre lo he sido, de querer hacer algo bueno, lo que me causa satisfacción; pero a la vez deseo hacer algo malo, y eso también me causa satisfacción. Ahora bien, ambos sentimientos son y han sido siempre menguados; nunca han sido vigorosos. Mis deseos son demasiado débiles, no pueden servirme de guía. Sobre un tronco de árbol se puede cruzar un río, pero no sobre una astilla. Lo digo para que no piense que voy a Uri con esperanza de ningún género.

Como siempre, no culpo a nadie. Probé a vivir en el libertinaje más desenfrenado y malgasté en ello mis energías; pero no me agrada el vicio ni lo deseo. Me ha estado usted vigilando últimamente. ¿Sabe que hasta he estado mirando con ojeriza a nuestros iconoclastas por la envidia que tengo de sus esperanzas? Pero no tenía usted por qué alarmarse: no podía aliarme a ellos, porque nada en común tenía con ellos. Y tampoco podía hacerlo por diversión o despecho, no porque temiera el ridículo —no puedo temer el ridículo— sino porque, al fin y al cabo, tengo hábitos de hombre educado y aquello me causaba asco. Pero de haber sentido más despecho y más envidia quizá me habría unido a ellos. Juzgue por sí misma lo fácil que me ha sido todo y los bandazos que vengo dando.

¡Amiga querida! ¡Corazón tierno y generoso que yo adiviné! ¿Acaso sueña con darme tanto amor y derramar sobre mí tanto de lo que es bello en su bello espíritu, que espera poner al fin una meta ante mis ojos? No, mejor será que se ande con cuidado. Mi amor será tan mezquino como lo soy yo, y usted será desdichada. Su hermano me dijo que quien pierde sus vínculos con su tierra natal pierde también a sus dioses, esto es, pierde todas sus metas. Cabe discutir infinitamente sobre cualquier tema, pero de mí no ha salido más que negación, sin fuerza ni magnanimidad. Ni siquiera negación. Todo ha sido siempre mezquino y lánguido. Kirillov, en su grandeza de alma, no pudo transigir con una idea y se pegó un tiro; pero veo que fue magnánimo sólo porque estaba loco. Yo jamás podré volverme loco ni podré creer en una idea con tanta fe como él. Ni siquiera puedo interesarme por una idea en

igual medida que él. ¡Jamás, jamás podré pegarme un tiro!

Sé que debería suicidarme, borrarme de la faz de la tierra como un insecto asqueroso; pero temo el suicidio porque temo dar muestra de magnanimidad. Sé que será otra superchería, la última de una larga serie de supercherías. ¿Y acaso vale la pena engañarse uno a sí mismo sólo para jugar a la magnanimidad? Nunca podré sentir indignación y vergüenza; luego tampoco podré sentir desesperación.

Perdone que escriba tanto. Lo he hecho por casualidad. No bastarían cien páginas y con diez renglones hay bastante. Bastarían diez renglones para pedirle que sea mi «enfermera». Desde que salí de Skvoreshniki estoy viviendo en casa del jefe de la sexta estación, contando desde la de ahí. Le conocí en una juerga en Petersburgo hace cinco años. Nadie sabe que vivo ahí. Escríbame a su nombre. Le mando adjunta la dirección.

Nikolai Stavrogin.

Daria Pavlovna fue enseguida a enseñar la carta a Varvara Petrovna, que la leyó y pidió a Dasha que saliera de la habitación para leerla de nuevo a solas; pero pronto volvió a llamarla.

—¿Vas a ir? —preguntó casi con timidez.

—Voy —repuso Dasha.

—Prepárate, vamos juntas.

Dasha la miró inquisitivamente.

—¿Qué me queda por hacer aquí? ¿No da ya todo igual? Yo también me haré ciudadana del cantón de Uri y viviré en el valle… No te preocupes, que no os molestaré.

Hicieron el equipaje a prisa y corriendo para tomar el tren de mediodía. Pero no había pasado media hora cuando llegó Aleksei Yegorovich desde Skvoreshniki, anunciando que su amo había llegado «de repente» esa mañana, en un tren de primera hora, y se hallaba en Skvoreshniki, pero «en estado tal que no contestaba a las preguntas, iba y venía por todas las habitaciones y se había encerrado en su mitad de la casa…».

—Yo, sin pedirle permiso, decidí venir y decírselo a usted, señora —agregó Aleksei Yegorovich con expresión significativa.

Varvara Petrovna le dirigió una mirada escrutadora y no hizo ninguna pregunta. En un instante aparejaron el coche. Llevó con ella a Dasha. Dicen que durante el trayecto se persignaba a menudo.

En la «mitad» de Stavrogin todas las puertas estaban abiertas, pero a él no lo encontraban por ninguna parte.

—¿No estará en el desván, señora? —sugirió Formushka con cautela.

Era de notar que varios criados siguieron a Varvara Petrovna a las habitaciones de su hijo, mientras que los otros permanecieron en el salón. Jamás se habían permitido antes tamaña transgresión de la etiqueta. Varvara Petrovna lo notó, pero no dijo nada.

Subieron al desván. Había allí tres habitaciones, pero no hallaron a nadie en ninguna.

—¿Habrá subido allí, señora? —alguien apuntó a la puerta de la buhardilla. En efecto, la portezuela de la buhardilla, siempre cerrada, estaba ahora abierta de par en par. Para llegar allí, casi bajo el tejado, había que subir por una escalerilla de madera, larga, muy estrecha y terriblemente empinada. Allí había también un cuchitril.

—Yo no subo ahí. ¿Por qué habría él de meterse ahí? —dijo Varvara Petrovna palideciendo atrozmente y mirando a los criados. Éstos la miraban a su vez sin decir palabra. Dasha temblaba.

Varvara Petrovna subió anhelante la escalerilla, con Dasha a la zaga, pero en el momento de entrar en la buhardilla lanzó un grito y cayó desmayada.

El ciudadano del cantón de Uri colgaba detrás de la puerta. En una mesilla había un trozo de papel con estas palabras escritas a lápiz: «No se culpe a nadie. Yo mismo lo he hecho». También en la mesilla había un martillo, un trozo de jabón y un clavo grande, por lo visto de repuesto. La recia cuerda de seda con la que Nikolai Vsevolodovich se había ahorcado había sido al parecer escogida y preparada de antemano y estaba untada de una espesa capa de jabón. Todo denotaba premeditación y pleno conocimiento de causa hasta el último momento.

Después de la autopsia los médicos dictaminaron con absoluta seguridad que no se trataba de un caso de locura.

APÉNDICE

El capítulo que sigue fue descubierto en 1921 entre los papeles recogidos por la viuda del novelista, Anna Grigorievna Dostoyevskaya, y depositados en el Archivo Central del Estado. El director de la revista mensual *Russkii Vestnik (El Heraldo Ruso)*, M. N. Katkov, se negó a incluirlo en la versión original de *Los demonios*, que empezó a publicarse en el número de febrero de 1870. Dostoyevski pensó en varias revisiones del capítulo para salvar las objeciones de Katkov, pero ello fue en vano. Cuando en 1873 salió a la luz la primera edición en libro de la novela, el capítulo (que habría seguido al VIII de la segunda parte) quedó eliminado; y lo propio sucedió en las ediciones siguientes. Dostoyevski, sin embargo, no se resignó a la pérdida total de un capítulo que incluía temas que le interesaban profundamente. Así, pues, utilizó parte del material en las novelas posteriores *El adolescente* y *Los hermanos Karamazov*.

El texto que aquí se ofrece es traducción del publicado en el tomo XI de las Obras completas de Dostoyevski editadas por la Academia de Ciencias de la U. R. S. S. (*Polnoye Sobrante Sochinenii*, Leningrado, Nauta, 1974, pp. 5-39).

Visita a Tihon (La confesión de Stavrogin)

1

Nikolai Vsevolodovich no durmió esa noche y la pasó sentado en el sofá, a menudo fijando la vista en un punto del rincón, junto a la cómoda. En la habitación ardió toda la noche una bujía. Sobre las siete de la mañana se durmió, sentado como estaba, y cuando Aleksei Yegorovich, según costumbre inalterable, entró a las nueve y media en punto con la taza de café matinal y lo despertó con su entrada, pareció, al abrir los ojos, desagradablemente sorprendido de haber dormido tanto y de que fuera tan tarde. Bebió el café a prisa y corriendo, se vistió en un periquete y salió de la casa a toda prisa. A la discreta pregunta de Aleksei Yegorovich «¿Tiene el señor algo que mandar?», no contestó. Caminaba por la calle mirando el suelo, abstraído, alzando la cabeza sólo de vez en cuando y dando muestra de una vaga aunque intensa inquietud. En una bocacalle, aún no lejos de la casa, le cortó el paso un grupo de campesinos, unos cincuenta o quizá más: marchaban con compostura, casi en silencio, en orden deliberado. En una pequeña tienda donde tuvo que esperar un momento alguien dijo que eran «los obreros de Shpigulin». Él apenas se fijó en ellos.

Por fin, a eso de las diez y media llegó a las puertas del monasterio Spaso-Yefimyevski Bogorodski, en las afueras de la ciudad, junto al río. Fue sólo entonces cuando pareció de pronto acordarse de algo que le causaba solivianto y alarma. Se detuvo, tentó alguna cosa que llevaba en el bolsillo lateral de la levita y… se sonrió. Al entrar en el recinto preguntó al primer criado que encontró dónde podía hallar al obispo Tihon, que vivía retirado en el monasterio. El criado, haciendo repetidas reverencias, se brindó inmediatamente a guiarlo. En un escalón, al extremo de una larga galería en el edificio de doble planta del monasterio, un monje gordo, de pelo cano, les salió al encuentro y, rápida y autoritariamente, rescató al visitante de manos del criado y lo condujo por un largo y angosto pasillo, haciendo también continuas reverencias (aunque su gordura le impedía agacharse mucho y se limitaba a cabecear a menudo y con vigor), rogándole que lo siguiera, aunque Stavrogin lo hacía sin que se lo rogara. El monje le dirigía toda suerte de preguntas y hablaba del padre archimandrita, pero al no recibir respuesta se mostró aún más respetuoso. Stavrogin se dio cuenta de que allí lo conocían, aunque, por lo que recordaba, sólo había estado en el monasterio cuando era todavía niño. Al llegar a una puerta al final del pasillo, el monje la abrió como autorizado para hacerlo, preguntó en tono de familiaridad al hermano lego que vino a recibirlos si se podía entrar y, sin esperar respuesta, abrió la puerta de par en par e, inclinándose cuanto pudo, dejó pasar al «estimado» visitante. Cuando Stavrogin le dio una propina desapareció en el acto como si se hubiese dado a la fuga. Nikolai Vsevolodovich entró en un cuarto pequeño y casi al mismo tiempo apareció en la puerta de la habitación contigua un hombre alto y enjuto, de unos cincuenta y cinco años, en una sencilla sotana casera, de aspecto más bien enfermizo,

con una vaga sonrisa en los labios y una mirada que resultaba extraña por lo tímida. Éste era Tihon, de quien Nikolai Vsevolodovich había oído hablar por primera vez a Shatov y sobre quien había logrado obtener después algunos informes.

Los informes eran diversos y contradictorios, pero tenían algo en común: quienes estimaban y no estimaban a Tihon (y de ellos había bastantes) no decían todo lo que de él pensaban. Los que no lo estimaban, seguramente por desprecio, y sus prosélitos, hasta los más ardorosos, por una especie de modestia, como si desearan ocultar algo relativo a él, alguna flaqueza acaso, alguna chifladura. Nikolai Vsevolodovich se enteró de que Tihon llevaba ya unos seis años en el monasterio, y que tanto la gente más humilde cuanto la más distinguida lo visitaba; más aún, que hasta en el lejano Petersburgo tenía ardientes admiradores y, sobre todo, admiradoras. No obstante, oyó decir a un señor anciano, de buena presencia, socio de nuestro club y hombre devoto, que «este Tihon estaba medio loco; por lo menos era hombre de pocas luces e indudablemente bebía». Añadiré por mi parte, adelantándome un tanto, que lo último era pura necedad; de lo que padecía Tihon era sólo de una afección crónica a las piernas y, a veces, de espasmos nerviosos. También se enteró Nikolai Vsevolodovich de que, por debilidad de carácter o por «distracción imperdonable e impropia de su rango», el obispo, que hacía vida retirada, no había logrado inspirar particular respeto ni siquiera en el monasterio. Se decía que el padre archimandrita, hombre grave y severo en el cumplimiento de sus propios deberes, y sobre todo famoso por su erudición, sentía por él incluso cierta hostilidad y lo censuraba (no cara a cara, sino de soslayo) por su modo negligente de vivir y casi casi por herejía. La comunidad monástica también trataba al obispo enfermo, si no con descuido, sí con algo de familiaridad. Las dos habitaciones que componían la celda de Tihon estaban amuebladas de modo harto extraño. Junto con muebles antiguos y toscos cubiertos de cuero raído había tres o cuatro piezas elegantes: un sillón soberbio, un gran escritorio de exquisita factura, un armario para libros delicadamente tallado, mesitas, estanterías…, todo ello de regalo. Había una alfombra de Bokhara de alto precio y junto a ella esterillas corrientes. Había grabados de temas «mundanos» y otros de asunto mitológico, y en un rincón una urna grande en la que refulgían iconos de oro y plata, entre ellos uno antiquísimo que contenía reliquias. Se decía asimismo que la biblioteca era de índole variada y contradictoria: junto con los escritos de los grandes santos y los Padres de la Iglesia figuraban obras teatrales y «quizás algo peor todavía».

Después de los saludos iniciales, pronunciados con evidente timidez por ambas partes rápida e indistintamente, Tihon condujo al visitante a su gabinete y le hizo tomar asiento en un sofá, delante de una mesa, en tanto que él se acomodaba a su lado en un sillón de mimbre. Nikolai Vsevolodovich seguía sumamente absorto en alguna íntima y agobiante preocupación. Era como si hubiese resuelto llevar a cabo algo

extraordinario e inevitable que, al mismo tiempo, se le antojaba casi imposible. Durante un instante paseó la vista por el gabinete, quizá sin saber en qué pensaba. Fue el silencio lo que finalmente lo despabiló, y le pareció de pronto que Tihon bajaba los ojos con timidez y con una sonrisa enteramente innecesaria. Esto le produjo una aversión momentánea; quiso levantarse e irse, sobre todo porque Tihon daba la impresión de estar inequívocamente ebrio. Pero de súbito éste levantó los ojos y clavó en él una mirada tan inesperada y enigmática que Stavrogin se estremeció. Y ahora tuvo la impresión de que Tihon ya sabía por qué había venido, ya había sido avisado (aunque nadie, en el mundo entero, podía saber el motivo), y que si no hablaba primero era por no herir su amor propio, por temor a humillarlo.

—¿Usted me conoce? —preguntó abruptamente—. ¿Me presenté al entrar o no? Soy tan distraído…

—No se presentó, pero tuve el gusto de verlo una vez, hará cuatro años, aquí en el monasterio por casualidad.

Tihon hablaba sin prisa ni cambios de tono, con voz suave, articulando las palabras clara y distintamente.

—No estuve en este monasterio hace cuatro años —replicó Nikolai Vsevolodovich con brusquedad innecesaria—. Estuve aquí sólo de niño, cuando usted no estaba todavía.

—Quizá se haya olvidado —observó Tihon con cautela y sin insistir.

—No. No me he olvidado; sería ridículo que me olvidase —insistió tercamente Stavrogin a su vez—. Quizá sólo haya oído hablar de mí y de ahí haya nacido la idea, y haya creído que me había visto.

Tihon guardó silencio. Entonces notó Nikolai Vsevolodovich que por su semblante pasaba a veces un espasmo nervioso, síntoma de un crónico agotamiento.

—Veo que no está usted bien hoy —dijo—. Quizá lo mejor será que me vaya —e hizo ademán de levantarse de su asiento.

—Sí. Ayer y hoy he tenido fuertes dolores en las piernas y anoche dormí poco…

Tihon se detuvo. Su visitante había vuelto a caer en una vaga ensoñación. El silencio se prolongó durante un par de minutos.

—¿Me estaba usted observando? —preguntó de improviso con alarma y recelo.

—Lo estaba mirando y me acordé de las facciones de su madre. Aunque por fuera no hay parecido hay mucho por dentro, parecido espiritual.

—No hay parecido alguno, y sobre todo espiritual. ¡Ab-so-lu-tamente ninguno! —Nikolai Vsevolodovich volvió a insistir en demasía e innecesariamente, sin saber por qué—. Eso lo dice usted porque… se compadece de mi situación —añadió sin pensar—. ¡Ah! ¿Es que mi madre viene a verlo?

—Viene.

—No lo sabía. Nunca se lo he oído decir. ¿Con frecuencia?

—Casi todos los meses, y a veces más a menudo.

—Nunca, nunca se lo he oído decir. No lo sabía —esto pareció turbarlo mucho—. Y usted, por supuesto, le habrá oído decir que estoy loco —agregó de pronto.

—No precisamente que está loco. He oído decir también eso, pero a otros.

—Tendrá usted muy buena memoria para acordarse de tales fruslerías. ¿Y ha oído hablar de la bofetada?

—Algo de ello he oído.

—Lo que quiere decir que todo. Debe de tener usted mucho tiempo de sobra. ¿Y del duelo?

—Del duelo también.

—Ha oído usted muchísimo aquí. No necesita periódicos. ¿Es que Shatov le ha hecho alguna advertencia sobre mí?

—No, aunque sí conozco a Shatov; pero no lo veo desde hace mucho tiempo.

—Hum… ¿Qué es ese mapa que tiene ahí? ¡Ah, un mapa de la última guerra! ¿Para qué lo quiere?

—Para consultarlo en relación con este libro. Es una descripción muy interesante.

—Enséñemelo. Sí, no está mal. ¡Pero qué lectura tan rara para usted!

Acercó el libro y le echó un vistazo. Era un relato largo e inteligente de las circunstancias de la última guerra, no tanto sin embargo desde el punto de vista militar como el puramente literario. Después de hojearlo un poco, lo arrojó de pronto con gesto de impaciencia.

—Francamente, no sé por qué he venido aquí —dijo con tono de desagrado, mirando a Tihon como en espera de respuesta.

—Tampoco usted parece sentirse bien.

—Cierto. No estoy bien del todo.

Y de pronto, brusca y lacónicamente, hasta el punto de que costaba trabajo entenderlo, le contó que era víctima, sobre todo de noche, de cierta clase de alucinaciones; que a veces veía o sentía junto a sí a un ser maligno, burlón y «racional», bajo varios aspectos y en diferentes caracteres, pero siempre el mismo, y añadió: «me pone furioso…».

Estas revelaciones eran desatinadas y confusas; propias, en efecto, de un demente. Pero, por otra parte, Nikolai Vsevolodovich hablaba con una extraña franqueza, en él jamás vista, con tal sencillez impropia de él que parecía como si su personalidad anterior se hubiera esfumado completa e inesperadamente. No sentía la menor vergüenza en poner de manifiesto el terror con que hablaba de su espectro. Pero todo eso fue momentáneo y desapareció tan fugazmente como había aparecido.

—Todo eso es una tontería —se apresuró a decir con tosco despecho y refrenándose—. Iré a ver a un médico.

—No deje de hacerlo —asintió Tihon.

—Habla usted con tanta suficiencia… ¿Ha visto a otros que tienen apariciones como las mías?

—Sí, pero muy de tarde en tarde. A decir verdad, recuerdo sólo un caso en toda mi vida: un oficial del ejército, después de la muerte de su esposa, pérdida para él irreparable. Oí hablar de otro caso. Ambos se curaron en el extranjero… ¿Y hace mucho que es usted víctima de ello?

—Un año, poco más o menos. Pero todo es una tontería. Iré a ver a un médico. Todo es una tontería, una completa tontería. Soy el mismo, bajo aspectos diferentes, y nada más. Pero ya he usado esa… frase, no vaya a creer que sigo dudando y que no estoy seguro de ser yo mismo, y no el demonio.

Tihon lo miró inquisitivamente.

—¿Y… de veras lo ve usted? —preguntó descartando así toda duda de que fuera, en efecto, una falsa y morbosa alucinación—. ¿De veras ve una especie de imagen?

—Es extraño que insista en eso, cuando ya le he dicho que la veo —la irritación de Stavrogin subía de punto con cada palabra—. ¡Claro que la veo! La veo como lo estoy viendo a usted… Y a veces la veo y no estoy seguro de verla, aunque la veo…; y a veces no estoy seguro de que la veo y no sé quién es real, si yo o ella… En fin, todo es una tontería. ¿Y no puede usted creer que se trata, en efecto, del demonio? —agregó riéndose y adoptando con demasiada brusquedad un tono jocoso—. ¿No estaría eso más de acuerdo con su profesión?

—Lo más probable es que sea una enfermedad, aunque…

—¿Aunque qué?

—Los demonios existen sin duda alguna, pero nuestro concepto de ellos puede variar mucho.

—Y acaba usted de bajar los ojos de nuevo —comentó Stavrogin con risa irritada — porque se avergüenza de que aún crea en el demonio, aunque finjo no creer en él; lo cual me permite hacer a usted una pregunta astuta: ¿existe o no existe?

Tihon sonrió vagamente.

—Y sepa que le va bien eso de bajar los ojos antinaturalmente, ridículo y amanerado. Y para resarcirle de mi grosería le diré en serio y sin empacho que creo en el demonio, que creo en él canónicamente, en un demonio personal, no alegórico, y que no necesito en absoluto sonsacar a nadie una respuesta. Eso es todo. Debería usted estar contentísimo…

Stavrogin se rió forzada y nerviosamente. Tihon lo observaba con curiosidad, con mirada dulce y tímida.

—¿Cree usted en Dios? —preguntó Nikolai Vsevolodovich de buenas a primeras.

—Sí creo.

—Se ha dicho que si uno tiene fe y manda moverse a una montaña, la montaña se moverá… Pero perdone esa tontería. De todos modos, quisiera saber si puede usted o

no mover una montaña.

—Si Dios lo manda, la moveré —dijo Tihon en voz baja y tranquila, humillando de nuevo los ojos.

—Eso es igual que si Dios la moviese. No, usted, usted mismo, como galardón por creer en Dios.

—Quizá no la moviera.

—«¿Quizá?». Eso no está mal. ¿Por qué duda?

—Porque creo imperfectamente.

—¿Cómo? ¿Usted cree imperfectamente? ¿No cree por completo?

—Bueno…, quizá tampoco por completo.

—¡Qué me dice! Por lo menos cree que con la ayuda de Dios moverá la montaña, y eso no es poco. Eso es más que el *trespeu* de cierto arzobispo, aunque es verdad que lo dijo bajo la amenaza del sable. Y, por supuesto, usted es cristiano.

—No permitas que me avergüence de Tu cruz, ¡oh, Señor! —Tihon casi murmuró las palabras, en un murmullo apasionado e inclinando aún más la cabeza. Las comisuras de los labios empezaron de pronto a temblarle nerviosamente.

—¿Pero es posible creer en el demonio sin creer por completo en Dios? —preguntó Stavrogin riendo.

—Enteramente posible. Ocurre muy a menudo —Tihon levantó la vista y también se sonrió.

—Y estoy seguro de que considera esa fe más respetable, en fin de cuentas, que el ateísmo completo… —Stavrogin rompió a reír. Tihon volvió a sonreírse.

—Al contrario. El ateísmo completo es más respetable que la indiferencia mundana —añadió con candoroso regocijo.

—¡Ajá! ¡Conque ésas tenemos!

—El ateo completo está en el penúltimo escalón para llegar a la fe absoluta (podrá o no llegar al último), mientras que el indiferente no tiene fe alguna salvo un miedo feo.

—Hum… ¿Ha leído usted el Apocalipsis?

—Lo he leído.

—¿Recuerda aquello «Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea…»?

—Lo recuerdo. Palabras fascinantes.

—¿Fascinantes? ¡Extraña expresión de un obispo! De veras que es usted un tipo raro… ¿Dónde tiene el libro? —Stavrogin se mostraba extrañamente apresurado e inquieto, buscando con la vista el libro en la mesa—. Quiero leerle… ¿Tiene la versión rusa?

—Conozco el pasaje, lo recuerdo bien —dijo Tihon.

—¿Se lo sabe de memoria? Dígalo…

Al momento bajó los ojos, apoyó ambas manos en las rodillas e, impaciente, se

dispuso a escuchar. Tihon lo recitó al pie de la letra: «Y escribe al ángel de la iglesia de Laodicea: He aquí, dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios. Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa; y no conoces que tú eres un cuitado y miserable y pobre y ciego y desnudo…».

—Basta —interrumpió Stavrogin—. Eso lo dice por los que están en medio, por los indiferentes, ¿no es verdad? Sepa usted que lo amo mucho.

—Y yo a usted —replicó Tihon a media voz.

Stavrogin calló y volvió a sumirse en la ensoñación de antes. Esto le ocurría como una especie de acceso, y ahora por tercera vez. También el «lo amo» que había dicho a Tihon había brotado casi de un enajenamiento, al menos como algo que ni él mismo esperaba. Pasó más de un minuto.

—No se enfade conmigo —murmuró Tihon tocando ligeramente el codo de Stavrogin, como si no se atreviera a hacerlo. Stavrogin se estremeció y frunció el ceño.

—¿Cómo sabía que estaba enfadado? —preguntó al momento. Tihon estuvo por decir algo, pero Stavrogin lo interrumpió de improviso con alarma inexplicable—. ¿Por qué suponía que tenía necesariamente que enfadarme? Sí, tiene razón, estaba enfadado, y precisamente por haberle dicho «lo amo». Tiene razón, pero es usted un cínico tosco, con una opinión humillante de la naturaleza humana. Es posible que no hubiera habido enfado si se tratase de otro y no de mí… Pero no se trata de ningún otro, sino de mí mismo. En todo caso, es usted un tipo raro y un chiflado…

Su irritación seguía en aumento y, cosa extraña, no se cuidaba de lo que decía.

—Escuche. No me gustan ni los espías ni los psicólogos, al menos los que bucean en mi alma. No invito a nadie a entrar en mi alma, no necesito a nadie y puedo arreglármelas solo. ¿Cree usted que le temo? —alzó la voz y lo miró con gesto de desafío—. Usted tiene el pleno convencimiento de que he venido a revelarle algún secreto «horrible» y lo espera con toda la curiosidad monacal de que es capaz. Pero sepa que no le revelaré nada, ningún secreto, porque no necesito de usted para nada.

Tihon le miró fijamente.

—A usted le sorprende que el ángel ame más al frío que al tibio —dijo—. Usted no quiere ser *solamente* tibio. Tengo el presentimiento de que está usted luchando con un propósito extraordinario, acaso terrible. Si es así, le imploro que no se atormente y que diga todo lo que ha venido a decir.

—¿Y usted sabía de cierto que había venido con algo?

—Yo… se lo adiviné en la cara —murmuró Tihon, bajando la vista.

Nikolai Vsevolodovich estaba un poco pálido y le temblaban un tanto las manos. Durante algunos segundos estuvo observando, inmóvil y en silencio, a Tihon, como a

punto de tomar una determinación definitiva. Al fin, sacó del bolsillo de la levita unas hojas impresas y las puso en la mesa.

—Éstas son hojas destinadas a la publicidad —dijo con voz desfalleciente—. Si un solo hombre las lee, dejaré de ocultarlas y todo el mundo las leerá. Así lo tengo decidido. No necesito de usted, porque ya lo tengo todo resuelto. Pero léalas… Mientras las lee, no diga nada, pero cuando haya terminado de leerlas, dígalo todo…

—¿Las leo? —preguntó Tihon irresoluto.

—Léalas. Estoy tranquilo.

—No. No podré leerlas sin gafas. La letra es pequeña. Extranjera.

—Aquí tiene las gafas —Stavrogin las tomó de la mesa, se las alargó y se reclinó en el sofá. Tihon se enfrascó en la lectura.

2

La letra era, en efecto, extranjera: tres hojas pequeñas de papel corriente, impresas y cosidas. Seguramente habían sido impresas secretamente en una tipografía rusa en el extranjero y, a primera vista, se parecían mucho a los pasquines políticos. El título decía: «De Stavrogin».

Intercalo este documento literalmente en mi crónica. Cabe sospechar que ya muchos lo conocen. Sólo me he permitido corregir las faltas de ortografía, que son bastante numerosas y no dejan de sorprenderme, dado que el autor era un hombre instruido y de amplias lecturas (por supuesto, hablando relativamente). En el estilo no he cambiado nada, no obstante sus incorrecciones y oscuridades. Es evidente, en todo caso, que el autor no tiene pizca de literato.

De Stavrogin.

Yo, Nikolai Stavrogin, oficial del ejército en situación de retiro, estuve viviendo en el año 186… en Petersburgo, entregado al libertinaje, en el que no hallé deleite. En esa época, y durante algún tiempo, tomé en alquiler tres viviendas. Una de ellas la ocupaba yo mismo, en habitaciones amuebladas y con pupilaje y servicio, y allí también vivía entonces María Lebiadkina, en la actualidad mi esposa legítima. Las otras dos viviendas las alquilaba por meses para mis citas amorosas: en una de ellas recibía a una señora que estaba enamorada de mí y en la otra a su doncella; y durante algún tiempo me tentó la idea de que señora y doncella se encontrasen en mi apartamento en presencia del marido de aquélla y de mis amigos. Conociendo el carácter de ambas, esperaba divertirme mucho con esa estúpida broma.

Mientras iba preparando este encuentro, tuve que visitar más a menudo una de las dos viviendas que alquilaba en una casa grande de la calle Gorohovaya, pues era allí donde me reunía con la doncella. Allí, en el cuarto piso, tenía sólo una habitación que había tomado en arrendamiento a una familia rusa de la clase artesana. Ellos vivían en la habitación contigua, mucho más pequeña, tanto así que la puerta que daba paso de su habitación a la mía estaba siempre abierta, que era lo que yo quería. El marido trabajaba en una oficina y pasaba todo el día fuera. La esposa, de unos cuarenta años, se ocupaba en cortar y coser ropa usada para hacerla parecer nueva, y también salía de la casa con frecuencia para entregar su trabajo. Yo me quedaba solo con la hija, que por su aspecto era todavía muy niña. Se llamaba Matriosha. Su madre la quería, pero le pegaba a menudo y, según costumbre de esa gente, le chillaba a más y mejor. Esta muchacha me servía de criada y me hacía la cama detrás de un biombo. Declaro que he olvidado el número de la casa. Ahora, después de una indagación, sé que esa

casa vieja ha sido derribada y revendido el solar; donde antes hubo dos o tres casas hay ahora una nueva grande. También he olvidado el apellido de mis caseros (quizá tampoco lo sabía entonces). Recuerdo que la mujer se llamaba Stepanida, de patronímico Mihailovna, según creo. El del marido no lo recuerdo. Quiénes eran, de dónde eran y dónde estarán ahora es algo que ignoro en absoluto. Supongo que si la policía de Petersburgo se pusiera a buscarlos e hiciera todas las indagaciones posibles se podría encontrar rastro de ellos. La entrada a la vivienda estaba en el patio, en un rincón. Todo esto ocurrió en junio. La casa estaba pintada de azul claro.

Un día desapareció de mi casa un cortaplumas que no necesitaba para nada y que andaba tirado por allí. Se lo dije a la patrona, sin pensar en que ésta daría una paliza a su hija por ese motivo. Pero la patrona acababa de echar una bronca a la chica (yo vivía con ellos en familia y no se andaban con cumplidos en mi presencia) por la pérdida de algún trapo, sospechando que la pequeña lo había sustraído, e incluso le había dado un tirón de pelos. Cuando el trapo fue hallado bajo el mantel, la muchacha no dijo una sola palabra de queja y se limitó a mirar a su madre en silencio. Yo lo noté, y fue cabalmente entonces cuando por vez primera vi bien el rostro de la muchacha, en el que apenas había reparado hasta entonces. Era rubia y pecosa, de rostro común y corriente, pero con algo muy infantil y agradable, sumamente agradable. A la madre no le hizo pizca de gracia que la hija no se quejara del inmerecido castigo y levantó el puño, pero no la golpeó; y en ese instante preciso salió a relucir lo de mi cortaplumas. En realidad, aparte de nosotros tres, no había nadie más allí, y sólo la muchacha entraba detrás del biombo. La mujer estalló de furia por haber pegado injustamente a la chica por primera vez, y corrió a buscar el escobón, le arrancó unas cuantas cerdas y azotó a la muchacha en mi presencia hasta levantarle ronchas. Matriosha no lloró por los azotes, pero gemía de modo extraño a cada golpe. Y después siguió gimiendo durante toda una hora.

Pero antes de eso hubo lo que digo a continuación: en el momento mismo en que la patrona corría a buscar el escobón para arrancarle las cerdas, vi mi cortaplumas en la cama, adonde había ido a parar desde la mesa. Al punto se me ocurrió que no diría nada para que azotaran a la muchacha de nuevo. Fue una decisión instantánea: en tales momentos siempre se me corta el aliento. Pero he determinado contarlo todo de manera que en adelante nada quede oculto.

Toda situación extremadamente vergonzosa, completamente degradante, detestable y, sobre todo, ridícula, en que me he hallado en mi vida ha despertado siempre en mí, junto con una cólera desmedida, un deleite indescriptible. *Así* lo he sentido en los momentos en que cometía un delito y en aquellos otros en que mi vida ha estado en peligro. Si hurtaba algo, sentía al cometer el hurto una exaltación provocada por la conciencia de mi infamia. No era que la infamia me atrajese (en esto mi juicio se mantenía cuerdo), sino que la conciencia torturante de mi villanía me

agraciaba. De igual modo, cada vez que en un duelo estaba junto a la barrera esperando el disparo de mi adversario, experimentaba la misma sensación vergonzosa y frenética; y en una ocasión con intensidad extraordinaria. Confieso que a menudo yo mismo la buscaba, porque para mí era la sensación más fuerte entre todas las de su género. Cuando recibía una bofetada (y he recibido dos en mi vida) me pasaba lo mismo, a pesar de la terrible cólera. Pero si conseguía contener la cólera, el deleite sobrepasaba cuanto es posible imaginarse. A nadie he hablado nunca de esto, ni siquiera he aludido a ello, y lo he ocultado como algo ignominioso y humillante. Pero cuando una vez, en Petersburgo, me apalearon sin misericordia en una taberna y me arrastraron del pelo, no experimenté esa sensación, sino sólo una ira inaudita. Como no estaba ebrio, decidí sencillamente pelear. Pero si quien me agarró del pelo y me tiró al suelo hubiera sido el vizconde francés que me dio un bofetón en el extranjero, y a quien por ello arranqué la mandíbula inferior de un tiro, habría sentido esa exaltación y quizá no cólera. Al menos, así me pareció entonces.

Cuento esto para que sepan todos que esa sensación nunca se enseñoreó de mí por completo; siempre conservaba el pleno dominio de mis facultades (y, en realidad, todo depende de eso). Y aunque podía empujarme al borde de la locura, nunca logró privarme de ese dominio. Llegaba casi al estallido, pero siempre podía regularlo a voluntad, incluso reprimirlo antes de que se produjese; ahora bien, por mi parte no deseaba esto último. No me cabe duda de que podría vivir como un monje toda la vida, a pesar de la voluptuosidad bestial de que estoy dotado y que siempre he tratado de provocar. Habiéndome entregado hasta los dieciséis años con notable inmoderación al vicio que confesaba Jean-Jacques Rousseau, dejé de practicarlo a los diecisiete, en el minuto mismo en que me lo había propuesto. Soy siempre dueño de mí mismo cuando quiero serlo. Por lo tanto, hago constar que no quiero que se me juzgue irresponsable de mis delitos, achacándolos al medio ambiente en que he vivido o a la enfermedad.

Una vez terminada la azotaina, me metí el cortaplumas en el bolsillo del chaleco y al salir a la calle lo tiré, lejos de la casa para que nadie lo encontrase. Entonces esperé dos días. La muchacha, después de haber llorado, se volvió más taciturna que antes. Tengo la seguridad de que no estaba resentida conmigo. Aunque sin duda sentía vergüenza de que la castigaran de ese modo en mi presencia, ahora no lloraba, sino que gemía bajo los golpes, indudablemente porque yo estaba allí y lo había visto todo. Pero, como una niña que era, de esa vergüenza se culpaba seguramente a sí misma. Acaso hasta entonces sólo me había tenido miedo, no a mí como persona, sino como inquilino, como un extraño, y, por lo visto, era extremadamente tímida.

Fue justamente por esos días cuando me hice la pregunta de si debía irme y abandonar el proyecto que había tramado; y al punto sentí que sí podía hacerlo, que podía hacerlo en cualquier momento y en ese instante. También por esos días quería

matarme, aquejado del morbo de la indiferencia; o, mejor dicho, no sé por qué. En esos dos o tres días (ya que era necesario aguardar a que la chica se olvidara de todo), probablemente para desviarme de mi obsesión, o por pura diversión, cometí un hurto, que ha sido el único que he cometido en mi vida.

En esas habitaciones vivía hacinada mucha gente. Entre ella había un empleado del Estado con su familia, en dos cuartos amueblados. Era hombre de unos cuarenta años, nada tonto y de aspecto decente, aunque pobre. Yo no alternaba con él, y él, por su parte, tenía miedo de la pandilla que me rodeaba por aquel entonces. Acababa de cobrar su sueldo: treinta y cinco rublos. Lo que me empujó fue que en ese momento andaba yo, en efecto, necesitado de dinero (aunque lo recibí por correo cuatro días después), de modo que hasta cierto punto iba a robar por necesidad y no por broma. Lo hice con desfachatez y descaro: sencillamente entré en la vivienda cuando su mujer, los niños y él estaban comiendo en el otro cuartito. Allí, en una silla al lado de la puerta, estaba doblado su uniforme. La idea se me ocurrió de buenas a primeras cuando estaba aún en el pasillo. Metí la mano en el bolsillo y saqué el portamonedas. Pero el empleado debió de oír algún ruido, porque asomó la cabeza por la puerta de su habitación. Al parecer, vio efectivamente algo, pero como, por supuesto, no lo vio todo, no dio crédito a sus ojos. Yo le dije que, al pasar por delante de su puerta, había entrado a ver qué hora era en su reloj de pared. «Está parado, señor», dijo, y yo salí.

Por aquellos días solía beber mucho y en mis habitaciones se juntaba toda una cuadrilla, en la que figuraba también Lebiadkin. Tiré el portamonedas con la calderilla que en él había y me quedé con los billetes. Había treinta y dos rublos, en tres billetes de diez y dos de uno. Cambié enseguida uno de diez y mandé por champaña; después mandé a cambiar el segundo de diez y luego el tercero. Unas cuatro horas más tarde, ya había anochecido, el empleado me estaba esperando en el pasillo.

—Nikolai Vsevolodovich, cuando entró usted hace un rato, ¿no dejó caer al suelo sin querer el uniforme que estaba en la silla… junto a la puerta?

—No. No recuerdo. ¿Tenía usted allí un uniforme?

—Sí, allí estaba.

—¿En el suelo?

—Primero en la silla y luego en el suelo. ¿Lo levantó usted?

—Sí. ¿Qué más se le ofrece?

—Nada, en ese caso, señor…

No se atrevió a seguir ni a decírselo a nadie en la casa, tan pusilánime es esa gente. Además, todos en la casa me tenían un miedo atroz y me respetaban. Más tarde me divertía cambiar miradas con él en el pasillo, pero pronto acabé por aburrirme.

Tres días después volví a la calle Gorohovaya. La madre estaba a punto de salir llevando un envoltorio; el marido, por supuesto, no estaba en casa. Quedábamos solos

Matriosha y yo. Las ventanas estaban abiertas. La casa estaba ocupada por artesanos y de todos los pisos llegaba durante el día ruido de martillazos y de gente cantando. Pasó cerca de una hora. Matriosha estaba sentada en su cuartito, en un banquillo, con la espalda vuelta hacia mí y haciendo algo de costura. Al cabo comenzó de pronto a cantar en voz baja, muy baja, cosa que hacía a veces. Saqué el reloj y miré la hora: eran las dos. El corazón empezó a palpitarme con fuerza; pero de repente volví a la pregunta de si podía refrenarme y al momento me contesté que sí. Me levanté, fui furtivamente a donde ella estaba. En las ventanas tenían muchos geranios y el sol brillaba intensamente. Me senté en el suelo, junto a ella. Ella se estremeció; al principio se asustó sobremanera y se levantó de un brinco. Le cogí una mano y se la besé suavemente, la obligué a sentarse de nuevo en el banquillo y me puse a mirarla a los ojos. Cuando le besé la mano se puso a reír como una criatura, pero sólo un instante, porque se levantó con un respingo por segunda vez y ahora con miedo tal, que vi un espasmo en su rostro. Me miraba con ojos inmóviles de espanto y le empezaron a temblar los labios como si fuera a llorar, pero no lloró. Otra vez le besé la mano y la hice sentarse en mis rodillas. Le besé la cara y las piernas. Cuando le besé las piernas se apartó bruscamente y se sonrió como avergonzada, con una sonrisa ambigua. Se puso como la grana de vergüenza. Yo, mientras tanto, seguía susurrándole cosas al oído. Por último, sucedió algo tan extraño que nunca lo olvidaré y que me dejó maravillado: la muchacha me echó los brazos al cuello y empezó a besarme apasionadamente. Su rostro expresaba un arrobo sin límites. Estuve a punto de levantarme e irme, tan desagradable me parecía esa conducta en una niña por la que de pronto sentí lástima. Pero dominé mi repentino sentimiento de horror y… me quedé.

Cuando todo concluyó, pareció turbada. No intenté tranquilizarla y ella, por su parte, dejó de acariciarme. Me miraba sonriendo con timidez. De improviso, su semblante me pareció estúpido. Su turbación crecía por momentos. Por fin se tapó la cara con las manos y se fue a un rincón, donde permaneció de pie, inmóvil, con el rostro vuelto a la pared. Temí que volviera a asustarse como lo había hecho un rato antes y, sin decir palabra, salí de la casa.

Sospecho que todo lo ocurrido acabó por parecerle infinitamente abominable, un horror mortal. No obstante las palabrotas rusas que seguramente había oído desde la cuna, sin contar toda clase de peregrinas conversaciones, estoy absolutamente convencido de que aún no se daba cuenta de nada. De seguro que, en definitiva, creyó haber cometido un delito terrible y que era culpable de un pecado mortal. «Había matado a Dios».

Esa noche tuve la reyerta en la taberna a que ya he aludido de paso. Pero me desperté a la mañana siguiente en mi habitación, adonde me había llevado Lebiadkin. Mi primer pensamiento al despertar fue si ella habría hablado o no. Fue un momento

de auténtico terror, si bien aún no muy intenso. Esa mañana estuve muy alegre y amable con todos, y toda la pandilla quedó muy contenta de mí. Pero los dejé a todos y fui a la calle Gorohovaya. Tropecé con Matriosha en el zaguán. Venía de una tienda adonde la habían mandado a comprar verdura. Al verme, se asustó en extremo y subió como una flecha la escalera. Cuando entré, su madre le había dado ya un par de bofetadas por irrumpir en el cuarto como un ciclón, con lo que pudo disimular el verdadero motivo del espanto. Así, pues, todo iba bien por el momento. Pareció ocultarse en algún sitio y no salió mientras estuve allí. Pasé allá cosa de una hora y me marché.

Al anochecer volví a sentir miedo, pero ahora incomparablemente más intenso. Claro que podía negarlo todo, pero se me podía coger en una mentira. Sobre mí se cernía el espectro de una condena a trabajos forzados. Nunca había conocido el miedo y salvo en este caso, nunca había temido nada, ni antes ni después; ni siquiera Siberia, adonde podía haber sido deportado más de una vez. Pero en esta ocasión, no sé por qué motivo, estaba alterado y sentía verdadero espanto por primera vez en mi vida, sensación sumamente dolorosa. Además, esa noche, en mi cuarto, llegué a odiarla hasta el extremo de resolver que la mataría. El motivo principal de mi odio era el recuerdo de su sonrisa. Empecé a sentir desprecio e intensa repugnancia al recordar cómo después de lo ocurrido se había metido en el rincón y tapado la cara con las manos; me dominaba una rabia inexplicable a la que siguieron escalofríos; y cuando al alba empecé a sentir fiebre, volvió la sensación de espanto, pero ahora tan aguda que no he conocido tormento más intenso que ella. Ahora bien, ya no odiaba a la muchacha; al menos no llegué al paroxismo de la noche antes. Noté que el terror agudo ahuyenta por completo el odio y el propósito de venganza.

Me desperté cerca de mediodía, sintiéndome bien y hasta pasmado por algunas de las sensaciones de la víspera. Estaba, sin embargo, de mal humor y obligado a volver a la calle Gorohovaya a pesar de la aversión que sentía. Recuerdo que en el camino deseaba ardientemente reñir con alguien, siempre y cuando fuera una riña violenta. Pero al llegar a la calle Gorohovaya encontré inopinadamente en mi cuarto a Nina Savelievna, la doncella, que llevaba ya una hora esperándome. Yo no sentía cariño alguno por esta muchacha, y así, pues, ella había venido medio asustada creyendo que podía enfadarme por su no solicitada visita. Pero de pronto me sentí muy contento de verla. La chica no era fea, pero modesta y con los melindres a que es tan afecta la baja clase media, por lo que mi patrona me la estuvo alabando mucho tiempo. Encontré a las dos tomando café, y a la patrona sumamente satisfecha de la agradable conversación. En un rincón del cuarto vi a Matriosha. Estaba de pie y miraba, sin moverse, a su madre y la visitante. Cuando entré no se escondió, como lo había hecho antes, ni salió corriendo. Lo único era que parecía haber adelgazado mucho y que tenía calentura. Estuve amable con Nina y cerré la puerta a la patrona,

cosa que no había hecho en mucho tiempo, de lo que Nina quedó contentísima. Salimos juntos y no volví a la calle Gorohovaya en dos días. Aquello ya me aburría.

Determiné acabar con todo, dejar mis habitaciones y marcharme de Petersburgo. Pero cuando fui a dar aviso a la patrona la hallé alarmada y afligida. Hacía tres días que Matriosha estaba enferma, tenía fiebre por la noche y deliraba. Pregunté, por supuesto, qué decía en su delirio (hablábamos en voz baja en mi cuarto). Me susurró que su hija decía «cosas horribles»: «He matado a Dios». Propuse que se llamara a un médico a costa mía, pero ella no quiso: «Pasará, si Dios quiere. No está todo el tiempo en cama; sale durante el día. Y hace un momento volvió de la tienda». Resolví ver a Matriosha a solas, y como la patrona dijo que sobre las cinco tenía que ir a Petersburgo, decidí volver al atardecer.

Comí en una taberna. A las cinco y cuarto en punto volví. Abría siempre con mi propia llave. No había allí nadie más que Matriosha. Estaba acostada en la cama de la madre, detrás del biombo, y la vi asomarse, pero hice como si no lo notara. Todas las ventanas estaban abiertas. El aire de fuera era tibio, caluroso casi. Estuve yendo y viniendo por el cuarto y me senté en el sofá. Lo recuerdo todo hasta el último momento. Me causaba verdadera satisfacción no hablar con Matriosha. Estuve esperando, sentado allí, durante toda una hora, cuando de pronto salió de un brinco de detrás del biombo. Oí el impacto de sus pies en el suelo cuando saltó de la cama, luego pasos bastante rápidos, y ella apareció en el umbral de mi habitación. Me miró en silencio. En los cuatro o cinco días que no la había visto de cerca había, en efecto, adelgazado mucho. Su rostro parecía apergaminado y la cabeza probablemente le ardía. Los ojos se habían agrandado y estaban fijos en mí, sin pestañear, con curiosidad inerte, o así creía al principio. Me senté en un extremo del sofá y la miré sin moverme. Y de súbito volví a odiarla. Ahora bien, no tardé en darme cuenta de que no me tenía miedo alguno, aunque quizá seguía delirando. Pero no lo estaba en absoluto. De buenas a primeras empezó a menear la cabeza, como en señal de reproche, levantó su puño diminuto y me amenazó con él desde donde estaba. Al primer instante este movimiento me pareció ridículo, pero pronto no pude soportarlo más: me levanté y me acerqué a ella. Su rostro reflejaba una desesperación que resultaba intolerable en la cara de una niña. Seguía amenazándome con su pequeño puño y moviendo la cabeza en gesto de reproche. Me acerqué un poco más y empecé a hablarle cautelosamente, pero vi que no me entendía. Entonces se tapó de pronto la cara con las manos, impulsivamente, como lo había hecho antes, se apartó de mí y fue a la ventana, volviéndome la espalda. No acierto a comprender cómo no me fui entonces y por qué me quedé, como en espera de algo. Pronto oí de nuevo sus pasos ligeros. Salió al descansillo de la escalera. Yo fui corriendo a mi puerta y la entreabrí a tiempo para ver que la muchacha entraba en el exiguo cuarto de trastos, semejante a un gallinero, contiguo al retrete. Por mi mente cruzó un pensamiento extraño. Dejé la

puerta entreabierta y volví a la ventana. Por supuesto, aún era imposible creer en ese fugaz pensamiento; «y sin embargo…». (Lo recuerdo absolutamente todo).

Un momento después miré el reloj y tomé nota mental del tiempo. Anochecía. Por encima de mí zumbaba una mosca que vino a posarse en mi cara varias veces. La atrapé, la tuve cogida entre los dedos y la arrojé por la ventana. Allá abajo entró con gran estrépito un carro en el patio; y con voz de trueno (y desde hacía tiempo) un sastre, sentado a su ventana en un rincón del patio, cantaba una canción. Estaba trabajando y yo podía verlo desde donde estaba. Se me ocurrió que, puesto que nadie me había visto entrar en el portal y subir la escalera, era, por tanto, necesario que nadie me viera cuando bajase, y aparté a ese fin la silla de la ventana. Cogí un libro, pero lo tiré; me puse a mirar una araña minúscula de color rojizo en una hoja de geranio y perdí la noción del tiempo. Lo recuerdo todo hasta el último instante.

De pronto saqué el reloj. Habían pasado veinte minutos desde que ella salió. La conjetura tomaba visos de probabilidad. No obstante, decidí esperar un cuarto de hora más. Pensé que quizás habría vuelto sin que yo la oyera, pero era imposible. Reinaba un silencio mortal y se podía oír el vuelo de una mosca. El corazón empezó a palpitarme de nuevo con fuerza. Miré el reloj: faltaban tres minutos para el cuarto de hora, y durante ellos permanecí sentado, aunque el corazón me martilleaba dolorosamente. Entonces me levanté, me puse el sombrero, me abroché el gabán y miré en torno para ver si todo quedaba en el sitio de antes, a fin de no dejar indicios de mi visita. Acerqué la silla un poco más a la ventana, como antes había estado. Por último, abrí la puerta sin hacer ruido, la cerré con llave y fui al cuarto de trastos. Estaba cerrado, pero no con llave; sabía que no se cerraba con llave, pero no quise abrir la puerta. Así, pues, me puse de puntillas y miré por una rendija. En ese preciso instante, cuando estaba de puntillas recordé que cuando estaba sentado junto a la ventana mirando la araña rojiza y olvidado de todo, había pensado que me pondría de puntillas y miraría por esa misma rendija. Con la mención de este detalle quiero demostrar taxativamente hasta qué punto estaba en pleno dominio de mis facultades mentales. Estuve mirando largo rato por la rendija; dentro estaba oscuro, pero no del todo. Por fin vi lo que quería ver para cerciorarme por completo.

Decidí al cabo que podía irme y bajé la escalera. No tropecé con nadie. Tres horas después estábamos todos tomando té en nuestras habitaciones, en mangas de camisa y jugando a las cartas con una baraja vieja. Lebiadkin recitaba versos. Se contaban muchas historietas y, como de propósito, todas ellas eran divertidas y jocosas, no necias como lo eran por lo común.

También andaba por allí Kirillov. Nadie estaba bebido, aunque había una botella de ron, pero sólo Lebiadkin se echaba un trago de vez en cuando. Prohor Malov hizo notar que «cuando Nikolai Vsevolodovich está contento y no abatido, todos nosotros nos ponemos alegres y damos muestras de agudeza». Recordé eso entonces.

Ya estaban para dar las once cuando entró corriendo la hijita del portero con un recado para mí de la calle Gorohovaya: Matriosha se había ahorcado. Fui con la muchacha y vi que la patrona misma no sabía a santo de qué había mandado por mí. Gemía y se aporreaba la cabeza, todo allí andaba manga por hombro, se agolpaba la gente y había llegado la policía. Estuve un rato en el zaguán y me fui.

Apenas me importunaron, aunque, por supuesto, me hicieron las preguntas de rigor. Pero aparte de que la muchacha estaba enferma y deliraba en los últimos días y de que yo había ofrecido llamar a un médico a mi costa, no pude declarar nada. Me preguntaron asimismo acerca del cortaplumas y dije que la patrona había pegado a la chica, pero que ello no había sido cosa mayor. Nadie sabía que yo había estado allí esa tarde. Del resultado de la autopsia nunca supe nada.

No volví por allá en ocho días. (Fui a dar aviso a la patrona de que dejaba la habitación, pero eso fue bastante tiempo después del entierro). La patrona seguía llorando, aunque ya había vuelto a trajinar con sus guiñapos y su costura habitual. «La ofendí por lo del cortaplumas de usted», me dijo, pero sin especial reproche. Liquidé mi cuenta y di como pretexto de mi partida que no podía recibir allí a Nina Savelievna después de lo ocurrido. Cuando nos despedimos, volvió a colmar de alabanzas a Nina Savelievna. Y al salir le di cinco rublos más de los que le debía por el alquiler de la habitación.

Lo más notable era que también entonces sentía hastío de vivir, un hastío mortal. El incidente de la calle Gorohovaya, una vez sorteado el peligro, lo habría olvidado del todo, como lo demás que sucedió a la sazón, si no hubiera recordado con ira durante algún tiempo lo cobarde que había sido. Desahogaba mi cólera en el primero que se presentaba. Por esos días, y sin motivo alguno, se me ocurrió la idea de arruinar mi vida, pero sólo del modo más repugnante posible.

Una vez, cuando observaba a la coja María Timofeyevna Lebiadkina, que a veces me limpiaba las habitaciones y aún no había perdido el juicio, sino que sólo era retrasada mental, enamorada secretamente de mí (de lo que se habían enterado mis amigos), resolví de buenas a primeras casarme con ella. La idea de que Stavrogin se casase con una criatura tan ínfima me excitaba los nervios. Nada más monstruoso cabía imaginar. Ahora bien, no alcanzo a poner en claro si en esa decisión mía entraba inconscientemente (¡claro que inconscientemente!) la cólera que me dominaba por la ruin cobardía que había mostrado después de lo de Matriosha. Francamente, no lo creo. Sea como fuere, no me casé con ella «por una apuesta de una botella de vino tras una comida en que todos nos emborrachamos». Los testigos de la boda fueron Kirillov y Piotr Verhovenski, que se hallaban casualmente en Petersburgo, además del propio Lebiadkin y Prohor Malov (que ya ha muerto). Nadie más lo supo y éstos dieron palabras de no divulgarlo. El silencio siempre me ha parecido una vileza, pero hasta aquí nadie lo ha violado. Ahora tengo intención de

hacer público mi matrimonio, junto con todo lo demás.

Después de casarme visité a mi madre en provincias. Fui allí para distraerme, porque aquello me resultaba intolerable. Tras de mí quedó en nuestra ciudad la noción de que estaba loco, noción que aún persiste y, sin duda, me perjudica, como explicaré más adelante. Luego me fui al extranjero, donde pasé cuatro años.

Estuve en Oriente, en el monasterio del monte Atos, donde asistí a oficios nocturnos que duraban ocho horas, estuve en Egipto, viví en Suiza y hasta visité Islandia. Pasé un año estudiando en la universidad de Góttingen. Durante el último año trabé amistad en París con una distinguida familia rusa y con dos muchachas también rusas en Suiza. Hará un par de años, en Francfort, pasando por delante de una papelería, vi entre las fotografías que estaban a la venta el retrato de una muchacha pequeña, con un elegante vestido infantil, pero muy parecida a Matriosha. Compré el retrato al momento y, al llegar al hotel, lo puse en la repisa de la chimenea; allí permaneció intacto una semana y no lo miré una sola vez. Y no me lo llevé cuando me marché de Francfort.

Traigo esto a colación para mostrar hasta dónde podía sobreponerme a mis recuerdos y la indiferencia con que llegué a mirarlos. Me deshice de todos, en bloque y de una vez, y el bloque entero desaparecía sumisamente cada vez que lo deseaba. Siempre me ha aburrido recordar el pasado y jamás he podido hablar de él como lo hace la mayoría. En cuanto a Matriosha, hasta su retrato lo dejé olvidado en la chimenea. Hace un año, poco más o menos, en la primavera, viajando por Alemania, iba tan distraído que no me bajé en la estación en que debía trasbordar y me equivoqué de línea. Tuve que apearme en la estación siguiente. Eran algo más de las dos de la tarde de un día claro y hermoso. Me hallaba en un minúsculo pueblo alemán. Me enseñaron dónde estaba el hotel. Tenía que esperar, ya que el tren siguiente no pasaba hasta las once de la noche. La aventura no dejaba de agradarme, pues no tenía prisa por llegar a ninguna parte. El hotel resultó pequeño y malo, pero estaba cubierto de verdura y rodeado de macizos de flores. Me dieron un cuarto exiguo. Comí opíparamente y, como había pasado la noche entera en el tren, me quedé profundamente dormido después de la comida, a eso de las cuatro de la tarde.

Tuve un sueño extraordinario, un sueño como nunca lo había tenido antes. En la pinacoteca de Dresde hay un cuadro de Claude Lorrain que en el catálogo lleva el título de *Acisy Calatea*, pero que yo siempre, no sé por qué, he llamado *La Edad de Oro*. Ya lo había visto tiempo atrás, pero en esta ocasión, tres días antes, le había echado un vistazo de nuevo al pasar por Dresde. Éste fue el cuadro con que soñé, pero no como tal cuadro, sino como escena real.

Un rincón del archipiélago griego: olas azules y acariciantes, islas y rocas, ribera frondosa, mágico trasfondo, la fascinación del sol poniente —las palabras no bastan para describirlo—. Ahí estuvo la cuna del hombre europeo, ahí se situaron las

primeras escenas de la mitología, ahí emplazó su paraíso terrenal… ¡Ahí vivió una bella raza! Se levantaban y acostaban inocentes y felices; llenaban sus florestas de alegres canciones; la gran profusión de sus energías intactas se derramaba en amor y en sencillo gozo; el sol bañaba con sus rayos estas islas y este mar, regocijándose en sus bellos hijos. ¡Sueño maravilloso, espléndida ilusión! El sueño más inverosímil de todos, pero al que la humanidad entera ha consagrado todas sus energías en el curso de la historia, al que lo ha sacrificado todo, por el que han muerto hombres en la cruz y han pagado con la vida sus profetas, sin el cual los pueblos no quieren vivir y ni siquiera pueden morir. Me pareció que vivía todas esas sensaciones en mi sueño. No sé con qué soñé exactamente, pero las rocas, el mar y los rayos oblicuos del sol poniente todo eso se me antojaba verlo todavía cuando desperté y abrí los ojos, y, por primera vez en mi vida, los hallé arrasados de lágrimas. Una sensación de felicidad, desconocida por mí hasta entonces, me traspasó el corazón hasta causarme dolor. Era ya noche cerrada; en la ventana de mi cuartito, por entre las hojas verdes de las flores que había en el alféizar, penetraba todo un haz de rayos oblicuos del sol poniente que me bañaban en su luz. Volví a cerrar los ojos, como ansioso de hacer volver el disipado sueño, pero de improviso, en medio de aquella luz tan radiante, vi un punto minúsculo. Fue poco a poco tomando forma definida y de pronto divisé en él con toda la claridad una arañita roja. Me recordó al momento la que había visto en la hoja del geranio cuando también la envolvían los rayos oblicuos del sol poniente. Algo pareció traspasarme el cuerpo; me incorporé y me senté en la cama… (Así fue como ocurrió todo ello entonces).

Vi delante de mí (¡oh, no en carne y hueso!, ¡ojalá hubiera sido un fantasma real!), vi a Matriosha, enflaquecida, con ojos febriles, exactamente igual que entonces, cuando estaba en el umbral de mi cuarto y, meneando la cabeza, me amenazaba con su puño diminuto. ¡Y nada me ha sido tan doloroso como aquello! La desesperación patética de una criatura indefensa de diez años, de mente aún informe, que me amenazaba (¿con qué? ¿Qué podía hacerme a mí?), pero que, por supuesto, se culpaba sólo a sí misma. Nunca me había sucedido nada semejante. Estuve sentado, sin moverme, hasta que llegó la noche y perdí la noción del tiempo. ¿Es eso lo que llaman remordimiento de conciencia o arrepentimiento? No lo sé, ni ahora puedo decirlo. Quizás incluso ahora el recuerdo del hecho mismo no me parezca abominable. Quizás ese recuerdo encierre incluso ahora algo que da sabor a mis pasiones. No. Pero lo insoportable para mí era sólo esa imagen, allí en el umbral, con el puño en alto en ademán de amenaza, sólo el aspecto que tenía entonces, sólo aquel momento en que movía la cabeza. Eso es lo que no puedo soportar, porque desde entonces se me aparece casi todos los días. No viene por sí misma, sino que yo mismo la llamo y no puedo dejar de llamarla, aunque no puedo vivir con ella. ¡Oh, si pudiera verla alguna vez en carne y hueso, aunque fuese una alucinación!

Tengo otros viejos recuerdos quizá peores que ése. Traté muy mal a una mujer, que murió a resultas de ello. Maté en duelo a dos hombres que no me habían hecho daño alguno. En cierta ocasión sufrí un agravio mortal y no me vengué. En mi haber figura también un envenenamiento, llevado a cabo con deliberación y buen éxito y de nadie conocido. (De ser necesario, lo confesaré todo).

Entonces, ¿por qué ningún otro recuerdo me solivianta tanto como ése? Quizá sea sólo por el aborrecimiento con que veo mi situación de entonces, ya que antes me habría desentendido y olvidado de ello con entera sangre fría.

Después de aquello estuve vagando casi todo un año y tratando de ocuparme en algo. Sé que, aun hoy, puedo apartar de mi mente a la muchacha cuando me venga en gana. Soy tan dueño absoluto de mi voluntad como antes. Pero la cuestión es que no he querido nunca hacerlo, que no lo quiero ni nunca lo querré. De eso estoy absolutamente seguro. Y así seguirán las cosas hasta que me vuelva loco.

En Suiza, dos meses después, me enamoré de una muchacha, o, mejor dicho, sentí un ataque de la misma pasión y los mismos impulsos furiosos que solía tener antes. Tuve la tentación terrible de cometer un nuevo delito, a saber, el de bigamia (puesto que ya estaba casado), pero huí de ella por consejo de otra muchacha a quien había confesado casi todo. Por otra parte, ese nuevo delito no me habría desembarazado de Matriosha.

Así, pues, resolví hacer imprimir estas hojas y llevar a Rusia trescientos ejemplares. Cuando llegue la hora las enviaré a la policía y a las autoridades locales; simultáneamente las mandaré a las redacciones de todos los periódicos con el ruego de que se publiquen, como también a muchas personas de Petersburgo y de Rusia que me conocen. En traducción, se publicarán también en el extranjero. Sé que, legalmente, lo probable es que no se me importune, al menos demasiado; soy yo quien declara contra mí mismo y no tengo acusador; además, no hay pruebas y las que hay son insignificantes. Por último, la tan arraigada idea de mi desequilibrio mental y, sin duda, los esfuerzos de mi familia, que hará uso de esa idea, ahogarán cualquier tentativa peligrosa de procesamiento criminal. A propósito, declaro lo que precede para demostrar que estoy en pleno dominio de mis facultades y que comprendo mi situación. Siempre quedarán aquéllos que lo sabrán todo, que me mirarán y a quienes miraré. Y cuantos más haya, mejor. Si esto me servirá de alivio, no lo sé. Recurro a ello en última instancia.

Una vez más: si la policía de Petersburgo hace indagaciones minuciosas quizá averigüe algo. La patrona y su marido puede que vivan ahora en Petersburgo. Se recordará, por supuesto, la casa. Estaba pintada de azul claro. En cuanto a mí, no iré a ninguna parte y durante algún tiempo (uno o dos años) se me podrá encontrar en Skvoreshniki, en la finca de mi madre. Si se me convoca, me presentaré donde sea.

Nikolai Stavrogin.

La lectura duró cerca de una hora. Tihon leía despacio y posiblemente algunos pasajes por segunda vez. Durante todo ese tiempo Stavrogin permaneció sentado, inmóvil y en silencio. Era extraño que el amago de impaciencia, aturdimiento y aun delirio evidente en su rostro toda esa mañana hubiera desaparecido; había sido reemplazado por una expresión de sosiego y de algo así como franqueza, que daba a su semblante casi un aire de dignidad. Tihon se quitó las gafas y fue el primero en hablar, al principio con alguna cautela.

—¿No se pueden hacer algunas correcciones en este documento?

—¿Por qué? —respondió Stavrogin—. Lo escribí sinceramente.

—¿Quizá algunas en el estilo?

—Olvidé advertirle que todo lo que diga será en vano. No desisto de mi intención. No intente disuadirme.

—No olvidó advertírmelo antes de empezar la lectura.

—Es igual. Lo repito ahora. Por fuertes que sean sus objeciones, no desisto de mi intención. Y observe que con tal frase feliz o infeliz (júzguela como quiera) no pretendo que empiece usted a contradecirme o engatusarme —agregó como incapaz de contenerse y volviendo por un momento a adoptar el tono de antes, pero sonriéndose seguidamente de sus propias palabras.

—No le contradiré ni, desde luego, le engatusaré para que desista de su intención; ni, por otra parte, podría hacerlo. La idea de usted es una gran idea; sería imposible que la idea cristiana se expresase de un modo más perfecto. El arrepentimiento no puede ir más lejos que la maravillosa hazaña que ha concebido usted, siempre y cuando…

—Siempre y cuando ¿qué…?

—Siempre y cuando sea efectivamente arrepentimiento y sea efectivamente una idea cristiana.

—Eso me parece un sofisma. No es igual. Lo escribí sinceramente.

—Usted quiere, a propósito, retratarse a sí mismo con peor catadura de lo que su corazón desearía… —Tihon se iba envalentonando poco a poco. Era obvio que el «documento» le había causado honda impresión.

—«¿Retratarme?». Le repito que no me «retrato» como dice y que, desde luego, no he intentado «tomar postura».

Tihon bajó los ojos inmediatamente.

—Este documento emana directamente de la exigencia de un corazón mortalmente herido. ¿Lo entiendo bien o no? —prosiguió con insistencia y ardor insólitos—. Sí, el arrepentimiento y la necesidad natural de arrepentirse le han sojuzgado. Ha entrado usted por el gran camino, por el camino más inusitado de todos. Pero usted parece aborrecer ya de antemano a quienes lean lo que aquí está

escrito y les lanza un reto. Si no se avergüenza de confesar sus delitos, ¿por qué se avergüenza de arrepentirse de ellos? ¡Que me miren!, dice usted; pero y usted ¿cómo los va a mirar a ellos? Algunos pasajes de su declaración parecen como subrayados. Se diría que se deleita usted con su propia psicología y echa mano de cualquier detalle para asombrar al lector, con una insensibilidad de que usted carece. ¿Qué es eso, sino un desafío orgulloso que lanza el reo al juez?

—¿Dónde está el desafío? He eliminado todo razonamiento personal.

Tihon calló. Sus mejillas pálidas se colorearon un poco.

—Dejemos eso —dijo Stavrogin en tono perentorio—. Permítame hacerle una pregunta por mi parte. Llevamos ya cinco minutos hablando desde que leyó usted eso —e indicó las hojas con un movimiento de cabeza— y no percibo en usted expresión alguna de repugnancia o vergüenza… ¡Usted, por lo visto, no es aprensivo! —no terminó la frase y se sonrió.

—Es decir, que usted quería que le manifestara inmediatamente mi desprecio —dijo Tihon con firmeza—. No le ocultaré que me horroriza esa enorme fuerza inútil malgastada adrede en cosas abominables. En cuanto al delito mismo, muchos pecan del mismo modo que usted, pero viven con su conciencia en paz y tranquilidad, incluso juzgándolo como un desacato inevitable en la edad juvenil… También hay viejos que pecan de la misma manera, con ligereza y jovialidad. El mundo entero está lleno de horrores semejantes. Usted, sin embargo, ha sentido toda la hondura de su degradación; y eso sucede muy raras veces.

—¿Es que empieza a respetarme después de leer esas hojas? —Stavrogin preguntó con amarga sonrisa.

—A eso no contestaré directamente. Pero, desde luego, no hay ni puede haber mayor crimen que el que cometió usted con esa muchacha.

—Dejemos de juzgar a la gente según ese patrón. Me sorprende un tanto su opinión de otras personas y eso que dice de lo corriente que es un crimen como ése. Quizá no sufra tanto como he escrito ahí y quizá también haya dicho muchas mentiras contra mí mismo —añadió de improviso.

Tihon volvió a guardar silencio. Stavrogin ya no pensaba en marcharse; al contrario, empezó una vez más a ensimismarse durante varios minutos.

—Y esa señorita —comenzó de nuevo Tihon con gran timidez— con quien rompió en Suiza, ¿dónde está en este momento, si me permite la pregunta?

—Aquí.

Nuevo silencio.

—Quizá le haya dicho muchas mentiras de mí mismo —insistió Stavrogin de nuevo—. Pero ¿qué más da, si las desafío con la crudeza de mi confesión? ¿O es que no ha notado usted el desafío? Haré que todos me odien aún más, eso es todo. De ese modo debiera sentir alivio.

—O, en otros términos, que el odio de ellos provocará en usted. Y, aborreciéndolos, sentirá más alivio que si aceptara su compasión.

—Tiene usted razón —dijo Stavrogin riendo de pronto—. ¿Sabe? Puede que me llamen jesuita y mojigato hipócrita. ¡Ja, ja, ja! ¿No le parece?

—En efecto, sin duda habrá esa opinión. ¿Y piensa llevar pronto a cabo su propósito?

—Hoy, mañana, pasado, ¡qué sé yo! En todo caso, muy pronto. Tiene razón; creo que lo que pasará en definitiva es que lo publicaré repentinamente; y sí, en un momento de odio y venganza, cuando los aborrezca más.

—Contésteme a una pregunta, pero sinceramente, a mí solo, sólo a mí: si alguien le perdonase por esto —Tihon señaló las hojas—, y no fuera uno de esos a quienes respeta o teme, sino un extraño, alguien a quien no conocerá nunca, que al leer su terrible confesión le perdonase en su fuero interno, ¿sentiría usted alivio o sólo indiferencia?

—Sentiría alivio —respondió Stavrogin a media voz y bajando los ojos—. Si me perdonase usted, me sentiría mucho mejor.

—Siempre y cuando usted también me perdonase a mí —murmuró Tihon con voz penetrante.

—¿Por qué? ¿Qué me ha hecho usted a mí? ¡Ah, ya caigo, es la fórmula monástica!

—Por el pecado voluntario e involuntario. Todo hombre que comete un pecado peca contra todos los hombres, y todo hombre es en cierto modo culpable de los pecados ajenos. El pecado único no existe. Yo también soy un gran pecador, quizá mayor que usted.

—Le diré toda la verdad: deseo que me perdone usted; y quizás una, dos o tres personas más. Pero en cuanto a los demás, ¡prefiero que me odien! Y lo quiero para poder sobrellevarlo con humildad.

—¿Y la compasión general por usted? ¿No podría sobrellevarla con humildad?

—Puede que no pudiera. Usted las coge al vuelo… Pero… ¿por qué hace eso?

—Comprendo el alcance de su sinceridad y, por supuesto, me culpo de no saber acercarme a la gente. Siempre he creído que ése es mi mayor defecto —dijo Tihon sincera y cordialmente, clavando sus ojos en los de Stavrogin—. Lo digo sólo porque temo mucho por usted —agregó—. Tiene delante un abismo casi infranqueable.

—¿Que no podré aguantar? ¿Que no podré sobrellevar con humildad el odio de los demás?

—No sólo el odio.

—¿Qué otra cosa?

—La risa —dijo Tihon casi a la fuerza, en un murmullo apenas perceptible.

Stavrogin se turbó y su rostro expresó alarma.

—Ya lo había previsto —replicó—. Así, pues, después de leer mi «documento» le habré parecido un personaje cómico a pesar de toda la tragedia. No se preocupe ni se azore…, ya le digo que lo había previsto.

—El horror será general y, por de contado, más falso que sincero. Las gentes sólo temen aquello que amenaza directamente sus intereses particulares. No hablo de las almas puras; ésas se horrorizarán interiormente y se culparán a sí mismas, pero pasarán inadvertidas. La risa, sin embargo, será general.

—Añada a eso aquella observación del filósofo de que en la desgracia ajena siempre hallamos algo que nos agrada.

—Es una observación justa.

—Sin embargo, usted…, usted mismo… Me sorprende la pésima opinión que tiene de la gente y la repugnancia que le causa —dijo Stavrogin con un asomo de ira.

—Créame que juzgaba más por mí mismo que por otros —exclamó Tihon.

—¿De veras? ¿Pero no hay algo en su alma que lo hace regocijarse de mi desgracia?

—¡Quién sabe! ¡Puede que lo haya! ¡Oh, sí, puede que lo haya!

—Basta. Muéstreme dónde precisamente le parezco ridículo en mi declaración. Yo sé dónde, pero quiero que usted me lo muestre con su propio dedo.

Y dígalo lo más cínicamente posible, con toda la sinceridad de que es capaz.

Y le repito una vez más que es usted un tipo raro.

—Hasta en la forma misma de esta gran penitencia hay algo ridículo. ¡Oh, no crea que no saldrá triunfante a la postre! —exclamó casi extático—. Incluso esta forma triunfará (y señaló las hojas) con tal de que acepte sinceramente las bofetadas y los escupitajos. Siempre ha ocurrido que, a la larga, la cruz más ignominiosa se convierte en una gloria excelsa y una fuerza pujante si la humildad del hecho ha sido sincera. ¡Quizá halle usted consuelo durante su vida!…

—¿Conque se halla algo ridículo en la forma misma, en el estilo? —insistió Stavrogin.

—Y también en el fondo. La fealdad lo anulará —murmuró Tihon bajando de nuevo los ojos.

—¿Fealdad? ¿Qué fealdad?

—La de sus delitos. Hay delitos verdaderamente feos. En los delitos, cualesquiera que sean, cuanta más sangre, cuanto más horror haya, tanto más impresionantes y, por así decirlo, más pintorescos son. Pero hay delitos vergonzosos, infames, con independencia de todo horror; hasta un poco inelegantes, cabría decir… —Tihon no acabó la frase.

—En fin —interrumpió Stavrogin agitado—, que usted encuentra sumamente ridículo que besase las piernas de una muchacha mugrienta…, sin omitir cuanto dije de mi temperamento y…, bueno, todo lo demás. Comprendo. Lo comprendo

perfectamente. Y por eso precisamente es por lo que pierde usted toda esperanza en mí: porque eso es feo, repugnante…, repugnante no, más bien vergonzoso, ridículo. Y usted cree que eso es lo que menos podré sobrellevar.

Tihon guardó silencio.

—Sí, conoce usted bien a la gente. Sabe que no lo sobrellevaré… Comprendo ahora por qué me preguntó si la señorita de Suiza estaba aquí.

—No está usted preparado, no está lo bastante endurecido —Tihon susurró tímidamente bajando la vista.

—Escuche, padre Tihon. Yo quiero perdonarme a mí mismo. ¡Ése es mi objeto principal, todo mi objeto! —dijo de pronto Stavrogin, con una exaltación sombría en los ojos—. Sé que sólo entonces desaparecerá la visión. He ahí por qué busco el mayor sufrimiento posible, y por qué lo busco yo mismo. No me asuste.

—Si cree que puede perdonarse a sí mismo y obtener ese perdón en este mundo, ¡entonces ya cree usted absolutamente en todo! —Tihon exclamó extático—. ¿Por qué dijo que no creía en Dios?

Stavrogin no contestó.

—Dios le perdonará por su incredulidad, porque usted respeta al Espíritu Santo sin conocerlo.

—A propósito, Cristo perdonará también, ¿verdad? —preguntó Stavrogin; en el tono de la pregunta se notaba un dejo de ironía—. Porque en el Libro se dice: «Y cualquiera que escandalizare a uno de estos pequeños…» ¿recuerda? Según el evangelio no hay mayor crimen que ése. ¡Ahí está, en este libro! —agregó señalando el Nuevo Testamento.

—En cuanto a eso le daré una nueva gozosa —contestó Tihon conmovido—. También Cristo lo perdonará con tal que consiga usted perdonarse a sí mismo ¡Oh, no, no! ¡No crea que blasfemo! Aun si no consigue reconciliarse consigo mismo y perdonarse a sí mismo, Él también le perdonará por su buena intención y su gran sufrimiento. Pues no hay palabras en el lenguaje humano ni pensamiento en la mente para expresar *todos* los caminos y designios del Cordero «hasta que sus propósitos nos sean revelados». ¿Quién puede abarcar al Inabarcable? ¿Quién puede comprender al Incomprensible?

Una vez más le temblaron las comisuras de los labios y un leve espasmo le cruzó el rostro. Tras un instante de energía desfalleció de nuevo y bajo los ojos.

Stavrogin se levantó y tomó el sombrero.

—Volveré alguna vez —dijo con cara de extremo cansancio—. Aprecio mucho la conversación que hemos tenido y el honor de… y sus sentimientos. Créame que ahora comprendo por qué otros lo estiman tanto. Le pido que me encomiende en sus oraciones a Aquél a quien tanto ama…

—¿Se va usted ya? —Tihon se puso rápidamente de pie como si no hubiera

esperado tan presurosa despedida—. Y yo que… —pareció perder el hilo— iba a pedirle algo por mi parte, pero… ahora no sé…, ahora no me atrevo.

—¡Ah, pida, por favor! —Stavrogin volvió a sentarse en el acto, con el sombrero en la mano. Tihon miró ese sombrero, esa postura, la postura de un hombre enardecido y medio loco, convertido de pronto en hombre de mundo que le daba cinco minutos para el asunto que le concernía. Se turbó doblemente.

—Toda mi petición se reduce a que usted… Usted se hace cargo, Nikolai Vsevolodovich (tales son, según creo, su nombre y patronímico), de que con la publicación de esas hojas echa a perder sus posibilidades en cuanto a una carrera, por ejemplo, y… en cuanto a todo lo demás.

—¿Una carrera? —Nikolai Vsevolodovich arrugó el ceño con desagrado.

—¿Por qué destruirla? ¿Por qué ser tan inflexible? —Tihon concluyó casi suplicante, persuadido de su propia torpeza. El rostro de Nikolai Vsevolodovich tomó una expresión enfermiza.

—Ya le he dicho y le vuelvo a repetir que todo lo que diga es en vano. Y, además, esta conversación empieza a serme inaguantable —dijo revolviéndose significativamente en su asiento.

—No me comprende usted. Escuche y no se enoje. Ya conoce mi opinión: la hazaña de usted, si procede de la humildad, sería una hazaña cristiana de las más sublimes, si es que puede sobrellevarla. Aun si no puede, el Señor tomará en cuenta el sacrificio original de usted. Todo se tomará en cuenta: no se escapará una sola palabra, un solo acto espiritual, un solo pensamiento, aunque sea sólo pensamiento a medias. Pero en lugar de esa hazaña yo le propongo otra aún más grande, algo indudablemente más eximio…

Nikolai Vsevolodovich callaba.

—A usted lo domina el deseo de martirio y de autosacrificio. Sobrepóngase a ese deseo, deseche esas hojas y ese propósito, y entonces lo superará todo. ¡Humillará su orgullo, humillará a su demonio! Saldrá victorioso y alcanzará la libertad…

Le brillaban los ojos; juntó las manos en gesto implorante.

—O, dicho de modo más sencillo, usted no quiere escándalo y me tiende un lazo, mi buen padre Tihon —masculló Stavrogin con desdén y enojo tratando de levantarse —. En suma, lo que usted quiere es que siente la cabeza, que me case quizá, y acabe mis días como socio del club local y visitando este monasterio los días de fiesta. ¡Vaya penitencia! Aunque, si bien como conocedor del corazón humano, prevé usted sin duda que la cosa, en efecto, terminará de esa manera; que lo que se necesita es pedírmelo con buenos modos, ya que yo también lo estoy deseando, ¿no es eso? —dijo con sonrisa avinagrada.

—No. No es esa penitencia. ¡Es otra la que le propongo! —prosiguió Tihon ardorosamente, sin hacer el menor caso de la sonrisa y el comentario de Stavrogin—.

Conozco a un anciano, ermitaño y asceta, no aquí, pero no muy lejos de aquí, de una sabiduría cristiana tan grande que sobrepasa el entendimiento de usted y el mío. Él atenderá mi requerimiento. Le hablaré de usted. Vaya a él y comparta su retiro en calidad de novicio, cinco años, siete años, los que juzgue necesarios. Haga votos, y con ese gran sacrificio conseguirá lo que ansía y aun lo que no espera, pues ahora no puede concebir siquiera lo que puede alcanzar.

Stavrogin escuchaba atentamente, muy atentamente, esta última propuesta.

—O dicho más sencillamente, usted me propone que me meta a monje en ese monasterio. No obstante lo mucho que le respeto, hubiera debido prever esto. Pues bien, le confieso que en momentos de cobardía se me ha ocurrido esa idea, a saber, una vez publicadas estas hojas, esconderme de la gente en un monasterio, aunque sea por poco tiempo. Cosa tan mezquina me causa, sin embargo, sonrojo. Pero recibir la tonsura, eso es algo que no se me ha pasado por la cabeza ni aun en mis momentos de mayor cobardía.

—No tendría que ingresar en el monasterio ni recibir la tonsura. Podría ser hermano lego, secreta, no abiertamente. Ello es posible hasta viviendo en el mundo.

—¡Alto ahí, padre Tihon! —interrumpió Stavrogin con repugnancia y levantándose de su asiento. Tihon también se levantó.

—¿Qué le pasa? ¿Qué le pasa? —gritó de pronto, mirando aterrado a Tihon. Éste estaba de pie delante de él, con las manos juntas; y un espasmo penoso, ostensiblemente causado por un grandísimo espanto, le contrajo momentáneamente el rostro.

—¿Qué le pasa? ¿Qué le pasa? —repitió Stavrogin corriendo a él para sostenerlo. Creía que estaba a punto de caer.

—Veo…, veo como si lo tuviera presente —exclamó Tihon con voz que partía el alma y expresión de la más intensa congoja— que usted, pobre joven descarriado, nunca ha estado más cerca que en este momento de cometer un crimen aún más terrible.

—¡Cálmese! —suplicó Stavrogin, verdaderamente inquieto por él—. Quizá lo aplace todavía… Tiene usted razón; quizá no tenga bastante aguante y en mi furia cometa otro crimen… Sí, cierto… Tiene razón, lo aplazaré.

—Pero no, no después de la publicación de las hojas, sino antes de ella, un día, una hora quizá, antes de dar el gran paso cometerá usted un nuevo crimen, como vía de escape, sólo para evitar la publicación de esas páginas.

Stavrogin se estremeció de cólera y casi de terror.

—¡Maldito psicólogo! —gritó rabioso y, sin mirar en torno, salió de la celda.



FIÓDOR MIJÁILOVICH DOSTOYEVSKI (ruso: Фёдор Михайлович Достоевский) (Moscú, 11 de noviembre de 1821 - San Petersburgo, 9 de febrero de 1881). Es uno de los principales escritores de la Rusia Zarista, cuya literatura explora la psicología humana en el complejo contexto político, social y espiritual de la sociedad rusa del siglo XIX. Walter Kaufmann citó las *Memorias del subsuelo* (1864), escritas con la amarga voz del anónimo «hombre subterráneo», como «la mejor obertura para el existencialismo jamás escrita». En el mismo sentido, el intelectual y escritor austríaco Stefan Zweig consideró al escritor ruso «el mejor conocedor del alma humana de todos los tiempos». Su obra, aunque escrita en el siglo XIX, refleja también al hombre y la sociedad contemporánea.

Fuente: Wikipedia

Notas

[1] Una traducción francesa:

L'obus d'un amour aussi brûlant que fol
Avait éclaté dans le cœur d'Ignace,
Et tristement séchait sur place
Le manchot de Sébastopol.

Una traducción inglesa:

A bomb of love with stinging smart
exploded in Ignaty's heart.
In anguish dire I weep again
the arm that at Sevastopol
I lost in bitter pain! <<

[2] Una traducción francesa:

Passe au trot d'un cheval fringant
Une étoile que l'on admire;
Elle m'adresse un doux sourire,
L'a-ris-to-cra-tique enfant.
«À une étoile-amazone».

Una traducción inglesa:

Among the Amazons a star,
upon her steed she flashes by,
and smiles upon me from afar,
the child of aris-to-cra-cy!
«To a Starry Amazon». <<